

EL REY DEMONIO



CINDA WILLIAMS CHIMA

Una extraordinaria novela de fantasía capaz
de seducir a lectores de todas las edades.

Lectulandia

Han Alister está haciendo todo lo posible para ganarse la vida con honradez. Un día, él y su amigo Bailarín capturan a tres jóvenes magos que intentan prender fuego a la montaña sagrada. Tras la confrontación, Han se lleva un amuleto de Micah Bayar para asegurarse de que jamás es utilizado contra ellos. Pero pronto descubrirá que el amuleto perteneció al Rey Demonio, el mago que estuvo a punto de destruir el mundo. Y ahora sabe que los Bayar no se detendrán ante nada con tal de recuperarlo.

Mientras tanto, Raisa ana'Marianna, princesa heredera, tiene sus propias batallas que librar. Ha disfrutado de casi tres años de libertad y sus intereses están muy lejos del rígido mundo de la corte. Ella aspira a ser como Hanalea, la legendaria guerrera que salvó el mundo, pero su madre tiene otros planes.

Una extraordinaria novela de fantasía capaz de atrapar por igual a lectores de todas las edades: nos transporta a un mundo inolvidable y verosímil, donde es posible vivir aventuras fabulosas.

Lectulandia

Cinda Williams Chima

El Rey Demonio

Los Siete Reinos - 1

ePub r1.0

sleepwithghosts 25.01.15

Título original: *The Demon King*
Cinda Williams Chima, 2009
Traducción: Albert Solé

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi padre, Franklin Earl Williams

La cacería

Han Alister se acuclilló junto al manantial de lodo humeante y rezó para que la capa creada por el calor aguantase sus pocos kilos de peso. Se había cubierto la boca y la nariz con un pañuelo, pero aun así los ojos le picaban y no dejaban de llorarle debido a los vapores sulfurosos que emanaban del cieno borboteante. Tendió su palo de cavar hacia una franja de plantas carnosas, con flores o bulbos de color verde bilioso, que crecían a la orilla del manantial. Deslizó la punta del palo por debajo de una mata, la separó del barro y la levantó en el aire, para luego dejarla caer dentro de la mochila de piel de ciervo que llevaba al hombro. Después, pendiente en todo momento de dónde pisaba, se enderezó y empezó a retroceder hacia el terreno firme.

Ya casi había llegado allí cuando uno de sus pies atravesó la frágil superficie, y Han se hundió hasta la rodilla en el pringoso y abrasador lodo gris.

—¡Me cago en los huesos de Hanalea! —chilló Han, lanzándose hacia atrás y esperando no acabar tendido boca arriba en otro lodazal. O, peor aún, en uno de los manantiales de aguas azules e hirvientes que le arrancarían la carne en cuestión de minutos.

Afortunadamente, cayó en terreno sólido, entre los pinos de tronco tortuoso, con un impacto que le vació de aire los pulmones. Han oyó a Bailarín de Fuego deslizarse ladera abajo detrás de él, conteniendo la risa mientras bajaba. Bailarín lo agarró de las muñecas y lo arrastró hasta un terreno más seguro, inclinando el cuerpo hacia atrás para compensar su escaso peso.

—Habrás que cambiarte el nombre, Caza Solo —dijo Bailarín, acuclillándose a su lado. Su rostro cobrizo estaba solemne y los llamativos ojos azules destilaban inocencia, pero las comisuras de los labios le temblaban por el esfuerzo de contener la risa—. ¿Qué te parece «Vadea el Lodazal»? ¿O «Lodazal», para abreviar? Han no le vio la gracia. Sin dejar de maldecir, cogió un puñado de hojas para limpiarse la bota. Debería haberse puesto sus viejos mocasines desgastados. Las botas altas le habían ahorrado una quemadura grave, pero la derecha le había quedado recubierta de lodo pestilente, y él sabía que eso le valdría una bronca cuando llegara a casa.

—Esas botas están hechas por artesanos del clan —diría su madre—. ¿Sabes lo que cuestan? ¿Piensas que me sobra el dinero?

El que no hubiera tenido que pagarlas carecía de importancia. Willo, la madre de Bailarín, se las había cambiado por el rarísimo hongo Señor de la Muerte que Han había encontrado la primavera anterior. Mamá no se puso nada contenta cuando él llegó a casa con ellas.

—¿Botas? —exclamó al tiempo que lo miraba con incredulidad—. ¿Botas

elegantes? ¿Cuánto falta para que se te queden pequeñas? ¿No podrías haber pedido dinero, o grano para llenarnos el estómago, o leña o mantas de abrigo para nuestras camas? —Se acercó a él blandiendo la vara que siempre parecía tener a mano. Han retrocedió; sabía por experiencia que una vida de duro trabajo le había proporcionado a su madre una complexión robusta.

Le dejó los brazos y la espalda llenos de verdugones. Pero Han conservó las botas.

Valían mucho más de lo que había entregado a cambio de ellas, y él lo sabía. Willo siempre había sido generosa con mamá, Han y Mari, su hermana, porque no había ningún hombre en la casa, salvo tal vez Han, aunque la mayoría de la gente no lo contaba como tal. Y eso que tenía quince años, casi dieciséis.

Bailarín trajo agua del manantial del Agujero de Fuego y la echó sobre la bota enfangada de Han.

—¿Por qué será que sólo las plantas asquerosas que crecen en sitios asquerosos son valiosas? —preguntó Bailarín.

—Si crecieran en un huerto, ¿quién iba a pagar un buen dinero por ellas? —gruñó Han, limpiándose las manos en los leotardos. Las pulseras de plata que llevaba también estaban sucias; el barro se había incrustado en la delicada talla. Tendría que pasarles un cepillo en cuanto llegara a casa o se lo echarían en cara también.

Era un final digno de un día frustrante. Llevaban fuera de casa desde el amanecer, y lo único que había conseguido Han eran tres lirios de azufre, una bolsa grande de corteza de canela, unas cuantas hojas navaja, y un puñado de amagarza que podría hacer pasar por camomila en el mercado de las llanuras. El monedero vacío de su madre lo había empujado a forrajear a las montañas cuando aún no era la época más propicia.

—Estoy harto de esto —dijo Han, aunque la idea había sido suya. Cogió una piedra y la arrojó al lodazal, donde se hundió con un sonido viscoso de succión—. Hagamos otra cosa.

Bailarín ladeó la cabeza, balanceando sus trenzas cubiertas de abalorios.

—¿Qué sugieres...?

—Vayamos de caza —dijo Han, tocando con la mano el arco que llevaba terciado a la espalda.

Bailarín reflexionó unos instantes.

—Podríamos probar en la pradera del Árbol Quemado. Los ciervos de los páramos ya han empezado a subir desde las llanuras. Pájaro los vio antes de ayer.

—Entonces vayamos. —Han no necesitó pensárselo demasiado. Era la luna del hambre. Las reservas de judías, repollo y pescado en salazón que su madre había almacenado para el largo invierno se habían evaporado. Tampoco era que le entusiasmase la perspectiva de sentarse a la mesa para comer otra ración de judías con repollo, pero últimamente no había comido más que gachas, y más gachas con algún que otro trocito de tasajo para darles sabor. Poner carne en la mesa compensaría

con creces los pobres resultados de la recolección.

Partieron en dirección este, dejando atrás los manantiales humeantes. Bailarín iba delante, caminando a través del valle del Dyrnne a largas zancadas. El mal humor de Han pareció disiparse con el ejercicio físico. Era difícil mantener el enfado en un día semejante. La primavera echaba brotes por todas partes, miraran a donde miraran. El suelo estaba cubierto de filodendros, lirios de día y limones silvestres y, cada vez que respiraba, Han percibía el aroma de la tierra tibia, liberada de su capa invernal. El río Dyrnne espumaba sobre las rocas y rugía en las cascadas, alimentado por la nieve que se derretía en las laderas más altas. El día se hizo más caluroso a medida que descendían, y Han no tardó en quitarse la chaqueta de piel de gamo y arremangarse hasta los codos.

La pradera del Árbol Quemado había sido arrasada por un incendio forestal. En unos años volvería a ser un bosque, pero de momento era un mar de hierba alta y flores silvestres, salpicado de pinos retorcidos y calcinados que seguían en pie. Había troncos esparcidos por la pradera como si un gigante hubiera estado jugando con teas. El suelo estaba tapizado de pinos que llegaban a la rodilla, y el sol bañaba las zarzas y los arbustos allí donde una vez habían dominado las oscuras sombras de un frondoso pinar.

Han sintió que el corazón empezaba a latirle más deprisa. Una docena de ciervos de los páramos, la cabeza baja, pastaban en la tierna hierba primaveral. Sus grandes orejas se agitaban para ahuyentar a los insectos, y sus pelajes rojizos parecían manchones de pintura sobre los marrones y los verdes de la pradera.

Bailarín era más diestro con el arco, más paciente a la hora de escoger a su presa, pero Han tampoco era manco. Estaba convencido de que podrían hacerse con un ciervo cada uno sin problemas. La boca se le hizo agua sólo de pensar en jugosos asados y estofados suculentos.

Rodearon la pradera, permaneciendo unos metros por debajo de los ciervos para tener el viento de cara en todo momento. Han se agazapó tras un peñasco, se descolgó el arco de la espalda y tensó la cuerda, comprobando su tirantez con el pulgar encallecido. El arco era nuevo, hecho a medida tras su reciente estirón. Era obra de los artesanos del clan, como todo lo demás en la vida de Han que casaba la belleza con la funcionalidad.

Han se levantó cautelosamente y tensó la cuerda hasta detrás de su oreja. Oisqueó el aire. La brisa traía consigo el olor inconfundible de la madera ardiendo. Dirigió la mirada montaña arriba y descubrió una delgada columna de humo que se elevaba desde algún punto de la ladera. Miró a Bailarín y arqueó las cejas en un gesto inquisitivo. Bailarín se encogió de hombros. El suelo estaba empapado y el follaje primaveral no podía ser más verde. No había ninguna razón para que ardiera nada en aquella época del año.

Los ciervos de la pradera también habían captado el olor. Levantaron la cabeza, resoplando y rascando nerviosamente el suelo con las pezuñas, y el blanco de sus ojos

súbitamente se hizo visible en torno al marrón líquido de sus iris. Ahora Han pudo ver llamas color naranja en la base del incendio, y el viento que soplaba ladera abajo les llegaba cada vez más caliente y cargado de humo.

Los ciervos se apiñaron ansiosamente por unos momentos, como si no estuvieran seguros de qué dirección tomar, y luego volvieron grupas al unísono y se abalanzaron hacia donde se escondían Han y Bailarín.

Han volvió a alzar su arco con rapidez y consiguió disparar una flecha contra un ciervo que pasaba al galope junto a él. Falló. Bailarín no tuvo mejor suerte.

Han echó a correr ladera abajo en pos de los ciervos, sorteando los obstáculos con la esperanza de poder lanzar otra flecha, pero fue inútil. Alcanzó a atisbar el blanco tentador de sus colas, y entonces los ciervos desaparecieron entre los pinos. Mascullando juramentos, subió por la ladera hasta donde estaba Bailarín, que miraba hacia lo alto de la montaña. La línea de llamas avanzaba inexorablemente hacia ellos. Conforme descendía por la ladera, parecía ir ganando velocidad y dejaba tras de sí un paisaje de calcinada desolación.

—¿Qué está pasando? —Bailarín sacudió la cabeza—. No hay incendios en esta época del año.

Alimentado por la maleza desnuda, el fuego cobraba impulso y cruzaba sin dificultad los pequeños barrancos. Ascuas brillantes llovían por todos lados, impulsadas por el viento que soplaba desde lo alto de la montaña. Han sintió que el calor le quemaba la piel de la cara y las manos. Se sacudió las cenizas que le habían caído en el pelo y se quitó a manotazos unas cuantas chispas de la chaqueta, empezando a darse cuenta del peligro que corrían.

—Venga. ¡Más vale que nos larguemos de aquí!

Corrieron a través del risco, resbalando y dando trapiés sobre los guijarros y las hojas mojadas, conscientes de que una caída podía significar el desastre. Se refugiaron detrás de una prominencia rocosa que sobresalía de la delgada piel vegetal de la montaña. Conejos, zorros y otros animales pequeños pasaron junto a ellos en frenética huida, seguidos muy de cerca por las llamas. El frente del fuego sobrepasó su refugio, consumiéndolo todo ávidamente a su paso, entre chasquidos y siseos.

Después llegaron tres jinetes, recortados contra la luz, como pastores que conducían las llamas por delante.

Han se quedó mirándolos, fascinado. Debían de tener la misma edad que él y Bailarín, pero llevaban preciosas capas de seda y lana de verano que rozaban sus estribos, y largas estolas en las que relucían emblemas exóticos. No iban montados sobre ponis robustos y greñudos de las montañas, sino sobre caballos de las llanuras, de patas largas y delicadas y cuellos orgullosamente arqueados, con bridas y sillas de montar adornadas con accesorios de plata. Han entendía de caballos, y aquéllos debían de costar el salario de un año de una persona corriente.

Los ingresos de toda una vida para él.

Los muchachos cabalgaban con una arrogancia tranquila, como ajenos al paisaje

devastador que los rodeaba. Como si éste fuese irrelevante para los de su clase.

Bailarín se quedó muy quieto, con el rostro cobrizo rígidamente inmóvil y los ojos azules súbitamente opacados.

—Lanzahechizos —murmuró, usando el término con que se conocía a los hechiceros dentro del clan—. Debería haberlo sabido.

«Lanzahechizos», pensó Han con una mezcla de miedo y excitación. Nunca había visto a ninguno de cerca. Los magos no se relacionaban con las personas como él. Vivían en suntuosos Palacios en los alrededores del castillo de la Marca de los Páramos, y servían a la Reina en la corte. Algunos residían en Dama Gris, donde se reunía el Consejo de Magos. Desempeñaban funciones de embajadores en otros países, por una buena razón. Los rumores sobre su dominio de la hechicería mantenían alejados a los invasores.

El más poderoso de ellos ostentaba el título de Gran Mago, consejero y agente mágico de la Reina de los Páramos.

—Mantente alejado de los magos —decía siempre mamá—. No te conviene llamar la atención de personas así. Acércate demasiado, y puede que acabes quemado vivo o convertido en algo impuro y vil. El vulgo es como polvo bajo sus pies.

Como todo lo prohibido, los magos ejercían una fascinación obre Han, pero aquélla era una regla que nunca había tenido ocasión de infringir. Los lanzahechizos tenían prohibido el acceso a las Montañas de los Espíritus, excepto para acudir a la Casa del Consejo en Dama Gris. Tampoco se les pasaría por la cabeza ir al Mercado de los Harapos, el arenoso arrabal de la Marca de los Páramos al que Han llamaba hogar. Si necesitaban algo de los mercados, enviaban a sus sirvientes.

Cuando los jinetes se aproximaron al lugar en el que se escondían, Han los estudió con avidez. El lanzahechizos que iba delante tenía una cabellera lacia y negra que se extendía hacia atrás desde un pico de viuda y le llegaba hasta los hombros. Llevaba muchos anillos en sus largos dedos y un colgante intrincadamente tallado pendía de una gruesa cadena alrededor de su cuello. Sin duda era alguna clase de poderoso amuleto.

Sus estolas estaban adornadas con halcones plateados, las garras extendidas en señal de ataque. «Halcones plateados», pensó Han. Debía de ser el emblema de su Casa de Magos.

Los otros dos eran pelirrojos, con idénticas narices anchas y planas, y gatos de los Páramos mostrando las fauces en sus estolas. «Deben de ser hermanos o primos», pensó Han. Cabalgaban a cierta distancia del mago de los cabellos negros, al que parecían guardar respeto.

Han se habría conformado con permanecer escondido y verlos pasar al galope, pero Bailarín tenía otros planes. Salió como una exhalación de la sombra de las rocas, prácticamente bajo los cascos de los caballos, asustándolos de forma que los tres jinetes tuvieron que tirar de las riendas para mantenerse sobre las sillas de montar.

—Soy Bailarín de Fuego —proclamó orgullosamente en la lengua común—, de la

Logia de los Pinos de Marisa. —Se saltó la bienvenida ritual del viajero y fue al grano—. Esta casa exige saber quiénes sois y qué están haciendo unos magos en Hanalea, cosa prohibida por el Naéming. —Tenía apoyadas sus manos en puño en los costados, pero parecía muy pequeño junto a los tres desconocidos sobre sus altos caballos.

«¿Qué mosca le habrá picado a Bailarín?», se preguntó Han, emergiendo de mala gana de su escondite para ir a reunirse con su amigo. Lo que habían hecho los lanzahechizos le gustaba tan poco como a Bailarín, pero era lo bastante despabilado para no plantar cara a unos echadores de maleficios.

El muchacho del pelo negro lanzó a Bailarín una mirada de desprecio, con los ojos abiertos como platos por la sorpresa antes de volver a asumir su expresión altiva y desdeñosa.

«Reconoce a Bailarín —pensó Han—, pero Bailarín no parece conocerlo. Me pregunto por qué».

Aunque Han era más alto que Bailarín, la mirada del mago pareció fluir sobre él como el agua sobre una roca antes de buscar la de su amigo. Han se miró los leotardos de piel de ciervo cubiertos de barro y la camisa tejida en casa, envidiando los finos atuendos de los desconocidos. Se sintió invisible. Insignificante.

Bailarín no se dejó intimidar por los ensalmadores.

—Os he preguntado cómo os llamáis —dijo.

El muchacho con la insignia del halcón miró a los demás, como preguntándose si la pregunta merecía una respuesta, y luego se volvió hacia Bailarín.

—Soy Micah Bayar, de la Casa de la Aguilera —dijo el portavoz, como si la sola mención de su nombre bastase para que se arrodillasen ante él—. La reina Marianna y las princesas Raisa y Mellony están cazando en el valle de abajo. Estamos empujando a los ciervos colina abajo, a su encuentro.

—¿Qué? —exclamó Han, espantado—. ¡No podéis hacer eso! Los ciervos no pertenecen a la Reina.

Una vez más, la mirada de los magos fluyó a través de ellos como si fuesen invisibles.

—Una cacería coronada por el éxito siempre pone de buen humor a la reina Marianna —explicó Bayar, acomodándose las estolas. Había cierto tono de malestar en sus palabras, como si al complacer a la Reina Bayar estuviera consintiendo a una niña malcriada.

—Eres menor de edad —dijo Bailarín—. Ni siquiera te está permitido utilizar la magia.

Han se preguntó cómo sabía eso su amigo. Él no tenía ni idea de cuáles eran las reglas por las que se regían los magos.

Pero Bailarín debía de haber puesto el dedo en la llaga, porque Bayar lo fulminó con la mirada.

—Ésas son cosas de magos —dijo el lanzahechizo—. No son de tu incumbencia.

—Bueno, Micah Gafador —dijo Bailarín, recurriendo a la expresión peyorativa del clan para referirse a los magos—, si la reina Marianna quiere cazar ciervos en verano, puede subir a lo alto de las montañas. Como ha hecho siempre.

—Claro —dijo el joven, mirando a su alrededor como si acabara de entrar en una posada de cuarta categoría—. ¿Para alojarse dónde?

—La reina Marianna lleva sangre del clan en las venas —dijo Bailarín—. Siempre es bienvenida en las logias. Bayar arqueó sus negras cejas.

—¿Donde puede dormir en el suelo sucio junto a una decena de parientes mugrientos y pasar una semana sin poder darse un baño caliente, para luego volver a casa apestando a humo de madera y sudor con un buen ataque de picores nocturnos? —Rió estruendosamente, y sus amigos siguieron su ejemplo—. No la culpo por preferir el castillo de la marca de los Páramos.

Han lo miró boquiabierto, pensando en las acogedoras logias con sus bancos para dormir, las canciones e historias contadas alrededor del fuego, los banquetes compartidos en torno al puchero común. Cuántas noches se había quedado dormido bajo pieles y mantas hechas en el clan con el hilo de las antiguas canciones fluyendo a través de sus sueños. Él no pertenecía al clan, pero aun así era el único lugar donde se había sentido en casa. El único lugar donde no se sentía como si tuviera que agarrarse con las uñas para no caer al vacío.

—Todas las princesas herederas se alojan con los clanes —dijo Bailarín, sacando la barbilla en actitud testaruda—. La reina Marianna pasó poco tiempo en las logias, pero la princesa Raisa se alojó durante tres años en la Logia Demonai.

—El padre de la princesa tiene ideas bastante arcaicas porque se crin dentro del clan —replicó Bayar, y sus compañeros le rieron la gracia—. Por lo que a mí respecta, no querría casarme con una chica que hubiera pasado tiempo en las logias. Lo más probable es que se hubiese echado a perder.

Bailarín empuñó su cuchillo en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Te importaría repetir eso, gafador? —dijo, en un tono frío como el agua del Dyrne.

Bayar tiró de las riendas y su caballo dio un paso atrás, aumentando la distancia entre él y Bailarín.

Con el corazón latiéndole deprisa, Han se situó al lado de Bailarín y puso la mano sobre la empuñadura de su propio cuchillo, evitando interponerse entre los magos y el brazo de lanzar de Bailarín. Su amigo tenía unos reflejos excelentes y era muy bueno con el cuchillo. Pero ¿un cuchillo contra magia? ¿Incluso dos cuchillos?

—Relájate, comehongos. —Bayar se pasó la lengua por los labios, sin apartar la mirada del cuchillo de Bailarín—. Verás, mi padre dice que las chicas que frecuentan las logias vuelven siendo orgullosas, tercas y difíciles de manejar. Eso es todo. —Sonrió con satisfacción, como si estuviesen compartiendo un buen chiste.

Bailarín no sonrió.

—¿Insinúas que la heredera al trono de los Páramos necesita... que la manejen?

—Bailarín —dijo Han, pero su amigo rechazó la advertencia con un movimiento de la cabeza.

—Quizá lo próximo que hagan será enviar a su alteza a Tamron —dijo Bayar, ignorando a Han—. Allá en el sur son muy civilizados. Una mejor preparación para la vida en la corte. Al menos no comen con los dedos.

—¿De veras? —dijo Bailarín, con los labios blancos de ira—. Me parece que no es la princesa Raisa quien necesita aprender modales.

Han estudió con la mirada a los tres magos, como habría hecho con sus oponentes en cualquier pelea callejera. Los tres llevaban espadas pesadas y elaboradas que, evidentemente, no habían sido utilizadas a menudo. «El truco está en hacerlos bajar de sus caballos», pensó. Y para eso bastaría con cortarles la cincha. Luego habría que acercarse lo suficiente para que las espadas no sirvieran de mucho. «Si acabo con Bayar, los otros dos saldrán huyendo».

Uno de los magos pelirrojos carraspeó nerviosamente, como incómodo con el curso que estaba tomando la conversación. Era el mayor de los dos, bajo y fornido, con unas manos pálidas, pecosas y regordetas que sujetaban firmemente las riendas.

—Micah —dijo en el dialecto del Valle, inclinando la cabeza hacia el valle de abajo—. Anda, vamos. Nos perderemos la cacería.

—Aguarda, Miphis. —Bayar escrutó a Bailarín, sus negros ojos brillando en su pálido rostro—. ¿No te llamas Hayden? —preguntó en la lengua común, usando el nombre del valle de Bailarín—. Sólo... Hayden, ¿verdad? Un nombre de bastardo. No tienes padre.

Bailarín se puso rígido.

—Ése es mi nombre del Valle —dijo, alzando la barbilla en gesto desafiante—. Mi verdadero nombre es Bailarín de Fuego.

—Hayden es un nombre de mago —dijo Bayar, acariciando el amuleto que llevaba colgado del cuello—. ¿Cómo te atreves a presumir de...?

—No presumo de nada —dijo Bailarín—. El nombre no lo elegí yo. Soy del clan. ¿Por qué iba a querer llamarme como un gafador cualquiera?

«Buena pregunta», pensó Han mientras su mirada iba del uno al otro. Bayar se sonrojó, y tardó unos segundos en encontrar una respuesta.

—Eso es lo que tú dices, Hayden —dijo finalmente, alargando las palabras—. Quizá te engendraste a ti mismo, lo que significa que tú y tu madre...

Bailarín levantó rápidamente el brazo, pero Han consiguió empujárselo a un lado justo en el instante en que el cuchillo salía despedido de su mano para acabar clavándose en el tronco de un árbol.

«Vamos, Bailarín», pensó Han, encogiéndose de hombros bajo la mirada enfurecida de su amigo. Matar a un mago amigo de la Reina los metería en un buen lío.

El lanzahechizos Bayar se quedó paralizado durante un instante, como si no pudiera dar crédito a sus ojos. Luego palideció de furia. Extendió una mano hacia

Bailarín con gesto imperioso, cogió su amuleto con la otra y empezó a murmurar un conjuro en la lengua de la magia, trastabillándose un poco con las palabras más largas.

—Micah —dijo el más delgado de los magos que lucían los gatos de los Páramos en sus estolas, acercándose a él con su caballo—, no vale la pena. Piensa en el incendio. Si descubren que...

—Cierra el pico, Arkeda —respondió Bayar—. Voy a enseñarle un poco de respeto a este sucio comehongos. —Con una mueca de disgusto por tener que partir de cero, volvió a iniciar el hechizo.

«Esto me pasa por tratar de poner paz», pensó Han. Se descolgó el arco y puso una flecha en él, apuntando con ella al pecho de Bayar.

—Eh, Micah —dijo—. ¿Qué te parece esto? Cierra la boca o disparo.

Bayar lo miró con los ojos entornados, como si se sorprendiera de volver a verlo. Tal vez consciente de que iba a estar muerto antes de poder terminar el hechizo, soltó el amuleto y levantó las manos.

Ante la visión del arco de Han, Miphis y Arkeda se llevaron las manos a las empuñaduras de espadas. Pero entonces Bailarín puso una flecha en su arco, y ambos magos lo dejaron correr y levantaron las manos también.

—Eres más listo de lo que parece —dijo Han, asintiendo—. Supongo que los hechizos son más lentos que las flechas.

—Has tratado de matarme, comehongos —dijo Bayar a Bailarín, como asombrado de que algo así pudiese ocurrir—. ¿No sabes quién soy? Mi padre es el Gran Mago, consejero de la Reina. Cuando se entere de lo que has hecho...

—¿Por qué no vuelves corriendo a Dama Gris y se lo cuentas? —dijo Bailarín, señalando con un movimiento de la cabeza el sendero que descendía por la ladera—. Adelante. No deberías estar aquí. Vete de la montaña. Ahora.

Sin duda, Bayar no quería echarse atrás ante la presencia de sus dos amigos.

—Recuerda que hay que hacer un largo camino para bajar la montaña —dijo en voz baja mientras acariciaba su amuleto—. Quién sabe lo que podría suceder durante el trayecto.

«Huesos», pensó Han. Le habían tendido suficientes emboscadas en las calles y los callejones de la marca de los Páramos. Conocía lo bastante bien a los matones para reconocer sus rasgos en Bayar. Aquel muchacho les haría daño si pudiera, y no se molestaría en jugar limpio durante el proceso.

Sin aflojar la cuerda de su arco, Han dirigió la barbilla hacia el mago.

—Tú. Quítate el amuleto de la mala suerte —ordenó—. Tíralo al suelo.

—¿Esto? —Bayar tocó la joya de aspecto maligno que colgaba de su cuello. Cuando Han asintió con la cabeza, el otro joven lo miró con incredulidad—. No puedes hablar en serio —gruñó, cerrando el puño sobre la joya—. ¿Sabes lo que es esto?

—Me hago una idea —dijo Han, haciendo un gesto con el arco—. Quítatelo y

tíralo al suelo.

Bayar se quedó paralizado por un instante.

—No puedes utilizarlo, ¿sabes? —dijo finalmente, mirando primero a Han y luego a Bailarín—. Con sólo tocarlo quedarás reducido a cenizas.

—Nos arriesgaremos —intervino Bailarín.

El lanzahechizos entornó los ojos.

—No sois más que unos ladrones, entonces —dijo desdeñosamente—. Tendría que haberlo sabido.

—No soy ningún ladrón —dijo Han—. ¿De qué me serviría semejante chisme? Es sólo que no quiero tener que estar mirando por encima del hombro todo el camino a casa.

Arkeda se inclinó hacia Bayar y murmuró en la lengua del Valle:

—Más vale que se lo des, Micah. Ya sabes lo que dicen de los comehongos. Te cortarán el cuello, se beberán tu sangre y luego echarán tus restos a los lobos para que nadie encuentre tus huesos jamás.

Miphis asintió convencido.

—O nos usarán en rituales. Nos quemarán vivos. Nos sacrificarán a sus diosas.

Han apretó los dientes en un intento de impedir que su rostro traicionara la mezcla de sorpresa y diversión que estaba sintiendo. Al parecer, los gafadores tenían sus propios motivos para temer al clan.

—No puedo dárselo, estúpido —siseó Bayar—. Ya sabes por qué. Si mi padre descubre que me lo llevé, nos castigarán a los tres.

—Te dije que no lo cogieras —murmuró Arkeda—. Te dije que no era una buena idea.

—Las reglas son para los tontos —dijo Bayar—. No lo habría cogido si se nos permitiera tener nuestros propios amuletos. Era el único que yo... ¿Qué estás mirando? —quiso saber, reparando en el interés con que Han y Bailarín estaban siguiendo la conversación y quizá cayendo en la cuenta por primera vez de que ambos entendían la lengua de las llanuras.

—A alguien que ya está metido en un buen lío y está a punto de meterse en otro todavía peor —dijo Han—. Ahora tira el amuleto.

Bayar lo fulminó con la mirada como si lo viera por primera vez.

—Ni siquiera perteneces al clan. ¿Quién eres?

Han había vivido lo suficiente para saber que nunca debías darle tu nombre a un enemigo.

—Me llaman Pincho —dijo, respondiendo con el primero que le vino a la mente mientras se preguntaba si pagaría aquel engaño—. Soy de Puente del Sur.

—¿Pincho, dices? —El mago trató de obligarlo a bajar la mirada con la suya, pero los ojos se le iban continuamente hacia otros lugares—. Es extraño. Hay algo... Pareces... —Se calló, como si hubiera perdido el hilo de sus pensamientos.

Han situó el astil de la flecha delante de sus ojos y apuntó al mago. Sintió un hilo

de sudor frío bajando por su espalda, entre los omóplatos. Si Bayar aguantaba el tipo, tendría que pensar qué hacer a continuación. De momento, no tenía ni idea.

—Voy a contar hasta cinco —dijo finalmente—. Luego te atravesaré el cuello con una flecha. Uno.

Con un gesto rápido y agresivo, Bayar se pasó la cadena por encima de la cabeza y arrojó el amuleto al suelo. La joya produjo un ruido casi inaudible al caer.

—Ahora intenta cogerlo —dijo el lanzahechizos, inclinándose hacia delante en su silla de montar como para ver mejor—. Te reto a que lo hagas.

Los ojos de Han pasaron de Bayar al amuleto de la mala suerte, indeciso entre creerle o no.

—¡Vamos! ¡Largo de aquí! —dijo Bailarín—. Te aconsejo que empieces a pensar en cómo vas a apagar ese incendio, o te garantizo que la Reina no se pondrá de buen humor.

Bayar lo miró durante un instante con los labios crispados, sin pronunciar palabra. Luego hizo girar la cabeza a su montura e hincó los talones en sus costados. Caballo y jinete bajaron a galope tendido por la ladera como si, de hecho, se dirigieran al encuentro de las llamas.

Arkeda lo siguió con la mirada y luego se volvió hacia Bailarín, sacudiendo la cabeza.

—¡Insensatos! ¿Cómo esperáis que lo apague sin el amuleto? —Hizo volver grupas a su caballo, y los dos jinetes pelirrojos siguieron a Bayar a un ritmo más lento.

—Espero que se parta el cuello —murmuró Bailarín mientras veía alejarse a los tres lanzahechizos.

Han exhaló lentamente, relajó la tensión de la cuerda y se colgó el arco a la espalda. Después se puso en cuclillas y estudió recelosamente el amuleto, temeroso de tocarlo.

—¿Crees que se estaba echando un farol? —le preguntó a Bailarín, que lo observaba desde una prudente distancia—. Quiero decir, ¿crees que necesitan esta cosa para apagar el incendio?

—Déjalo donde está —dijo Bailarín con un estremecimiento—. Larguémonos de aquí.

—Ese gafador realmente no quería entregarlo —reflexionó Han—. Tiene que ser valioso. —Conocía a comerciantes de objetos mágicos en el Mercado de los Harapos, había tratado con ellos en una o dos ocasiones cuando trabajaba la calle. Una pieza como ésa podía cubrir el alquiler de un año.

«No eres un ladrón. Ya no». Si se lo decía con frecuencia tal vez acabaría creyéndoselo.

Pero no podía dejarlo tirado allí. Había algo maligno, y sin embargo fascinante,

en el amuleto. Rezumaba poder como el calor de una estufa en un día de invierno; calentaba la parte delantera del cuerpo de Han, haciendo que el resto de su persona sintiera más frío en comparación.

Valiéndose de un palo, levantó el amuleto por la cadena. Suspendido en el aire, se balanceó hipnóticamente a la luz del sol, una piedra de un verde translúcido que el arte del tallador había convertido en una serpiente enroscada alrededor de un báculo. El báculo estaba rematado por un cristal brillante y los ojos de la serpiente eran rubíes rojos como la sangre. Al menos, Han supuso que eran rubíes. No sabía gran cosa sobre piedras preciosas.

—¿Qué piensas hacer con eso? —preguntó Bailarín detrás de él, con la voz cargada de desaprobación.

Han se encogió de hombros, sin apartar los ojos de la joya que se balanceaba en el aire.

—No lo sé.

Bailarín sacudió la cabeza.

—Creo que deberías arrojarlo al fondo del barranco. Si Bayar cogió esa cosa sin permiso, deja que sea él quien se encargue de explicar qué ha sido de ella.

Han no lograba decidirse a tirar el amuleto. No parecía la clase de objeto que uno quisiera dejar tirado para que alguien —quizás un niño de las logias— acabara encontrándolo.

Extrajo un retal de cuero de la mochila en la que llevaba sus cosas y lo extendió sobre el suelo. Dejó caer el amuleto en el centro, lo envolvió con mucho cuidado y se lo guardó en la mochila.

¿Cómo habían acabado plantando cara a unos magos? Han parecía destinado a meterse en problemas, por mucho que se esforzara en eludirlos. No pudo evitar pensar que aquel encuentro les pasaría factura.

Consecuencias no previstas

Raisa se movió con impaciencia sobre la silla de montar y miró a su alrededor, entrecerrando los ojos ante un sol que veteaba el sendero.

—No entornes los ojos, Raisa —espetó su madre automáticamente. Era una de las frases que la Reina usaba a modo de conversación, junto con «Ponte recta» y «¿Adónde crees que vas?». Sin olvidar la frase comodín «¡Raisa ana’Marianna!».

Así que Raisa optó por protegerse los ojos con la mano mientras escrutaba los bosques que había a su alrededor.

—Sigamos —dijo—. Se suponía que tenían que haberse reunido con nosotros aquí hace media hora. Si no saben ser puntuales, yo digo que los dejemos atrás. Estamos perdiendo tiempo.

Lord Gavan Bayar se acercó a su caballo y puso la mano sobre la brida de *Resorte*.

—Por favor, alteza, os lo ruego, concededles unos minutos más. Micah se sentirá muy decepcionado si no toma parte en la cacería. Lleva toda la semana soñando con ella. —El apuesto Gran Mago le sonrió con el exagerado encanto que los adultos dedican a los niños cuando hay otros adultos presentes.

«¿Así que Micah tenía muchas ganas de que llegase el día de la cacería? —pensó Raisa—. Seguro que no tenía ni la mitad que yo. Él es libre de ir y venir a su antojo». Raisa apretó las rodillas contra los flancos de *Resorte* y la yegua sacudió la cabeza, soltándose de la mano del mago. Luego piafó ante una hoja que el viento impulsaba por el suelo. Estaba tan impaciente por irse de allí como Raisa.

—Yo suelo llegar con retraso —soltó de sopetón Mellony, la hermana pequeña de Raisa, mientras hacía avanzar a su poni—. Tal vez deberíamos ser más pacientes.

Raisa le lanzó una mirada mordaz, y Mellony se mordió el labio y apartó la vista.

—Micah probablemente ha perdido la noción del tiempo —continuó lord Bayar mientras intentaba tranquilizar a su montura, un corcel de robusta osamenta—. Ya sabéis cómo son los jóvenes.

—Quizá podríais regalarle un reloj de bolsillo en su próxima onomástica, entonces —sugirió Raisa en tono sarcástico, lo que provocó la previsible reacción de su madre.

—¡Raisa ana’Marianna!

«¡Me da igual!», pensó Raisa. Bastante había tenido con permanecer recluida en el castillo de la Marca de los Páramos desde el solsticio, rodeada de preceptores y agobiada con todas aquellas clases de recuperación sobre tres años de asignaturas que no servían de nada.

Por ejemplo: «Una dama puede conversar con cualquier persona, cualquiera que sea su edad o condición. En la mesa, una anfitriona es responsable de asegurar que todo el mundo participe en la conversación. Debería dirigir su curso manteniéndola alejada de la política y otros temas que causan divisiones, y estar preparada para ofrecer temas alternativos si así fuese menester».

«Si una dama debería hacer esto —se preguntó Raisa—, ¿debería un hombre hacer lo mismo? ¿Está obligado a hacerlo?»

Tras la relativa libertad del Campamento Demonai, había sido un suplicio calzarse aquellos incómodos zapatos y usar las elegantes medias que estaban de moda en la corte, y sudar y notar que le escocía todo bajo los elaborados vestidos de jovencita que su madre elegía para ella. Raisa estaba a punto de cumplir los dieciséis, casi una mujer, pero la mayoría de los días parecía un pastel de bodas sobre un par de piernas.

Hoy no. Porque hoy se había puesto su chaqueta, sus leotardos y sus botas hechas en el clan, y se había cubierto con una capa de montar que le llegaba a la cintura. Se había colgado el arco al hombro y deslizado una aljaba de flechas dentro de la bota enganchada a su silla de montar. Cuando sacó de los establos a *Resorte*, lord Bayar la miró de arriba abajo y luego se volvió hacia la Reina para comprobar su reacción.

La madre de Raisa frunció la boca y exhaló un profundo suspiro, pero aparentemente decidió que era demasiado tarde para obligar a su hija a volver dentro para cambiarse de ropa. Por supuesto, Mellony reflejaba a su madre con su elegante conjunto ecuestre de chaqueta y falda pantalón, complementado por la cascada de enaguas que caía sobre sus botas.

Así que ahora estaban ahí, a punto e impacientes por dar inicio a la cacería en un precioso día de sol, y Raisa se veía obligada a perder el tiempo esperando al tardón de Micah Bayar y a sus primos.

Micah era ocurrente, un jinete que no le tenía miedo a nada y un cazador agresivo y siempre dispuesto a competir. Un año mayor que Raisa, había crecido mientras ella estaba lejos, y ahora su inquietante atractivo adolescente hacía que la mitad de las chicas de la corte suspiraran por él. A decir verdad, Raisa tenía muchas ganas de ir de cacería con Micah, pero no estaba dispuesta a esperarlo eternamente.

A poca distancia de allí, el capitán Edon Byrne y un trío de soldados esperaban sobre sus caballos, conversando en voz baja. Byrne era el capitán de la guardia de la Reina, el último de un largo linaje de Byrne que había ostentado aquel cargo. Había insistido en proporcionarles escolta durante la cacería, pese a las objeciones de lord Bayar.

—¿Envío a uno de mis hombres a buscar a los chicos? —preguntó.

—Por mí podrían ir los cuatro, capitán Byrne —le respondió lord Bayar sin demasiado interés—. La reina Marianna y las princesas estarán completamente a salvo. No hay ninguna necesidad de que usted y sus hombres nos sigan a todas partes como la larga cola de una corneta. Los clanes pueden ser salvajes e impredecibles,

pero no es probable que intenten hacer nada con el Gran Mago presente. —Acarició el amuleto que llevaba colgado al cuello por si a Byrne no le había quedado claro. Lord Bayar siempre articulaba las palabras lentamente y con una exagerada claridad cuando hablaba al capitán Byrne, como si el soldado fuera medio tonto.

Byrne le sostuvo la mirada sin retractarse, su rostro curtido por el viento impasible.

—Podría ser, pero no son los clanes los que me preocupan.

—Evidentemente —dijo Bayar con una leve sonrisa—. Ya que tanto usted como el consorte real han dejado repetidamente a la joven princesa Raisa en manos de esos clanes —añadió, con gesto de disgusto.

Ésa era otra cosa que molestaba a Raisa: Bayar nunca utilizaba el nombre de su padre. Llamaba a Averill Demonai «el consorte real», como si fuera un cargo de libre designación que podía ser ocupado por cualquiera. Muchos aristócratas despreciaban profundamente al padre de Raisa porque era un comerciante del clan que había hecho un matrimonio que muchos de ellos ambicionaban para sí mismos.

Pero, de hecho, la Reina de los Páramos no se había casado a la ligera. Averill había traído consigo el apoyo de los clanes y compensado el poder del Consejo de Magos. Lo que, naturalmente, no agradaba al Gran Mago.

—¡Lord Bayar! —dijo la Reina con aspereza—. Sabéis muy bien que el Naéming requiere que la princesa Raisa sea acogida por los clanes.

—Pero seguramente no hace falta que pase tanto tiempo alejada de la corte —dijo Bayar, sonriéndole—. Pensad en todos los bailes, fiestas y celebraciones que se ha perdido.

«Aparte de todas las clases de costura y dicción —pensó Raisa—. Qué lástima».

Byrne la estudió, como habría podido hacer con un caballo que estuviera pensando comprar, y luego dijo con su habitual franqueza:

—Pues yo no veo que le haya sentado tan mal.

La madre de Raisa puso la mano sobre el brazo del capitán.

—¿Realmente crees que es tan peligroso, Edon? —Siempre hacía lo posible por poner fin a cualquier discusión lo antes posible, aunque eso supusiera poner una tirita a una herida abierta.

Byrne bajó la mirada hacia la mano de la Reina sobre su brazo, y luego la alzó hacia su rostro. La expresión de sus curtidas facciones se dulcificó.

—Alteza, sé cuánto amáis la caza. Si llega a ser preciso seguir a los ciervos por las montañas, lord Bayar no podrá acompañaros. Las zonas fronterizas están llenas de refugiados. Cuando la familia de un hombre está pasando hambre, ese hombre hará lo que sea con tal de darle de comer. Hay ejércitos de mercenarios desplazándose hacia las guerras de Tamron o huyendo de ellas. La Reina de los Páramos sería un valioso trofeo.

—¿Es eso todo lo que os preocupa, capitán Byrne? —inquirió Bayar, entrecerrando los ojos.

Byrne no se inmutó.

—¿Hay algo más que debiera preocuparme, mi señor? ¿Algo de lo que os gustaría hablarme?

—Quizá deberíamos seguir nuestro camino —dijo la reina Marianna, haciendo chasquear sus riendas con decisión—. Micah y los demás no deberían tener ninguna dificultad para alcanzarnos.

Lord Bayar asintió a regañadientes. «Micah se va a enterar», pensó Raisa. Parecía como si el Gran Mago estuviese a punto de arrancarle la cabeza a alguien de un mordisco y escupir los dientes. Raisa espoleó a *Resorte* y se puso al frente del grupo. Byrne maniobró a su gran bayo hasta situarse junto a ella, y los demás les siguieron.

El sendero por el que avanzaban subía a través de hermosas praderas llenas de amapolas y margaritas. Mirlos de alas rojas se asían a duras penas a los dientes de león que quedaban del año anterior. Raisa se empapaba de cada detalle como un pintor privado del color durante toda una estación.

Byrne también miraba a su alrededor, pero con otro propósito. No hablaba, pero escrutaba el bosque a ambos lados del sendero, con la espalda recta y unas manos relajadas sosteniendo las riendas del caballo. Sus hombres permanecían desplegados en torno a ellos, cabalgando tres leguas por cada una de las suyas, explorando la ruta que tenían delante, sin descuidar sus espaldas.

—¿Cuándo vuelve a casa Amon? —preguntó Raisa, poniendo a prueba sus tan penosamente aprendidas habilidades conversacionales con el ceñudo capitán.

Byrne casi sonrió.

—Lo esperamos en cualquier momento, alteza. Debido a los combates en Arden, ha tenido que hacer un rodeo al Vado de Oden.

Habían transcurrido casi tres años desde que Raisa viera por última vez a Amon, el hijo pequeño de Byrne. Tras pasar dos años en el Campamento Demonai, había vuelto a la corte durante el solsticio para encontrarse con que Amon había ido a la Casa Wien, la escuela militar en el Vado de Oden. Tenía intención de seguir los pasos de su padre, y los soldados empezaban su instrucción muy jóvenes.

Ella y Amon habían sido amigos desde la infancia, cuando la falta de otros niños en la corte obligó a cada uno a buscar la compañía del otro. El castillo de la Marca de los Páramos se había convertido en un sitio muy solitario sin él, aunque Raisa apenas dispusiera de tiempo para estar sola. «Cuando sea reina —pensó—, voy a mantener a mis amistades cerca de mí». Era una entrada más en una larga lista de buenos propósitos.

Ahora Amon volvía a los Páramos, recorriendo solo los cientos de leguas que los separaban del Vado de Oden. Raisa lo envidiaba. Incluso entre el clan, ella siempre había viajado acompañada por algún tipo de protección. ¿Cómo sería hacer lo que te apeteciera, dormir cuando y donde te viniera en gana, con cada nuevo día reluciente de riesgos y posibilidades?

La partida de caza giró hacia el oeste, siguiendo un sendero que discurría junto al

valle. Aunque se hallaban a más de cien metros por encima del río Dyrnne, el rugido de sus cascadas se elevaba hasta ellos.

Pasaron por un estrecho desfiladero, y el aire se hizo perceptiblemente más frío cuando las paredes de piedra se cerraron sobre ellos. Raisa se estremeció, sintió una punzada de inquietud, una vibración en sus huesos. Era como si unos dedos invisibles hubiesen agitado el rico entramado de vida que la rodeaba.

Resorte piafó y sacudió la cabeza, y a punto estuvo de arrancar las riendas de las manos de Raisa. La oscuridad a ambos lados del desfiladero pareció fundirse en unas sombras grises que corrían dando grandes zancadas, en unos cuerpos que se comprimían y alargaban.

Lobos grises, el símbolo de la Casa de Raisa. Se decía que se les aparecían a las reinas de la estirpe real en los momentos de peligro. Raisa alcanzó a ver unas afiladas cabezas y unos ojos color ámbar, y entonces desaparecieron.

Volvió la mirada hacia su madre, que se estaba riendo de algo que había dicho lord Bayar. Al parecer, la Reina no había notado nada.

Si Raisa hubiera estado saliendo de Demonai con sus amigos del clan, éstos habrían tomado su premonición como un presagio, pinchándola y dándole vueltas como a una serpiente en el suelo, estudiando su posible significado. Al tener sangre del clan, se esperaba de Raisa que poseyera el don de la clarividencia, y esta habilidad era muy respetada.

Una voz se abrió paso entre sus pensamientos.

—¿Estáis bien, alteza?

Sobresaltada, Raisa levantó la vista hacia los ojos preocupados de Byrne. El capitán se le había acercado y sujetaba la brida de *Resorte*, con la cabeza inclinada para poder oír su respuesta.

—Bueno... hum... yo... —tartamudeó Raisa, sin saber qué decir por una vez. Se imaginó diciendo «Tengo la extraña sensación de que corremos peligro, capitán Byrne». O «¿No habrá visto algún lobo a lo largo del camino por casualidad?».

Incluso si el ceñudo capitán la tomaba en serio, ¿qué podía hacer?

—Estoy perfectamente, capitán —dijo—. Es sólo que ya ha pasado mucho rato desde el desayuno.

—¿Os apetece una galleta? —preguntó él, metiendo la mano dentro de su alforja—. Llevo algunas en...

—No tiene importancia —se apresuró a decir ella—. No tardaremos en hacer un alto para comer, ¿verdad?

El desfiladero se abrió a una hermosa pradera en la meseta. Los ciervos habían estado pastando allí hacía una semana, pero ahora ya no había ninguno. En esa época del año, probablemente estarían dirigiéndose hacia pastos más altos y, debido a la compañía del mago lord Bayar, no podían seguirlos. Ya estaban a punto de infringir los límites del clan.

Se detuvieron a comer en la pradera, justo a la salida del estrecho desfiladero. La

comida del mediodía fue todo un acontecimiento, dispuesta sobre hermosas telas y compuesta por fiambres, quesos y fruta con botellas de vino y sidra. Mientras los demás comían, dos de los soldados de Byrne se adelantaron a explorar el terreno, buscando señales de los ciervos desaparecidos.

Raisa tenía poco apetito. Se quedó sentada en el suelo, con los brazos alrededor de las rodillas, sin poder sacudirse de encima aquella vaga desazón. Era como un peso invisible suspendido sobre ella que la clavara al suelo. Sólo era mediodía, pero el cielo pareció oscurecerse, y los rayos de sol y las sombras que veteaban el suelo se disolvieron.

Raisa miró hacia arriba por entre el dosel de hojas que tenía encima. Aunque al sur el cielo estaba muy azul, allí se había teñido de un gris lechoso, el sol un disco brillante que nadaba en una neblina cada vez más espesa. Raisa husmeó el aire. Sintió un penetrante olor a hojas quemadas.

—¿Algo se quema? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular.

Había hablado en voz tan baja que pensó que nadie la había oído, pero Byrne se levantó del punto en el lindero del bosque donde estaba sentado y se dirigió al centro de la pradera para escrutar las laderas en todas direcciones. Contempló el cielo por unos instantes con el ceño fruncido y luego miró en dirección a los caballos. Éstos se movían nerviosamente, golpeando el suelo con los cascos y tirando de sus riendas.

Raisa sintió la misma inquietud, la convicción cada vez más intensa de que algo muy malo estaba pasando. Sintió un nudo en la garganta, y tosió.

—Cargad los caballos —ordenó el capitán Byrne, haciendo que sus hombres levantaran el campamento y recogieran las cosas del picnic.

—Oh, quedémonos un poco más, Edon —dijo la reina Marianna al tiempo que alzaba una copa de vino—. Este sitio es tan bonito.

Lord Bayar se extendió sobre la hierba junto a ella.

—No puedo subir mucho más sin violar el Naéming y todo eso. Pero siga usted adelante, capitán Byrne, y encuentre un ciervo a nuestras princesas. La Reina y yo nos quedaremos aquí.

Raisa contempló la escena ante ella; la manta extendida bajo los árboles, el mago oscuramente apuesto con las botas cruzadas por los tobillos, una mano enjovada apoyada en la manta. Su rubia y guapa madre, una belleza incluso en su ropa de montar, un rubor como de jovencita en las mejillas.

Era como un cuadro en las galerías de su hogar, un momento congelado en el tiempo que te hacía preguntarte qué había sucedido antes y qué sucedería después.

—Me quedaré contigo, mamá —dijo Raisa, dejándose caer sobre el borde de la manta y mirando al Gran Mago a los ojos, sabiendo instintivamente que eran enemigos. Deseando que su padre no pasara tanto tiempo lejos de casa.

Los soldados de Byrne habían seguido cargando los cada vez más inquietos caballos, aunque no era una tarea fácil. El capitán fue hacia la manta y se detuvo frente a ellos.

—Excelencia, creo que sería mejor que volviéramos. Hay un incendio cerca, aunque no puedo ubicarlo con exactitud.

—Un incendio —dijo lord Bayar. Cogió un puñado de hojas mojadas, las estrujó en la palma de su mano, y dejó caer la masa empapada—. ¿Cómo es posible?

—No lo sé, lord Bayar —dijo Byrne obstinadamente—. No tiene sentido. Pero lo hay, en algún lugar de Hanalea por encima de donde estamos ahora. He visto cómo incendios parecidos le cortaban el paso a la gente antes de que pudieran ponerse a salvo.

—Pero eso sucede sólo cuando el verano se aproxima a su fin —dijo la reina Marianna—. No a principios de la primavera.

—Exacto —dijo lord Bayar poniendo los ojos en blanco—. Lo que pasa es que usted es un alarmista, Byrne.

La reina Marianna le tocó el brazo mientras su mirada iba nerviosamente de él a Byrne.

—Huelo humo, Gavan. Quizá deberíamos hacerle caso al capitán. Mejor prevenir que curar.

Una hosca penumbra descendió sobre la pradera. Un viento surgido de la nada sopló ladera arriba, apartando el humo de ellos, como alguna bestia escondida que inhalara. Raisa se levantó del suelo y salió al claro, donde miró atrás en dirección a Hanalea. Vio como una nube de un amarillo anaranjado se elevaba hacia el cielo desde el risco que tenían encima, iluminada desde abajo por el rojo de las llamas. Un torbellino de fuego brotó del suelo, un tornado de llamas que tendría sus buenos veinte metros de alto.

—¡Capitán Byrne! —gritó, señalando con el dedo—. ¡Sangre y huesos! Es un incendio. ¡Mire!

En ese preciso instante, una docena de ciervos salieron corriendo de entre los árboles, cruzaron la pradera a grandes saltos y entraron en el desfiladero, sin prestar atención a los aspirantes a cazadores que había en su camino.

Inmediatamente después, Raisa oyó un retumbar de caballos lanzados al galope y tres jinetes irrumpieron en la pradera desde la dirección por la que habían venido los ciervos. Sus monturas tenían los flancos cubiertos de espuma y los ojos desorbitados, los jinetes estaban casi tan fuera de sí como ellas.

—¡Se acerca! ¡Lo tenemos justo detrás! ¡El bosque se ha incendiado! ¡Corred! —gritó el jinete que iba al frente, y Raisa tardó un momento en reconocer al impassible y sardónico Micah Bayar tras aquel rostro manchado de hollín. Eran Micah y sus primos, Arkeda y Miphis Mander.

Para entonces, todos estaban de pie, y el picnic había quedado olvidado.

—¿Micah? —Lord Bayar miró a su hijo y parpadeó—. ¿Cómo has...? ¿Qué has...? —Raisa nunca había visto al Gran Mago expresarse con tanta dificultad.

—Subíamos a vuestro encuentro y vimos el incendio —jadeó Micah, con la cara muy pálida bajo la suciedad y el pelo colgándole en mechones empapados por el

sudor. Sus manos tenían profundos cortes y en su brazo derecho parecía haber una fuerte quemadura—. Tratamos de... de contenerlo, pero...

Byrne fue hacia la reina Marianna llevando a su yegua, *Espíritu*, sujeta de las riendas.

—Excelencia. Deprisa, vamos. —Sosteniendo firmemente la brida de *Espíritu* con una mano, subió a la reina hasta la silla de montar con el brazo libre—. Tened cuidado —dijo—. Sujetadla bien. Está asustada.

Raisa se apresuró a subir a la grupa de *Resorte*, murmurando palabras tranquilizadoras a la yegua. A sólo cien metros de allí, ahora, el dosel del bosque ardía. El incendio avanzaba rápidamente hacia ellos, con las llamas saltando de un árbol a otro en una loca carrera colina abajo. El aire quemaba como fuego en los pulmones de Raisa y se cubrió la boca y la nariz con la manga.

Lord Bayar permaneció inmóvil por un instante, con los ojos entornados mientras su mirada iba de Micah a Arkeda y Miphis primero, para luego volverse hacia las llamas que se aproximaban. Luego cogió su montura y saltó a la silla. Se acercó a Micah, cerró la mano sobre la chaqueta de su hijo y lo atrajo hacia sí, hablándole con la cara a sólo unos centímetros de la del muchacho. Micah asintió con la cabeza, una vez, con expresión aterrorizada. Lord Bayar lo soltó bruscamente e hizo apartarse a su corcel, clavando los talones en sus costados mientras dejaba solo a su hijo para que escogiera entre seguirlo o dejarse consumir por las llamas.

Raisa los miró, perpleja. ¿Esperaba el Gran Mago que su hijo apagara el incendio por sí solo? Micah ni siquiera disponía de un amuleto, y todavía no había ingresado en la Academia.

—¡Excelencia! ¡Deprisa! —gritó Byrne.

Todos galoparon hacia la entrada del desfiladero.

Si Raisa había esperado encontrar cobijo allí, descubrió que el desfiladero tenía sus pros y sus contras. Las ascuas ya no caían sobre sus cabezas, pero un viento abrasador rugía entre las paredes de piedra, tan saturado de humo que Raisa no podía ver a su yegua ante ella. Parecía ahogar los sonidos, aunque pudo oír toses y carraspeos tanto delante como detrás de ella. El espacio era tan estrecho que al menos no podían perderse, pero Raisa temió que todos acabarían asfixiándose antes de que hubieran podido salir por el otro extremo.

Entonces Byrne volvió a aparecer junto a ella.

—Desmontad y llevad a vuestra yegua cogida de las riendas, alteza —dijo—. El aire es más fresco cerca del suelo. Aseguraos de no soltar las riendas en ningún momento. —Luego siguió adelante, transmitiendo su mensaje a lo largo de la hilera de jinetes.

Raisa bajó de la grupa de *Resorte*, se enrolló las riendas de cuero alrededor de la mano, y echó a andar por el cauce rocoso del arroyo. Byrne tenía razón; allí no costaba tanto respirar. Raisa notaba la piel de la cara caliente y quebradiza, como la de un pollo asado. Sintió la tentación de arrodillarse y lavársela en el agua, pero

Byrne los instaba implacablemente a seguir adelante. El aire se hizo todavía más irrespirable cuando salieron del desfiladero, y Raisa sintió un picor en los ojos; apenas podía ver a causa de las lágrimas.

Cuando disipó las lágrimas con un parpadeo, se vio rodeada de lobos del tamaño de ponis pequeños, sus lomos a la altura del hombro de Raisa. Se apiñaban a su alrededor, gruñían y daban dentelladas al aire, su olor de fieras competía con la pestilencia del humo, los pelos tiesos de sus lomos pinchándole la piel mientras se apretaban contra sus piernas como para obligarla a abandonar el sendero.

—Hanalea, ten piedad —susurró Raisa. Nadie más parecía reparar en los lobos. ¿Estaba alucinando o eran reales, obligados a compartir el sendero por el avance de las llamas?

Raisa estaba tan pendiente de la manada de lobos que casi chocó con Micah, quien se había detenido de pronto frente a ella. Los lobos desaparecieron entre el humo. En algún lugar delante de ellos, Raisa pudo oír los juramentos que soltaba Byrne. Poniendo sus riendas en la mano de Micah, fue pasando junto a los demás hasta situarse en la cabeza de la fila.

—Atrás, alteza —dijo Byrne, poniéndola detrás de él.

Pero Raisa pudo ver que, más allá de la salida, el sendero ardía en llamas. El incendio se había dividido en torno al risco, descendiendo ladera abajo a cada lado del desfiladero. Estaban atrapados.

—¡Prestad atención! —dijo Byrne, y su voz resonó a través del desfiladero—. Os quiero a todos en el arroyo. Tumbaos en él, y sumergíos en el agua si podéis.

Gavan Bayar se abrió paso hasta él.

—¿Qué está pasando? —quiso saber—. ¿Por qué nos hemos detenido?

Byrne se hizo a un lado para que Bayar pudiera ver. El mago contempló por unos instantes el infierno que rugía al final del desfiladero. Luego se dio la vuelta y gritó:

—¡Micah! ¡Arkeda y Miphis! Venid aquí.

Los tres avanzaron de mala gana y se detuvieron ante el Gran Mago. Temblaban, los dientes les castañeteaban, y parecían estar muertos de miedo. Bayar se sacó del bolsillo una fina cadena de plata y cerró uno de sus extremos alrededor de la muñeca de Micah y el otro alrededor de la suya.

—Arkeda y Miphis. Agarrad la cadena aquí y aquí —dijo Bayar, señalando con el dedo. Los muchachos obedecieron, agarrando la cadena entre Bayar y Micah con el mismo recelo que si se tratara de una serpiente venenosa—. No se os ocurra soltarla o lo lamentaréis —dijo el mago, sonriendo sombríamente. Luego se volvió hacia el frente de llamas, agarró su amuleto con la mano libre y empezó a pronunciar un hechizo.

Mientras él hablaba, los tres muchachos se tambalearon, jadearon y gritaron como si acabaran de recibir un golpe violento. Los dos que estaban en medio agarraron la cadena como si les fuera la vida en ello, al tiempo que los tres se iban poniendo cada vez más pálidos, como si algo estuviera chupándoles la fuerza. Sobre el rostro de lord

Bayar aparecieron unas gotitas de sudor, pero se evaporaron casi de inmediato bajo el calor asfixiante. La seductora voz del Gran Mago continuó entonando firmemente el hechizo entre el rugir de las llamas, los crujidos y chisporroteos de los árboles que estallaban, y la respiración entrecortada de los muchachos.

Finalmente, a regañadientes, el incendio respondió. Las llamas parpadearon, se debilitaron y se apartaron de la boca del desfiladero como una marea en retirada, dejando tras de sí un paisaje desolado y humeante. Bayar no cejó en su empeño; hizo retroceder el incendio con palabras de hechicería hasta que las llamas hubieron desaparecido por completo, aunque todo siguió estando tan oscuro como si fuera el fin del mundo. Entonces se quitó la cadena de la muñeca e hizo un último gesto. Los cielos se abrieron y sobre ellos cayó un torrente de lluvia, siseando al entrar en contacto con la tierra recalentada.

Hubo una especie de liberación común de aliento contenido, y una pequeña salva de aplausos de asombro. Como marionetas súbitamente liberadas de sus hilos por un titiritero, Micah y sus primos cayeron al suelo y se quedaron inmóviles.

Raisa se arrodilló al lado de Micah y puso la palma sobre su frente empapada en sudor. El muchacho abrió los ojos y la miró como si no la reconociese. Raisa levantó la vista hacia lord Bayar.

—¿Se pondrán bien?

Bayar los miró con una expresión curiosamente distante.

—Se recuperarán, aunque supongo que esto ha sido una lección que nunca olvidarán.

Raisa intentó imaginarse a su padre involucrándola en el lanzamiento de un conjuro sin ninguna clase de preparación o explicación previa. Y no pudo.

Pero naturalmente, él no era un mago.

Byrne había salido unos metros del desfiladero y estaba inmóvil bajo la lluvia, removiendo con la punta del pie los restos todavía humeantes.

—Qué raro —dijo—. Nunca había visto un incendio semejante, que arde bajo la lluvia.

—Lord Bayar —dijo la reina Marianna, agarrando las manos del mago—. Ha sido impresionante. Nos habéis salvado la vida a todos. Gracias.

—Me alegra poder haberos sido de utilidad, excelencia —dijo Bayar esbozando a duras penas una sonrisa como si el esfuerzo de hacerlo fuera a agrietarle la cara.

Raisa miró a Byrne. El capitán estaba mirando a la reina y el mago con una mueca de perplejidad en el rostro mientras se frotaba la barbilla oscurecida por un principio de barba.

La emboscada

Durante todo el trayecto de vuelta al Campamento de los Pinos de Marisa, Bailarín caminó en solitario, sus esbeltos hombros encorvados, su rostro habitualmente jovial oscurecido por la preocupación, su lenguaje corporal desalentando toda conversación. Tras un par de intentos infructuosos, Han se dio por vencido y quedó a solas, con sus preguntas.

Han no sabía nada de la brujería fuera de las lúgubres advertencias de su madre. ¿Aparecía durante la infancia o no hacía acto de presencia hasta mucho después? ¿Precisaba de amuletos como el que parecía lastrar su morral con un peso invisible? ¿Necesitaban estudiarla o los lanzahechizos poseían un conocimiento innato de lo que había que hacer?

Y lo más importante de todo, ¿cómo podía ser que algunas personas tuvieran el poder de obligar a otras a obedecer su voluntad, de crear un fuego que no podía ser apagado, o de convertir un gato en un halcón, si había que dar crédito a las historias?

De hacer añicos el mundo hasta extremos casi irreparables.

Los clanes también tenían magia, pero de otra clase. Willo era matriarca del Campamento de los Pinos de Marisa, y una sanadora de extraordinarias habilidades. Podía coger un palo seco y hacer que echara flores, podía hacer crecer cualquier cosa en los campos de las laderas, podía curar con el tacto y la voz. Sus remedios eran buscados en lugares tan lejanos como Arden. Los clanes eran famosos por su habilidad para trabajar el cuero y el metal, su tradición de crear amuletos y demás objetos mágicos.

Bayar había dado mucha importancia al hecho de que Bailarín no tuviera un padre conocido. ¿Cómo sabía eso, y por qué le importaba tanto? Para Han, Bailarín no necesitaba un padre. Su amigo era parte del clan, rodeado de tías y tíos que se desvivían por él, de primos con los que ir a cazar, todos estrechamente unidos por los lazos de la sangre y la tradición. Incluso cuando Willo estaba lejos, siempre había un hogar dispuesto a darle la bienvenida, comida que compartir, una cama en la que dormir.

Comparado con Bailarín, Han tenía más de huérfano, con sólo su madre y su hermana y un padre muerto en las guerras de Tamron. Compartían una única habitación encima de un establo en el barrio del Mercado de los Harapos en la Marca de los Páramos. Cuanto más pensaba en ello, más se compadecía Han de sí mismo. Sin magia y sin padre. Sin perspectivas. Mamá le había dicho a menudo que nunca llegaría a nada.

Estaban a poco menos de media legua del campamento cuando Han se dio cuenta

de que los estaban siguiendo. No fue por nada en particular. Cuando se volvió para inspeccionar unas vainas de semillas invernales quemadas por el frío junto al camino, oyó unos pasos que se detenían de pronto detrás de ellos. Una ardilla siguió riñéndolos con la mirada desde lo alto de un pino mucho después de que la hubieran dejado atrás. En un momento dado se volvió de golpe y creyó ver algo que se movía.

Un escalofrío de miedo le recorrió el cuerpo. Los magos debían de haber vuelto sobre sus pasos para ir tras ellos. Han había oído decir que podían hacerse invisibles o convertirse en pájaros y caerte encima desde el cielo. Agachando la cabeza sólo por si acaso, miró a Bailarín, que parecía no haberse dado cuenta de nada, absorto en sus propios lúgubres pensamientos.

Han sabía que no había que permitir que un enemigo escogiese el momento y el lugar de un ataque. Cuando él y Bailarín estaban tomando la curva de una colina, cogió del brazo a Bailarín y tiró de él, arrastrándolo fuera del sendero hasta ponerlo detrás del enorme tronco de un viejo roble.

Bailarín se soltó el brazo de un tirón.

—¿Qué estás...?

—Chist —siseó Han, llevándose el dedo a los labios y haciendo gestos para que guardara silencio. Luego regresó por donde habían venido y describió un gran círculo para aparecer por detrás de quienquiera que les estuviese siguiendo.

Sí. Vislumbró una delgada silueta vestida con ropas de los colores del bosque deslizándose de la sombra a la luz del sol delante de él. Han apretó el paso y alargó las zancadas, agradecido de que el suelo mojado absorbiera el sonido de sus pisadas. Ya casi había llegado allí cuando su objetivo tuvo que haberlo oído acercarse y se desvió bruscamente hacia la derecha. A fin de que el lanzahechizos no tuviese tiempo de pronunciar un conjuro, Han saltó sobre el intruso y se sujetó a él mientras rodaban por una pequeña ladera para acabar cayendo al Arroyo de la Vieja.

—¡Ay! —Han se golpeó el codo contra un pequeño peñasco en el lecho del arroyo y perdió presa del lanzahechizos, que no dejaba de retorcerse y debatirse y parecía ser increíblemente escurridizo y suave en lugares inesperados. La cabeza de Han se hundió bajo la corriente y tragó una bocanada de agua. Tosiendo y al borde del pánico, se incorporó y se apartó de los ojos el pelo mojado, temiendo que su enemigo le lanzase un hechizo antes de que hubiera tenido tiempo de actuar.

Detrás de él, alguien reía en un acceso de hilaridad que apenas le dejaba hablar.

—¡C-C-Caza Solo! Hace demasiado frío para n-nadar.

Han giró en redondo. Pájaro Cavador, la prima de Bailarín, estaba sentada en el borde del cauce con los rizos de su oscura melena sueltos sobre la cara y su blusa blanca de lino tan mojada que la delgada tela se le adhería al torso, casi transparente. Desesperado, Han fijó la mirada en el rostro de la joven, pero la expresión que vio en él le indicó que su incomodidad no había pasado desapercibida. Pájaro Cavador le sonrió con todo el descaro del mundo mientras le recorría el cuerpo con la mirada.

Han resistió la tentación de esconderse bajo las gélidas aguas. Le ardía la cara, y

supo que debía tenerla roja como una llama. Tardó lo suyo en conseguir que su voz volviera a obedecerle.

—¿Pájaro? —susurró finalmente, mortificado.

—Quizá deberíamos cambiarte el nombre por Cazador de Pájaros —se burló ella.

—N-no —tartamudeó Han, levantando las manos como si quisiera protegerse de una maldición.

—¿Salta al Arroyo? ¿Cara Sonrojada? —persistió ella. Era lo único que le faltaba. El nombre con el que se te conocía dentro del clan cambiaba constantemente para adaptarlo a tu forma de ser hasta que habías crecido y se te consideraba estable. Podías ser «Llora por la Noche» de bebé, «Ardilla» de niño, y «Arroja Piedras» de adulto. Los de las llanuras siempre se hacían un lío.

—No —suplicó—. Por favor. Pájaro...

—Te llamaré como yo quiera —dijo Pájaro Cavador, poniéndose de pie y yendo hacia la ribera—. Caza Pájaros —decidió finalmente—. Puede ser nuestro nombre secreto.

Han se quedó donde estaba, metido en el agua hasta la cintura mientras pensaba que era ella quien necesitaba un nuevo nombre.

Él y Pájaro y Bailarín habían sido amigos desde que recordaba. Cada verano desde que era pequeño, mamá lo había enviado desde la ciudad para que viviera en Pinos de Marisa. Los tres habían acampado, cazado y librado juntos incontables batallas contra enemigos imaginarios por todas las Montañas de los Espíritus.

Habían estudiado bajo la tutela del anciano maestro de arco en el Campamento del Arroyo Salado, irritados por su exigencia de que hicieran un arco antes de dispararlo. Han había estado con Pájaro cuando ella cazó su primer ciervo, y se había consumido de envidia hasta que se cobró el suyo. Cuando lo hizo, ella le enseñó cómo había que ahumar la carne para que no se echara a perder durante el invierno. En aquel entonces tenían doce años de edad.

Habían pasado días enteros jugando a la liebre y el lobo. Uno de ellos —la liebre — echaba a andar a través de los bosques, esforzándose por hacer que los otros dos le perdieran el rastro andando sobre la roca sólida o recorriendo unas cuantas leguas por el cauce de un arroyo o disimulando la ruta que había seguido en uno de los campamentos de las Tierras Altas. Si un lobo encontraba a la liebre, a partir de ese momento seguían juntos hasta que los encontraba el tercer jugador.

Pájaro era una magnífica compañera de viaje. Siempre encontraba los mejores sitios para acampar, resguardados de la intemperie y defendibles. Podía encender una hoguera en plena tormenta y encontrar caza a cualquier altitud. En más de una noche habían compartido una manta para que les diera calor.

Los tres habían probado la sidra fuerte por primera vez en el Mercado de las Hojas Caídas, y Han había limpiado el vómito de la cara de Pájaro cuando ella bebió demasiado.

Pero últimamente siempre se sentía incómodo cuando estaba cerca de Pájaro, y

era ella la que había cambiado. Ahora, cuando entraba en el Campamento de los Pinos de Marisa, lo habitual era que se la encontrara sentada con un grupo de chicas de su edad. Primero lo miraban con desparpajo y luego juntaban las cabezas y hablaban en susurros. Si Han intentaba aproximarse, las otras chicas reían y se daban codazos las unas a las otras.

A Han le costaba hablarle cuando estaba con sus amigas.

Cuando eran más jóvenes, una pelea en el cauce del arroyo no habría sido el preludio de nada. Ahora cada palabra que cruzaban chisporroteaba de significado, y cada acción tenía consecuencias imprevistas.

—¡Pájaro! ¡Caza Solo! ¿Qué ha pasado? ¿Os habéis caído al arroyo? —Bailarín acababa de aparecer en lo alto de la ladera.

Pájaro se estrujó los pantalones para exprimir el agua.

—Caza Solo acaba de tirarme al arroyo —le dijo a su primo, con cierto tono de satisfacción en la voz.

—Creí que eras otra persona —farfulló Han. Pájaro giró en redondo para encararse con él; se había puesto muy seria.

—¿Quién? —quiso saber—. ¿Quién pensaste que era?

Han se encogió de hombros y fue hacia la orilla. Ésa era otra de las cosas que le preocupaban. Mientras que antes cada uno terminaba las frases del otro y casi se habría podido decir que pensaban con una sola mente, ahora Pájaro se había vuelto totalmente impredecible, y solía tener extraños arrebatos de mal genio.

—¿Quién? —repitió, sin concederle un respiro en su determinación por sonsacárselo—. ¿Creíste que era alguna otra chica?

—Una chica, no. —Han se quitó las botas y las volvió del revés para sacarles el agua. Al menos ya no estaban tan llenas de barro—. Nos hemos topado con unos lanzahechizos en la pradera del Árbol Quemado. Han asustado a los ciervos, y nos hemos puesto a discutir. Cuando te he oído seguirnos, he pensado que eras uno de ellos.

Pájaro lo miró como si no se lo acabara de creer.

—Lanzahechizos —dijo—. ¿Qué iban a hacer unos lanzahechizos ahí arriba? ¿Y en qué me parezco yo a uno, exactamente?

—Bueno, admito que no te pareces en nada —dijo Han—. Me he equivocado. —Levantó la vista y sus ojos se encontraron con los de Pájaro; tragó saliva y un rosa intenso cubrió las mejillas de Pájaro, que se volvió hacia Bailarín.

—¿Qué motivo tenías para ponerte a discutir con un ensalmador, primo? —preguntó Pájaro.

—Ninguno —dijo Bailarín, lanzándole una mirada de advertencia a Han.

—Habríamos cazado un ciervo cada uno si no hubiera sido por ellos —se sintió obligado a decir Han, algo que lamentó al momento en cuanto Pájaro lo miró enarcando las cejas. Ella siempre decía que un ciervo en el ahumadero valía lo que una manada entera en los bosques.

—¿Y qué ha sucedido? —preguntó, inclinándose hacia delante.

Han y Bailarín se miraron.

—Nada. Se han ido —dijo Bailarín finalmente.

—Estupendo —dijo Pájaro, enfadada de nuevo—. No me lo contéis. Tanto me da. Pero será mejor que se lo contéis a Willo, al menos. No deberían estar aquí arriba.

Han se estremeció. El sol se había puesto y tenía la carne de gallina. En el pasado, se habría desnudado y extendido la ropa en el suelo para que se secase. Miró a Pájaro. Ya no.

—Vayamos a Pinos de Marisa —dijo Bailarín, como si pudiera leerle los pensamientos—. Seguro que habrán encendido una gran fogata.

El cielo se había nublado, y un viento frío soplaba entre las cimas, pero la caminata de seis millas estaba devolviendo el calor a Han. Pájaro tenía los labios azulados, y Han pensó en pasarle un brazo por la cintura para darle calor, pero habría sido un poco incómodo en el estrecho sendero rocoso. Además podía ser que eso sólo sirviera para que volviera a enfadarse con él.

Los perros les dieron la bienvenida cuando aún les faltaba media legua para llegar a Pinos de Marisa. Era una manada variopinta: perros ovejeros de largo pelaje, diversas mezclas de perros lobos y sabuesos de las llanuras comprados en el mercado. Después, alertados por los perros, llegaron los niños, desde pequeñines con solemnes caritas redondas hasta chicuelos de largas piernas.

Las preguntas llovieron sobre ellos desde todas las direcciones al mismo tiempo, en una mezcla de la lengua común con la del clan. «¿Dónde habéis estado? ¿Cómo es que estáis tan mojados? ¿Cuánto tiempo os vais a quedar? Caza Solo, ¿dormirás en nuestra logia esta noche?» Aunque Han había ido a menudo a Pinos de Marisa, chicas uno o dos años más jóvenes que él aún retaban a sus amigas a que se acercaran a él para tocar sus rubios cabellos, tan distintos de los suyos.

Pájaro hizo lo que pudo para mantenerlas a raya. Una chica particularmente agresiva le arrancó un mechoncito de pelo y Han fue tras ella, con el ceño fruncido, fingiendo perseguirla. Eso hizo que la chica y sus amigas buscaran refugio en el bosque, donde sus risas se perdieron entre los árboles como rayos de sol.

—¿Qué hay ahí dentro? ¿Tienes dulces? —preguntó una chica menudita con una trenza muy larga, extendiendo la mano hacia la mochila.

—Hoy no hay dulces —gruñó Han—. Y no te acerques. Llevo una bolsa llena de hierba urticante. —Incómodamente consciente del amuleto metido en la mochila, Han lo protegió bajo la curva del brazo. Era como si ahí dentro tuviera una gran serpiente venenosa, o una copa demasiado frágil para dejar que la tocaran.

Cuando divisaron el campamento, ya llevaban una buena comitiva detrás.

El Campamento de los Pinos de Marisa custodiaba el paso que cruzaba el extremo sur de las Espíritus para desembocar en las llanuras que había al otro lado. Para lo que solían ser los campamentos de los clanes, aquél era bastante grande; casi un centenar de logias, edificadas lo suficientemente lejos unas de otras para que fuera

posible ampliarlas en caso de necesidad, conforme fueran creciendo las familias.

En el centro del campamento se alzaba la Logia Común: un gran edificio utilizado para mercados, ceremonias, y los banquetes por los que eran famosos los clanes. Cerca de la Logia Común estaba la Logia de la Matriarca. Bailarín y Pájaro vivían allí con la madre de Bailarín, Willo, la matriarca de los Pinos de Marisa, y una abundante mezcla de amistades, parientes de sangre, y niños acogidos de otros campamentos.

Pinos de Marisa prosperaba como un centro para el comercio, gracias a su estratégica situación. Los artículos hechos a mano en campamentos de todos los rincones de las Espíritus afluían al Campamento de los Pinos de Marisa, donde los intermediarios se abastecían en sus famosos mercados y luego canalizaban los productos de los clanes hacia Arden en el sur, la corte de Tamron, y la Marca de los Páramos valle abajo.

Las relaciones entre los clanes y la Reina podían estar un poco tirantes actualmente, pero eso no había apagado la sed de las llanuras por las mercancías de las Tierras Altas: trabajos en oro y plata, cuero, joyas y ornamentos con incrustaciones de piedras preciosas, telas hechas a mano, objetos decorativos, labores de costura, obras de arte y objetos mágicos. Los artículos de los clanes nunca se gastaban, traían suerte a sus poseedores, y se decía que no había corazón capaz de resistirse a los encantos de los clanes.

«Lástima que hoy no sea un día de mercado», pensó Han. En un día de mercado, nadie les habría prestado atención. Cosa que le habría ido de perlas, porque empezaba a estar harto de explicar sus ropas mojadas. Agacharse para cruzar la entrada de la Logia de la Matriarca y escapar a todas aquellas lenguas curiosas fue un gran alivio.

Un fuego ardía en el centro de la logia, dando calor sin producir humo. Una deliciosa fragancia a bayas, pino y canela flotaba en el aire, y los efluvios del estofado llegaban desde la cocina adyacente. Han sintió que se le hacía agua la boca. La casa de Willo siempre olía tan bien que te entraban ganas de comer, y el siempre vacío estómago de Han respondió.

La Logia de la Matriarca podría haber sido un pequeño mercado por sí sola. Grandes manojos de hierbas colgaban del techo, y junto a las paredes se alineaba toda una serie de potes, cacharros y ollas. A un lado había pinturas, tintes y recipientes de barro cocido llenos de plumas y abalorios. Al otro estaban las medicinas, un amplio surtido de ungüentos y tónicos, y toda clase de pociones, muchas de ellas preparadas a partir de las plantas que recogía Han.

También había pieles puestas a tensar en bastidores, algunas de ellas con complicados motivos dibujados encima. Tres chicas que tendrían la edad de Han se apiñaban delante de una de las pieles, sus cabezas tan juntas que casi se tocaban, y esparcían pintura sobre el cuero.

Una serie de colgaduras dividían el recinto en varias cámaras. Han pudo oír un murmullo de voces que provenía de detrás de una cortina. Los pacientes y sus

familias solían alojarse allí para que la matriarca pudiera atenderlos sin tener que salir de la logia.

Willo estaba sentada al telar que había en el rincón. Han oyó el golpe sordo del sacudidor cuando la matriarca golpeó el extremo de la alfombra que estaba tejiendo. La urdimbre era gruesa y oscura como el invierno, ya que quienes tejían siempre trabajaban con una estación de antelación. Las alfombras de Willo eran sólidas y hermosas, y la gente decía que impedían a los enemigos cruzar tu umbral.

Todavía temblando, Pájaro desapareció en una de las cámaras adyacentes para ponerse ropa seca.

Willo dejó su lanzadera, se levantó del banco y avanzó hacia ellos, sus faldas deslizándose sobre las alfombras. Y, de alguna manera, el resentimiento y la frustración de Han se disiparon, y fue un día mejor.

Todo el mundo estaba de acuerdo en que la matriarca de los Pinos de Marisa era hermosa, aunque su belleza iba más allá de la mera apariencia. Algunos mencionaban el movimiento de sus manos cuando hablaba, cual pajarillos. Otros encomiaban su voz, que comparaban con el rumor del río Dyrnne mientras cantaba en su camino hacia el mar. Sus oscuros cabellos, trenzados y adornados con cuentas, le llegaban casi hasta la cintura. Se decía que cuando bailaba los animales salían del bosque para mirarla. Y que podía hablar con la voz de la naturaleza y comunicarse con los animales. El contacto de sus manos curaba a los enfermos, consolaba a los afligidos, daba ánimos a los desalentados, y hacía valientes a los cobardes.

Cuando se le interrogaba al respecto, a Han le costaba describir su aspecto. Creía que Willo formaba una categoría por sí sola, igual que una ninfa del bosque. Era aquello que tú necesitaras que fuese para encontrar lo mejor de ti mismo.

No podía evitar compararla con mamá, quien siempre parecía ver lo peor en él.

—Bienvenido, Caza Solo —dijo la matriarca—. ¿Compartirás nuestro fuego? — El saludo ritual al invitado. Entonces miró a Han más atentamente y enarcó una ceja—. ¿Qué te ha pasado? ¿Te has caído en el Dyrnne?

Han negó con la cabeza.

—En el Arroyo de la Vieja.

Willo lo miró de arriba abajo y frunció el ceño.

—También has estado metido en los lodazales, si no me equivoco.

—Bueno. Sí. —Han se miró los pies, avergonzado de haber tenido tan poco cuidado con las hermosas botas de Willo.

—Me he ofrecido a prestarle mis pantalones de las llanuras —trató de ayudar Bailarín mientras estudiaba las largas piernas de Han—. Aunque supongo que entonces enseñaría un poco de tobillo, claro.

Como la mayoría de la gente del clan, Bailarín disponía de un guardarropa mínimo formado por uno o dos leotardos y unos pantalones que llevar en el pueblo. De buena gana habría renunciado a los pantalones. La ropa de las llanuras le resultaba muy incómoda, y sólo se la ponía cuando no le quedaba más remedio.

—Me parece que tengo algo que te quedará bien. —Willo fue hacia el conjunto de cestas, recipientes y baúles alineados a lo largo de la pared. Se arrodilló junto a uno de los recipientes y empezó a hurgar en la ropa que había en el interior. Cerca del fondo, encontró lo que andaba buscando, y sacó un viejo par de pantalones hechos en una gruesa tela de algodón. Los sostuvo ante ella y su mirada fue de Han a los pantalones para luego volver a Han.

»Sí, son de tu talla —proclamó, y se los tendió, junto con una camisa de lino descolorida a fuerza de tanto lavarla—. Dame las botas —ordenó, al tiempo que extendía la mano, y por un instante Han temió que fuera a quedárselas. La matriarca tuvo que ver el pánico en su cara, porque añadió—: No te preocupes. Sólo veré qué puedo hacer para limpiarlas.

Han se quitó las botas embarradas y se las dio, y luego fue a la cámara de dormir para cambiarse de ropa. Se quitó los leotardos y la camisa mojada y se puso los pantalones secos, deseando tener algo para limpiarse el barro de la piel. Como si sus deseos no expresados en voz alta hubieran llegado a oídos de Hanalea, Pájaro apartó las colgaduras y entró con una palangana llena de agua humeante y un paño.

—¡Eh! —dijo Han, alegrándose de tener puestos los pantalones—. Podrías llamar. —Lo que era de lo más estúpido, realmente, porque no había ninguna puerta.

Pájaro había sustituido su ropa empapada por unas faldas y una camisa bordada, y el pelo mojado se le estaba secando en su enigmática maraña habitual. Han todavía llevaba el torso desnudo, y Pájaro no dejaba de mirarle el pecho y los hombros como si los encontrara fascinantes. Han bajó los ojos para ver si también tenía barro debajo de la camisa. Pero allí estaba limpio, al menos.

Pájaro se dejó caer en el banco de dormir que había junto a Han y puso la palangana en el suelo entre ellos.

—Toma —dijo, tendiéndole el paño y un trozo del fragante jabón de las Tierras Altas.

Subiéndose los pantalones por encima de las rodillas, Han enjabonó el paño y se limpió el barro de los pies descalzos y la parte inferior de las piernas, quitándose la espuma en la palangana después. Luego pasó a lavarse los brazos y las manos. Las pulseras de plata que llevaba en las muñecas se empeñaron en ponerse a dar vueltas cuando trató de limpiarlas.

—Déjame a mí. —Pájaro cogió un cepillo de cerdas de jabalí, agarró la pulsera de la muñeca izquierda de Han y le aplicó el cepillo. Se inclinó sobre su brazo, con ese ceño fruncido tan familiar e indicador de que se estaba concentrando en algo. Había recurrido a alguna clase de perfume, porque olía como a aire fresco, vainilla y flores.

»Deberías quitártelas si vas a meterte en lodazales —gruñó.

—Un consejo excelente —dijo Han—. Intenta quitármelas, anda. —Tiró de una de ellas a modo de demostración. La pulsera era una banda de plata maciza de diez centímetros de ancho, y demasiado pequeña para deslizarse sobre su mano. Las había llevado puestas desde que recordaba.

—Tienen magia. Si no, ya hace mucho que se te habrían quedado pequeñas. — Pájaro utilizó la uña para rascar un poco de barro seco—. ¿Tu madre se las compró a un buhonero?

Han asintió con la cabeza. Tenía que haber sido durante algún momento de prosperidad en el pasado, cuando había dinero para gastar en pulseras de plata para un bebé. Cuando no tenían que vivir al día, como decía siempre su madre.

—¿Por qué no le preguntas sobre ellas? —insistió Pájaro. Nunca parecía saber cuándo había que dejarlo correr—. Quizá podrías encontrar al buhonero que se las vendió.

Han se encogió de hombros. Ya habían tenido esa conversación antes, y nunca había hecho otra cosa que encogerse de hombros. Pájaro no conocía a mamá. Su madre nunca iba a los campamentos en las montañas, nunca compartía historias y canciones alrededor de un fuego. No le gustaba hablar del pasado, y Han había aprendido hacía mucho a no hacer demasiadas preguntas no fuera a ser que ella le diera en los dedos con su palo o lo mandara a la cama sin cenar.

Los clanes no hacían más que contar historias. Contaban historias sobre cosas que habían sucedido hacía mil años. Han nunca se cansaba de oírlas una y otra vez. Oír una historia con la que estabas familiarizado era como acostarte en tu propia cama una noche de frío con el estómago lleno y sabiendo que despertarías en el mismo sitio sin que te hubiera pasado nada.

Pájaro le soltó una mano y cogió la otra. Sus dedos estaban calientes y resbaladizos a causa del jabón.

—Estos símbolos tienen que significar algo —dijo, tocando la pulsera con su índice—. Quizá si supieras cómo usarlas, podrías... no sé... lanzar llamas desde las palmas de tus manos.

Han pensó que probablemente antes aprendería a lanzarlas por el trasero.

—Tienen aspecto de haber sido hechas en el clan, pero Willo dice que no sabe qué significan los símbolos —dijo—. Y si ella no lo sabe, nadie lo sabe.

Pájaro lo dejó correr por fin. Le enjuagó las manos y las muñecas y usó el dobladillo de su falda para secárselas. Se sacó un frasquito del bolsillo, le quitó el tapón, y esparció algo sobre la plata con sus dedos.

Han intentó apartar el brazo, pero ella le sujetaba firmemente la muñeca.

—¿Qué es eso? —preguntó con recelo.

—Abrillantador —dijo ella, frotando la plata con un trapo hasta que brilló. Luego echó un poco de abrillantador en la otra pulsera—. ¿Vas a venir a mi banquete de renacimiento? —preguntó de repente, sin apartar la vista de lo que estaba haciendo.

La pregunta sorprendió a Han.

—Bueno. Tenía planeado hacerlo. Si me invitan. —Nunca se le había pasado por la cabeza que no fuera a ser así. La familia de Pájaro ocupaba una posición prominente entre los clanes, dado que era sobrina de la matriarca de los Pinos de Marisa. Su llegada a la mayoría de edad sería celebrada con un inmenso banquete, y

Han tenía muchas ganas de asistir a él.

Ella asintió una vez, con gesto enérgico.

—Me alegro.

—Todavía falta un mes, ¿no? —Para Han, un mes era una eternidad. Podía pasar de todo en un mes. Él nunca planificaba con más de uno o dos días de antelación.

Pájaro volvió a asentir con la cabeza.

—Para mi decimosexta onomástica.

Luego le soltó las manos y dejó caer las suyas sobre su regazo. Acto seguido extendió los pies desde debajo de sus faldas y se estudió los dedos. Llevaba un anillo de plata en el dedo pequeño del pie derecho.

—¿Has decidido cuál va a ser tu vocación? —preguntó Han.

Entre los clanes, se esperaba que los chicos y las chicas hasta los dieciséis años fueran estudiando todas las habilidades, desde cazar, seguir rastros, cuidar de los rebaños y servirse de las armas, hasta tejer, trabajar los metales, emplear las artes curativas, cantar y contar historias.

A los dieciséis, renacían dentro de sus vocaciones y empezaban los aprendizajes. Todo el mundo debía tener un oficio, aunque los clanes tenían unos conceptos más flexibles de lo que era un oficio que los implacables habitantes de las llanuras.

Por ejemplo, contar historias era un oficio.

Cuando Han cayó en la cuenta de que Pájaro no había respondido, volvió a insistir.

—¿Te has decidido por algún oficio?

Pájaro alzó la mirada hacia él.

—Voy a ser una guerrera —dijo, con una mirada inflexible, como si lo desafiara a poner alguna objeción.

—¡Una guerrera! —Han parpadeó, y luego no pudo reprimir la curiosidad—. ¿Qué opina Willo de eso?

—Willo no lo sabe —dijo Pájaro, hurgando en la alfombra con el dedo gordo del pie—. No se lo digas.

Han pensó que Willo quizá se sentiría muy decepcionada. Al no haber tenido hijas, probablemente esperaba que Pájaro siguiera sus pasos como matriarca y sanadora. Por mucho que a Pájaro no se le diera muy bien lo de reconfortar a la gente con su presencia.

—¿Cuántos guerreros necesita Pinos de Marisa? —preguntó, decidido a ser práctico.

—Me gustaría ir a Demonai —dijo Pájaro, encorvando los hombros.

—¿Hablas en serio? —Pájaro apuntaba muy alto. Los guerreros demonai eran luchadores y cazadores legendarios. Se decía que podían sobrevivir en los bosques durante semanas sólo con el sol, la lluvia y el viento. Que un solo guerrero demonai podía hacer frente a cien soldados.

Personalmente, Han pensaba que eran un hatajo de arrogantes sin sentido del

humor que no se relacionaban con nadie, jamás sonreían y daban la impresión de ser partícipes de secretos que tú nunca llegarías a conocer.

—¿Contra quién se supone que vas a combatir? —preguntó Han—. Quiero decir que, bueno, hace años que no hemos tenido una guerra en las Tierras Altas.

Pájaro pareció enfadarse ante su falta de entusiasmo.

—Están derramando muchísima sangre allá en el sur —dijo—. Los refugiados han estado llegando a las montañas en grandes cantidades. Siempre hay una probabilidad de que los combates se extiendan hasta aquí arriba. —Sonaba casi como si tuviera la esperanza de que lo hicieran. En el caos que siguió al Quebrantamiento, Arden, Tamron y Bruinswallow se habían separado de los Páramos. Ahora las llanuras del sur vivían en un estado de continua guerra civil. El padre de Han se alistó en calidad de mercenario, fue al sur y murió allí. Pero en el norte había reinado la paz durante un milenio.

—Willo está preocupada —continuó Pájaro, al ver que Han no abría la boca—. Algunos magos han empezado a decir que renunciaron al poder con demasiada facilidad, y que ya va siendo hora de que vuelva a haber reyes magos. Hay quienes piensan que podrían ayudar a protegernos de los ejércitos del sur. —Sacudió la cabeza con una mueca de disgusto—. La gente tiene una memoria tan corta...

—Han pasado mil años —señaló Han, que recibió una mirada ceñuda por toda respuesta—. De todas maneras, la reina Marianna no permitiría que eso llegara a suceder —añadió—. Y el Gran Mago tampoco.

—Algunos dicen que no sabe imponerse —dijo Pájaro—, a diferencia de las reinas del pasado. Algunos dicen que los magos están acumulando demasiado poder.

Han se preguntó quiénes serían esos «algunos» que tenían todas aquellas opiniones.

—De todas formas, ¿no tienes miedo de que te maten? Siendo una guerrera, quiero decir. —No pudo evitar pensar en su padre. Qué diferentes serían sus vidas si aún viviera.

Pájaro soltó un bufido de disgusto.

—Primero me dices que no va a haber ninguna guerra, y luego me adviertes de que podrían matarme.

El caso era que Han sabía que Pájaro sería una gran guerrera. Aunque no tuviera sus músculos, era mejor con el arco. Mejor a la hora de trabajar la madera. Mejor a la hora de seguir rastros. Podía mirar un paisaje agreste y saber dónde se escondían los ciervos. Era mejor a la hora de anticipar los movimientos de un posible enemigo. Pájaro siempre le había llevado ventaja en todo.

Y no había nada que le gustara más que andar al acecho.

Han levantó los ojos para encontrarla mirándolo fijamente, como impaciente por obtener una respuesta.

—Serás una gran guerrera, Pájaro Cavador —le dijo con una sonrisa—. Es perfecto. Buena elección. —Le cogió la mano y se la apretó.

Ella le dedicó una amplia sonrisa, al tiempo que parpadeaba para contener las lágrimas, y a Han le sorprendió que su aprobación significara tanto para ella. Se sorprendió todavía más cuando ella se inclinó hacia delante y lo besó en la boca.

Luego se levantó, recogió la palangana y desapareció entre las pieles.

—¡Pájaro! —la llamó Han, pensando que, si tenía el día besucón, para él sería un placer seguirle la corriente. Pero cuando hubo conseguido que la palabra saliera de sus labios, ella ya se había ido.

Se sentó y estuvo pensando en ese beso durante un buen rato. La sangre parecía haber abandonado el resto de su cuerpo para subir a su rostro. Los labios parecían hormiguarle allí donde los habían tocado los de Pájaro.

Cuando volvió a la sala común, Pájaro se había ido, y Willo y Bailarín estaban sentados en el suelo rodilla junto a rodilla, hablando. Si no estaban discutiendo, se le parecía bastante. Han se quedó inmóvil en la penumbra de la entrada, porque no quería interrumpir y se sentía violento. Pero pudo oír todo lo que decían.

—¿Esperabas que me mantuviera al margen mientras ellos quemaban la montaña? —estaba diciendo Bailarín, con una ira que hizo que le temblara la voz—. No soy ningún cobarde.

Han se quedó anonadado. Nadie le hablaba así a Willo.

—Espero que recuerdes que sólo tienes quince años —replicó Willo con calma—. Espero que uses el sentido común. No sirve de nada enfrentarse a ellos. ¿Qué has conseguido con eso? ¿Tu coraje ha apagado el fuego?

Bailarín no dijo nada, sólo puso cara de furia.

Willo extendió la mano y le acarició la mejilla.

—Déjalo correr, Bailarín, como he hecho yo —dijo en voz baja—. Esto no es propio de ti. Una rencilla con magos sólo te traerá problemas.

—No eran mayores que Han y yo —replicó Bailarín tozudamente—. ¿No dijiste que los magos han de tener dieciséis años para ir al Vado de Oden? ¿Y no dijiste que no les está permitido usar la magia hasta que hayan recibido alguna preparación?

—Una cosa es lo que les está permitido hacer a los magos y otra lo que hacen realmente —dijo Willo—. Como sabes muy bien. —Se levantó y fue al telar, donde se concentró en arreglar la urdimbre—. ¿Quiénes eran? ¿Lo sabes?

—El que llevaba la voz cantante se llama Micah —dijo Bailarín—. Micah Bayar.

Willo había apartado la vista de Bailarín y estaba mirando en dirección a Han, por lo que éste vio como se le demudaba el rostro cuando Bailarín pronunció el nombre.

—¿Estás seguro? —preguntó, sin volverse.

—Bueno... Sí, bastante. —Bailarín sonaba confuso, como si hubiera percibido algo en la voz de Willo—. ¿Por qué?

—Micah Bayar pertenece a la Casa de la Aguilera. Que es una poderosa familia de magos —dijo Willo—. Y una a la que más vale no hacer enfadar. ¿Preguntaron tu nombre?

Bailarín levantó la barbilla.

—Les dije mi nombre. Dije que era Bailarín de Fuego, de la Logia de los Pinos de Marisa. —Titubeó—. Pero él parecía conocerme como Hayden.

Willo cerró los ojos y sacudió la cabeza en un gesto casi imperceptible. Lo que dijo a continuación sorprendió a Han.

—¿Y Caza Solo? —preguntó—. ¿Habló? ¿Saben su nombre?

Bailarín ladeó la cabeza, inmerso en sus pensamientos.

—Creo que no —dijo—. No recuerdo que se presentara. —Rio amargamente—. Probablemente de lo único de lo que se acordarán será de su flecha, apuntada a sus negros corazones de magos.

Willo giró en redondo, de manera que Han ya no pudo verle la cara, que ahora tenía vuelta hacia Bailarín.

—¿Volvió su arco contra ellos? —preguntó, y se le quebró la voz en la palabra «arco».

Bailarín se encogió de hombros.

—El que se llama Micah tenía un amuleto. Había empezado a echarme un conjuro. Caza Solo lo obligó a parar.

Han contuvo la respiración, a la espera de oír cómo Bailarín le contaba a la matriarca del clan que se había llevado el amuleto, pero no lo hizo.

Willo suspiró. Parecía muy preocupada.

—Hablaré con la Reina. Esto tiene que acabar. Tiene que hacer respetar el Naéming y mantener alejados de las montañas a los magos.

Era asombroso oír a Willo hablando de lo que tenía que hacer la reina. Sonaba como si hablara con ella cada día. Willo era la matriarca, claro, pero aun así... Han intentó imaginar cómo discurriría un encuentro con la reina.

«Augusta majestad, soy Han Arrancaplantas. Recogedor de Barro. Antes Harapiento».

Willo y Bailarín habían pasado a hablar de otro asunto. La matriarca se inclinó hacia delante y puso la mano sobre la de Bailarín.

—¿Cómo te encuentras?

Bailarín apartó la mano y echó el cuerpo un poco hacia atrás.

—Bien —dijo con fría formalidad.

Willo lo contempló en silencio.

—¿Has estado tomando el serbal volador? —preguntó finalmente—. Tengo más si...

—Lo he estado tomando —la interrumpió Bailarín—. Todavía me queda bastante.

—¿Surte efecto? —preguntó Willo, volviendo a extender la mano hacia él. Como sanadora, solía tocar para establecer el diagnóstico y para curar.

Bailarín se levantó, rehuyendo su mano.

—Estoy bien —repitió, con voz terminante—. Voy a ver si encuentro a Caza Solo. —Se volvió hacia la entrada, en la que se escondía Han.

—Dile que venga a comer con nosotros —dijo Willo mientras él salía.

Han tuvo que batirse en retirada hacia la sala común, por lo que no pudo oír más. Pero durante el resto de ese día, a lo largo de toda la cena, y mientras estaba sentado junto al fuego después, no dejó de dar vueltas a aquella conversación.

Estudió disimuladamente a Bailarín. ¿Podía estar enfermo su amigo? Han no había notado nada fuera de lo habitual antes, y tampoco notó nada entonces, sin contar con que Bailarín parecía menos animado, más sombrío que de costumbre. Pero eso podía ser un vestigio de la confrontación de aquella tarde y la discusión con su madre.

Han conocía el serbal, también llamado ceniza de la montaña. Solía recoger tanto la madera como las bayas, dos componentes empleados en muchos remedios del clan. Se decía que la madera iba muy bien para hacer amuletos y talismanes con los que mantener a raya el mal. El serbal volador era particularmente valorado en los mercados del clan. Crecía en lo alto de los árboles, y Han había aprendido a sus expensas que no había que intentar hacer pasar el serbal normal por la variedad que crecía en los troncos. No cuando tratabas con gente del clan, en cualquier caso.

«¿Surte efecto?», había preguntado Willo. ¿Le había echado alguien un conjuro de mala suerte a Bailarín? ¿Temían él y Willo que alguien fuera a hacerlo en el futuro?

Han hubiese querido preguntarlo, pero entonces se habrían dado cuenta de que había estado escuchando a escondidas. Así que se guardó las preguntas para sí mismo.

Un baile de pretendientes

La tarde ya estaba llegando a su fin cuando Raisa subió por la escalinata de mármol que llevaba a la torre de la Reina. Le dolía todo, estaba sucia y apestaba a humo. Mellony ya estaba en su baño. Raisa pudo oírla cantar y hacer ruido en el agua cuando pasó junto a la cámara de Mellony en lo alto de la escalinata.

Raisa se había mudado a unos nuevos aposentos tras regresar de la Logia Demonai; más grandes, más suntuosos, acordes con su condición de princesa heredera que había cumplido los dieciséis y que, por lo tanto, estaba en edad casadera. Inicialmente, le habían asignado una habitación cercana a los aposentos de la Reina, envuelta en damascos y terciopelos y amueblada con una enorme cama y un inmenso armario de madera de cerezo. Raisa la había encontrado tétrica y opresiva.

Raisa había suplicado a su madre que reabriera un apartamento en el otro extremo del gran salón que llevaba clausurado y en desuso desde tiempos inmemoriales. Había muchos apartamentos cerrados en el castillo de la Marca de los Páramos, pues la corte era más pequeña de lo que fue en el pasado, pero pocos disponían de una ubicación tan espléndida, con fácil acceso a la reina.

Algunos de los sirvientes más antiguos decían que el apartamento había sido clausurado porque sus grandes ventanales lo hacían frío en invierno y caluroso en verano. Otros decían que estaba maldito, que el Rey Demonio en persona había raptado a Hanalea de esa misma habitación hacía mil años, el incidente que dio lugar al Quebrantamiento. Según esta versión, la propia Hanalea había ordenado que se sellara el apartamento, jurando que nunca volvería a poner los pies en él.

Contaba la leyenda que el fantasma de Hanalea aparecía a veces en la ventana durante las noches de tormenta, con las manos extendidas y el cabello suelto ondulando alrededor de su cabeza, llamando a Alger Aguabaja.

Raisa pensaba que eso era ridículo. ¿Quién esperaría en una ventana a un demonio, y encima gritando su nombre?

Cuando su madre dio su consentimiento por fin y los carpinteros arrancaron las tablas con que habían clausurado las puertas, encontraron una suite detenida en el tiempo, como si su anterior ocupante hubiera tenido intención de regresar. Los muebles habían sido cubiertos con sábanas para protegerlos del intenso sol que entraba a raudales por las ventanas llenas de polvo. Cuando las quitaron, todo relució con un colorido sorprendentemente vivo después de mil años.

Los bienes de la última ocupante estaban tal como los había dejado ella. Una muñeca ataviada con un vestido antiguo miraba desde un estante en el rincón. Con la cabeza de porcelana, tenía unos ojos azules de mirada vacía y largos rizos rubios.

Peines y cepillos cubrían el tocador, sus cerdas mordisqueadas por los ratones y botellitas de cristal antaño llenas de perfume estaban dispuestas encima de un espejo plateado, con sus contenidos hacía mucho evaporados.

Vestidos de una época desaparecida colgaban dentro del armario, hechos para una joven alta y esbelta con una cintura muy delgada. Algunas de las telas se pulverizaron bajo los dedos anhelantes de Raisa.

Unos lobos esculpidos adornaban las ménsulas de piedra del hogar. Largas estanterías llenaban las salas públicas. Más libros se amontonaban en pilas en la mesita que había junto a la cama. Los del dormitorio eran mayoritariamente novelas románticas, historias de caballeros y guerreros y reinas, escritos en un estilo arcaico de la lengua de los páramos. En las salas públicas había biografías y tratados sobre política, incluida una *Historia de los clanes de las Tierras Altas* y una primera edición del *Gobierno y gobernantes en la era moderna* escrito por Adra ana'Doria. Raisa había empezado a leerlo, despacio pero poniendo todo su empeño en ello, bajo la mirada vigilante de los preceptores.

Hanalea o no, la suite había sido ocupada por una joven, probablemente una princesa. Quizás había muerto, pensó Raisa, y sus padres habían preservado su habitación como un santuario.

Como estaba ubicada en una de las torretas, era más pequeña que las habitaciones que le habían asignado en un principio. Pero daba la impresión de ser muy espaciosa, porque proporcionaba una vista de la ciudad y los montes en tres direcciones distintas.

Raisa había arrastrado la cama al espacio entre las ventanas y, cuando nevaba, se sentía como la princesa del cuento de hadas en el globo de nieve que su padre le había traído de Tamron hacía años. Las noches despejadas, pegaba la cara al cristal e imaginaba estar navegando entre las estrellas a bordo de un navío alado.

Lo mejor de todo: había descubierto un panel corredizo en uno de los armarios que reveló un pasadizo secreto. Serpenteaba a lo largo de lo que parecían leguas dentro de las paredes. El pasadizo llevaba a una escalera, y la escalera llevaba al solarío en el techo, un jardín acristalado que se convirtió en el lugar preferido de Raisa dentro del castillo de la Marca de los Páramos, aunque hubiera quedado sumido en el abandono.

Cuando abrió la puerta de sus habitaciones, Raisa encontró a su aya esperándola. Magret Gris era una mujer formidable, alta y robusta, con un regazo capaz de acomodar a varios niños.

En realidad, Magret ya no era su aya, claro está, pero seguía ostentando la autoridad no escrita que derivaba de haber cambiado muchos pañales reales, haber limpiado detrás de muchas orejas reales y, a veces, haber zurrado traseros reales. El baño de Raisa ya humeaba encima de su pequeño brasero y un conjunto de ropa interior limpia se hallaba extendido sobre la cama.

—¡Alteza! —exclamó Magret con una expresión casi horrorizada—. Estáis hecha

una pena, desde luego. La princesa Mellony dijo que vuestro estado era aún peor que el de ella y no la creí. Le debo una disculpa a esa joven dama.

«Bien», pensó Raisa. Si llegaba el día en que no fuese capaz de hacer más diabluras que Mellony, se cortaría el cuello.

Su mirada fue hacia la bandeja de plata dispuesta junto a la puerta en la que Magret dejaba los mensajes, el correo y las tarjetas de visita. Los pretendientes habían empezado a zumbear en torno a Raisa como moscas atraídas por un animal muerto ahora que se aproximaba su decimosexta onomástica. En un día cualquiera, habría cinco o seis elaborados regalos consistentes en joyas o flores, espejos y juegos de tocador, jarrones y obras de arte, más una docena de invitaciones y cartas en papel heráldico, la mayor parte con proclamas de amor eterno, promesas de devoción imperecedera y proposiciones que iban desde lo acaramelado hasta lo claramente indecente.

Algunos de los regalos eran demasiado elaborados para que se pudieran aceptar. Por ejemplo, un príncipe pirata del otro lado del Indio había enviado un ingenioso modelo del barco que proponía construir para Raisa y en el que luego se haría a la mar con ella a bordo. La secretaria de la reina había respondido en nombre de Raisa, declinando cortésmente la oferta.

Raisa se quedó el modelo, no obstante. Le gustaba hacerlo navegar por el estanque del jardín.

En el centro de la bandeja había un sobre de aspecto algo vulgar.

—¿De quién es esto? —preguntó Raisa, cogiéndolo.

Magret se encogió de hombros.

—No lo sé, alteza. Lo encontré enfrente de vuestra puerta cuando volví de la comida del mediodía. Ahora sentaos para que os quite esas botas. —Dijo «esas botas» en un tono decididamente desaprobatorio.

Raisa se sentó en la silla junto a la puerta, sin dejar de estudiar el sobre mientras Magret tiraba de sus botas. Éstas dejaron manchas de barro y ceniza sobre el impoluto delantal blanco del aya.

El nombre de Raisa estaba escrito en el anverso del sobre en una letra pulcra y ladeada que le resultó inquietantemente familiar. Raisa abrió el sobre y desdobló la página que había dentro.

«Raisa, estoy en casa. Ven a verme si recibes esto antes de la cena. Estaré en el sitio habitual. Amon».

—¡Amon está en casa! —exclamó Raisa, levantándose del asiento con una bota fuera y la otra todavía puesta. Agarró de los codos a Magret y bailó con ella por la habitación, ignorando sus protestas escandalizadas. Se sentía como un pequeño remolcador tirando de uno de los grandes navíos en el muelle de los Acantilados de Creta.

—Parad, alteza —dijo Magret, resuelta a defender su dignidad.

Se soltó los brazos y empezó a quitarle la chaqueta a Raisa.

—¡No! —gritó ella, apartándose—. Espera, Magret, tengo que ver a Amon. Necesito saber qué ha estado...

Magret se plantó ante la puerta.

—Lo que necesitáis es meteros en ese baño y daros una buena frotada con el cepillo. Si os presentáis ante él en este estado, le daréis un susto de muerte.

—¡Magret! —protestó Raisa—. Vamos, pero si sólo es Amon. A él le da igual...

—Si Amon ha esperado todo este tiempo, esperará un poco más. Se espera que asistáis a la cena dentro de dos horas y oléis como si acabarais de salir del ahumadero.

Sin dejar de refunfuñar, Raisa dejó que la despojaran del resto de su ropa y se metió en el baño. Era una sensación maravillosa, eso tuvo que admitirlo. El agua caliente le causó escozor en numerosos cortes y arañazos, pero calmó y relajó sus músculos doloridos.

Magret extendió el brazo con la camisa y los leotardos chamuscados de Raisa colgando de su mano, y arrugó la nariz.

—Esto va a ir directo al Mercado de los Harapos —declaró.

—Por favor, Magret —protestó Raisa, horrorizada—. No puedes tirarlos. Son la única ropa cómoda que tengo.

Magret necesitó las dos horas enteras de que disponían para dejar lo que ella llamaba «presentable» a Raisa. Luego trajo un vestido que había confeccionado a partir de una de las viejas prendas de Marianna. Fue una agradable sorpresa; menos aparatoso que los que Marianna elegía para Raisa, consistía en un sencillo corte de tela verde esmeralda que le envolvía el cuerpo, con el escote lo bastante bajo para que resultara ligeramente atrevido.

Magret le recogió en una diadema de oro el pelo, que aún no se había secado del todo, y se lo sujetó en lo alto de la cabeza. Como toque final, el aya le rodeó el cuello con un collar de rosas silvestres de Raisa, regalo de su padre, Averill. Rosa Silvestre era el mote que le había puesto él. La llamaba Rosa Silvestre, decía, por su hermosura. Y por sus muchas espinas.

Cuando Raisa entró finalmente, el comedor ya estaba lleno de gente. Un cuarteto de cuerda tocaba en un rincón, sirvientes con bandejas daban vueltas por la estancia, y los visitantes habituales de la corte se amontonaban alrededor de una mesa auxiliar llena de quesos, fruta y vino.

Raisa recorrió el comedor con la mirada en busca de Amon, aunque realmente no esperaba verlo allí. Era improbable que se le invitara a codearse con la aristocracia.

Al fondo de la estancia vio a su abuela, Elena Demonai, matriarca de la Logia Demonai. Estaba con un pequeño grupo de invitados de otros clanes, luciendo una de las holgadas túnicas llenas de bordados que los clanes reservaban para las ocasiones especiales.

Raisa fue hacia su abuela y le cogió las manos, inclinándose sobre ellas a la manera del clan.

—Buenos días, Cennestre Demonai —dijo en la lengua del clan.

—Mejor me hablas en la lengua de las Tierras Bajas mientras estemos aquí, nieta —replicó Elena—. No vaya a ser que los de las llanuras piensen que estamos intercambiando secretos.

—¿Has sabido algo de mi padre? —insistió Raisa, todavía en la lengua del clan. Irritar a la gente de las llanuras era una de las escasas diversiones con que contaba ahora.

—Pronto estará en casa —dijo Elena—. Para el día de tu onomástica, si no antes.

Su padre, Averill, había ido al sur en una expedición comercial, cruzando Arden en dirección a We'enhaven y más allá. Un duro viaje en tiempos de guerra. Pero en tiempos de guerra aumentaba el valor de las mercancías.

«Llévame contigo a la Logia Demonai, —quería decirle Raisa—. Estoy harta de tener que estar aquí, exhibida como una joya en un estuche que no ha sido pensado para ella». Pero se limitó a dar las gracias a su abuela y se marchó.

Una docena de cortesanos jovencísimos había reclamado un espacio junto a la chimenea. La corte de la Marca de los Páramos era cada vez más joven. Desde el regreso de Raisa, no había dejado de crecer el número de nobles que enviaban a la corte a sus descendientes, poniéndolos bajo la nariz de la princesa heredera con la esperanza de conseguir, si no un matrimonio, conexiones que beneficiarían a la familia en el futuro.

Wil Mathis, sociable y de huesos muy grandes, permanecía sentado junto al fuego en un asiento que le quedaba pequeño. A sus dieciocho años de edad, el heredero de Roca Fortaleza, un pequeño estado en el Pico de Alicia, se llevaba bien con todo el mundo, carecía de ambiciones y era un poco gandul, con lo que resultaba más encantador que la mayoría de los de su clase. Prefería dedicar su tiempo a cazar, jugar a las cartas, echar los dados y hablar con las chicas, lo más lejos posible de cuanto guardara relación con la política.

Los primos de Raisa, Jon y Melissa Hakkam, estaban allí, al igual que Mellony, su hermana, cuya condición real le daba mucho prestigio entre los mayores. Los apuestos, rubios y bastante'tupidos hermanos Kip y Keith Klemath se atracaban de queso entras reían estrepitosamente de nada en particular, como de costumbre. Sus padres probablemente tenían esperanzas de que uno de los dos consiguiera atraer la atención de Raisa. Los hermanos habían estado cortejándola con un torpe entusiasmo, como dos golden retrievers de lengua torpe.

—¿Puedo traeros una copa de vino, alteza? —preguntó Kip.

—Yo también os traeré una —añadió Keith, lanzándole una mirada asesina a su hermano antes de partir a toda velocidad.

Como si ella fuera a casarse con alguien llamado Kip. Que ella supiera, ninguno de los hermanos había tenido nunca un pensamiento original. Si uno de ellos llegaba

a tenerlo algún día, sería incapaz de expresarlo.

Micah estaba apoyado en la chimenea, flanqueado por su hermana gemela, Fiona, y rodeado por su círculo habitual de jóvenes admiradoras. Melissa y Mellony se deleitaban con cada una de sus palabras. Raisa tuvo que admitir que había sabido arreglarse, con su chaqueta de seda negra y aquellos pantalones grises que contrastaban muy bien con los halcones de sus estolas. Llevaba las manos vendadas, y su rostro parecía aún más pálido de lo habitual en el marco de su melena negra azulada. Mientras Raisa lo observaba, Micah dejó una copa de vino vacía sobre una mesa y cogió una llena de la bandeja de un sirviente que pasaba. Fiona se inclinó hacia su hermano y le murmuró algo. Fuera lo que fuera, a él no le gustó. Sacudió la cabeza con el ceño fruncido, y se apartó unos centímetros de ella.

Cada uno era como una imagen en negativo del otro, ambas impresionantes a su manera. Fiona y Micah tenían la misma estatura y compartían la misma estructura ósea, facciones angulosas e ingenio mordaz. Fiona tenía el pelo muy blanco, al igual que las pestañas y las cejas, e incluso el azul de sus ojos era extrañamente pálido, como una sombra sobre la nieve.

Fiona y Micah podían discutir constantemente, pero estaban unidos contra el mundo en representación de los Bayar. Quien hiciera enfadar a uno de ellos tendría que vérselas con ambos.

—¿No te asustaste cuando viste el incendio? —le estaba preguntando Missy a Micah, con los ojos muy abiertos y llenos de horror—. Yo habría puesto pies en polvorosa montaña abajo.

Raisa se esforzó por no poner cara de asco ni imitar la expresión insulsa de Missy. Una dama se guarda para sí misma sus críticas.

—Yo estaba muerta de miedo —terció Mellony, ruborizándose—. Pero entonces Micah llegó al galope y nos dijo que las llamas venían hacia nosotros, y que teníamos que salir corriendo. Ya se había quemado por intentar apagar el incendio, pero no estaba nada asustado.

Micah parecía extrañamente reacio a hablar de sus hazañas, lo que no era nada propio de él.

—Bueno. Al final todo acabó bien. ¿Alguien quiere un poco más de vino?

—¿No dijo Mellony que llegasteis tarde a la cacería? —preguntó Missy—. ¿Cómo os situasteis entre la Reina y el incendio?

«Buena pregunta», pensó Raisa, sorprendida de que Missy hubiera caído en ello. Manteniéndose lo más cerca posible de la pared, fue acercándose discretamente.

Micah también parecía convenir en que era una buena pregunta. Y difícil de responder. Bebió un largo sorbo de vino, tratando de ganar tiempo.

—Bueno. Ah. Vimos el incendio desde abajo, así que tomamos un atajo, esperando alcanzarlos y... —Micah alzó la mirada y vio a Raisa y aprovechó al máximo la distracción—. Ah, he aquí a la princesa Raisa —dijo, inclinándose en una elegante reverencia.

Raisa le ofreció la mano. Micah la cogió y se la llevó a los labios, y luego levantó la cabeza y la miró a los ojos, lanzando un susurro de poder a través de sus dedos. Raisa se estremeció y retiró la mano. A veces los magos jóvenes tenían pequeñas pérdidas de magia, pero la manera en que el joven sonreía le dio a entender que aquello no había sido ningún accidente.

Raisa le pisó el pie, y la manera en que le sonrió después dejó muy claro, también, que aquello tampoco había sido un accidente.

Fiona la fulminó con la mirada, irguiéndose para parecer más alta mientras le dedicaba una gélida reverencia.

«Bueno, de acuerdo —pensó Raisa—, puede que tu hermano haya bebido de más. Admito que me salvó la vida y se merece celebrarlo, y probablemente las quemaduras le duelen un poco».

Micah está siendo demasiado modesto —dijo, a manera de ambigua disculpa—. El incendio se abalanzó sobre nosotros como una estampida colina abajo. Quedamos atrapados en un estrecho desfiladero con las llamas rodeándonos por todas partes, y llegué a pensar que todos moriríamos calcinados. De no ser por Micah y su padre y los hermanos Mander, así habría sido. Ellos consiguieron extinguir el incendio. Fue asombroso. Nos salvaron la vida a todos.

—Oh, Micah —exclamó Missy. Fue a cogerle las manos, las echó atrás en cuanto vio sus vendajes, y acabó optando por echarle los brazos al cuello mientras alzaba la mirada hacia sus ojos—. ¡Eres un héroe!

Micah se ruborizó lo suficiente para que el efecto resultase encantador, y luego se liberó del abrazo lo más rápido que pudo, sin dejar de mirar a Raisa. «No te preocupes —pensó ella—. No estoy celosa. Sólo enfadada».

—¿Cómo supones que se inició el incendio? —preguntó Missy, llevándose las manos a la cabeza para volver a poner en su sitio sus complicados rizos—. Hace semanas que no para de llover.

—Padre sospecha que los clanes podrían haber tenido algo que ver en ello —dijo Micah—. Siempre están buscando maneras de mantener alejada de las montañas a la gente.

—A los magos —dijo Raisa—. Lo que quieren es mantener alejados de las Espíritus a los magos. Y los clanes jamás prenderían fuego a Hanalea.

Micah inclinó la cabeza.

—Reconozco mi error, alteza. Sus costumbres os son familiares y a mí no. —Se obligó a sonreír—. Es un misterio, entonces.

—Bueno, pues yo no me fío de ellos —declaró Missy, mirando a su alrededor para localizar a la delegación demonai antes de continuar hablando—. Merodean por todas partes como ladrones y siempre están susurrándose en esa lengua extranjera de modo que nunca sabes qué están diciendo. Y todo el mundo sabe que roban bebés y los sustituyen por demonios.

—No deberías repetir todas las tonterías que oyes, Melissa —le espetó Raisa—.

Los niños se dejan en acogida en los clanes por su propio bien, para enseñarles las Viejas Costumbres. Además, los clanes estaban aquí primero. Si hay una lengua extranjera hablada en los Páramos, es el habla del Valle.

—Por supuesto, alteza —se apresuró a decir Missy—. Sin ánimo de ofender. Pero el habla del Valle es una lengua más civilizada. La usamos en la corte —añadió, como si no hiciera falta decir más.

El cuarteto había terminado de afinar los instrumentos, y los compases que daban inicio a la primera pieza llegaron hasta ellos.

—¿Queréis bailar, alteza? —preguntó Micah de pronto. A un par de metros detrás de él, los hermanos Klemath prácticamente se dieron palmadas en la frente como castigo por que no sedes hubiera ocurrido primero.

Micah le ofreció el brazo para acompañarla hasta la pequeña pista de baile. Raisa le puso una mano en la cintura y tomó con mucho cuidado su mano vendada en la otra.

Bailaron por la pista, en alas de la música. Criado en la corte, Micah era un gran bailarín, pese a las varias copas de vino que se había tomado y el pisotón administrado por Raisa. Claro que él siempre ponía el máximo empeño en todo lo que hacía.

—¿Cómo están tus manos? —preguntó Raisa—. ¿Te duelen mucho?

—Están bien. —Parecía tenso y le costaba expresarse, algo que era insólito en él.

—¿Qué sucedió esta mañana? —insistió Raisa—. ¿Por qué os retrasasteis tanto?

—*Incursor* se puso a cojear. Tuvimos que sacarle una herradura y tardamos más de lo esperado.

—Debes de tener una docena de caballos en la corte. ¿No podías montar a otro?

—*Incursor* es mi mejor cazador. Además, como he dicho, tardó más de lo esperado —dijo. Y luego, como quien cambia de tema intencionadamente—: Ese vestido es nuevo, ¿verdad? —Cuando ella asintió con la cabeza, añadió—: Me gusta. Es diferente de tus otros vestidos.

—¿Porque no lleva volantes por todas partes?

—Hummm. —Micah fingió reflexionar un instante—. Quizá sea eso. Además, el color te resalta los ojos. Esta noche son como lagos en un claro del bosque, reflejando el dosel de hojas sobre ellos.

—El negro realza tus ojos, Bayar —dijo Raisa dulcemente—. Brillan como estrellas agonizantes expulsadas de los cielos, o como ascuas gemelas salidas de las entrañas de la tierra.

Micah la miró en silencio durante un instante, y después echó la cabeza hacia atrás y rió.

—Sois inmune a los halagos, alteza —dijo—. Y contra eso sí que no puedo hacer nada.

—Déjalo correr, entonces. Yo también me crie en la corte, ¿sabes? —Bailaron en silencio por unos momentos—. ¿Así que irás al Vado de Oden en otoño?

Micah asintió, la sonrisa desdibujándosele de los labios.

—Ojalá pudiera ir ahora. Deberían enviar allí a los magos a los trece años de edad, como hacen con los soldados.

Debería haber una escuela para las reinas en ciernes, pensó Raisa, donde ella pudiera aprender algo más útil que elocución y modales en la mesa.

—Los clanes creen que es peligroso poner magia en las manos de los magos jóvenes —dijo.

Micah torció el gesto, y por un instante pareció mucho menos guapo que antes.

—Los clanes no deberían tener nada que decir al respecto. No entiendo por qué ejercen tanto poder.

Raisa ladeó la cabeza.

—Ya sabes por qué. Los clanes restablecieron el orden tras el Quebrantamiento. Las reglas están concebidas para que aquello no vuelva a suceder nunca más. —Hizo una pausa, y entonces no pudo resistir la tentación de añadir—: ¿No te enseñaron eso en la escuela?

Micah desechó la escuela con un ademán desdeñoso.

—Hay demasiado que aprender en una vida. Razón por la que deberían entregarnos nuestros amuletos al nacer, para que así podamos empezar nuestro aprendizaje lo antes posible.

—Nunca harán eso a causa del Rey Demonio.

Micah prácticamente se paró en seco. La cogió del brazo y la llevó hasta una alcoba con ventanas que daban a la ciudad iluminada. La sujetó del codo y bajó la mirada hacia su rostro.

—¿Qué pasa con el Rey Demonio? —preguntó.

—Bueno. Dicen que el Rey Demonio era una especie de prodigio —dijo Raisa—. Empezó a estudiar la hechicería, y la Magia Oscura, a una edad muy temprana. Y hacerlo le destruyó la mente.

—Eso es lo que dicen los clanes.

Raisa se soltó de un tirón.

—Sul'Bayar, te agradecería que recordaras que mi padre es del clan. Al igual que otros antepasados míos. Ellos cuentan esas historias porque es la verdad. Alger Aguabaja estaba loco. Cualquiera que sea capaz de hacer lo que hizo él...

Micah negó con la cabeza, un movimiento casi imperceptible, sin apartar los ojos de los de Raisa.

—¿Y si todo eso no son más que fantasías?

—¿Fantasías? —Raisa había subido la voz y tuvo que hacer un esfuerzo consciente para no hablar tan alto—. No me digas que te has unido a los revisionistas.

—Piensa en todo el provecho que los clanes le sacan a esa historia, Raisa —dijo Micah, en voz baja y apremiante—. Los magos se sienten tan culpables que no se atreven a hacer valer sus dones naturales. Los clanes controlan los objetos que les permiten servirse de sus poderes mágicos, y la familia real siempre baila al son que

tocan los clanes.

—Naturalmente que los clanes controlan los amuletos y los talismanes —dijo Raisa—. Son quienes hacen todos esos objetos. Es el matrimonio de la magia verde y la Gran Magia lo que nos ha mantenido a salvo todos estos años.

—¿Te das cuenta de lo ingenua que sueñas? —Micah bajó aún más la voz—. ¿Quién sabe si realmente tuvo lugar el Quebrantamiento?

Raisa le dio la espalda y contempló la ciudad. Relucía allá abajo, perfecta a aquella distancia.

—¿Todo eso se lo has oído decir a tu padre? ¿Es eso lo que piensa el Gran Mago?

—Mi padre no tiene nada que ver con esto —dijo Micah—. Tengo ideas propias, ¿sabes? Él sólo... —Volvió a extender las manos hacia ella, y entonces pareció pensárselo mejor y las dejó caer—. Raisa, escúchame, yo...

Pero sus palabras se vieron interrumpidas por un creciente clamor proveniente del comedor. El cuarteto pasó a tocar los primeros compases de «El camino de las reinas». Raisa y Micah se dirigieron a la entrada de la alcoba para ver cómo la reina Marianna avanzaba por la estancia del brazo de Gavan Bayar, los bailarines abriéndoles paso entre una oleada de inclinaciones y reverencias. Detrás de ellos avanzaban los guardias de la Reina, resplandecientes en sus libreas del lobo gris, encabezados por Edon Byrne.

Raisa torció el gesto al ver a su madre cogida del brazo del apuesto señor del Consejo de Magos. Miró más allá de ellos y vio que Elena Demonai los observaba con el rostro fruncido en una pétrea mueca de desaprobación y suspiraba. Lord Bayar podía ser un héroe, pero aun así. Lo último que necesitaban las lenguas ociosas de la corte era un nuevo motivo para chismorrear.

La Reina se volvió hacia los allí presentes. Llevaba un vestido de seda color champán que añadía reflejos a sus rubios rizos. En su pelo brillaban topacios, y diamantes del color de la miel brillaban en sus esbeltas manos. Lucía una diadema ligera con incrustaciones de topacios, perlas y diamantes.

Mellony, la hermana pequeña de Raisa, era el vivo retrato de su madre. Había heredado el pelo rubio de Marianna, la delicada blancura de su tez, y todo apuntaba a que acabaría siendo tan alta como ella o más. Raisa había salido a su padre, con su pelo oscuro, ojos verdes y menor estatura.

La reina Marianna sonrió a los invitados.

—Dentro de un momento, entraremos para cenar. Pero antes, rendiremos homenaje a los héroes presentes en el salón esta noche. Hoy su valor ha salvado el linaje de las reinas de las Tierras Altas. —Extendió la mano sin mirar, y alguien depositó una copa en ella—. ¿Serían tan amables Micah Bayar, Gavan Bayar, Miphis Mander y Arkeda Mander de venir aquí?

Gavan Bayar se dio la vuelta en un movimiento lleno de garbo y se arrodilló ante la Reina. Oculto en la alcoba, Micah titubeó unos instantes y miró a ambos lados como si quisiera escapar. Después suspiró y se apartó de Raisa para ir a reunirse con

su padre. Arkeda y Miphis avanzaron y se arrodillaron también.

Los sirvientes circulaban entre los invitados, ofreciendo copas a quienes carecían de ellas. Raisa aceptó una y esperó.

—Hoy estos magos nos han salvado a mí, a la princesa heredera y a la princesa Mellony de un terrible incendio mediante la magia, que emplearon con extraordinaria destreza. Así pues, brindo por ese extraordinario vínculo histórico entre el linaje de las reinas de los Páramos y la Gran Magia, que ha protegido y sostenido a nuestro reino durante tanto tiempo en medio de la guerra. —La reina levantó su cáliz, como todos los demás, y bebió.

«Menciona al capitán Byrne», le dijo Raisa moviendo mudamente los labios, pero Marianna no lo hizo.

—También me gustaría dar nuevamente la bienvenida a la corte a un joven que ha sido como un hijo para nosotros. Tras dos años lejos de aquí, ha vuelto para pasar el verano entre nosotros y nos servirá en un nombramiento provisional para la guardia de la Reina. —La reina Marianna sonrió a los soldados allí presentes, dirigiéndose en especial a uno—. Amon Byrne, acércate.

Sorprendida, Raisa vio como uno de aquellos soldados tan altos se acercaba a la reina y se arrodillaba ante ella. Edon Byrne desenvainó su espada y se la pasó a Marianna.

—¿Juras, Amon Byrne, proteger y defender a la Reina, a la princesa heredera y a todos los descendientes de Hanalea de todos los enemigos incluso al precio de tu vida?

—Mi sangre es vuestra sangre, majestad —dijo aquel Amon tan alto y extraño con una voz sorprendentemente grave—. Para mí será un honor verterla en defensa del linaje real.

La Reina tocó cada uno de los anchos hombros de Amon con el plano de la espada.

—Levántate, cabo Byrne, y reúnete con tu capitán.

El nuevo cabo se levantó, volvió a inclinarse y retrocedió sin darle la espalda hasta que estuvo junto a su padre, quien no se permitió sonreír.

—Ahora —dijo la Reina—, vayamos a cenar.

Raisa no tuvo ocasión de hablar con Amon durante la cena. Estaba sentada a la cabecera de la mesa, entre Micah y su padre. Arkeda y Miphis ocupaban puestos de honor a cada lado de la reina, con Mellony en el extremo más alejado y Fiona sentada junto a ella. Sentados lo bastante cerca para que pudieran tomar parte en la conversación estaban también Harriman Vega, mago y médico de la corte, y los demonai.

Como capitán de la guardia de la Reina, Edon Byrne ocupaba un lugar cerca del final de la mesa, pero la guardia había sido colocada en el otro extremo del comedor, cerca de la entrada a la sala de baile. Raisa no dejaba de buscar a Amon con la mirada.

Su rostro era más delgado, la estructura ósea más prominente, todo rastro de gordura infantil disipado por el tiempo que había pasado en el Vado de Oden. Tenía toda la vivacidad de su padre concentrada en un cuerpo más nervudo. Sus ojos grises no habían cambiado, al igual que el pelo negro que le caía sobre la frente formando un mechón, pero había añadido una nueva capa de músculo a su pecho y sus brazos.

De vez en cuando a Raisa la asaltaban recuerdos de su pasado. Amon estaba un poco rígido en el asiento, con la espalda muy recta y una mano sobre la empuñadura de su espada. En un momento dado lo sorprendió mirándola, pero Amon se apresuró a apartar la vista cuando sus ojos se encontraron con los de Raisa, y en su mejilla afloraron unas manchas de color.

Raisa se sentía perpleja, sofocada, un poco furiosa. ¿Quién le había dado permiso a Amon para convenirse en aquella otra persona mientras estaba lejos de la corte? Si se encontraban, ¿qué le iba a decir ella? «Por los dientes de la dulce Leeza, ¿cómo es que has crecido tanto?»

—¿Alteza? —La palabra fue pronunciada en un tono más bien alto casi en su oído, y Raisa dio un respingo y se volvió hacia Micah Bayar—. Apenas habéis tocado vuestra cena y siento como si estuviera hablando conmigo mismo —dijo mientras depositaban el postre ante ellos. En su voz volvía a haber un cierto tono de irritación.

—Lo siento —dijo Raisa—. Me temo que estoy un poco distraída. Ha sido un día muy largo, y estoy cansada —añadió. Tocó su pastel con el tenedor, deseando ser pequeña otra vez, y que se la pudiera dejar levantar de la mesa temprano.

—No me extraña que estéis cansada, alteza, después del susto de esta mañana —dijo lord Bayar, sonriendo—. Quizás un paseo por el jardín después de la cena os devolvería las fuerzas. Estaría encantado de acompañaros.

—¡Oh! —dijo Raisa—. Bueno. Sois muy considerado al pensar en mí, lord Bayar, pero realmente...

Micah se acercó un poco más y le habló al oído, de modo que sólo ella pudiera oírle.

—Algunos de nosotros hemos quedado luego en la sala de cartas —murmuró—. Debería ser entretenido. Me sentiría muy honrado si vinieras.

—¿Qué? —dijo Raisa en tono distraído—. Oh, lo siento. Tengo otros planes.

La respiración de Micah siseó entre sus dientes.

—No dejas de mirar la puerta. ¿Tantas ganas tienes de irte? ¿O estás mirando a alguien en particular?

Ahora Raisa estaba irritada.

—Te agradeceré que te ocupes de tus propios asuntos, Sul'Bayar. Miraré hacia donde quiera.

—Por supuesto —dijo Micah, clavando su tenedor en el postre—. Es sólo que me parece de muy mala educación.

—¡Micah! —Lord Bayar fulminó a su hijo con la mirada—. Pídele perdón a la princesa heredera.

—Lo siento —dijo Micah, mirando hacia delante mientras un músculo se le tensaba en la mandíbula.

Agobiada por la tensión entre Micah y su padre, Raisa sintió como si los magos le hubieran tendido una encerrona. Resultaba agotador.

Cuando la cena hubo llegado a su fin, el cuarteto volvió a reunirse. Habría baile hasta bien entrada la madrugada, y los invitados beberían, flirtearían, urdirían pequeñas maquinaciones y se entretendrían con una sucesión de naderías. En la sala de cartas esperaba el baile de los aspirantes a pretendientes. Era hora de escapar.

Raisa se apretó la frente con el dorso de la mano.

—Me voy a la cama —dijo—. Tengo un terrible dolor de cabeza. —Echó su asiento hacia atrás. Cuando Micah y lord Bayar hicieron el gesto de levantarse, dijo —: Por favor. Continúen sentados. Preferiría irme sin llamar la atención.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —preguntó Micah, mirando a su padre—. ¿Quieres que te acompañe a tus aposentos?

Raisa se levantó.

—No. Eres uno de los invitados de honor. Su majestad se sentiría muy decepcionada si te marcharas. Otra vez gracias por todo.

La reina Marianna la miró, con una ceja levantada en una muda pregunta. Raisa se encogió de hombros y volvió a llevarse la mano a la frente, el signo universal para el dolor de cabeza. La Reina asintió, le sopló un beso con la punta de los dedos y se volvió una vez más hacia Miphis, que parecía encantado y sorprendido de estar sentado al lado de la Reina.

Raisa recorrió el comedor en dirección a la puerta. Indecisa, miró atrás y vio que los demonai la estaban mirando, entre ellos Elena con una leve sonrisa en los labios.

Cuando pasó entre Amon y su compañero de armas, no miró a ningún lado, pero murmuró:

—El lugar habitual, en cuanto puedas.

Viejas historias

Como de costumbre, Han retrasó todo lo posible su partida de los Pinos de Marisa. Fue entrada la mañana del día siguiente cuando se despidió de todos y bajó de Hanalea, siguiendo el curso del Dyrnne en dirección al Valle.

Lo había vendido o cambiado todo excepto la hierba urticante, que como no valía para nada tendría que esperar al Mercado de las Llanuras. Las monedas tintineaban en su faltriquera, y su morral no podía estar más repleto; artículos de tela y cuero de cuya venta sacaría bastantes beneficios, bolsitas con remedios del clan, además de suficiente venado ahumado para hacer una buena comida. Y el amuleto, escondido en el fondo.

Aún lamentaba no haber podido hacerse con aquel ciervo, pero, en conjunto, le había ido bastante bien para ser un principio de estación.

Esperaba que mamá fuera de la misma opinión.

Durante el trayecto montaña abajo, se detuvo en unas cuantas cabañas solitarias para ver si había correo o artículos que bajar al mercado o encargos de mercaderías que subiría hasta allí la próxima vez. Muchos moradores de las cabañas eran gente del clan que prefería vivir alejada del incesante ajetreo de los campamentos. También había antiguos llaneros a los que les gustaba la soledad o que tenían sus propias razones para no querer atraer la atención de los inflexibles guardias de la Reina. Han se ganaba unas cuantas monedas llevando arriba y abajo las noticias y el correo, o haciendo de agente para los habitantes de las Tierras Altas que no tenían ganas de visitar el Valle.

Lucius Frowsley era una de aquellas personas. Su cabaña se alzaba allí donde el Arroyo de la Vieja desembocaba en el Dyrnne. Llevaba tanto tiempo viviendo en la montaña que parecía un fragmento que se hubiera desprendido de ella, con su rostro surcado de arrugas y la ropa que se pegaba a su flaco cuerpo como el enebro a la ladera de una colina. Sus ojos eran opacos y nebulosos como un cielo invernal; había perdido la vista de joven.

Pese a su ceguera, el anciano poseía el alambique más productivo que había en las montañas.

Aunque Lucius podía recorrer las cornisas y los senderos de las Tierras Altas con la seguridad de una cabra montesa, nunca iba a la Marca de los Páramos si podía evitarlo. Así que Han subía encargos, recipientes y dinero desde el Valle, y bajaba la mercadería. Los recipientes estaban convenientemente llenos cuando los llevaba colina abajo y vacíos cuando los subía.

Lo mejor de todo: Lucius tenía libros; no tantos como en la Biblioteca del

Templo, pero más de los que ningún hombre tenía derecho a poseer. Los guardaba en un arcón cerrado con llave para protegerlos de las inclemencias del tiempo. Han no habría sabido decir para qué podía necesitar una biblioteca un ciego, pero el anciano siempre lo animaba a que sacara el mayor provecho posible de ella, y así lo hacía Han. Algunos días bajaba de la montaña tambaleándose con la mitad de su peso en libros.

Eso era otro misterio, porque a esas alturas Han debería habérselos leído todos dos veces. Pero Lucius siempre parecía tener libros nuevos.

Lucius era estafalario y malhablado, y quizás abusaba un poco de su propia producción. Pero era justo con Han y decía la verdad y siempre pagaba en el momento debido, lo que es raro cuando sólo tienes quince años y no dispones de nadie para que se ponga de tu lado. Han había sido estafado más veces de las que hubiera querido recordar.

Lucius también era una fuente de información que nunca juzgaba. Lo sabía todo y, a diferencia de mamá, respondía a cualquier pregunta sin sermonearte.

La cabaña de la ladera de la colina estaba desierta, al igual que el cobertizo del alambique que había detrás de ella, pero Han sabía dónde buscar. Encontró a Lucius pescando en el Arroyo de la Vieja, como hacía a diario durante tres estaciones del año. Era una excusa para sentarse en la ribera del arroyo, sestear e ir tomando sorbos de la botella que siempre tenía a mano. Su perro, un ovejero de áspero pelaje llamado *Perro*, estaba tumbado junto a él.

Cuando Han subió por el cauce del arroyo a su encuentro, Lucius dejó caer su caña de pescar y se volvió en dirección a Han como sobresaltado por algo. El anciano levantó las manos como si no quisiera que se le acercara; parecía asustado.

—¿Quién va? —preguntó.

—Eh, Lucius —respondió Han—. Soy yo, Han.

Perro levantó la cabeza y soltó un ladrido de aprobación, después de lo cual volvió a apoyar la cabeza en las patas y empezó a mover las orejas para ahuyentar a las moscas.

Lucius dejó caer las manos, si bien aún parecía receloso.

—¡Chico! —Lucius siempre lo llamaba Chico—. No deberías aparecértelo a la gente de esa manera.

Han puso los ojos en blanco. Había ido por el agua, como siempre. Hoy todo el mundo se estaba comportando de una forma muy extraña.

Se puso en cuclillas junto a Lucius y le tocó el hombro para hacerle saber dónde estaba, y el anciano dio un bote.

—¿Pican? —preguntó Han, con un principio de exasperación en la voz.

Lucius entrecerró sus legañosos ojos azules como si fuera una pregunta difícil, y luego bajó la mano y sacó del arroyo una cesta para peces tejida en el clan.

—He pescado cuatro, de momento.

—¿Son para vender? —preguntó Han—. Podría conseguirte un buen precio en el

mercado.

Lucius reflexionó unos instantes.

—No —dijo finalmente—. Me los voy a comer.

Han apoyó la espalda en un árbol y extendió sus largas piernas envueltas en los pantalones de las llanuras.

—¿Necesitas algo para acompañarlos? —preguntó, dando unas palmaditas sobre su morral—. Tengo pimientos secos y especias de Tamron.

—Me basta con los peces, Chico —respondió Lucius con un bufido.

—¿Tienes algo para la Marca de los Páramos? —preguntó Han.

Lucius asintió con la cabeza.

—Lo he dejado en la caseta del perro.

Una vez concluido el negocio del día, Han se dedicó a contemplar las piedras que jalonaban la superficie del arroyo. Lucius aún parecía nervioso y preocupado por algo. No dejaba de ladear la cabeza primero en un sentido y luego en otro, como para captar un olor o un tenue sonido en la brisa.

—¿Llevas puestas tus pulseras, Chico? —preguntó de pronto.

—¿Tú qué crees? —masculló Han. Como si se las pudiera quitar.

Lucius le agarró el brazo y le subió la manga, pasando los dedos por la banda de plata como si pudiera leer las runas mediante el tacto. Después le soltó el brazo con un gruñido, sin dejar de murmurar en voz baja.

—¿Qué mosca te ha picado? —preguntó Han, bajándose la manga.

—Huelo magia de la mala suerte —dijo Lucius, en una de sus típicas respuestas incomprensibles.

Han pensó en el amuleto que llevaba en la mochila, pero decidió que era imposible que Lucius pudiera saber que estaba ahí.

—¿Entiendes de magia?

—Un poco. —Lucius se frotó la nariz con el índice—. No lo suficiente y demasiado.

Han hizo otro intento.

—¿Qué sabes sobre los magos, entonces? Lucius se quedó muy quieto.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió pasados unos instantes.

Han lo miró. Los adultos solían responder a las preguntas con otra pregunta, pero no Lucius.

Cuando Han no respondió inmediatamente, el anciano le puso la mano en el hombro y se lo apretó.

—¿Por qué lo preguntas? —repitió con ferocidad.

—Ay. Eh, tranquilo —dijo Han, y Lucius apartó la mano—. Bailarín y yo tuvimos un pequeño roce con unos magos en lo alto de Hanalea —explicó, frotándose el hombro. Le contó a Lucius lo que había sucedido.

—¿Bayar, dices? —Lucius frunció el ceño y volvió a coger su caña de pescar—. Por los huesos de Thea.

Lucius había nacido en la montaña conocida como Thea, hogar espiritual de esa reina legendaria de los Páramos. Así que siempre se decantaba por Thea cuando había que soltar algún juramento, aunque la mayoría recurría a Hanalea.

—¿Lo conoces? —preguntó Han.

Lucius asintió.

—He oído hablar de él. Y de su padre, claro. Gavan Bayar. Es el Gran Mago, ¿sabes? Un corazón tan frío como el agua del Dyrnne. Ambicioso, también. No es la clase de hombre al que quieras tener por enemigo.

Micah Bayar había mencionado el cargo de su padre, como hacían siempre los de sangre azul.

—¿Qué más podría querer en la vida? —preguntó Han—. Aparte de ser Gran Mago, quiero decir.

—Bueno... —Lucius levantó la punta de su caña de pescar, probando el sedal—. Un tipo como Bayar nunca se da por satisfecho. Supongo que quiere ser Gran Mago sin todos los controles y las restricciones impuestas por el Naéming. Algunos dicen que también quiere a la Reina.

Han no entendía nada.

—¿Quiere a la Reina? ¿Para qué? La Reina tiene un consorte, ¿no? ¿No es alguien de la Logia Demonai?

Lucius soltó una carcajada.

—Para ser una rata callejera, no tienes ni idea de lo que sucede en el mundo, ¿verdad? —Sacudió su canosa cabeza con expresión asombrada—. Tienes que mantener la oreja pegada al suelo y la nariz vuelta hacia el viento si quieres sobrevivir en estos tiempos que corren.

Han trató de imaginar cómo se podía llevar a cabo semejante proeza física, y enseguida lo dejó correr. Nunca entendería cómo se las arreglaba Lucius para saber todo lo que estaba sucediendo, sin moverse de lo alto de la montaña. Era un auténtico misterio.

Finalmente, Lucius se cansó de reír, y se secó las lágrimas de los ojos.

—Averill Demonai es el consorte de la reina Marianna. Pero es un comerciante, y los comerciantes viajan mucho. Por su propio bien no debería pasar tanto tiempo lejos de casa, si quieres saber mi opinión. Claro que nadie quiere saberla.

Han intentó controlar su impaciencia. Toda esa charla política le resultaba aburrida, y además no tenía nada que ver con él.

—Los magos —le recordó a Lucius—. ¿De dónde sacan la magia?

—La llevan en la sangre —dijo Lucius, acariciando la cabeza de *Perro*—. Es como si nacieran con el talento básico, pero no llegan a ser realmente poderosos hasta que estudian y aprenden a controlarlo mediante un amuleto. De hecho, hasta entonces son un poco peligrosos, como un potro al que no han domado como es debido y no conoce su propia fuerza.

Han pensó en Micah Bayar, con el rostro ensombrecido por la ira y la mano

alrededor de su amuleto de la mala suerte mientras murmuraba palabras mágicas.

—¿Por qué? ¿Tienen que decir hechizos o algo para hacer que funcione?

—Eso forma parte del aprendizaje —dijo Lucius, asintiendo con la cabeza—. Ese Bayar es de la Casa de la Aguilera. Tal vez la familia de magos más poderosa que existe, desde la caída de los Aguabaja.

—¿Quiénes son los Aguabaja? —preguntó Han—. Nunca había oído hablar de ellos.

—Da igual. Esa casa se extinguió hace años. —Lucius levantó la punta de su caña de pescar, tanteó con la mano a lo largo del sedal hasta llegar al cebo, y sacudió la cabeza—. Me parece que han dejado de picar —dijo—. Habrá que dejarlo por hoy.

—Lucius... —insistió Han, sabiendo que las cosas que la gente no quería contarte tenían muchas probabilidades de ser las más interesantes—. ¿Quiénes eran los Aguabaja? ¿Qué sucedió?

—Chico, mira que llegas a ser pesado cuando quieres. —Lucius cogió su botella y bebió un sorbo, y luego se limpió la boca con su mugrienta manga—. Todo eso sucedió hace mil años y ya no importa —dijo. Al ver que Han no decía nada, Lucius soltó un bufido—. ¿Sabes? La mayoría de los chicos de tu edad no están interesados en desenterrar viejos huesos y viejas historias.

Han siguió sin decir nada.

Lucius dejó escapar un aparatoso suspiro y asintió, como si hubiese tomado una decisión.

—Pues hete aquí que hace mil años existía esta poderosa casa de magos. Llamada Casa del Aguabaja. Su signo era una serpiente enroscada alrededor de un báculo.

Han parpadeó y rebuscó su morral, extrayendo el paquete que contenía el amuleto con la serpiente y el báculo que le había quitado al lanzahechizos en Hanalea. Lo sopesó en la mano, recordando lo que había dicho Bayar. «Sólo con tocarlo quedarás reducido a cenizas».

Lucius se volvió hacia Han con sus ojos sin vida.

—¿Qué tienes ahí, Chico? —preguntó, extendiendo la mano como si pudiera sentir el calor que emanaba del objeto—. Dámelo.

Han titubeó.

—No sé si...

—He dicho que me lo des. —La voz del anciano resonó en el aire, sorprendentemente fuerte. Era como si Lucius hubiera sido poseído por un ser irresistible.

Han puso el pequeño atado de cuero en la mano de Lucius.

—Ten cuidado, Lucius. Podría...

Lucius abrió de un tirón el envoltorio de cuero y sacó de él el amuleto de la mala suerte.

Han se apartó, poniéndose en tensión ante la posibilidad de que el objeto estallara. No pasó nada. Lucius pasó sus curtidas manos por el amuleto y las facciones se le

aflojaron de golpe, como si estuviera anonadado.

—¿De dónde has sacado esto? —susurró.

—Lo tenía Bayar. —Han titubeó, preguntándose si hacía bien en compartir su secreto—. Intentó usarlo para lanzarle un conjuro de la mala suerte a Bailarín. Se lo quité. Creo que no debía tenerlo.

La carcajada de Lucius sonó como un ladrido.

—Por el beso de la dulce Thea. Yo diría que no.

—¿Por qué no? ¿Qué es? Lucius seguía acariciando la talla con sus gruesos dedos como si no pudiera creer lo que le estaban diciendo sus sentidos.

—Es Aguabaja, desde luego. Su tesoro de artefactos mágicos era legendario. Un arsenal, nada menos. Nadie ha sabido nunca qué fue de él después del Quebrantamiento. —La vena púrpura que tenía encima del ojo derecho palpitaba peligrosamente—. Apostaría a que esa víbora de Micah no tenía ni idea de a qué le había echado mano. —Asintió, una vez—. Y ahora lo tienes tú. —Extendió el amuleto hacia Han. Cuando éste titubeó, Lucius dijo, impacientemente—. Cógelo, Chico. No te morderá.

Han lo cogió cautelosamente y lo sopesó en la palma. El amuleto era agradablemente cálido al tacto, y vibraba con un poder que Han pudo sentir en su esternón.

Emociones enfrentadas desfilaban rápidamente por el rostro del anciano, para acabar siendo disipadas por una expresión de alarma. Una vez más, cerró la mano sobre el brazo de Han, apretándoselo con tanta fuerza que sus uñas se le clavaron en la carne.

—¿Bayar sabe quién eres, Chico? ¿Sabe que tienes esto?

Han se encogió de hombros con inquietud.

—No le dije mi nombre, si te refieres a eso. —Al ver que su respuesta no parecía tranquilizar a Lucius, añadió—: Escucha. Lo devolveré, si tan importante es. ¿De acuerdo?

Lucius le soltó el brazo y sus dedos tamborilearon sobre sus muslos mientras pensaba frenéticamente.

—No —dijo por fin—. No lo devuelvas. Ya es demasiado arde para eso. Escóndelo. En un sitio donde esté a buen recaudo. Es mejor que la Casa de la Aguilera no lo tenga. —Rio amargamente—. Y mantente alejado de los Bayar.

Han nunca había visto a un Bayar antes, y dudaba de que volviera a verlo a menos que Micah pusiera los pies en Hanalea de nuevo. Cosa que con un poco de suerte no haría.

—Muy bien —dijo. Envolvió de nuevo el amuleto y se lo guardó en la mochila. ¿De qué servía hacer preguntas si no entendías ni una palabra de las respuestas?—. ¿Qué estabas diciendo? ¿Sobre los Aguabaja?

—Si quieres oír una historia, no interrumpas. —Lucius se frotó la mandíbula barbada y volvió a adoptar su tono de contar historias—. Los magos vinieron de las

Islas del Norte. Desembarcaron en la costa este y conquistaron la Tierra Entre las Aguas con su Gran Magia. La magia del clan no pudo hacerles frente. Es magia verde, cosas sutiles que no sirven de nada en un combate. Magia más potente es la suya, pero hecha para curar, o para destruir. El clan la tiene, porque ellos viven en armonía con la naturaleza. Las matriarcas han aprendido a servirse de ella.

»Esos magos se casaron con las reinas de la estirpe real y gobernaron como reyes, pero no estaban ligados a las reinas de la manera en que lo están hoy. La sucesión seguía pasando por la estirpe femenina. El problema empezó durante el reinado de Hanalea, que era la mujer más hermosa que ha vivido nunca.

Han asintió con la cabeza. Lucius por fin se había adentrado en terreno familiar.

—Hanalea había sido prometida a un mago llamado Kinley Bayar, de la Casa de la Aguilera, que estaba decidido a ser rey. Pero también había un joven mago, de nombre Alger, heredero de la Casa de Aguabaja, que se enamoró perdidamente de Hanalea, lo que no era nada extraño. El único problema era que Alger a terriblemente poderoso y estaba acostumbrado a conseguir lo que quería. No veía ninguna razón por la que no debiera tener a Hanalea.

»El Consejo dijo que no, y se negó, especialmente, la Casa de la Aguilera. Pero Hanalea tenía sus propios planes. No tragaba a Kinley Bayar, que para ella era un viejo, tan frío y sin corazón como cualquier serpiente. Y se había encaprichado del tal Alger, que era tan apuesto como hermosa era ella. Se fugó con él y se hicieron fuertes en las Espíritus con sus aliados, un ejército de magos de la Casa de Aguabaja y algunos amigos de Alger, reuniendo así a los mejores magos de aquella generación.

»Alger se proclamó rey y se casó con Hanalea. El Consejo no lo pudo aguantar, así que las otras Casas de Magos marcharon contra Aguabaja y pusieron sitio a su fortaleza. Cualquiera podía ver que era una causa perdida, pero no aquel muchacho. Llevaba mucho tiempo estudiando la Magia Oscura, y pensó que podría conjurar un hechizo que pusiera fin al asedio e hiciera huir al Consejo.

»Hanalea intentó convencerlo de que no lo hiciera. Quería entregarse a la Casa de la Aguilera, pero él no le hizo caso. —Lucius sonrió con tristeza—. El amor le había hecho perder el juicio. Demasiado poder y demasiada testarudez y demasiado poco conocimiento. Sólo estuvieron juntos tres meses.

Han se removi6 impacientemente. Las historias sobre Hanalea y sus muchos pretendientes eran como retales de tela vieja, tan desgastados por el hecho de contarlas una y otra vez que ahora ya ni siquiera podías distinguir las hebras que los formaban.

Lucius miró al vacío, sus lechosos ojos azules como ventanas recubiertas de pintura que ocultaban lo que había detrás de ellas. Han sabía interpretar a las personas —no le quedaba otro remedio—, pero Lucius era un enigma para él.

—¿Y? ¿Qué sucedió? —preguntó diligentemente.

Lucius se estremeció, como si hubiera olvidado que Han se encontraba allí.

—Lo mataron, por supuesto. Al final. Lo torturaron durante días y obligaron a esa

joven a escuchar sus gritos. Pero era demasiado tarde. El daño ya estaba hecho.

Han parpadeó, pillado por sorpresa.

—¿Qué daño? ¿De qué estás hablando?

Lucius levantó sus pobladas cejas.

—Del Quebrantamiento, naturalmente. ¿Has oído hablar de eso alguna vez? —preguntó con sarcasmo.

—Sí, claro que he oído hablar del Quebrantamiento —respondió Han con irritación—. ¿Qué tiene que ver eso con...? —Entonces se calló y miró a Lucius, preguntándose si el viejo no habría abusado de lo que destilaba en su alambique—. Espera. ¿Estás hablando del Rey Demonio? —Susurró las últimas dos palabras, cosa que la gente tendía a hacer, y se resistió al impulso de hacer una señal contra el mal de ojo.

—Se llamaba Alger —dijo Lucius en voz baja, y fue como si todo su cuerpo se convirtiera en un amasijo de piel arrugada y ropa vieja.

El sol se ocultó detrás de una nube, y de pronto hizo frío en la ribera del arroyo. Han se estremeció y se cubrió con la chaqueta. ¿El desventurado Alger Aguabaja de Lucius era el Rey Demonio? No podía ser.

El Rey Demonio era el monstruo en todas las historias de miedo. El diablo al que evitabas nombrar por temor a atraerlo. El que acechaba en la oscuridad al final de un callejón a la espera de que los niños malos se cruzaran con él.

—¡Eso no es cierto! —saltó Han, acicateado por la justa indignación y una vida entera de historias—. El Rey Demonio se llevó a Hanalea en su noche de bodas. Cuando ella lo rechazó, él la encadenó en su mazmorra. La torturó con oscuras brujerías e intentó obligarla a desvelar los secretos de la magia de los clanes, transmitida de madre a hija a lo largo de los siglos. Cuando ella se negó, el Rey Demonio rompió el mundo.

—Era un muchacho —murmuró Lucius, tanteando el suelo en busca de su botella—. Estaban enamorados.

—Era un monstruo —replicó Han, lanzando una piedra al arroyo—. Ella lo destruyó. —Había visto el friso en el Templo de la Marca de los Páramos. Lo llamaban El Triunfo de Hanalea, y consistía en una serie de escenas: Hanalea encadenada, desafiando al Rey Demonio; Hanalea, hermosa y terrible, manteniendo unido el mundo mediante la magia verde mientras el Rey Demonio intentaba hacerlo pedazos; Hanalea alzándose sobre el cuerpo sin vida del Rey Demonio, con una espada en la mano.

«Si está tallado en piedra, tiene que ser cierto», pensó Han.

—Los magos tenían intención de casar a Hanalea con Kinley Bayar. —El anciano se irguió, los ojos extrañamente claros y enfocados. Su voz normalmente temblorosa resonaba como la de un orador del Templo, y su acento de las Tierras Altas se había esfumado de golpe—. Pero tenían tanto que hacer que se vieron desbordados. El mundo se desmoronó y quedó sumido en el caos. Los terremotos derribaron sus

castillos. De la tierra irrumpieron llamaradas de fuego. Los océanos hirvieron hasta evaporarse y los bosques quedaron reducidos a cenizas. Cayó la noche, y permaneció durante meses, iluminada únicamente por los incendios que ardían sin cesar. El aire se hizo tan espeso que no se podía respirar. Nada de cuanto conjuraron pudo detener la destrucción. Finalmente, tuvieron que recurrir a los clanes.

Han estaba muy decepcionado. ¿Cómo habían podido apartarse tanto de su pregunta original sobre la magia? Él había formulado una pregunta seria, y a cambio había tenido que oír esa fantásica historia. Había perdido la mitad de la mañana en la orilla del arroyo, víctima a su pesar de las ficciones de un anciano. Ahora su madre le arrancaría la piel a tiras por llegar tan tarde.

—Gracias por la historia —dijo—, pero me tengo que ir. —Se levantó del suelo y se echó la mochila al hombro—. Recogeré las botellas de la caseta del perro.

—¡Siéntate, Chico! —ordenó Lucius—. Tú me has pedido que te contara esta historia, y ahora tienes que oírla hasta el final.

Furioso, Han volvió a sentarse en la ribera del arroyo. No se había apuntado para oír un monólogo.

Cuando Lucius estuvo seguro de que había retenido a su audiencia, continuó:

—Las reinas eran de sangre del clan, así que Hanalea actuó como intermediaria. Piensa en lo que tuvo que ser aquello. Negociar con los clanes en nombre de los asesinos de tu amado. —Lucius sonrió con tristeza—. Pero Hanalea había crecido. Era fuerte e inteligente, además de hermosa. Lo que salió de aquellas conversaciones fue el Naéming.

Lucius fue enumerando los principios del Naéming sobre sus dedos nudosos.

—A cambio de reparar el mundo, los clanes ataron corto a los magos. La Gran Magia quedó prohibida en las Espíritus. Ahora está confinada al Valle y a las Llanuras. Los oradores disponen de templos en la Marca de los Páramos. El Consejo elige al mago más poderoso de los Páramos para que sea Gran Mago y jefe del Consejo, pero ese gran mago se encuentra atado mágicamente a la tierra y a la Reina, que gobierna sobre él. La Reina tiene sangre del clan, y de niña es acogida en las logias de los clanes. —Lucius esbozó una tímida sonrisa—. A los magos ya no les está permitido casarse con nuestras reinas.

—¿Hanalea se avino a eso? —dijo Han. «Supongo que a la Reina también la ataron corto», pensó.

Lucius asintió, como si le hubiera leído la mente.

—La Reina de los Páramos es la persona más poderosa y la menos libre del reino. Es una esclava del deber, una vez que alcanza la mayoría de edad.

—Pero ella es la Reina —dijo Han—. ¿No puede hacerlo que quiere?

—Hanalea había aprendido el precio de seguir los dictados de su corazón —dijo Lucius. Guardó silencio por un instante, y la pena añadió surcos todavía más profundos a su anciano rostro—. Así que se sacrificó por el bien de todos.

Han frunció el ceño. Las historias siempre terminaban con la destrucción del Rey

Demonio y el triunfo de Hanalea.

—Ya. ¿Con quién se casó, entonces? Kinley era un mago, así que...

Lucius sacudió la cabeza.

—Kinley sufrió un accidente poco después del Quebrantamiento. Hanalea se casó con otro. —Después de toda la abundancia de detalles con que había contado la historia hasta entonces, se mostró extrañamente parco sobre este punto.

Han se levantó de nuevo, y entonces titubeó, apoyándose ora en un pie ora en el otro, hasta que se sintió obligado a decir algo.

—Mira, Lucius, ya casi soy un adulto. Estoy demasiado mayor para escuchar cuentos de hadas. Por un momento que se hizo muy largo, el anciano guardó silencio.

—No pidas la verdad, Chico, a menos que estés preparado para oírla —dijo finalmente, con los ojos sin vida clavados en el Arroyo de la Vieja—. Sólo recuerda lo que he dicho. Mantén oculto el amuleto, y aléjate de los Bayar. Si descubren que lo tienes, te matarán para hacerse con él.

La Marca de los Páramos

La ciudad de la Marca de los Páramos se hallaba en el Valle, una hondonada muy fértil donde el Dyrnne se abría paso entre las estribaciones rocosas de Hanalea y las suaves laderas de Alyssa, su montaña hermana. El Clan de la Morada del Espíritu a veces se refería a los residentes del Valle como «la gente de las llanuras». Ellos, a su vez, solían llamar así a los residentes de la ciudad de Delphi y de las llanuras de Arden, situadas más al sur.

El Valle relucía como una esmeralda incrustada en lo alto de las montañas, protegido por los amenazadores picos que —se decía— servían de morada a reinas de las Tierras Altas muertas hacía mucho, y calentado por los manantiales de aguas termales que borboteaban bajo el suelo.

Los llaneros auténticos —ciudadanos de Tamron y del reino de Arden más allá de la Puerta del Sur— murmuraban que las Espíritus estaban repletas de demonios, brujas, dragones y otras criaturas temibles, y que incluso el mismo suelo era venenoso para cualquier invasor.

Los habitantes de las Tierras Altas no hacían nada para disipar esta creencia.

Jemson, el maestro de Han, sostenía que, antes de la llegada de los magos y del Quebrantamiento del Mundo, la Tierra Entre las Aguas era un gran reino gobernado desde la Marca de los Páramos. El grano procedente de Arden, Bruinswallow y Tamron llenaba sus cestas del pan. El pescado traído de las costas, la caza procedente de las Espíritus y las gemas y los minerales extraídos de las montañas acrecentaban su prosperidad. La Reina y su corte eran mecenas de las artes, y la ciudad construía salas de música, bibliotecas, templos y teatros por todo el reino.

La ciudad de la Marca de los Páramos aún se asentaba precariamente sobre los cimientos de su glorioso pasado. Aunque en el curso de los últimos años había pasado por malos tiempos, conservaba un número nada despreciable de suntuosos edificios erigidos antes del Quebrantamiento. El castillo de la Marca de los Páramos había escapado de alguna forma a la destrucción generalizada, al igual que los templos de los oradores y otros edificios públicos.

Así que, cuando Han recorrió la última curva de la Senda del Espíritu y bajó la vista hacia la ciudad en la que había nacido, le dio la bienvenida un bosque urbano de chapiteles y cúpulas recubiertas de pan de oro relucientes bajo los últimos rayos del sol poniente. Han no pudo evitar pensar que la Marca de los Páramos tenía mejor aspecto vista desde lejos.

Presidiéndolo todo estaba el castillo de la Marca de los Páramos, con sus imponentes torres, un monumento en mármol y piedra. Se alzaba aislado, rodeado por

las aguas del Dyrnne, tan intocable como sus habitantes.

La Ciudad de la Luz, se la llamaba, pese a sus largas noches de invierno. Incluso había un período, cerca del solsticio, en que el sol nunca llegaba a salir. Pero el resto de los días llameaba sobre la Puerta del Este por la mañana e iluminaba la Puerta del Oeste al final del día.

La Senda del Espíritu serpenteaba cuesta abajo hacia la ciudad y desembocaba en la primera de una serie de plazas, el legado de algún arquitecto real de antaño. Conectando las plazas estaba el Camino de las Reinas, la ancha avenida que atravesaba la ciudad y terminaba en el castillo de la Marca de los Páramos.

Han no siguió el Camino de las Reinas. Le gustase o no, tenía cosas que hacer en el Puente del Sur. Recorrió una serie de calles cada vez más estrechas, que se internaban profundamente en una parte de la ciudad que la Reina no había visitado nunca. Cuanto más se alejaba del Camino, más míseros se volvían los edificios. Las calles hormigueaban de gente de rostro tenso y mirada recelosa, presas y depredadores. La basura se pudría en las alcantarillas y los cubos rebosaban.

El aire era una mezcla de olores pestilentes: repollo hirviendo, humo de leña, letrinas y orinales vaciados en la calle. Sería peor al llegar el verano, cuando el calor espesaba el aire hasta convertirlo en una peligrosa sopa que provocaba diarreas a los bebés y hacía que los viejos tosieran sangre.

En el Mercado del Puente del Sur, Han consiguió colocar la hierba urticante por un precio decente, teniendo en cuenta que no servía para nada. Podría haberla vendido en el Mercado de los Harapos, pero no quería arriesgarse tan cerca de casa, donde alguien podía acordarse de él.

Al salir del mercado, adoptó su cara de la calle y dejó atrás con paso rápido y decidido a los timadores, las chicas de vida alegre y los matones callejeros que se abalanzaban sobre ti a la menor señal de debilidad.

—Eh, Chico —lo llamó una mujer, y Han la ignoró, del mismo modo que ignoró al noble cubierto de oropeles que intentó atraerlo al interior de un callejón.

El Puente del Sur era la úlcera que iba creciendo poco a poco bajo la piel aparentemente sana de la ciudad. Nadie se aventuraba allí de noche a menos que fuera muy fornido, estuviera bien armado y fuera acompañado de amigos igual de armados y fornidos. Pero de día era un lugar seguro si se usaba la cabeza y se estaba alerta. Si uno se perdía en el Puente del Sur, lo mejor era que nadie lo notara.

Para ser honestos, más de uno consideraría el barrio de Han un lugar peligroso. Pero en el Mercado de los Harapos sabía de quiénes debía cuidarse y dónde solían andar. Le bastaba con sacarle unos cuantos pasos de ventaja a cualquiera para desaparecer en el laberinto de calles y callejones que conocía al dedillo. Nadie podía encontrarlo en el Mercado de los Harapos si él no quería que lo encontraran.

Su destino era El Barril y la Corona, una taberna decrepita que se aferraba a la orilla del río como un abrojo. El terreno sobre el que se asentaba había sido socavado por siglos de crecidas primaverales y siempre parecía en peligro inminente de

desplomarse en el río. Han había sabido elegir bien el momento, porque la sala común apenas empezaba a llenarse con la clientela vespertina. Estaría fuera de allí antes de que las cosas se empezasen a desmadrar.

Entregó las botellas de Lucius a Matieu, el encargado de la taberna, y recibió una pesada bolsa a cambio.

Matieu almacenó las botellas debajo de la barra, fuera del alcance de sus clientes más agresivos.

—¿Es todo lo que tienes? Volará en un día. Baja como si fuera agua, créeme. — Todas las tabernas de la Marca de los Páramos reclamaban el destilado de Lucius. El anciano habría podido triplicar su producción y venderla toda, pero había optado por no hacerlo.

—Ten un poco de corazón, hombre. Hay un límite en la cantidad de peso que puedo cargar, ¿sabes? —dijo Han, poniendo cara de pena al tiempo que se masajaba con los dedos los hombros doloridos.

Matieu lo estudió con la mirada, y luego rebuscó en su bolsa debajo de su enorme tripa. Sacó una moneda, la puso en la mano de Han y le cerró los dedos alrededor de ella. Una moneda de la princesa, a juzgar por su peso y tamaño, llamada «moza» en la calle.

—Tal vez puedas hablar con él. Convencerlo de que me mande más botellas.

—Bueno, podría intentarlo, pero tiene un montón de clientes de toda la vida, ya sabes... —Han se encogió de hombros. Había divisado un plato de pastelillos recién hechos en la alacena. Mari adoraba los pastelillos de carne—. Uh... Matieu. ¿Tienes planes para esos pastelillos?

Han salió de la taberna silbando, una moza más rico, con cuatro pastelillos de cerdo envueltos en una servilleta. El día empezaba a pintar bien después de todo.

Giró por la calleja del Ladrillero, encaminándose hacia el puente sobre el Dyrnne, que conducía al Mercado de los Harapos. Ya casi había llegado al final de la calleja cuando la luz murió de pronto, como si se hubiese interpuesto una nube.

Han miró hacia delante y vio que la salida del callejón estaba taponada por dos cuerpos.

Una voz familiar reverberó en los edificios de piedra a ambos lados.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? ¿Un harapiento en nuestro territorio?

Huesos. Era Pincho Connor con uno de sus sureños.

Han giró en redondo, con la intención de volver corriendo por donde había venido, y se encontró otros dos sureños sonrientes cortándole el camino. Aquel encuentro no era cosa del azar, entonces. Lo habían estado siguiendo, y habían escogido aquel lugar a propósito. Han no tendría espacio para maniobrar en el estrecho callejón, ninguna manera de cubrirse las espaldas. Era una señal de respeto, en reconocimiento de su reputación en el Puente del Sur.

Era una forma de verlo.

Lo primero que se le ocurrió fue decir que ya no estaba con los harapientos, pero

eso lo marcaría como una víctima fácil, alguien sin protección ni territorio propio.

La mano de Han encontró la empuñadura de su cuchillo y lo sacó, aunque sabía que no le serviría de nada. Si sólo acababa despojado de su bolsa y molido a golpes, podría considerarse afortunado.

Pegó la espalda a la pared del callejón.

—Sólo estaba de paso —dijo, levantando la barbilla y fingiendo una seguridad en sí mismo que no sentía—. No pretendía faltáros al respeto.

—¿Sí? Bueno, pues a mí me parece que sí, Pulseritas. —Pincho y su banda formaron un semicírculo en torno a Han. El señor de la calle era pelirrojo y tenía los ojos azules, el rostro pálido e imberbe como el de una chica de la vida, marcado únicamente por el símbolo púrpura de la banda en su mejilla derecha y una vieja cicatriz de cuchillo que le estiraba el ojo izquierdo en el rabillo.

Pincho no era corpulento, ni era mayor que Han. Mandaba gracias a su habilidad en el manejo del arma blanca y su disposición a clavártela en el pecho mientras dormías. O en cualquier momento. Su poder emanaba de su absoluta falta de conciencia.

La hoja estaba en su mano ahora, reluciendo bajo la claridad que se filtraba de la calle.

—Acabas de hacer negocios en el Puente del Sur, y queremos nuestra parte. Estabas avisado.

—Oye —dijo Han—, no soy el cobrador. ¿Quién iba a confiarme esa clase de moneda? Yo sólo entrego el producto. Luego ajustan las cuentas entre ellos.

—Producto, entonces —dijo Pincho, y los otros sureños asintieron con entusiasmo. Como si Pincho fuera a compartirlo.

Han no le quitó el ojo de encima a la hoja que empuñaba Pincho, adaptando su postura en consecuencia.

—Lucius no pagará una tarifa. Y como le sise unas monedas a alguien, estaré acabado.

—Mejor para nosotros —dijo Pincho, con una gran sonrisa—. Entonces necesitará a alguien para que se haga cargo del negocio. No veo por qué no podemos ser nosotros.

«¿Oh, sí? —pensó Han—. Lucius es muy maniático cuando se trata de asociarse». Pero ahora no era el momento de decirlo.

—Está bien —dijo de mala gana, como dándose por vencido—. Tú déjame hablar con él, y ya veré si podemos llegar a un acuerdo.

Pincho sonrió.

—Chico listo —dijo.

Debía de ser algún tipo de señal, porque de pronto Han los tuvo a todos encima. La hoja de Pincho voló hacia su cara, y cuando Han paró la acometida, los que flanqueaban lo agarraron de los brazos y le estamparon la cabeza contra la pared, y Han supo que, como siguieran con eso, estaría listo, quizá para los restos. Así que

aflojó los músculos, arrastrándolos consigo mientras se dejaba caer al suelo, y entonces ellos empezaron a pegarle fuerte en las costillas con los pies y en la cara con los puños. Duro, pero no mortal.

Finalmente, lo incorporaron levantándolo por los brazos y lo mantuvieron en pie allí mientras Pincho lo cacheaba. Han resistió la tentación de escupirle en la cara o darle una patada donde hacía más daño. Aún esperaba sobrevivir a aquel encuentro.

Pincho le subió las mangas, exponiendo las pulseras de plata.

—Ya había oído decir que eras un poco estrambótico, Pulseras. —Le agarró el brazo derecho y tiró del brazalete, prácticamente dislocándole la muñeca. Furioso, el líder de la banda hincó la punta de su cuchillo en el cuello de Han, que sintió cómo un hilo de sangre le corría por debajo de la camisa—. Quítatelas.

Las pulseras habían sido la seña de identidad de Han en su época de señor de la calle al frente de los harapientos. Pincho las quería como trofeo.

—No me las puedo quitar —dijo Han, sabiendo con una aterradora certeza que estaba a punto de morir.

—¿No? —jadeó Pincho, pegando su rostro encendido por la expectación al de Han—. Qué lástima. Entonces te quitaré las manos, y veremos si se deslizan sobre los muñones. —Miró a su audiencia, y los otros sureños rieron entrecortadamente—. Ve pensando en eso. Y no te preocupes, Muñones. Te concederemos derechos de mendicidad en este lado del puente. A cambio de una parte de lo que consigas, claro. —Su risa era estridente y ligeramente lunática.

Apartó el cuchillo del cuello de Han y lo cacheó. Encontró la bolsa de Han y cortó de un tajo la atadura que la sujetaba, llevándose un poco de piel con ella. Se guardó el botín debajo de la camisa, cogió la mochila de Han y se puso a examinar su contenido, arrojando al suelo los artículos que contenía. Eso acabó de desanimar a Han. Pincho no iba a pasar por alto la bolsa de Matieu. Y Han no iba a poder reponer semejante suma de dinero.

Como si aquello le fuese a traer algún problema después de morir desangrado.

Pero lo que Pincho sacó de la mochila no fue la bolsa de Matieu, sino el amuleto de Bayar en su envoltorio de cuero.

—¿Qué tienes aquí, harapiento? —preguntó, con un brillo de interés en los ojos—. Algo valioso, espero. —Desplegó el trozo de cuero.

Han nunca tuvo claro qué sucedió a continuación. Un fogonazo de luz verde iluminó el callejón con una luz tan intensa que lo dejó ciego durante unos instantes. Se oyó un estruendo ensordecedor y Pincho y los sureños salieron despedidos como muñecas de trapo contra la pared de enfrente, para estrellarse contra la piedra con un golpe sordo. Han se encontró tendido en el suelo, con un fuerte zumbido en los oídos.

Se puso de rodillas. El amuleto, aparentemente intacto, yacía en el suelo delante de él, todavía envuelto en un extraño resplandor verdoso. Tras un momento de indecisión, Han dejó caer el trozo de cuero encima de él y volvió a guardárselo en la mochila.

Mientras se incorporaba, oyó gritar órdenes y pisadas de botas sobre los adoquines en el extremo sur del callejón. Miró atrás. Una aglomeración de soldados bloqueaba la entrada del callejón. La guardia de la Reina. Han había tenido sus más y sus menos con la guardia en el pasado. Hora de esfumarse.

Miró a Pincho, que se había sentado en el suelo y sacudía la cabeza como si estuviera aturdido, rodeado por sus compinches. No iba a poder recuperar su bolsa, pero aún tenía la de Matieu y la guardia seguramente entretendría a los sureños. Era una oportunidad de salir con vida. Han decidió que la aprovecharía.

Echó a correr por el callejón, alejándose de la guardia en dirección al río. Oyó gritos amenazantes y órdenes de que se detuviera a sus espaldas. Han salió del callejón, se abrió paso a través de la cola que esperaba en el puente y lo cruzó como una exhalación. Pensó en buscar refugio dentro del templo del Mercado de los Harapos, pero en el último instante decidió que lo mejor era alejarse todo lo posible. Dejó atrás el templo y no paró de correr hasta haberse adentrado un buen trecho en territorio de los harapientos. Entonces tomó una ruta bastante tortuosa, mirando ocasionalmente hacia atrás para asegurarse de que nadie lo seguía.

Finalmente, entró en la calle de los Adoquines y dejó de correr para echar a andar sobre aquel suelo empedrado. Ahora que se sentía a salvo, examinó los daños. Le dolía todo. La tensión que notaba en la piel del lado derecho de la cara le indicaba que se le estaba hinchando, y apenas podía ver por el ojo derecho. Una punzada de dolor en el costado sugería que tenía rota una costilla. Se exploró cautelosamente la nuca con los dedos. Tenía sangre en el pelo, y le estaba saliendo un chichón del tamaño de un huevo de oca.

«Habría podido ser peor», se dijo. Las costillas se podían vendar, y no parecía tener ningún otro hueso roto. No había dinero para médicos, así que cualquier cosa que se hubiera roto permanecería rota, o se curaría por sí sola. El Mercado de los Harapos funcionaba así. A menos que Han estuviera lo bastante entero para subir a lo alto de Hanalea y ponerse en manos de Willo.

Se detuvo en el pozo que había cerca del final de la calle y se echó agua en la cabeza, limpiándose la sangre lo mejor que pudo y peinándose con los dedos después. No quería asustar a Mari.

Mientras hacía todo eso, su memoria recorrió de puntillas todo lo que había sucedido en el callejón del Ladrillero. Tal vez estaba aturdido. Después de todo, había recibido unos cuantos golpes en la cabeza. Pero aun así podría jurar que había visto cómo Pincho cogía el amuleto y cómo éste hacía explosión. Tal como había dicho Bayar.

Podía sentir el peso ominoso del amuleto dentro de su mochila. Quizá Bailarín tenía razón. Quizá debía haber enterrado aquella cosa. Pero lo cierto era que, de no ser por el talismán en forma de serpiente, ahora estaría metido en un buen lío. Tal vez muerto.

«¡Ja! —pensó—. No intentes engañarte a ti mismo. Estás metido en un buen lío».

Había llegado al establo al final de la calle, así que no podía posponerlo por más tiempo. Dentro del establo, Han olisqueó el aire experimentalmente. No percibió ningún olor a cena. En lugar de eso, el aire apestaba a estiércol, paja mojada y caballos calientes. Tendría que limpiar los compartimentos al día siguiente. Suponiendo que pudiera levantarse de la cama, claro.

Algunos de los caballos asomaron la cabeza de sus cubículos y soltaron un relincho de reconocimiento, con la esperanza de recibir alguna golosina.

—Lo siento —murmuró Han—. No tengo nada. —Luego subió con paso vacilante la vieja escalera de piedra hasta la habitación que compartía con su madre y su hermana de siete años.

Abrió la puerta con mucho cuidado. La fuerza de la costumbre hizo que recorriera rápidamente la habitación con la mirada, para localizar cualquier problema antes de que se abalanzara sobre él. La habitación estaba fría y oscura, el fuego casi apagado. Ni rastro de mamá.

Mari estaba acostada en su jergón al lado del hogar, pero debía de estar despierta, porque levantó la cabeza en cuanto entró Han. Una gran sonrisa le iluminó el rostro y corrió hacia él, rodeándole las piernas con los brazos y enterrando la cara en su cintura.

—¡Han! ¿Dónde te habías metido? ¡Estábamos tan preocupadas!

—Se supone que deberías estar dormida —dijo él, dándole torpes palmaditas en la espalda y alisándole el pelo rubio—. ¿Dónde está mamá?

—Fuera, buscándote —dijo Mari, estremeciéndose y con los dientes castañeteándole de miedo o de frío. Volvió a su lecho al lado del fuego y se envolvió los delgados hombros con la manta raída—. Está que se sube por las paredes. Temíamos que te hubiera sucedido algo.

«Huesos», pensó él, sintiéndose culpable.

—¿Cuándo ha salido?

—Lleva todo el día en la calle, viniendo y marchándose otra vez.

—¿Has cenado?

Mari titubeó, y luego dijo que no con la cabeza.

—Mamá traerá algo a casa, supongo.

Han apretó los labios para no decir lo que estaba pensando. La fe de Mari tenía un gran valor para él, como un sueño al que no pudiera renunciar.

Fue al hogar, sacó un palo de su cada vez más reducido su ministro, y lo puso en el fuego. Luego se sentó en el delgado colchón al lado de su hermana, manteniendo la cara apartada del resplandor de las llamas.

—Es culpa mía que hayas pasado hambre —dijo—. No debería haber tardado tanto en volver a casa. Le dije a mamá que te traería algo. —Metió la mano en el bolsillo y sacó la servilleta con los pastelillos. Los desenvolvió y le dio uno a Mari.

Ella abrió mucho sus ojos azules. Acunó el pastelillo entre los dedos y alzó la mirada hacia él con expresión esperanzada.

—¿Cuánto me toca?

Él se encogió de hombros, avergonzado.

—Todo. He traído más para mí y mamá.

—¡Oh! —Mari hizo trocitos el pastelillo y lo devoró en una serie de ávidos bocados, lamiéndose los dedos cuando hubo acabado. Luego dio buena cuenta de la salsa que se le había quedado untada alrededor de la boca y se pasó la lengua por los labios, decidida a no dejarse nada.

Han deseó volver a tener siete años, cuando bastaba con un pastelillo de cerdo para hacerlo feliz.

Le dio otro, pero mientras lo tomaba, Mari pudo echarle una buena mirada.

—¿Qué le ha pasado a tu cara? Está toda hinchada. —Extendió el brazo y le tocó la cara con la misma cautela que si tocara una cáscara de huevo—. Se te está poniendo morada.

Justo entonces Han oyó el pesado ruido de pasos que indicaba que mamá estaba en casa. Se levantó y apoyó la espalda en la pared, ocultándose entre las sombras. Un instante después, la puerta se abrió de golpe.

La madre de Han apareció en el umbral, con los hombros permanentemente encorvados como consecuencia de una vida entera de mala suerte. Han se sorprendió al ver que llevaba el abrigo de hombre que había comprado para él en el mercado hacía una o dos semanas, pensando que le sería útil el próximo invierno. A ella le quedaba tan largo que casi barría el suelo, y un chal le envolvía el cuello. Mamá llevaba varias capas de ropa incluso cuando hacía buen tiempo, una especie de armadura que se ponía.

Se quitó el chal de alrededor del cuello, liberando su larga trenza de pálidos cabellos. Había círculos oscuros debajo de sus ojos, y tenía un aspecto aún más derrotado que de costumbre.

—No he podido dar con él, Mari —dijo, quebrándosele la voz. Han se asombró al ver que las lágrimas le corrían por las mejillas—. He estado en todas partes, he preguntado a todo el mundo. Incluso he ido a hablar con la guardia, y lo único que han hecho ha sido reírse de mí. Decían que probablemente estaría entre rejas, que era donde tenía que estar. O muerto. —Sorbió aire por la nariz y se secó la cara con la manga del abrigo.

—Esto, mamá... —balbuceó Mari, mirando a Han.

—Le he dicho una y otra vez que se mantuviera alejado de las calles, que no fuera con las pandillas juveniles, que no llevara dinero para el viejo Lucius, pero él no me escucha, cree que no le puede pasar nada, está...

«Soy peor que una caca de perro —pensó Han—. Soy basura». Cuanto más esperara, peor se pondría la cosa. Salió de las sombras.

—Estoy aquí, mamá. —Se aclaró la garganta—. Siento haberme retrasado tanto.

Su madre parpadeó, pálida como un pergamino, y su mano voló hacia su cuello como si estuviera viendo un fantasma, cosa que le ocurría a menudo.

—¿D-dónde...?

—Dormí en los Pinos de Marisa —explicó Han—. Y luego tuve unos pequeños problemas en el camino hacia casa. Pero he traído la cena. —Le tendió la servilleta con los pastelillos que quedaban, en una muda ofrenda de paz.

Cruzando el espacio entre ellos, su madre tiró al suelo la servilleta de un manotazo.

—¿Has traído la cena? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Desapareces durante tres días y yo casi enloquezco de preocupación y has traído la cena? —Su voz iba subiendo de tono y Han agitó las manos, tratando de apaciguarla. Lo último que necesitaban ahora era despertar al casero, que vivía en la puerta de al lado, y recordarle que no habían pagado el alquiler.

Su madre avanzó y Han retrocedió hasta que tuvo la espalda contra el hogar. Ella agitó un dedo acusador ante su rostro.

—Te has vuelto a pelear, ¿verdad? ¿Qué te tengo dicho?

—Qué va —dijo Han en un tono que no tenía nada de convincente, al tiempo que negaba con la cabeza—. Sólo... tropecé con un bordillo y me caí de bruces en la calle.

—Deberías ponerte encima un trapo frío —dijo Mari desde el refugio de su lecho—. Mamá siempre dice que eso ayuda a bajar la hinchazón.

Han miró a su hermana y pensó que ojalá él y mamá pudieran llevar su discusión a alguna otra parte. Pero cuando vives en una habitación encima de un establo, no puedes ir a otra parte.

—¿Quién ha sido esta vez? —quiso saber mamá—. ¿Las pandillas o la guardia? ¿O metiste la mano en el bolsillo que no debías?

—Ya no voy por ahí robando a la gente —protestó Han, ofendido—. Nunca se me...

—Dijiste que ibas a ir a buscar plantas para el mercado de los llaneros —lo cortó mamá—. ¿Llegaste aunque sólo fuera a subir a Hanalea? ¿O estuviste correteando por las calles todo el tiempo?

—Subí a Hanalea —dijo Han, esforzándose por no perder los estribos—. Bailarín y yo pasamos el día entero recogiendo hierbas en la montaña.

Mamá lo miró con los ojos entornados, y luego extendió la mano.

—En ese caso deberías tener algo de dinero para mí.

Han pensó en su bolsa, ahora en poder de Pincho. Aún tenía el dinero de Lucius, pero —como no dejaba de decir— no era ningún ladrón. Tragó saliva y bajó la mirada.

—No tengo dinero —dijo—. Me lo han quitado en el Puente del Sur.

—Estás maldito, Hanson Alister —dijo su madre entre dientes, como si acabara de ver confirmados sus peores temores—, y seguro que acabarás mal. No me extraña que te metas en líos si te pasas el día entero en las calles. Si vas con esas pandillas de delincuentes, robando y atracando...

—Ya no estoy con los harapientos —la interrumpió Han—. El otoño pasado te prometí...

Su madre siguió hablando como si él no hubiera abierto la boca.

—... si te relacionas con gentes de mal vivir como ese Lucius Frowsley. Nosotros podemos ser pobres, pero al menos siempre hemos sido honrados.

Algo se rompió de pronto dentro de Han, y abrió la boca y las palabras salieron en un torrente.

—¿Que somos honrados? Bueno, pues la honradez no nos llena el estómago. La honradez no paga el alquiler. He sido yo quien nos ha estado manteniendo durante el último año. Si piensas que puedes mantenernos lejos de la cárcel para deudores lavando ropa y recogiendo harapos por la calle, allá tú. Pero si acabamos entre rejas, ¿qué crees que será de Mari?

Su madre lo miró sin habla, los ojos muy azules, los labios tan blancos como el resto de su cara. Luego cogió un palo del montoncito de la leña y se dispuso a dejarlo caer sobre la cabeza de Han. En un acto reflejo, él le agarró la muñeca y la detuvo. Se miraron en silencio por un momento muy largo, unidos por la sangre y la furia. Después, la furia fue disipándose poco a poco hasta dejar únicamente el vínculo de la sangre.

—No volveré a dejar que me pegues —dijo Han en voz baja—. Hoy ya he recibido una paliza. Es suficiente.

Más tarde, Han permanecía acostado sobre su colchón de paja en el rincón. Podía oír la respiración suave y regular que indicaba que mamá y Mari por fin se habían dormido. Le dolían todos los huesos del cuerpo y sentía como si la cara se le fuese a resquebrajar en cualquier momento. Además, volvía a tener hambre. Su madre y él habían compartido los dos últimos pastelillos, pero últimamente todo lo que comía Han parecía evaporarse.

Su mente botaba en las esquinas como un ratón en un laberinto. Han no era ningún filósofo. Disponía de pocos momentos en los que soñar. No tenía la clase de temperamento que habría hecho falta para tratar de reconciliar las distintas almas enfrentadas que vivían dentro de su cuerpo.

Estaba Han Alister, hijo y hermano mayor, que traía el sustento a casa, hacía negocios por su cuenta y cometía estafas menores. Estaba Caza Solo, que había sido adoptado por la Logia de los Pinos de Marisa y soñaba con vivir dentro de los clanes. Y, finalmente, estaba Pulseras, pequeño delincuente y luchador callejero, antiguo líder de los harapientos y enemigo jurado de los sureños.

De día en día, Han se deslizaba fuera de una piel y se metía dentro de otra. No era de extrañar que le costara tanto tener claro quién era.

Cambió de postura sobre el duro suelo. Normalmente usaba su mochila como almohada, pero no estaba seguro de si debía hacerlo entonces, con el amuleto dentro.

El talismán ocupaba su mente como un dolor de muelas. ¿Y si hacía explosión y los mataba a todos? O, todavía peor, los dejaba vivos sin ningún techo sobre sus cabezas.

Volvió a pensar en las palabras de Lucius. «Mantén escondido el amuleto, y no te acerques a los Bayar. Si descubren que lo tienes, te matarán».

Finalmente, sacó el amuleto envuelto en el cuero de dentro de la mochila. Con sus pantalones por único atuendo, bajó sigilosamente la escalera, pasó junto a los caballos en sus compartimentos y salió al frío patio del establo. A poca distancia del edificio había una fragua de piedra construida cuando había un herrero residiendo allí. Había sido el escondite de Han desde que fue lo bastante mayor para tener secretos. Levantó una piedra suelta en la base y escondió el amuleto debajo, volviendo a poner la piedra después. Un poco más tranquilo, volvió al establo y subió la escalera, con la mente funcionando a toda velocidad.

Al día siguiente iría a ver a Lucius, le entregaría su bolsa y, con un poco de suerte, cobraría. El dinero quizá bastara para mantener a raya al casero durante un tiempo, sobre todo si, además, volvía a limpiar el establo.

Han se sentó sobre el colchón, metió la mano en el bolsillo de los pantalones y sacó la moneda de la princesa que le había dado Matieu hacía siglos. La volvió hacia el fuego agonizante y las llamas reflejadas iluminaron la silueta grabada en ella.

Era la princesa Raisa ana'Marianna, heredera al trono del Lobo de los Páramos.

—Eh, moza —susurró Han, pasando el índice por el metal—. Me gustaría ver más caras como la tuya.

La princesa estaba de perfil, capturada en el frío y duro metal; su grácil cuello extendido, el pelo recogido hacia atrás y ceñido por una diadema real. Sin duda orgullosa y altiva como su madre, la reina Marianna.

«No —pensó Han sarcásticamente—. Subir a las Tierras Altas para cazar te complica demasiado la vida. Tendremos que hacer que nos traigan a los ciervos, incluso si eso significa prenderle fuego a la montaña».

Una princesa no tendría que preocuparse por mantener un techo encima de su cabeza, de dónde iba a salir su próxima comida o si iba a ser acorralada y molida a golpes en la calle.

Una princesa no tendría ninguna preocupación en el mundo.

En el jardín de cristal

Raisa corrió por el pasillo, con las zapatillas de baile susurrando sobre los suelos de mármol. Su intención era llegar a sus aposentos para cambiarse de ropa, pero no tenía ni idea de qué ponerse. A esas horas los leotardos y la túnica del clan podían estar de camino al Mercado de los Harapos. Ya no tenía ropa para jugar y, de todas formas, aquel nuevo y solemne Amon en uniforme de gala parecía pedir algo más formal. Pero ¿y si lo había remplazado por unos pantalones y una camisa? Entonces se sentiría ridícula en su elegante vestido.

Un momento. Ella era la princesa heredera, llegada de un baile. ¿Por qué debía sentirse ridícula? ¿Qué mosca la había picado? ¿Por qué no se calmaba un poco?

Magret estaba levantada, haciendo durar una taza de té, con el pelo recogido en una trenza.

—No os esperaba tan pronto, alteza —dijo, levantándose y esbozando una reverencia—. Pensé que la fiesta acabaría más tarde.

—Todavía no se ha acabado. He quedado con Amon —dijo Raisa, mientras se sentaba ante el espejo y se quitaba la tiara. Se dejaría puesto el vestido, decidió, pero se soltaría el pelo. Después...

—¿Con Amon? —Magret se la quedó mirando—. ¿A estas horas?

Raisa parpadeó.

—Pues sí. —Y cuando vio que Magret la miraba con el ceño fruncido, añadió—: ¿Qué?

—¡No podéis acudir a una cita con un hombre joven a estas horas de la noche sin que os acompañen!

¿Qué era lo que no entendía Magret?

—Eh, que estamos hablando de Amon. Solíamos quedarnos levantados toda la noche. ¿Te acuerdas de cuando la cocinera nos encontró debajo de la mesa de amasar el pan a la salida del sol? Queríamos ser los primeros cuando los bollos de canela salieran del horno. —Raisa pasó un cepillo por sus resistentes cabellos, pensando que ahora Amon no podría esconderse debajo de la mesa de amasar el pan. No con aquellas piernas tan largas.

—No saldréis sin una carabina a estas horas —insistió Magret.

—Ya he quedado con él —replicó Raisa, recogiendo el pelo en una trenza—. Nadie se enterará, de todas formas.

—Si vais, se lo contaré a lady Francia, que interrumpirá a la Reina —dijo Magret, sacando barbilla con una mueca de triunfo.

—No lo harás —dijo Raisa, que empezaba a lamentarse de no haber acudido

directamente a su cita.

—Lo haré, alteza. En julio cumpliréis dieciséis años, y habréis entrado en edad casadera. Si os sucediera algo, lo pagaría con mi cabeza. Después de todo él es un soldado.

—Por. La. Sangre. De. Hanalea. No me voy a casar con nadie, Magret. No por mucho tiempo. —«Habré tenido cien amantes antes de que tenga que pasar por eso, aunque sólo sea por llevar la contraria», quiso decir. Además, se metería antes en líos yendo a la sala de cartas con Micah y sus amigos o quedándose pegadita a las faldas de su madre en la sala de banquetes que yendo a ver a Amon, pensó.

Ambas se dedicaron miradas fulminantes durante unos segundos.

—Muy bien —dijo Raisa finalmente—. Entonces, ven conmigo.

Se miró la bata que llevaba puesta. Evidentemente, estaba a punto de ir a acostarse.

—Realmente, alteza, no creo que...

Raisa adoptó su expresión de princesa imperiosa.

—Ya que insistes en venir, podrías preparar una bandeja para Amon, Magret. Ha estado de guardia en la puerta durante toda la cena, así que no ha comido nada.

Un cuarto de hora y muchas protestas en voz baja después, ambas salieron de los aposentos de Raisa, la princesa delante y Magret siguiéndola con gesto de desaprobación y una gran bandeja de plata en las manos.

Subieron varios tramos de escaleras que se hacían más estrechas y empinadas a medida que ascendían.

—¿Os habéis citado en el tejado? —jadeó Magret, dos tramos de escaleras por detrás de ella.

—Hemos quedado en el jardín de cristal —dijo Raisa, deteniéndose al final del último tramo para que Magret pudiera alcanzarla. Habría sido mucho más fácil subir hasta allí por la escalera secreta, pero eso era algo que no tenía intención de compartir con Magret.

El invernadero tenía que haber sido un sitio que mostrar a las visitas de antaño, diseñado por alguien que amaba los jardines. Entraron a través de unas altas puertas de bronce grabadas hábilmente con enredaderas, flores, animales e insectos. Dentro, el aire estaba cargado de humedad y olía a tierra, a flores y al aliento de las cosas que crecen. El oscuro suelo de caliza iba acumulando el calor del sol a lo largo del día para ir desprendiéndolo poco a poco durante la noche. El agua caliente de los manantiales termales circulaba a través de cañerías, controladas mediante una serie de válvulas que permitían ajustar su temperatura de acuerdo con las necesidades de las plantas tropicales, la vegetación del desierto o la de climas templados.

La reina Marianna sentía escaso interés por los jardines; prefería disponer sus flores en jarrones. Pero Raisa compartía con su padre la pasión por cavar en la tierra. Durante sus raras estancias en el castillo de la Marca de los Páramos, su padre y ella pasaban horas en un afable silencio, cuidando de los brotes y las semillas.

Con ambos lejos de casa durante los últimos dos años, sin nadie que se ocupara de él, el jardín había crecido demasiado y las plantas más agresivas se habían impuesto a las especies más débiles y delicadas. Había cristales rotos aquí y allá, rellenos con lana o toscamente remendados con parches de tela puestos a toda prisa. Algunas zonas del jardín se habían vuelto tan frías que sólo las plantas locales podían sobrevivir en ellas.

Raisa condujo a Magret hasta la entrada del laberinto. Amon estaría esperando en uno de los pasajes laterales, en un pabellón junto al estanque.

«Supongo que tendremos que encontrar otro lugar donde quedar —pensó Raisa—, ahora que Magret sabe de la existencia de éste».

Aunque siempre cabía la posibilidad de que no fuera capaz de encontrar el camino hasta allí.

Se abrió paso con seguridad por los túneles de follaje, con Magret pisándole los talones como si temiera que de pronto Raisa echara a correr y la dejara allí, extraviada. Las celosías de madera casi habían desaparecido bajo la vegetación en algunos lugares, y en más de una ocasión tuvieron que sortear marañas de ramas.

—La primera vez que os ponéis ese vestido, y lo vais a echar a perder —se quejó Magret, lamiéndose un pinchazo en el dedo y pasando la yema por su falda de satén.

Raisa oyó a Amon antes de verlo. Caminaba de un lado a otro, murmurando algo para sí mismo. Al principio Raisa pensó que estaría refunfuñando porque ella llegaba con retraso, pero al parecer ensayaba una especie de discurso.

—Alteza, permitidme deciros que me siento inmensamente honrado de... ah... lo mucho que me complace que me recuerde... basta. —Sacudió la cabeza con una mueca de disgusto y carraspeó—. Alteza, me quedé atónito... no... sorprendido cuando me hablasteis, y espero que podáis considerar nuestra amistad... ¡por los huesos de Hanalea! —exclamó, dándose una palmada en la frente—. Si es que soy un idiota.

Raisa hizo una señal con la mano para que Magret se quedase donde estaba y avanzó.

—¿Amon?

Él dio un bote, giró en redondo y se llevó la mano automáticamente a la empuñadura de la espada. Luego intentó convertir el gesto en un ademán elegante, extendiendo la mano hacia ella a modo de reverencia.

—Alteza —graznó, poniéndose recto y mirándola—. Tenéis... hum... muy buen aspecto.

Para alivio de Raisa, aún llevaba su uniforme de gala.

—¿Alteza? —Dio unos pasos hacia él con el frufú del satén y la barbilla levantada—. ¿Alteza?

—Bueno —dijo él, ruborizado—, yo... ah...

Ella le cogió las manos y miró al interior de sus ojos grises.

—Huesos, Amon, soy yo, Raisa. ¿Me has llamado alteza alguna vez en la vida?

—Hum —murmuró él, tras reflexionar—. Si no recuerdo mal, en varias ocasiones me hiciste llamarte así —dijo secamente.

Ella se sonrojó.

—¡Jamás he hecho tal cosa!

Él levantó una ceja, una expresión que ella recordaba bien. Siempre la había encontrado de lo más irritante.

—Bueno —admitió—. De acuerdo. Quizás un par de veces.

Él se encogió de hombros.

—Tal vez sea mejor que me vaya acostumbrando a llamarte así —dijo—. Si voy a estar en la corte.

—Supongo —dijo ella. Se quedaron así, las manos entrelazadas, incómodos, durante unos instantes. Hasta que ella fue súbitamente consciente del contacto. El corazón empezó a latirle más deprisa.

—En fin —dijo él—. Tienes... muy buen aspecto —repitió. Parecía incapaz de decidir dónde poner los ojos, lo que hacía que su mirada pareciera un tanto huidiza.

—Y tú estás... muy alto —replicó ella, y retiró bruscamente las manos—. ¿Tienes hambre? Magret te ha traído algo de cenar.

Él se estremeció. Miró en derredor y sólo entonces vio a Magret, que esperaba con expresión enfurruñada junto a un jade antiguo. Volvió a arquear la ceja.

—¿Has traído a Magret contigo? ¿Aquí?

Raisa se encogió de hombros.

—Fue la única forma de que me dejara venir. Es difícil, hoy en día.

—Ah —dijo él, y la miró como si no supiera qué decir—. Bueno, el caso es que tengo hambre —admitió finalmente.

Raisa le hizo una señal a Magret, que dejó la bandeja encima de una mesita de hierro forjado al lado del agua, encendió las antorchas y luego se retiró a un banco lo bastante cercano para que aún pudiera oír lo que estaban diciendo.

—Por favor —le dijo Raisa a Amon—. Siéntate. —Se acomodó en una silla y escogió un pequeño racimo de uvas al que ir dando bocados, aunque aún tenía la cena en el estómago. Se alegró de poder contar con la distracción que suponía la comida, que les permitía centrar la atención en algo que no fuera la presencia del otro.

Amon se quitó con mucho cuidado la chaqueta del uniforme y la colgó en el respaldo de su silla. Debajo llevaba una camisa de lino blanco como la nieve. Se arremangó por encima de los codos, revelando unos brazos musculosos y bronceados.

—Lo siento —dijo, sentándose al fin—. Me he acostumbrado a hacer mi propia colada en la Casa Wien, así que intento mantener los puños de la camisa fuera de la sopa.

Luego atacó con entusiasmo el pan, el queso y la fruta que había reunido Magret, haciéndolos bajar con sidra. En un momento dado levantó la vista y sorprendió a Raisa mirándolo fijamente.

—Lo siento —dijo, limpiándose la boca con una servilleta—. Hoy he cabalgado

un buen trecho, me muero de hambre, y estoy acostumbrado a comer en un cuartel. Es una especie de batalla campal.

A Raisa le entraron ganas de decir que era un alivio hablar con alguien que no intentaba halagarla. Que decía lo que le pasaba por la cabeza. Que no estaba tan pendiente de sus modales que la hacía sentirse torpe y mala conversadora.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Te han destinado a la guardia este verano?

Él asintió con la cabeza, masticó y tragó.

—Y cada verano de ahora en adelante.

—¿Te espera mucho trabajo?

—Sí, mi padre se asegurará de que la Reina les saque provecho a mis pobres huesos. —Puso los ojos en blanco—. Quizá tenga ocasión de verte si me destinan a tu guardia personal. Pero eso es improbable el primer año.

—Oh —dijo Raisa, decepcionada. Había estado sola desde que regresara a la Marca de los Páramos proveniente de la Logia Demonai, y había aguardaba con impaciencia a que llegara el verano para ir a todas partes con Amon. No había contemplado la posibilidad de que él no dispusiera de ningún rato libre—. Esperaba que pudiéramos subir a caballo hasta las Cascadas del Agujero de Fuego otra vez. He oído decir que hay un nuevo géiser que alcanza los quince metros de altura.

—¿De veras? —Amon ladeó la cabeza—. ¿No has ido a verlo?

—Te estaba esperando. ¿Recuerdas aquella vez que fuimos a nadar a los Manantiales del Demonio? —Habían pescado truchas en el Agujero de Fuego y cocinado sus capturas en una de las fisuras de vapor que agrietaban el paisaje.

—Ah. —Parecía incómodo—. Puede que la idea de que salgamos a cabalgar por nuestra cuenta ya no sea del agrado de la Reina.

—¿Por qué no?

—Por varias razones. —Hizo una pausa y, al ver que ella no decía nada, añadió—: Para empezar, es más peligroso de lo que acostumbraba a ser antes.

—No dejan de decírmelo —murmuró Raisa con una mueca de impaciencia.

—Porque es verdad.

—¿Y aparte de eso? —insistió Raisa.

—Soy un soldado, y ya soy mayor de edad. Tú lo serás a mediados de verano. Es diferente. La gente hablará.

Raisa hizo un ruido de disgusto.

—La gente hablará de todas maneras. —Pero sabía que él tenía razón. Después de un incómodo silencio, cambió de tema—: Cuéntame cosas del Vado de Oden.

—Bueno... —Amon reflexionó unos instantes—. El río Tamron atraviesa la Academia. La Casa Wien, que es la escuela de los guerreros, queda a un lado, y Neblaria, la escuela de los hechiceros, al otro. Supongo que pensaron que sería mejor mantener separados a los unos de los otros, al principio.

»Hay cincuenta plebeyos en la Casa Wien cada año. Vienen de todas partes: de Tamron, y de los Páramos, y de Bruinswallow. Algunos de ellos están en guerra con

los demás, pero no se les permite traerla al campus. Existe algo llamado la Paz del Vado de Oden que lo prohíbe. El Vado de Oden es como un pequeño reino por derecho propio. Está en la frontera entre Tamron y Arden, pero no pertenece a ninguno de los dos.

—¿Dónde os alojáis? —preguntó Raisa, quitándose las zapatillas de baile con un par de puntapiés y subiendo los pies por debajo de su vestido ante la mirada desaprobadora de Magret.

—Las clases permanecen juntas hasta que somos competentes —dijo Amon—. Entonces podemos escoger nuestro propio alojamiento. Yo aún estoy en la Casa de la Plebe. El año que viene iré a la Casa del Cadete para pasar dos años allí, y luego podré escoger. Incluso puedo estar con un hechicero si quiero.

—¿Hay más o menos la misma cantidad de chicos que de chicas, en la Casa Wien? —preguntó Raisa con naturalidad.

Él negó con la cabeza.

—Nosotros enviamos chicas desde los Páramos, pero en el sur las cosas son diferentes. Ellos parecen tener unas ideas bastante raras sobre la capacidad de las chicas. Algunos dicen que es debido a la influencia de la Iglesia de Malthus.

—Ah. —Raisa asintió prudentemente, fingiendo entender. En comparación con ella, Amon parecía estar tan informado, tener tanto mundo... ¡y ella era la princesa heredera del reino! ¿No debía estar enterada de esas cosas? La acometió un súbito deseo de ir a alguna parte, la que fuera, para alejarse de los Páramos.

—Así que hay alrededor de tres cuartas partes de chicos, y una cuarta parte de chicas —continuó Amon—. Pero las chicas saben defenderse, no te creas. Ser soldado requiere algo más que mera fuerza bruta, como han tenido ocasión de descubrir algunos de los sureños. —Rió.

—¿Que hacéis, entonces? —preguntó ella—. ¿Trabajo de estar sentado, o instrucción, o qué? —qué pregunta más tonta, pensó mientras lo miraba de soslayo. El trabajo de estar sentado no te permitía desarrollar esos músculos en el pecho y en los brazos.

—Hay trabajos de clase, y trabajos aplicados —dijo Amon, aparentemente complacido por su interés—. Nos adiestramos en estrategia, geografía, equitación, armamento, ese tipo de cosas. Estudiamos grandes batallas de la historia y analizamos los desenlaces. Cuanto más progresas, más clases prácticas recibes. —Se encogió de hombros—. Hoy en día, sólo ir a la escuela y volver de ella es todo un curso práctico.

—¿Por qué lo dices?

—Ya sabes que hay una guerra civil en Arden, con cinco hermanos disputándose el trono. Algunas facciones también están en guerra con Tamron y We'enhaven. Así que si tienes la edad militar en el sur, incluso si sólo estás de paso, corres el riesgo de que te leven para el ejército de alguien. Y la edad militar es un concepto de lo más amplio, créeme: va desde los diez hasta los ochenta años, más o menos.

Echó su asiento hacia atrás, estiró las piernas y se dio un masaje en los muslos, como si le dolieran.

—Además, nunca sabes cuándo estás cruzando alguna línea enemiga o metiéndote de lleno en una batalla. Desertores y bandas de mercenarios que han cambiado de patrón merodean por los campos. Hoy en día la gente ya ni siquiera trata de identificarte antes de atravesarte.

—Mi padre está en Arden —dijo Raisa, estremeciéndose un poco—. ¿Lo sabías?
Amon asintió con la cabeza.

—Papá me lo dijo. —Se calló, mirándola como si deseara poder tragarse lo que acababa de decir—. Estoy seguro de que estará bien. ¿Cuándo va a volver a casa?

Raisa sacudió la cabeza.

—Ni idea. Ojalá estuviese aquí. Me siento... inquieta, ¿sabes? Como si fuera a sucederle algo. —Pensó en lo que había dicho Edon Byrne, cuando habló de la ausencia de leyes que imperaba en el campo y la necesidad de contar con una guardia para algo tan simple como ir de caza. ¿Cuántas cosas más ignoraba?—. ¿Qué crees que deberíamos estar haciendo de otra manera? —preguntó—. Acerca de las guerras, quiero decir.

Él se sonrojó.

—No me corresponde...

—¡Me da igual si te corresponde o no! —Se inclinó hacia él por encima de la mesa—. Quiero saber qué es lo que piensas. Entre nosotros.

Amon la estudió en silencio, como si no estuviera seguro de si creerla o no.

«Cuando sea reina —pensó Raisa sombríamente—, la gente no tendrá miedo de decir lo que piensa».

—¿Entre nosotros?

Raisa asintió con la cabeza.

—Bueno —dijo él, con los ojos grises fijos en ella—. Papá y yo hemos estado hablando. La guerra civil en Arden no va a durar eternamente. Aunque sólo sea porque tarde o temprano se les acabarán los soldados, ¿comprendes? Uno de esos malditos hermanos Montaigne acabará imponiéndose a los demás y, cuando lo haga, va a necesitar dinero. Mirará en dirección norte, sur y oeste buscando nuevos territorios. Papá y yo pensamos que hay cosas que podríamos estar haciendo ahora que ayudarían a protegernos en el futuro.

—¿Como cuáles? —preguntó Raisa.

—Librarnos de los mercenarios —dijo Amon con franqueza—. Siempre están en venta, y los Montaigne son unos auténticos maestros de la traición. Necesitamos un ejército que sea incuestionablemente leal, compuesto por gentes nacidas aquí. Incluso si eso significa que sea más pequeño. De otro modo, podrían derrocar a la Reina antes de que se haya dado cuenta de que tiene problemas.

—Pero... —Raisa se mordió el labio—. ¿De dónde sacaríamos soldados? Corren tiempos difíciles. ¿Quién se ofrecería voluntario?

Amon se encogió de hombros.

—Hay soldados de los Páramos vendiendo sus espadas a Arden —dijo—. Mientras tanto, estamos importando problemas del sur. Dale a la gente una razón para quedarse en el lugar al que pertenece.

—¿Qué razón? —insistió Raisa.

—No lo sé. Algo por lo que luchar, en lo que creer. Una vida decente. —Levantó las manos—. Ni que yo fuera un experto en el tema. No soy más que un plebeyo, pero es lo que piensa mi padre.

—¿Sabes si... el capitán Byrne ha hablado de esto con la Reina? —preguntó Raisa.

Amon apartó la mirada de ella y se bajó las mangas con exagerada atención.

—Lo ha intentado. Pero la reina Marianna tiene montones de consejeros, y papá sólo es el capitán de su guardia.

Raisa tuvo la sensación de que lo que se callaba era tan importante como lo que había dicho.

—¿Y el general Klemath? ¿Qué piensa sobre esto? —preguntó.

—Bueno —dijo Amon, frotándose el puente de la nariz—, él fue quien trajo a los mercenarios para empezar. No es probable que vaya a apoyar un cambio.

—Tenemos magos —dijo Raisa—. Lord Bayar y el resto del gremio. Ellos nos protegerán de los llaneros.

—Cierto —asintió Amon—. Si te puedes fiar de ellos.

—Te has vuelto un cínico en el sur —dijo Raisa, frotándose los ojos y cayendo en la cuenta de que había sido un día muy largo—. No confías en nadie.

—Es la única forma de seguir con vida allá abajo —dijo Amon, mirando el agua.

Raisa reprimió un bostezo.

—Es así como te enfrentas a los pretendientes. No confías en ninguno de ellos.

Amon levantó la cabeza de golpe.

—¿Eso ha empezado ya?

—¿Ya? —Raisa se encogió de hombros—. Pronto cumpliré los dieciséis. Mi madre se casó a los diecisiete años.

Amon pareció consternado.

—Pero no tienes que casarte inmediatamente, ¿verdad? Raisa negó con la cabeza.

—No tengo previsto casarme en el futuro inmediato —declaró rotundamente—. No hasta dentro de muchos años —añadió, al ver que Amon no parecía muy convencido—. Mi madre aún es joven, y todavía gobernará por mucho tiempo —dijo, contenta de poder interpretar el papel de experta por una vez.

—Rai. ¿Tendrás que casarte con un viejo? —preguntó Amon, con esa franqueza tan típica de los Byrne—. No es que yo piense que tu papá... bueno, lo único que estoy diciendo es que él era mucho mayor que la Reina.

—Depende. Podría casarme dentro de la realeza del clan o incluso con algún rey o príncipe de Tamron o Arden. Podría ser un hombre mayor, supongo. Por eso lo

estoy posponiendo todo lo que puedo. —Arrugó la nariz y miró a Magret. Su aya se había quedado profundamente dormida, y ahora roncaba con la boca abierta tumbada en uno de los bancos del parque.

—Bueno —dijo Amon, siguiendo la dirección de la mirada de Raisa—. La hemos perdido. —Se levantó—. Y yo tengo que reincorporarme al servicio en cuanto salga el sol. Con tu permiso, me despediré.

«El pobre apenas puede tenerse en pie», pensó Raisa, con una punzada de culpabilidad.

—Claro —dijo, levantándose también—. Pero, primero, tengo que enseñarte una cosa —añadió, resistiéndose a verlo marchar, como si quisiese negociar alguna nueva clase de tratado—. Existe un pasaje secreto. Es como un atajo. Podemos ir por ahí.

Amon titubeó, frunciendo el ceño.

—¿Adónde va a parar?

—Ya lo verás —dijo Raisa.

Amon giró la cabeza hacia Magret.

—¿Y qué hay de ella? —dijo.

—La dejaremos dormir —dijo Raisa—. Se la ve bastante cómoda.

—Puede que nunca consiga encontrar la salida por sí sola —dijo Amon.

—Prometo que vendré a buscarla por la mañana —dijo Raisa. Descolgó una antorcha y echó a andar entre los muros de follaje; no miró atrás para ver si Amon la seguía, pero tampoco tardó en oír las pisadas de sus botas sobre el camino de grava.

Dieron vueltas y más vueltas hasta que llegaron al centro del laberinto, donde un templo de hierro exquisitamente labrado se alzaba desamparado entre una maraña de viejos rosales y parterres de hierbas aromáticas que habían crecido en exceso. La zarzamora y la wisteria se entrelazaban sobre los emparrados y cubrían el techo, colgando casi hasta el suelo, lo que confería al lugar el aspecto de una gruta viviente o una enramada de enamorados. Incluso Raisa tuvo que agachar la cabeza para entrar.

El suelo estaba cubierto de hojas y ramas. En un extremo, rodeado por un semicírculo de bancos de piedra y espacio para no más de una docena de adoradores, se alzaba un altar dedicado a la Hacedora.

En el otro extremo, una vidriera de colores mostraba a Hanalea en Batalla, la espada desenvainada y el pelo suelto. De día, cuando el sol brillaba a través de ella, la ventana inundaba el suelo de piedra con ríos de color.

Entre las losas que pavimentaban el suelo había una plancha de metal, tallada con rosales silvestres. Raisa se arrodilló y apartó los restos de vegetación con el antebrazo.

—Aquí abajo —dijo, señalando con el dedo—. Tienes que levantarla.

Tras colocar su antorcha en un soporte en la pared, Amon cogió un anillo sujeto a la plancha y tiró, meciéndose hacia atrás sobre los talones. La plancha se levantó con un chirriar de goznes, y por la abertura subió una vaharada de aire que olía a cerrado.

Amon miró a Raisa.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste ahí abajo?

Raisa se encogió de hombros.

—Hará cosa de dos meses. No es fácil, porque siempre hay gente alrededor.

—Mejor bajo primero —dijo Amon, mirándole el vestido con cara de escepticismo—. Cualquiera sabe lo que se ha venido a vivir aquí desde tu última visita.

—Hay una especie de escalerilla a un lado —dijo Raisa amablemente.

Amon le dio la antorcha. Apoyando las manos a cada lado de la abertura, se descolgó por ella hasta que sus pies encontraron los primeros travesaños de la escalerilla de metal. Bajó hasta que su cabeza y sus hombros desaparecieron bajo el nivel del suelo. Llegado a ese punto, se detuvo y extendió la mano hacia arriba. Raisa le pasó una de las antorchas y Amon reanudó el descenso hasta que llegó al suelo, dos pisos más abajo.

Miró hacia arriba, y Raisa pudo ver su cara iluminada por la antorcha. Parecía muy distante.

—Hay que bajar un buen tramo —dijo—. No creo que...

—Tranquilo —dijo ella con más confianza de la que sentía—. Ya he bajado en otras ocasiones.

Sólo que entonces no llevaba zapatillas de baile y un vestido de satén bastante ceñido, podría haber añadido, pero no lo hizo.

—Volvamos por donde hemos venido —sugirió Amon, poniendo el pie en el primer travesaño—. Puedes enseñarme el pasaje en otro momento, cuando vayas... ejem... vestida para la ocasión.

—¿Cuándo vamos a tener otra ocasión? —dijo Raisa obstinadamente—. Te lo he dicho: siempre hay gente alrededor, y tú vas a tener que trabajar cada día.

Sabía que no estaba siendo razonable, pero estaba cansada, y se sentía engañada. A efectos prácticos, se enfrentaba a la perspectiva de otro verano en soledad.

—Voy a subir —le advirtió Amon, cogiendo la escalerilla con ambas manos.

—Voy a bajar —anunció Raisa, dándose la vuelta y buscando el primer travesaño con el pie extendido.

—Espera un momento, ¿vale? —Amon desapareció, pero Raisa pudo oírlo moviéndose allá abajo, y vio la luz de su antorcha reflejándose en las húmedas paredes.

Un instante después reapareció al pie de la escalerilla y alzó la mirada hacia ella, revelando una gran mancha de tierra en el pómulo derecho.

—Todo despejado. Sólo hay unas cuantas ratas. Baja, pero ten cuidado.

Eso era más fácil decirlo que hacerlo. Los travesaños estaban muy separados, difíciles de recorrer para alguien del tamaño de Raisa en mejores circunstancias, casi impracticables en aquel vestido tan ceñido. Sus zapatillas de seda no proporcionaban ningún apoyo sobre los travesaños metálicos. Raisa se subió la falda por encima de las rodillas, sujetándosela con una mano y agarrándose a la escalerilla con la otra,

mientras se preguntaba qué clase de espectáculo le estaría ofreciendo a Amon allí abajo.

Iba por la mitad del descenso cuando la mano con que se agarraba al resbaladizo metal de la escalerilla perdió presa, y manoteó el aire antes de precipitarse con un grito al vacío.

Aterrizó con un golpe sordo en los brazos de Amon. Él dio unos cuantos pasos tambaleantes hacia atrás, y por un momento Raisa pensó que ambos terminarían en el suelo, pero Amon recuperó el equilibrio y apoyó la espalda en la pared, respirando con jadeos entrecortados mientras la estrechaba contra la lana húmeda de la chaqueta de su uniforme. Raisa podía oír el golpeteo de su corazón junto a su oído.

—¡Por los huesos de Hanalea! —blasfemó él, su cara a unos centímetros de la de ella, sus ojos grises oscuros y tempestuosos como el Indio en invierno, sus facciones blancas como la tiza—. ¿Te has vuelto loca, Raisa? ¿Quieres matarte?

—Claro que no —dijo ella con rabia, irritada por el miedo—. Sólo he resbalado. Bájame.

Pero él parecía decidido a aprovechar que la tenía tan cerca para sermonearla a gusto.

—Nunca escuchas. Siempre tienes que salirte con la tuya, incluso si eso supone romperte el maldito cuello.

—No siempre tengo que salirme con la mía.

—¿No? ¿Qué me dices de la vez en que decidiste que tenías que cabalgar encima de ese corcel de las llanuras? ¿Cómo se llamaba? ¿*Deseo de muerte*? ¿*Engendro del diablo*? Tuviste que subirte a la cerca para montarlo, y su grupa era tan ancha que las piernas te quedaban extendidas hacia los lados, pero estabas empeñada que no había manera de persuadirte. —Resopló—. Fue la galopada más corta de la historia.

Raisa había olvidado la irritante costumbre que tenía Amon de repetir viejas historias que ella hubiese preferido olvidar. Se debatió y pataleó, tratando de liberarse. Decididamente, él era mucho más fuerte que antes. Aun siendo más menuda, Raisa solía poder plantarle cara con la fuerza de su personalidad, a falta de otra cosa.

—Y nunca te paras a pensar en las consecuencias —dijo Amon—. Si te partes la cabeza y yo estoy implicado de algún modo, cuando mi padre haya acabado conmigo no quedará ni un trocito para los cuervos.

—¿Qué le ha pasado al «Si tenéis la bondad, alteza» y el «Con vuestro permiso, alteza»? —quiso saber Raisa—. Por última vez, bájame ahora mismo o llamo a la guardia.

Lo que era ridículo, pensó.

Amon parpadeó, y Raisa no pudo evitar fijarse en que tenía unas pestañas realmente espesas que daban sombra al gris de sus ojos. Con mucho cuidado, la bajó al suelo y dio un paso atrás.

—Os pido disculpas, alteza —dijo, el rostro súbitamente rígido e inexpresivo—.

¿Me voy, entonces?

En un abrir y cerrar de ojos, el enfado de Raisa se disipó, sustituido por el remordimiento. Le ardían las mejillas. ¿Cómo podían ser amigos si ella no podía decidir quién quería ser, si recurría continuamente a los privilegios de su rango?

—Lo siento —murmuró, poniéndole la mano en el brazo—. Gracias por salvarme la vida.

Él siguió mirando hacia delante.

—Era mi deber, alteza, como miembro de la guardia de la Reina.

—¿Quieres parar de una vez? —dijo Raisa con desesperación—. He dicho que lo sentía.

—No hace falta que os disculpéis, alteza —dijo Amon, bajando la mirada hacia la mano que ella tenía puesta sobre su manga—. Y ahora, si no hay nada más...

—Por favor, Amon, no te vayas —dijo Raisa, apartando la mano del brazo de él mientras bajaba la vista hacia sus zapatillas de baile echadas a perder—. Realmente me iría muy bien tener un amigo, aunque no me lo merezca. —Carraspeó—. ¿Lo crees posible?

Hubo un largo silencio. Después, Amon puso dos dedos bajo la barbilla de Raisa y ella levantó la cabeza y lo miró, y el movimiento hizo que las lágrimas corrieran por su rostro. Él se había inclinado hacia ella y su cara estaba muy cerca de la suya, y antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba haciendo, Raisa le echó los brazos al cuello y lo besó en los labios.

Quizás él también estaba pensando en besarla, porque le puso las manos en la cintura y la levantó, apretándola contra él hasta que los pies de Raisa casi dejaron de tocar el suelo. Amon le devolvió el beso con sorprendente habilidad y pasión. Sus labios estaban un poco ásperos y quemados por el viento, pero de una forma agradable, y Raisa no tenía ningunas ganas de parar cuando él puso punto final al beso y retrocedió, sus ojos grises llenos de alarma.

—Lo siento, alteza —dijo con voz entrecortada, enrojeciendo mientras levantaba las manos con las palmas vueltas hacia ella—. Perdonadme. Yo... no pretendía...

—Llámame Raisa —dijo ella, volviendo a avanzar hacia él con las manos extendidas, porque tenía muy claro que aún no había acabado con aquello.

—Por favor... Raisa. —Amon la cogió de los hombros, manteniéndola a distancia con los brazos—. No sé qué me ha... no podemos hacer esto.

Raisa parpadeó.

—Sólo es un beso —dijo, dolida.

—Nunca debería haber sucedido. Soy un soldado, y estoy en la guardia de la Reina. Si mi padre...

—Oh, olvídate de tu padre —gruñó Raisa—. No tiene por qué enterarse de todo.

—Mi padre sabe cosas. No sé cómo lo hace. Y seguro que se enteraría. —Amon rebuscó torpemente dentro de su bolsillo, sacó un pañuelo y se lo tendió.

Raisa supo que ya no iba a haber más besos, al menos por el momento.

—Cuando te vi en la cena, parecías una princesa —dijo él, apartando cortésmente los ojos de su rostro humedecido por las lágrimas—. Quiero decir que, bueno, siempre lo supe, pero parecías diferente a como te recordaba. Así, como... remota. No lo que me esperaba.

—Tú también parecías diferente —dijo Raisa, secándose los ojos—. Ni siquiera te reconocí hasta que madre pronunció tu nombre. —Se las arregló para esbozar una sonrisa humedecida por las lágrimas—. Eres... eres muy guapo, ¿sabes? Debes de tener un montón de novias. —No pudo evitar pensar que tenía que haber practicado un poco lo de besar desde la última vez que lo había visto.

Él se encogió de hombros, como si se sintiera un poco violento.

—No hay mucho tiempo para echarse novias en el Vado de Oden —dijo.

—Magret dice que me han mimado demasiado y soy una chica malcriada. Mi madre dice que soy muy terca. Yo intento hacer las cosas a mi manera, pero creo que es porque nunca conseguiré salirme con la mía en nada que importe. —Alzó la mirada hacia él—. No podré escoger dónde vivo o con quién me caso, ni siquiera a mis amistades. Mi tiempo nunca me pertenecerá. —Se sonó, sintiéndolo por el pañuelo de Amon—. Tampoco es que no quiera ser reina, porque quiero serlo. Supongo que lo que pasa es que no quiero ser mi madre.

—Entonces no lo seas —dijo Amon, como si fuera lo más sencillo del mundo.

—Pero a la mayoría de las chicas les encantaría ser ella —dijo Raisa, mirando a su alrededor con sentimiento de culpa, como si alguien pudiera oírlos en el húmedo túnel—. Y no sé cómo ser otra cosa. No quiero estar a merced de los consejeros. Pero ¿cómo te enteras de las cosas? Todo lo que no sea tocar el laúd o bordar, quiero decir. Al menos sé montar y apañármelas en los bosques, y disparar flechas gracias al tiempo que pasé en el clan Demonai. Mi padre ya casi había hecho de mí una comerciante. Pero hace falta algo más que eso para ser una buena reina.

—Bueno, yo no soy ningún erudito —dijo Amon, apoyándose en la pared, como si estuviera más tranquilo ahora que tenía claro que Raisa no volvería a echarse encima—, pero hay gente en la Marca de los Páramos que sabe cosas. Los oradores y los custodios del Templo, por ejemplo. Hay una biblioteca inmensa allí.

—Supongo —dijo Raisa—. Pero es que cuesta tanto ir hasta allí... A veces desearía ser invisible. —Fruunció los labios en una mueca de irritación—. Ni siquiera sé qué está pasando en el mundo. Los consejeros de mi madre le dicen lo que ella quiere oír o van a lo suyo.

—¿Quién está siendo cínica ahora? —dijo Amon—. Quizá necesitas encontrar unos ojos y unos oídos honestos. —Bostezó y se frotó los ojos.

—¡Oh! —dijo Raisa, acongojada—. Has dicho que tenías que levantarte temprano. —A la media hora de haber hecho propósito de reformarse, seguía siendo tan egocéntrica y poco considerada como siempre. Trató de hacer como que no oía la voz dentro de su cabeza que decía: «Eso es lo que hacen las reinas».

»Venga, vamos. —Cogió una de las antorchas y empezó a andar por el túnel,

intentando ignorar los ruidos de las ratas y los reflejos de la llama en los ojos de las criaturas que la observaban desde lo alto en las imperfecciones de la pared y se dispersaban ante ella con cada giro del pasaje.

Con sus largas piernas, a Amon no le costó nada seguirla.

—¿De dónde salió este pasaje? —preguntó—. ¿Y quién más sabe de su existencia?

Raisa apartó una telaraña.

—Lo descubrí al volver de la logia del clan Demonai —dijo—. Es muy antiguo. No sé quién lo hizo, y no creo que nadie más sepa que existe. Tú eres el único al que le he hablado de él.

Llegaron por fin a la cámara de piedra casi circular que marcaba el fin del trayecto.

—Ya estamos —dijo Raisa, recorriendo el panel y apartando el armario que había colocado frente a la entrada.

—¿Dónde estamos? —preguntó Amon, perplejo.

—Ya lo verás —dijo Raisa, avanzando cautelosamente por un campo minado de zapatos y botas, mientras hacía a un lado percheros llenos de vestidos de encaje, temerosa de prenderles fuego con la llama de su antorcha.

Su dormitorio estaba frío y oscuro, con el fuego agonizando en el hogar y su camisón todavía extendido sobre la cama.

Amon salió de detrás del armario y echó un vistazo al lugar. Tenía los ojos muy abiertos y parecía un poco asustado.

—Raisa... ¿esto es tu dormitorio?

—Sí —dijo Raisa como si la cosa no tuviera mayor importancia. Fue hasta el hogar y avivó el fuego con el atizador, echando otro leño.

—Sangre del demonio —maldijo Amon—. ¿Hay un pasaje secreto entre los muros que conduce a tu dormitorio? ¿Eso no te preocupa?

Ella lo miró.

—No. ¿Por qué debería preocuparme? —A decir verdad, nunca la había preocupado. Sólo había pensado en lo conveniente que era contar con un medio de ir y venir sin tener que pasar por delante de todo el mundo en los concurridos pasillos del palacio.

—Alguien hizo esto —dijo Amon—. Y no sabemos quién más conoce su existencia.

—Este apartamento ha permanecido cerrado durante cien años —dijo Raisa—. Tal vez mil. Tendrías que haber visto el aspecto que tenía antes de que lo limpiáramos. Alguien lo hizo, pero quienquiera que fuese llevará mucho tiempo muerto.

Amon estaba examinando el panel corredero, pasando las manos sobre las molduras de madera que lo rodeaban.

—Deberías hacerlo tapiar, Raisa. Cerrarlo permanentemente.

—Te preocupas demasiado —dijo Raisa—. Llevo tres meses aquí y ningún monstruo ha venido a través de él.

—Lo digo en serio. Voy a hablar de esto con mi padre.

—No lo harás —dijo Raisa—. Prometiste que no se lo dirías a nadie. Él ladeó la cabeza, frunciendo el ceño.

—No recuerdo haber prometido nada.

—De todos modos —continuó ella—, veré si hay alguna manera de ponerle una cerradura. Eso debería bastar. —Fue hacia la pequeña alacena, súbitamente remisa a verlo partir—. ¿Quieres comer algo más?

Él dijo que no con la cabeza. Sonrió con tristeza.

—Es mejor que me vaya. No creo que sea bueno que alguien me encuentre aquí.

Raisa sacudió la cabeza.

—Supongo que no —dijo. Se sentía presa de emociones contradictorias, totalmente confusa. Por una parte, lamentaba haber perdido al Amon que conoció en la infancia, una amistad que nunca sería la misma. Por otra, sentía un escalofrío de posibilidad, una ansiosa fascinación ante aquel nuevo Amon y todo lo que él pudiera decir o hacer.

Lo acompañó hasta la puerta y salieron al pasillo.

—Gracias por la cena —dijo él—. Estaba harto de la comida sureña. —Hizo una pausa y carraspeó—. No te olvides de lo del túnel.

—Siento haberte tenido levantado hasta tan tarde —dijo Raisa, sin comprometerse a nada—. Pero me alegro mucho de que estés en casa. —Se agarró de su brazo para no trastabillar, se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

—Así que aquí es donde has estado toda la velada —dijo alguien en una voz tan fría como el beso de un demonio.

Raisa se apartó de Amon y se volvió, sabiendo mientras lo hacía que era justo lo que no hubiese debido hacer, el tipo de reacción que se espera de una persona culpable.

Era Micah Bayar, emitiendo el tenue resplandor que indicaba que tenía un don y un fuerte olor a vino que sugería que había estado bebiendo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Raisa, consciente de que la mejor defensa es un ataque—. ¿Merodeando a escondidas por la torre de la Reina en plena noche?

—Yo podría hacerle la misma pregunta a este soldado —dijo Micah—. Parece... fuera de lugar.

—Su alteza me pidió que la acompañara de regreso a sus aposentos —dijo Amon—. Estaba a punto de marcharme.

—Eso ya lo veo —dijo Micah—. Pensaba que te dolía la cabeza —le dijo a Raisa.

—Y me dolía —replicó ella. Se volvió hacia Amon—. Buenas noches y gracias, cabo Byrne.

Giró sobre los talones para entrar en su habitación, pero el brazo de Micah se estiró hacia ella como una serpiente que ataca. La cogió del brazo y tiró de ella,

haciéndole daño con el poder desatado del apretón.

—Espera —dijo—. No tengas tanta prisa. Necesito entender una cosa.

Raisa se volvió y saltó hacia arriba, clavando la rodilla en el punto de la anatomía de Micah donde sabía que iba a tener mayor efectividad, al tiempo que le clavaba unos dedos rígidos en el cuello. Micah dejó escapar un jadeo ahogado y la soltó, retrocediendo hasta chocar con la pared.

—Con ésta ya van dos veces hoy —dijo Raisa furiosa—. Como me salvaste la vida esta tarde, pasé por alto la primera. Pero hasta ahí podíamos llegar. —Miró alrededor en busca de un arma, pero la espada de Amon ya estaba en su mano con la punta dirigida hacia Micah.

—Sul'Bayar —dijo Amon—. No te atrevas a poner las manos sobre la princesa heredera, ¿entendido?

—Tú tenías las tuyas sobre ella, sucio hijo de una espada en venta...

—No tocas a la princesa heredera sin permiso —terció Raisa. Amon la miró con el ceño fruncido y sacudió la cabeza.

—Alteza, sugiero que os retiréis y me permitáis ocuparme de esto. —Estaba muy cerca de ser una orden—. Bayar se encuentra un poco alterado, nada más. Es tarde y todos estamos cansados. Ahora lo acompañaré de regreso a sus aposentos, ¿de acuerdo?

Raisa tragó saliva y retrocedió hacia el refugio de la entrada de su suite. Amon plantó una mano sobre el hombro de Micah y lo empujó pasillo abajo. Pero la mirada incendiaria que Micah le lanzó a Raisa por encima del hombro insinuaba que aquello no acabaría ahí.

Lecciones que aprender

—¡Mari, o te pones en marcha de una vez o llegaremos tarde! —Han podía oír el clamor de las campanas del Templo que resonaba por la ciudad, indicando la media hora—. Y pásate un peine por el pelo, ¿quieres? Parece un nido de ratas.

—Pero es que no quiero ir a la escuela —protestó Mari mientras se ataba los cordones de los zapatos—. ¿No podemos ir a ver a Lucius? Me está enseñando a pescar.

—Está lloviendo. Además, a mamá no le gusta que visites a Lucius —dijo Han—. Piensa que es una mala influencia.

—A mamá no le gusta que tú visites a Lucius —replicó Mari mientras batallaba con las greñas de su pelo—. Y bien que sigues yendo.

—Cuando tengas mi edad, podrás hacer enfadar a mamá por ti misma —dijo Han, pensando que Mari era demasiado inteligente. Además tenía una lengua muy larga y, como él sabía muy bien por propia experiencia, eso siempre acababa metiéndote en líos.

Le quitó el peine de la mano y lo utilizó en combinación con sus dedos para poner algo de orden en su pelo.

—Mamá no lo sabría de todos modos —insistió Mari, torciendo el gesto y diciendo «Ay» cuando él le tiró del pelo—. No volverá del castillo hasta tarde.

—Olvídalo, Mari —dijo Han, decidido a mostrarse inflexible—. Si no sabes leer y escribir y hacer cuentas, te timarán todos los días de tu vida. Además, ¿cómo vas a aprender otras cosas?

—Mamá no sabe leer ni escribir y trabaja para la Reina —arguyó Mari.

—Por eso quiere que vayas a la escuela —dijo Han.

Su madre había encontrado trabajo en la lavandería del castillo de la Marca de los Páramos. Era un sueldo seguro, pero tenía que salir de casa mucho antes del amanecer y cruzar la ciudad a través de múltiples puentes. Nunca llegaba a casa antes de que hubiera oscurecido, así que Han y Mari tenían que hacerse la cena. Pero al menos había cena.

Han humedeció un trapo en la palangana y se lo pasó a su hermana por la cara para que los oradores y custodios del Templo no pensaran que nadie cuidaba de ella. No podía hacer gran cosa con su ropa, pero Mari no era la única que se surtía de las prendas que encontraba en la basura.

—Vamos.

Las estrechas callejuelas del Mercado de los Harapos aún estaban sumidas en la oscuridad. Había llovido con fuerza toda la noche, tanto que Han se había despertado

con el agua que le caía en la cara desde una de las goteras del techo. Había charcos por todas partes y las cloacas estaban llenas a rebosar, pero ahora el aguacero se había convertido en una molesta llovizna. Han metió a Mari bajo el refugio de su demasiado holgado abrigo, y avanzaron dando traspiés como un animal de cuatro patas mal parido.

—No entiendo por qué tienen que empezar tan temprano —dijo Mari—. Disponen de todo el día para darnos clases.

Han la apartó del camino de un carro del pan cuyo paso, no obstante, los mojó hasta las rodillas con agua fangosa.

—Porque así «los aprendices pueden instruirse y llegar a tiempo al trabajo» —dijo.

El Templo del Puente del Sur señalaba el otro extremo del Puente del Mercado. Han había pensado a menudo que quienquiera que había construido el castillo de la Marca de los Páramos seguramente había participado, también, en la edificación del Templo del Puente del Sur. Sus torres eran como inmensas agujas que perforaban el cielo y te recordaban que había un mundo más allá del Mercado de los Harapos y el Puente del Sur, incluso si no podías llegar hasta él.

La fachada de piedra que circundaba las puertas estaba esculpida con hojas, flores y enredaderas. Las gárgolas se asomaban al vacío desde cada lado del edificio, y todos los desagües estaban rematados en criaturas fantásticas que tenían que haberse extinguido durante el Quebrantamiento, porque nunca las veías en la actualidad.

El recinto del Templo contenía bibliotecas y dormitorios para los consagrados, así como jardines y cocinas. Pero no era ningún claustro, pues acogía con los brazos abiertos a los ciudadanos de los barrios circundantes, alimentando sus mentes junto con sus cuerpos.

Cualquiera podía entrar en los edificios del Templo y ver las obras de arte acumuladas a lo largo de más de mil siglos, pinturas y esculturas y tapices con unos colores tan intensos que parecían vibrar.

Han y Mari entraron por la puerta lateral cuando las grandes campanas empezaron a dar la hora desde lo alto. Se sacudieron como un par de perros mojados, esparciendo gotitas sobre el suelo de pizarra del vestíbulo.

Las clases se celebraban en una de las capillas laterales. Cuando entraron, el orador Jemson estaba en el podio, hojeando sus notas. Detrás de él había una hilera de caballetes, que sostenían cuadros traídos de las colecciones del Templo que servirían para ilustrar su disertación.

Su docena de estudiantes se movía inquieta sobre cojines traídos de los bancos del santuario. Era un grupo variopinto, formado por chicos y chicas cuyas edades iban desde los siete años de Mari hasta los diecisiete. Algunos vestían según su oficio, lo que significaba que irían a sus trabajos después de clase.

Jemson, pensó Han. Así que la cosa iría de historia.

—Historia —murmuró Mari, como si le hubiera leído la mente—. ¿Por qué

necesitamos saber qué sucedió cuando ni siquiera habíamos nacido?

—Porque es de esperar que así llegaremos a ser más inteligentes y no cometeremos los errores del pasado —dijo Han, sonriéndole a Jemson. Era una de las frases favoritas de Jemson, y sabía que a su antiguo maestro le haría ilusión oírla de sus labios.

—¡Hanson Alister! —dijo Jemson, rodeando su escritorio para ir hacia ellos, la toga que llevaba agitándose alrededor de sus delgadas piernas—. Ha pasado mucho tiempo. ¿A qué debo el honor?

—Bueno, yo, esto... —balbuceó Han, perfectamente consciente de que Mari estaba mirando—. De hecho, no pensaba quedarme. Tengo que hacer una cosa y...

—Piensa que ya es lo bastante inteligente —dijo Mari, mordisqueándose una uña.

—No es eso —dijo Han—. Lo que pasa es que ahora estoy trabajando y...

—Lástima —lo cortó Jemson—. Hablaremos del Quebrantamiento y de cómo se ha representado en el arte a través de las eras. Un tema fascinante.

Jemson pensaba que todo era fascinante. Era un poco contagioso.

Sólo que esta vez Han tenía sus propias razones para estar interesado en el Quebrantamiento. La historia que contó Lucius todavía revoloteaba en su cabeza, encendiendo pequeños incendios dondequiera que se posase. Y, enterrado bajo la fragua, en el patio, había algo que podía ser un fragmento de esa historia. Han quería una reafirmación de lo que él sabía era cierto.

Excepto que...

—El caso es que tengo cosas que hacer en el Puente del Sur y no quería llevar conmigo a Mari —dijo—. Así que pensé que iría mientras ella está en clase.

Jemson lo miró. Sin duda había visto su ojo morado y su pómulo hinchado, pero no sintió la necesidad de mencionarlos. Era una de las cosas que le gustaban de él.

—Comprendo. Bueno, la mayoría de los negocios en el Puente del Sur no abren tan temprano, de todos modos —dijo el orador en un tono muy seco.

Efectivamente. Han confiaba en que los sureños aún estarían durmiendo. Al menos parecía menos probable que fuera a tropezarse con ellos a esa hora del día.

«Antes nunca ponías tanto empeño en evitar los problemas —pensó—. Más bien los buscabas».

—Te diré lo que haremos —dijo Jemson, con su habitual persistencia—. Siéntate en la clase, y luego Mari puede quedarse con los custodios en la biblioteca mientras tú vas a ocuparte de esos asuntos tuyos. —Hizo una pausa, y entonces no pudo resistir la tentación de añadir—: Tendrás cuidado, ¿verdad? Por el bien de Mari, si no por el tuyo.

—Siempre tengo cuidado —dijo Han, mirando a Mari—. Y supongo que puedo quedarme un rato más. —Tampoco era como si ya estuviese demasiado crecido para asistir a la escuela del templo. Después de todo, había chicos mayores que él en la clase.

—Excelente. Magnífico. —Jemson adoptó su cara de profesor y se volvió hacia el

resto de la clase—. Ayer examinamos los acontecimientos que dieron lugar al Quebrantamiento. Hoy hablaremos de algunos de sus protagonistas. ¿Quién puede nombrar a uno de ellos?

—Bueno, estuvo la reina Hanalea —se atrevió a decir una niña.

—¡Bravo, Hannah! —dijo Jemson, como si la niña acabara de mostrarles cómo convertir el estiércol en oro—. Estuvo la reina Hanalea, por la que damos gracias al Creador cada día.

Le dio la vuelta a uno de los caballetes para revelar un cuadro que Han reconoció inmediatamente como *Hanalea Bendiciendo a los Niños*. En él, la reina legendaria parecía tener trece o catorce años. Estaba sentada al arpa, vestida toda de blanco como una consagrada, su rutilante cabellera recogida en una amplia trenza, su tez de un rosa cremoso, como porcelana rosada. Parecía una de esas muñecas caras de los escaparates de las tiendas en el Camino de las Reinas. Ésas por las que tanto suspiraba Mari y que nunca tendría.

En el cuadro, Hanalea extendía las manos hacia un grupo de niños a los que sonreía benévola, y el resplandor de su cutis iluminaba las caritas extasiadas que los niños levantaban hacia ella.

—He aquí a Hanalea cuando era joven, antes de los terribles acontecimientos que hemos...

—Perdone, orador Jemson —dijo Han—. El pintor... ¿era alguien que conocía a Hanalea?

Jemson parpadeó, interrumpido a mitad de la frase.

—¿Cómo dices?

—¿Cuándo fue pintado ese cuadro? —preguntó Han—. ¿Representa una escena de la vida real o sólo es la idea de alguien del aspecto que tenía Hanalea?

Jemson sonrió.

—Señor Alister, hemos echado de menos su presencia en las clases. Este cuadro fue pintado por Cedwyn Mallyson en el Nuevo Año 505. ¿Qué nos dice eso?

Un chico muy serio que llevaba una chaqueta vieja y manguitos de oficinista dijo:

—Que fue pintado más de quinientos años después del Quebrantamiento. Así que quien lo pintó no pudo haberla conocido.

—¿Así que es posible que tuviera un aspecto completamente distinto? —dijo Han.

Jemson asintió con la cabeza.

—Es posible. ¿Cuáles son las implicaciones de eso?

La pregunta condujo a un análisis de lo que Jemson llamó «el contexto social»: cómo la religión y la política influían sobre el arte, y éste a su vez sobre la opinión pública. El entusiasmo de Jemson se contagió a algunos de los estudiantes de menor edad, que parecían estar atónitos y entusiasmados al mismo tiempo.

—Puesto que Hanalea descendía del clan, ¿cuáles son las probabilidades de que fuera rubia y de ojos azules? —preguntó Jemson—. Parece más probable que tuviera

el pelo negro y la piel más oscura.

—¿Existe algún cuadro de Hanalea que fuera pintado por alguien que llegó a conocerla, señor? —preguntó Han.

—No lo sé —dijo Jemson—. Podría haberlo, aquí mismo en los archivos. ¿Por qué no indagamos al respecto, y luego se lo cuentas a la clase?

Jemson era así, siempre dispuesto a enredarte en proyectos que exigían pasar mucho tiempo en la biblioteca; que te obligarían a volver a la clase otro día.

—Bueno. Quizá —dijo Han.

Jemson asintió, consciente de hasta dónde podía llegar.

—Así que tenemos a nuestra Hanalea, tal como se la representa en la historia y en el arte. ¿Quién más desempeñó algún papel en la época?

—El Rey Demonio —dijo Mari, con un escalofrío que hizo que le temblara la voz. Varios estudiantes hicieron el signo de la Hacedora, para conjurar el mal.

—Sí, ya lo creo. Tenemos al Rey Demonio, quien sin ayuda de nadie cambió el curso del mundo cuando estuvo a punto de destruirlo. —Con una floritura, Jemson dio la vuelta a otro caballete para mostrar otro cuadro. Si Han recordaba correctamente, éste llevaba por título *El Rey Demonio presa de la locura*. Pintado en chillones tonos rotos y púrpuras, mostraba a una figura encapuchada sobre un fondo de llamas. Tenía los brazos levantados y sus ojos de fanático brillaban en la sombra de la capucha, el único elemento de su cara que era visible. Pero lo que atrajo la mirada de Han fue la esquelética mano derecha del demonio, que sostenía en alto un reluciente amuleto verde. Unas serpientes se enroscaban alrededor de un báculo. Han sintió que le daba un vuelco el estómago.

—Algunos dicen que llevaba la sangre del mismísimo Quebrantador —estaba diciendo Jemson—. Otros que fue seducido por el Mal, que el poder asociado a la Magia Oscura acabó subiéndosele a la cabeza. Lo que nadie pone en duda es que tenía un enorme don.

—¿Qué es eso que tiene en la mano? —preguntó Han.

Jemson miró el cuadro.

—Es un amuleto que aparece a menudo en los cuadros del Rey Demonio. Algunos dicen que lo obtuvo del mismo Quebrantador. Se cree que permite establecer una conexión directa con la Magia Oscura.

—¿Qué fue de él? —preguntó Han—. ¿Dónde está ahora?

Jemson se volvió hacia él y lo miró con el ceño fruncido, como intentando analizar la fuente de aquel fuego graneado de preguntas.

—No tengo ni idea. Probablemente fue destruido inmediatamente después del Quebrantamiento. En cualquier caso, ha desaparecido de los anales de la historia.

—¿Cuándo se pintó este cuadro? —preguntó Han—. ¿Y de quién es?

Jemson se inclinó sobre el cuadro y examinó la plaquita de latón que había en su base.

—El artista fue Mandrágora Bayar, y lo pintó en el NA 593. —Miró con los ojos

entrecerrados las pequeñas letras grabadas—. Es una donación de la familia Bayar.

—¿Bayar? —dijo Han, sintiendo que el corazón le latía a trompicones—. Pero ¿cómo iba a saber el artista qué aspecto tenía el amuleto, si pintó el cuadro tanto tiempo después de su destrucción? —Los otros estudiantes se lo quedaron mirando, pero a él le dio igual.

Jemson se encogió de hombros.

—Es un elemento habitual en los cuadros del Rey Demonio. Imagino que fue copiado de una obra anterior.

«Quizá —pensó Han—. O quizás el propio objeto sirvió de modelo».

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Han.

—¿Quién? —preguntó Jemson frunciendo el ceño.

—El Rey Demonio. ¿Tenía algún otro nombre? De antes, quiero decir —insistió Han.

—Bueno, sí —dijo Jemson, todavía con cara de no entender nada—. Se llamaba Alger Aguabaja.

Para Han, el Templo del Puente del Sur era un santuario en todos los sentidos del término. Era un punto de apoyo en territorio enemigo, un refugio de las calles cuando necesitaba uno. Así que con una cierta inquietud abandonó la seguridad de sus uros y se aventuró en el Puente del Sur, su primera visita desde confrontación con los sureños en el callejón del Ladrillero.

Mari suplicó que la dejara ir con él. Todo lo que hacía su hermano mayor parecía fascinarla, sin importar que fuera aburrido peligroso, o exigiera frecuentar malas compañías. Antes de dejarla en la biblioteca, Han le arrancó la promesa de que no se movería de allí. Lo último que necesitaba era tener que registrar el Puente del Sur para encontrarla.

Evitó el callejón del Ladrillero, por si acaso, y siguió el río hacia el oeste desde el puente, envuelto en una pestilencia que le hizo arrugar la nariz. Si los sureños lo seguían, pensó, siempre podía saltar al Dyrnne. Nadie que apreciara en algo su vida lo seguiría al interior de aquella sentina. El río de aguas prístinas que emergía de las Espíritus se convertía en una cloaca a cielo abierto en la Marca de los Páramos. Era una espina que los clanes tenían clavada, puesto que para ellos el río era sagrado.

Las calles estaban extrañamente silenciosas, incluso para esa ora del día, y la guardia de la Reina estaba inusitadamente visible. Han esquivó a varias patrullas de chaquetas azules y tuvo que ajustar continuamente su ruta para evitar a grupos de soldados en las esquinas. Culpable o no, en el Puente del Sur rehuías a la guardia. Era una tradición transmitida de generación en generación.

Cuando llegó a El Barril y la Corona era casi mediodía. Debería haber estado lleno de gente almorzando, pero sólo alrededor de la mitad de las mesas se hallaban ocupadas. Matieu estaba e pie en la barra, cortando con expresión lúgubre enormes

lonjas de una pierna de cordero.

—Eh, Matieu —dijo Han—. Vengo por las botellas vacías.

Matieu se quedó paralizado y lo miró como si estuviera viendo a un demonio. Metió el cuchillo en el bolsillo de su delantal, cogió las botellas de detrás de la barra y las puso encima, in apartar los ojos de Han ni un solo segundo.

—¿Qué pasa? —preguntó Han, metiendo las botellas en su mochila—. Fuera todo está muy raro. Las calles están desiertas salvo por la guardia, y los hay a montones.

—¿No te has enterado? —murmuró Matieu, mirándolo con los ojos entornados.

Han negó con la cabeza.

—¿De qué?

—Media docena de sureños la palmaron anoche —dijo Matieu, volviendo a sacar su cuchillo—. Y eso es mucho, incluso para este barrio. Los cuerpos estaban esparcidos por todo el muelle. Así que la gente está nerviosa, piensa que han vuelto a empezar las guerras de bandas.

—¿Cómo fue? —preguntó Han, mirándolo.

—Ésa es la parte más extraña —dijo Matieu—. No los liquidaron a palos ni a cuchilladas. Parecía como si los hubieran torturado y luego les hubieran dado garrote.

—A lo mejor fue alguien que andaba buscando su alijo —dijo Han, intentando imprimir a sus palabras un tono despreocupado, aunque le costó lo suyo porque tenía la boca seca.

—A lo mejor. —Matieu señaló a Han con el cuchillo, la curiosidad batallando con la cautela en su rostro—. Pensé que tal vez sabrías algo al respecto.

—¿Yo? —murmuró Han mientras cerraba su mochila—. ¿Qué quieres que sepa yo de eso?

—Todo el mundo sabe que vas con los harapientos. Y todo el mundo sabe que los sureños te dieron una buena somanta el otro día. Me suena a venganza.

—Bueno, de todas las... Mira, estáis muy equivocados —dijo Han—. Ya no frecuento esas compañías.

—Claro, claro —dijo Matieu—. Tú sólo recuerda una cosa: no quiero problemas.

Han se echó la mochila al hombro.

—Yo tampoco, te lo aseguro.

Pero los problemas sabían cómo dar con él. Al salir de El Barril y la Corona, Han apenas tuvo tiempo de darse cuenta de que volvía a llover cuando alguien lo cogió por el cuello del abrigo y lo estampó contra la pared de piedra de la taberna.

«¡Malditos sureños!», pensó Han. Se debatió y dio patadas, tratando de acertarle a un blanco en movimiento, convencido de que en cualquier momento sentiría deslizarse un cuchillo por las costillas. Pero su captor lo mantuvo atrapado contra la pared con una mano mientras le arrancaba la mochila del hombro con la otra. Las botellas tintinearón cuando la arrojó a un lado. Después lo cacheó groseramente con una mano, descargándolo de sus varios cuchillos. Y de su bolsa de monedas.

Finalmente, su atacante le dio la vuelta y volvió a estamparlo contra la pared,

ahora de espaldas a ella. Han se encontró delante de un rostro familiar, cetrino y de aspecto enfermizo, cuyos labios, delgados y crueles, dejaban entrever unos dientes medio podridos. El aliento le olía increíblemente mal.

Era su vieja Némesis, Mac Gillen, sargento en la guardia de la Reina. Y detrás de él, media docena de chaquetas azules más.

—¡Eh! Devuélvame mi bolsa —dijo Han en voz alta, pensando que era mejor sacar el tema lo antes posible y seguir insistiendo en él.

Gillen le pegó en el estómago, con fuerza, y Han expulsó violentamente el aire de los pulmones.

—Bueno, Pulseras, esta vez sí que has metido la pata —dijo Gillen, aprovechando que Han no podía hablar—. Sabía quién lo había hecho, y sabía dónde encontrarte. Sólo he tenido que esperar un poco.

—No... no sé de qué me está hablando —jadeó Han, doblado en dos y protegiéndose el estómago con los brazos.

Gillen lo agarró del pelo y le levantó la cabeza de un tirón.

—¿Quién te dio una buena paliza no hace mucho, harapiento? ¿Los sureños, quizá?

—Qué va —dijo Han, recayendo en su viejo hábito de empeorar una situación que ya era bastante mala—. Fue la... guardia. Me negué a... a pagar.

Todo el mundo sabía que la guardia te dejaba en paz si le pagabas una cuota de protección a la persona adecuada. Y Mac Gillen era la persona adecuada.

¡Bum! Gillen dejó caer su garrote sobre la cabeza de Han y éste cayó de rodillas, mordiéndose la lengua y viendo las estrellas. Se cubrió la cabeza con los brazos.

—¡Basta! —gritó alguien. Han no vio quién. Tenía que haber sido alguno de los otros chaquetas azules. ¿O Matieu, acudiendo en su auxilio?

Pero Gillen estaba fuera de sí de rabia, totalmente concentrado en Han.

—Les disteis pasaporte a esos sureños, ¿verdad, Alister? Tú y tus amigos. — ¡Bum! Esta vez el garrote cayó sobre el antebrazo de Han con una fuerza capaz de romper los huesos, y gritó.

»Ahora vas a confesar, y luego lo pagarás balanceándote del extremo de una soga, y yo estaré allí para verlo.

—¡He dicho que basta! —La misma voz, pero ahora justo encima de ellos. Sobresaltado, Han se limpió la sangre de los ojos y alzó la mirada para ver cómo el garrote volvía a descender, esta vez sin dar en el blanco. Voló por los aires y Gillen chilló de dolor. Han se dejó caer contra la pared, los ojos cerrados y la cabeza oscilando hacia un lado, mientras se concentraba en recuperar el control de sus pies.

»Vuelva a pegarle y le parto el cráneo —dijo su benefactor—. Atrás.

—¿Qué demonios se cree que está haciendo? —aulló Gillen—. Aquí mando yo. Soy el sargento. Y usted no es más que un cabo.

—Atrás, sargento Gillen, señor —dijo el cabo sarcásticamente—. En la guardia de la Reina, señor, no les sacamos confesiones a golpes a los prisioneros en la calle.

—Claro que no —dijo otro de los chaquetas azules, atragantándose de risa—. Normalmente primero los llevamos al cuartel.

—¿Estás bien? —Un soldado se puso en cuclillas junto a Han y lo miró a la cara con expresión preocupada.

Atisbando entre las pestañas, Han vio para su sorpresa que su benefactor era joven, no mayor que él. La cara de niño del chaqueta azul estaba pálida de rabia, y un mechón de pelo muy negro le caía sobre la frente.

—Ha perdido el sentido —dijo el cabo, mirando a Gillen con las facciones fruncidas en una mueca de disgusto. «Uh —pensó Han—. Éste tiene que haber perdido su orientación de guardia». Tenía redaños, al menos, para encararse con Gillen.

—Escúchame, Byrne —dijo Gillen—. Puede que seas el hijo del capitán, y puede que vayas a la academia. Eso no significa nada. Todavía no eres más que un muchacho. No conoces estas calles como las conocemos nosotros. Ese tipejo es un asesino desalmado y un ladrón. Sólo que nunca antes lo habíamos pillado con las manos en la masa.

Byrne se incorporó y se encaró con Gillen.

—¿Dónde está su prueba? ¿Le pegaron? ¿Eso es todo?

«Bravo», pensó Han, animando silenciosamente al cabo de sangre azul.

Gillen lo empujó con la punta de un pie, sin ninguna delicadeza, y Han se dejó resbalar hacia un lado, todavía fingiendo estar inconsciente. Le dolía mucho el brazo.

—Lo llaman Pulseras —dijo Gillen—. Es el cabecilla de una banda callejera llamada los harapientos. Llevan años viéndoselas con los sureños. Hace dos días, los sureños sorprendieron a Pulseras solo en el callejón del Ladrillero. Si no hubiese aparecido la guardia, ya estaría muerto.

Gillen sonrió y se humedeció los labios agrietados con una lengua muy pálida.

—Habría sido un servicio para la comunidad si les hubiéramos dejado terminar el trabajo. Esos pobres diablos a los que encontramos ayer... bueno, ya vio lo que les hicieron. Tuvieron que ser los harapientos. Nadie más se enfrentaría a los sureños. Es una venganza, seguro, y éste es el responsable.

El cabo Byrne bajó la mirada hacia Han y tragó saliva.

—Perfecto. Nos lo llevamos para interrogarlo. O confiesa o no lo hace. Nada de pegarle. Cualquier confesión que le saque a una persona a punta de golpes no tiene ningún valor. Dirá cualquier cosa con tal de hacerle parar.

Gillen escupió en el suelo.

—Ya aprenderá, cabo. No puede mimar a una rata de la calle. Se volverán contra usted, y tienen dientes, créame. —Se volvió hacia los chaquetas azules que los observaban sin abrir la boca—. Llévoslo. Ya nos ocuparemos de él en el cuartel. —Y el modo en que lo dijo le dio escalofríos a Han. El cabo Byrne no estaría allí cada hora de cada día para seguir haciendo buenas obras.

—Una cosa más, señor —dijo Byrne—. Quizá debería devolverle su bolsa.

Gillen le lanzó una mirada tan llena de odio que, pese a todo, Han tuvo que recurrir a todas sus reservas de voluntad para no echarse a reír. Gillen metió la mano dentro de su chaqueta y sacó la bolsa de Han, la sometió a un aparatoso examen manual para asegurarse de que no hubiera ningún arma escondida en ella, y luego se la embutió en el bolsillo del abrigo.

A saber cuánto tiempo permanecería allí.

Cuando dos chaquetas azules lo cogieron de los brazos y lo levantaron del suelo, Han sintió un dolor espantoso. Su antebrazo izquierdo parecía estar lleno de fragmentos de cristal. Luego se echaron sus brazos sobre los hombros y empezaron a arrastrarlo entre ellos. Han se dejó llevar, inerte como un saco, intentando no perder el conocimiento de verdad, mientras su mente saltaba frenéticamente de un pensamiento a otro.

¿Podían los harapientos haberse cargado a seis sureños? ¿Por qué iban a hacer tal cosa? No por Han, ni siquiera en memoria de los viejos tiempos. Algo tan aparatoso sólo podía atraer la atención de la guardia hacia ti. Eso era algo que todo el mundo lo sabía.

Y si no habían sido ellos, entonces ¿quién?

Fuera lo que fuese lo que había sucedido, no podía esperar que se lo tratara de manera imparcial en el cuartel. Los chaquetas azules necesitaban a alguien a quien colgarle todos aquellos muertos. Han bailarían al son que tocaran, y acabaría ahorcado. Pensó en Mari, que le esperaba en el templo, y en su madre, que estaba haciendo la colada en el castillo de la Marca de los Páramos. Ellas cargarían con las consecuencias. Tenía que impedirlo.

Estaban pasando frente al Templo del Puente del Sur, a punto de entrar en el puente que cruzaba el río. Han gimió ruidosa mente y empezó a arrastrar los pies por el polvo como si intentara encontrar algún punto de apoyo.

—Está volviendo en sí —dijo uno de los chaquetas azules, sujetándole el brazo con más fuerza. Han volvió a gemir, y luego abrió los ojos y miró ansioso a su alrededor.

—¡Ay! ¡Mi cabeza! ¡Me duele! ¡Soltadme! —Forcejeó para soltarse los brazos—. No me encuentro bien —dijo, permitiendo que una nota de pánico se infiltrara en su voz—. ¡En serio! ¡Voy a vomitar! —Frunció los labios e hinchó las mejillas sugestivamente.

—¡No encima de mí! —dijo su captor. Agarrándolo por el cuello del abrigo y la cinturilla de los pantalones, el chaqueta azul lo lanzó de un empujón contra el muro de piedra que bordeaba el puente—. Échalo dentro del río, chico, y no te entretengas.

Han apoyó la mano buena en el murete y luego estampó la coronilla en la cara del guardia. El chaqueta azul gritó y lo soltó, con la sangre empezando a manar de su nariz rota. Han se subió de un salto al muro y se agazapó allí, mirando hacia los desperdicios que flotaban en el agua.

—¡Detenedlo! —chilló Gillen detrás de él—. ¡Que se escapa!

Unas cuantas manos trataron de agarrarlo mientras se lanzaba desde lo alto del muro, en una rígida zambullida que lo llevó lo más lejos posible de los muelles de piedra del puente. Han se las arregló de alguna manera para no chocar con ninguna de las embarcaciones apretujadas en el estrecho canal y caer en el agua lo más cerca posible de la orilla norte. Salió a la superficie y escupió el agua sucia que se le había metido en la boca, con unas náuseas que esta vez no tuvieron nada de fingido.

Menos mal que sabía nadar, gracias a su estancia en el clan. Pocos chicos de ciudad sabían hacerlo.

—¡Coged un bote! —Oyó la voz de Gillen a la distancia—. ¡Tú, el del agua! Cinco mozas para el que lo atrape.

Han volvió a sumergirse y nadó a ciegas en dirección a la orilla del Mercado de los Harapos, dando enérgicas patadas para compensar su inútil brazo derecho, con los ojos cerrados contra el agua fangosa. Tenía que levantar la cabeza de vez en cuando para comprobar su posición y corregir su tortuoso avance, pero afortunadamente nadie llegó a divisarlo entre la masa de embarcaciones variopintas y la basura flotante.

Finalmente, llegó a los muelles del lado del Mercado de los Harapos, se metió por debajo de ellos y vadeó los bajíos hasta el ángulo donde los atracaderos se encontraban con la orilla. Allí se acurrucó entre los pilotes, temblando y con los dientes castañeteándole.

El clamor de la búsqueda fue desvaneciéndose a medida que la guardia desplegaba cada vez más su red. Hasta que llegó un momento en que Han ya no pudo oír nada. Aun así, esperó hasta que hubo oscurecido antes de salir de entre los pilotes y vadear el río hasta la orilla.

Ojos y oídos

El día después del incendio en la montaña, Raisa pasó toda la mañana con su preceptor de idiomas, tratando de adaptar su dicción a las suaves vocales del sur. El támrico era una lengua descuidada, proclive a la imprecisión y los dobles sentidos. Como hecha a medida para la política. Raisa prefería la seca precisión de la lengua del Valle o los sutiles matices de la lengua del clan.

Cuando estaban acabando, el mensajero de la Reina trajo una petición de que Raisa se reuniera con su madre a mediodía en su suite. Era algo tan inusual que Raisa se preguntó en qué clase de lío se habría metido.

Cuando la acompañaron a las habitaciones de su madre, encontró una mesa puesta para dos. La Reina estaba sentada junto al fuego, con sus pálidos cabellos sueltos en torno a unos hombros envueltos en un reluciente chal de seda. Su madre siempre parecía tener frío, como una delicada flor de las llanuras expuesta a un clima inhóspito. En comparación con ella, Raisa se sentía como un resistente liquen de las montañas, oscuro y obstinado y cercano al suelo.

Hizo una reverencia y miró a su alrededor.

—¿Mamá? ¿Sólo estamos nosotras?

Marianna dio unas palmaditas sobre el asiento al lado del suyo, junto al hogar.

—Sí, cariño. Se diría que apenas hemos tenido ocasión de hablar desde que regresaste de tu estancia con los demonai.

«Alabada sea la Hacedora», pensó Raisa. Nunca pasaba tiempo a solas con su madre. Últimamente parecía como si sólo tuviera tiempo para lord Bayar. Quizás era la ocasión de hablar con la Reina acerca de los mercenarios. Quizás incluso podía pedirle a su madre que interviniera y le rogara al capitán Byrne que destinara a Amon a la guardia personal de Raisa.

Se sentó al lado de su madre, y Marianna sirvió té de un recipiente aislado que había encima de la mesa.

—¿Te has recuperado del todo de ese mal rato que pasamos en lo alto del Hanalea? —preguntó la Reina—. Anoche dormí fatal. ¿Quieres que le pida a lord Vega que pase a verte? —Harriman Vega era el médico de la corte.

—Estoy bien, madre —dijo Raisa—. Sólo tengo unos cuantos moratones.

—Gracias a los Bayar —dijo Marianna—. Somos afortunadas de poder contar con nuestro Gran Mago, y el joven Micah parece haber heredado el talento de lord Bayar, ¿no crees? Y su apostura —añadió, con una risa de jovencita.

—Son impresionantes, esos Bayar. —Raisa bebió un buen sorbo de té, recordando su encuentro con Micah en el pasillo.

—¿Qué tal van tus estudios? —preguntó Marianna—. Temía que pudieras haber olvidado todo lo que llegaste a aprender, con la de tiempo que pasaste aislada en los campamentos, pero los informes de los preceptores no pueden ser mejores. —Sonaba levemente sorprendida.

—Bueno... —Raisa se removió nerviosamente, pensando que su madre parecía un altavoz por el que hablara Gavan Bayar—, no creo que mi estancia en el Campamento Demonai haya sido perjudicial. Ya sabes que a los clanes se les da muy bien todo lo que tiene que ver con la lectura, el relato de historias, el baile y la interpretación de la música —dijo—. Incluso entienden de números. Pasé mucho tiempo trabajando en los mercados.

—Bueno, no puedo decir que apruebe eso —murmuró Marianna, frunciendo el ceño—. ¿La futura reina de los Páramos aprendiendo a hacer de tendera?

—Oh, mamá, aprendí tanto... —dijo Raisa—. Allí todo va de aprender a leer a la gente, y saber cuándo hay que ceder y cuándo tienes que mantener el precio que habías pedido. Tienes que ser capaz de juzgar la calidad al primer golpe de vista y decidir cuál va a ser tu precio. Además, aprendes a no hacer malos negocios, por mucho que quieras tener algo.

Raisa se inclinó hacia delante, cogiéndose las faldas, deseosa de hacer entender a su madre lo viva que la hacía sentirse el sutil toma y daca del comercio y la negociación. Cómo el parpadeo de un ojo o el brillo del sudor en el labio superior de un comerciante revelaban más de lo que él pretendía mostrar. Y cómo renunciar a la codicia y el deseo permitían presentar un rostro indescifrable en el ajetreado mundo de los mercados.

La Reina la escuchó educadamente, acariciando el brazalete que rodeaba su delgada muñeca, pero Raisa notó que no la estaba convenciendo. Se obligó a echarse atrás en su asiento.

—En fin. No fue ninguna pérdida de tiempo —dijo alegremente.

—Aceptaré tu palabra al respecto —dijo Marianna. Hizo una pausa cuando Claire llegó con una bandeja de plata, la puso sobre la mesa, y se fue de nuevo. Entonces se incorporó—. Muy bien —dijo con una sonrisa—. ¿Comemos?

A su madre siempre parecía costarle menos decir lo que tenía en la cabeza cuando había algo de comida entre ellas.

—La celebración de tu decimosexta onomástica está a la vuelta de la esquina —dijo abruptamente, mientras Raisa cortaba un trozo de su pastel de pescado.

—¿Sí? No me había dado cuenta —dijo Raisa, poniendo los ojos en blanco—. Magret va a acabar con dolor de espalda de traerme tantas cartas.

Su madre sonrió.

—Esperamos que tu debut en sociedad atraiga un considerable interés —dijo, en su elemento ahora que la conversación había derivado hacia los matrimonios y las fiestas—. Con la guerra en el sur, las sucesiones están, podríamos decir, en tela de juicio. Muchos príncipes de allí verán el matrimonio con una princesa del norte como

un medio de consolidar su posición en el sur y también como una especie de refugio en caso de que acabe sucediendo lo peor. —Miró directamente a Raisa—. No queremos caer en esa trampa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Raisa, con el trozo que se iba a llevar a la boca suspendido en el aire.

—Bueno, nunca sabes qué puede depararte el futuro. Dependiendo del curso que siga la guerra, podrías acabar casándote con un rey o con un fugitivo.

Raisa se encogió de hombros.

—Seré reina por derecho propio. No necesito casarme con un rey.

—¡Precisamente! —dijo Marianna, sonriendo y dando su primer bocado.

—Ejem. No te entiendo —dijo Raisa—. ¿Precisamente qué?

—Deberíamos evitar una alianza con el sur —dijo Marianna—. La situación es demasiado incierta. Hay poco que ganar y mucho que perder. Podríamos vernos arrastrados a sus guerras.

—Bueno —dijo Raisa, pensando en lo que le había contado Amon—. Las guerras del sur no durarán siempre. Quizá deberíamos esperar a ver quién sale vencedor, y entonces decidir qué alianza resultaría más ventajosa. Puede que necesitemos amigos cuando vuelvan su atención hacia nosotros.

Marianna se la quedó mirando como si hubiera empezado a hablarle en támrico.

—Pero es que no sabemos cuándo será eso —dijo—. No podemos permitirnos quedarnos cruzadas de brazos mientras tanto.

—Podríamos estar preparándonos para eso ahora —dijo Raisa—. Mucha gente ha ido al sur para hacer de mercenarios, dado que la paga es buena. ¿No sería una buena idea intentar hacerlos volver a casa y utilizarlos para crear nuestro propio ejército?

La Reina se apretó el chal alrededor de los hombros, como si fuese una armadura.

—No tenemos dinero para eso, Raisa —dijo.

—Podríamos desprendernos de los mercenarios extranjeros que tenemos ahora —dijo Raisa—. Eso debería dejar libre una cierta cantidad de dinero.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —dijo la Reina—. Esos mercenarios ocupan puestos de mando. El general Klemath confía en ellos para...

—No he dicho que fuera a ser fácil —la interrumpió Raisa—. Sólo pienso que es algo que deberíamos tener en cuenta. La gente lucha mejor cuando está defendiendo sus propios hogares y familias. Y tener a todos esos extranjeros aquí podría acabar volviéndose en contra nuestra.

—¿De dónde has sacado esas ideas? —preguntó Marianna, frunciendo el ceño—. ¿Es algo que oíste decir en el Campamento Demonai?

Eso era código real para «¿Es algo que le has oído decir a tu padre?»

«Que quede entre nosotros», había dicho Amon. Y Raisa no quería comprometerlo a él ni al capitán Byrne.

—No, sólo es algo que llevo tiempo pensando.

—Lo que deberías hacer es concentrarte en tus estudios —dijo Marianna—.

Empezaré a pensar quién podría ser la mejor elección para ti y para los Páramos. No podemos retrasar tu matrimonio hasta que los sureños dejen de combatir entre ellos. Eso quizá nunca llegue a suceder.

—Pero es que no hay ninguna prisa —dijo Raisa—. Tú te casaste joven, pero no hay razón por la que yo deba hacerlo. Todavía gobernarás durante mucho tiempo. Probablemente seré vejestorio rodeado de nietos para cuando suba al trono.

Marianna fingió ocuparse de su chal.

—No sé... —dijo en voz baja—. A veces pienso que me queda poco en este mundo.

Era una vieja arma, familiar desde que Raisa era una cría. Aún efectiva.

—¡Para! —le espetó Raisa y luego, con un poco más de tacto, añadió—: Por favor, no digas esas cosas, mamá. No lo soporto.

De pequeña, Raisa solía salir a hurtadillas de su cuarto para dormir a su madre, temerosa de que dejara de respirar si ella estaba allí para intervenir. El hecho de que hubiera algo casi ultraterreno en su madre no hacía sino acrecentar la inquietud de Raisa. Sin embargo, sabía que Marianna era perfectamente capaz de recurrir a esa táctica para salirse con la suya.

—Estaría más tranquila si supiera que la cuestión de tu matrimonio ha quedado resuelta —dijo su madre con un suspiro.

Raisa no tenía ninguna intención de ver resuelto nada tan pronto. El matrimonio sólo era otra clase de prisión que estaba decidida a posponer el mayor tiempo posible. Llevaba tiempo soñando con una larga estación llena de flirteo, rituales de cortejo, besos y citas clandestinas en las que habría desesperadas declaraciones de amor.

Negociación. Toma y daca. Redirección.

Ah. Redirección.

—He estado pensando en la fiesta que vamos a dar el día de mi onomástica —dijo, aunque en realidad ni se le había pasado por la cabeza—. Tengo unas cuantas ideas para un vestido y me gustaría saber qué opinas de ellas.

Y así fue como pasaron la media hora siguiente, discutiendo los pros y los contras del satén en oposición al encaje, y el negro en oposición al blanco en oposición al verde esmeralda, y los volantes en oposición a las faldas de mucho vuelo, y las tiaras en oposición a las redecillas y los adornos de cuentas. Luego pasaron a debatir sobre la posibilidad de una carpa en el jardín en oposición a una fiesta en la Gran Sala.

—Tendremos que quedar con la cocinera para hablar del menú —dijo Marianna, cuando quedó claro que el tema ya no daba más de sí—. Tomar algunas decisiones ahora nos ahorrará muchos problemas cuando llegue el momento decisivo. Bien, parte de lo que haya en él dependerá de la lista de invitados, naturalmente...

—Amon se muere de ganas de asistir al banquete —dijo Raisa, pensando encauzar la conversación en una dirección que fuera más de su agrado—. Me alegro de que haya vuelto.

—El caso es que quería hablarte de Amon Byrne —dijo la Reina, en un tono de

voz que nunca presagiaba buenas noticias.

—¿Qué pasa con Amon? —preguntó Raisa, ya a la defensiva.

—Magret me ha contado que anoche tú y el cabo Byrne tuvisteis un encuentro secreto en el invernadero a altas horas de la madrugada —dijo Marianna, dándole vueltas distraídamente a uno de sus anillos.

—Tampoco es que tuviera mucho de secreto —se defendió Raisa—. Hace tres años que no nos vemos. Queríamos ponernos al día, y no tuve ocasión de hablar con él durante la cena.

—Le dijiste a lord Bayar que te dolía la cabeza —dijo Marianna.

—El caso es que me dolía —mintió Raisa—. ¿Qué pasa?

—Y luego te fuiste a escondidas para ver al cabo Byrne —dijo la Reina—. ¿Qué parece eso?

—Estuve sentada con él en un lugar público con mi aya acompañándonos —dijo Raisa, alzando la voz—. Anda, dime qué es lo que parece eso.

—Magret dice que la dejasteis en el laberinto y os fuisteis por vuestra cuenta —dijo la reina Marianna.

—Magret se quedó dormida en el banco, y optamos por no molestarla —dijo Raisa—. Ya sabes cómo se pone cuando la despiertas. He tenido que ir a buscarla esta mañana.

Qué poca gratitud. El caso era que Magret había estado bastante desagradable, quejándose de que notaba dolores y molestias en sus viejos huesos por haber pasado toda la noche durmiendo en el banco de piedra. Lo que tal vez explicaba por qué había corrido a ver a la reina Marianna para contarle historias. Raisa había contado con que mantendría la boca cerrada para ocultar que se había quedado dormida en el trabajo. Una nunca sabía por dónde le acabarían saliendo.

Marianna se aclaró la garganta.

—Y el cabo Byrne fue visto saliendo de tu habitación más tarde esa noche.

Raisa empujó su asiento hacia atrás, lo que causó un fuerte chirrido.

—¿Quién ha dicho eso? ¿Te han entregado un informe sobre mí esta mañana o qué? ¿Enviaste a alguien para que me siguiera los pasos?

—No te he estado haciendo seguir —dijo su madre en su razonable tono de voz—. Pero el Gran Mago ha venido a verme esta mañana. Dice que Micah fue a interesarse por ti porque habías dicho que no te encontrabas bien, y os vio a ti y al cabo Byrne fuera de tu habitación...

¿Y eso merecía una visita del Gran Mago? ¿Acaso era asunto suyo?

—Así que no tiene nada de malo que Micah Bayar venga a rondar cerca de mi habitación, pero si Amon...

—Micah estaba preocupado por ti. Imagina su sorpresa cuando vio que tú y el cabo Byrne habíais...

Raisa se levantó del asiento.

—Te recuerdo que estamos hablando de Amon —dijo—. Ha comido a nuestra

mesa cientos de veces. ¿Por qué te empeñas en llamarlo cabo Byrne? Y en cuanto a Micah, pregunta por ahí. Ha hecho auténticos estragos entre las damas de compañía y las sirvientas.

—Micah Bayar viene de la Casa de la Aguilera, una familia noble y respetada por todos —dijo la Reina—. Llevan más de mil años en el gremio. Comprendo que los jóvenes tienen aventurillas de vez en cuando, pero...

—¡No lo digas! —la interrumpió Raisa—. Ni se te ocurra. Edon Byrne es capitán de tu guardia. ¿Estás diciendo que Amon no viene de una familia respetada?

—Pues claro que viene de una familia respetada, Raisa —dijo Marianna, jugueteando con un mechón de su cabello—. Pero es un soldado, y su padre es un soldado, y el padre de su padre lo fue también, hace generaciones. Eso es cuanto llegarán a ser.

Marianna se calló para dar tiempo a que Raisa lo asimilara.

—Ya sé que Amon ha sido tu amigo —dijo pasados unos instantes—. Pero ahora que te has hecho mayor, tienes que ser capaz de ver las diferencias entre vosotros, y lo imposible que es todo esto.

—¿Lo imposible que es qué? —Raisa temblaba de indignación—. No tengo planeado casarme con él. Amon es mi amigo e, incluso si llegara a sentir por él algo más que amistad, eso sería asunto mío, siempre que no afectase a la sucesión. Cosa que no ocurrirá.

—Pero podría ocurrir —continuó su madre—. ¿Tienes idea de lo que parece esto, en un momento en el que estamos negociando tu matrimonio?

Raisa abrió la boca y las palabras salieron de ella como si hubieran pasado años encerradas a cal y canto en su interior.

—Si tanto te preocupan las apariencias, deberías empezar a preocuparte por ti y el Gran Mago.

—¡Raisa ana’Marianna! —Marianna se había levantado del asiento, y ahora su voz no tenía nada de razonable—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Lo único que digo es que la gente habla mucho de ti y lord Bayar —replicó Raisa—. Dicen que tiene demasiada influencia. La gente dice... la gente dice que ya va siendo hora de que mi padre vuelva a casa. —Tragó saliva, sintiendo que los ojos empezaban a llenarse de lágrimas—. Ojalá lo hiciera, mamá. —Se las arregló para esbozar una reverencia—. Con vuestra venia, majestad.

No esperó a que se le hubiera dado permiso para retirarse, sino que giró sobre los talones y salió corriendo de la habitación. Pero antes de que hubiera podido llegar lo bastante lejos, la voz de la Reina llegó a sus oídos, chillona y estridente:

—Hablaré de esto con el capitán Byrne.

Como todo lo demás en la vida de Raisa, su tiempo en el templo estaba prescrito por el Naéming. Cuatro días al mes, decía el Naéming, la Reina y la princesa heredera

irían al templo. Eso podía significar un día a la semana, o cuatro días seguidos.

En el Campamento Demonai, el tiempo en el Templo era un privilegio y no una obligación. Cuatro días en la casa de la matriarca, en compañía de otros, o cuatro días en el templo del bosque, meditando sobre el Creador y todas las obras en el mundo natural. Cuando esos días llegaban a su fin, Raisa siempre se sentía más poderosa, más esperanzada, de alguna manera más centrada en sí misma y segura de lo que necesitaba hacer.

Pero en la corte de la Marca de los Páramos había muchas distracciones. La madre de Raisa acudía al templo como estaba prescrito, pero lo convertía en una especie de fiesta, rodeada por sus damas de compañía, músicos, gente del mundo del espectáculo y sirvientes que llevaban comida y bebida. Después de todo, decía Marianna, la música, la comida, la bebida y el cotilleo también eran obra de la Hacedora, ¿verdad?, y merecían su propia celebración. De hecho, la única diferencia con un típico día en la corte era la conspicua ausencia de magos y la presencia de oradores, quienes podían mirar con desaprobación, pero tenían poco que decir. Marianna y sus damas se burlaban de ellos a espaldas suyas.

A veces Raisa tenía la impresión de que la vida en la corte estaba concebida para que no pudieras pensar demasiado en nada en concreto.

Pero había algunas cosas que exigían una reflexión.

Después de la discusión con su madre, Raisa no se sentía de humor para hablar con nadie, así que buscó refugio en el laberinto del invernadero del templo. El sol entraba de lleno por el cristal, y Raisa descorrió los paneles para que el aire primaveral pudiera entrar en el jardín.

Luego pasó un rato sentada en el banco de piedra, mientras una vertiginosa sucesión de imágenes de Micah Bayar y Amon Byrne, de su madre y Gavan Bayar, el Gran Mago, transitaba por su mente. Poco a poco, el ritmo fue haciéndose más pausado y su mente se tranquilizó y empezó a seleccionar los pensamientos con algo más de cuidado.

«Hazte con el caballo que estás montando antes de intentar llevar las riendas de otro —decía siempre Elena Demonai—. Y antes de hacerlo, asegúrate de que tienes una buena montura».

«Ojos y oídos», había dicho Amon. Raisa necesitaba tener sus propios ojos y oídos.

Los distintos futuros posibles rodaron hacia ella. Vio ante sí un camino que se extendía hasta perderse en la lejanía, representando lo que podía suceder si nada cambiaba. Vio un matrimonio con alguien escogido por su madre, y más pronto que tarde. No podía ver el final del camino, que quedaba oculto entre las sombras.

A cada lado había caminos divergentes, más estrechos y llenos de maleza, como los senderos en el laberinto, algunos difíciles de encontrar, cada uno con sus propios riesgos e incógnitas.

Mientras permanecía sentada, con los ojos medio cerrados, alguien se acomodó

en el banco a su lado. Raisa supo sin abrir los ojos quién era, y dejó escapar en un prolongado suspiro el aliento que había estado conteniendo.

—Buenas tardes, Raisa —dijo Elena Demonai—. ¿Puedo hacerte compañía?

—Buenas tardes, Elena Cennestre. Bienvenida —dijo Raisa, usando la palabra del clan para «madre». Abrió los ojos—. ¿Cómo has dado conmigo?

—Éste es un lugar muy antiguo, *lylting* —dijo Elena, su rostro de color caramelo frunciéndose en una sonrisa que enmarcó los ojos verdes de la vidente—. Es uno de los pocos lugares del Valle que poseen poder. Lo necesitarás.

Raisa reflexionó en silencio. Durante su estancia en el Campamento Demonai, había aprendido a no preguntar todo lo que le viniera a la cabeza, porque había cosas que serían entendidas a su debido tiempo.

—Estoy preocupada, abuela —dijo finalmente—. El camino que tengo delante parece bastante claro, pero no estoy segura de que sea el camino correcto.

—En las Espíritus, encontramos nuestro camino guiándonos por el sol, las estrellas y otras señales —dijo Elena—. Ellos nos dicen si estamos yendo por el camino correcto, y nos mantienen a salvo. ¿Cómo evitas el peligro en las llanuras?

Raisa pensó antes de contestar.

—De la misma manera que en los mercados. Busco alguna discrepancia, como cuando alguien me dice una cosa y sus ojos, sus manos y su cuerpo me están diciendo otra.

—¿Y estás viendo discrepancias ahora?

—Oigo las palabras de lord Bayar saliendo de los labios de mi madre —dijo Raisa sin rodeos.

Elena asintió con la cabeza.

—¿Y qué más?

—Siento como si una trampa se estuviera cerrando alrededor de mí y, sin embargo, no sé en qué consiste. —Titubeó, y luego siguió hablando—: Vi lobos en Hanalea el día del incendio, pero mamá no pareció reparar en ellos.

—Lobos —murmuró Elena—. El linaje corre peligro. —Alzó la mirada hacia Raisa—. Bajo el Naéming, el Gran Mago está prácticamente sometido a la Reina. Lord Bayar no actúa como un mago sometido. Algo va mal.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Raisa.

—¿Estaría dispuesta la Reina a venir al Campamento Demonai? —preguntó Elena—. ¿Podrías persuadirla?

Raisa sacudió la cabeza.

—No lo sé —dijo—. Me parece que no. Ahora está bastante disgustada conmigo. Cada vez que intento hablarle de lord Bayar, se enfada.

—Tienes que seguir intentándolo, *lylting* —dijo Elena—. Intenta convencerla de que vaya al templo en nuestro campamento. Y mucho cuidado con los Bayar. El joven Bayar es encantador y apuesto, pero mantén las distancias. No te dejes atrapar.

—Sí, abuela —dijo Raisa.

—Tengo un regalo para ti —dijo Elena. Sacó una bolsita de piel de ciervo del bolsillo de su túnica y se la tendió a Raisa.

Raisa desató el cordoncillo y dejó caer el contenido sobre la palma de su mano. Era un anillo de plata colgado de una cadenita, ennegrecido por el tiempo, en el que había grabadas imágenes de lobos que corrían en un círculo sin principio ni fin. Le bastó con mirarlo para saber que era demasiado grande para cualquiera de sus dedos.

Miró a Elena.

—Parece muy... muy antiguo —dijo, porque fue lo único que se le ocurrió.

Elena cogió el anillo de la palma de la mano de Raisa, abrió el cierre de la cadena con asombrosa destreza, y la colgó alrededor de su cuello.

—Pertenece a Hanalea —dijo abruptamente.

—Hanalea —dijo Raisa—. Pero parece demasiado grande para...

—Es lo que llamamos un talismán. Proporciona cierta protección contra los encantamientos de los magos. No te lo quites nunca hasta que puedas dárselo a tu verdadero amor.

—¿Mi verdadero amor? —Elena sonaba como Missy, o como cualquier otra jovencita boba de la corte—. Soy la princesa heredera. El verdadero amor es algo que nunca me pasará a mí. —Lo máximo que podía esperar era un escarceo interesante.

—Y ahora —dijo Elena, poniéndose en pie—, haré lo que pueda para traer a casa a tu padre.

Un rato después, Raisa bostezó y abrió los ojos. Estaba sola en el Templo del Laberinto, desplomada en una esquina del banco con el cálido viento del sur agitándole los cabellos. ¿Se había quedado dormida? ¿Todo había sido un sueño?

Pero el anillo del Lobo Que Corría seguía colgando pesadamente de la cadena alrededor de su cuello.

Raisa envió un mensajero a los barracones, para que le pidiera a Amon que se reuniera con ella en el Templo del Laberinto a la hora del oficio de vísperas, al anochecer, pero él le dijo al mensajero que estaba de servicio. Raisa volvió a intentarlo la noche siguiente, con el mismo resultado. Después del tercer rechazo, amenazó con visitarlo en los cuarteles, y él finalmente accedió a acudir.

Esa noche, Raisa recorrió el sendero de piedra sintiéndose más segura de sí misma, provista de una antorcha y haciendo ruido suficiente para dispersar a las ratas ante ella. Su indumentaria también era más práctica, ya que llevaba una de sus faldas abiertas para montar, botas y una chaqueta ceñida. Eso hizo que le resultara mucho más fácil subir por la escalerilla, con la antorcha entre los dientes como un pirata.

Cuando abrió de golpe la puerta metálica del pasaje, Amon se levantó de un salto del banco en el que estaba sentado y se apresuró a desenvainar su espada. Giró sobre el talón, barriendo la habitación con la mirada.

—Por los huesos de Hanalea, Rai —dijo, sacudiendo la cabeza mientras volvía a

envainar la espada—. Pensaba que ibas a tapiar ese túnel.

—Nunca dije que fuera a hacerlo —replicó ella, dejándose caer en el banco—. Me gusta disponer de una puerta trasera. —Levantó la mano al ver que él abría la boca—. No empieces. Siéntate, por favor. Te alzas sobre mí como un sacerdote de las llanuras.

Amon se sentó en el banco, apretujándose en el rincón más alejado, como si Raisa pudiera tener algo contagioso, el cuerpo en una postura rígida y formal, y las manos apoyadas con mucho cuidado sobre las rodillas.

—¿Por qué me has estado evitando? —preguntó Raisa sin rodeos.

—No te he estado... —Se calló al ver que ella lo fulminaba con la mirada—. Vale. Es sólo que... mi padre tuvo una conversación conmigo.

—¿Y qué dijo? —Bueno. —Se sonrojó—. Lo principal es que ahora estoy en la guardia, y eso significa que tengo servicio todo el día, cada día. Si vamos a proteger de verdad a la familia real, tenemos que mantener una cierta... distancia. —Carraspeó—. Y, bueno... vi que no le faltaba razón.

—¿Así que tu padre tenía razón cuando te dijo que a la princesa heredera no le está permitido tener amigos? —Raisa sabía que estaba siendo injusta, pero no tenía humor para jugar limpio y él era el único blanco disponible. Además, el único momento en que había dejado a un lado su corrección militar y volvió a ser el Amon que ella conocía fue cuando lo hizo enfadar.

—Naturalmente que somos amigos, pero...

—No nos está permitido hablar el uno con el otro, ¿verdad?

—Podemos hablar, pero...

—¿Sólo en una habitación llena de gente? —Dio un paso hacia él—. ¿Esto es demasiado cerca? —Y más—. ¿Qué me dices de esto? —Ahora su cadera estaba en contacto con la de él.

—Raisa, ¿quieres dejarme acabar una frase al menos? —gruñó él, pero no se apartó—. No sé dónde puede haberse originado, pero mi padre dijo que la gente ha empezado a hablar de nosotros. Ha amenazado con destinar me a los Acantilados de Caliza como oiga una sola palabra más al respecto.

—Tu padre no haría eso. —Acantilados de Caliza era un puerto en el Indio, a cientos de kilómetros de distancia.

Él levantó una ceja.

—Sí que lo haría. Así que si es eso lo que quieres...

—¿Vas a dejar que Micah Bayar dicte a quién veo y con quién hablo?

Él se la quedó mirando.

—¿Qué?

—Sabes que Micah nos vio fuera de mi habitación la otra noche. Habló con su padre, lord Bayar habló con la Reina, y la Reina habló con tu padre.

—¿La reina ha tenido algo que ver con esto? —Se pasó la mano por el pelo, con gesto perplejo—. No lo entiendo.

—Aquí está pasando algo —dijo Raisa—. Todavía no tengo claro qué es, sin embargo. Pero necesito amigos. Necesito saber que tengo a alguien con quien pueda contar.

—Puedes contar conmigo, Raisa —dijo Amon en voz baja—. Siempre. Tú ya lo sabes.

—Entonces ayúdame.

Él la miró con recelo.

—¿Cómo?

—Necesito ojos y oídos. Necesito saber qué está pasando... en el reino, en Dama Gris, en todas partes. Me siento como un canario en una jaula. Sólo veo las cuatro paredes que me rodean, y mientras tanto el castillo está rodeado y mis enemigos se aproximan.

—¿Qué? —Él clavó la mirada en su rostro, sin duda buscando señales de locura o ebriedad—. ¿De qué estás hablando?

—Sabes que a veces las reinas de la estirpe tienen visiones que predicen el futuro. —Él asintió con la cabeza—. Bueno, pues ahora siento lo mismo que sentí el día del incendio en lo alto de Hanalea. Estoy atrapada, con las llamas avanzando hacia mí y sin ningún sitio al que ir.

—Bueno. —Amon carraspeó—. ¿Cómo sabes que realmente es una visión? Quiero decir que, en fin, a veces yo tengo pesadillas, pero no son más que eso.

—Podría ser —dijo Raisa—. Pero no puedo correr ese riesgo.

—¿Se lo has contado a la Reina? Me parece que deberías empezar por ahí.

—El caso es que creo que la Reina puede formar parte del problema —dijo Raisa—. No de manera intencionada, quizá, pero he intentado hablar con ella y no... —Se calló al ver la expresión preocupada de Amon. Le estaba pidiendo que tomara partido por ella contra la reina a la que había jurado lealtad.

—No es mucho en lo que basarse. Una sensación —dijo él finalmente.

—Y la forma tan peculiar en que se está comportando la gente —argumentó Raisa—. El otro día mi madre estuvo no sé cuánto rato diciéndome que no debería casarme con un sureño, que allí la situación es demasiado inestable.

—Puede que sólo sean nervios porque te haces mayor, te van a presentar en sociedad, y todo lo demás. —Amon extendió las manos con las palmas hacia arriba—. A los padres les cuesta hacerse a la idea. Recuerdo cuando Lydia celebró su onomástica. Papá tuvo que interrogar a cualquier chico lo bastante osado para acercarse a mi hermana.

—No sé... Parece como si a mamá le hubiera entrado mucha prisa de pronto. Dice que le gustaría verlo todo resuelto, que puede que no le quede mucho tiempo en el mundo, como si tal vez supiera algo que yo ignoro. Se comporta como si yo fuera a casarme mañana, a pesar de que no hay ningún candidato a la vista.

—Dijiste que eso no sería hasta dentro de muchos años —dijo Amon en un tono casi acusador.

Raisa se encogió de hombros.

—A poco que yo tenga algo que decir al respecto. —Se estremeció—. No me quiero casar. Sólo tengo quince años.

—Bueno, yo sólo tengo diecisiete —dijo Amon—. Y voy a volver a la Academia en otoño. ¿Qué quieres que haga? ¿A quién quieres que espíe?

—No se trataría de espiar, exactamente. Por ejemplo, recibo información del Campamento Demonai que no recibo de ningún otro sitio. Ellos no me halagan. No me tratan como una cabeza hueca convertida en icono. En cierto modo, los demonai me respetan más que ninguna otra persona.

—¿Qué clase de información quieres de mí?

Raisa se irguió, consciente de que había ganado.

—Bueno, si hay un peligro inminente, creo que sólo puede venir del sur, o de Dama Gris.

—¿Qué me dices de la gente de la Marca de los Páramos? ¿Y si están planeando alguna clase de rebelión? —preguntó Amon.

Raisa ladeó la cabeza.

—¿Por qué iban a hacerlo? La gente quiere a la Reina. Cada vez que vamos a la ciudad, todos nos vitorean y arrojan flores a nuestros pies.

Amon estaba sacudiendo la cabeza, con una expresión casi compasiva.

—¿Qué pasa? —espetó Raisa, súbitamente enfadada.

—Bueno, llevan una vida de lo más miserable, para empezar, y pasan hambre. Y, por lo que he visto, la guardia de la Reina dedica la mayor parte de su tiempo a intimidarlos.

—No —dijo Raisa con convicción—. La guardia está ahí para protegerlos.

—Raisa, ¿has estado alguna vez en el Puente del Sur?

—Claro que sí. He estado en el templo que hay allí, y lo he cruzado a caballo decenas de veces. Se lo ve un poco abandonado, pero...

—A ver si lo adivino. Fuiste en un carruaje con un séquito por el Camino de las Reinas, con tu guardia alineada a los lados.

Raisa asintió de mala gana.

—Más o menos.

—No puedes saber lo que está sucediendo realmente cuando te encuentras tan... aislada. Yo he estado patrullando a pie por el Puente del Sur y el Mercado de los Harapos durante las dos últimas semanas. Déjame contarte lo que pasó esta semana. Ayer, seis personas fueron asesinadas en el Puente del Sur. Cuatro chicos, dos chicas, todos de nuestra edad. Fueron torturados y estrangulados.

—Válgame Hanalea —susurró Raisa—. No lo sabía. ¿Quién ha podido hacer algo así?

—Buena pregunta. Todos pertenecían a una pandilla callejera llamada los sureños. El sargento Gillen cree que una pandilla rival llamada los harapientos acabó con ellos para vengarse.

—¿Para vengarse de qué? —preguntó Raisa, inclinándose hacia delante, fascinada a pesar de sí misma.

—Hace unos días, los sureños le dieron una paliza al líder de los harapientos, un chico al que llaman Pulseras. Lleva unos brazaletes plateados, algo así como sus señas de identidad. Gillen sabía cuáles son los lugares que suele frecuentar, así que lo pillamos cuando salía de una taberna.

Amon cambió de postura sobre el banco.

—Agárrate bien, Raisa: ese chico tiene nuestra edad, y Gillen piensa que asesinó a seis personas.

—¿Así que lo interrogasteis? —apuntó Raisa—. ¿Qué tenía que decir sobre el asunto?

—Bueno, lo primero que hace Gillen es robarle la bolsa y dejarlo inconsciente de un garrotazo —dijo Amon.

—¿Cómo? —Raisa sacudió la cabeza, como si se negara a creer lo que acababa de oír—. ¿Por qué iba a hacer algo semejante?

Amon se encogió de hombros.

—No lo sé. Acabé interviniendo para pararle los pies, así que ahora sin duda estoy en la lista negra de Gillen. Si mi padre no fuera capitán de la guardia, creo que lo habría matado a golpes. Me salió con que yo era nuevo y no conocía las calles, y que ya aprendería.

—¿Así que hacen ese tipo de cosas constantemente?

Amon asintió con la cabeza.

—Varias veces, desde que estoy con ellos. Aunque a estas alturas ya saben que no lo apruebo.

—¿Y qué pasó? Con Pulseras, quiero decir.

—Decidieron llevarlo al cuartel de la guardia e interrogarlo como es debido. Pero él consiguió soltarse de los guardias que lo sujetaban y escapó mientras cruzábamos el Puente del Sur. Saltó al río, así que puede que se haya ahogado.

—Pensaba que estaba inconsciente.

Amon sonrió con amargura.

—El tal Pulseras no es idiota, sea lo que sea lo que ha hecho. Si me estuvieran llevando al cuartel para ser interrogado por el sargento Gillen, yo también llegaría hasta donde hiciera falta con tal de escapar. Naturalmente, ahora Gillen y los demás piensan que fue culpa mía que escapara. Y probablemente lo es. —Suspiró.

—¿Piensas que era culpable? Amon dirigió la vista hacia el lago.

—Parece probable. Pero la verdad no se descubre torturando a alguien. —Levantó los ojos hacia Raisa—. Lo importante es que en el Puente del Sur y el Mercado de los Harapos le tienen pánico a la guardia real, y por buenas razones. —Sus ojos grises se volvieron duros como el pedernal—. Francamente, me encantaría atar al sargento Gillen y dejarlo en un callejón del Mercado de los Harapos durante toda la noche. Ya veríamos lo que quedaba de él por la mañana.

«Amon está cambiando —pensó Raisa—. Él ve cosas, hace cosas y aprende cosas mientras yo estoy atrapada aquí dentro como una flor de invernadero, dedicando mi tiempo a aprender cuál es el tenedor apropiado para cada tipo de comida».

Le puso la mano en el brazo.

—Me ocuparé personalmente de que a Gillen se le expulse de la guardia — prometió.

Amon sonrió, su primera sonrisa de verdad en todo aquel rato.

—¿Así que le dirás a la reina que estuviste hablando conmigo y que sugerí que licenciaran a Gillen del servicio activo? No creo que sea una buena idea. —Sacudió la cabeza—. Y, además, tampoco hace falta. Ya he hablado con mi padre. Si hay algo que pueda hacerse, él se encargará de hacerlo. Pero la guardia está llena de tipos como Gillen. Es un refugio para matones y provocadores. Hay un límite a lo que puede llegar a hacer un capitán. Antes las cosas no eran así.

Raisa se levantó y empezó a caminar de un lado a otro.

—Eso es exactamente a lo que me refería. ¿Cómo puedo ser princesa heredera del reino y no saber lo que está sucediendo? —Se detuvo a mitad de un giro—. ¿Dices que la gente pasa hambre?

Amon asintió con la cabeza.

—Ya sabes que aquí no cultivamos gran cosa. No hay mucha tierra adecuada y nuestros inviernos son demasiado largos. Siempre hemos dependido de Arden, Tamron y los otros reinos del sur para nuestro grano. Con la prolongación de las guerras, la escasa comida que llega al norte cuesta demasiado para que la mayoría de la gente pueda permitírsela. —Se calló y luego siguió hablando, decidido a ser franco hasta la brutalidad—. No puedes dar por hecho que como tú tienes comida en abundancia a todo el mundo le ocurre lo mismo.

Raisa se sintió mortificada.

—No quiero ser esa clase de reina —dijo—. Desconsiderada y egoísta, y mezquina, y...

—No lo serás —se apresuró a decir Amon—. Lo siento. No era mi intención...

—Sí que lo era. Y me lo merezco. Necesito encontrar una forma de ayudar a la gente. —Pero ¿qué podía hacer ella al respecto? Vivía en un palacio, se sentaba a disfrutar de un banquete cada noche de su vida, y tenía un armario repleto de ropa... pero carecía de dinero propio.

Podía tratar de hablar con la reina, pero no había tenido mucha suerte cuando quiso defender su postura a principios de la semana. A juzgar por esa conversación, su madre probablemente tenía previsto gastar cualquier dinero extra que tuviera en una boda.

Además, quería hacer algo por su cuenta. Se sentía completamente inútil desde que había regresado del Campamento Demonai a la Marca de los Páramos.

Quizá podía vaciar su armario y vender algunos de sus vestidos llenos de volantes en el Mercado de los Harapos y utilizar lo que obtuviera por ellos para comprar

comida para la gente que carecía de ella. Aunque eso no le reportaría mucho dinero.

Y entonces tuvo una idea. Cuanto más pensaba en ella, más le gustaba.

Levantó la vista hacia Amon.

—Gracias por decirme la verdad. ¿Lo seguirás haciendo? ¿Me ayudarás? Él la miró con cautela.

—¿Ayudarte? ¿Cómo?

—¿Podrías llevar un mensaje a la Logia Demonai y decirles que se lo dieran a mi abuela Elena?

Él titubeó.

—Necesitaría saber de qué se trata —dijo.

—Voy a pedirle que envíe a uno de sus mejores comerciantes aquí para que se reúna conmigo mañana en el Templo del Puente del Sur.

—¿Por qué en el Puente del Sur? —preguntó Amon—. ¿No podría venir aquí?

—Es improbable que se me reconozca allí. Y en el Puente del Sur hay alguien con quien quiero hablar.

—¿Cómo piensas llegar hasta allí? Raisa se encogió de hombros.

—Iré disfrazada. Dijiste que debería salir más y ver lo que está sucediendo realmente en la ciudad.

Amon levantó las manos. Parecía alarmado.

—No estaba pensando en... Mira, no puedes presentarte sola en el Puente del Sur. Me da igual la clase de disfraz que lleves.

—Entonces, ven conmigo.

—Una persona no sería suficiente para protegerte. —Impulsivamente, le cogió la mano, como si pudiera convencerla tirando de ella. La mano de él era cálida, la palma encallecida por el uso de las armas—. No seas así, Raisa. ¿Por qué tienes que ir allí sola? Invéntate una historia. Di que vas al templo a rendir culto.

Raisa sacudió la cabeza.

—Eso significaría un séquito, ¿recuerdas? Guardias armados, carruaje y procesión. No quiero eso. No quiero que nadie descubra lo que estoy tramando.

—Bueno, en el Puente del Sur nunca está de más ir con guardias armados. —Al ver que ella no decía nada, añadió—: ¿Qué estás tramando exactamente?

—Preferiría no decirlo hasta que sepa si dará resultado.

—¿Y si no me puedo escapar? Probablemente estaré de servicio mañana.

Raisa se puso en pie.

—Bueno, voy a ir, contigo o sin ti. Si quieres venir conmigo, espérame al final del puente levadizo cuando den las vísperas.

—¿Planeas ir allí de noche? —dijo Amon, mirándola como si sus peores temores estuvieran haciéndose realidad ante sus ojos.

—Bueno, sí —dijo Raisa, en un tono de lo más razonable—. Es menos probable que se me reconozca en la oscuridad.

—También es más probable que te corten el cuello. O que te hagan algo peor. —

Se levantó, también, imponiéndosele con su estatura—. No es una buena idea. Créeme. ¿Cómo sabes que no te delataré? Podría contárselo a mi padre, y tendrían a alguien esperando para interceptarte.

—No lo harás. —Se apoyó en Amon y lo besó, y descubrió que en su rostro había un agradable principio de barba. Resistió el impulso de pasarle la mano por la mejilla—. Y gracias por haber venido esta noche. Siento como si fueras el único amigo que tengo.

Él hizo un último intento.

—Quizá no consiga llegar hasta Elena —dijo.

Ella descartó esa idea con un ademán.

—Tengo fe en ti. Y, de todas maneras, quiero hablar con uno de los oradores en el templo. —Fue hasta la abertura del túnel, en el centro del templo—. Incluso si no puedes venir mañana, quedemos aquí para dentro de una semana a partir de ahora, y te contaré cómo fue todo.

—Si todavía estás viva dentro de una semana —gruñó él.

Raisa le sonrió.

—Cierra la entrada por mí, ¿quieres? —Empezó a bajar por la escalerilla, sintiéndose más viva de lo que se había sentido nunca desde su regreso a la corte.

No era justo lo que le estaba pidiendo a Amon, y Raisa lo sabía. Él tenía mucho más que perder que ella. Era un miembro de la guardia de la Reina, juramentado para servirla. Su propio padre, capitán de la guardia, le había dicho que mantuviera las distancias con Raisa.

Aunque, pensándolo bien, no era como si ella le estuviera pidiendo que cometiera una traición. Era la princesa heredera, después de todo, y Amon también estaba a su servicio.

Pero ya estaba en apuros a causa de ella. Todo el mundo sabía que los Bayar eran unos enemigos muy peligrosos, y Micah estaría buscando una ocasión de hacerle pagar la forma en que lo había tratado. Y todas las excusas de Raisa no alteraban el hecho de que Amon sería el único que lo pagaría muy caro en el caso de que fueran descubiertos. Que lo destinaran a los Acantilados de Caliza sería el menos malo de todos los desenlaces posibles.

Santuario

Las campanas del Templo del Puente del Sur sonaron cuatro veces, reverberando sobre los adoquines y proclamando que eran las cuatro de la mañana y que cualquiera con dos dedos de frente estaría a salvo en su cama. Las antorchas a cada lado de la Entrada de la Bendición aún ardían, sin embargo, dando la bienvenida a cualquier persona necesitada a cualquier hora del día. En ese preciso instante, Han habría preferido estar envuelto en la oscuridad.

Oculto bajo la sombra del edificio, levantó la elaborada aldaba y la dejó caer por segunda vez contra la puerta de madera. Miró por encima del hombro, esperando sentir en cualquier momento el violento apretón de la guardia sobre su hombro o el frío metal de una hoja deslizándose entre sus costillas.

Oyó pasos en el interior, y luego el tintineo metálico del cerrojo cuando la puerta se abrió hacia dentro. Una consagrada con túnica blanca lo miró parpadeando, despeinada por el sueño. Parecía de la edad de Han.

—La paz sea contigo —dijo con un bostezo, y entonces abrió los ojos de par en par cuando reparó en su estado—. ¿Qué te ha pasado? —preguntó, con un acento del Puente del Sur—. ¿Te has peleado con alguien? —quiso saber, los últimos vestigios del sueño disipados por una ávida curiosidad.

—¿Puedo entrar? —preguntó Han, y luego, al ver que no reaccionaba, añadió un «Por favor»—. Juro por la Hacedora que no he venido aquí para hacer daño a nadie. —Se tambaleó un poco, y ella le pasó un brazo alrededor de los hombros y lo ayudó a avanzar hasta un banco de piedra en la entrada. Luego se apresuró a apartarse de él, pasándose las manos por la ropa.

—Apesta —dijo con una mueca.

—Lo siento. Me caí al río —dijo Han, cerrando los ojos cuando le dio un mareo.

—¿Qué le ha pasado a tu brazo? —preguntó ella.

Han pasó por alto la pregunta.

—¿Podrías despertar al orador Jemson, por favor? Es importante.

—Bueno, no sé si le hará mucha gracia que lo despierten a estas horas de la noche —dijo ella—. ¿Puedo darle un mensaje por la mañana?

Han mantuvo cerrados los ojos y no dijo nada; pasados unos instantes, la oyó alejarse por el corredor. Estaba a punto de quedarse dormido cuando oyó la voz de Jemson en un murmullo.

—Dices que hay un chico, y que está herido. ¿Es uno de nuestros estudiantes, Dori? ¿Lo has reconocido?

—No sé si lo reconocería, incluso en el caso de que lo conociera, maestro

Jemson. Pero le han hecho mucho daño, eso sí que lo sé.

Han abrió los ojos para ver a Jemson mirándolo desde arriba, alto y severo.

—Doy gracias a la Hacedora de que sigas con vida. Me temía lo peor.

—¿Dónde está Mari? —preguntó Han.

—Durmiendo, a salvo en el dormitorio. Las consagradas se han hecho cargo de ella. Le envié un recado a tu madre para que no se preocupara.

Han exhaló, volviendo a respirar después de lo que le había parecido una eternidad sin hacerlo.

—Tenemos que sacarla del Puente del Sur y llevarla de vuelta al Mercado de los Harapos —dijo—. Con un poco de suerte, nadie sabe dónde vivo o que tengo una hermana siquiera.

Jemson miró a Dori, que estaba escuchando con gran interés.

—Eso será todo, Dori —dijo—. Vete a la cama. Yo me encargo de todo a partir de ahora.

Dori se fue de mala gana, volviéndose varias veces hacia atrás.

El orador se arrodilló para poder mirar a Han directamente a los ojos.

—Dime, Hanson, ¿has tenido algo que ver con esos asesinatos? —preguntó hoscamente—. Necesito saber la verdad.

—No, señor —murmuró Han—. Lo juro.

—¿Alguna idea de quién puede haberlos cometido? ¿O por qué? —preguntó Jemson.

Han sacudió la cabeza.

—No. Pero me están culpando. La guardia de la Reina anda detrás de mí. —Bajó la vista hacia sus zapatos—. Siento involucrarlo en este asunto, y me iré si usted quiere que lo haga. Es sólo que... no tengo ningún sitio adonde ir. Si consigo llegar al campamento de los Pinos de Marisa, podré perderme de vista allí arriba durante un tiempo. Pero, antes, tengo cosas que hacer aquí.

—No me gusta cómo ha sonado eso —dijo Jemson—. Te fuiste esta mañana porque tenías «cosas que hacer», y ahora vuelves empapado en sangre y huyendo de la guardia. Me parece que sería mejor que pasaras página.

—Pero tengo que tratar de averiguar quién mató a los sureños —dijo Han—. Si fueron los harapientos, necesito saberlo. No puedo quedarme en las montañas toda la vida. No puedo dejar a mamá y a Mari abandonadas a su suerte.

—Ya veremos —dijo Jemson—. Mientras tanto, necesitas recuperarte de tus heridas. Si no me equivoco, ese brazo está roto.

Han se había estado sujetando el brazo herido con el otro. Lo tenía hinchado desde el codo hasta la muñeca, y empezaba a ponersele de un feo color verde azulado. La pulsera de plata se le clavaba en la muñeca, y la carne se abultaba alrededor de ella.

—No puedo pagar a un médico —dijo—. Quizá si lo entablillamos, podrá esperar hasta que llegue a los Pinos de Marisa.

—De hecho, aquí hay alguien que puede ayudar, creo —dijo el orador—. Acompáñame. —Ayudó a Han a levantarse del banco y lo condujo por el pasillo, sujetándolo del codo bueno con una mano y sosteniendo una lámpara con la otra. Los habitualmente concurridos corredores se hallaban extrañamente silenciosos, el templo durmiendo en torno a ellos. Jemson llevó a Han por delante del santuario y las aulas hasta los dormitorios donde se alojaban los internos y los consagrados.

Cruzaron un patio iluminado por la luna y Jemson abrió la puerta de una habitación que daba al jardín de la sanadora. Dentro había dos camas individuales, una silla de respaldo recto y una mecedora, una bañera para darse baños, un baúl, y una jofaina y una palangana.

Jemson colocó la lámpara sobre la mesa.

—Acuéstate y descansa un poco. Enseguida vuelvo.

Han se tendió en la cama con un suspiro de gratitud, sintiéndose culpable porque aún estaba sucio a causa del río, pero demasiado cansado para hacer nada al respecto. El mero hecho de contar con un refugio, un lugar donde dormir durante unas horas, era una bendición del cielo. El brazo le palpitaba con punzadas de dolor, pero estaba tan exhausto que se quedó dormido inmediatamente. Y despertó, sobresaltado, cuando alguien entró en la habitación y se sentó en el borde de su cama. Han buscó a tientas un cuchillo que ya no estaba allí.

—Caza Solo, ¿qué te han hecho los llaneros? —Willo dejó su bolsa de sanadora al lado de Han y puso una mano agradablemente fresca sobre su frente febril.

—¿Willo? —Tenía la boca tan seca que le costó enormemente articular la palabra—. ¿Qué haces aquí? —Willo rara vez iba a la ciudad. Decía que aspiraba toda su magia sacándosela de dentro.

—Tenía cosas que hacer en la Marca de los Páramos —dijo. Le examinó el brazo con extrema delicadeza, y el contacto de su mano era como agua fresca que fluyera sobre él, llevándose todo el dolor a su paso. Luego se levantó, echó un poco de agua de la jarra en un vaso, y le añadió el contenido de una bolsita adornada con abalorios de colores—. Toma —dijo—. Bebe. Es corteza de sauce. Ayudará a mitigar el dolor.

Era corteza de sauce y hierba tortuga, y tal vez algo más, también, porque entonces Han empezó a tener alucinaciones.

Una puerta se abrió y se cerró, y le pareció oír a Bailarín diciendo:

—¿Qué le ha pasado? ¿Quién ha hecho esto? Déjame verlo.

Entonces la voz de Willo, alguna clase de discusión, como si estuviera intentando persuadirlo de que se fuera. Pasos veloces, y entonces Bailarín se alzó sobre él, respirando entrecortadamente, los ojos inyectados en cólera, el rostro brillando de sudor y el pelo colgándole en largos mechones húmedos. Vestía una túnica de consagrado, el blanco muy intenso sobre su oscura piel.

—Caza Solo —susurró, al tiempo que extendía la mano hacia el rostro de Han.

Su piel se inflamó, y chorros de llamas salieron despedidos de su cuerpo. Han se cubrió la cara con el brazo bueno para protegérsela. Entonces Willo y Jemson

hicieron retroceder a Bailarín, llevándoselo consigo hasta que Han lo perdió de vista.

—No puedes ayudarlo, Bailarín —estaba diciendo Willo con voz apremiante—. Ve con Jemson y déjame hacer mi trabajo. Por favor.

—¡Bailarín! —gritó Han. Trató de incorporarse, pero la medicina lo había dejado sin fuerzas. Bailarín estaba enfermo. Bailarín estaba ardiendo. Bailarín de Fuego.

Unos instantes después, Willo regresó. Han trató de hablarle, de preguntarle qué estaba pasando, pero no pudo articular las palabras. Fue vagamente consciente de que Willo le enderezaba el brazo, pronunciando unas cuantas palabras sobre él, y que luego se lo entablillaba y se lo sujetaba al cuerpo. Y después de eso ya no supo nada más.

Despertó a última hora de la tarde. El sol entraba en diagonal por las ventanas, los pájaros cantaban y el perfume de las flores llegaba hasta él por la puerta abierta.

Se miró. De alguna manera lo habían bañado y vestido con una túnica blanca de consagrado. La hinchazón de su brazo había bajado espectacularmente. Lo tenía atado al pecho y el único recordatorio de las terribles punzadas del día anterior era una tenue molestia. Con un poco de suerte, podría volver a usarlo a finales de la semana. No era la primera vez que lo atendía Willo.

En su mente empezó a girar un remolino de imágenes. El garrote de Gillen descendiendo sobre su cabeza. Bailarín en llamas. El rostro preocupado de Willo.

Han sacó las piernas de la cama y se puso en pie. Sintió que le flaqueaban las rodillas y se dio cuenta de que tenía mucha hambre. Ésa era otra de las cosas que tenía la curación rápida: te dejaba con un hambre de lobo. Su bolsa estaba encima de la mesilla de noche, pero su ropa parecía haber desaparecido. Se dirigió descalzo hasta la puerta y miró dentro del jardín para ver que Dori caminaba hacia él con una bandeja de aspecto bastante prometedor.

—Madre Willo dijo que querías comer algo —dijo—. Me alegro de verte en pie. —Llevó la bandeja a la habitación de Han, la dejó encima de la mesa y luego se sentó en una de las camas y subió las rodillas, apoyando los pies en el armazón de la cama como si tuviera intención de quedarse un rato. Tenía una cara redonda y bonita, un poco echada a perder por sus ojillos azules y la mueca de desánimo que le fruncía los labios. Han no habría sabido decir qué clase de silueta había bajo la túnica, pero le pareció que sería más bien rellenita.

—Bueno, gracias —dijo, sentándose en la otra cama y apartando la servilleta que cubría la bandeja. Había temido que pudieran ser gachas o alguna otra comida de inválido, pero lo que encontró fue una buena rebanada de queso, un trozo de pan moreno y algo de fruta. Dio buena cuenta de todo, haciéndolo bajar con vasos de agua.

—Soy Dori —anunció ella, como celosa de la atención que estaba recibiendo la comida—. Y tú eres Han Alister —añadió, asintiendo juiciosamente—. He oído de

hablar de ti. Todo el mundo ha oído hablar de ti.

—Mucho gusto —dijo Han con la boca llena.

—Soy una consagrada de primer año —dijo ella—. Antes de eso, vivía en el callejón de la Zarzamora.

—Hummm —dijo Han, y al ver que ella lo miraba con expresión expectante, añadió—: ¿Qué te decidió a convertirte en una consagrada?

—Oh, fue idea de mi madre —dijo Dori—. Una boca menos que alimentar en casa. Era eso o doncella de una dama.

—Ah. Hum. ¿Y qué? ¿Te gusta?

—Está bien, supongo —dijo mientras tiraba de su túnica con una mueca de desaliento—. Pero me cansa tener que llevar esto todo el tiempo —murmuró—. Si al menos las hubiera de distintos colores...

Se inclinó hacia delante y dijo, en tono de complicidad:

—¿Cómo es ser líder de los harapientos? He oído decir que ofrecen mil mozas de recompensa por tu cabeza.

—Yo no soy ese Han Alister —dijo Han, pensando que debería escribirse con letras bien grandes en la parte delantera de la camisa—. No voy con pandillas.

—Oh —dijo Dori, decepcionada—. Así que nunca has matado a nadie, supongo. —Y, después de una pausa—: Pero eres rubio como él. Nunca había visto a un chico con el pelo tan claro. Lo tienes casi tan claro como yo. ¿Ves? —Se cogió un mechón de pelo y lo extendió hacia él para que lo inspeccionara—. ¿Tu padre tenía el pelo claro?

—No lo sé. —Han acabó de liquidar el queso y el pan, y se lamió los dedos—. Gracias por la cena —dijo, bostezando y volviendo a echarse en la cama, con la esperanza de que Dori captaría la indirecta y se iría.

Pero en lugar de eso fue hacia él y se sentó en el borde de la cama. Le cogió la mano buena y le subió la manga.

—Llevas la plata —dijo, mirándolo como si acabara de sorprenderlo tratando de robarle el dinero de la compra—. Eres Pulseras Alister, tienes que serlo.

—¿Qué más da si lo soy? —dijo él, deseando por milésima vez poder quitarse las malditas pulseras.

—Dicen que en tu cuartel general secreto tienes montones de tesoros esparcidos por todas partes, diamantes y rubíes y esmeraldas que le has robado a la nobleza, y que siempre vas vestido de oro y te sientas en un trono y tienes cautivas a muchas mujeres ricas y hermosas por las que pides rescate, y todas se enamoran de ti y no quieren que las dejes marchar.

—No sé de dónde ha salido ese rumor —dijo él.

—Y entonces, cuando las dejas marchar, les dices que cojan lo que quieran de tu tesoro para llevárselo consigo y ellas escogen un anillo o un collar o algo por el estilo y luego ya no se separan de él, por nada del mundo, y duermen con eso debajo de su almohada. Y algunas de ellas hacen votos en el templo, porque ya no les interesa

nadie después de haberte conocido.

Han se habría echado a reír si no fuera porque su instinto le estaba diciendo que corría peligro.

—Usa la cabeza, Dori —dijo—. Aún no he cumplido los dieciséis. ¿Cómo podría ser cierto nada de eso que dices? Además, ya no frecuento esos ambientes.

—¿Tienes novia? —preguntó ella, sujetándole la mano con fuerza—. Porque yo no tengo novio.

Han sabía que se estaban adentrado en terreno peligroso, pero en ese preciso instante alguien apareció en el hueco de la puerta como un ángel en miniatura enviado por el cielo.

—¡Han!

Era Mari.

Dori se apresuró a apartar la mano y se retiró a la otra cama. Han se incorporó en la suya y su hermanita le saltó a los brazos. O brazo, mejor dicho.

—Dijeron que estabas herido. ¿Qué le ha pasado a tu brazo? ¿Adónde fuiste ayer? ¿Por qué no volviste? —Era el habitual torrente de preguntas con que Mari solía abrumarlo.

—Me atacaron en la calle —dijo Han, lo que era completamente cierto—. Todavía andan detrás de mí, así que quizá tenga que mantenerme alejado durante un tiempo. Pero antes te llevaré a casa.

—¿Dónde vives? —preguntó Dori, su mirada yendo de Han a Mari.

—En la calle de los Adoquines, encima del establo —dijo Mari, antes de que Han pudiera detenerla. No habría sabido decir por qué hubiese debido hacerlo, sólo sentía que no quería que Dori supiera dónde encontrarlo. Suponiendo que volviera a casa alguna vez.

»Se te ve raro con esa ropa —dijo Mari—. Y tienes el pelo de punta. —Se mojó un dedo con la punta de la lengua y trató de alisárselo—. El maestro Jemson me ha dicho que viniera a ver si estabas despierto. Se supone que tienes que ir a verlo a su estudio. Ahora mismo, ha dicho, si te sientes capaz. —Le tiró de la mano.

—Ah. Bueno. Ya nos veremos, Dori —dijo, pensando «No si puedo evitarlo».

El estudio del orador Jemson era como un universo de libros, apilados en todas las superficies planas y en estanterías que se elevaban hasta el techo. Había pergaminos enrollados y guardados en hornacinas y extendidos sobre su escritorio, sujetos con piedras. Mapas de lugares lejanos estaban clavados a las paredes. La habitación olía a cuero, polvo, aceite de lámpara y erudición.

Cuando era pequeño, Han acostumbraba pasar horas en la biblioteca de Jemson. Jemson nunca lo persiguió insistiendo en que se lavara las manos antes de tocar las encuadernaciones decoradas con pan de oro o tuviera cuidado al volver las frágiles páginas. El maestro nunca le advirtió que no volcara el tintero cuando estaba transcribiendo algún pasaje, ni le dijo que no tocara las ilustraciones pintadas a mano. Nunca le vetó el acceso a un libro porque fuera demasiado complicado o demasiado

voluminoso para que lo mirara Han.

Pero su amor por los libros era contagioso, y así, de la manera más natural del mundo, Han aprendió a cuidar de ellos a pesar de que nunca había poseído ninguno.

Cuando llegaron, el orador estaba sentado a su escritorio, escribiendo algo en un pergamino, su tetera encima de un pequeño quemador junto a él. Sin levantar la vista, dijo:

—Siéntese, señor Alison. Señorita Mari, la oradora Lara está dando clase en el estudio de arte esta mañana. Tenga la bondad de ir a hacerle compañía mientras hablo con su hermano.

Mari se puso tensa y abrió la boca para protestar, pero Han le palmeó el hombro torpemente.

—Ve —dijo—. No te preocupes. Iré a buscarte en cuanto haya acabado.

Luego permaneció sentado en silencio durante unos minutos mientras Jemson continuaba con lo que fuese que estaba escribiendo. Cuando el orador hubo terminado, esparció un poco de arena sobre el pergamino y lo dejó a un lado. Luego levantó la vista hacia Han por primera vez.

El orador parecía de alguna manera mayor que el día anterior, su cara surcada por nuevas líneas de dolor.

—¿Quiere un poco de té, señor Alison? —preguntó, cogiendo un tazón del estante de detrás de su escritorio.

Han se inclinó hacia delante en su asiento.

—¿A qué viene esto? ¿Qué ha pasado?

Jemson le sirvió el té de todas maneras.

—Esta mañana han encontrado dos cuerpos más —dijo.

—¿Sureños? —preguntó Han.

Jemson asintió con la cabeza.

Han se lamió los labios; la cena que había liquidado con tanto apetito le pesaba en el estómago.

—¿Lo mismo de antes?

Jemson volvió a asentir con la cabeza.

—Los habían torturado. Tenían quemaduras en distintos sitios. No estaba claro cuál había sido la causa de la muerte. Tal vez murieron de miedo.

—¿Ha visto los cuerpos?

Jemson dio vueltas al tazón en su mano.

—Los han traído aquí, con la esperanza de que pudiéramos identificarlos. Yo los conocía a los dos. Josua y Jenny Marfan. Eran hermanos. Solían acudir al templo antes de que me los robaran las calles. Siempre abrigué la esperanza de que lo dejaran. Como has hecho tú.

La mirada que le lanzó el orador no pudo ser más elocuente, y Han supo que estaba esperando que él le diera alguna información motu proprio. Jemson podía hacer que una persona confesara cualquier crimen con sus silencios. Han solía pensar

que la guardia sería mucho más eficiente si lo contratara para hacerse cargo de los interrogatorios.

—Como le dije antes, no sé nada sobre el asunto —dijo—. Usted sabe que no he tenido ninguna participación personal en ello, puesto que estuve aquí toda la noche. La guardia culpará a los harapientos, pero no tiene sentido. No se me ocurre qué mensaje estaban tratando de enviar, pero con los seis sureños habría bastado. No había razón para matar a dos más. A menos que pretendan limpiar de sureños todo el Puente del Sur.

Jemson levantó una ceja.

—¿Ésa es una posibilidad?

Han se encogió de hombros.

—Difícilmente. El Mercado de los Harapos es el mejor territorio. Cuanto más te acercas al castillo de la Marca de los Páramos, más circula el dinero y hay más víctimas fáciles con la bolsa llena. Aquí tienen a Mac Gillen chupándoles las ganancias. Gillen asegura estar en venta, pero te traicionará a las primeras de cambio si necesita un chivo expiatorio. He oído decir que tiene contactos en las altas esferas, así que supongo que nunca lo pondrán de patitas en la calle. Así que lo que estoy diciendo es que no merece la pena que te compliques la vida tratando de hacerte con el control del Puente del Sur.

Sopló sobre su té y bebió un sorbo con cautela.

—En el Mercado de los Harapos, uno puede convivir con la guardia. La mayoría de ellos son de allí, y prefieren quedarse en sus guarniciones jugando a las cartas o a los dados. Nadie intenta labrarse una reputación. Si haces un trato con ellos, lo respetan. A menos que hagas algo que no puedan pasar por alto, no irán a por ti. Ésa es la razón por la que todos estos asesinatos son una estupidez.

—Una estupidez... —Jemson lo miró como si Han acabara de hablarle en un idioma extranjero.

—Bueno, sí. Lo único que sacas de ello es el derecho a alardear, y alardear siempre atrae a los chaquetas azules. Tienes que saber jugar tus cartas. Cuando yo controlaba a los harapientos, nosotros nunca... —Se calló al ver la cara que estaba poniendo Jemson—. Dígalo —gruñó—. Lo que sea que está pensando.

—Estoy pensando que hay otras razones para no matar a la gente, aparte de que no saques nada de ello, como afirmas tú —dijo Jemson sin levantar la voz.

—Sí. Bueno. Puedo cantar la tonada que usted quiera, eso ya lo sabe —dijo Han—. Me limito a contarle las cosas como son.

—Lo sé, y te lo agradezco. —Jemson se frotó la frente con el dorso de la mano—. Perdona. Es sólo que a veces me siento frustrado. Señor Alister, veo que su reputación como líder y estratega es merecida. Y todas esas cualidades que hicieron de usted una auténtica estrella de las pandillas callejeras podrían llevarlo a donde quisiera. La actividad comercial. El ejército. La corte en la Marca de los Páramos. —Suspiró—. Deberían llevarlo, de hecho. Pero demasiados de los niños de los que me

ocupo acaban muertos. Qué desperdicio.

—Las cositas que vienen al Templo del Puente del Sur son más listas que el hambre —dijo Han, pensando en Mari—. Pero aquí no hay nada para ellas, excepto las pandillas. Algunos entran en ellas porque les hacen sentirse importantes por primera vez en su vida. Algunos porque en el fondo son unos matones. Muchos lo hacen porque es la única forma de sobrevivir. No es perfecta, pero al menos tienes a alguien que te cubre las espaldas. Puedes alimentar a una familia con tu porción del botín si te entiendes con el señor de la calle adecuado. A menos que te maten, claro, y nadie piensa que le puede tocar a uno. —Esbozó una sonrisa—. Y si te toca, al menos después no tienes que ver cómo tu familia come arcilla para llenarse el estómago.

»¿Sabe lo dura que ha sido la vida para mí desde que dejé a los harapientos? Tengo que trabajar el triple para obtener la mitad de los ingresos que antes. Los sureños todavía me la tienen jurada y los harapientos no acaban de tener claro de qué voy. No pasa un día sin que me pregunte si no habría sido mejor quedarme donde estaba.

—¿Por qué lo dejaste, entonces? —preguntó Jemson. Carraspeó—. Visto que se te daba tan... bien.

—Mari —dijo Han sin andarse con rodeos—. No quería esa clase de vida para ella. Y cuando estás en las pandillas, querer a alguien es como poner tu corazón en una bandeja y servírselo a tus enemigos. Cuando vivía en las calles, nunca fui a visitar a mamá y a Mari, y me comportaba como si las odiara. Les mandaba dinero, pero tenía que andarme con mucho cuidado cuando lo hacía. Tenía a unos cuantos harapientos vigilando la casa, pero aun así. Basta con un momento de descuido, con un pandillero que quiera hacerse una reputación. No habría tardado en llegar el momento en que Mari hubiese tenido que entrar en la pandilla para estar a salvo.

—¿Qué esperas de Mari? —preguntó Jemson en voz baja.

—No lo sé. Depende de lo que ella quiera. —Han movió la mano en un gesto que abarcó lo que les rodeaba—. Este sitio le gusta. Tal vez quiera ser una oradora algún día. Pienso que sería una buena maestra. Quizá podría encontrar un buen empleo en el castillo, siempre que nadie intente aprovecharse de ella. Tiene buen oído para la música. Si tuviera el dinero, la enviaría al conservatorio del Vado de Oden. —Alzó la mirada hacia Jemson—. Eso es todo. Quiero que Mari pueda elegir.

Jemson asintió con la cabeza.

—Mari es muy inteligente. Igual que tú. —Hizo una pausa—. Pero en estos momentos tus opciones están bastante limitadas. La guardia buscará debajo de cada piedra, tratando de dar contigo. Aunque las víctimas sean pandilleros de la calle, ocho cadáveres son muchos cadáveres.

—Tengo pensado subir a los Pinos de Marisa y quedarme allí arriba una temporada —dijo Han—. Pero no puedo permitirme pasar el resto de mi vida escondido en las Espíritus. Así que primero quiero tratar de averiguar quién cometió los asesinatos.

—¿Cómo piensas hacer eso, con la guardia buscándote?

—Quiero hablar con los harapientos, enterarme de lo que saben. Si puedo establecer contacto con los sureños, lo haré. Puede que se hayan hecho unos cuantos enemigos de los que no sé nada.

—Supongo que no podré convencerte de que no lo hagas.

—No puedo ganarme la vida con la guardia pisándome los talones —dijo Han—. Tengo que limpiar mi reputación de alguna manera. Lo único que se me ocurre es tratar de encontrar a otra persona para que la guardia vaya a por ella.

—Muy bien. —Jemson sacó una bolsa de tela de debajo de su escritorio—. Esto es para ti. —Se la tendió.

Han la sopesó.

—¿Qué es esto?

—Te lo ha mandado Willo.

—¿Dónde está? —preguntó Han, mirando a su alrededor como si la matriarca pudiera aparecer en cualquier momento. Willo tenía un talento especial para no ser vista si no quería que la vieran. Han había abrigado la esperanza de que le echara otra mirada a su brazo. Una segunda imposición de manos tal vez habría acelerado el proceso de curación.

—Ha vuelto a los Pinos de Marisa. Ya ha hecho lo que tenía que hacer. Pero dice que vayas y te quedas con ella todo el tiempo que quieras.

Han frunció el ceño.

—Bailarín estuvo aquí, también. —Miró a Jemson—. ¿Verdad? Me pareció verlo. Jemson titubeó, y luego asintió con la cabeza.

—Sí. Bailarín estuvo aquí con su madre. Ya se han ido, los dos.

—Está enfermo, ¿verdad? —preguntó Han—. Hubo algo... era casi como si estuviera siendo consumido por las llamas ante mis ojos. O me estoy volviendo loco —añadió.

Jemson se alisó los pliegues de la túnica, evitando mirarlo a los ojos mientras lo hacía.

—Apenas te enterabas de nada, muchacho. Recibiste un buen golpe en la cabeza.

Se suponía que los oradores no mentían, pero eran tan capaces como el que más de dar vueltas alrededor de un tema.

—Bueno, ¿y esto qué es? —preguntó Han mientras intentaba desatar el cordoncillo de la bolsa con una sola mano. Jemson cogió la bolsa y la desató por él.

—Por lo visto, Willo te conoce muy bien. Dijo que no vendrías inmediatamente, que antes querías aclarar las cosas aquí. —Metió la mano en la bolsa y sacó de ella una bolsita.

»Es alheña e índigo, para que te tiñas el pelo —dijo—. La mezcla debería dejártelo de un castaño pelirrojo. Con un poco de suerte, así no te reconocerán fácilmente. También hay un poco de dinero y ropa del clan. —Miró a Han vestido con su túnica de consagrado y sonrió maliciosamente—. Porque me imagino que no

querrás quedarte y hacer los votos, ¿verdad?

Pan y rosas

Raisa descubrió que la lavandería del palacio era un buen sitio para buscar disfraces. La ropa de todo el mundo, salvo la de quienes se consideraban demasiado elegantes para someterla a la humillación de que la lavaran, pasaba por allí. Y ahora ella no necesitaba ir elegante.

Esperaba poder pasar por la doncella de una dama o la gobernanta de alguien, pero no era fácil encontrar prendas de ese tipo que se adaptaran a su esbelta figura. Tras rebuscar entre la ropa recién lavada, acabó decidiéndose por una falda larga y una blusa de lino blanco con un ceñido corpiño de encajes encima. Tuvo que atarse las mangas para que dejaran de caerle sobre las manos, y la falda se arrastraba por el suelo. Incluso después de haber recogido su larga melena en un bonete de encaje, seguía sintiéndose completamente reconocible. Ella era la princesa heredera del reino. Todos la conocían. ¿Cómo iba a conseguirlo?

«Hanalea no tenía miedo», se dijo. La Reina legendaria con rasgos plebeyos solía deambular anónimamente entre sus súbditos. Si ella había podido hacerlo...

Ensayó un paso tímido, arrastrando los pies, procurando no tropezar con aquellas faldas demasiado largas, sin dejar de hacer reverencias cada tantos metros. Mantenía la vista baja mientras murmuraba «Sí, señora» y «No, señor». Ocultó su disfraz en la cámara oculta al pie de las escaleras del jardín.

Quiso la suerte que Magret tuviera que ir a acostarse al mediodía, presa de una de sus terribles jaquecas. Raisa se lo tomó como una señal de la Hacedora, y mandó avisar a su madre de que cenaría en sus aposentos. Luego, a última hora de la tarde, entró en la Estancia de los Enredos Románticos.

Era el nombre que le había puesto ella. Consistía en un pequeño armario adyacente a su dormitorio en el que Magret guardaba los regalos enviados por sus aspirantes a pretendiente tras haber tomado nota de todos los particulares en un libro de cuentas al que Raisa llamaba El Gran Libro de los Sobornos.

Los regalos celebraban ostensiblemente la Decimosexta Onomástica de Raisa, su entrada oficial en la edad adulta y, casualmente, en el mercado matrimonial.

Puñados de joyas rebosaban de una arqueta de plata enviada por Henri Montaigne, heredero al trono de Arden y recientemente asesinado. Al menos, él no esperaba obtener beneficios de su inversión. Los otros hermanos Montaigne habían hecho llegar sus propios regalos, cada uno sin duda esperando que un matrimonio con la princesa heredera de los Páramos reforzara sus pretensiones o proporcionara una buena fuente de ingresos para la guerra que asolaba sus tierras.

Markus IV, rey de Tamron, había enviado un valiosísimo juego de joyeros

esmaltados y una invitación a visitar su casa de playa en la Bahía de las Arenas. Los joyeros lucían las iniciales «J» y «R» entrelazadas. Markus parecía no sentirse amilanado por el hecho de tener tres esposas.

La Casa de la Aguilera le había regalado una tiara y un collar con esmeraldas y rubíes, sus colores intensos más adecuados a la negrura del pelo y el verdor de los ojos de Raisa que las amatistas y los topacios por los que se inclinaba su madre. El pendiente del collar era la imagen de una serpiente. Raisa se preguntó si las joyas habrían sido escogidas por Fiona.

El regalo de We'enhaven consistía en un escritorio de maderas tropicales adornado con esmaltes y piedras preciosas. La Logia Demonai había enviado ropajes ceremoniales del clan en una suavísima piel de gamo, pintados y adornados con su tótem de Lobo Gris, y los Pinos de Marisa habían contribuido con unos zapatos de baile a juego y un cobertor de piel para su cama.

Lo que recordó a Raisa que, aunque su padre proviniera de la realeza del clan, las logias aún no habían presentado ningún candidato a su mano.

Haciendo a un lado los regalos de la Casa de la Aguilera y del clan, fue metiendo las joyas y las pequeñas obras de arte en su zurrón hasta que ya no le cupo nada más. Se concentró en los regalos de países extranjeros, más pequeños y no tan llamativos, que tenían menos probabilidades de ser reconocidos.

«Con esto bastará para empezar», pensó. Se echó la bolsa al hombro, salió del almacén de los tesoros, y cruzó su dormitorio hasta el otro armario y la entrada al túnel. Allí se puso su disfraz y subió por la escalerilla que llevaba al jardín.

Las linternas ya estaban encendidas a lo largo de los corredores y un apetitoso olor a carne asada emanaba de las cocinas. Raisa se mantuvo dentro de los pasillos de la servidumbre, pero no estaba familiarizada con ellos, de modo que se equivocó de camino varias veces. Caminaba con paso decidido, mirando hacia delante como si se le hubiera encomendado alguna misión importante que no podía ser interrumpida. Pero eso no es fácil de hacer cuando te has perdido.

Estaba pasando por delante de las alacenas cuando vio ante ella la imponente figura de Mandy Bulkleigh, señora de las cocinas, plantada de brazos cruzados mientras sus ojos recorrían los pasillos como los de un ave de presa.

«Huesos», pensó Raisa, apretando el paso y bajando aún más la cabeza. Moleigh la dejó avanzar hasta que casi la hubo dejado atrás antes de recurrir a su voz de trueno.

—¡Tú! ¡Chica!

Raisa no aflojó el paso, ni siquiera levantó la vista. Tres pasos más, y oyó que Moleigh iba tras ella.

Raisa podría haberlo conseguido, pero entonces se le enredaron los pies en aquella dichosa falda que no se acababa nunca y trastabilló. Moleigh cerró sobre su brazo una mano como un jamón, y la puso en pie de un tirón.

—¡Tú! ¡Chica! ¿Estás sorda? —inquirió.

Raisa resistió su primer instinto, que era quitarse de encima la manaza de Moleigh y preguntarle quién se había creído que era, agrediendo de aquella forma a la princesa heredera del reino, y si le gustaría pasar la noche en las mazmorras.

En lugar de eso, mantuvo la cara lo más vuelta hacia la pared que pudo, con la esperanza de deshacer el entuerto.

—¿Sí, señora? —farfulló. Pero Moleigh la agarró por la barbilla y le levantó la cara hasta que sus ojos se encontraron con los de Raisa.

—Mírame cuando te hablo, chica —dijo la cocinera. Raisa la miró a los ojos y esperó resignada a que Moleigh la reconociera, poniendo un prematuro punto final a su malhadada aventura.

—¿Cómo te llamas, chica? —inquirió Moleigh, zarandeándola un poco—. Voy a hablarle de ti al mayordomo, eso es lo que voy a hacer. Mocosa impertinente.

Raisa estaba tan asombrada que necesitó unos instantes para conseguir que le saliera la voz.

—Hum... R... Rebecca, señora —dijo—. Rebecca Morley, para serviros —añadió, con un intento de reverencia.

—¿Adónde ibas con tanta prisa? —preguntó Moleigh, sus ojos fríos como el acero.

—Bueno. Iba... eh... iba a ir al mercado para...

—Lo que fuera que estabas haciendo no es tan importante como esto. —La cocinera la soltó, se dio la vuelta y cogió una bandeja cubierta que puso en las manos de Raisa—. La princesa heredera va a cenar en sus habitaciones —dijo—. Lleva esto arriba y déjalo en la despensa.

Raisa parpadeó.

—¿Esto es para la princesa Raisa? —preguntó.

—Para ti, la princesa heredera —dijo Moleigh—. Ahora arreando con la bandeja, que se va a enfriar. Como haya alguna queja, te desollaré viva. La princesa es muy maniática con la comida.

—¿Sí? —dijo Raisa, sin pararse a pensar—. ¿Y queréis que le lleve la cena? —Habría añadido, «¿No os preocupa el veneno, los asesinos o...?», pero mantuvo cerrada la boca al ver la expresión de la cocinera.

—¿Ves a alguien más esperando el encargo? —dijo la cocinera sarcásticamente—. La reina Marianna está presidiendo una cena para cincuenta comensales en el comedor principal, y por supuesto que habría sido mucho más cómodo para todos que su alteza hubiera bajado a comer con el resto de ellos —dijo Moleigh—. Ahora en marcha.

Raisa enderezó los hombros, dio media vuelta y volvió a toda prisa por donde había venido. En cuanto la cocinera la hubo perdido de vista, escondió la bandeja detrás de una estatua de la reina Rissa dando de comer a las multitudes y dejó los corredores de la servidumbre para ponerse a cubierto en los pasillos principales.

Se sentía aliviada y, sin embargo, de alguna manera, decepcionada. Era la

princesa heredera, pero aparentemente irreconocible con las ropas de una sirvienta. En las historias, los gobernantes irradiaban un resplandor natural que los identificaba como tales, incluso si vestían harapos.

«¿Cuál es la naturaleza de la realeza?», se preguntó. ¿Era como un vestido que te pones y que desaparece en cuanto te lo quitas? Provista de los accesorios necesarios, ¿cualquier muchacha del reino podía ocupar su lugar?

Sin más incidentes, cruzó la puerta de la torre, dejando atrás a los guardias de hoscas semblantes de la entrada, pasó por debajo del rastrillo de aspecto amenazador y se adentró en el frío del anochecer. Los sirvientes del turno de día que vivían fuera del perímetro del castillo salían en torrente por el puente levadizo, encaminándose a sus hogares. Los más jóvenes reían, bromeaban y flirteaban entre ellos. Algunos de los de mayor edad arrastraban los pies al caminar, obviamente cansados.

Los reflejos de las antorchas danzaban sobre las aguas del río cuando Raisa cruzó el puente. Al llegar al final, se detuvo y volvió la mirada hacia el castillo de la Marca de los Páramos, tratando de imaginar qué pensaban de él los habitantes de la ciudad cuando lo veían allí, remoto y meditabundo, presidiendo la ciudad.

Amon esperaba junto a la torre de entrada al puente, en el extremo de la ciudad, observando al río de gente que salía por el puente levadizo. Raisa se sorprendió al ver que se había quitado el uniforme azul de guardia y ahora llevaba unos pantalones oscuros y una larga capa. No obstante, cuando Amon se volvió ella pudo ver la empuñadura de su espada sobresaliendo de la parte delantera de su capa.

Si había esperado engañar a Amon, se llevó una decepción. Él clavó la mirada en Raisa cuando la tuvo a quince metros, y no dejó de observarla mientras se abría paso hacia él por entre el gentío. Raisa se detuvo ante él y le hizo una reverencia, con una amplia sonrisa en el rostro.

—Soy Rebecca Morley, joven señor —dijo—. ¿Qué tal estoy?

—Llegas tarde —gruñó él—. Empezaba a abrigar la esperanza de que lo hubieras dejado correr.

—Finjamos que somos un par de enamorados que se reúnen después del trabajo —dijo ella, cogiéndolo del brazo—. Conseguí engañar a la Señora de las Cocinas, ¿sabes? —añadió, muy satisfecha de sí misma.

—Hummm —fue el comentario de Amon—. Estarías más convincente si fueras vestida de chico —dijo—. Y si fueras fea, claro.

Raisa supuso que era una especie de cumplido.

—¿Por qué no llevas tu uniforme? —preguntó.

Amon resopló.

—Un guardia solo es más un blanco que una protección —dijo mientras la llevaba hacia el Camino de las Reinas—. Seguiremos esta calle a través del Mercado de los Harapos hasta llegar al puente —dijo.

—Creía que tendríamos ocasión de ver parte del barrio —dijo Raisa, mientras él la conducía en línea recta directamente por el centro de la calle.

—Verás más de lo que quieres ver, antes de que hayamos acabado. —Liberó delicadamente su brazo derecho del brazo de Raisa y la desplazó hacia su costado izquierdo—. Para que pueda echar mano de mi espada —explicó cuando ella lo interrogó con la mirada.

«Sangre y huesos, está nervioso», pensó Raisa.

La luz del crepúsculo casi no llegaba al Valle. En cuanto el sol se ponía tras la Puerta Oeste, la oscuridad se extendía en riachuelos a través de las calles y no tardaba en inundar toda la ciudad. Cerca del castillo de la Marca de los Páramos, los faroleros encendían las linternas mágicas que bordeaban el Camino. Pero conforme avanzaban hacia el sur, incluso en el Camino se iba reduciendo el número de linternas callejeras y muchas de ellas parecían estar rotas o inutilizadas o, sencillamente, descuidadas.

Cerca del castillo, la basura se recogía y almacenaba lejos. Pero allí, la gente la empujaba fuera de sus puertas y la dejaba en las aceras, apestando.

Al principio, estaban rodeados de gente, pero los transeúntes fueron desapareciendo en grupos de dos y tres por calles y callejones laterales, y pronto se encontraron andando solos. De vez en cuando pasaban junto a alguna ruidosa taberna con corrillos de gente que hablaba en voz alta, escupía en la cloaca y sujetaba jarras de cerveza.

A veces había chicas de pie en los porches, siguiéndolos con la vista cuando pasaban. Llevaban ropas chillonas y montones de maquillaje, pero a Raisa le pareció que algunas eran más jóvenes que ella. Miraban a Amon con ojos lascivos pero no le dirigían la palabra al verlo cogido del brazo de Raisa.

—¿Son chicas de vida alegre? —le preguntó a Amon.

Amon se limitó a emitir un gruñido. Raisa intentó imaginar lo que sería ir sola por esa calle, y se estremeció. Se acomodó el zurrón sobre el hombro, plenamente consciente de su valioso contenido y sintiéndose como un objetivo.

Las casas parecían estar cerradas a cal y canto, las persianas bajadas, como si no quisieran atraer la atención proyectando un poco de luz a las calles.

Empezó a caer una fina lluvia. Amon la ignoró, pero Raisa se estremeció y se ciñó la capa al cuerpo.

—¿Dónde está todo el mundo? Tampoco es tan tarde. Debería haber gente de camino a su casa.

—La mayoría de la gente es demasiado sensata para andar por este barrio después de oscurecer —dijo Amon, lanzándole una significativa mirada de soslayo.

—¿Cómo se desplazan, entonces? —preguntó Raisa.

—No lo hacen —respondió Amon, que no parecía tener muchas ganas de hablar.

—¿Y qué hay de la guardia? —preguntó Raisa.

—La guardia no puede estar en todas partes —dijo Amon—. Y algunos dicen que en el Mercado de los Harapos se la soborna para que se mantenga alejada.

—¿Se la soborna? —Raisa frunció el ceño—. ¿Quién la soborna?

—Los mismos de los que te hablé antes. Los señores de la calle. —Amon parecía

distraído, concentrado como estaba en lo que les rodeaba en las calles, que, con la lluvia y la falta de farolas, estaban tan oscuras como un sótano. Raisa estaba empezando a pensar que Amon tenía razón, que aquello no había sido una buena idea. Una rata cruzó la calle corriendo delante de ellos, y Raisa se cogió del brazo de Amon.

—Sólo es una rata —dijo él, sin perder la calma—. Te acostumbras a ellas.

«Sólo es una rata», se repitió Raisa a sí misma. Después de todo, había ratas en el palacio. Humanas y de otras clases. Podría ser peor. Podría ser mucho, mucho peor.

Pero cuando el viento golpeó un postigo contra la fachada de un edificio, Amon desenvainó su espada en un abrir y cerrar de ojos. Una vez identificado el origen del ruido, puso los ojos en blanco y volvió a enfundar su hoja, pero mantuvo la mano sobre le empuñadura.

Poco antes de llegar al Puente del Sur, Raisa miró a un lado, dentro de un callejón donde una ventana sin proteger proyectaba luz sobre el pavimento mojado. Vio un destello de movimiento, como si alguien estuviera yendo en paralelo a ellos una manzana más allá. Se mantuvo alerta y, en el siguiente cruce, vio sin lugar a dudas cómo alguien se escurría de una sombra a otra. ¡Y allí! Lo mismo, en el otro lado.

Se agarró del brazo a Amon, con el pulso desbocado.

—Alguien nos está siguiendo —siseó.

Pero esta vez, él pareció quedarse tan tranquilo.

—No pasa nada —le susurró él—. Ya casi estamos en el puente. Los harapientos no nos seguirán al interior del Puente del Sur.

—Pero, ¿no dijiste que los harapientos acaban de matar a media docena de sureños? ¿En el Puente del Sur? —insistió ella, haciendo un esfuerzo mental por recordar los nombres de las pandillas.

—Tú sólo mantente pegada a mí —murmuró él.

Raisa se enfadó al ver que su reacción no iba más allá de eso.

—¡Amon Byrne! ¿Me has oído? ¡Nos están siguiendo! Hay dos o tres de ellos a cada lado. Estoy segura. —Raisa buscó debajo de su capa y desenvainó la daga que llevaba en el cinto.

Amon la miró con los ojos muy abiertos.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó.

—Del Campamento Demonai. Está hecha en el clan.

—Bueno, guárdala. No la vas a necesitar.

Y entonces cayó en la cuenta, y Raisa se detuvo en seco.

—Tú sabes quién nos está siguiendo, ¿verdad? —dijo, girando en redondo para encararse con él—. ¿Verdad? ¿Quiénes son?

—¿Quiénes son quiénes? No sé de qué estás hablando —dijo él, mirando a un lado y a otro.

—¿Quiénes son? ¿La guardia?

Amon asumió lo que él probablemente pensaba era una expresión inocente, pero

siempre se le había dado muy mal mentir.

—¿Por qué iba a estar siguiéndonos la guardia?

—¡Eh, vosotros! —gritó Raisa—. ¡Dejaos ver! ¡Os lo ordeno!

—Chis —siseó Amon, un poco irritado.

—Entonces dime quiénes son.

—Bueno... —dijo con un carraspeo—. Son... unos amigos míos. Y sí, están en la guardia.

—Te dije que...

—Ellos no saben quién eres. Les dije que necesitaba acompañar a mi hermana hasta el Templo a través del Mercado de los Harapos y les pregunté si estaban dispuestos a proporcionarme escolta. Les dije que tú eres muy tímida con los chicos, y que sería mejor que trataran de pasar desapercibidos. —Raisa vio por su expresión que se sentía muy orgulloso de la historia que había contado.

—¡Tu hermana! ¿Cómo esperabas que se creyeran que soy tu hermana? Ella hace dos como yo. —Amon tenía una hermana, Lydia, que era casi tan alta como él.

Él flexionó las manos nerviosamente.

—Bueno, eres mi otra hermana. La... bajita, que siempre ha sido muy religiosa. Les dije que habías ingresado en los consagrados a temprana edad. —Amon pareció darse cuenta de que no estaba haciendo más que complicarse aún más las cosas—. En fin. ¿Y si...?

—¿Por qué no les dices que vengan? —dijo Raisa, en tono frío y pausado—. No hay necesidad de que vayan acechando por los callejones.

—Está bien. —Silbó, un sonido largo y suave. Tenía que ser una señal acordada de antemano, porque unos instantes después, Raisa oyó un ruido de pies que corrían mientras la guardia venía hacia ellos. No habría sabido decir qué la impulsó a hacerlo, pero esperó hasta que estuvieron a un par de metros y entonces agarró a Amon por las solapas y le hizo bajar la cara para besarlo apasionadamente.

Besar a Amon no había perdido nada de su atractivo. Sus labios eran firmes y cálidos, y muy distintos a los de Wil Mathis, húmedos y nada habilidosos. Él necesitó unos instantes para decidirse a interrumpir el beso y, cuando Raisa levantó la vista, se hallaban rodeados por seis guardias boquiabiertos vestidos de civiles, todos los cuales tendrían su misma edad.

—Bueno... ah... Amon —dijo uno de ellos—. Quieres mucho a tu hermana, me parece.

Amon tenía las mejillas encendidas.

—Lo siento. A veces le dan esos arranques —gruñó—. Recibió un golpe en la cabeza cuando era pequeña.

Ahora, viajando como un grupo, cruzaron el Puente del Sur sin incidentes y entraron en el recinto del Templo.

Fue como adentrarse en otro mundo. El Templo estaba rodeado por huertos de hierbas, hortalizas y plantas para hacer tintes, surcados por senderos iluminados con

antorchas, un santuario de serenidad en medio de la miseria del Puente del Sur.

Una joven que llevaba una de las largas túnicas de los consagrados los recibió en la puerta con una reverencia.

—Un comerciante ha llegado hace un rato —dijo, contemplando a los guardias con sus capas goteantes—. Está con el orador Jemson en el estudio, al final del pasillo a la derecha. ¿Me dais vuestras capas?

Apilaron sus prendas para la lluvia mojadas en sus brazos, y la joven prácticamente se tambaleó bajo el peso.

—¿Te importa que nos quedemos aquí? —le preguntó a Amon uno de los guardias, obviamente temeroso de verse involucrado en alguna clase de discusión filosófica.

Amon miró a Raisa.

—¿Quieres que...?

—Ven conmigo —dijo ella—. Creo que deberías saber lo que me traigo entre manos.

—¡Por fin! —murmuró él sin ninguna cortesía mientras entraban en el pasillo—. Ya iba siendo hora.

—Mira quién habla —replicó ella—. Querido hermano.

Con sus paredes recubiertas de estanterías y calentado por un fuego que ardía alegremente, el estudio del orador Jemson le recordó la biblioteca del Templo en el castillo de la Marca de los Páramos. Los acogedores sillones que había junto al hogar se hallaban ocupados por dos hombres, uno de ellos con el atuendo de un comerciante del clan y el otro con la túnica de un orador. Parecían estar inmersos en una animada discusión, casi un debate.

Cuando entraron, el comerciante se levantó y se volvió hacia ellos.

Raisa se paró en seco.

—¡Padre! ¡Has vuelto!

Averill cruzó de unas cuantas largas zancadas el espacio que los separaba y la tomó en sus brazos. Raisa apretó la cara contra la camisa de piel de gamo que llevaba, aspirando el olor de su padre. Averill siempre despedía un olor exótico, a piel de gamo, especias, espacios abiertos y lugares lejanos. Por la Hacedora, lo había echado de menos.

Manteniendo la distancia con el brazo, su padre le sonrió.

—Raisa, te he visto llevando unos leotardos y te he visto llevando un vestido de la corte, pero no puedo decir que te haya visto nunca así.

—Voy disfrazada —confesó ella alegremente, dejando su zurrón sobre la mesa y despojándose de su capa mojada.

—Pero ¿llevas el regalo de Elena Cennestre? —dijo él, tocándose el cuello.

Raisa asintió con la cabeza y se sacó de debajo del corpiño el anillo del Lobo Que Corre.

—Bien —dijo su padre.

El orador Jemson también se había levantado de su sillón, y cuando Raisa se volvió hacia él, se inclinó respetuosamente pero de manera un tanto recelosa.

—Alteza, el consorte real no ha querido decirme cuál es el propósito de vuestra visita, pero nos sentimos muy honrados de teneros aquí en el Templo del Puente del Sur.

Raisa extendió la mano, y él se la besó.

—Nunca nos hemos encontrado oficialmente —dijo—, pero os he oído hablar en el templo varias veces. Me impresionó mucho lo que dijisteis sobre vuestra escuela y vuestra obligación de atender a los pobres.

A Jemson se le subieron un poco los colores, pero por lo demás permaneció impertérrito, lo que agradó a Raisa.

—Vaya, alteza, espero que no tomarais mis palabras como excesivamente críticas hacia la Reina y el Consejo. Sin embargo, es un tema que me apasiona y...

—Vuestras palabras fueron críticas, y probablemente con justicia —dijo Raisa—. En el castillo de la Marca de los Páramos, estamos aislados de las privaciones que nuestro pueblo experimenta cada día. No hacemos las preguntas que deberíamos hacer y, si las hacemos, los que nos rodean suelen decirnos lo que queremos oír.

—Supongo que es así —dijo Jemson, a la manera de un hombre que, sabe, debería refrenar su lengua, pero que no es capaz de contenerse—. Pero resulta frustrante para quienes vivimos en esta ciudad, para quienes vemos el sufrimiento cada día. No podemos evitar preguntarnos por qué se destina tanto dinero a sufragar las guerras en el sur. Me parece que no nos atañe.

—Es poco lo que sé al respecto —admitió Raisa, sintiéndose violenta—. Quiero averiguar más para así poder tomar las decisiones adecuadas cuando llegue el momento. Ésa es una de las razones por las que estoy aquí. Pero también me gustaría hacer algo para ayudar de alguna manera a vuestro ministerio.

—¿Ayudarnos? ¿Cómo? —preguntó Jemson. Parecía desconcertado.

Raisa miró a Amon, que permanecía inmóvil junto a la puerta como si la custodiara.

—El cabo Byrne ha sido muy... ah... franco conmigo sobre los problemas en el Puente del Sur y el Mercado de los Harapos. —Puso la mano sobre su zurrón—. Me gustaría aportar fondos para financiar vuestra escuela y para dar de comer a los hambrientos.

Jemson arqueó una ceja.

—¿Habéis traído una bolsa llena de oro? —preguntó.

—Bueno, no exactamente. —Miró a su padre—. Aquí es donde entras tú.

—Estaba seguro de que mi presencia aquí tenía un propósito —dijo Averill.

Raisa abrió el cierre de su zurrón y esparció el contenido sobre la mesa.

Los tres contemplaron el montón de joyas y objetos de arte como si no pudieran dar crédito a sus ojos.

—Padre, eres el mejor comerciante que conozco —le dijo Raisa—. ¿Podrías

llevar estas cosas al mercado y venderlas al mejor precio posible? Después dale ese dinero al orador Jemson para sus buenas obras.

Averill se inclinó sobre la mesa y examinó las joyas, sosteniendo piedras preciosas bajo la luz, cogiendo primero un objeto y luego otro. Finalmente levantó la vista hacia Raisa.

—Son de muy buena calidad, la mayoría —dijo. Alzó un broche de diamantes, un regalo de algún pequeño noble de Tarmron—. Excepto esta piedra, que es cristal tallado. —La contempló con recelo—. ¿De dónde, exactamente, han salido todas estas cosas?

—Bueno... —Raisa titubeó—. Son regalos, para el día de mi onomástica. Llegan a carretadas, así que... Averill rio, con aquella ruidosa carcajada que ella tanto adoraba.

—¿Así que vas a vender los sueños de tus pobres pretendientes, Raisa?

—Bueno. —Raisa se encogió de hombros—. Tampoco es que me vaya a casar con alguien porque me dé una baratija. —Frunció el ceño y empujó el broche de Tamron con la punta del índice—. Aunque no me casaré con alguien que me tome por tonta.

—Entonces he hecho un buen trabajo, hija —dijo Averill, con otra risotada.

Oír que alguien reía por fin llenó de alivio a Raisa, y le hizo sentir que quizá las cosas no estaban tan mal, después de todo.

—No es como si tuviera mucho que decir al respecto, de todas maneras —dijo Raisa, en parte para sí misma. Alzó la mirada hacia Averill—. Bien, señor Averill, ¿cuánto tiempo os parece que tardaréis en convertir todo esto en dinero?

Su padre se lo pensó un momento antes de responder.

—Falta una semana para el día de Mercado en los Pinos de Marisa. Eso atrae a más comerciantes de las llanuras, así que podrías conseguir un precio mejor. Aunque las llevaré al Mercado de la Logia Demonai si quieres que los venda más lejos de aquí. Lo digo porque quizá no quieras que nadie reconozca los regalos que escogió personalmente cuando se exhiban en el puesto de ventas.

—Me da igual —dijo Raisa rotundamente—. He conservado las piezas que tenían un valor histórico, personal o político. La mayoría de las otras probablemente fueron escogidas por un apoderado. Ninguno de los que han enviado regalos me conoce todavía, así que no es probable que sean símbolos de un amor imperecedero. Es un uso mejor para ellos que tenerlos guardados en mi bóveda.

Al orador Jemson se le iluminó la cara en cuanto empezó a hacer planes.

—Incluso un poco de dinero podría suponer una gran diferencia. Hay tantas cosas que necesitamos en la escuela, tantos estudiantes a los que podríamos atender con un poco de ayuda. Lo llamaremos el Ministerio de la Rosa Silvestre en honor vuestro, alteza.

—Oh, no —dijo Raisa, preguntándose cómo reaccionaría su madre, la Reina—. Prefiero mantenerlo en la más estricta confidencialidad. No es más que algo que se

me ocurrió que podía hacer por mí misma...

—Pero ¿es que no lo ves, Raisa? —dijo su padre—. Si la gente sabe que estás contribuyendo a la escuela del Templo del Puente del Sur, contribuir se pondrá de moda en la corte, porque dará mucha clase. Eso atraerá más donaciones, además de las tuyas. La gente incluso donará en tu nombre. Si estás dispuesta a dejar que la gente se entere de esto, naturalmente.

—Oh. —Raisa no había pensado en eso. Una vez más, se sintió atrapada entre sus dos resueltos progenitores—. Bueno, supongo que sí. Si crees que valdrá la pena.

—Espléndido —dijo Jemson—. Nos gustaría que volvierais y conociérais a algunos de los estudiantes. Ver a su benefactora les hará mucho bien.

Raisa asintió con la cabeza.

—Bueno, sí. Me gustaría. —Miró a Amon, quien parecía estar atónito—. Supongo que eso es todo por ahora. El cabo Byrne les avisará cuando yo tenga más... ejem... cosas que llevar al mercado. —Se levantó, y los demás le imitaron e hicieron una reverencia.

Se volvieron hacia la puerta, pero antes de que pudieran llegar a ella, un chico entró a toda carrera. De la edad de Raisa, tal vez un poco mayor, tenía el pelo castaño rojizo y llevaba unos leotardos y una camisa del clan.

—¡Jemson! Han arrestado a tres harapientos. Parece que tienen intención de dar un escarmiento público con... —Se calló cuando vio a las personas reunidas en la habitación—. Oh. Lo siento, orador Jemson. No sabía que tenía usted compañía.

Su mirada voló hacia Averill, y luego hacia Amon, y los ojos se le pusieron como platos.

«Los conoce», pensó Raisa.

El chico empezó a retroceder hacia la puerta, pero Amon dijo:

—¡Espera! ¿Qué es eso de los harapientos?

El chico parpadeó, el rostro súbitamente inexpresivo.

—¿Qué harapientos? Yo no he dicho nada sobre los harapientos.

—Sí que lo has hecho —dijo Amon, dirigiéndose resueltamente hacia el chico—. ¿Nos hemos visto antes? Me resultas familiar.

—Ah, no —dijo el chico—. No lo creo. —Era alto, casi tanto como Amon, aunque de constitución más esbelta y con unos brillantes ojos azules. Su rostro presentaba señales de una paliza reciente. Tenía un ojo a la funerala, el derecho, y había un moratón azul y amarillo sobre uno de sus pómulos. Llevaba el antebrazo derecho entablillado, pero lo movía como si no le doliera nada. Parecía estar tratando de evitarlos con la mirada, como si se sintiera incómodo en su presencia.

«Debe de ser uno de los estudiantes de Jemson», pensó Raisa apenada.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, acercándose a él para examinarle el rostro. Le tocó el brazo—. ¿Quién te ha hecho esto?

El chico se sonrojó.

—No es nada. Fue mi... padre. A veces se pone de muy mal genio cuando ha

bebido en exceso.

Entonces la mano de Amon voló hacia el chico. Lo cogió del antebrazo roto y le subió la manga, dejando al descubierto una ancha pulsera de plata.

—¿No eres Pulseras? —dijo.

«¿Pulseras?» La mirada de Raisa fue de Amon al chico. ¿No era ése el líder de una pandilla que había matado a todas aquellas personas?

Después, todo se precipitó. El chico incrustó el puño sano en la cara de Amon y se soltó de su presa con la facilidad que da una larga práctica. Amon desenvainó su espada mientras llamaba a la guardia a gritos. Y entonces el chico llamado Pulseras agarró a Raisa, apretándola contra él hasta que tuvo su espalda pegada al pecho, y Raisa sintió la presión de una hoja muy afilada en su cuello.

—¡Hanson, no! —gritó Jemson, pálido de miedo.

—Tranquilo —dijo Pulseras, los labios muy cerca del oído de Raisa—. Retroceded o le cortaré el cuello a la moza.

Raisa pensó en los seis cadáveres que habían encontrado en la calle. Torturados, decían. Muertos por aquel chico de ojos azules que empuñaba el cuchillo.

—Por favor —suplicó Jemson—. Suéltala. No sabes a quién...

—No. —Averill levantó una mano para hacer callar al orador, los ojos fijos en Raisa. Obviamente no quería que Pulseras supiera a quién tenía cautiva—. Oye —le dijo al chico—, quizá podamos hacer un trato.

—He aquí el trato —dijo Amon—. Suéltala y seguirás estando entre los vivos. — Su rostro parecía una máscara de piedra, los ojos grises duros como el granito—. Si le haces daño, juro por la sangre y los huesos de Hanalea que lo lamentarás.

Los otros guardias habían llegado y permanecían inmóviles en la puerta, formando corro como unas comadres de pueblo.

Raisa podía oír cómo el corazón del harapiento latía ruidosamente contra su espalda, y sentía el calor de su aliento en la nuca.

—No quiero hacerle daño a nadie —dijo él—. Es sólo que no quiero ir a la cárcel para que me torturen y me hagan confesar un crimen que no he cometido.

Raisa se puso rígida, y el chico la sujetó con más fuerza.

—La guardia de la Reina no tortura a nadie —le espetó—. Tendrás un juicio justo. Si eres inocente... si realmente no mataste a esas personas... podrás limpiar tu nombre.

El chico sonrió.

—Ay, muchacha —dijo—. Ya me gustaría que eso fuera cierto. Pero hay muchos que entran en la cárcel para no volver a ser vistos nunca más.

Raisa se sintió estúpida e ingenua. ¿Qué era lo que había dicho Amon? «Si me estuvieran llevando al cuartel para ser interrogado por el sargento Gillen, yo también llegaría hasta donde hiciera falta con tal de escapar».

Pulseras le pasó un brazo por el vientre y se encaminó a la puerta de la sala, llevándola consigo.

—Sus llaves, señor —le dijo Pulseras a Jemson. Era cortés y bien hablado, como el caballero ladrón de las historias—. Déselas a la muchacha.

Jemson rebuscó dentro de sus bolsillos, extrajo un llavero y se lo entregó a Raisa mientras Pulseras la mantenía firmemente apretada contra él, su cuchillo listo para entrar en acción. Gotas de sudor resbalaban entre los omóplatos de Raisa, humedeciendo su blusa de lino.

—Por favor —dijo Jemson de nuevo—. No hagas esto. Hay otras salidas.

—Lo siento, señor —dijo el chico, y sonaba como si realmente lo sintiera—. Si hay otras salidas, yo no las veo.

Pulseras cruzó el umbral caminando hacia atrás y arrastrando a Raisa consigo.

—Ahora tira de la puerta y luego cierra con llave —le dijo, como si fueran compañeros de conspiración—. Eso nos dará un poco de tiempo. Luego dame las llaves y nos iremos.

—¡No! —gritó Amon—. Deja a la chica. Ella no te sirve de nada. Si necesitas un rehén, cógeme a mí.

Pulseras fingió estudiar a Amon, y luego miró a Raisa y sacudió la cabeza.

—No. Si he de ir por ahí con alguien de mi brazo, prefiero que sea con ella.

La expresión en el rostro de Amon prometía muerte, para empezar.

—Debería haber dejado que Gillen te matara a golpes —dijo—. Eso me pasa por ser un maldito...

—La misericordia nunca es indecorosa, colega —dijo. Señaló la puerta con la punta de su cuchillo—. Adelante, muchacha. Haz lo que te he dicho. No tenemos todo el día.

Raisa obedeció, tirando de la puerta y cerrando con llave, con unas manos que temblaban tanto que le costó lo suyo introducirla en el agujero de la cerradura. Era una sólida puerta de madera para una habitación sin ventanas construida como una fortaleza. Detrás de la puerta, pudo oír tenues gritos y llamadas de auxilio, seguidas por un sordo rumor de cuerpos lanzados contra la madera.

Pulseras tenía razón. Eso les haría perder mucho tiempo, sin duda. Era improbable que alguien los oyese antes de que los pasillos se volvieran a llenar de gente por la mañana. Podían suceder muchas cosas hasta entonces.

Pulseras la cogió de la muñeca y tiró de ella, llevándola por el pasillo en dirección a la puerta.

—¡Suéltame! —gritó Raisa, intentando afirmar los talones en el suelo de piedra primero para dejarse caer al suelo después. Mascullando juramentos, el chico guardó su cuchillo y pasó las manos por debajo de ella, echándosela al hombro como si fuese un saco de patatas. Era sorprendentemente fuerte.

Quizá quería llevarla a algún sitio y torturarla, como había hecho con los demás. Raisa se llevó la mano a la cintura, localizó la empuñadura de su daga y la sacó de un tirón. ¿Sería capaz de clavársela? Aferrando la empuñadura con ambas manos, apuntó hacia el centro de la espalda del chico, cerró los ojos y se dispuso a clavar la daga.

Un instante después estaba tumbada de espaldas en el suelo, viendo estrellas debido al impacto de su cabeza contra las losas de pizarra. Él la había dejado caer sin ninguna ceremonia. Pulseras le agarró la muñeca y le quitó el cuchillo.

—La próxima vez que vayas a apuñalar a alguien, hazlo deprisa —dijo, sonriendo—. No te lo pienses tanto rato.

Luego la cacheó expertamente, pasándole las manos por el corpiño, los costados y la espalda, y por las piernas, llegando incluso a quitarle su bonete de encaje, en busca de otras armas. Aunque obró con una fría eficiencia, Raisa sintió que se le subía la sangre a la cara bajo el contacto de las fuertes manos de aquel señor de la calle.

Era realmente bueno en lo que hacía, y muy rápido. Encontró el anillo de Elena, con sus lobos corriendo en círculo, colgado de su cadena alrededor del cuello, pero no lo tocó. Y la bolsita de terciopelo, repleta de monedas, que se había guardado en el corpiño. La sopesó, y luego se la devolvió. Ella parpadeó, sorprendida.

Entonces él la levantó del suelo cogiéndola por las manos, le devolvió el bonete, le sacudió un poco el polvo con fingida caballerosidad, y concluyó la operación dándole una palmada en el trasero.

Pese a lo terrible de la situación, había algo en aquel chico, una especie de humor salvaje e indómito, mezclado con bravuconería y una terca resolución, que Raisa no podía evitar encontrar atractivo. «No espera nada del mundo —pensó—, porque nunca ha tenido nada».

«Eres una tonta romántica —pensó—. Peor que Missy. Y probablemente acabarás violada o degollada a manos de un matón de la calle».

Él la estaba examinando de arriba abajo con una mirada especulativa, como concibiendo un plan de ataque.

—No pesas tanto —dijo—. Pero eres condenadamente incómoda de llevar.

Una cosa que Raisa tenía muy clara era que estar con los pies en el suelo le proporcionaría más probabilidades de escapar.

—Puedo andar —murmuró, tratando de recuperar un poco de dignidad.

—Cierto, pero ¿puedes correr? —preguntó él, agarrándola de la muñeca y sacándola por la puerta del Templo. Un instante después, corrían bajo la lluvia a través del Puente del Sur en dirección al Mercado de los Harapos. A mitad de camino, Pulseras tiró el llavero al río.

Cuando hubieron llegado al lado en que estaba el mercado, la sacó del Camino para llevarla a una calle lateral. Volvieron a cambiar de dirección, ahora para entrar en un callejón, y él se sacó del bolsillo un gran pañuelo que le ató sobre los ojos.

—Siempre llevas encima alguna venda para cegar a tus víctimas, ¿verdad? —dijo Raisa, intentando evitar que le temblara la voz. Por una vez, él no dijo nada, pero la cogió de la mano y la hizo avanzar.

«Nunca te saldrás con la tuya», pensó en decirle ella. Pero parecía probable que así fuera, por mucho que ignorase lo que pretendía hacer Pulseras.

Los harapientos

Han no habría sabido decir qué lo había impulsado a llevarse consigo a la muchacha. No sólo se negaba a cooperar, sino que, además, su presencia era un estorbo. Le hacía ir más despacio, por no mencionar que había intentado clavarle aquella daga tan elegante que llevaba encima. Sin duda habría atravesado el Puente del Sur y entrado en el refugio del Mercado de los Harapos antes sin ella. Con un poco de suerte, Jemson y los demás no serían liberados del estudio hasta la mañana, así que no necesitaba un rehén. Y ahora tenía el problema añadido de qué hacer con ella.

Al menos ya no había ninguna resistencia activa por su parte, sino que trotaba obedientemente a su lado mientras Han la hacía adentrarse en el Mercado de los Harapos, serpenteando por calles y callejones para que ella nunca encontrara el camino de vuelta sin ayuda. Todo estaba muy oscuro lejos de la calle principal, y Han avanzaba guiado por el instinto. A la muchacha no le habría servido de mucho moverse sin la venda. Aun así, el modo en que ladeaba la cabeza y contaba en voz baja a cada giro le indicó que intentaba mantenerse al tanto de la ruta que seguían. Buscaría otra oportunidad para escapar.

Había algo en la chica que lo intrigaba, que lo llenaba de curiosidad por saber quién era. Vestida como una sirvienta, llevaba encima una bolsa repleta de monedas, y tenía los modales de una duquesa. Tan segura de sí misma. Con derecho a estarlo, incluso.

«¿De dónde sacan la idea —se preguntó—, de que mereces hacerte con algo más que la parte del mundo que te corresponde?»

«La guardia de la Reina no tortura a nadie», había dicho ella, como si fuera toda una experta en el tema. «Tendrás derecho a un juicio justo».

«Lo siento, muchacha —pensó Han—. Yo sí que soy un experto en el tema, y eso que dices no cuela».

Empezó a darle vueltas a lo que sabía sobre ella. Estaba en una habitación con Jemson y un comerciante del clan que podía ser Averill Demonai, patriarca de la Logia Demonai. Han llevaba tres años sin verlo, sus visitas a los Pinos de Marisa habían sido esporádicas durante esos tres últimos años en las calles, y lord Demonai rara vez visitaba los Pinos de Marisa. Pero la suya no era una cara que uno olvidara fácilmente.

El chico alto, moreno y vehemente que lo había reconocido era ese cabo Byrne que estaba con los chaquetas azules que lo habían detenido delante de El Barril y la Corona. Además, estaban esos otros chaquetas azules jovencitos que habían ido corriendo cuando él llamó. ¿Qué estaban haciendo todos allí, sin el uniforme? Jemson

no tenía costumbre de recibir a la guardia.

Aunque podía ser que sólo fuera que había vuelto a tener la suerte de espaldas. Eso, al menos, tenía lógica.

Quizá le hacía de gobernanta a la progenie malcriada de algún rico, y había ido a la escuela de Jemson para averiguar cómo lograba hacer tanto con tan pocos recursos.

Bah. Era demasiado joven para ser una gobernanta.

Ese cabo Byrne, ¿era el novio de la chica? Han supuso que sí, a la vista de cómo se había comportado. Entonces se le ocurrió que quizás habían ido allí a casarse, con sus compañeros como testigos. Los oradores celebraban matrimonios constantemente.

En ese caso, tendrían una historia que contar sobre el día de su boda.

La chica empezaba a cansarse: le costaba respirar y se rezagaba, de forma que Han tenía que tirar de ella. Necesitaba un sitio donde esconderse un rato. Se sentía como a la deriva, expuesto y vulnerable ahora que había perdido el cobijo del Templo. Probablemente había echado por tierra sus probabilidades de resolver el misterio de los asesinatos.

—Aquí. —La hizo entrar en un callejón, y luego giró por un pasaje todavía más estrecho entre dos edificios por el que tuvieron que andar de lado. Acababa en un pequeño patio de suelo enladrillado, parcialmente protegido de la lluvia por un tejadillo. En uno de los edificios había un conjunto de puertas de madera que daban a unos sótanos, incrustadas en la piedra y aseguradas mediante un candado que parecía muy sólido.

Han lo abrió en un periquete. Le complació comprobar que no había perdido su habilidad.

Las bisagras protestaron cuando abrió las puertas y una vaharada de aire que olía a rancio pasó sobre él. Era como si nadie hubiera puesto los pies allí desde que él abandonara las calles. Guio a la chica hasta los escalones.

—Sólo hay una docena —dijo, cogiéndola del codo para que no se cayera—. Ve tanteando con el pie. Ella titubeó.

—Por favor —dijo, levantando la barbilla y enderezando los hombros—. Ten piedad. Mátame ahora. No te he hecho nada.

—Eh, que no te voy a matar —le espetó Han, sorprendido.

—No quiero ser torturada, tampoco. O violada.

—No te voy a torturar —dijo Han, ya un poco desesperado—. Ni a... hacerte nada. Tengo frío, estoy mojado y me duelen los pies, y sólo quiero poder estar un rato sin andar, ¿vale?

—No quiero bajar ahí —insistió ella, empezando a temblar—. Por favor, no me obligues.

—Oye —dijo él, extendiendo la mano hacia ella y quitándole la venda—. Estamos aquí, ¿de acuerdo? —La tranquilizó, recurriendo a la mejor sonrisa de su repertorio—. Este sitio es una... especie de escondite. Te prometo que es más

cómodo que estar aquí fuera bajo la lluvia. Y voy a bajar contigo.

—Eso no me tranquiliza demasiado, señor... Pulseras —dijo ella, recuperando algo de temple.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

—R... Rebecca Morley —dijo ella.

—Rebecca, no puedo soltarte en el Mercado de los Harapos a estas horas de la noche —dijo él—. Aguanta un poco, ¿quieres? Encenderé una linterna, pero tienes que prometerme que no saldrás corriendo.

Ella lo estudió en silencio durante un instante.

—Está bien —dijo finalmente—. Lo prometo. Por ahora. Si juras por la sangre del demonio que no me harás daño.

—Está bien, lo juro. Por ahora —dijo Han, pensando que aquella chica había leído demasiadas historias. Bajó cautelosamente por los escalones, encontró una linterna y un chispero en el mismo sitio donde los había dejado, y volvió arriba en un santiamén. Ella no se había movido, pero no le quitó ojo de encima. Así que la chica creía que había que honrar las promesas. Era bueno saberlo.

Encendió la linterna y se la tendió.

—Aquí tienes.

Ella se la devolvió.

—Manténla en alto sobre los escalones para alumbrarme el camino —ordenó, y luego añadió, como si se le acabara de ocurrir—: ¿Te parece bien?

Bajó los escalones con gran dignidad y Han fue tras ella, dejando la linterna en el centro de la habitación y cerrando la puerta del sótano.

Era realmente acogedor, para ser un sótano. Nada de tronos dorados o montones de joyas o monedas o mujeres cautivas como se imaginaba Dori, pero había tres catres y mantas y un sólido arcón de madera que contenía ropa limpia, velas y varios recipientes de judías secas, galletas, mermelada, azúcar y grano. El grano se había echado a perder, pero lo demás parecía hallarse en buen estado.

Lo que era aún mejor, aquel sótano contaba con una puerta trasera, una estrecha escalera en espiral que llevaba al almacén adyacente. Han siempre había preferido tener una puerta trasera.

—¿Así que éste es tu escondite? —dijo Rebecca, en tono decepcionado. Casi daba pena, una huérfanita de la calle a la que le ha ido mal el día. El pelo que había estado recogido debajo del bonete se había soltado y le colgaba sobre los hombros en largos mechones mojados. Sus ojos verdes brillaban en un rostro tenso y pálido. Sus largas faldas tenían todo el dobladillo sucio de barro, y la lluvia parecía haberle empapado la blusa.

Pero cuando volvió la cabeza de manera que Han pudo mirarle el perfil, la encontró vagamente familiar. Quizá se había cruzado con ella en los mercados o...

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó.

—Estoy segura de que no —dijo ella, sorbiendo aire por la nariz con cara de

sentirse muy desgraciada.

«Sangre y huesos —pensó él—. Por favor no te pongas a llorar. Como si las cosas no estuvieran ya lo bastante mal».

—Eh, vamos —dijo él—. Yo soy el que debería estar llorando. Gracias a tu soldado, no tengo casa, trabajo ni perspectivas de futuro.

—Qui... quizá deberías haber pensado en eso antes de matar a toda esa gente.

—No he matado a nadie —dijo él.

Ella no dijo nada, se limitó a calentarse el cuerpo con los brazos y a temblar un poco.

—Si quieres ponerte algo de ropa seca —dijo él—, puedes mirar en el arcón a ver si encuentras algo que sea de tu talla. Yo podría... ejem... volverme de espaldas o salir fuera. —A la lluvia. Realmente estaba siendo excesivamente considerado con aquella chica.

—Estoy bien —dijo ella, demasiado deprisa. Se acurrucó entre un remolino de faldas en un rincón defendible, desde el que se dedicó a observarlo con los ojos muy abiertos.

—¿Te apetece comer algo? ¿Galletas? ¿O galletas con mermelada? —preguntó él en un alarde de sociabilidad, el perfecto anfitrión—. ¿Galletas con un poco de azúcar encima?

—No.

Han se sentó con las piernas cruzadas a una distancia de ella que, esperaba, la haría sentirse cómoda.

—¿Qué fuiste a hacer al Templo del Puente del Sur? —preguntó.

Ella mantuvo la boca cerrada el tiempo suficiente para inventarse una mentira.

—Buscaba trabajo.

—¿En serio? ¿Qué se te da bien?

La cara que puso ella decía «arrancarles el corazón a los ladrones y los secuestradores».

Han volvió a intentarlo.

—¿Dónde vives?

Otro largo silencio.

—Cerca del castillo. En la calle Bradbury.

—Es un barrio bastante elegante —dijo él, sorprendido.

—Trabajo de sirvienta. Soy... esto... lavandera. En la residencia de los Bayar.

Mentía a trompicones, inventando sobre la marcha. O no era muy buena mentirosa o le daba igual ser poco convincente. Han entendía bastante de coladas, y aquella chica no tenía manos de lavandera. Las suyas estaban muy cuidadas, y eran pequeñas, a juego con el resto de su persona.

Pero había sacado el apellido Bayar de alguna parte.

—Lord Bayar es el Gran Mago, ¿no? —dijo Han, intentando parecer espontáneo.

Ella asintió con la cabeza. Pareció sorprenderle que hubiera oído hablar de él.

—¿Y qué tal son, los Bayar? —preguntó él mientras masticaba una galleta que se había puesto bastante dura—. ¿Es cierto que en el fondo son buena gente, una vez que has llegado a conocerlos?

Ella entornó los ojos, estudiándolo.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Bueno, ya te lo he dicho. Pensé que podíamos descansar hasta que amaneciera y...

—No —dijo ella impacientemente—. ¿Por qué no me dejaste encerrada con los demás allá en el templo? Tenía agallas, eso había que admitirlo. Era una pregunta arriesgada, cuando ella no sabía cuál sería la respuesta.

—Pensé que te podía necesitar para cruzar el puente y...

Ella encorvó los hombros y lo fulminó con la mirada. No se lo había tragado.

—No lo sé —se limitó a decir Han—. Un impulso nacido del momento, supongo. ¿O todo ha de tener una explicación razonable?

De hecho, se había estado haciendo la misma pregunta a sí mismo. Allá en el estudio, ella había ido hacia él, diciendo «¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto?» con aquella expresión extrañamente imperiosa en la cara, como si estuviera completamente de su lado, lista para defenderlo. Le había tocado el brazo, y aquel breve contacto había hecho que el centro de su ser se inflamara como un fuego de carbón.

Entonces Byrne lo había llamado asesino, y ella había apartado la mano con una mirada de asco. Y lo siguiente que supo fue que la estaba llevando a través del puente. Como si de alguna manera pudiese arrastrarla a su pequeño rincón del mundo.

Bueno, si ella había estado antes de su lado, ahora ya no lo estaba. Seis u ocho asesinatos eran un obstáculo muy difícil de superar. Además, si volvía a poner los pies en la Marca de los Páramos, acabaría en una celda. Había otra barrera, allí mismo.

¿Entre él y qué? ¿Qué esperaba de aquella chica?

—¿De dónde has sacado esas pulseras? —preguntó ella inesperadamente—. ¿Se las robaste a alguien?

Era casi como si estuviera tratando de provocarlo, para poner fin a la incertidumbre.

—No —dijo Han—. No las robé.

—Ya sabes que nos están buscando —dijo Rebecca, llena de buenas noticias—. No descansarán hasta dar con nosotros.

—Intenta dormir un poco —sugirió él—. Es lo que voy a hacer yo. Mañana pensaré en una manera de dejarte libre. —Hurgó en su arcón y le arrojó una manta que no olía demasiado. Y unos pantalones y una camisa que se le habían quedado demasiado pequeños, sólo por si acaso. Luego se hizo un ovillo junto a los escalones.

Tardó mucho tiempo en dormirse. Oyó una serie de ruidos procedentes del rincón

de Rebecca, un susurro de tela deslizándose sobre el suelo. Aparentemente había decidido ponerse ropa seca. Han clavó la mirada en la oscuridad, tratando de mantener esa imagen alejada de su mente. Sólo le causaría problemas.

Pasado un rato, Rebecca dejó de hacer ruidos y Han pudo oír una respiración suave y pausada que le indicó que se había quedado dormida.

Cada vez que cerraba los ojos, podía ver el amuleto de la serpiente verde y el báculo, como si lo tuviera grabado en la retina. Estaba empezando a pensar que era alguna clase de amuleto de la mala suerte. Sus problemas de los últimos días habían empezado cuando encontró aquella cosa. Quizá Micah Bayar lo había maldecido cuando quedó en posesión de Han. Quizá debía hacer caso omiso de los consejos de Lucius, y desenterrar el amuleto y devolverlo a su legítimo dueño.

Sólo que, según Lucius, los Bayar no eran sus legítimos dueños.

Pero ¿por qué no iban a serlo? Lo habían obtenido de manos del Rey Demonio, ¿verdad?

Tal vez fuera eso. Tal vez sólo servía para la Magia Oscura. Pero todas las herramientas de la Magia Oscura habrían sido destruidas después del Quebrantamiento, ¿verdad?

Finalmente, se durmió. Y el rostro del cabo Byrne apareció una y otra vez en sus sueños.

De alguna manera, Raisa se durmió, aunque jamás lo hubiera imaginado posible, atrapada en aquel sótano inmundo en compañía de un asesino múltiple. Despertó temprano, con su virtud intacta, aunque con todo el cuerpo rígido y dolorido por haber dormido encogida en el rincón.

La lámpara se había apagado, pero una pálida luz matinal se filtraba por las rendijas de las puertas del sótano. Pulseras estaba dormido, tumbado al pie de los escalones.

Raisa lo observó durante unos instantes, para asegurarse de que realmente estaba inconsciente. Dormía mal, porque no de jaba de moverse y murmurar entre dientes como acosado por una pesadilla.

O por una conciencia culpable.

Raisa se levantó con un crujir de articulaciones entumecidas, cruzó el sótano sin hacer ruido y se inclinó sobre Pulseras. Parecía más joven, de alguna manera, cuando estaba dormido, su brazo entablillado encima del pecho, el otro brazo extendido hacia fuera, los ojos moviéndose bajo sus párpados amoratados. Su cuchillo estaba en el suelo con la mitad de la hoja bajo su cuerpo.

¿Por qué llevaría indumentaria del clan?, se preguntó Raisa. Ése era uno de los muchos misterios para los que nunca obtendría respuestas.

¿Realmente tenía intención de dejarla marchar? No le había hecho daño todavía, pero eso no significaba que no fuera a hacérselo en el futuro.

Aunque bien pensado, quizá sería mejor dejar que le cortara el cuello. Cuando su madre se enterara de aquella aventura, mandaría que su hija fuera encerrada con llave en su habitación. Amon sería exiliado a los Acantilados de Caliza y la culpa recaería sobre Raisa. Lo más probable era que la guardia de la Reina estuviese peinando ahora mismo la ciudad con todos sus efectivos.

Antes de acostarse había extendido su chaqueta, sus faldas y sus enaguas encima de una silla para que se secaran. Cuando tocó la ropa con la punta de los dedos, descubrió que había pasado de gotear a estar tiesa y sólo un poco húmeda. Consideró la posibilidad de volver a ponérsela, pero temía despertar a Pulseras durante el proceso y verse sorprendida a medio vestir.

Los pantalones le quedaban largos y demasiado anchos de cintura, así que pasó un trozo de cuerda por las presillas y se enrolló las perneras para que no le molestaran al andar. La camisa era de un blanco sucio y le llegaba casi hasta las rodillas. Raisa se la abotonó hasta el cuello, arrugando la nariz ante el olor a sudor de chico. Encontró un trapo de colores intensos en una pila de ropa y se ató el pelo con él, y luego se envolvió los hombros con la capa.

¿Podría pasar junto a Pulseras, subir los escalones y salir por las puertas sin despertarlo? Iba a necesitar sacarle una buena ventaja, ya que él conocía aquel barrio y ella no.

Con el corazón latiéndole tan fuerte que temió despertarlo, Raisa pasó por encima del cuerpo supino de Pulseras y puso el pie en el primer escalón. Se impulsó con el otro pie, y subió los escalones lo más deprisa que pudo. Cuando llegó al último, miró hacia abajo al tiempo que respiraba profundamente. Pulseras seguía durmiendo a su agitada manera.

Raisa levantó las manos y empujó las dobles puertas.

¡Chirrido! El ruido de las bisagras rompió el silencio de primera hora de la mañana. ¡Por los huesos de Hanalea! Debajo de ella, Raisa oyó cómo el ritmo medido de la respiración de Pulseras se alteraba súbitamente, a lo que siguió una exclamación con voz adormilada.

Bueno, ahora ya no había vuelta atrás. Raisa saltó hacia delante y empujó las puertas con su cuerpo, entrecerrando los ojos ante el golpe de luz del exterior. Tras un momento de aterrado enredarse con su capa, estuvo fuera del sótano y corriendo patio a través. Oyó un grito ahogado detrás de ella mientras se deslizaba por la astilla de espacio entre los edificios.

Emergió por el otro lado como un corcho que sale despedido de una botella y entonces corrió, girando y serpenteando por las estrechas calles, sin saber o importarle dónde estaba o adónde se dirigía. Lo único que quería era poner la mayor distancia posible entre ella y su captor.

Corrió hasta que una punzada en el costado y la falta de aire la obligaron a detenerse, encogida en un pasaje. Se quedó allí un rato, recuperando la respiración, mirando arriba y debajo de la calle mientras aguzaba el oído para percibir cualquier

señal de persecución.

Entonces echó a andar. Intentaría encontrar una posada o una tienda abierta. Quizás alguien de allí estaría dispuesto a ir en busca de ayuda, si podía convencerlos de que había una recompensa que ganar con ello.

Pero las tabernas estaban cerradas a cal y canto, al igual que las casas. No parecía haber nadie en la calle a una hora tan temprana. Raisa probó a llamar a las puertas de algunas de las viviendas de aspecto más próspero, pero nadie respondió. Si alguien la veía, era improbable que la dejaran entrar. Tenía que estar espantosa, una sucia criatura harapienta de sexo indeterminado.

Las torres del castillo de la Marca de los Páramos se alzaban hacia el cielo en el este, una silueta contra el sol naciente. Quedaban a unos cuantos kilómetros como mínimo, probablemente a más distancia de la que habían andado ayer. ¿Realmente sólo había transcurrido un día desde que había cruzado el Mercado de los Harapos con Amon y su escolta secreta?

Bueno, no iba a tener más remedio que ponerse en marcha. Puso rumbo hacia las torres y fue por el laberinto de calles y callejas, sintiendo como si anduviera dos kilómetros por cada uno en línea recta. Era como el laberinto que había en su jardín del tejado, amurallado tan sólo por edificios decrepitos y pavimentado con adoquines, ladrillos rotos, suciedad y escombros.

Había empezado a cruzar un patio cuando una joven con aspecto de hallarse presa del pánico salió corriendo de un pasaje adyacente. Era delgada, tenía tal vez uno o dos años menos que Mellony, y el pelo largo y rubio recogido en una trenza sobre la nuca.

—¡Joven señor! En nombre de Madeleine, la Ayuda misericordiosa, os lo ruego. ¡Es mi hermanita pequeña! ¡Se encuentra mal!

Raisa miró alrededor, para ver si podía estar hablándole a otra persona, pero no había nadie más en el patio.

—¿Es a mí? ¿Qué le pasa a tu hermana?

—¡No puede respirar! ¡Se está poniendo morada! —La joven tiró de la mano de Raisa—. Venid, os lo ruego.

Raisa la siguió por el pasaje, los pensamientos atropellándose en su mente. La enfermedad de la asfixia se estaba extendiendo. En el Templo del castillo de la Marca de los Páramos había sanadores que habían logrado tratarla con éxito. Quizás...

Y de pronto ella y la joven toparon con una pared de ladrillos. Raisa se volvió, y comprobó que ya no estaban solas. Cinco chicos y una chica habían llegado corriendo desde las calles adyacentes, y ahora las rodeaban. Raisa sintió un nudo en el estómago.

—Eh —dijo la recién llegada, mirándola con los ojos entornados—. Eres una chica, después de todo. ¿Adónde ibas con tanta prisa?

Su acento era de las islas meridionales. Era mayor que la otra chica, quizá dieciséis años, de piel oscura y una larga melena ondulada recogida con hilo en

secciones, pómulos muy marcados y una boca generosa. Vestía pantalones y una chaqueta sin mangas que dejaba al descubierto unos brazos musculosos llenos de tatuajes.

La chica extendió la mano y le arrancó del pelo el pañuelo improvisado por Raisa.

—¿Cómo es que tienes esto? —inquirió, agitándolo ante su cara—. ¿De dónde lo has sacado?

Entonces Raisa vio que todos ellos llevaban pañuelos de urdimbre y colores similares anudados alrededor del cuello.

—¡Harapientos! —exclamó—. ¡Sois harapientos! La chica se estremeció y miró a ambos lados del pasaje antes de responder:

—Qué va. ¿Quién dice que lo seamos?

—¿Os ha enviado Pulseras? —preguntó Raisa, furiosa por haber sido capturada con tanta facilidad—. Bueno, pues podéis decirle de mi parte que me da igual la cantidad de sucios degolladores de la calle que mande tras de mí, porque no voy a...

—¡Calla! —Ahora la chica parecía asustada y furiosa al mismo tiempo—. No tenemos nada que ver con lo que sea en que ande metido Pulseras Alister ahora. Él ya no da las órdenes en el Mercado de los Harapos. Y ahora veamos qué llevas dentro de tu zurrón, ¿hummm?

Los harapientos cercaron a Raisa y ella retrocedió hasta topar con la pared del edificio.

Un chico de mayor edad con una chaqueta de terciopelo rojo desvaído extendió la mano y le acarició el pelo, y Raisa se la apartó de un manotazo. El chico sonrió, revelando una boca medio vacía de dientes y una lengua enrojecida por el continuo mascar hoja de navaja.

—¿Tienes familia, muchacha? ¿Alguien que pueda estar dispuesto a pagar por tu rescate? —Se inclinó sobre ella, y su aliento hizo que le lloraran los ojos—. ¿Tienes algún besito para Borrador?

—¡Conque estás aquí! —Todos giraron en redondo, y Pulseras entró por el callejón contoneándose como un príncipe pirata, saludando con un movimiento de la cabeza a los otros harapientos—. Eh, gracias, Borrador, por haber retenido a mi chica. No hace más que darme problemas.

Mientras Borrador lo miraba boquiabierto, Pulseras cogió a Raisa del brazo y la situó detrás de él de un empujón, plantándose entre ella y los harapientos. Le puso algo en la mano, y Raisa sintió la fría hoja de un metal. Su cuchillo. Lo sostuvo en la palma y atisbó desde detrás de la espalda de Pulseras. Se sentía confusa y mareada.

Los harapientos miraban a Pulseras con el ávido interés que se dedica a los asesinos, los adúlteros, los reyes, los actores y demás celebridades.

Todos, excepto la chica tatuada. La expresión en su rostro era más compleja: una mezcla de rabia, deseo y traición.

«Está colada por él —pensó Raisa—. Y él la ha dejado plantada».

—Largo, Alister —le dijo la chica tatuada a Pulseras—. La muchacha es nuestra.

—Eso ni lo sueñes, Gata —dijo él—. Yo la vi primero. Tampoco es que vaya a obtener gran cosa por ella, pero al menos es guapa.

—¿Es la que te dio una paliza? —se burló Gata—. ¿O fueron los sureños, como cuenta todo el mundo?

—¿Qué tienes en el pelo, colega? —preguntó Borrador—. ¿Sangre o polvo? Pulseras se llevó la mano a la cabeza, durante un instante pareció perplejo.

—Oh. Ya —dijo, su confusión disipada al momento—. Sólo estoy probando un nuevo tinte. ¿Qué te parece?

—Va disfrazado, colegas —dijo Gata—. Ahora ya ni siquiera puede ser él mismo por las calles.

—¿Vas a volver, Pulseras? —canturreó un chico más joven en tono esperanzado—. El reparto siempre era bueno cuando mandabas tú. —Cerró la boca con un chasquido de dientes y miró nerviosamente a Gata.

—No, Pulseras no va a volver —dijo Gata, dando un paso adelante con la mano sobre la daga que llevaba metida en la cinturilla de los pantalones—. Es culpa suya que Flinn y los otros acabaran como acabaron. Si vamos con él, tendremos a todos los chaquetas azules encima.

—Ya los tenemos encima —señaló un chico de más edad—. No podemos dar un paso por culpa de la guardia. Al menos, Pulseras siempre los mantenía a distancia con sobornos.

—Hay ocho sureños muertos —dijo Pulseras—. Ha sido un grave error. Eso no se arregla con sobornos.

Gata lo fulminó con la mirada.

—Hablas como si nosotros nos hubiésemos cargado a los sureños.

Pulseras se encogió de hombros.

—¿Quién iba a hacerlo, si no?

Consciente de que la ignoraban, Raisa había estado desplazando el peso de un pie al otro mientras sopesaba sus probabilidades de salir huyendo. Ahora empezó a prestar más atención a lo que se decía.

—¿Nosotros? —dijo Gata con un resoplido—. No tuvimos nada que ver con eso. Pensábamos que habías sido tú. Al menos, la guardia cree que eres el culpable.

—Los chaquetas azules nos están culpando a todos —dijo Pulseras—. Oye, ¿cómo podría haber liquidado a todos esos sureños? ¿Yo solo? Soy bueno, pero no tanto. Gata lo estudió recelosamente.

—¿No estás con nadie más? ¿Los guardianes? ¿Los fabricantes de viudas? ¿Los recaderos de la sangre?

Pulseras negó con la cabeza.

—¿Cómo te las apañas, entonces? —preguntó ella. Pulseras carraspeó, como si se sintiera avergonzado.

—Tengo asuntillos aquí y allá. Le llevo los recados a Lucius Frowsley. Trapicheos. Les abrillanto los zapatos a los aristócratas. —Se tocó el cuchillo—.

También hago de barbero.

Los harapientos se rieron a carcajadas. Todos, excepto Gata.

Pulseras lo notó.

—Mira, Gata —dijo, poniéndose serio—. No tengo ni idea de quién está liquidando a los sureños, pero todos estamos pagando por ello. Necesito vuestra ayuda. Si sabéis algo...

—A ver qué te parece esto —dijo ella, inclinándose hacia Pulseras—. Te entregaremos a los chaquetas azules, y entonces nos dejarán en paz.

—Puedes intentarlo —dijo Pulseras. Habló con voz tranquila, afectando naturalidad, pero Raisa vio que se ponía rígido y cerraba la mano sobre la empuñadura de su cuchillo.

Los harapientos se agitaron nerviosamente, mirándose de soslayo los unos a los otros.

—Naturalmente, no te venderé a menos que no me dejes otra elección. Creo que los colegas necesitan estar unidos. Pero ésa sólo es mi opinión, claro.

«Puedo aprender algo de Pulseras Alister —pensó Raisa—. Está manejando a esta pandilla como un líder nato».

Pulseras dio un paso hacia Gata, sus ojos azules fijos en ella, su voz suave y persuasiva.

—Concédeme un momento, ¿quieres? —Su mirada fue de ella a los otros harapientos, y levantó las cejas—. ¿Por favor?

Ella dudó, y luego hizo una señal a los demás para que se apartaran. Se dirigieron a rastras hasta el extremo abierto del callejón y se quedaron allí, mirándolos con cara de desconfianza.

—¿Y ella? —siseó Gata, señalando a Raisa con un gesto de la cabeza.

Pulseras empujó a Raisa hacia el extremo abierto del callejón, situándose entre ella y la salida.

—No te muevas de aquí —gruñó, y luego se alejó unos pasos para hablar con Gata. Raisa fingió ignorarlos, aguzando el oído para enterarse de lo que decían.

—¿Quién es, y exactamente qué es para ti? —preguntó Gata, inclinando la cabeza hacia Raisa.

—Sencillamente alguien que dio la casualidad de aparecer en el lugar y el momento equivocados —respondió él—. Le di mi palabra de que la dejaría marchar.

—¿Tu palabra? —Gata rió amargamente—. Pobrecilla.

—Gata —dijo Pulseras, extendiendo las manos hacia ella para dejarlas caer después—, nunca te hice promesas.

—No. Desde luego que no —respondió Gata con una expresión que decía «algunas cosas se dicen implícitamente».

—Tenía que dejar esta clase de vida. No me quedaba otra opción. De verdad que no tuvo nada que ver contigo.

Gata lo miró con incredulidad.

—¿No... tuvo... nada... que... ver... conmigo? ¿Cómo se supone que debo entender eso? Pulseras intentó arreglarlo.

—Lo que quiero decir es que no lo dejé a causa de ti.

—Tampoco te quedaste a causa de mí —bufó ella—. De todas maneras, ¿qué te hace pensar que me importa adónde vas o lo que haces? —Se echó el pelo hacia atrás—. Los chaquetas azules se llevaron a tres de mis recaderos por tu culpa. Supongo que ahora los estarán torturando, tratando de obligarlos a decir dónde estás.

Pulseras se quedó quieto, reflexionando.

—¿Se llevaron a Flinn y a quién más?

—A Mac y a Sarie —dijo Gata.

—¿Dónde los tienen? —preguntó Pulseras, bajando la voz después de mirar a Raisa.

—En el cuartel del Puente del Sur —dijo gata.

Raisa oyó cómo Pulseras aspiraba aire.

—¿Gillen? Gata asintió con la cabeza.

—Como si te importara. —Había un cierto desafío en su postura, la expectativa de llevarse una decepción—. Conozco el código. Nunca me chivo a los chaquetas azules. Pero te entregaría con tal de salvarlos.

Pulseras miró al vacío, moviendo levemente un músculo de la mandíbula.

—Primero, tengo que deshacerme de la muchacha. ¿Nos dejarás marchar, entonces? —Se estaba sometiendo a ella, reconociendo su papel como nueva señora de las calles.

—Está bien —dijo ella, el rostro inexpresivo, la voz carente de inflexiones—. Vete. Pero que no se te ocurra...

—Quedemos al otro extremo del Puente del Sur esta noche —la interrumpió él—. Quizá pueda ayudarte a resolver este embrollo.

Gata lo estudió con un nuevo interés en la mirada.

—¿Cómo sé que no traerás contigo a la guardia? —dijo—. ¿Cómo sé que no nos venderás?

Él la cogió por los codos y la miró a la cara.

—Porque esta vez lo estoy prometiendo.

El Mercado de los Harapos empezaba a despertar mientras se dirigían al sur. Sin que supiera muy bien por qué, Han necesitaba deshacerse de la muchacha antes de que se cruzaran con algún chaqueta azul entrometido o alguna otra persona que pudiera crearle problemas. Sólo que ahora, sin que tampoco tuviera claro por qué, empezaba a estar seguro de que ella no lo delataría.

Cada vez que miraba a Rebecca, la sorprendía estudiándolo con sus ojos verdes entornados, como si él fuera alguna clase de código que ella necesitara descifrar. Han estaba empezando a pensar que prefería la expresión de antes, cuando lo miraba con

os ojos desorbitados por el terror. ¿Cuánto había llegado a escuchar de la conversación con Gata?

—Esa Gata era tu novia, ¿verdad? —le preguntó ella de prono, como si tuviera acceso a sus pensamientos.

—No exactamente —respondió él.

Ella puso los ojos en blanco, de la manera en que solían hacerlo las muchachas.

—¡Qué! —exclamó él irritado, esquivando un montón de peladuras de patata en el bordillo. Claro que siempre podías encontrarte con cosas peores, en el Mercado de los Harapos.

—Obviamente, ella pensaba que sí. Han decidió cambiar de tema.

—Oye, esos pantalones te sientan muy bien —dijo, mirándola de arriba abajo—. Te... marcan... la figura —añadió con una sonrisa, haciendo un gesto con las manos en el aire para indicar a qué se refería.

Eso la hizo callar. Se sonrojó, y no hubo más referencias a las novias.

Los pantalones le quedaban muy bien, en efecto, y tampoco era que Han estuviera deslumbrado por la novedad. Las chicas del clan los llevaban, después de todo. En las logias contaban historias de diminutas y bellísimas ninfas del bosque que te hacían caer en sus trampas y te retaban a resolver adivinanzas. Rebecca no habría podido ser un personaje de ninguna de esas historias.

«No te compliques la vida, Alister», pensó. Quienquiera que fuese aquella chica, tenía amigos poderosos.

—Te dejaré en el Camino —dijo, cogiéndola de la mano mientras se disponía a abrirse paso entre los carros de reparto y la multitud de trabajadores y tenderos que abarrotaban la estrecha calle—. A estas horas del día hay mucho tráfico, y debería ser seguro. Desde allí puedes ir a pie hasta el perímetro del castillo.

—Sé arreglármelas solita, ¿sabes?

—Claro —dijo Han con un resoplido—. Estabas la mar de bien cuando te he encontrado en el callejón. Gata y los demás no se te habrían comido viva.

—¿Por qué me has salvado? —preguntó ella—. Quiero decir, has salido corriendo.

A veces Rebecca parecía muy aguda, y otras decía las cosas más tontas.

—Fui yo quien se te llevó por la fuerza del Templo del Puente del Sur —replicó Han—. Si te cortan el cuello, seré yo el que cargue con las consecuencias. Ya tengo suficientes problemas.

—Vas a tratar de rescatar a los harapientos, ¿verdad? —dijo ella—. Los que se llevó la guardia.

«¡Por los dientes de Hanalea!» O estaba perdiendo el toque, o aquella chica podía leer los pensamientos. Tenía que deshacerse de ella mientras aún le quedaba algún secreto que guardar.

—¿De dónde has sacado esa idea? —preguntó.

—Vas a hacerlo, ¿verdad? —insistió ella.

—Bueno, eso sería una tontería por mi parte, ¿no? —dijo Han—. ¿Me tomas por tonto?

—No. Tú piensas que tienes la culpa de que se los llevaran. Pero no es así, si eres inocente.

—Ya. Así que piensas que soy inocente, ¿eh?

—De asesinar a los sureños, al menos —dijo ella, y la mirada furibunda que le lanzó decía que seguía considerándolo culpable de un montón de cosas—. Te cogerán si lo intentas, ¿sabes? Tienen que estar esperando ese tipo de reacción. Probablemente ésa es la razón por la que se los llevaron. Para tenderte una trampa que te hiciera salir de tu escondite.

¿Quién era aquella chica? ¿Lavandera y estratega, también?

—Bueno. Eso no es problema tuyo, ¿verdad?

—Unas cuantas manzanas más, y le diría adiós y...

Entonces ella clavó los talones en el suelo, deteniéndose en seco con lo que casi fue un chirrido.

—Llévame al Templo del Puente del Sur —ordenó, como si fuera la duquesa del Mercado de los Harapos—. He olvidado una cosa.

—¿Es que te has vuelto loca? —Lo dijo más alto de lo que pretendía, y los transeúntes se volvieron a mirarlos—. Pero si venimos de allí —dijo, obligándose a bajar la voz—. Acabo de escapar, y no pienso volver a ese sitio.

—Tendrás que hacerlo, de todas maneras, para liberar a los harapientos —dijo ella—. La casa de la guardia del Puente del Sur está junto al recinto del Templo —añadió.

—No. Tú te vuelves con los Bayar. Si de verdad quieres ayudarme, mantendrás la boca cerrada acerca de todo lo que ha pasado. Ella apretó los labios y se irguió todo lo que daba de sí su figurita, que era más bien poco.

—Perfecto. Entonces iré al Templo del Puente del Sur por mi cuenta.

Era como una de esas pesadillas que no paran de empeorar hasta que piensas que morirás o se te reventará una vena, pero de la que, aun así, no consigues despertar. Muy típico de su mala suerte, llevarse a una loca como rehén.

Miró alrededor, pero no podía llevar por la fuerza a la chica a ninguna parte en medio de unas calles tan concurridas.

Entonces se le ocurrió que podía tirarla al río y ver si se hundía. Pero lo que hizo fue subirse el cuello de la chaqueta y seguirla, mascullando maldiciones, de vuelta al Puente del Sur.

En el lado equivocado de la ley

Pese a todo lo que había pasado durante los últimos dos días —el secuestro, las amenazas, los robos, la lluvia, la suciedad y todo lo demás—, Raisa estaba que no cabía en sí de gozo, cautivada y atónita por su primera experiencia de libertad. Iba por las calles vestida con sus pantalones y su camisa, anónima a los ojos de los ciudadanos que la rodeaban, pendiente de cada uno de los detalles del pintoresco barrio que se conocía como Mercado de los Harapos.

La palabra «pintoresco» lo definía muy bien. También era aromático, ruidoso, picante y de lo más interesante. Cargado de posibilidades y riesgo. La burbuja que protegía habitualmente a la princesa heredera de los Páramos había reventado, y ahora las sensaciones fluían en tropel, los olores, las imágenes y las emociones en estado puro del reino que iba a gobernar algún día.

Raisa se debatía con la revelación de que eran sólo el contexto y la indumentaria lo que la hacía reconocible. ¿Realmente no era más que eso: la ocupante aleatoria de un punto en el linaje de las reinas? ¿Podían elegir a cualquier chica de la calle, vestirla y ponerla en su sitio? ¿Tenía ella alguna habilidad natural para hacer aquel trabajo?

La guardia estaba presente en cada calle, cargada de armas y bravuconería. Sin embargo, nadie la reconocía. No había ningún trasfondo de rumores como correspondía si su desaparición fuera del dominio público. Raisa se detuvo y pidió a un tendero que andaba a su lado que le contara las últimas novedades.

—Todo el mundo habla de esos asesinatos que ha habido en el Puente del Sur —dijo el tendero, meneando la cabeza—. La guardia está registrando cada taberna, posada y almacén del Mercado de los Harapos. Malo para los negocios, claro. Yo siempre digo que, si las ratas callejeras quieren matarse entre ellas, que se maten.

Raisa no pudo evitar mirar atrás. Pulseras iba siguiéndola a media manzana de distancia, como si esperara que nadie lo viera. Junto a ella o con ella, no estaba segura.

Había algo de emocionante en el hecho de saber que él estaba ahí, siguiéndola, como en la historia de Hanalea y el salteador de caminos.

Pero eso no era una historia. Eso era real. Y Raisa estaba resuelta a averiguar qué estaba sucediendo realmente.

Las torres del Puente del Sur se alzaban ante ella. La casa de la guardia parecía agazapada junto al puente, en el lado del Puente del Sur. Era un edificio cuadrado provisto de diminutas ventanas con barrotes, cerca del río. Estaba rodeado de un patio pavimentado, con establos para los caballos en la parte de atrás. El estandarte del

Lobo Gris ondeaba sobre él, proclamando que aquél era el reducto de la Reina entre la miseria del Puente del Sur.

La cola para cruzar el puente era más larga de lo habitual. Media docena de guardias armados hasta los dientes estaban apostados a cada extremo, interrogando a todos los que pretendían cruzar. Raisa sintió un vacío en el estómago. Sin duda la reconocerían quienes tenían orden de buscarla.

Se dejó llevar por el impulso y entró en una tahona. El interior estaba relativamente limpio y cuidado, con hileras de bollos, repostería y pasteles de carne. El chico del mostrador llevaba un gorrito de lana roja para cubrirse el pelo.

—Buenos días —dijo Raisa—. Querría ocho bollos al caramelo, envueltos para viajar. Y su sombrero.

Tras una breve negociación, Raisa salió de la tahona con ocho bollos al caramelo en la mano y el pelo recogido bajo el gorrito del chico.

«Probablemente acabaré pillando los picores», pensó.

Pulseras la estaba esperando fuera, y la metió de un tirón en un portal nada más verla.

—¿Qué... estás... haciendo? —siseó, la cara a unos centímetros de la suya.

—Soy un mozo de tahona —dijo Raisa, en un tono ligeramente petulante, al tiempo que alzaba la bolsita de bollos.

—Tienes que ir a entregarte a los chaquetas azules del puente —dijo Pulseras—. Diles que eres la chica a la que se llevaron del templo. Y vete a casa.

—Antes tengo que hacer una cosa.

—Oye. No puedo cruzar el puente mientras esté plagado de chaquetas azules —dijo él—. No voy a poder ayudarte si te metes en líos en el Puente del Sur.

—Me parece muy bien. Has terminado conmigo. De ahora en adelante me las arreglaré por mi cuenta, ¿vale? —dijo Raisa, pensando, «Allá adonde voy no puedes ayudarme».

Se soltó de un tirón y echó a andar hacia el otro extremo del puente. Miró atrás una vez y vio que Pulseras no le quitaba ojo de encima.

La cola iba tan despacio que transcurrieron sus buenos diez minutos antes de que le tocara el turno. Raisa daba golpecitos en el suelo con el pie, impaciente por que acabase el encuentro. No estaba acostumbrada a tener que esperar.

En el control, les hizo una gran reverencia a los guardias, como les había visto hacer a otros.

—¿Cómo te llamas y por qué quieres cruzar, chico? —preguntó el guardia, rascándose en un sitio donde era de muy mala educación hacerlo.

—Me llamo Bert Morley, señorita —dijo Raisa, mirando el suelo y esforzándose por hablar con voz de jovencito—. Quiero vender unos cuantos productos de bollería al otro lado del río.

—¿Productos de bollería, dices? Veamos.

Raisa abrió la bolsa sin decir nada y se la tendió al guardia. Éste introdujo en ella

una mano bastante sucia y sacó un bollo. Lo mordió, sonrió con aprobación y cogió otro.

Raisa sintió que se le inflamaban las mejillas, y tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no recuperar la bolsa de un manotazo. Si realmente hubiese sido un mozo de tahona, luego habría tenido que pagarle al dueño lo que costaban aquellos dos bollos.

—Están buenos —dijo el guardia, devolviéndole la bolsa mermada y limpiándose la boca con la manga—. Guárdame un par para cuando vuelvas. —Y, con una gran sonrisa, le hizo señas para que pasara.

Raisa cruzó el puente furiosa. Conque ése era el semblante que ofrecía la Reina al pueblo. Un vulgar ladrón que abusaba de su posición. No era de extrañar que Amon considerara la posibilidad de una rebelión.

En el lado del Puente del Sur, el templo se alzaba a un lado del Camino, la casa de la guardia al otro. Como emblemas del bien y del mal. Raisa se apoyó en el muro del templo y estudió la casa de la guardia. Parecía completamente inexpugnable, sus ventanas un montón de ojillos rasgados mirándola con desprecio. No había la menor posibilidad de que Pulseras y su pandilla consiguiesen entrar y salir de allí.

Al menos ella podía averiguar si lo que decían era cierto. ¿Realmente tenían retenidos a tres harapientos en la casa de la guardia, y realmente los estaban torturando?

Raisa respiró hondo y trató de concentrarse en lo que tenía que hacer, como le decía siempre Elena. Después cruzó el Camino en dirección a la puerta de la casa de la guardia.

El guardia apostado en la puerta la contempló con cara de aburrimiento. Más allá, en el cuarto de guardia, un grupo de soldados jugaba a los dados y a las cartas.

—¿Qué quieres, chico? —ladró.

—Yo... eh... vengo a ver a mi hermana, Sarie —dijo Raisa con su voz quejumbrosa de chicuelo—. Fue arrestada por la maldit... por la guardia de la Reina el otro día. En el Puente del Sur. Le traigo un poco de cena. —Sacudió la bolsa de la tahona.

El guardia se la quitó de la mano.

—Nos aseguraremos de que le llegue —dijo, despidiéndola con un ademán.

Bueno, obviamente la cosa iba por mal camino.

—Por favor, señor —insistió Raisa—. Esperaba poder verla aunque sólo fuese un momento, ¿sabe? Ya hace tres días que se la llevaron, y me preguntaba cómo lo estaría llevando. Últimamente andaba un poco mal de salud, y tantos días entre rejas no pueden haberle sentado bien.

—Nada de visitas, chico —dijo el guardia, mirándola con cara desconfiada—. Ya deberías saberlo. Raisa le agarró la manga y él le apartó los dedos de un manotazo, para luego aferrar la empuñadura de su espada.

—¡No te me acerques, maldito...!

—Por favor. Tengo algo de dinero, señor —dijo Raisa con voz temblorosa—. No mucho, pero un poco, y...

El guardia se volvió hacia ella, ahora con un brillo de interés en los ojos.

—Si tienes dinero, veámoslo, entonces.

—Se lo enseñaré. Verá, señor. Sólo que luego quizá... —comenzó Raisa. La mano del guardia salió disparada hacia delante. Se cerró sobre el cuello de la camisa y tiró de Raisa, arrastrándola hacia él.

—No me vengas con juegucitos, chico. —Echó hacia atrás su enorme puño y Raisa sintió el sabor metálico del miedo en la boca, pero entonces una voz habló detrás del guardia.

—Deja pasar al chico, Papilla. Déjame verlo.

De mala gana, Papilla la soltó y se hizo a un lado.

El hombre que había hablado estaba sentado a una mesa junto al fuego, con platos grasientos, naipes y unas cuantas jarras vacías esparcidas ante él. Tenía una cara delgada y cruel, y los ojos de un marrón fangoso, y el pelo, largo y lacio, le llegaba hasta los hombros. Llevaba el uniforme azul de la guardia de la Reina, y los nudos en el cuello de su chaqueta indicaban que era sargento.

—Ven aquí, chico —dijo el sargento, con una sonrisa que hizo que a Raisa se le helara la sangre.

A regañadientes, cruzó la habitación y se detuvo ante él, sin levantar los ojos del suelo. ¿Qué le había hecho pensar que aquello podía ser una buena idea?

—Así que eres el hermano pequeño de Sarie, ¿eh?

Raisa asintió sin abrir la boca.

—Habla cuando se te dirige la palabra, chico.

—Sí, señor. Soy el hermano de Sarie. —Levantó la bolsa de los bollos, sosteniéndola ante ella como si fuera un escudo—. Le he traído la cena, señor.

—¿La Sarie que iba con los harapientos? —continuó el sargento. Raisa levantó la vista, y luego se apresuró a apartarla.

—¿Los harapientos, señor? ¿Eso qué es? El sargento rio y bebió un trago de cerveza.

—¿Cómo te llamas?

—Bert.

—Eres muy guapo, para ser un chico, Bert. ¿Cuántos años tienes?

Raisa se estrujó el cerebro desesperadamente en busca de una edad. ¿Cuántos años podía parecer que tenía en su calidad de chico?

—T-trece, señor.

—Ah. —La sonrisa del sargento se hizo más grande—. ¿Te gustaría ver a tu hermana, entonces?

—Sí, señor. El sargento se levantó y la agarró del brazo.

—Vamos, entonces. Papilla empezó a farfullar una protesta.

—Sargento Gillen, ya le he dicho que las visitas no están permitidas.

—Cierra la boca, Papilla —dijo Gillen—. Haremos una excepción en este caso.

La llevó por un largo pasillo en el que había muchas puertas de madera con aspecto de ser muy sólidas, tan deprisa que los pies de Raisa sólo tocaban el suelo a cada tercer paso. Y durante todo el trayecto, Raisa no paró de pensar que aquel hombre era el tristemente famoso sargento Gillen. El sargento del que los harapientos hablaban en susurros. El sargento del que le había hablado Amon. ¿En qué se había metido?

Al final del pasillo había una puerta metálica, y más allá otra puerta de madera que Gillen abrió con una gran llave de metal. La llevó por las dos, se detuvo el tiempo suficiente para encender una antorcha, y luego la empujó hacia una estrecha escalera en espiral que conducía al sótano.

Raisa se estremeció, de miedo y de frío. En el nivel del sótano hacía fresco y había mucha humedad, y por lo mal que olía supo que tenían que estar cerca del río.

O quizá fuera el hedor de la muerte, presente por todas partes en torno a ella. Aquél era un lugar malvado, donde se hacían cosas malvadas. Imágenes terribles asaltaron su mente, y supo que tenía que salir de allí.

—¿Sabe una cosa, señor?, estoy pensando que quizá será mejor que vuelva mañana —dijo, volviéndose hacia la escalera.

—Venga, muchacho, que ya casi hemos llegado. —Gillen la agarró por el pescuezo y la obligó a avanzar.

Instintivamente, Raisa supo que no le serviría de nada desvelar su verdadera identidad, pues nadie le creería. O, en el improbable supuesto de que el sargento Gillen la creyera, no vacilaría en estrangularla y arrojar cuerpo al río para que no pudiera transmitir esa historia a la Reina.

Delante había una reja de metal atornillada a la piedra con una enorme cerradura metálica a un lado. Cuando la luz de la antorcha iluminó el interior de la jaula, Raisa pudo ver un movimiento en la penumbra que había más allá, una súbita agitación de cuerpos.

Eran una chica y dos chicos, de quince o dieciséis años de edad, quizás, aunque resultaba difícil saberlo con certeza. Estaban flacos y sucios, y se les había golpeado con tal ferocidad que apenas se reconocía en ellos a unos seres humanos. No se apresuraron a ir hacia ellos, como uno habría podido esperar, sino que se acurrucaron en los rincones como si quisieran evitar que Gillen se fijara en ellos.

—Eh, Sarie —llamó Gillen en voz baja mientras abría la puerta—. Te traigo compañía.

—Vete —dijo un susurro desde la oscuridad—. No podemos contarte aquello que no sabemos.

—Vamos, vamos, no seas así —dijo Gillen, su voz suave como la seda—. Aquí hay alguien que quiere verte.

—¿Quién ha venido a verme? —preguntó Sarie.

—Tengo aquí al pequeño Bert, cariño. Te ha traído un poco de cena.

—¿Quién? —La curiosidad pudo más que ella, y Sarie salió con paso cansino de entre las sombras para adentrarse en la luz. Era alta para su edad, y ancha tanto de caderas como de hombros. Había en ella una cierta dureza nervuda pese al hecho de que era evidente que había sido muy maltratada.

—Ahora que tu hermano pequeño está aquí, me parece que llegaremos a alguna parte —dijo Gillen con una sonrisa. Le apretó el brazo con más fuerza—. Quizá se te suelte la lengua cuando lo veas sobre el potro.

Sarie miró a Raisa, y luego a Gillen.

—¿Quién demonios es éste? En las historias, la reina Hanalea ponía en fuga al poderoso Rey Demonio gracias a la fuerza de su carácter y el poder del bien.

En las logias, hablaban de cómo los pequeños podían imponerse a los poderosos gracias a la fuerza de una mente concentrada.

Raisa era lo bastante inteligente para saber que sus probabilidades de vencer a alguien como Mac Gillen eran prácticamente nulas. Pero cuando una persona no da cuartel, si está luchando por su vida, eso puede influir en el resultado.

Cuando deslizó su pequeño cuchillo a través del carnoso vientre de Mac Gillen, supo que era improbable que el tajo lo matara. Sólo esperaba que bastara para distraerlo.

En eso tuvo éxito. El sargento chilló como un cerdo ensartado y la lanzó contra la pared con un golpe de su brazo. Luego se dobló sobre sí mismo y se apretó el estómago con las manos, maldiciendo.

—¡Sujetadlo! —gritó Raisa sin pensárselo dos veces mientras se levantaba del suelo—. ¡A mí! ¡Venid!

Con la fuerza nacida de la desesperación, los tres harapientos saltaron sobre Gillen, haciéndolo caer al suelo para darle de patadas y puñetazos. Gillen era como un enorme oso atacado por cuatro coyotes, sin que todo su despliegue de gruñidos, mordiscos y zarpazos sirviera de mucho porque apenas causaba daño.

Pero entonces sus manos se cerraron sobre el cuello de Raisa y apretaron, dejándola sin respiración. Raisa se debatió y manoteó, pero no podía soltarse. La sangre rugió en sus oídos y puntitos de color bailaron ante sus ojos, espesándose rápidamente para convertirse en grises cuerpos lupinos. Raisa creyó oír unos ladridos feroces. Algo chocó contra ellos, y la presión en su cuello cesó de pronto.

Tragando aire con jadeos entrecortados, cogió la antorcha caída y la incrustó, todavía encendida, en el rostro de Gillen. El sargento gritó de dolor y de rabia y dejó de apretarle el cuello a uno de los chicos. De pronto pareció menos interesado en molerlos a golpes que en llegar hasta la puerta. Raisa le puso una zancadilla y lo hizo trastabillar, y Sarie levantó un pesado orinal de hierro y lo dejó caer sobre su cabeza.

Gillen se quedó quieto por fin.

Extraños compañeros de cama

Amon Byrne no era el tipo de persona que le da mil vueltas a las cosas. Habitualmente tomaba una decisión, acertada o equivocada, y la llevaba a la práctica. Pero esta vez era diferente. En su vida había meditado tanto las cosas como lo estaba haciendo con sus acciones de los dos últimos días.

No fueron liberados del estudio del orador Jemson hasta la mañana siguiente al secuestro de Raisa, aunque, para cuando abrieron las puertas, Amon había logrado hacer en la pared un agujero del tamaño de su puño con la ayuda de una cuchara.

A esas alturas, el rastro ya se había enfriado. Amon se había apresurado a enviar a sus compañeros de clase del Vado de Oden al Mercado de los Harapos para que buscaran cualquier indicio de Pulseras o Raisa, mientras él iba a ver a su padre para confesar lo que había hecho.

Encontró a su padre desayunando solo, como tenía por costumbre. En cuanto su hijo hubo pronunciado las primeras palabras, el capitán Byrne dejó de comer, se echó hacia atrás en su asiento y escuchó con expresión pétrea, disparando preguntas de vez en cuando.

Cuando Amon acabó de hablar, su padre arrojó la servilleta sobre la mesa y envió a su ordenanza para que avisara a los oficiales de servicio de que debían presentarse inmediatamente en el cuarto de guardia. Amon le tendió su espada a su padre, con la empuñadura por delante.

—Lo siento, señor —dijo con fría formalidad—. Os presento mi dimisi...

—Quédatela —gruñó su padre—. Probablemente la necesitarás.

—¿Señor? —balbuceó Amon, confuso—. Pero... cuando la Reina sepa que...

—Son testarudas, las reinas del Lobo Gris —dijo su padre—. Eso nadie lo sabe mejor que yo. La labor más difícil a la que se enfrenta un guardia es decirle que no a su soberana cuando sabe que hacerlo puede ocasionarle la pérdida del servicio activo, la cárcel o la muerte. —Clavó en Amon su mirada de halcón—. Pero a veces tienes que decirlo. Deberías habérselo dicho a la princesa heredera.

—Pero ¿cómo podemos hacer eso, señor? —Amon volvió a meter la espada en su vaina—. Quiero decir que nosotros servimos a la Reina, así que...

—Servimos al linaje de las reinas —dijo su padre—. Servimos al trono. A veces un individuo hace la elección equivocada.

Amon miró a su padre.

—Pero ¿eso no es... no es...?

—¿Traición? —El capitán Byrne sonrió levemente—. Algunos lo entenderían así. ¿Quiénes somos nosotros, después de todo? —Se levantó, fue al hogar, y removi6 las

llamas con un atizador. La cuidadosa pila de leños se desmoronó lanzando chispas en todas las direcciones.

»Los Byrne estamos aquí debido al Pacto con Hanalea, la primera de este terco linaje —dijo su padre, con los ojos fijos en las llamas—. Nuestra labor no es fácil, desde luego, pero todo irá bien mientras no perdamos de vista el bien del linaje y del reino.

—Pero... no todo el mundo en la guardia está ahí por el bien del reino —dijo Amon, pensando en Mac Gillen.

Su padre asintió con la cabeza.

—Hubo un tiempo en que el capitán escogía a cada hombre y mujer que entraba en la guardia. Ahora ya no es así. La política ha entrado en escena. Yo no escogí a Mac Gillen, y no he conseguido expulsarlo de la guardia, por mucho que lo he intentado. —Rio amargamente—. Sólo somos toscos soldados que intentan abrirse paso a través de un laberinto con sus enormes espadas.

¿Quién escogió a Mac Gillen?, habría querido decir Amon.

—¿Qué... qué vamos a hacer, señor? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—La princesa heredera va a celebrar su onomástica este verano, después de lo cual podrá ser requerida para una alianza por la vía matrimonial. —Se dio la vuelta y se apoyó en la repisa del hogar—. En los reinos del sur son muy conservadores. Si se enteran de que nuestra princesa ha sido hecha cautiva durante la noche por una pandilla callejera, eso podría afectar seriamente sus perspectivas de encontrar consorte.

Amon sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Pensó en Pulseras, su cuchillo sobre el cuello de Raisa, sonriendo y declinando un intercambio de rehenes, diciendo «Si he de ir por ahí con alguien de mi brazo, prefiero que sea ella».

Se encontró balbuceando:

—No pueden haber sido capaces... si la han tocado, si han...

Su padre levantó una mano.

—Los hechos son menos importantes que la percepción, cuando se trata de contratos matrimoniales, cabo.

«Los hechos son importantes para mí», pensó Amon.

—Ellos... ellos no nombrarían heredera a Mellony, ¿verdad? Si Rais... si la princesa heredera es deshonrada —dijo, sin estar muy seguro de quiénes podían ser «ellos».

Su padre sacudió la cabeza.

—Puede que lo intenten, pero no podemos permitirselo. Mellony no es la heredera legítima, mientras Raisa viva. En el Naéming no hay lugar para la política. Espero que su majestad no se deje influir por... —Se calló—. Ahora más que nunca necesitamos una reina fuerte —dijo en voz baja.

—Papá —dijo Amon, impaciente por volver al tema que había motivado aquella

conversación—, cuando has dicho que lo arriesgaríamos todo con tal de proteger el linaje...

Su padre volvió a mirarlo fijamente.

—Te diré lo que vamos a hacer —murmuró—. No anunciaremos que la princesa ha desaparecido. Haremos que la guardia busque a una tal Rebecca Morley (ése fue el nombre que usó, ¿no?), que se corresponde con la descripción de la princesa y que fue raptada del templo del Puente del Sur por Pulseras Alisten/ Rebecca, diremos, viene de una familia muy rica que quería hacer obras de caridad para los pobres. Ofreceremos una recompensa muy generosa por cualquier información sobre su paradero.

Amon no estaba seguro de haberlo entendido.

—Pero... ¿le diremos la verdad a la Reina?

Su padre lo miró a los ojos.

—No.

Amon no se lo podía creer. Su padre, el deber personificado, estaba proponiendo un enorme engaño que podía tener terribles consecuencias si salía mal. Se consideraría que el capitán de la guardia había puesto en peligro a la princesa heredera para proteger a su hijo. Podía suponer el fin de su carrera.

—¡Papá! Si te descubren...

—Recuerda lo que he dicho. Estamos obligados a preservar el linaje, cueste lo que cueste. Si ese Pulseras sabe a quién tiene en sus manos, la princesa heredera correrá un peligro aún más grande. Podría asustarse lo bastante como para matarla en el acto. Podría llevarla a través de la frontera y venderla a algún príncipe del sur que necesita llenar sus arcas. O alinearse con los enemigos del Lobo Gris.

—Eso suponiendo que aún esté viva —se obligó a decir Amon—. Han pasado muchas horas.

—Está viva —dijo su padre—. Si el linaje hubiera quedado roto, yo lo sabría. Y tú lo sabrás, también, en cuanto se te nombre. —Puso la mano sobre el hombro de Amon, conteniendo su curiosidad—. Ya sé que la Reina te inscribió en la guardia, pero cualquiera puede ser inscrito, como he dicho. Esto es diferente.

No dijo más, pero Amon confió de buena gana en la palabra de su padre al respecto. Porque así no tendría que insertar la frase «si Raisa aún está viva» en cada especulación.

—Pero... pero ¿cómo explicaremos la desaparición de Raisa? —no pudo evitar insistir. Por una parte se sentía aliviado al saber que no tendría que hacer frente a la Reina de inmediato, pero por otra estaba medio convencido de que el plan de su padre nunca daría resultado—. La Reina tiene que haberla echado en falta a estas alturas.

—Averill Demonai nos ayudará —dijo su padre—. Dirá que Raisa ha vuelto a la Logia Demonai para un... un ritual previo a la celebración de su onomástica. Muy secreto, muy sagrado. A lord Bayar seguramente le dará un ataque cuando se entere,

pero eso no tendría nada de malo, ¿verdad? —Sonrió.

—¿Por qué iba a hacer eso? Averill es su padre. Tiene que estar preocupado.

—Querrá mantenerlo en secreto por las mismas razones que nos mueven a nosotros: por el bien de su hija y por el del linaje. Si nadie sabe que ha desaparecido, su vida correrá menos peligro.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Amon con tono humilde, sabiendo que no merecía desempeñar ningún papel en aquello, pero deseando desesperadamente que le adjudicaran uno.

—Peinarás el Mercado de los Harapos y el Puente del Sur. Recurrirás a todos tus contactos. Harás correr la voz de que se ofrece una recompensa por las tabernas y las posadas. Después de todo, tú conoces las calles y conoces a Raisa, y puedes identificar a Pulseras, y eso es importante teniendo en cuenta que la mayoría de los miembros de la guardia no ha visto nunca a la princesa en carne y hueso.

Durante los dos días siguientes, Amon no dejó de recorrer las calles, poniendo especial atención en el Mercado de los Harapos, porque era el territorio de los harapientos y Pulseras había sido visto cruzando el puente con Raisa inmediatamente después de la confrontación en el estudio. Gastaba dinero a espuestas en las tabernas, pero él nunca bebía. Habló con incontables personas, preguntando por «Rebecca Morley», describiéndola con todo detalle, enseñando un dibujo secreto de Raisa que su hermana Lydia había hecho para él.

Estaba convencido de que Jemson sabía más de lo que decía, que de hecho conocía bien al joven Pulseras, pero el orador convenció a Amon de que le permitiera recurrir a su propia red para ver qué podía averiguar.

Probablemente otro error en una larga serie.

Amon se concentró en su labor para no tener que pensar. Cuando pensaba, deseaba que su padre lo hubiera expulsado de la guardia al momento. O metido en la mazmorra debajo del castillo de la Marca de los Páramos. O entregado a la Reina, quien probablemente lo habría enviado al verdugo. Entonces estaría con la Hacedora (difícilmente) o con el Quebrantador (probablemente), pero al menos no tendría que enfrentarse a la culpa.

Para empezar, era el único responsable de la huida de Pulseras, aquel día en que le habían echado el guante delante de El Barril y la Corona. Y al secundar el plan de Raisa de ir al templo en el Puente del Sur, la había situado en el estudio de Jemson cuando Pulseras irrumpió a través de la puerta.

Y, finalmente, su decisión de encararse con Pulseras allí y entonces, en el Templo, había dado como resultado que él se llevara a Raisa.

Naturalmente, cabía la posibilidad de que Raisa ya le hubiera dicho al señor de la calle quién era e a de todas maneras. Amon podía imaginar esa conversación, pero no lo que sucedería a continuación. Excepto a veces en sus sueños. Así que procuraba no dormir.

Así pues, Amon no estaba nada alerta el segundo día después de la desaparición

de Raisa mientras iba por las estrechas calles y callejones del Mercado de los Harapos. Sabía que él mismo era un objetivo, y así se lo había dicho a Raisa antes de que dieran inicio a su fatídica andadura a través del barrio. Pero, en el estado en que se encontraba, no le inquietaba la idea de que le cortaran el cuello.

Había quedado con su destacamento personal del Vado de Oden en el puente a mediodía para saber si alguien tenía noticias. No se sentía optimista. Estaba llegando al río, y acababa de pasar por un callejón muy estrecho, cuando alguien pronunció nombre detrás de él.

—Cabo Byrne.

Amon giró en redondo. Era Pulseras Alister, en un patiecito lateral, en el lado inaccesible de una verja de hierro forjado. Media docena de harapientos más se apiñaba detrás de él. Ni rastro Raisa.

Amon corrió hacia Pulseras y se dio con la verja, cuyos barrotes estaban demasiado juntos para que siquiera pudiese pasar a mano entre ellos. Aun así, Pulseras dio un paso atrás, como pensara que sería capaz de llegar hasta él de alguna manera.

—¿Dónde está? —preguntó Amon—. ¿Qué has hecho con ella? Si la has tocado, juro que...

—¿Te refieres a Rebecca?

—Sí, claro. —La mente de Amon saltó a una conclusión. Así que el señor de la calle no conocía la verdadera identidad de Raisa.

Pulseras inclinó la cabeza hacia la derecha, en dirección al río.

—Está en la casa de la guardia del Puente del Sur.

—¿El Puente del Sur? —Amon se esforzó por controlar su voz, que aún tenía problemas con los tonos más graves—. ¿Qué está haciendo allí?

—No sé exactamente qué está haciendo allí —dijo Pulseras—. Pero ya lleva un par de horas dentro. Se me ocurrió pensar que podrías, bueno, ir a echar una mirada. Para asegurarte de que está bien.

Amon no entendía nada. Había algo crucial que el señor de la calle se estaba callando.

—¿Por qué no iba a estar bien?

Pulseras se encogió de hombros.

—Mac Gillen está en la casa, para empezar.

No le faltaba razón. Pero aun así.

—¿Cómo ha ido a parar ahí dentro? —preguntó Amon, teniendo mucho cuidado con lo que decía mientras intentaba resistir el impulso de ponerse a dar puñetazos sobre la puerta de metal que se interponía entre ellos—. ¿La guardia la ha encontrado, o se ha escapado de ti, o...?

—Bueno. Creo que ha entrado allí para rescatar a algunos harapientos de las celdas de castigo —dijo Pulseras—. No ha dado demasiados detalles.

—Ha entrado allí para rescatar... ¿por qué iba a hacer eso?

—Porque se ha prendado de nosotros, me imagino —dijo Pulseras—. Ya sabes, el atractivo de vivir en pandilla y todo eso. Recibir palizas un día sí y un día también, ser arrestado por crímenes que no has cometido, largas noches entre rejas, dormir a la intemperie aguantando el frío y la lluvia. Resulta... seductor.

Amon no pudo evitar pensar que Pulseras había empleado esa palabra a propósito. Pero pese a todo el juego de fintas y estocadas verbales, el rostro del señor de la calle estaba pálido e inquieto bajo la suciedad y los moratones, y prácticamente temblaba de tensión.

¿Estaría preocupado por Raisa?

No. Eso no le estaba permitido.

Además, Amon se resistía instintivamente a hacer nada que le pidiera Pulseras.

—¿Por qué debería confiar en ti? ¿Por qué debería creer nada de lo que me digas? —preguntó.

Pulseras escupió en el suelo.

—De acuerdo, de acuerdo. Si te parece demasiado arriesgado entrar en tu propia casa de la guardia y encontrar a tu propia novia, iré yo mismo. Es sólo que se me ocurrió pensar que quizá serías mejor recibido.

Amon dudó, porque no quería perder de vista a Pulseras ahora que lo tenía delante. Aunque estuviera frustrantemente fuera de alcance.

—Mira —dijo Pulseras—, siento haberme llevado a tu chica. No quiero que sufra ningún daño. Y cuanto más esperes, más probabilidades habrá de que le suceda algo.

—No te muevas de ahí —dijo Amon. Como si pudiera hacer algo para que su orden fuera acatada.

—De acuerdo —dijo Pulseras con una sonrisa torcida—. Ve. Te esperaré aquí.

Amon dio media vuelta y corrió hacia el puente, pero sólo había llegado a dar unos pasos cuando volvió a oír su nombre.

—¡Amon! ¡Cabo Byrne! ¿Dónde te habías metido? Se suponía que teníamos que encontrarnos aquí al mediodía.

Se volvió y vio a los plebeyos del Vado de Oden, parados alrededor del pilar del puente.

Dejándose llevar por el impulso, dijo:

—Venid conmigo. Voy a la casa de la guardia. He oído decir que tienen problemas.

Fueron hacia la línea que custodiaba el puente. Amon saludó con un movimiento de la cabeza al guardia de servicio.

—¿Sois los refuerzos? —preguntó el guardia, contemplando a los un tanto disparejos compañeros de Amon.

—Sí, somos los refuerzos —dijo Amon—. ¿Qué problema hay?

—No lo sé exactamente. Parece ser que los prisioneros se han amotinado.

Amon cruzó el puente a paso de carga, lo que impidió cualquier clase de pregunta por parte de sus compañeros. La puerta de la casa de la guardia estaba entornada.

Amon aflojó el paso y se acercó cautelosamente desde el lado. Cuando asomó la cabeza por el quicio de la puerta, vio a un trío de guardias agrupados al final del pasillo que conducía a las celdas.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, precediendo a los otros al interior de la casa—. ¿Dónde está el sargento Gillen?

—Cabo Byrne, gracias a la Hacedora —dijo uno de los guardias, encantado de poder delegar la responsabilidad—. Los prisioneros han tomado el bloque de celdas. Han puesto una barricada en la puerta y tienen retenidos al sargento Gillen y a algunos rehenes más.

Amon parpadeó.

—¿Cómo ha empezado todo exactamente?

El guardia se encogió de hombros.

—Que me registren. Primero ha entrado ese chico, buscando a su hermana, que ha dicho estaba confinada en una de las celdas. El sargento Gillen se lo ha llevado al pozo.

—¿Un chico? ¿A quién dices que quería ver?

—A uno de esos harapientos a los que ha estado interrogando el sargento Gillen. De pronto, todo se ha descontrolado y ahora los prisioneros exigen que se les deje salir de aquí o le cortarán el cuello a Gillen.

«Bueno —pensó Amon—. Qué pena. Quizá tengamos que sacrificar al sargento Gillen por el bien del reino».

—¿Quién es su portavoz? —dijo en voz alta.

—Ese chico y su hermana, supongo. No sabíamos qué hacer, así que estamos esperando recibir instrucciones del capitán.

—El capitán Byrne me ha enviado a... ejem... investigar la situación. —Amon metió la cabeza en el corredor. Los prisioneros habían puesto antorchas a cada lado de la puerta, de tal manera que no podía ver más allá de ella—. ¡Eh, los de las celdas! Soy el cabo Byrne. Necesito hablar con vosotros.

—¿Es usted el cabo Byrne? ¿De verdad?

Era la voz de Raisa, y Amon sintió que se le aflojaban los hombros de puro alivio. No tenía ni idea de qué podía estar tramando Raisa, pero al menos estaba viva, y ya no se hallaba en poder de Pulseras. Ahora tenía que sacarla de allí sin delatar su identidad.

—Sí —dijo—. Hum. ¿Quién eres? —Parecía una pregunta exenta de peligro.

—Soy el hermano de Sarie. Bert —dijo Raisa, con una pequeña vacilación en el nombre.

—Pues yo soy el oficial al mando —dijo Amon, sintiéndose bastante ridículo mientras lo decía—. ¿Tregua para un encuentro?

Oyó un rápido murmullo de conversaciones, más bien una discusión, y entonces una nueva voz dijo:

—Tú vienes hacia nosotros. Desarmado. Con las manos en alto.

Amon desenvainó su espada y se la dio a uno de los guardias.

—Voy para allá —anunció—. Bajo una tregua —añadió, sólo como recordatorio. Preguntándose todo el tiempo cómo acabaría aquello. Preguntándose qué haría su padre.

Avanzó por el pasillo, despacio y con las manos en el aire. Cuando llegó a la puerta, se detuvo. Una áspera voz masculina dijo: «Continúa», y Amon pasó entre las antorchas, con un hormigueo en la piel y esperando sentir en cualquier momento cómo un cuchillo se deslizaba entre sus costillas.

El hedor a orina y cuerpos sin lavar combinado con la pestilencia metálica de la sangre era tan intenso que costaba respirar. Cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, vio que se hallaba rodeado por casi dos docenas de prisioneros de todas las edades, desde niños hasta un anciano de cabellera enmarañada, que se miraba las manos mientras hablaba consigo mismo. Varios de ellos se encontraban sentados en el suelo o apoyados en la pared, con aspecto de estar enfermos o heridos.

Dos prisioneros fueron hacia él. Uno era una chica muy alta que llevaba una chaqueta de guardia demasiado grande para ella. Parecía haber sido maltratada a conciencia. El otro era Raisa, con una espada de hoja corta y llevando pantalones y camisa, el pelo recogido debajo de una gorra de chico. Alzó la mirada hacia él, sus ojos verdes muy abiertos, y se llevó un dedo a los labios.

—Soy Bert —dijo, por si acaso a él se le había olvidado—. Ésta es Sarie.

Amon no sabía si abrazarla o estrangularla, así que optó por tomar un camino intermedio.

—¿Dónde están el sargento Gillen y los otros guardias? —preguntó.

—A buen recaudo dentro de las jaulas —dijo la chica alta, Sarie, con una sonrisita de satisfacción—. Como los animales que son.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó Amon.

—Que se nos garantice que podremos salir de aquí sin que nos pase nada, para empezar —dijo Sarie—. Queremos que la guardia deje de tratar de obligarnos a confesar algo que no hemos hecho.

—Queremos que Gillen sea trasladado —dijo Raisa—. Que lo envíen a las tierras fronterizas, donde la gente se defiende cuando es atacada.

—¡Que lo maten! —gritó alguien desde atrás de todo—. Así seguro que no volverá.

—Ah —dijo Amon con un carraspeo—. ¿Podría hablar un momento con Bert? ¿En privado?

Sarie lo miró y luego miró a Raisa, y acabó negando con la cabeza.

—Si tienes algo que decir, dínoslo a todos.

Las ideas se agolparon en la mente de Amon.

—Está bien —dijo finalmente—. Puedo sacaros de aquí, pero tendréis que entregar vuestras armas y tendré que sacaros de aquí bajo custodia.

Las protestas llovieron de todas partes a la vez.

—¡Ni hablar!

—Es un guardia. ¿Por qué deberíamos confiar en él? —Claro. Como si fuéramos a ser tan idiotas.

—¡Escuchadme! —Para lo menuda que era, Raisa tenía una voz de lo más imperiosa—. Sé que tenéis razones para odiar a los chaquetas azules. Pero conozco al cabo Byrne, y sé que no os mentiría. —Después se volvió hacia Amon y preguntó—: ¿Por qué tenemos que entregar nuestras armas?

Amon se le acercó y habló en un tono de voz que sólo ella podría oír, sin hacer caso de las miradas asesinas que le lanzaron los demás.

—Porque no puede parecer como si os estuviera dejando en libertad —dijo—. Los Bayar tienen ojos y oídos en todas partes. Unos cuantos sureños muertos no significan nada para ellos, pero si parece que estoy dejando suelta por la calle a una banda de criminales, lo usarán contra mi padre.

Sarie se escurrió entre ellos.

—¿Quién eres tú, vamos a ver? —le preguntó a Raisa—. ¿Por qué has venido aquí, diciendo que somos parientes? ¿Cómo es que tú y este chaqueta azul os lleváis tan bien? Dices que te ha enviado Pulseras, pero, por lo que sé, puede que él esté muerto. Llevo un año sin verle el pelo.

Amon estaba perdiendo la paciencia.

—Si no queréis venir todos conmigo, por mí estupendo. Tú te quedas aquí, pero Bert se viene conmigo. —Hubo más gruñidos a su alrededor, y añadió—: O lo tomas o lo dejas.

Eso desencadenó un clamor de «¡Metedlo en la jaula con Gillen!» y «¡Pues entonces nos vamos!».

Pero Sarie levantó la mano pidiendo silencio, los ojos fijos en el rostro de Amon.

—Me parece justo —dijo—. Pero nos llevaremos los cuchillos con nosotros. Podemos esconderlos debajo de las chaquetas. —Se guardó la daga debajo de la suya—. Y la chica estará pegadita a mí. Así, si la cosa se pone fea, la pasaremos juntas. —Pasó un brazo alrededor de Raisa y la atrajo hacia sí, con la otra mano sobre su arma.

El primer impulso de Amon fue liberar de un tirón a Raisa y llevársela consigo por la fuerza, pero ella lo miró y sacudió la cabeza, un movimiento tan leve que Sarie no lo percibió.

—Está bien —dijo—. Déjame... dame un minuto.

Cruzó la puerta agachando la cabeza, entre las antorchas, y volvió por donde había venido, nerviosamente consciente de que su espalda ofrecía un blanco muy tentador.

En cuanto llegó al cuarto de guardia, una lluvia de preguntas cayó sobre él, y tuvo que levantar la mano para pedir silencio.

—Quieren una audiencia con el capitán —dijo—. Para exponer sus motivos de queja. He accedido. Así que vamos a sacarlos de aquí custodiados. —Ignorando el murmullo de sorpresa y protesta, miró a los guardias presentes y seleccionó a sus

compañeros de clase—. Mick, Hallie, Garret, Wode, Kiefer y Talia. Venid conmigo.

—¿Así que quieres que los dejemos fuera de combate en cuanto hayan salido de las celdas? —preguntó uno de los chaquetas azules, acariciando su garrote.

—No. —Amon recorrió la habitación con la vista, mirando a los ojos a cada uno—. Nadie moverá un dedo contra ellos. Quiero sacarlos de aquí sin derramamientos de sangre. El primer soldado que les levante la mano irá a los pozos.

Hubo un murmullo de protesta, pero Amon pensó que había sido lo bastante claro.

Formaron una procesión de lo más extraña, como refugiados de alguna guerra mal planificada y peor abastecida. Alrededor de veinticinco prisioneros cojeaban, arrastraban los pies y se pavoneaban en el centro, custodiados por los aún casi imberbes compañeros de clase de Amon. Desfilaron por el cuarto de guardia y salieron por la puerta, cruzaron el patio y entraron en el Puente del Sur. Los chaquetas azules se los quedaron mirando, perplejos, mientras pasaban ante ellos. Los ciudadanos salían de las calles en cuanto los veían venir, pero miraban por las ventanas y asomaban la cabeza desde los portales después de que hubieran pasado.

El corazón de Amon empezó a latir un poco más despacio en cuanto hubieron llegado al otro lado del río. Siguieron adelante por el Camino de las Reinas hasta que dejaron de ser visibles desde el puesto de guardia en el río.

—Girad aquí —ordenó Amon, metiéndose por una calle lateral. Avanzaron un trecho, volvieron a girar, y Amon detuvo al cortejo.

»Bueno, ya os podéis ir —dijo—. Lo único que os pido es que procuréis no acabar otra vez entre rejas. Eso sería un poco complicado de explicar.

La mayoría de los prisioneros se apresuraron a fundirse con las sombras y desaparecieron.

Pero Sarie se lo quedó mirando y luego miró a su alrededor, llena de sospecha.

—¿Sin más? ¿Nos dejas en libertad? ¿Cómo es eso?

«Porque vuestra princesa heredera lo ordena —pensó decir Amon—. Porque soy idiota. Porque todavía no tengo claro cómo se hace para decir que no».

—Porque no deberían haberos tratado así —dijo finalmente—. Porque algunos de nosotros no creemos en arrancar a golpes una confesión a las personas.

Y, sin más, Pulseras apareció allí, con el resto de los harapientos. Los plebeyos del Vado de Oden se agruparon con sus armas en ristre.

—Tranquilos —dijo Pulseras con una sonrisa—. Gata y yo sólo hemos venido a decir hola y a daros la bienvenida. —Señaló con la cabeza a otra harapienta, una alta joven negra.

—Venga —dijo la joven, y todos los harapientos, incluidos los tres que habían sido detenidos por la guardia, desaparecieron en las calles adyacentes. Todos excepto Pulseras.

Pulseras se acercó a Raisa y esbozó una pequeña reverencia.

—Rebecca —dijo—. Bravo. Me parece que en el fondo eres toda una harapienta.

—No lo es —dijo Amon, interponiéndose entre ellos—. Si con eso quieres decir que es una ladrona y una secuestradora.

—Amon —dijo Raisa, poniéndole la mano en el brazo.

—Me parece que tu chica no se alegra demasiado de verte —dijo Pulseras, sacudiendo la cabeza tristemente—. Yo que pensaba que se arrojaría a tus brazos gritando de felicidad, y ni siquiera un beso de carabina.

—Pues a mí me parece que deberías responder por haberte llevado a la... por habértela llevado de la manera en que lo hiciste. Quiero saber si... si le has hecho algún daño.

—Estoy bien —dijo Raisa, tratando de apagar el fuego, pero avivándolo en su lugar.

—Y me parece que deberías responder a algunas preguntas sobre esos sureños a los que mataron —prosiguió Amon, sin poder contenerse—. Todavía no estoy seguro de que no hayas tenido algo que ver con eso.

—¿Me pondrás en el potro, entonces, como hicieron con los demás? —preguntó Pulseras, sin dejar de sonreír, aunque ahora la sonrisa parecía congelada en sus labios—. ¿Me arrancarás las uñas? ¿O me aplastarás los...?

—¡Basta! —dijo Raisa secamente—. Amon no es ningún torturador. Acaba de sacar de la cárcel a tus chicos de los recados. De no haber sido por él, yo...

—No son mis chicos de los recados —la interrumpió Pulseras.

—Qué bien —dijo ella, fulminándolo con la mirada.

—Qué bien —dijo él, poniendo los ojos en blanco.

Amon estaba empezando a sentirse un poco fuera de lugar.

—Sabes que Gillen volverá a ir a por ti —le dijo a Pulseras—. Sería mejor que te entregaras voluntariamente.

—¿Tú crees? Espera que me lo piense... no, gracias —dijo Pulseras—. Bueno, en ese caso me abro. Buena suerte con tu novia, colega. Creo que la vas a necesitar.

Y antes de nadie pudiera decir nada más, giró por la esquina y desapareció.

Rojo de ira y vergüenza, Amon llamó con un silbido a su terna de compañeros y éstos se agruparon a su alrededor, nerviosos como potrillos, intercambiando codazos y sonrisas.

—En primer lugar, nadie le dirá una palabra a nadie sobre lo que ha sucedido aquí —dijo Amon—. Esto sólo le incumbe a la Reina. Cuantos menos sepan acerca de esto mejor.

Sus compañeros de clase lo miraron con abatimiento, y Amon supo que estaban diciendo adiós a sus planes de alardear en las tabernas y ser invitados a beber.

—Pero podréis contarles a vuestros nietos que... ah... servisteis a la Reina. Y ahora, acompañaremos a Rebecca hasta el recinto del castillo —dijo—. A formar.

Condujo a su pequeño ejército por el Camino y giró en dirección al castillo de la Marca de los Páramos. Los guardias iban unos pasos por delante y por detrás de Raisa y Amon, dándoles un poco de espacio para hablar en intimidad.

—¿Qué está pasando? —susurró Raisa—. ¿Mi madre está furiosa o preocupada?

—Furiosa —dijo Amon—. Pero no por las razones que imaginarías. Mi padre y Averill le dijeron que volviste al Campamento Demonai para pasar por cierto ritual del clan que durará una semana. La Reina está furiosa y lord Bayar está profiriendo toda clase de amenazas —añadió, esforzándose por no sonreír.

Raisa se lo quedó mirando.

—¿Sí? ¿Por qué han dicho eso?

Amon carraspeó.

—Mi padre teme que, si se llega a saber que pasaste la noche con un señor de la calle, tus perspectivas matrimoniales podrían quedar un poco... menoscabadas.

Raisa se lo quedó mirando de nuevo.

—Soy la princesa heredera de los Páramos —declaró, con sus ojos verdes tan oscuros como las profundidades del océano—. Cualquiera príncipe o noble en toda la Tierra Entre los Océanos debería dar saltos de alegría ante la perspectiva de ser mi esposo. Sin hacer preguntas.

Hablaba en un tono cada vez más alto, y Amon se llevó un dedo a los labios.

—Baja la voz. Yo opino lo mismo, y papá opina lo mismo, pero los príncipes meridionales tienen... ejem... unas ideas bastante anticuadas sobre las mujeres —dijo—. Piensan que las novias deberían llegar... ejem... puras a la... Huesos, Raisa, confía en mí, ¿quieres?

Las mejillas aún le ardían. No debería estar manteniendo aquella conversación con la princesa heredera de los Páramos. Estaba mal.

—Y queremos mantener abiertas esas opciones porque pensamos, quiero decir, mi padre piensa que podría ser más ventajoso para ti casarte con alguien del sur que con alguien del reino...

—¿Y él piensa eso porque...?

—Bueno. Porque lord Bayar parece estar en contra de la idea —dijo Amon sin convicción.

—Así que ahora el capitán de mi guardia y uno de sus oficiales se dedican a tramar con quién debería casarme —dijo Raisa, en ese tono suave que presagiaba problemas—. Y además viven pendientes de mi reputación como dos comadres de pueblo...

—En fin —se apresuró a decir Amon, con la esperanza de poner fin a aquella conversación lo más deprisa posible—. A mi padre le pareció que sería mejor eludir el tema...

—¿Cómo? ¿Mintiéndole a su señora la Reina?

—Bueno, sí. Básicamente.

Raisa echó a andar de nuevo, dando dos pasos por cada uno de los de él, con el ceño fruncido.

—¿Así que no está al tanto de la... la salida al Puente del Sur, ni del secuestro, ni de nada?

—Distintas personas conocen fragmentos. La guardia de la Reina ha estado buscando a una chica llamada Rebecca. Mi terna de compañeros piensa que eres mi... novia. —Miró a Raisa para estudiar su reacción, pero no se produjo ninguna—. ¿Qué sabe Pulseras?

Raisa se encogió de hombros.

—Él piensa que soy tu chica, también —dijo en tono irónico—. Le dije que me llamaba Rebecca Morley.

Amon sintió una pizca de optimismo.

—Así que a lo mejor esto funcionará después de todo —dijo. Miró a Raisa, queriendo pedirle que le hiciera un rápido resumen de todo lo que le había ocurrido desde que Pulseras se la había llevado por la fuerza. Pero no pudo decidirse a hacerlo, así que dijo—: ¿Estás... estás bien? ¿Ese... Pulseras... te...?

—¿Yo? No podría estar mejor —dijo ella distraídamente—. Pero tenemos que hacer algo acerca de la guardia. Están torturando a la gente. ¿Ese viejo que salió con nosotros? Llevaba quince años en el pozo. Mac Gillen es una bestia sin corazón.

—¿Así que entraste en la casa de la guardia... para rescatarlos? —preguntó Amon, que aún estaba tratando de entender.

—Entré para ver si era cierto lo que decía Pulseras. Me dijo que no se sometería a la justicia de la Reina porque no hay justicia. Y tenía razón.

—No todo el mundo es como Gillen —dijo Amon, sintiendo la necesidad de defender a la guardia—. Y no puedes creer todo lo que te diga Pulseras. Está acusado de haber asesinado a ocho personas.

—Pero lo que me dijo era cierto. Y no creo que Pulseras cometiera esos asesinatos. Él pensaba que habían sido los harapientos, a los que llevaba más de un año sin ver.

«Quizá todo ha sido una función organizada en tu honor», pensó Amon, pero no se atrevió a pronunciarlo en voz alta.

—Si no fue él, ¿entonces quién los mató? —preguntó.

—No lo sé —dijo ella con irritación—. El que está en la guardia eres tú, ¿no?

—Acuérdate de que te ha enviado ahí dentro para que rescataras a sus amigos —dijo él—. ¿Qué impresión habría causado que escaparas de un señor de la calle para acabar muriendo a manos de tu propia guardia?

—No he escapado. Él me ha dejado marchar. Y no me ha enviado. He ido yo sola.

—¡Pero no puedes exponerte a esa clase de riesgos! —estalló Amon—. La situación actual ya es lo bastante precaria para que encima compliquemos todavía más las cosas. No podemos arriesgarnos a un cambio de sucesión.

—La sucesión, la maldita sucesión. Bueno, si quieres que te diga la verdad, el linaje de las reinas es como una cadena suspendida alrededor de mi cuello —masculló Raisa—. No voy a hacerle ningún bien a nadie si me equivoco en esto. Y espero que me ayudes a no hacerlo.

Dichas estas palabras, siguió andando en silencio.

Demonios en la calle

Han no tenía muy claro qué lo alegraría más: que su madre estuviera en casa o no encontrarla allí. Sabía que podía tardar mucho tiempo en volver a verla, pero no se sentía con fuerzas para aguantar otra sesión de recriminaciones.

Mientras subía los escalones, arrugó la nariz cuando una vaharada de repollo cocido llegó hasta él, un olor que siempre significaba que le esperaba una buena.

Cuando abrió la puerta empujándola con la mano, tanto su madre como Mari levantaron la vista del libro que estaban leyendo.

—¡Han! —chilló Mari, poniéndose en pie. Cruzó a la carrera la habitación y se abrazó a la pierna de su hermano como una de las lampreas sobre las que había leído él en los libros de Jemson, esas misteriosas moradoras de un océano que nunca había visto.

—Eh, Mari —dijo él, mirando por encima de su rubia cabecita a su madre en busca de alguna pista. La expresión que vio en su rostro era una mezcla de alivio y aprensión.

—Alabada sea la Hacedora —murmuró. Cruzó la habitación y lo abrazó, al tiempo que le daba toscas palmaditas en la espalda—. La guardia te está buscando —dijo, mientras le alisaba el pelo—. Han ido por todo el Mercado de los Harapos, preguntándole a todo el mundo si sabía por dónde andabas. Mac Gillen está furioso. Dicen que has sacado de la cárcel a unos cuantos harapientos.

¿Por qué siempre le echaban la culpa de todo a él?

—No exactamente —dijo, pensando que su madre tenía que estar muy preocupada para haberse saltado la bronca preliminar—. ¿Han estado aquí?

Ella sacudió la cabeza.

—Supongo que aún no saben dónde vives. —Lo miró como si no estuviera segura de qué decir—. Pero no puedes quedarte aquí, ¿sabes? —murmuró finalmente—. Tarde o temprano, Mac Gillen te encontrará.

—Lo sé. Volveré a los Pinos de Marisa. Me quedaré allí hasta que se hayan enfriado las cosas. —Titubeó—. ¿Cómo es que estás en casa? Te hacía en el trabajo.

—Ah. Bueno, ya no trabajo en la lavandería del castillo —dijo su madre, apartando los brazos de él para ir a remover el repollo que tenía encima del fuego—. Pero es mejor así, porque ahora me resulta menos complicado llevar a Mari a la escuela.

Antes eso le correspondía hacerlo a él. Debía asegurarse de que su hermana llegara a las clases de Jemson sin que le pasase nada por el camino.

—¿Ya no trabajas para la Reina? —Han separó con cuidado a Mari de su pierna,

tomó asiento y la acomodó sobre su regazo—. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Eché a perder uno de los vestidos de la Reina —le explicó su madre, encogiéndose de hombros—. La culpa fue de esas perlas cultivadas, que resultaron ser de pasta. De todas maneras da igual, porque no acababa de gustarme. El castillo de la Marca de los Páramos, quiero decir. La gente era muy estirada. En el Mercado de los Harapos, al menos te tratan como a un ser humano.

—Pero ¿de qué vais a vivir? —preguntó Han—. Yo lo tendré bastante complicado para venir a la ciudad, para hacerle de recadero a Lucius o vender lo que encuentre en las montañas.

—Ya nos las arreglaremos —dijo su madre—. Siempre quedan los trapos viejos y la colada.

Han pensó en la joven Rebecca Morley. Ella conocía a gente en el recinto del castillo. Quizá podría mover algunos hilos, ayudar a su madre a recuperar su empleo, o conseguirle otro, igual de bueno.

O quizá sólo era una excusa para volver a verla.

Pero no. Revelar su relación con mamá y Mari sería correr un riesgo demasiado grande. Le gustaba imaginárselas a salvo, escondidas en la habitación de encima del establo.

—Hanson —dijo su madre, en el tono de quien se dispone a soltar un discurso preparado. Han enseguida supo que iba a tener que escuchar un sermón—. No puedes pasarte la vida escondido en las montañas. Y parece que eres incapaz de andar por aquí sin meterte en líos. Tienes que encontrar una vocación. Podrías ir al Vado de Oden, ingresar en la Escuela de Guerreros y llegar a ser oficial. Para eso no se necesitan contactos, y con toda la demanda de soldados que hay hoy en día no hacen demasiadas preguntas.

¿Oficial? La mayoría de los soldados que conocía estaban en la guardia. Pero ¿y si podía ser oficial en las guerras del sur? Entonces tendría una armadura y una gran espada, y sus enemigos estarían desplegados ante él. No tendría que estar mirando siempre por encima del hombro.

Sólo había una gran barrera a todo eso.

—Ir al Vado de Oden cuesta dinero —dijo—. Y no tenemos ni una perra.

Y entonces tuvo una idea. Se subió las mangas, poniendo al descubierto las pulseras de plata.

—Podríamos venderlas —dijo—. Deberíamos sacar suficiente dinero para subsistir durante un año o más.

Su madre sacudió la cabeza.

—Sabes que no están hechas para poder quitárselas.

—Se lo preguntaré a Willo nuevamente —dijo Han, volviendo a bajarse las mangas de la camisa—. Tiene que haber algún modo.

Han recogió su zurrón del suelo y metió en él su otro par de pantalones y sus camisas. Tras un instante de vacilación, sacó su pañuelo de harapiento de debajo del

colchón. Pensó en el amuleto, enterrado en el patio. Los dedos le hormiguearon con el deseo de cogerlo. Pero no. Estaba más seguro donde estaba. Si a él le pasaba algo, probablemente se quedaría allí para siempre, fuera del alcance de los Bayar. Eso le dio una pequeña satisfacción.

Su madre le tendió una bolsa de tela.

—Toma, un poco de pan y un trocito de queso para el camino —dijo—. Dale las gracias a Willo por alojarte —murmuró—. Dile... dile que siento mucho no poder mantener a mi propio hijo. —Le temblaba el labio inferior, y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Tranquila, mamá —dijo Han—. A Willo no le importa. Y es culpa mía que tenga que irme.

Mari lloraba también, y las lágrimas corrían a raudales por sus mejillas.

—No puedo creer que te vayas a ir de nuevo —dijo—. Acababas de volver.

Han intentó sonreír y le revolvió el pelo.

—Volveré antes de que te des cuenta. Y espero que me leas en voz alta cuando regrese.

—Puedo leerte algo ahora —dijo Mari, cogiendo su libro y ofreciéndoselo—. Quédate y te haré una demostración.

Él sacudió la cabeza.

—Tengo que irme.

Y no quedaba nada más por decir, así que se marchó.

Ya era noche cerrada, de modo que siguió una ruta tortuosa por las callejas, alerta a las patrullas de la guardia y demás personas inquisitivas. Había empezado a llover, una llovizna fría y constante que absorbía la luz y acabó de deprimir a Han. A dos manzanas de casa, hizo un alto en Carnes de Burnet. En la trasera del establecimiento, un surco abierto en el suelo recibía la sangre y los restos de los despieces para llevarlos a las cloacas. Han mojó en la sangre sus pantalones de repuesto, una de las camisas y su pañuelo.

Llegó al río un kilómetro al este del puente, donde habría menos tráfico. Bajó hasta la orilla gateando y esparció sus ropas ensangrentadas junto a las aguas, terminando con su pañuelo de la pandilla. Escribió «PULSERAZ TRAIIDORR» en el barro con un palo. Era tosco, pero, no obstante, tal vez conseguiría engañar a la guardia.

Las campanas del Templo del Puente del Sur estaban dando las dos cuando trotó por el puente. Se mantuvo dentro de la sombra del templo durante dos largas manzanas, pensando en Jemson, que probablemente estaría dormido en algún lugar entre sus paredes.

—Eh, padre Jemson —susurró—. Siento haberle decepcionado. No permita que eso le impida creer en algún otro.

Las lágrimas acudieron a sus ojos y se las secó con el reverso de la mano, compadeciéndose de sí mismo.

Las calles estaban desiertas, insólitamente tranquilas salvo por la guardia. Habían traído todos sus efectivos. En dos ocasiones, Han tuvo que meterse en un portal para ponerse al resguardo de una terna de guardias. Afortunadamente, armaban tanto jaleo como borrachos en una pelea de bar, así que era fácil esquivarlos. Fue en dirección este, alejándose del Templo, con la intención de atravesar el Puente del Sur por las calles laterales. Volvería al Camino allí donde éste salía del Valle con la esperanza de que las patrullas no fueran tan frecuentes en esa zona. Una o dos veces, le pareció oír pasos detrás de él, pero cuando giró en redondo, no vio a nadie.

«Estás más nervioso que un ciervo de los Páramos —pensó—. Menos mal que abandonas la ciudad».

Había empezado a cruzar un pequeño patio adoquinado cuando de la oscuridad salieron tres figuras con capa que avanzaron hacia él desde tres direcciones distintas, como si flotaran silenciosamente sobre el suelo.

—Por los huesos de Hanalea —musitó Han, retrocediendo con la boca seca y el sabor metálico del miedo en la lengua.

Sus capuchas estaban echadas hacia delante, ocultando sus caras (si es que las tenían) y llevaban guantes de cuero negro, así que no había nada en ellos que sugiriese aunque sólo fuera remotamente que fueran humanos. Aun así, parecían brillar a través de la llovizna impregnada de niebla, circundados por manchones de luz que indicaban hechicería.

Han había oído hablar de cosas así: demonios que recorrían las calles en busca de almas para el Quebrantador cuando iban mal los negocios.

—Ven aquí, chico —dijo uno de ellos, su voz sibilante como la de una serpiente—. Queremos hablar contigo. Estamos buscando a alguien.

—Temo no poder seros de... de mucha ayuda —dijo Han, retrocediendo hasta que su espalda topó con una pared—. No... hum... no sé dónde está nadie.

La risa del monstruo le heló la sangre.

—Pues yo creo que sí. Creo que puedes ayudarnos. De hecho, me parece que vas a tener muchísimas ganas de ayudarnos antes de que hayamos acabado.

—Si nos ayudas, te dejaremos marchar —dijo el demonio más alto—. Qué guapo eres. Sería una lástima que te sucediera algo.

—¿Quiénes sois? —preguntó Han, la voz aguda a causa del miedo.

—Nosotros haremos las preguntas —dijo el demonio de la voz de serpiente—. Estamos buscando a un chico llamado Pincho.

Y entonces Han comprendió. Los sureños muertos. Acababa de tropezarse con los responsables. Pensó en los cuerpos quemados y mutilados, y sintió como si se le licuara la sangre.

—Nunca he oído hablar de él —dijo, escurriéndose a lo largo de la pared en un intento de escapar del círculo que habían formado a su alrededor. Pero el demonio más alto extendió el brazo, cortándole el paso.

—Oh, pues a mí me parece que sí —dijo—. Y me parece que hablarás. Pero antes

te llevaremos a un lugar más privado.

Los tres demonios parecían estar un poco inquietos, porque no dejaban de mirar por encima del hombro como si temieran ser interrumpidos en cualquier momento. Lo que no dejaba de ser extraño, si eran demonios. ¿Por qué iban a tenerle miedo a la guardia?

El tercer demonio metió la mano debajo de su capa, como si buscara algo, y Han supo que era entonces o nunca.

—¡Asesinos! ¡Me quieren matar! —gritó—. ¡Que alguien llame a la guardia de la Reina!

Los demonios se encogieron temerosamente y el que tenía la mano dentro de la capa la sacó y agarró del brazo a Han, pero de inmediato gritó y lo soltó como si se hubiera quemado, dándose palmadas en el costado.

Han siguió gritando que lo iban a matar, y entonces oyó un ruido de pies que corrían y alguien gritó:

—¡Alto en nombre de la Reina!

Los demonios titubearon durante dos largos segundos, los oscuros agujeros de sus capuchas enfilados hacia Han, y luego, con un siseo, desaparecieron en las calles cercanas.

Era la segunda vez en menos de un mes que Han se había alegrado de ver llegar a la guardia. Lo que decía bastante sobre cómo le estaba yendo la vida.

Sólo que ahora tenía que evitar ser capturado. Se caló en la cabeza la gorra empapada y señaló en una dirección escogida al azar, forzando la voz hasta convertirla en un gemido quejumbroso.

—Se han ido por ahí. ¡Esas malditas ratas de la calle me quitaron la bolsa y amenazaron con cortarme el cuello, se lo juro! ¡Dense prisa o se escaparán!

Han decidió que si hablaba de demonios los chaquetas azules se mostrarían menos inclinados a ir tras ellos.

Los guardias echaron a correr en la dirección señalada.

—¡Recompensaré al que me traiga la bolsa! —gritó Han mientras los veía alejarse, para curarse en salud.

Echó a andar con paso vacilante en la dirección opuesta, sin mirar por dónde iba y con la atención concentrada en interponer la mayor distancia posible entre su persona y el sitio donde se había tropezado con los demonios.

Mientras corría, reparó en que sus muñecas estaban calientes. Cuando se arremangó, vio que las pulseras de plata brillaban intensamente. ¿A qué vendría eso? ¿Acaso los demonios le habían hecho algo, le habían hecho algo a sus pulseras? ¿Podrían seguirle el rastro a través de ellas? Intentó arrancárselas desesperadamente, haciéndose daño en las manos durante el proceso, pero no tuvo mayor suerte que antes.

Los pensamientos giraban en una demencial espiral dentro de su mente. ¿Quiénes eran los demonios y por qué buscaban a Pincho? ¿Acaso sus pecados habían sido tan

grandes que el Quebrantador había enviado a un puñado de demonios para que se lo llevaran? La sola idea hizo que Han se sintiera más motivado que nunca para enmendarse en el futuro.

¿O era alguna clase de guerra entre los mismos sureños? De ser así, Han apostaría por los demonios.

Finalmente, el agotamiento lo obligó a aflojar el paso, y su corazón palpitante empezó a calmarse. Para entonces estaba completamente perdido. Levantó la vista hacia el cielo, pero lo único que consiguió con ello fue empaparse la cara con la lluvia. Olisqueó el aire. La pestilencia del río parecía haber quedado atrás, así que, si iba en dirección contraria, no debería tardar mucho en llegar a los muros de la ciudad.

Un súbito rumor detrás de él lo hizo saltar hacia un lado. Un cuerpo surcó el aire junto a él y se estrelló ruidosamente contra el suelo. En un primer momento, Han pensó que eran los demonios de nuevo. Pero no. Aquella figura era mucho más pequeña, y enseguida vio que sólo era un chico con un cuchillo en la mano. Han suspiró de alivio, pero entonces comprendió que sus problemas distaban mucho de haber acabado. El chico se había levantado del suelo y avanzaba hacia él con andares felinos, el cuchillo por delante.

«Esto no puede estar pasando», pensó Han con abatimiento. «Oh, déjame en paz —le entraron ganas de decir—. Estoy que no puedo más».

El chico pasó por debajo de un farol, y Han dio un respingo de sorpresa. Era Pincho, demacrado y con los ojos hundidos, una sombra del bravucón de antaño.

—¿Qué quieres? —preguntó Han—. No tengo nada que valga la pena robar, esta vez. —«A no ser que pretendas cortarme las manos otra vez», pensó, pero no pensaba abordar ese tema.

—Haz que se vayan —susurró Pincho, mirando alrededor como si pudieran oírlos.

—¿Que se vayan quiénes? —preguntó Han, perplejo—. No sé de qué me estás hablando.

—Esas... esas cosas —dijo Pincho, pasándose la lengua por unos labios reseco—. Haz que se vayan o te rajo. Te mataré, lo juro. No tengo nada que perder.

—¿Estás hablando de esos... esos demonios? —preguntó Han, empezando a ver la luz—. No puedo hacer que se vayan. Ni siquiera sé qué son.

—¿Así que es casualidad, eh, que te diéramos una paliza en la calle y que justo después ellos vinieran a por mí? —Pincho pretendía transmitir desdén, pero el desdén se le resiste bastante a alguien tan asustado como parecía estar él.

Han sacudió la cabeza. Era como si la mano de la Hacedora lo señalara, continuamente. «Ha sido él. La culpa es suya».

—No sé quiénes son —murmuró—. Acabo de tropezarme con tres de ellos, al norte de aquí.

—¿Y todavía estás de una pieza? —Pincho se obligó a reír—. ¿Qué hiciste? ¿Plantarles cara y ponerlos en fuga?

Han se limitó a negar con la cabeza en silencio, sin apartar la mirada del cuchillo de Pincho, la mano sobre la empuñadura del suyo.

—Puedo matarte, ¿sabes? —jadeó Pincho, lanzando un par de tajos al aire—. Soy mejor que tú con un cuchillo, en un mano a mano.

Han sabía que Pincho tenía razón, pero no estaba dispuesto a admitirlo.

—No quiero pelear con nadie —dijo, y era la pura verdad.

—¿Por qué ibas a hacerlo? Tienes a no sé cuántos demonios para que peleen por ti. —Pincho volvió la cabeza de un lado a otro, como si los monstruos pudieran aparecer de repente—. Los sureños me entregarán, ¿sabes? Para salvarse. Ya ha habido ocho muertos y ellos... —Entonces se calló y tragó saliva, como si hubiera dicho más de lo que pretendía.

Han miró a su enemigo con más simpatía de la que nunca hubiera imaginado posible.

—Quizá deberías irte —sugirió—. Esconderte en alguna parte hasta que la cosa se haya... enfriado un poco.

—Te encantaría que lo hiciera, ¿verdad? —gruñó Pincho, nuevamente a la defensiva—. Así tendrías todo Puente del Sur bajo tu mando. —Levantó las manos y extendió los dedos llenos de anillos, señalando lo que los rodeaba—. Yo construí esto —dijo—. Luché por esto. Es mi territorio. Mío. No tengo ningún otro sitio al que ir. —La voz llegó a quebrársele en las últimas palabras.

Han recordó el siseo de serpiente del demonio, y se estremeció.

—Hay cosas contra las que no puedes luchar —dijo en voz baja.

Pincho lo miró por un instante, los ojos entornados.

—¿Qué tienes de especial? La gente no para de hablar de ti. Cuentan historias. No oigo hablar de otra cosa. Pulseras Alister esto, Pulseras Alister aquello. Ni que estuvieras hecho de oro.

Han no supo qué decir. Acababa de fingir su propia muerte y estaba saliendo a escondidas de la ciudad con la guardia en los talones. Ni siquiera podía pagarles el sustento a su madre y a su hermanita. Han no se sentía particularmente áureo en ese momento.

—Necesito saberlo —siguió parlotando Pincho—. ¿Cómo lo haces? Para conjurar a los demonios, quiero decir. ¿Vendiste tu alma? ¿Hiciste alguna clase de... de trato?

Pincho parecía estar desesperado por hacer su propia clase de trato.

Han se estaba impacientando, y sólo quería que aquel encuentro tan desagradable se acabara de una vez.

—Mira, da igual de cuántas maneras distintas me lo preguntes, porque no tengo ni idea de qué te está persiguiendo.

Pincho lo miró con expresión desafiante por unos instantes, y luego fue como si su cuerpo se asentara de golpe, casi encogiéndose sobre sí mismo.

—De acuerdo, entonces. Tú ganas. —Respiró hondo y luego cayó de rodillas

sobre el suelo mojado. Bajó la cabeza y extendió su cuchillo, con la empuñadura por delante, hacia Han.

—Yo, Pincho Connor, juro fidelidad a Pulseras Alister como señor de la calle en el Puente del Sur y el Mercado de los Harapos. Pongo a su servicio... mi lealtad, mis cuchillos y todas mis armas y me pongo bajo su protección. Prometo entregarle toda mi recaudación y aceptar de sus manos la parte que me corresponda a juicio de él. Si falto a mi promesa, que mi cuerpo sea hecho pedazos por los... por los... —Aquí le falló la voz.

Han nunca se había sentido tan impotente.

—No puedo protegerte —dijo—. Lo siento. Te aconsejo que huyas.

Y dejó a Pincho arrodillado bajo el aguacero.

Partida de guerra

En junio hubo una avalancha de fiestas de onomástica, porque la mayoría de quienes compartían el año del nacimiento de aisa preferían no tener que competir con las celebraciones de la princesa heredera en julio. Algunos, tal vez, abrigaban la esperanza de poder cerrar un compromiso antes de que la entrada de Raisa en el mercado matrimonial pusiera demasiado alto el listón, mientras que los chicos más optimistas debían de estar diciéndose: «¿Y por qué yo no?»

Llovían los regalos, y Raisa se daba el enorme gusto de redirigirlos a su padre y, a través de él, a la financiación de la escuela y el templo. Lo que no tenía nada de fácil. La reina Marianna estaba muy disgustada con su consorte real después de la visita sorpresa de Raisa al Campamento Demonai. Había dejado claro que Averill no era recibido en la corte de todas las maneras al alcance de las reinas.

Así que, aunque su padre volviera a estar en el Valle, Raisa o lo veía todo lo que le hubiese gustado.

¿Su matrimonio sería así, se preguntó Raisa: ese constante antagonismo, esas alianzas cambiantes, esas agendas ocultas, ese permanente avance y retroceso en el terreno? Ella quería mucho sus dos testarudos progenitores, pero no era fácil estar en medio de ellos.

Si se había sentido atrapada antes, ahora se sentía asfixiada a medida que la jaula de las expectativas se cerraba en torno a ella. Casi nunca estaba sola, y siempre había espías, sirvientes, lores y damas aguardando la ocasión de ir con el cuento. La reina Marianna estaba decidida a asegurarse de que su tercera hija no emprendiera más excursiones no autorizadas.

Amon solía asumir el papel de mensajero, transportando mensajes y mercaderías a Averill. Eso preocupaba bastante a Raisa, pues sabía que no debería estar alentando a la guardia de la Reina a que actuara a espaldas suyas.

Después de todo, eso sentaba un pésimo precedente para cuando ella subiera al trono.

Entonces Magret pasó a dormir en la habitación de Raisa siguiendo órdenes de la Reina, lo que dificultó aún más los encuentros con Amon en el jardín. Podía escabullirse en contadas ocasiones, cuando Magret se quedaba dormida, sobre todo las noches en que bebía jerez para calmar el dolor de sus huesos. Una vez, sin embargo, Raisa salió del armario para encontrar a Magret despierta y mirando debajo de la cama, en busca de su pupila perdida. Raisa tuvo que inventarse una historia de que se había quedado dormida mientras contemplaba con embeleso sus nuevos zapatos de baile.

La única otra fiesta capaz de rivalizar en extravagancia con la de Raisa sería la que lord y lady Bayar iban a dar en honor de Micah y Fiona. No había quien se resistiera a la fusión de poder mágico y político, boato e indicios de malignidad. Los padres utilizaron toda la influencia de que disponían para asegurarse de que sus descendientes estarían representados. Los invitados no cabían en sí de alegría, los menos afortunados se enfrentaban a la ruina social.

Se había hecho acudir a costureras procedentes de todos los rincones de la ciudad y se mandó traer sedas y terciopelos de la Sede de Tamron y de We'enhaven, pese a la subida de precios ocasionada por las guerras. Se murmuraba que la tela para los trajes de los Bayar provenía de las Islas del Norte, y que había hechicería urdida en su misma trama.

Entonces, un mes antes de la fiesta, lady Bayar comunicó que todos los invitados debían ir vestidos de blanco y negro, en honor a sus impresionantes hijos. Hubo derramamiento de lágrimas, se desecharon planes y guardarropas, sin duda se hipotecaron muchas casas, y hasta el último trocito de tela blanca y negra que había en el Valle desapareció de las tiendas.

—Yo iré de púrpura con pantalones verdes, y me da igual la cara que pongan — protestó Raisa, mientras se sometía a la última prueba—. ¿Crees que me cerrarán la puerta?

—Estate quieta —dijo Magret, los dientes apretados alrededor de los alfileres que tenía en la boca. Estaba plantada a un lado, con la modista en el otro, sujetando todo el volumen extra en los costados. Cuando acabaron, el vestido negro estaba prácticamente pintado encima, y Raisa se preguntó si sería capaz de salir de él alguna vez.

En su fuero interno, Raisa estaba muy complacida con el cambio en la dirección de la moda. Los colores aprobados para chicos y chicas en el año de su debut social eran finos matices azul, rosa y verde. El blanco y el negro se consideraban excesivamente sofisticados.

Sería otra oportunidad para ver a Amon. Los Bayar no se arredraban ante nada, pero ni siquiera ellos se atreverían a excluir a los cadetes. Para empezar, muchos de ellos eran hijos e hijas de la nobleza más destacada. La fiesta podía depararles una ocasión de establecer contacto con una fortuna a través de un matrimonio.

—Alteza, ya casi es la hora —se quejó su peinadora—. Y necesito poder acceder a vuestro cabello.

Raisa se encaramó a lo alto de un taburete mientras la peinadora intentaba convertir su pelo en una cascada de rizos elevándose sobre su cabeza.

Entonces hubo una conmoción en el corredor fuera de la habitación, y la puerta se abrió de golpe y la Reina entró por ella, resplandeciente en satén blanco ceñido de negro, el pelo recogido sobre la cabeza por cintas negras y blancas.

La reina Marianna dio vueltas alrededor de Raisa, inspeccionándola desde todos los ángulos con un leve fruncimiento en las facciones. Luego tocó con expresión

desaprobadora el viejo anillo de Elena, que colgaba de su cadena sobre el corpiño de Raisa.

—No pretenderás llevar esto.

—¿Qué os parece vuestro pendiente de ónice y diamante, alteza? —dijo Magret mientras rebuscaba apresuradamente en el joyero de Raisa—. O vuestra gargantilla de perlas, eso quedaría precioso.

—¿Qué fue lo que enviaron los Bayar para el día de tu onomástica? —preguntó la reina Marianna—. Joyas, ¿verdad?

—¡Ya lo tengo! —exclamó Magret, cogiendo un estuche de terciopelo que abrió y volvió hacia la Reina. Era el collar de rubíes y esmeraldas.

—¡Perfecto! —dijo la madre de Raisa—. Puedes llevarlo en su honor.

—Bueno... —dijo Raisa, no muy convencida—. Quizá podría llevar ambas cosas. —Se había acostumbrado al peso del anillo, posado entre sus pechos, y le gustaba tenerlo ahí.

—No digas disparates —replicó la reina Marianna. Pasó la cadena por la cabeza de Raisa y puso el anillo de Elena encima del tocador. Luego rodeó el cuello de Raisa con el collar de esmeraldas y rubíes, abrochando el cierre con dedos fríos y secos.

»Estás guapísima, querida —dijo a continuación, besándole la frente y pasando el brazo alrededor del suyo—. Y ahora venga, que tu padre y Mellony ya están esperando en el carruaje.

Había momentos en los que Raisa pensaba que todo iría a la perfección entre sus padres sólo con que el trabajo como comerciante de él no lo mantuviera alejado del Valle tan a menudo. Se complementaban el uno al otro; él con su constitución nervuda y musculosa, su piel curtida por el viento y sus verdes ojos bajo sus espesas cejas negras, y ella con su fría reserva y su esbelta altura. Él siempre sabía cómo hacerla reír, y todos los cuidados de la Reina parecían disiparse de golpe cuando lo tenía en casa. Cuando él estaba fuera, ella era como uno de los álamos temblones que crecían en la ladera del monte Hanalea, siempre meciéndose, estremecida y brillante bajo los vientos políticos.

Aquella noche Averill llevaba ropa del clan, largos paneles negros y blancos de gruesa seda sustituyendo sus habituales colores brillantes, y gruesos anillos de plata y ónice en las manos.

El carruaje real estaba flanqueado por la guardia de la Reina. Ni Amon ni Edon cabalgarían con ellos. Estarían en la fiesta.

Una larga fila de carruajes subía lentamente por el Viejo Camino que ascendía hasta Dama Gris. Allí donde se ensanchaba la ruta, los otros carruajes se hacían a un lado para dejar pasar al Lobo Gris.

La propiedad de los Bayar se hallaba ubicada en las faldas de la montaña de la antigua reina, tan vieja que su nombre se había perdido en las nieblas del tiempo. Un

poco más arriba de la montaña se alzaba la Casa del Consejo de Magos, contemplando desdeñosamente la ciudad. Antaño los magos habían gobernado el Valle desde allí.

Toda la fachada principal de la mansión de los Bayar estaba iluminada con antorchas. Luces de hechicería agujijoneaban la oscuridad a lo largo de los senderos en los jardines y se enredaban en los árboles, creando un país de las hadas hecho de luz. Sirvientes con la librea del Halcón Encorvado aguardaban en las entradas, recogiendo chales e indicando a los invitados el camino que debían seguir.

Lord y lady Bayar esperaban en el vestíbulo principal, resplandecientes en blanco y negro. Raisa y su madre entraron juntas, tal como estipulaba el protocolo, con el consorte y Mellony siguiéndolas a unos metros de distancia.

Lord Bayar se inclinó en una gran reverencia mientras su señora se limitaba a esbozarla.

—Majestad —dijo él—. Y alteza. Esto es un auténtico honor. Micah y Fiona se pondrán tan contentos de que hayáis venido. Los encontraréis en el salón de baile. —Saludó a Averill con una educada inclinación de cabeza—. Lord Averill, bienvenido de vuelta. A juzgar por lo que he oído, vuestros negocios están prosperando.

Raisa se preguntó si podía tratarse de una pulla disimulada a su padre el comerciante, pero de ser así, no había ninguna evidencia de ello en el rostro del mago. De hecho, éste siguió diciendo:

—Espero que podamos hacer negocios en el curso de las próximas semanas. Enviaré a mi agente, ¿os parece bien?

—Será un placer, lord Bayar —murmuró Averill al tiempo que inclinaba la cabeza.

El salón de baile familiar había sido transformado mediante cortinajes y separaciones de la fría estancia de suelo de mármol que normalmente era un elegante club nocturno con acogedoras alcobas tenuemente iluminadas, como pequeños cafés dispuestos alrededor de una gran pista de baile. Los sirvientes circulaban con bandejas de comida y bebida, y el salón propiamente dicho estaba formado por distintos niveles de pequeñas mesas, separadas por pantallas en blanco y negro y adornadas con velas y centros de lirios blancos y negros. Las paredes estaban llenas de estandartes del halcón en blanco y negro.

—Es... es precioso —exclamó Raisa, encantada—. Nunca lo había visto así.

La reina Marianna escrutó la escena con ojo crítico, sin duda comparándola con sus propios planes para la celebración de la onomástica de Raisa.

Micah y Fiona estaban de pie al fondo del salón, dando la bienvenida a una procesión de invitados. Como de costumbre, se complementaban el uno al otro. Micah llevaba una larga chaqueta blanca que sentaba admirablemente a su esbelto cuerpo, pantalones negros, botas del mismo color y largas estolas negras con el emblema del halcón. Su negra melena reluciente le caía sobre los hombros. Fiona llevaba un vestido negro largo con un corte hasta la cadera, largos guantes negros y

estolas blancas. Diamantes y platino relucían en torno a su esbelto cuello y sus delgadas muñecas.

Raisa no pudo evitar comparar su menuda figura con la elegante altura de Fiona.

Mientras entraban en el salón, el ujier anunció la llegada de otros invitados.

—Lady Amalie Heresford, Thanelee de Heresford, de Arden —entonó.

Lady Heresford era una chica regordeta de la edad de Raisa que tenía el pelo rojo, la piel muy blanca y pecosa, e iba vestida al estilo tapado meridional. Con su vestido negro carente de adornos y el encaje negro sujeto a sus cabellos, podría haber sido una de las plañideras profesionales que los ricos solían contratar para los funerales.

Mantuvo la cabeza alta y la mirada fija hacia delante, como un viejo cuadro de Hanalea andando por el campo de los demonios.

A Raisa le cayó bien enseguida. La pobre parecía estar muerta de miedo.

Siguiéndola, sin ser anunciada, llegaron una mujer de aspecto formidable, vestida de negro y un hombre alto de expresión lúgubre envuelto en las túnicas de un sacerdote. Sus facciones estaban fruncidas en una mueca, como si hubiera oído algo desagradable.

En los Páramos había un dicho: «agrio como un sacerdote de las planicies». «Le va que ni pintado», pensó Raisa.

—Esto no es habitual —le susurró Averill—. Sureños enviando al norte a sus mujeres con una gobernanta y un sacerdote como única protección. En el sur, casarse con un mago sería escandaloso. Pero indica lo desesperadamente mal que están las cosas allí. El padre de lady Heresford, Brighton Heresford, fue ejecutado por Girard Montaigne, uno de los aspirantes al trono de Arden. Ella es la heredera del castillo Heresford, pero necesita casarse con alguien lo bastante fuerte para que la ayude a conservarlo. Es un buen partido para la persona adecuada.

Raisa asintió con la cabeza, agradecida a su padre por la información, pero pensando que debería haber sido su madre quien se la suministrara.

—Su alteza real Marina Tomlin, princesa de Tamron —dijo el ujier—. Su alteza real Liam Tomlin, príncipe de Tamron.

—Ah —dijo su padre, al tiempo que asentía con la cabeza—. Tamron espera establecer una alianza con los Páramos, para disponer de una cierta protección contra Arden. Iniciarán negociaciones con los Bayar, pero el asunto no quedará resuelto hasta después del día de tu onomástica. Podrían prometerte con Liam, o a Marina con Micah Bayar. En su defecto, Liam podría casarse con Fiona, y Marina se prometería con alguien del sur.

Raisa observó a los Tomlin con un nuevo interés. Altos y de piel oscura, eran gráciles y esbeltos como caballos de carreras. Liam Tomlin tenía el pelo oscuro y rizado, la nariz firme y una brillante sonrisa. Lucía una gran cantidad de plata junto con el blanco y negro obligatorios.

A su manera, los Tomlin eran tan impresionantes como los gemelos Bayar.

Ahora les tocaba el turno. El ujier los anunció:

—La reina Marianna ana'Lissa de los Páramos, y su hija, Raisa ana'Marianna, la princesa heredera.

A ambos lados, los cortesanos se inclinaron en una oleada de reverencias, como un campo de hierba blanca y negra segado por una hoja muy afilada.

Raisa y su madre avanzaron, sus faldas deslizándose sobre el suelo de mármol. Detrás de ellas, Raisa pudo oír cómo el ujier anunciaba a su padre y a Mellony. Delante, Micah y Fiona se arrodillaron al unísono en un nimbo de luz, como un dios y una diosa que hubieran bajado a la tierra.

Finalmente llegaron al fondo del salón de baile.

—Podéis levantaros —dijo la reina Marianna, y hubo un susurro de seda y satén en torno a ellas.

Micah se puso de pie en un gesto lleno de gracia. La reina Marianna le ofreció la mano, y él se inclinó para besarla.

Se volvió hacia Raisa, y mantuvo la vista fija en su rostro por un instante, antes de bajar los ojos lentamente, volviendo a clavarlos en el inicio de su escote hasta que ella sintió que le ardían las mejillas de lo violenta que se sentía.

—Ah —dijo Micah—. Así que al final te lo has puesto, Raisa. Temía que quizá no te gustara.

—Por supuesto que me gusta —dijo ella, pasando los dedos por el collar—. Es precioso. ¿Alguna herencia familiar, tal vez?

—Algo así —dijo él, todavía mirándola con tal intensidad que Raisa no pudo evitar ruborizarse. Micah nunca se andaba con rodeos, pero hoy estaba prescindiendo de su sorna habitual.

Raisa le ofreció la mano. Él se la llevó a los labios, sin dejar de mirarla a los ojos. Su beso le produjo un ardor en la piel, y ella se sintió un poco mareada.

—¿Sería un abuso de mi parte pedirte que me adjudiques todos los bailes? —preguntó.

Ella retiró la mano de mala gana.

—Eres el invitado de honor —dijo—. Y tienes un trabajo que hacer. Conquistar los corazones de todas las damiselas es la parte más fácil. Tendrás que bailar con todas las señoras mayores, así como con las tías y las abuelas y las madres. Puede que incluso con algunos de los padres, ahora que has entrado en el mercado matrimonial.

Él rió y le rozó la mejilla con el dorso de la mano.

—Guardadme unos cuantos bailes, alteza —dijo—. Tendré que descansar un poco de tantas abuelas y tías. —Le sostuvo la mirada por unos instantes, y luego se dio la vuelta para saludar a Mellony y a su padre.

Raisa bailó con Miphis Manden Y con Wil Mathis. Luego con su padre, que era tan diestro en las danzas de la corte como en los más complicados pasos de baile del clan. Kip Klemath le pidió que bailara con él. Y luego Keith. Aparentemente, los hermanos pretendían pasársela del uno al otro como un balón envuelto en satenes, pero entonces intervino Amon.

Raisa se había pasado todo el tiempo pendiente de si lo veía, y estaba empezando a pensar que quizá no iba a acudir. Y entonces, alguien dijo, «Alteza, ¿me concederíais el próximo baile?» mientras Kip y Keith discutían entre ellos quién iba a ser el próximo.

Se volvió hacia él y allí estaba, alto y robusto en aquel uniforme azul que le quedaba que ni hecho a medida.

Raisa le sonrió y dijo «Faltaría más», y él se la llevó ante las protestas de los hermanos Klemath.

—¿Dónde aprendiste a bailar? —le preguntó Raisa mientras giraban por la pista de baile—. No recuerdo que supieras hacerlo.

—He aprendido algunas cosas en el curso de los últimos tres años —dijo Amon. Parecía distraído, como si tuviera algo en la cabeza.

—Pero pensaba que no tenías tiempo para bailar —insistió ella.

—Dije que no tenía tiempo para echarme novia —dijo él, y a ella la sorprendió que recordara con tanto detalle su conversación—. Sede de Tamron no está tan lejos del Vado de Oden. Íbamos allí cuando teníamos un día libre.

—Oh, ¿de veras, cabo Byrne? —Raisa arqueó una ceja—. ¿Para hacer qué, exactamente?

Sede de Tamron, la capital de Tamron, tenía la reputación de ser una ciudad pecaminosa, el sitio al que ir si buscabas mujeres de vida fácil, juegos de azar y entretenimientos ilícitos.

—Para bailar, claro —dijo él, como si fuera obvio—. Y para jugar a las cartas. Soy bastante bueno con las cartas —añadió, casi a la defensiva.

—Claro —dijo ella—. Por supuesto. Eres un soldado. —Intentó imaginarse a cualquiera de los Byrne de juerga en una taberna, pero no lo consiguió.

Él no decía nada y parecía nuevamente absorto en sus pensamientos, así que Raisa cambió de tema.

—¿Qué tal van las cosas en el Puente del Sur? ¿Averiguaron quién mató a los sureños?

Amon se estremeció, como si ella acabara de sorprenderlo haciendo algo que no debía.

—De hecho, ha habido algunas novedades —dijo, evitando mirarla a los ojos.

—¿Novedades? ¿Qué clase de novedades?

Él miró a su alrededor, como temeroso de que pudieran oírlos. La canción había terminado, así que la llevó a un lado, fuera de la pista de baile, a una de las mesas más privadas. Un sirviente ofreció una bandeja, y Amon cogió dos copas y le tendió una a Raisa.

Raisa se dejó caer en un asiento, aliviada de poder dar un rato de descanso a sus pies.

—¿Necesito una copa para oír esas novedades? —preguntó maliciosamente, y luego bebió un sorbito de vino, consciente de que tenía el estómago vacío.

—Bueno. Primero de todo, mi padre volvió a tratar de hacer que Gillen fuera expulsado de la guardia, y no hubo manera. —Torció el gesto—. Aparentemente, el sargento tiene amigos muy poderosos.

Raisa puso su copa sobre la mesa, con tanta brusquedad que derramó un poco de vino sobre su muñeca.

—No más poderosos que yo —dijo—. Se acabó. Hablaré con mi madre. Esto no puede seguir así.

Amon extendió la mano hacia la suya y luego se apresuró a retirarla, mirando nuevamente a su alrededor.

—Por favor, Raisa, no puedes contarle a la Reina lo del Puente del Sur. Confía en mí. No puedes hacerlo, de verdad. —Apuró su copa y la dejó encima de la No te preocupes. Los Byrne somos muy tozudos. Acabaremos con él, tarde o temprano.

Eso no satisfizo a Raisa. ¿De qué servía ser la heredera del trono si no tenías ningún poder real?

Alzó la mirada, y vio que Amon seguía observándola con una expresión peculiar en el rostro. Casi culpable.

—¿Qué? —preguntó irritadamente.

—Ese chico. Pulseras —dijo él. Carraspeó.

—¿Qué pasa con él?

—Está muerto. Lo asesinaron en el Mercado de los Harapos.

—¿Qué? —El tono le salió más alto de lo que pretendía y Amon se estremeció, haciéndole señas para que bajara la voz—. ¿Cuándo? ¿Cuándo sucedió eso? —quiso saber, sintiendo que se le caía el alma a los pies.

—Probablemente anoche. Han encontrado sus cosas esta mañana en la ribera del río. Raisa sintió como si acabara de caer en una emboscada. Alguien la había traicionado. No podía ser.

—Sus... cosas. Pero ¿no encontraron un cuerpo?

Amon sacudió la cabeza.

—Sólo sus ropas, y el pañuelo de la pandilla. Pensamos que quienquiera que fuese tiró su cuerpo al río.

Allí había algo que no cuadraba.

—¿Cómo supisteis que las ropas eran tuyas, entonces?

—Escribieron su nombre en el barro —dijo Amon—. Una especie de advertencia. Raisa empezó a respirar de nuevo.

—Entonces no sabéis si ha muerto realmente —dijo, esperanzada—. Si no se encontró ningún cuerpo...

—Había... había sangre por todas partes. —Amon lo dijo de mala gana, como si se diera cuenta de que quizá no fuera ni el momento ni el lugar—. Lo siento, Raisa. Debería habérmelo callado, pero...

—No —murmuró ella con voz átona—. Te dije que quería saber qué está pasando. Tienes que ser honesto conmigo.

—La buena noticia es que ahora quizá ya no haya más muertes —dijo él, en lo que era un claro intento de ver el lado bueno de las cosas—. Porque verás, el caso es que esa misma noche encontramos otro cuerpo. Un chico llamado Pincho, que controlaba la pandilla de los sureños. Lo habían torturado antes de matarlo, igual que a los demás. Pensamos que se cargaron a Pulseras en venganza por eso.

—O quizá Pulseras no tuvo nada que ver con ello. Quizá las mismas personas que mataron al tal Pincho mataron a Pulseras. Si es que de verdad está muerto. —Levantó la vista, una brizna de esperanza saliendo a la superficie—. ¿Y si sólo quería que pensáramos que está muerto? La guardia de la Reina lo buscaba sin cesar. Quizá sólo decidió desaparecer durante una temporada.

Amon no dijo nada, pero la expresión compasiva que apareció en su rostro la enfureció.

—¡Perfecto! —dijo ella, parpadeando para mantener a raya las lágrimas que sentía arder en sus ojos—. Tú ganas. Está muerto. ¿Contento?

Amon la miró como si acabara de abofetearlo.

—Raisa, venga ya, yo nunca quise...

—Mejor acabo de rellenar mi carné de baile —dijo ella, levantándose de la silla—. Seguro que me llevan mucha delantera.

Empujó sin verlos los cortinajes que separaban la mesa de la pista de baile y se topó con Micah Bayar.

Él la agarró del codo para que no perdiera el equilibrio.

—Vaya, por fin te he encontrado —dijo—. Te estaba buscando. —La miró—. ¿Estás bien? Pareces... inquieta.

—Oh —dijo Raisa, sintiendo que se le subían los colores—. Sí, claro. Es que acabo de comer unos cuantos pimientos picantes.

—¿Pimientos picantes? —Micah rió—. Esta noche el peligro acecha por todas partes. Por ejemplo, lady Heresford es lo que se dice un auténtico témpano. Traté de robarle un beso, y esos perros de guardia suyos prácticamente me asesinaron.

—¿Por qué no lo intentas con la princesa Marina? —preguntó Raisa, pensando que los usos de Tamron podían ser más del agrado de Micah—. Es muy guapa.

—Ahora mismo lo que me apetece es bailar con esta princesa —dijo él, con una grácil reverencia—. Acabo de escapar de las tías y las abuelas. Aprovechemos el momento, ¿de acuerdo?

La llevó a la pista de baile mientras la orquesta iniciaba los primeros compases de un vals.

—¿Por qué no estás bailando con alguien cuya compañía pueda beneficiarte? —le susurró ella mientras describían su primer circuito del salón—. La señorita Hakkam está la mar de triste allá en el rincón. Y sabes que la princesa Marina ha venido aquí a que le hagan la corte. Deberías sacarle el mayor provecho posible a tu tiempo esta noche. Esto tiene que haberles costado una fortuna a tus padres.

—Se lo estoy sacando, créeme —murmuró él, atrayéndola más cerca de lo que

era correcto. Sus dedos ardieron a través de la tela del vestido de Raisa. Volvió a sentirse mareada, como si el vino se le hubiera subido a la cabeza.

—¿O es que ya has hecho tus conquistas? —preguntó Raisa imprudentemente—. ¿Alguna oferta matrimonial en perspectiva? ¿Tienes planeada alguna pequeña travesura para cuando esté más avanzada la noche?

—Sólo hay una conquista que quiera hacer —dijo él, inclinándose sobre su cabeza para hablarle al oído—. Sólo un corazón que quiera conquistar.

—Oh, no —protestó ella con un hilo de voz. «No malgastes tu tiempo halagándome», quiso decir, pero las palabras se negaron a acudir a sus labios. Era como si tuviera la mente en blanco. Así que cedió y apoyó la cabeza en el pecho de él, oyendo palpar su corazón a través de la tela de su chaqueta. Ahora incluso su olor parecía embriagarla.

«Sólo he bebido una copa de vino», pensó.

Era como si Micah tuviera lista una respuesta inteligente para todo lo que le dijese, fuera lo que fuera. Así que bailaron tres bailes más, y con cada uno de esos bailes Raisa fue sintiéndose un poco más insustancial y carente de peso en los brazos de él.

—¿Podemos... podemos ir a buscar algo de comer? —preguntó, pensando que quizá la comida ayudaría.

—Naturalmente —dijo él, guiándola por un laberinto de tela blanca y negra hasta una mesa resguardada del resto del salón. La acomodó en una mesa, poniendo sus manos abrasadoras sobre los hombros desnudos de ella por un largo instante.

Después tuvo que irse, pero Raisa apenas se dio cuenta. Incluso la música sonaba extrañamente tenue, como si todos los demás estuvieran muy lejos.

Micah volvió al cabo de unos instantes, con platos de comida y dos nuevas copas de vino, y Raisa despertó con un sobresalto, aunque no creía que hubiera estado dormida. Micah acercó su silla a la de ella y se sentó, su pierna apretada contra la suya. Le pasó el brazo por los hombros, atrayendo la cabeza de Raisa hacia su hombro, y fue dándole trocitos de comida con la otra mano.

Luego levantó la copa de vino hacia sus labios y Raisa intentó decir que no, pero antes de que pudiera darse cuenta de lo que hacía, la había vaciado, y también la de Micah.

Entonces él le tomó la barbilla entre las manos y la besó. Y volvió a besarla, más rato y con mayor dulzura. Y luego volvió a besarla, y ella fue incapaz de oponer la menor resistencia. Micah le besó los labios, la barbilla, el esternón.

«Cosa muy peligrosa —pensó Raisa confusamente—, los besos de mago».

Y ahora ella le estaba devolviendo los besos, los brazos alrededor de su cuello mientras se dejaba llevar por las sensaciones, como si de alguna manera quisiese enterrarse en Micah. Y primero él se rió un poco de su entusiasmo, pero la respiración se le había acelerado, también, y había puntitos de color en sus mejillas.

Echó su asiento hacia atrás y se levantó.

—Ven —dijo, levantándola delicadamente de su asiento con una mano debajo del brazo de ella para afirmarla—. Sé de un sitio al que podemos ir.

Raisa asintió sin abrir la boca y se agarró con ambas manos a la mano de él para no tambalearse. Micah la llevó por el laberinto de tiendas de seda, dejando atrás mesas iluminadas por la luz de las velas y conversaciones mantenidas en voz baja.

Un sonido se insinuó poco a poco dentro de su mente nublada. Una voz familiar, alguien que la llamaba, como a una gran distancia. «¡Raisa! ¿Dónde estás?»

La mano de Micah se tensó sobre su brazo.

—No le respondas —dijo.

—Pero es papá —dijo ella—. Suena preocupado.

—Sólo quiere mantenernos alejados el uno del otro —dijo Micah—. Es lo que hacen todos. Ven. —Tiró de ella en dirección contraria—. Vayamos por aquí.

Corrieron, sin dejar de girar y dar vueltas, hacia la salida lateral, esquivando a Wil Mathis, que estaba hablando con una chica en un rincón, y a Mellony, que se aproximaba de nuevo con la bandeja de los postres. Era emocionante, como jugar al escondite llevando ropas de fiesta.

Salieron al corredor, y se toparon con Amon Byrne, que les cortó el paso.

—¡Oh! —Raisa se detuvo con un patinazo de sus pies envueltos en las medias. Parecía haber perdido los zapatos.

—Otra vez tú —dijo Micah—. ¿Cómo es posible que puedas estar en todas partes al mismo tiempo?

Amon hizo como que no lo había oído.

—Tu padre te está buscando —le dijo a Raisa—. ¿No has oído que te llamaba?

—Bien. Ah. —Miró a Micah, sin saber qué contestar—. Íbamos a... otro sitio.

—Esto no es asunto tuyo —dijo Micah, tirando de Raisa como si tuviera intención de seguir adelante sin hacer caso de la presencia de Amon—. Aparta.

Amon no se movió del sitio, pero su mirada fue de Raisa a Micah, y frunció el ceño.

—¿Qué le has hecho? —inquirió—. Parece como si se encontrara en alguna clase de trance.

Una vez más, Raisa oyó la voz de su padre. Más cercana que antes.

—¡Raisa!

—¡Lord Demonai! —gritó Amon—. ¡Está aquí! ¡En el corredor! Con Micah Bayar. ¡Dese prisa!

—Sangre y huesos —maldijo Micah—. Esto lo pagarás. —Le soltó la mano a Raisa y eligió un pastelillo de una bandeja cercana. Después se apoyó en la pared, a la espera.

Y de pronto apareció el padre de Raisa, su expresión como una nube de tormenta sobre Hanalea.

—Ejem. Ya. Bien, pues entonces me voy —dijo Amon, retrocediendo lentamente hacia el salón de baile. Parecía muy satisfecho de sí mismo.

—¡Tú! No te muevas de donde estás hasta que haya aclarado esto —dijo Averill, y Amon se quedó paralizado.

Averill recogió del suelo el chal de Raisa y se lo puso sobre los hombros. Mientras lo hacía, pareció reparar en el collar que llevaba. Lo miró en silencio por un instante y luego se volvió hacia Micah.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó, fulminándolo con la mirada.

Micah se encogió de hombros y agitó la mano que sostenía el pastelillo. Se esforzaba por hacer como que no pasaba nada, pero Raisa se dio cuenta de que le temblaba la mano.

—Intentaba convencerla de que comiera algo. Me parece que ha bebido demasiado.

—No me digas. Conque esas tenemos, ¿eh? —dijo Averill.

Puso la mano sobre la barbilla de Raisa y la miró a los ojos. Estaba poniendo una cara tan rara que ella se rio, y luego dio un respingo cuando los dedos de él le apretaron la barbilla.

—No tan fuerte —se quejó, soltándose. ¿Por qué se portaba así con ella?—. Micah y yo sólo nos íbamos.

—¿Sí? —De pronto Averill parecía muy alto e imponente en su túnica del clan.

—Iba a enseñarle la vista desde la terraza —dijo Micah, metiéndose en la boca lo que quedaba del pastelillo y lamiéndose los labios. Un poco de azúcar glaseado se le quedó en los labios y, entonces, presa de un impulso repentino, Raisa le hizo bajar la cabeza con la mano para quitárselo con un beso. Los besos de Micah ya habían sido abrasadoramente dulces, y a saber cuánto más dulces podrían ser ahora.

»Raisa —susurró Micah, la voz un poco pastosa, mientras volvía a rodearla con los brazos sin hacer caso de la mirada asesina que le estaba lanzando Averill.

Era como si él también hubiese bebido de más.

—¡Raisa! —Averill se la llevó y la sentó en una silla—. No eres la de siempre. Me parece que va siendo hora de que pidamos tu carruaje.

—Es pronto, todavía —dijo Micah. Carraspeó y su mirada fue de Raisa a Averill, para acabar volviendo a Raisa—. Por favor, alteza. Quedaos un rato más. Es mi onomástica, después de todo.

—Me parece que no —dijo Averill, su voz firme y pausada—. Vuelve a la fiesta, echador de conjuros. Pero antes quiero saber de dónde has sacado esto. —Su mano salió disparada hacia adelante y se cerró alrededor de la muñeca de Micah. Le levantó la mano, mostrando un anillo finamente tallado en el que había incrustados esmeraldas y rubíes.

—¡Suéltame! —chilló Micah, debatiéndose frenéticamente—. Eso no es de tu incumbencia.

—Sí que lo es, de hecho —dijo Averill, soltándolo—. Ya había visto este diseño, pero sólo en manuscritos. Es anterior al Quebrantamiento, y hoy en día está prohibido.

Micah se frotó la muñeca.

—No sé de dónde puede haber salido. Alguien me lo envió. Un regalo de onomástica. Tengo una bóveda entera repleta de ellos. ¿Qué más te da?

Raisa lo miró, los ojos enturbiados por el cansancio. No había reparado antes en él. Y al fijarse en él, vio que el anillo tenía la forma de una serpiente, enroscada alrededor del dedo de Micah, con rubíes por ojos. Pero había algo familiar en él.

Se llevó la mano y pasó los dedos por el collar. El pendiente de oro que descansaba sobre su piel hacía juego con el anillo de Micah. Estaba caliente al tacto.

Los ojos de Averill fueron rápidamente de una joya a la otra.

—¿De dónde has sacado ese collar, Raisa?

—¿Hummm? —Por un instante, no pudo acordarse—. Oh. Fue un regalo de los Bayar.

Averill cerró la mano sobre el colgante y lo levantó de su cuello. El colgante había dejado una señal roja, como si el contacto le hubiera quemado la piel. Una cabeza de serpiente.

Con un rugido de ira, Averill le arrancó el collar, con una fuerza que rompió el cierre e hizo que los trocitos volaran por los aires. Después arrojó la joya al rostro desconcertado de Micah.

—¿Qué esperabas conseguir con esto, echador de conjuros? —preguntó.

Micah parpadeó, y luego bajó la vista hacia el collar tirado en el suelo. Parecía perplejo.

—No sé de qué me estás hablando.

Raisa se dobló sobre sí misma y se apretó el pecho con las manos, sentía como si su padre acabara de arrancarle el corazón.

—Hacedora misericordiosa —jadeó.

Averill la miró y cerró los ojos por un instante, como si luchara por no perder la compostura. Se volvió hacia Micah.

—Recuerda que pertenezco al clan. ¿Pensabas que no lo reconocería? —Cerró la mano sobre la elegante chaqueta de Micah y lo zarandeó—. Ella no está hecha para ti, ¿entiendes? Eso nunca sucederá.

La ira afluyó al rostro de Micah, sustituyendo a la perplejidad.

—¿Por qué no? ¿Por qué no debería suceder, si tanto ella como yo queremos que suceda? Estoy harto de vivir sometido a reglas estúpidas hechas hace mil años. Soy lo bastante bueno para las princesas de Tamron, aparentemente.

—Entonces cástate con una de ellas —dijo Averill—. Tú vuelve a intentar algo así, y los clanes volverán a cazar magos. Empezando por ti.

—Nunca han dejado de cazar magos —dijo Micah con amargura—. Sabemos lo que estáis tramando, allá arriba en las logias. Sabemos de los guerreros demonai. Tenemos nuestros propios espías. En cuanto al collar... —lo empujó con la punta del pie—, todo eso que cuentan sobre los amuletos mágicos no son más que historias. Quizá la princesa heredera es alérgica al oro. Los comehongos siempre veis una

conspiración mágica allí donde no hay ninguna.

Micah se apartó abruptamente.

—Llévatela a casa, entonces —dijo—. Yo me vuelvo a la fiesta. —Cuando pasó junto a Raisa, se inclinó sobre ella y la besó salvajemente en los labios. Después miró a Averill y sonrió maliciosamente—. Pero me gusta besarla, y por lo que sé, a ella le gusta besarme. No pienso dejar de hacerlo.

Y se fue.

Averill lo siguió durante un instante con la mirada. Amon se agitó nerviosamente, como si dudara entre irse o quedarse.

Raisa notó un nudo en el estómago, como si su cuerpo fuese el campo en el que sensaciones opuestas librasen violentas batallas. Los labios aún le hormigueaban con el beso de Micah y quería correr tras él, para decirle que sentía que su padre hubiera perdido los estribos de aquella manera. Se sentía mareada, ansiosa de necesidad. Metió la cabeza entre las rodillas y respiró profundamente, resuelta a no desmayarse.

Amon se arrodilló ante ella y cogió sus manos entre las suyas.

—Rai... alteza —dijo, con el rostro pálido por la tensión—. ¿Puedo... traeros alguna cosa? —Raisa levantó los ojos hacia él y lo que vio en su rostro fue una mezcla de recelo y determinación, como si temiera que ella pudiera escupirle a la cara, pero estuviera dispuesto a correr el riesgo.

En lugar de eso, vomitó encima de él. Y de sí misma.

Horrorizada, intentó disculparse, pero a él se lo veía tan solemne y ridículo con el vómito en el pelo y por todo su uniforme azul que no tardó en echarse a reír. Amon la fulminó con la mirada, y luego sacó un pañuelo y le limpió la cara con mucho cuidado.

Averill puso a salvo su chal, cogió el collar y se lo guardó en el bolsillo.

—Raisa, ¿dónde están tus zapatos? —preguntó, mirando en derredor.

Lo único que pudo hacer ella fue sacudir la cabeza. Ahora estaba llorando, llorando desconsoladamente, y no lograba dejar de temblar. ¿Qué le pasaba?

—No te lles mis zapatos —dijo mientras intentaba ponerse en pie—. Tengo que encontrar a Micah. Necesito... contarle una cosa.

—Amon, ve a decirle a la Reina... —comenzó a decir Averill, pero entonces vio la cara que estaba poniendo Amon y se lo pensó mejor—. No. Yo iré a decirle a la Reina que la princesa heredera no se encuentra bien. Tú lleva a Raisa al castillo de la Marca de los Páramos. Que no os vea nadie. Llévala a sus habitaciones y asegúrate de que no salga de ellas. No la pierdas de vista ni por un instante, ¿entendido? No te muevas de allí hasta que yo llegue.

Giró sobre sus talones y se fue.

Amon ayudó a levantarse a Raisa, pero poco faltó para que ella volviera a desplomarse, salvada únicamente por la mano de Amon en su brazo.

Amon miró alrededor para ver si había testigos y luego echó mano del mantel de una mesa cercana, arrojando al suelo el centro de lirios y hierba urticante durante el

proceso. Envolvió a Raisa con el mantel, cubriéndola desde la cabeza hasta los pies, y la cogió en brazos.

—¡Amon! ¡Bájame! —protestó ella, debatiéndose débilmente, su voz ahogada por el lino—. Tengo que... Tengo que...

Él puso los labios junto a su oído, y Raisa pudo sentir el calor de su aliento a través del mantel.

—Venga, Rai —dijo, con un filo de desesperación en la voz—. No me lo pongas todavía más difícil, ¿quieres?

La llevó por distintas curvas y vericuetos, y la luz fue cambiando conforme pasaban por estancias sumidas en la penumbra y habitaciones intensamente iluminadas. Finalmente, Raisa respiró el aire nocturno y supo que habían salido al patio.

Recordó los besos de Micah, las manos de él sobre sus hombros, y sintió que se le aceleraba el pulso. El deseo volvió con la fuerza incontenible de un torrente.

—¡No! —gritó, empezando a debatirse de nuevo—. Tengo que regresar... y coger mis zapatos.

Amon silbó, y Raisa oyó un crujir de ruedas de carruaje avanzando hacia ellos.

—¿A quién tienes ahí, soldado? —preguntó el cochero, soltando la carcajada—. ¿Un recuerdo de la fiesta?

—Es mi hermana —dijo Amon, en un tono que no podía ser más serio—. No se encuentra bien.

Raisa oyó unas risas.

—¿Qué te parece si nos la presentas, cabo? —gritó alguien.

—No... soy... tu... hermana —gruñó Raisa. Pero Amon ya la estaba depositando dentro del carruaje, y un instante después oyó un chasquido de riendas y partieron hacia la noche, alejándose de Dama Gris y el fascinante Micah Bayar.

Tuvo que quedarse dormida, porque lo siguiente que supo fue que Amon estaba subiendo un tramo de escalones, todavía con ella en brazos. Luego giró y avanzó cien pasos por un pasillo, hasta que se detuvo para volver a ponerle los pies en el suelo con mucho cuidado. La liberó de su mortaja improvisada como quien desenvuelve un cadáver, manteniendo una mano alrededor de su brazo. Estaban ante la puerta que daba a la habitación de Raisa.

—¡Suéltame! —gritó ella, tratando de liberarse—. He olvidado una cosa. Tengo que volver a Dama Gris.

Amon llamó a la puerta con los nudillos.

—¡Abrid!

Raisa pudo oír a Magret al otro lado de la puerta, mascullando protestas mientras iba hacia ellos.

¡Bam! La puerta se abrió de golpe, revelando a Magret en bata.

—¿Es que una ya no puede echar un sueñecito sin que alguien...? —Entonces vio a Raisa—. ¡Alteza! ¿Qué os ha pasado?

—No se encuentra bien —dijo Amon.

—¡Buf! —exclamó Magret, agitando la mano para disipar el tufo a alcohol—. ¡Perdonadme que os lo diga, pero oléis igual que una destilería! —Miró a Raisa con expresión de recelo—. No le habréis estado dando al coñac, ¿verdad?

—Lord Averill me ha pedido que os la trajera de vuelta —dijo Amon—. Dijo que vos cuidaríais de ella.

—Claro, claro —murmuró Magret, hinchada de importancia—. Él conoce muy bien a la vieja Magret, así que no me extraña que dijera eso. —Cogió del brazo a Raisa y la metió dentro de la habitación, y luego hizo como si fuera a cerrar la puerta en las narices de Amon.

—Lord Averill me ha ordenado que no me mueva de aquí hasta que vuelva —dijo Amon tercamente, adelantando la bota para impedir que la puerta llegara a cerrarse—. Su alteza corre... peligro. Me ha dicho que me quede con ella en todo momento.

—¿Eso ha dicho? —exclamó Magret, un tanto nerviosa—. Bueno, quién me iba a decir que vería a un joven invitarse a sí mismo a la habitación de una muchacha en plena noche. —Estudió a Amon en busca de señales de depravación, y acabó meneando la cabeza—. Bueno, adelante, entonces.

—Magret —dijo Raisa desesperadamente—, tengo que volver a la fiesta. El cabo Byrne me ha secuestrado y me ha traído aquí por la fuerza en contra de mi voluntad.

—¿Sí? —preguntó Magret, mirando a Amon con cierta hostilidad.

—Sí —dijo Amon, con esa mirada directa de los Byrne que podía ser tan convincente—. Pero no he hecho más que seguir las órdenes de lord Averill. No tardará en llegar.

—Bueno —dijo Magret de mala gana—. No puede volver a la fiesta si no se encuentra bien, ¿verdad?

Amon sacudió la cabeza solemnemente.

—No parece lo más prudente.

Raisa los odió con toda su alma.

—Venid conmigo, alteza —dijo Magret, tirando de ella en dirección a su dormitorio—. Un buen baño hará que os sintáis mejor. —Cuando Amon se dispuso a seguirlas, Magret lo detuvo con el brazo—. Usted se sienta aquí junto al fuego, cabo Byrne.

—Lord Averill me ha ordenado que no la pierda de vista hasta que vuelva —dijo Amon tercamente—. No es la de siempre.

Magret lo miró con el ceño fruncido.

—¿Adónde quiere que vaya, con usted sentado al lado de la puerta? —preguntó.

—He dado mi palabra —replicó Amon, y Raisa supo que estaba pensando en el pasaje secreto que conducía desde el armario hasta el jardín. No iba a darle ocasión de escapar así. Raisa maldijo el día en que había compartido aquel secreto con él.

Amon mostró la terquedad habitual de los Byrne y, al final, Magret desplegó un biombo alrededor de la bañera de Raisa y Amon se dejó caer en una silla junto a la

ventana. Parecía extraño saber que estaba justo al otro lado del biombo cuando ella no llevaba nada de ropa.

Una vez que se la hubo declarado aseada, Magret la ayudó a ponerse su camisón y Raisa emergió de detrás del biombo para encontrar a Amon, sin camisa y con el pelo mojado, lavándose con ayuda de una jofaina y una palangana. El fuego que ardía en el hogar delineaba la anchura de sus hombros y la musculatura de sus brazos. La imagen trajo consigo recuerdos de los oscuros ojos y el rostro anguloso de Micah Bayar, y Raisa sintió que le daba vueltas la cabeza hasta el punto de que temió vomitar de nuevo.

—¡Por el martirio de Hanalea! —dijo Magret, sonrojándose y cerrando los ojos para no ver a Amon y, casi enseguida, abriéndolos de nuevo para observarlo a hurtadillas—. Venid, alteza, es hora de que os acostéis en vuestra cama.

Raisa acababa de deslizarse bajo las sábanas cuando llamaron a la puerta. Magret le lanzó una mirada de advertencia a Amon y fue a responder.

Eran su padre, Averill, y su abuela, Elena, ambos luciendo todavía las túnicas ceremoniales del clan con que habían acudido a la fiesta de Micah. Elena traía consigo una bolsa de remedios adornada con cuentas.

—Gracias por tu ayuda —le dijo a Magret, e hizo que el aya saliera por la puerta sin que se supiera muy bien cómo. Luego fue hacia la cabecera de Raisa.

»¿Cómo te encuentras, nietecita? —preguntó con una sonrisa mientras le ponía la palma sobre la frente.

—No lo sé, Elena Cennestre —dijo Raisa, con todo el brío de que fue capaz—. Puede que yo esté enferma, pero todos los que me rodean están locos. —Miró con enfado a su padre y a Amon Byrne, quien tenía que haber encontrado una camisa en alguna parte, porque ahora ya no iba con el pecho al aire.

Elena rió al tiempo que se daba una palmada en el muslo, y Raisa enseguida se sintió mejor. Su abuela lo aclararía todo.

—Vamos a ver esa marca tuya —dijo, desatando la cinta en el cuello del camisón de Raisa. Separó los pliegues y estudió la marca en la base del cuello de Raisa. Se había hinchado un poco, y ahora ocupaba el centro de un área de piel sonrosada.

»¿Te duele, Raisa? —preguntó.

—No. Ni siquiera sabía que estaba ahí —admitió Raisa—. Debe de ser una reacción al colgante. —Eso parece. —Elena estudió la herida un poco más y luego rebuscó dentro de su bolsa, de donde sacó un recipiente de piedra—. No parece haber profundizado demasiado en la piel —dijo—. No soy tan buena sanadora como Willo, pero poseo ciertas habilidades. —Quitó el tapón y le enseñó un frasquito que contenía un ungüento verde claro—. Con tu permiso.

—Adelante —dijo Raisa cautelosamente.

Elena metió los dedos en el ungüento y lo esparció sobre las ampollas en el cuello de Raisa. Olía a pino y aire fresco y pareció refrescarle todo el cuerpo. Volvió a recostarse sobre las almohadas, y exhaló un largo suspiro. Antes estaba febril e

inquieta, pero ahora se sentía tranquila y centrada. La mente fue despejándosele poco a poco de la duda, la confusión y el deseo, como el sedimento que se posa en el fondo de un lago de las montañas.

—Gracias, madre Elena —susurró—. Me encuentro mucho mejor.

Elena volvió a ponerle el tapón al frasquito y lo dejó caer dentro de su bolsa de los remedios.

—Tu padre me ha dicho que estabas con el mago Micah Bayar. ¿Qué ha sucedido entre vosotros?

Raisa no estaba segura de qué era lo que quería averiguar exactamente su abuela.

—Bueno. Bailamos. Y... y nos besamos.

—¿Nada más?

A Raisa se le encendieron las mejillas. No era la clase de conversación que le apeteciera tener con su abuela. Mucho menos con la matriarca de los demonai. Y menos con Amon Byrne de espectador. Al menos él tuvo la decencia de parecer incómodo.

—No, nada más —dijo en tono rotundo.

Elena y Averill intercambiaron miradas elocuentes.

—Así que no entiendo a qué ha venido tanto alboroto —dijo Raisa—. Si quiero bailar con Micah Bayar, lo haré. Es... es un buen Bailarín —concluyó sin convicción—. Y muy agudo.

Amon Byrne puso los ojos en blanco y Raisa resistió las ganas de sacarle la lengua.

Averill sacó el collar de esmeraldas de su bolsillo y se lo sostuvo delante de la cara.

—Esto es un amuleto de seducción, Raisa —dijo—. Usado muy a menudo antes del Quebrantamiento, pero prohibido hoy en día. Actúa en sintonía con el anillo que llevaba el joven Bayar para crear una poderosa atracción en ambas partes.

«Al final te lo has puesto, Raisa —había dicho Micah con su intensidad habitual—. Temía que no fuera de tu agrado».

—Pero ¿por qué iba a querer utilizarlo sobre mí? —preguntó Raisa—. No veo qué sacaría de ello. —Se oyeron varios carraspeos, y a Raisa se le volvieron a encender las mejillas—. Quiero decir, aparte de... Él sabe que no puede casarse conmigo. Lo podría haber utilizado sobre la princesa Marina o alguien así.

Nada más decirlo, cayó en la cuenta de que él no lo necesitaría para ese propósito, tampoco. Los matrimonios políticos eran lo que eran, meros acuerdos urdidos por terceras partes para crear alianzas y acrecentar el poder. La seducción no tenía nada que ver con ello. E incluso si tuviera algo que ver, Raisa estaba segura de que a Micah Bayar le bastaría con sus propios recursos.

—He ahí la cuestión, ¿verdad? —dijo Averill, poniéndose muy serio—. ¿Por qué iba a utilizarlo sobre ti?

«Sé de un sitio al que podemos ir», había dicho Micah. Y sin embargo...

—No creo que supiera lo que era —dijo Raisa—. Creo que todo esto lo cogió por sorpresa.

—Raisa —dijo su padre, ahora visiblemente preocupado—, ya sé que siempre te gusta pensar lo mejor de la gente...

Raisa levantó la mano.

—No sigas. Porque no es así, y de hecho suelo pensar lo peor de la gente. Especialmente de Micah Bayar. Pero cuando me has arrastrado el collar y se lo has tirado a la cara, se ha quedado a dos velas. Me parece que él no tenía ni idea de que existiera alguna clase de conexión entre su anillo y mi collar. Creía estar seduciéndome con su encanto personal.

Amon habló por primera vez.

—Vamos a ver si lo he entendido bien. ¿Crees que ha sido una mera coincidencia que ambos llevarais amuletos dotados de poderes mágicos? —preguntó, arqueando la ceja de esa manera que tanto irritaba a Raisa.

—Si no ha sido él, entonces alguien más lo ha organizado todo —dijo Averill—. Y si cuentan con esta arma, ¿qué más tienen? ¿Y dónde lo tienen guardado?

—¿Dónde está el anillo que te di? —preguntó Elena de pronto—. Te dije que lo llevaras siempre.

—Oh. Iba a ponérmelo, pero mamá no me ha dejado. Sugirió que llevara el collar de esmeraldas en lugar del anillo.

Todos se la quedaron mirando.

—¿Qué pasa? —preguntó Raisa con irritación—. ¿Pensáis que mi madre, la Reina, está involucrada en una conspiración contra su propia hija? No. Estoy segura de que ha sido una cuestión de moda, no de política.

—¿Dónde está el anillo ahora? —preguntó Elena.

—Encima de mi tocador —respondió Raisa después de habérselo pensado un instante.

—Iré a traerlo —dijo Amon, y salió corriendo por la puerta como contento de tener algo que hacer. Regresó unos instantes después con el anillo apretado en su fuerte puño, y se lo tendió a Raisa.

Ella volvió a colgárselo al cuello.

—Micah preguntó por qué no debería permitirle que se casara contigo —le recordó Averill—. Dijo que tenía intención de seguir cortejándote.

—De besarme —dijo Raisa—. Dijo que le gustaba besarme y tenía intención de seguir haciéndolo.

—¿Y tú? —preguntó Elena—. ¿Tienes intención de seguir haciéndolo?

De pronto Raisa estuvo cansada del interrogatorio, cansada de que se la ridiculizara cuando ella estaba haciendo las cosas lo mejor que podía. Cansada.

—No lo sé —dijo, bostezando—. Tal vez sí.

Mientras se quedaba dormida, lo último que vio fue a Averill, Elena y Amon Byrne, con las cabezas juntas, hablando en susurros. Sin duda urdiendo alguna

conspiración.

En las zonas fronterizas

Tampoco era como si Han hubiese esperado ser el centro de todas las miradas en el Campamento de los Pinos de Marisa. Después de sus últimas experiencias, confundirse con el entorno le parecía una perspectiva muy atractiva. Solía desear poder actuar como una de esas liebres de las montañas, que salían disparadas de debajo de tus pies cuando te les acercabas demasiado. Ocultas a la vista de todos.

Pero no estaba acostumbrado a que se pasara tan completamente de él, y era lo que parecía estar sucediéndole ahora. La ceremonia del día de la onomástica estaba a la vuelta de la esquina, ya que sólo faltaba una semana. Pájaro pasaba largas horas de cada día recluida, meditando sobre su futuro en el Templo de las Mujeres. Han intentó colarse allí en una ocasión para hacerle una visita, pensando que ella agradecería la distracción, dado que, después de todo, ya tenía decidido lo que quería ser. Se había hecho la ilusión de que quizás incluso volverían a besarse.

Lo único que consiguió fue que lo expulsaran de allí sin ninguna clase de miramientos.

Incluso cuando Pájaro no estaba recluida, iba por el campamento con aquella expresión remota y pensativa en el rostro, como si estuviera resolviendo un problema en todo momento y la menor distracción pudiera impedirle dar con la solución. No tenía tiempo para cazar, para pescar, para ir a nadar al Dyrnne o al Arroyo de la Vieja. No quería subir a Hanalea para acampar junto al lago o disfrutar de la vista desde la cima.

Como todo lo que está prohibido, Pájaro se volvió fascinante. Cuando iba por el campamento luciendo sus faldas de verano, Han no podía evitar reparar en las curvas de sus pantorrillas, el destello de la plata alrededor de sus tobillos, el contoneo de sus caderas, su rara, intensa sonrisa sobre el moreno de su piel. Incluso algunas partes que habitualmente pasaba por alto, como los codos y las rodillas, parecían atractivas.

Pero se veía relegado a observar desde lejos.

Bailarín era otra cosa, pero peor, en cierto modo. Siempre había sido esbelto y de huesos finos, pero ahora, con las mejillas chupadas como las tenía, su aspecto era casi cadavérico. ¿Estaba enfermo? ¿O era la ira que llevaba dentro, que le iba consumiendo la carne?

Fuera cual fuera la inquina entre él y su madre, parecía haberse agravado. Han se alojaba con Willo y Bailarín en la Logia de la Matriarca. Apenas se dirigían la palabra en público, y dentro de la logia la tensión era opresiva. A veces la presencia de Han parecía ser bienvenida, como si fuera una excusa para no tener que vérselas con el otro. En otras ocasiones, Han irrumpía en medio de conversaciones que se

disipaban en un pétreo silencio. A veces dormía en cualquier sitio sólo para evitar sentirse como un intruso.

Willo también pasaba muchas horas en reuniones con los ancianos del clan. Llegó una delegación del Campamento Demonai, en las laderas del este, y todos los ancianos pasaron horas enclaustrados en el templo.

Una docena de guerreros demonai acompañaban a los visitantes, y Han encontró excusas para pasarse por su campamento. Orgullosos y exóticos, eran una elite misteriosa, el origen de leyendas que se remontaban a una época anterior al Quebrantamiento, a las guerras entre los magos y los clanes.

En los viejos tiempos, se decía que los demonai se hacían una trencita en el pelo por cada mago al que daban muerte.

Muchos de ellos todavía llevaban trencitas en el pelo, adornado con abalorios, y algunos decían que matar a un mago y llevarse su amuleto todavía era el precio a pagar para que te admitieran en sus filas.

«Es como cualquier pandilla callejera —pensó Han—. Tienes que demostrar de qué pasta estás hecho para entrar en ella».

Los guerreros demonai montaban los mejores caballos y llevaban las mejores armas encantadas hechas en el clan y lucían los símbolos demonai alrededor de sus cuellos. Se decía que flotaban sobre el suelo, sin dejar rastro de su paso. Si le dabas un trozo de cordel, un anzuelo y un cuchillo a un guerrero demonai, podía vivir durante años de lo que cazara y pescara.

La presencia de los guerreros demonai hizo que una corriente de excitación recorriera el campamento. Fueron varios los atardeceres en que Han vio a Pájaro sentada junto a sus hogueras, comiendo del puchero común mientras escuchaba extasiada lo que fuera que tuviesen que decir. Manteniendo la boca cerrada por una vez.

Han no pudo evitar sentir una punzada de celos. Más que una punzada, un profundo malestar. A veces se sorprendía pensando en Rebecca Morley, quien, a su modo, era tan dura como Pájaro. Empezó a preguntarse qué se sentiría al besarla.

Por encima de todo, Han se sentía excluido. Para la nobleza de la ciudad, las fiestas de las onomásticas proclamaban que habían alcanzado la mayoría de edad y podían contraer matrimonio. Algunos tomaban posesión de su herencia entonces. Los magos recibían sus amuletos, y partían hacia la Academia del Vado de Oden para explorar los misterios de su vocación.

Entre los clanes, la ceremonia de la onomástica convertía a los jóvenes en miembros de pleno derecho de la logia, ponía en marcha la obra de su vida, les abría las puertas de los templos y solía marcar el inicio de la danza del cortejo.

Han estaba atrapado en una existencia que era como una tierra de nadie. Ninguna ceremonia marcaría su transición de niño a adulto. Cuando llegara el momento, simplemente fluiría sobre las tierras fronterizas, como cualquier criatura que vive a ras del suelo.

Quizá ya lo había hecho.

Así que se sentía lleno de envidia y, sin embargo, Bailarín parecía muy desgraciado. ¿Estaba teniendo problemas para elegir su vocación? ¿Lo estaba presionando Willo para que eligiera algo que él no quería ser? Eso parecía improbable. Si había aceptado que Pájaro quisiera ser una guerrera, seguramente aceptaría cualquier elección que pudiera hacer Bailarín. Y Willo no era la clase de persona que intentaría doblegar a Bailarín para imponerle su voluntad.

Han intentó hablar de ello con Bailarín, un día en que estaban pescando. Al menos Bailarín estaba dispuesto a ir a pescar con él. De hecho, parecía impaciente por estar en la montaña y lejos del campamento. Aprovechaba cualquier excusa para hacerlo.

—Bueno —dijo Han, agitando la punta de su caña de pescar de forma que su mosca se posara sobre el agua—, Pájaro apenas me habla. Ahora va de gran dama por la vida.

Bailarín soltó un gruñido.

—Te hablaré, no te preocupes. Después de la ceremonia.

—Es como una enfermedad, todo este tinglado del día de la onomástica —dijo Han, buscando una nota de humor—. ¿Tú crees que es contagioso?

Bailarín no respondió, pero puso su caña en el suelo y se tumbó sobre la orilla, cerrando los ojos. Sus párpados parecían enormes moratones en su rostro desusadamente pálido.

—Si... si tuviera que elegir, no sé qué sería —dijo Han, sin poder evitar la sensación de que su voz era una molestia para el silencio de Bailarín—. Ya he tenido varias vocaciones, algunas al mismo tiempo. Ladrón. Repartidor. Comerciante. Y botánico, como diría Jemson.

—Una vocación no es lo mismo que un trabajo —musitó Bailarín—. Te lo digo yo.

—¿En qué se diferencian? —preguntó Han, alentado por la respuesta de Bailarín.

—Una vocación no es algo que te pones encima, como si te dieras una capa de pintura, y luego cambias cuando te viene en gana. La vocación es algo que llevas dentro. No tienes elección. Si intentas hacer otra cosa, fracasas. —Esto último lo dijo con profunda amargura.

Han pensó en el trabajo de lavandera de su madre. No una vocación, no la obra a la que dedicar tu vida. Sino algo que le había sido impuesto por las circunstancias. No era de extrañar que lo estuviera haciendo tan mal.

¿Qué haría su madre si tuviera elección? Si él se lo preguntaba, ¿sería capaz de decírselo siquiera? ¿O le había sido extirpado de dentro por largos años de una labor que despreciaba?

Una elección, sí. Eso era lo que él quería para Mari. Un camino que llevara a la obra de su vida, si elegía seguirlo.

A veces parecía como si nunca fuera a poder escapar de su vida anterior como

señor de la calle del Mercado de los Harapos. Parecía que si cuando se te daba bien algo, si te labrabas una reputación, ese algo se te quedara pegado, persiguiéndote hasta el fin de tus días.

Han acarició las pulseras de plata que llevaba en las muñecas. Sólo con que pudiera quitárselas, quizá se convertiría en otra persona. Al menos no se lo reconocería con tanta facilidad.

—Supongo que es importante descubrir para qué has nacido —dijo—. Pero... ¿tu vocación puede cambiar? Si tú cambias, quiero decir. ¿Estás atrapado dentro de ella? ¿Tienes que hacer lo mismo toda tu vida?

—Depende —dijo Bailarín—. Algunos de nosotros no tenemos elección. —Se restregó los ojos con el dorso de las manos. Después se levantó y se fue, adentrándose en los bosques, dejando todo su equipo de pesca olvidado en la orilla.

Una semana después de que llegara al Campamento de los Pinos de Marisa, Han decidió hacerle una visita a Lucius Frowsley. Tenía que hacerle saber que ya no iba a poder entregar su producto en la Marca de los Páramo. Esperaba que quizá le asignara alguna otra clase de trabajo, algo que pudiera hacer sin tener que ir a la ciudad, pero sabía que era improbable.

Bajó por el camino de la Marca de los Páramos, y luego tomó el sendero que llevaba al lugar donde vivía Lucius.

La cabaña parecía desierta, como de costumbre, sin nada de humo saliendo por la chimenea. Pero Lucius no estaba pescando en la orilla del arroyo, o atendiendo su alambique en la ladera. De hecho, el fuego bajo la caldera se había apagado y el recubrimiento de ladrillos estaba frío. Eso no pasaba nunca. Lucius podía ser un poco lento, pero siempre lo hacía todo a conciencia.

Han puso unos cuantos leños debajo de la caldera y volvió a llenar el depósito de agua, pero no la encendió, y dejó la destilación allí donde estaba.

Perplejo, volvió a la cabaña de Lucius, que era el último lugar donde esperaba encontrar al anciano en un soleado día de primavera. Podía dejar una nota, pero eso no le serviría de nada a un ciego. Tenía una pequeña deuda pendiente con Lucius, pero no le gustaba la idea de dejar el dinero en la cabaña cuando el anciano no estaba allí.

Llamó enérgicamente a la puerta. Hubo una serie de ladridos, y luego el sólido cuerpo de *Perro* dio contra la madera.

«Lucius tiene que estar aquí», pensó Han. *Perro* y el anciano siempre estaban juntos.

—Eh, *Perro* —dijo, empujando la puerta con la mano. *Perro* saltó enseguida sobre él, lamiéndole la cara con su larga y húmeda lengua en un frenesí de alegría canina—. ¿Dónde está Lucius? —preguntó Han.

Sus ojos se habituaron a la penumbra, y entonces distinguió un movimiento en la

cama del rincón.

—¿Lucius?

No había lámparas, naturalmente, pero Han descorrió las cortinas para dejar entrar un poco de luz en la habitación. El anciano estaba sentado en la cama, agazapado contra la pared con una botella de Producto en las manos, borracho o enfermo o lo que fuese.

Han recorrió el interior de la cabaña con la mirada. El plato del agua de *Perro* estaba vacío, al igual que el de la comida.

—¿Lucius? ¿Qué te pasa?

—¿Quién es? —balbuceó el anciano. Entonces su voz cambió, volviéndose aguda y desafiante—. Cobardes. ¿Habéis venido a por mí, también?

—Soy yo. Han —dijo Han, inmóvil en el umbral sin saber qué hacer—. ¿No me conoces?

Lucius se cubrió la cara con el brazo como si pudiera esconderse tras él.

—Vete. Sé que el Chico está muerto. Ya me he enterado, así que no intentes engañarme. Tienes lo que querías, así que déjame en paz.

Han fue hacia Lucius y le palmoteó el hombro torpemente. El anciano se encogió con una mueca de miedo, aferrándose a su botella como si fuera un salvavidas.

—¿Qué estás diciendo? No estoy muerto. Deja de decir disparates.

El anciano pareció animarse de golpe, y abrió sus ojos incapaces de ver.

—No lo tienes, ¿verdad? El amuleto de la mala suerte. El Chico lo escondió bien escondido, ¿a que sí? —dijo con una risita burlona—. Bueno, pues yo no lo tengo, si es eso lo que buscas. Adelante. Puedes torturarme, pero no puedo decirte aquello que ignoro.

—Para ya, Lucius —dijo Han, perdiendo la paciencia—. Voy a traerte algo de comer.

Si Lucius no había alimentado a *Perro*, lo más seguro era que tampoco se hubiese alimentado a sí mismo. Han fue a la bomba de agua del patio y llenó un cubo. Lo llevó a la cabaña y llenó el plato del agua de *Perro*, y luego echó un poco en un vaso para Lucius.

—Toma —dijo, quitándole la botella de entre los dedos—. Bebe esto. —Buscó dentro del zurrón, sacó una de las galletas de su madre y se la puso entre los dedos a Lucius. Al ver que el anciano permanecía inmóvil con la galleta en la mano, Han rompió un trozo y se lo puso en la boca.

Lucius masticó mecánicamente, sus mandíbulas cubiertas por una incipiente barba subiendo y bajando. *Perro* bebió su agua con ruidosos lengüetazos. Han rebuscó en las alacenas de Lucius y encontró un trozo de jamón cocido que partió en trozos. Puso unos cuantos en el plato de la comida de *Perro* y le dio el resto a Lucius, pedacito a pedacito, seguidos por sorbos de agua.

Perro dio buena cuenta de los suyos en un par de minutos.

—Dijeron que habías muerto —farfulló Lucius, y Han supo que volvía a

funcionarle la cabeza—. Pensé que yo había tenido la culpa, por decirte que guardaras el amuleto de la mala suerte.

—¿Quién dijo que yo había muerto? —preguntó Han.

—Dijeron que te habían asesinado junto al río —continuó Lucius—. Que unos demonios te habían hecho pedazos.

—Oh. Eso fue obra mía. Quería que la gente pensara que estaba muerto.

Lucius dejó de masticar.

—¿Van a por ti, entonces? ¿Los Bayar?

Siempre los Bayar.

—No. Los que van a por mí son los chaquetas azules. Creen que maté a una docena de personas.

—Ah. —Lucius exhaló un gran suspiro de alivio—. Demos gracias a la Hacedora de que sólo sea eso.

—¡Como si no fuera lo bastante serio! —estalló Han—. No puedo ir a casa. No puedo ganarme la vida. Estoy atrapado aquí en Hanalea.

—Hay cosas peores —dijo Lucius, que ya estaba comiendo por sí solo—. ¿Las mataste? ¿A esas personas?

—¡No, claro que no las maté! Me conoces lo suficiente para saber que he dejado esa vida. O intento dejarla, al menos.

—Bueno, entonces dales un poco de tiempo. Cuando la cosa se haya enfriado un poco, los chaquetas azules volverán a dejarse comprar. —Se lamió los dedos, y luego bajó la mano y se puso a tantear en busca de su botella.

Han le puso el vaso de agua en la mano.

—Me parece que será mejor que por ahora sigas con esto.

Lucius suspiró y dijo:

—¿Así que te vas a quedar en los Pinos de Marisa?

—Por ahora. No podré hacerte el reparto durante un tiempo, de todas formas. Lo siento.

—¿Dónde está el amuleto?

—Está escondido. En la ciudad. —Lo que era un problema, ahora que pensaba en ello. Resultaría difícil acceder a él.

Lucius tosió y escupió en el suelo, como hacen los viejos.

—Quizá deberías considerar ir al sur, a Barnswallow o We'enhaven. O al este, a los Acantilados de Caliza, y buscar trabajo en los muelles. Estarías más a salvo allí.

—Bueno. —Han se pasó los dedos por las pulseras—. Estaba pensando en Arden, o Tamron. No quedan tan lejos. Podría ir a casa a ver a Mari y a mamá de vez en cuando.

—Hay una guerra en curso, Chico, ¿o no te has enterado?

—Bueno, he pensado que podía ir como soldado —dijo Han.

A Lucius casi se le cayó el vaso.

—¿Soldado? ¿Soldado? ¿Cómo se te ha podido ocurrir semejante disparate?

Han no se esperaba aquella reacción por parte de Lucius, que solía ser bastante relajado.

—Bueno. Está bien pagado, y no tienes que pasar por un período de aprendizaje, ni estudiar, ni...

—¡Tú tienes estudios, Chico! Los suficientes para saber que no te conviene ir allí de soldado. Anda que no me he sentido culpable porque te creía muerto. Las vidas de los soldados salen demasiado baratas, hoy en día. Si fueras oficial, al menos tendrías una posibilidad.

—Los oficiales salen de las academias —dijo Han—. No tengo el dinero para eso. Quizá podría ahorrar un poco haciendo de soldado, y luego ir a la Academia.

—Claro que puedes —dijo Lucius sarcásticamente—. ¿Piensas que la Casa de Wien te aceptaría con una sola pierna? ¿Ciego como yo? ¿Con los pulmones abrasados por los venenos que utiliza el príncipe de Arden? ¿Quieres acabar igual que tu padre?

—Hay otras muchas opciones —dijo Han, preguntándose por qué todo el mundo se creía con derecho a leerle la cartilla últimamente—. Tantas que me cuesta decidirme. Podría recoger harapos. Podría seguir limpiando establos. Podría ser un chico de la vida, se gana mucho dinero, y la ropa...

—¿Jemson no te quiere como maestro? —lo interrumpió Lucius.

«¿Cómo se entera de esas cosas?», se preguntó Han.

—Bueno, no voy a tomar los hábitos, si te refieres a eso. Además, digamos que quemé ese puente el otro día —añadió, pensando en el cabo Byrne y Rebecca con esos ojos verdes que podían clavarte a la pared. Parecía como si hubiera sucedido en otra vida, pero Han se habría jugado lo que fuera a que nadie lo había olvidado.

«Pobre Jemson —pensó—. Siempre apostando por la persona equivocada. A estas alturas ya debería haber aprendido».

Ambos se quedaron callados, cada uno inmerso en sus propios pensamientos.

—Es raro que no hayan ido a por ti —dijo Lucius finalmente—. Los Bayar, me refiero.

—Puede que el amuleto no valga tanto como crees —sugirió Han. Lucius torció el gesto y negó con la cabeza, y Han añadió—: O quizá no saben quién soy.

—Bah. Bueno, siempre nos queda esa esperanza, Chico —dijo Lucius—. Siempre nos queda esa esperanza.

El Día de la Onomástica

Pese a que se sentía excluido de la ceremonia propiamente dicha, Han no pudo evitar empezar a emocionarse conforme se aproximaba la celebración de la Onomástica.

Cada año, en el solsticio de verano, todos los niños del clan que habían cumplido los dieciséis durante los meses de calor eran el centro de una celebración. Se trataba de uno de los pocos momentos del año en que las logias de los Pinos de Marisa y los Demonai se reunían para bailar, flirtear y acordar casamientos entre las familias de los clanes. También era un momento para lucirse cocinando, por lo que iba a constituir el gran banquete del año.

Las casas de invitados estaban llenas tres días antes del solsticio, y los visitantes se repartían entre las otras logias. Incluso la Logia de la Matriarca acogía su cuota de invitados.

Pájaro se había recluso en la Logia del Acólito con el resto de los que iban a prestar juramento, como era costumbre, pero Bailarín desapareció en los bosques dos días antes del banquete sin decirle una palabra a nadie. Han se dio cuenta de que Willo estaba preocupada. Andaba atareada con los preparativos de la ceremonia, pero fueron varias las ocasiones en que abrió la puerta y miró hacia fuera, diciendo «Me pareció oír que venía alguien». Se sobresaltaba con cada sonido y dormía mal.

El insignificante Han dormía mal, también, porque tenía que compartir el suelo de la logia con seis primitos demonai que reían, hablaban en susurros y le arrancaban mechones de pelo.

No podía evitar preocuparse. ¿Había salido mal algo en la vocación de Bailarín? ¿Había sido incapaz de encontrar un patrocinador? Si no era capaz de elegir, los ancianos elegirían por él. Quizá ya lo habían hecho. ¿Estaba tan insatisfecho con la elección de los ancianos que había decidido convertirse en un llanero?

Cuando Han salió de la Logia de la Matriarca la mañana de la ceremonia, ya había cuartos de venado asándose en los espetones, y el succulento olor del asado de cerdo subía de los hoyos para encender fogatas que habían cavado en el suelo. Bajo los árboles había largas mesas sostenidas por caballetes. Han y los más pequeños fueron a los bosques para regresar cargados de ajos y cebollas silvestres, e hileras de pasteles recién horneados se enfriaban en los bastidores de la Logia de la Cocina.

Han ayudó a preparar la hoguera en el Templo al aire libre, trajo más sillas para los ancianos del clan, y flirteó con unas cuantas demonai a las que llevaba seis meses sin ver.

Willo se puso su vestimenta de matriarca y luego preparó con mucho cuidado la ropa de Bailarín, sacándola del baúl situado al pie del banco en que dormía ella:

pantalones y mocasines, una camisa de tela fina y una chaqueta de piel de gamo pintada y adornada con abalorios, todo ello fiel a su característico estilo. Han la estudió en busca de pistas. El diseño, nada tradicional y un tanto atrevido, combinaba los símbolos familiares de Pinos de Marisa y de la Matriarca con signos del serbal y los conjuros contra la mala suerte.

Willo incluso sacó del baúl una camisa de piel de gamo para Han, los símbolos del Cazador Solitario bordados en la parte de atrás del cuello. Han tartamudeó cuatro palabras de agradecimiento, y Willo sonrió y sacudió la cabeza.

—Gracias a ti por ser amigo de Bailarín de Fuego —dijo—. Le harás falta en días venideros.

Han parpadeó.

—¿Qué quieres...?

Ella volvió a sacudir la cabeza.

—Ya lo verás —dijo, dándose la vuelta y despidiéndolo con un gesto de la mano, para luego sentarse a su telar como si aquél fuera un día aparecer corriente.

Y Bailarín seguía sin aparecer.

—¿Quieres que vaya a mirar si lo encuentro? —preguntó Han, incapaz de aguantar la incertidumbre por más tiempo, deseoso de hacer algo útil.

—Vendrá —dijo Willo, arrojando su lanzadera y cogiéndola al vuelo—. No tiene elección.

El banquete empezó a última hora de la tarde, con las largas mesas crujiendo bajo el peso de las bandejas y los cuencos mientras los perros merodeaban esperanzados por debajo de ellas. Han no tenía tanto apetito como había imaginado, al tener que comer en solitario. Todos sus amigos estaban ocupados, preparándose para cruzar el umbral que llevaba al futuro.

Finalmente, en el último momento posible, Bailarín entró en la logia, sucio y con aspecto de cansado, como si hubiera pasado tres noches durmiendo en el suelo.

Willo le pasó una palangana sin decir palabra y Bailarín se echó un poco de agua en la cara y encima de la cabeza, restregándose la suciedad con una toalla. Después se vistió para la ceremonia con movimientos enérgicos y veloces, sin hacer ningún comentario sobre sus nuevas ropas.

Han abrió la boca, pero la voz se le murió en la garganta. Estaba furioso con Bailarín por comportarse de aquella manera. Celoso del lugar de su amigo en el mundo y de la ceremonia que lo confirmaría. Cualquiera que fuese la vocación que había sido elegida para él, necesitaba aceptarla. Han pensó que ojalá alguien le dijera qué hacer con el resto de su vida.

Y entonces llegó el momento de partir. Las antorchas ya estaban encendidas mientras iban por el sendero que llevaba al templo al aire libre, a pesar de que seguiría habiendo claridad hasta bien entrada la noche en el más largo de los días del año. Una suave brisa besó la piel de Han, trayendo consigo el aroma de los lirios nocturnos y la promesa del corto verano de las Tierras Altas.

Bailarín los dejó cuando llegaron al Templo y circundó el perímetro para reunirse con los demás en la Logia de los Acólitos. Willo se fue, también, para reunirse con los ancianos del clan frente al Templo. Con cierta sensación de ridículo, Han se sentó en el suelo con los más pequeños, cruzando sus largas piernas para que no obstaculizaran el paso.

La ceremonia empezó con largos discursos de los ancianos de ambos campamentos. Han reconoció a Averill Demonai y resistió el impulso de volver a desaparecer en los bosques. Había visto por última vez al alto comerciante durante el desastre en el Templo de Puente del Sur, cuando secuestró a Rebecca y huyó al Mercado de los Harapos.

«No pasa nada», se dijo. El comerciante no lo había reconocido entonces, y a esas alturas el tinte marrón rojizo ya casi había desaparecido de su pelo. ¿Quién esperaría encontrar aun señor de la calle del Mercado de los Harapos en una Ceremonia de Onomástica en el Campamento de los Pinos de Marisa?

Elena Cennestre, matriarca de la Logia Demonai, contó la historia por todos conocida de cómo se tallaron los clanes en Piedra de las Espíritus y el hálito de la Hacedora les dio vida. Y cómo, hasta el día de hoy, las reinas de los Páramos volvían al final de su vida a las Espíritus, donde cada una de ellas tomaba posesión de un pico como última morada.

Han empezó a relajarse, la cadencia de aquellas viejas historias tan familiares lo tranquilizaba como siempre. ¿Por qué la vida real no podía ser así de ordenada? Era como un sedal enmarañado, imposible de desenredar, con nudos y conexiones invisibles.

Por ejemplo, Averill era el consorte de la Reina de los Páramos, el padre de la princesa heredera. Han no podía evitar encontrar extraño aquel vínculo entre esos personajes deslumbrantes que vivían dentro de los hoscos muros del castillo de la Marca de los Páramos y los miembros de los clanes de las Tierras Altas, cuyas logias de alguna manera parecían como una extensión del paisaje, que pisaban el suelo con tanta delicadeza.

Finalmente llegó el momento de que el primer nacimiento del verano fuera presentado por sus patrocinadores. Martillo de Hierro, un herrero, avanzó, seguido por una joven alta y de hombros anchos, vestida con pantalones y chaqueta de cuero, adornada con caballos y llamas marcados a fuego sobre el cuero.

«Tiene que ser una demonai —pensó Han—, ya que no la conozco».

—¿A quién traes ante nosotros, Martillo? —preguntó Averill.

Martillo carraspeó, como si no se sintiera cómodo al tener que hablar ante un grupo.

—La joven, Flor de Laurel, vino a mí y me dijo que sueña con el metal y la llama. Ha sido examinada, y es una llamada verdadera. He accedido a ser su patrocinador. Ella ha meditado sobre su nombre. Os presento a Moldeadora de la Llama. —Y sonrió de oreja a oreja, como si estuviera presentando a su propia hija.

Y así prosiguió la ceremonia. Un aprendiz de cestero fue llamado Tejedor del Mimbre. Un aspirante a contador de historias fue llamado Urdidor de Relatos. Uno que haría joyas se convirtió en Pájaro de Plata.

Ahora les tocó el turno a dos guerreros demonai, un hombre y una mujer, con la cabeza alta, cuchillos en sus cinturones, arcos colgando de sus hombros, los emblemas plateados de los demonai suspendidos de cadenas alrededor de sus cuellos, con los pantalones y las camisas marrones y verdes que los harían invisibles en el bosque. Cualquier persona que se enfrentase a los magos necesitaba disponer de un poco de magia propia.

Murmullos llenos de excitación resonaron en el Templo. Los demonai no solían patrocinar a un guerrero nombrado.

—¿Quiénes son éstos? —susurró alguien detrás de Han.

—Son Reid y Shilo Demonai —respondió alguien en un susurro.

—Hemos recibido una petición —dijo Shilo, como si los guerreros no necesitaran ninguna presentación—. La hemos aceptado —prosiguió, como si los allí reunidos no merecieran que se les diese explicación alguna sobre los usos de los guerreros demonai.

Los dos guerreros se volvieron y miraron hacia el bosque.

Pájaro emergió de entre los árboles, la vista baja como correspondía a alguien honrado con tan alto honor, pero la ligereza de su paso le dijo a Han que estaba prácticamente flotando. Vestida ya con el marrón y el verde de los demonai, su gracia inconsciente reflejaba la de sus patrocinadores.

Avanzó hasta detenerse delante de los guerreros.

Éstos no se molestaron en contar su historia.

—Aceptamos a esta joven llamada Pájaro Cavador —dijo Reid—, una candidata a guerrera demonai, bajo nuestro patrocinio. Si alcanza el éxito, recibirá un nuevo nombre y el amuleto demonai antes del próximo solsticio.

«¿Y si no lo alcanza? —pensó Han con algo de resentimiento—. ¿Qué sucede entonces? ¿Y qué tiene que hacer para alcanzar el éxito?»

El guerrero demonai entregó a Pájaro un arco, una aljaba de flechas, y un cuchillo con el emblema demonai grabado en la empuñadura. Ella metió el cuchillo en una vaina en su cinturón y se quedó inmóvil, sosteniendo las otras armas en los brazos, y luego alzó la cabeza y recorrió el círculo con la mirada. Se permitió una brillante sonrisa, con ese mechón tan familiar cayéndole sobre la frente.

«Está contenta —pensó Han—. Es lo que ella quiere».

Lo que le hizo pensar en Bailarín. Todos los otros nacimientos del verano habían avanzado. Willo hablaba en voz baja con Averill y Elena. Todo el mundo tenía una expresión de solemne seriedad.

—Hay un último nacimiento del verano al que reconocer —dijo Averill—. Llamo a Bailarín de Fuego, conocido también como Hayden, hijo de Willo, matriarca de la Logia de los Pinos de Marisa.

Pasado un instante en el que todos contuvieron la respiración, Bailarín salió de los bosques y avanzó, completamente solo, su hermosa chaqueta brillando a la luz de las antorchas. Su rostro lucía esa expresión pétreo y obstinada que estaba empezando a resultar familiar.

«¿Dónde está su patrocinador?», se preguntó Han, escrutando los bosques sin ver a nadie. Entonces Willo dio un paso adelante y se detuvo junto a su hijo. Bailarín la miró con disgusto pero no se apartó.

Ahora fue Elena Cennestre Demonai, madre de todos ellos, quien avanzó. Las llamas de la hoguera dieron un nuevo relieve a las arrugas de su cara, el mapa de una larga vida.

Su voz asumió la cadencia del narrador.

—Os contaré una historia sobre una joven que nació y se crió en los Pinos de Marisa.

«Típico del clan», pensó Han. La relevancia de una historia no siempre quedaba clara hasta final. Y a veces sólo era una historia que necesitaba ser contada, y no tenía nada que ver con la situación del momento. Por el bien de Bailarín, esperó que ése no fuera el caso.

—Esta chica llevaba por nombre Canción del Agua, y la magia era intensa en ella —prosiguió Elena.

Algunos de los asistentes de mayor edad intercambiaron miradas elocuentes. Esta historia era conocida, al menos para algunos.

—Era tan hermosa que los jóvenes acudían de toda la Tierra Entre los Mares para verla, con la esperanza de que se fijara en ellos, con la esperanza de que una cosa llevara a otra. Y cuando le llegó el momento de elegir su vocación, todo el mundo prestó atención, porque todo se le daba bien. No andaba escasa de posibles patrocinadores.

«¿De qué va todo esto? —se preguntó Han—. ¿No ha habido bastante con que Bailarín no carezca de patrocinadores? ¿Por qué sacarlo a relucir ahora?»

—Poco antes de su Ceremonia de la Onomástica, Canción del Agua salió a pasear por los bosques una mañana y se encontró con un joven, un apuesto forastero, alguien que no era del clan, alguien que no debía estar allí. —Hizo una pausa, para dar mayor efecto a sus palabras, y luego siguió hablando.

»El joven llevaba en el dedo un anillo magníficamente tallado, con incrustaciones de esmeraldas. Preguntó a Canción del Agua si le gustaría probárselo.

La palabra «¡no!» recorrió el Templo. La narradora Elena Demonai tenía a todo el mundo pendiente de ella. Excepto a Han, quien estaba distraído por el infortunio de Bailarín y la pena que veía en el rostro de Willo.

—Canción del Agua se puso el anillo, y cayó en un profundo sueño —dijo Elena—. Cuando despertó, estaba sola en los bosques. Era de noche y toda ella temblaba de frío y de miedo. El joven había desaparecido, al igual que el anillo. Canción del Agua volvió al campamento y no tardó en descubrir que estaba embarazada.

»El embarazo de Canción del Agua ya era muy visible cuando asistió a su Ceremonia de la Onomástica. Como la magia era grande en ella, la pusieron de aprendiz con Elena Demonai, matriarca de la Logia Demonai. Su nuevo nombre fue Canción del Sauce, y todos la llamaban “Willo”.

Elena hizo una pausa y miró en derredor, y todo el mundo supo lo que diría a continuación.

—Canción del Sauce tuvo un hijo varón, y lo llamaron Bailarín de Fuego. Lo tenéis ante vosotros.

Han, atónito, miró primero a Willo y luego a Bailarín, y acabó volviendo nuevamente la mirada hacia Elena. Así que ésta era la historia que no había sido contada, sobre el padre desaparecido de Bailarín. Su padre tenía que haber sido un mago.

—Mucho fue lo que Bailarín heredó de su madre —dijo Elena, sonriéndole con tristeza a Bailarín—. Es un niño querido por todo el Campamento de los Pinos de Marisa. Tiene el don, y no habrían debido faltarle patrocinadores a la hora de elegir una vocación. Pero también ha heredado algunos de los dotes de su padre, y por eso tiene que elegir su propio camino. Bailarín ha elegido una vocación que ninguno de nosotros puede patrocinar.

Por lo visto Pájaro había alcanzado su límite para el silencio.

—¿Qué estás diciendo? —quiso saber, mirando primero a Elena, luego a Averill y finalmente a Willo—. ¿Qué has elegido, Bailarín?

—No fue una elección —dijo Bailarín, tan bajo que apenas pudieron oírlo.

Reid Demonai lo comprendió enseguida.

—¿Un lanzahechizos? —exclamó, buscando su cuchillo—. ¿Aquí?

Entonces todo el mundo se puso a hablar a la vez, como un clamor de cuervos en un maizal.

Willo se interpuso entre Reid y Bailarín, pero habló dirigiéndose a la congregación, su voz clara y casi firme imponiéndose de alguna manera al clamor general.

—Aunque no podemos tenerlo bajo nuestro patrocinio, ya hemos hecho los trámites necesarios para que Bailarín reciba la instrucción apropiada. Irá al Vado de Oden, a la Academia de Magos de allí, y aprenderá a utilizar la magia que ha heredado.

Han sintió que le daba vueltas la cabeza, cuando distintas escenas e imágenes se agolparon en su mente: el mal humor de Bailarín durante los últimos meses. La conversación que había oído en la Logia de la Matriarca, cuando se preguntó si Bailarín estaría enfermo.

Pero no. Había tomado serbal, que servía para proteger de la hechicería. Bailarín y Willo habían estado tratando de sofocar la magia. Willo habría puesto todo su empeño en ello. Y si la matriarca no había podido lograrlo... entonces nadie podía.

Han había visto a Willo y a Bailarín en la Marca de los Páramos, cuando ella lo

curó en el Templo del Puente del Sur. Quizás habían acudido allí a hacer los arreglos necesarios para que pudiese ir al Vado de Oden.

Estudió a su amigo en busca de señales delatoras. Había una extraña incandescencia en torno a él, como una vela que brillara a través del pergamino de su piel. Estaban los ojos azules, también, por lo visto heredados de su padre, que casaban tan mal con su pelo negro y su piel morena.

Pero más que nada se lo veía inmensamente desgraciado. Y no era el único.

—¿Vais a adiestrar a otro mago? —preguntó Reid desdeñosamente—. ¿No hay ya demasiados?

Elena se mantuvo firme.

—Vamos a darle a Bailarín de Fuego lo que necesita para controlar el don que ha recibido.

—Eso no es un don —dijo Reid—. Es una maldición. Y el mundo estaría mejor con un mago menos en él.

Shilo asintió con la cabeza, mirando a Bailarín como si fuera una víbora que acabara de encontrar debajo del porche.

—No puede quedarse en las Espíritus. El Naéming lo prohíbe, y tú lo sabes.

—Los ancianos han tomado su decisión —dijo Averill secamente—. El chico ha vivido aquí hasta ahora. Puede quedarse hasta que parta hacia el Vado de Oden.

Han asimiló todo aquello a trompicones, aparentemente un poco rezagado con respecto a los demás. ¿Bailarín se iba a ir? No, estaba siendo exiliado. Expulsado como el inquilino de un cuchitril en los suburbios.

Recordó el encuentro con Micah Bayar y sus amigos en Hanalea, cuando Bailarín les había planteado esa misma regla a los jóvenes magos: no podían estar en las Espíritus.

Pero Bailarín... ¿no se podía hacer una excepción? Él era parte de aquel sitio. Era su hogar.

Han se levantó, con la intención de decirlo en voz alta, pese a que no tenía ningún derecho, puesto que sólo era un invitado. Pero entonces su mirada se cruzó con la de Willo y ella sacudió la cabeza, en un gesto casi imperceptible.

Confuso, Han volvió a sentarse. ¿Willo iba a dejar que aquello siguiera adelante? ¿Permitiría que su hijo fuera enviado al sur para vivir entre desconocidos?

Elena se volvió hacia Bailarín y metió la mano en una bolsita que llevaba colgada de la cintura. Sacó de ella algo brillante, que mantuvo suspendido ante Bailarín.

Era un amuleto, tallado a partir de una piedra traslúcida de color caramelo. La figura reluciente de un Bailarín del clan, rodeado por un círculo de llamas. Bailarín la contempló con una terrible fascinación, como si fuera un veneno que tenía que tomar.

—Bailarín de Fuego —dijo Elena dulcemente—, los clanes llevamos mucho tiempo haciendo las herramientas de la Gran Magia, pero no somos capaces de utilizarlas. Durante centenas de años, hemos mantenido una precaria tregua con aquellos que pueden usarlas. Cuando se abusa de esos regalos, controlamos el acceso

a ellos. Cada parte recela de la otra, pero cada una depende de la otra. En su infinita sabiduría, la Hacedora ha decretado que los regalos sean distribuidos de esta forma, para protegernos a todos.

Pasó la cadena por la cabeza de Bailarín de manera que el amuleto descansó sobre su pecho. Bailarín se mantuvo rígidamente inmóvil, las manos apretadas junto a los costados, como si moverse pudiera hacer que el amuleto entrara en acción.

—Eres un nacido del verano, un hijo de esta logia. Y por eso hacemos este obsequio directamente a tu persona, el amuleto que llevarás al Vado de Oden. — Elena encogió sus delgados hombros—. Con todo, esperamos que no olvides tus orígenes. Quizá serás el que unirá a los magos y los clanes.

El odio en el rostro de Reid decía que eso nunca sucedería.

—Deberías conservar el amuleto en tu poder hasta que el lanzahechizos abandone Hanalea —dijo—. Es la única manera de que esté a salvo.

—Los ancianos han hablado, Reid Demonai —dijo Averill—. Bailarín de Fuego no tiene patrocinador. El amuleto será la conexión entre nosotros. Es cuanto podemos ofrecerle ahora.

—No debéis preocuparos —dijo Bailarín—. No quiero utilizar nada que provenga de mi padre. Y me habré ido antes de que os deis cuenta. —Con esas palabras, se quitó la chaqueta que Willo había hecho para él y la arrojó a la hoguera. Después se internó en los bosques, dejando un profundo silencio tras de sí.

Willo y Pájaro

Las secuelas de la Ceremonia de la Onomástica persistieron durante varios días. Bailarín desapareció de nuevo, y Han pasó muchas horas buscando infructuosamente en los bosques que rodeaban el Campamento de los Pinos de Marisa, visitando todos los sitios a los que solían ir. Cuando dio con él a dos días de marcha en un refugio de cazadores en las orillas del Lago Fantasma, Bailarín no estaba cazando, o pescando, o leyendo. Sólo estaba sentado ahí, mirando el lago.

No tuvo gran cosa que decir a las sugerencias de Han, como si sintiera que ya había agotado todas las posibilidades.

—Podríamos bajar a los templos que hay en la Marca de los Páramos —dijo Han—. Los oradores saben toda clase de cosas. Quizá podrían ayudar.

—Hemos ido a ver a Jemson —dijo Bailarín. Cogió una piedra y la arrojó al lago, haciendo que rebotara contra las aguas—. Probó con varias cosas, pero ninguna funcionó. —Miró a Han—. ¿No dijiste que te buscaban, allá en la Marca de los Páramos?

Bueno. Sí. Lo había dicho.

—¿Y alguna de las otras logias? Quizás haya alguna sanadora que tenga una nueva idea.

—Elena es la mejor. Ya lo sabes. Y conoce a las otras matriarcas, siempre está viajando. Si hubiera algo más que intentar, ella estaría enterada.

—Si no tienes un amuleto, ¿no podría permanecer... aletargado?

Bailarín no se dignó responder a eso. Han se sintió obligado a ofrecer planes cada vez más desesperados.

—Podríamos visitar las Islas Septentrionales. Los magos vienen de allí, ¿no?

—¿Piensas que eso es mejor que ir al Vado de Oden? —preguntó Bailarín—. ¿Navegar a través del Indio hasta un lugar donde nunca he estado en busca de la gente que nos invadió hace siglos?

—Podrías... podrías hablar con el Consejo de Magos. Podrías tratar de encontrar a tu padre.

—La única razón por la que buscaría a mi padre sería para matarlo —dijo Bailarín.

Sin saber qué decir, Han guardó silencio durante un buen rato. Nunca había visto a Bailarín adoptar una actitud tan negativa ante algo. Su amigo era el que siempre veía la parte buena de las personas, el que siempre trataba de poner paz.

—Iré contigo —dijo finalmente—. Al Vado de Oden, quiero decir.

—¿Y qué harás?

—Iré a la Escuela de Guerreros en la Casa Wien.

Bailarín lo miró de arriba abajo y llegó a sonreír.

—¿Tú? ¿En el ejército? Pero si allí todo va de reglas. No durarías ni una semana. Estarías preguntando por qué a cada momento. Mejor ingresas en alguna orden.

—Podría funcionar —insistió Han. Cuanto más hablaba de ello, más le gustaba la idea—. Todos los ejércitos están ansiosos por hacerse con los graduados de la Casa Wien. Podría encontrar uno en el que encajara.

—¿Cómo lo pagarías? —quiso saber Bailarín—. No tienes dinero.

—¿Cómo vas a pagar la Casa Oathwaite? —replicó Han.

—Las logias me patrocinan, pese a las objeciones de los guerreros demonai. Es una manera de quitarme de en medio.

—¿Qué problema tienen los demonai? —preguntó Han.

Bailarín se encogió de hombros.

—Pregúntaselo a ellos. Pero tú no eres un soldado. No estoy seguro de qué eres, pero eso no.

Cuando llegó al campamento, Han le dijo a Willo dónde estaba Bailarín, dejando claro que se sentía muy frustrado.

—No pasa nada, Caza Solo —dijo ella, levantando la vista del caldero lleno de una brillante tintura azul que estaba removiendo encima del fuego delante de la Logia de la Matriarca—. Bailarín necesita estar a solas durante un tiempo. Hanalea lo calma.

—¿Qué va a hacer cuando tenga que irse? ¿Qué lo calmará entonces? —Han estaba furioso con Willo, como si todo aquello fuera culpa suya.

—Encontrará su propia solución. Tiene que hacerlo —se limitó a decir Willo.

—¿Cuánto hace que lo sabes? —preguntó Han—. Que Bailarín es un lanzahechizos, quiero decir.

Willo se secó la frente sudorosa con el antebrazo.

—Supe que era una posibilidad desde... desde el primer momento. Pero los magos no se manifiestan hasta que se hacen mayores, y me había hecho esperanzas de que no sucedería. Empecé a ver las señales hace tres años. Y finalmente él se dio cuenta, también, y vino a verme.

—Tiene que haber algo que puedas hacer. —Después de todo, Willo era una sanadora de talento. ¿No podía curar a su propio hijo?

Fue como si ella le leyera los pensamientos.

—La hechicería es un don, no una dolencia. No se puede tratar con métodos curativos. Probé con el serbal, naturalmente, y ciertos... talismanes. —Se calló, y bajó los ojos hacia su delantal manchado de azul—. Debería haber actuado antes, cuando él no era más que un bebé. A veces la hechicería puede ser mantenida a raya si se interviene lo bastante pronto. Si no, es como un cáncer que se extiende hasta que no puedes extirparlo sin matar al anfitrión.

«Claro —pensó Han—. Es un don. Como un cáncer». Willo parecía estar tan

confusa como todos los demás.

Quizás ése fuese el momento para exponer su idea. Han se puso nervioso —Willo ya le había dado un no por respuesta en el pasado—, pero seguramente vería la lógica de su sugerencia.

—He estado pensando —dijo—. Necesito un oficio y no podré volver a Marca de los Páramos en el futuro inmediato. Podría ir al Vado de Oden con Bailarín y matricularme en la Academia de Guerreros. Estaríamos en escuelas distintas, pero apuesto a que podríamos vernos, de todas maneras. Y podríamos hacer los viajes de ida y vuelta juntos. Sería menos arriesgado para ambos.

Willo ya estaba sacudiendo la cabeza.

—Tú no eres ningún guerrero, Caza Solo —dijo desdeñosamente.

—Tengo derecho a elegir —dijo él—. Ya casi soy un adulto. Soy un nacimiento del verano, y acabo de cumplir los dieciséis. Si perteneciera al clan, ya se me habría puesto nombre.

—¿Por qué me lo cuentas, entonces? —preguntó Willo, sentándose sobre los talones.

—Necesito dinero para la inscripción. Se lo pregunté a Jemson, y cuesta al menos veinte mozas al año, más la manutención. Eso sin contar los gastos del viaje.

Willo lo estudió en silencio unos instantes.

—¿Me estás pidiendo dinero? —preguntó finalmente—. ¿Para que puedas desperdiciar tu vida combatiendo en la guerra de los llaneros?

La cosa pintaba mal. Han extendió las muñecas hacia Willo.

—Por favor. Lo único que necesito es que me quites estas cosas —dijo—. Conozco a comerciantes que pagarían sus buenos dineros por una plata tan gruesa. Debería sacar lo suficiente para que Bailarín y yo pudiéramos cubrir nuestros gastos durante el viaje, y aún quedaría algo para pagar la inscripción en cuanto llegue al sur.

—No —dijo ella—. Ya te lo he dicho. No puedo hacer eso.

—Willo, no tengo ningún sitio al que ir —insistió él, en un tono que bordeaba peligrosamente la súplica—. Necesito ganarme la vida de alguna manera, y no puedo regresar a la Marca de los Páramos. Allí no hay nada para mí. Bailarín va a ir al Vado de Oden, y Pájaro irá a la Logia Demonai. Toda la gente que conozco está a punto de iniciar su aprendizaje. Nada va a ser lo mismo.

—Hay oficios que puedes aprender aquí mismo —dijo Willo—. Las plantas y las pociones ya se te dan bastante bien. Te aceptaré como aprendiz, si nadie más quiere hacerlo.

—No puedo pasarme la vida escondido aquí arriba —dijo Han, pensando que había poca aventura en hacer lo que había estado haciendo todo el tiempo, sólo que menos.

—No eres ningún guerrero, Caza Solo —dijo Willo rotundamente—. Y ni todo el dinero del mundo te convertirá en uno. —Tiró al suelo el palo con el que había estado removiendo el tinte y entró en la Logia de la Matriarca sin decir nada más.

Han pasó los días siguientes enfurruñado. La presencia constante de los invitados de la Logia Demonai le resultaba tan molesta como un guijarro en la bota. Era como tener invitados en casa durante una discusión de familia. Querías que se fueran de una vez para poder hablar sin rodeos.

Aunque él no era de la familia, como se recordaba a sí mismo continuamente.

Los guerreros demonai lo sacaban especialmente de quicio. Pájaro pasaba todo su tiempo con ellos, pendiente de todo lo que dijera Reid Demonai.

Y además, Han estaba muy decepcionado con ella. Pájaro podría haber defendido a Bailarín cuando Reid Demonai lo atacó.

De la misma forma en que podría haberlo defendido él, también. Dijera lo que dijera Willo.

Los guerreros demonai se quedaban callados cuando Bailarín pasaba junto a ellos, y dejaban el círculo de la hoguera cuando Bailarín se unía a él. Lo observaban como si fuera un perro rabioso o una serpiente venenosa.

Han no podía evitar temer que los guerreros demonai pudieran hacerle algo a Bailarín si lo encontraban solo. Así que se autonombró espía, manteniéndose cerca de su hoguera, siguiendo sus idas y venidas dentro del campamento, y escuchando sus conversaciones.

Hasta que un día, mientras seguía sigilosamente por el bosque a Reid Demonai, que probablemente se dirigía a las letrinas, se cruzó con Pájaro y Han tuvo que frenar en seco para no chocar con ella. Llevaba su ropa demonai, y fue como si se hubiera materializado a partir de las sombras y los rayos de sol.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —siseó.

—¿Haciendo? —Han se encogió de hombros—. ¿A ti qué te parece que estoy haciendo?

—Jugar a un juego muy peligroso, eso es lo que estás haciendo. ¿Piensas que ellos no se van a dar cuenta? Son guerreros demonai, caramba —dijo, como si él no lo supiera.

Han le lanzó una mirada que decía «¿Y qué?».

—Llevo toda la vida andando por estos bosques —replicó—. Si tan nerviosos los pone tenerme cerca, deberían irse.

—Debo advertirte de que a Reid se le está acabando la paciencia. Está a un pelo de cortarte el cuello.

—Siempre puede intentarlo —dijo Han, tratando de fingir indiferencia, aunque el corazón empezó a latirle más deprisa. Una confrontación con Reid Demonai parecía de lo más atrayente.

—No lo entiendes —insistió Pájaro—. Los demonai llevan toda la vida adiestrándose para esa clase de cosas. Son peligrosos.

—¿De veras? Bueno, yo también soy peligroso. —Sintió como si estuviera alardeando en el patio de la escuela, pero el impulso era incontenible—. Pues a mí me parece que son todo poses sin nada en la cabeza.

—¡Calla! —Pájaro miró en derredor, como si Reid pudiera estar detrás de un árbol cercano, escuchando—. Vamos. —Moviéndose con su gracia felina habitual, lo llevó fuera del sendero y bajaron por un pequeño barranco hasta un lugar en el que dos losas de roca se habían deslizado hasta quedar apoyadas la una en la otra, formando un pequeño cobijo parecido a una caverna. Besos de doncella y columbinas florecían profusamente en las hendiduras, y un pequeño arroyo corría por el fondo del barranco.

»Siéntate —dijo, señalando una roca plana.

Han se sentó recelosamente, y ella se sentó frente a él.

—He intentado hablar con Bailarín —dijo—. Y se niega a dirigirme la palabra.

—No le habla a nadie —dijo Han. Y luego, después de una breve pausa—: No puedo creer que quieras estar en un grupo que ha sido capaz de tratar así a tu amigo. —Ya estaba. Lo había dicho.

Pájaro se mordió el labio y se miró las manos entrelazadas.

—No... no es nada personal —murmuró—. Pero ésa es la razón por la que existen los demonai. Para combatir a los magos. Y la presencia de... de cualquier mago en Hanalea es un sacrilegio.

—Eh, que estamos hablando de Bailarín —dijo Han, pensando en cómo Bailarín había desafiado a Bayar y a sus amigos—. Nació aquí. Forma parte de este lugar.

—Lo sé —dijo Pájaro, tragando saliva—. Pero piensa en la historia. Cuando los lanzahechizos invadieron los Páramos, fueron implacables. Pasaron a espada a los niños. Capturaron a nuestra reina y la obligaron a contraer matrimonio. Expulsaron a los sacerdotes de los templos y dieron inicio a un reinado de terror. Pero los clanes defendieron las Espíritus, y las montañas fueron nuestro santuario. Si no hubiera sido por eso, nos habrían erradicado como pueblo.

Era un discurso bonito. Han se preguntó si vendría de Reid Demonai. Los imaginó sentados junto a la hoguera con las caderas tocándose, Pájaro mirándolo a los ojos con expresión fascinada. Parpadeó para ahuyentar la imagen.

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo—. Los magos tampoco me caen muy bien, pero...

—Eso fue hace mucho tiempo, pero vivimos tiempos peligrosos —dijo ella—. Tenemos una reina débil. El poder de los magos está creciendo. Los del clan nos sentimos menos bienvenidos en la Marca de los Páramos. Tenemos menos influencia en la corte.

—Averill Demonai es consorte de la Reina —dijo Han—. Y padre de la princesa heredera. Eso me suena a influencia.

—Las apariencias a veces engañan —dijo Pájaro—. Reid dice que ahora es más importante que nunca mantener las fronteras tradicionales contra los magos.

«Y a mí me interesa muy poco lo que dice Reid», pensó Han.

—¿Así que cuál es el plan? —preguntó—. ¿Volverás al Campamento Demonai con ellos o qué?

Pájaro asintió con la cabeza.

—Pronto nos iremos. Sólo que... Reid no quiere irse mientras Bailarín siga aquí.

—Bueno, no tendrán que preocuparse por él durante mucho más tiempo, ¿verdad? —dijo Han, sintiéndose demasiado culpable para mantener la boca cerrada—. Una vez que se haya ido, puede que nunca volvamos a verlo.

«A menos que consiga encontrar alguna forma de ir con él».

Pájaro se apartó los rizos de la frente sudorosa.

—¿Piensas... piensas que es una buena idea? Lo de que Bailarín vaya al Vado de Oden, quiero decir. Para aprender a ser mago.

Han la miró fijamente.

—¿Qué otra alternativa le queda? Tú misma acabas de decir...

—Quizá... quizá debería irse a vivir a la Marca de los Páramos —dijo Pájaro, sin sostenerle la mirada.

—¿Para hacer qué? Bailarín no es un llanero. Las cosas que se le dan bien carecen de valor en la ciudad.

—Podría aprender un oficio —dijo ella—. Y entonces... podríamos ir a visitarlo de vez en cuando. —Levantó la cabeza para lanzarle una mirada esperanzada—. Quizá... si no lo adiestraran... la magia acabaría yéndose... por sí sola.

—¿De verdad crees eso? ¿O es lo que dice Reid? ¿Piensa que Willo enviaría lejos a Bailarín si la cosa fuera tan fácil?

Pájaro sacudió la cabeza.

—No. Es sólo que... los demonai no quieren que Bailarín vaya al Vado de Oden.

Una furia helada creció en el centro del cuerpo de Han y se propagó rápidamente a sus extremidades, de forma que cuando volvió a hablar faltó muy poco para que se le quebrara la voz.

—No lo quieres aquí, pero no quieres que vaya al Vado de Oden. Sólo quieres que desaparezca, ¿verdad?

—¡No! Amo a Bailarín. Es sólo que... Reid está preocupado porque vayan a adiestrar a un mago que conoce tan bien las Espíritus. ¿Y si regresa... en el lado equivocado? —Miró a Han con expresión suplicante.

—No entiendo mucho de política —dijo él—. Yo sólo voy a lo mío, e intento salir adelante. Pero si quieres saber mi opinión, estáis tratando a Bailarín como si fuera el enemigo. Y no se me ocurre una manera mejor de impulsarlo hacia el otro lado. Y cualquiera que sea el lado en que está Bailarín, yo estoy ahí.

Eso era lo que había estado intentando decirle a Bailarín. Para que supiera que no estaba solo. Que Han iría con él, y lo ayudaría si podía.

Alzó la mirada, y vio que Pájaro estaba llorando. Las lágrimas le corrían silenciosamente por las mejillas, algo que él no recordaba haber visto antes.

—Eh, no te lo tomes tan a la tremenda —dijo, después de un par de minutos de verla así—. Vamos, vamos... Siempre hemos estado juntos. Ya encontraremos alguna solución.

—Llevo toda mi vida queriendo ser una guerrera demonai —susurró ella—. Y ahora, haga lo que haga, estoy traicionando a alguien.

—Lo que tienes que hacer es recordar quiénes son tus amigos, sencillamente —dijo Han—. Y en cuanto a los demonai, quizás aún puedas enseñarles un par de cosas sobre la lealtad.

—No alcé la voz por Bailarín durante la ceremonia —dijo ella, al tiempo que se limpiaba la nariz.

—Yo tampoco. —Se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros, y ella se volvió hacia él para enterrar la cara en su hombro. Han le dio unas torpes palmaditas en la espalda, intentando no sentir sus senos apretados contra su pecho. Pájaro olía a pino y a cuero y a verano en las Tierras Altas.

Entonces ella levantó la cabeza y lo miró, las pestañas mojadas por las lágrimas y pegadas entre sí. Le echó los brazos al cuello y le hizo bajar la cabeza y de pronto estuvieron besándose desesperadamente, como si aquél fuera el último beso que iba a haber en sus vidas. Han la inclinó sobre la roca y le besó la nariz, los párpados, todas las partes de su rostro a las que podía llegar, y Pájaro le pasó las manos por debajo de la camisa y lo apretó contra sí, sus manos cálidas y encallecidas por el trabajo contra su espalda.

Fue la primera cosa en mucho tiempo que lo hizo sentirse feliz.

Renuentes a separarse, volvieron a meterse lentamente en la caverna formada por las rocas como una extraña criatura de ocho patas que estuviera fusionada por los labios.

Y Han pensó que ojalá pudieran pasar todo el verano cobijados allí; que pudieran hacer rodar un peñasco hasta la entrada para obstruirla y dejar fuera al resto del mundo.

Sangre y rosas

El día después de la fiesta de los Bayar, la Reina hizo saber que, como Raisa no se encontraba bien, no iba a salir de sus habitaciones, donde guardaría reposo. Raisa no hubiese sabido decir si aquello era 1) una sincera preocupación de Marianna por el bienestar de su hija y el deseo de que se recuperara a tiempo para la fiesta, 2) un castigo por haber dejado la fiesta de los Bayar tan temprano, alimentando así toda clase de rumores, o 3) una estrategia para aumentar aún más la expectación por la fiesta de Raisa. Mandó varios mensajes a su madre, solicitándole una audiencia, pero Marianna no respondió a ellos.

Una cesta llena de cartas e invitaciones adornaba la mesa en el vestíbulo de los aposentos de Raisa, pero Magret las declinó todas en su nombre. En cuanto corrió la voz de su supuesta enfermedad, los regalos y las flores afluyeron en grandes cantidades, hasta que la combinación de distintas fragancias la mareó e hizo que sintiera como si se hubiese quedado dormida en mitad de un velatorio.

Una docena de rosas llegaban cada mañana enviadas por Micah Bayar, un color diferente cada día. Raisa no tardó en remitir grandes ramos de flores a todas sus damas de compañía y a la Sala de las Sanadoras en el Templo.

Micah le mandó varios mensajes, pidiéndole permiso para visitarla, pero Raisa no respondió a ellos. Magret continuaba durmiendo en su habitación y un miembro de la guardia de la Reina siempre parecía estar apostado junto a su puerta.

Nunca Amon, sin embargo. Raisa habría dado lo que fuera por poder escabullirse a través del túnel y subir al jardín y encontrarlo allí, paseándose sobre los adoquines o recostado en uno de los bancos. Siempre lo tenía en la mente.

Cuando no estaba pensando en Amon Byrne, se sentía acosada por la imagen de Han Alister. El señor de la calle le tendía emboscadas en sus sueños, avanzando hacia ella con paso altanero como había hecho en el Mercado de los Harapos, con su agudo ingenio y su sonrisa sardónica. Raisa recordaba cómo la había empujado detrás de él y le había puesto el cuchillo en la palma de la mano.

«Si vas a acuchillar a alguien, no te lo pienses tanto», le había dicho. Y ahora estaba muerto. ¿Había titubeado en el momento decisivo, y eso había sido su perdición? ¿Había algo que ella pudiera haber hecho de otra manera, que lo hubiera salvado?

¿Era su deber salvarlo?

«Necesito ir a fiestas —pensó Raisa—, para no tener que pensar demasiado».

Sus únicas visitas eran costureras, peinadoras y sus parlanchinas damas de compañía, que no se levantaban hasta mediodía y luego pasaban las primeras horas

de la tarde en los aposentos de Raisa, sin parar de hablar de las fiestas a las que habían ido y los vestidos que habían llevado, antes de retirarse a sus habitaciones para prepararse con vistas a la velada que tenían por delante.

Tener a la realeza del sur bajo tu techo significaba apuntarte un buen tanto social, incluso ahora que les iban tan mal las cosas. Así que, con Raisa fuera de circulación, los Tomlin y lady Heresford iban de fiesta en fiesta y de cena en cena sin que les quedara prácticamente un segundo libre para cambiarse de ropa durante los intervalos.

Raisa se perdió la fiesta del día de la onomástica de Melissa Hakkam, pero Missy fue a verla la tarde siguiente para contarle cómo había ido todo. Bostezaba y tenía bolsas debajo de los ojos, porque no se había ido a la cama hasta bien entrada la madrugada.

—Qué pena que no pudieras venir. Menuda desilusión para mamá —dijo Missy—. Y luego no paró de emparejarme con ese horrible Amo Cazahombres. ¿Te lo imaginas? ¡Lady Melissa Cazahombres! Sería de lo más violento.

—¿Quién es ése? —preguntó Raisa sin demasiado interés, más que nada para detener el torrente de palabras.

—Un naviero de los Acantilados de Caliza que... bueno, en realidad es de las Islas Septentrionales, pero por lo menos tiene cincuenta años. Es dueño de diez barcos y tiene dinero a espuestas, y tres residencias, una en la Marca de los Páramos, una en los Acantilados de Caliza y otra en una propiedad a orillas del Dyrnne, pero es un comerciante, después de todo, y me estuvo pisando los pies toda la noche y sólo sabe bailar dos piezas antiguas.

—Si tuviera cuatro residencias —dijo Raisa—. Y un pabellón de caza en los Colmillos del Corazón. ¿Cuántas piezas necesitaría saber bailar entonces?

Missy parpadeó, visiblemente confusa.

—Lo que es yo, espero comprometerme con alguien del sur. Quiero decir que, bueno, el príncipe Liam es tan guapo... —Dejó escapar un gran suspiro acompañado por un pestañeo—. Y dice unas cosas tan atrevidas... Es un Bailarín maravilloso, además, no como la mayoría de los hombres de la corte. Venga, dime qué tal te suena. —Adoptó una pose elegante, echando hacia atrás su abundante melena—. Princesa Melissa de Tamron.

—Hay quien dice que las cosas andan bastante... revueltas en Tamron —dijo Raisa, incapaz de resistir la tentación de bajarle los humos a Missy—. Dicen que existe la probabilidad de que la guerra en Arden se extienda al oeste.

—Sí, hay gente que siempre lo ve todo negro —dijo Missy, sin dejarse impresionar—. Podríamos ser princesas las dos. ¿A que sería maravilloso? Incluso podría llegar a ser reina antes que tú.

—¿El príncipe Liam se te ha declarado, entonces? ¿Ha hablado con su padre? —preguntó Raisa, rebajándose a la crueldad. Eso sí que pareció afectar a Missy.

—Bueno, claro que no, su padre está en Tamron y Liam está aquí, pero estoy

segura de que cuando vuelva a casa...

Entonces Magret llamó suavemente a la puerta del dormitorio de Raisa, entró e hizo una reverencia.

—Lord Averill Demonai, consorte real, desea veros, princesa.

Magret siempre se ponía de lo más formal cuando Raisa tenía compañía.

—Será mejor que me vaya, alteza —dijo Missy, levantándose y haciendo una reverencia—. Esta tarde va a haber un té en honor de lady Heresford. —Salió del dormitorio andando hacia atrás mientras Averill entraba en él.

Raisa se sorprendió al ver que su padre llevaba puestas sus ropas de viaje, el zurrón de comerciante colgado al hombro.

—¿Te vas? —preguntó.

—Eso parece —dijo Averill con una sonrisa maliciosa—. La Reina ha decidido que debo cabalgar hasta los Acantilados de Caliza y hablar de la seguridad del puerto con el comandante de la guarnición. Parece ser que hay un problema con los piratas.

Raisa parpadeó.

—¿Por qué tú? ¿Y por qué ahora? Estamos en plena temporada social, y sólo faltan cuatro días para mi fiesta.

—¿Por qué, ciertamente? —dijo él en tono jovial—. Me temo que tu madre está enfadada conmigo —añadió—. Pero no te preocupes. Estaré de vuelta con tiempo de sobra para asistir a tu fiesta. No me la perdería por nada del mundo.

—¿Por qué no envía al capitán Byrne? —musitó Raisa—. ¿O al general Klemath?

—Resulta que el capitán Byrne va a venir conmigo —dijo Averill.

—Te envía lejos de aquí, mientras yo me siento como una cautiva —gruñó Raisa caminando de un lado a otro—. Ni siquiera he tenido ocasión de conocer al príncipe Liam y a la princesa Marina. No lo entiendo. ¿No es lo que se supone que debería estar haciendo ahora, acudir a las fiestas? ¿Conocer a posibles pretendientes?

—¿Por qué crees que está haciendo esto, Raisa? —Averill volvió la mirada hacia las ventanas para contemplar una ciudad sin sombras, austeramente desnuda bajo el sol de mediodía.

—Bueno. Está enfadada conmigo, supongo, por la manera en que me puse en evidencia durante la fiesta de los Bayar. —Se le encendieron las mejillas. Conocía la reputación de Micah Bayar, y no hubiese debido bajar la guardia de la manera en que lo hizo.

—Le conté lo del amuleto, Raisa —dijo Averill dulcemente—. Tu madre debería saber que la culpa no fue tuya. Pensaba que se enfadaría con los Bayar, o al menos que haría preguntas, pero parece estar más enfadada conmigo, por haber sacado a relucir el tema.

—Pero ¿por qué? —Raisa se sentía como una tonta. Odiaba sentirse así.

—No lo sé. Sabes que tu madre detesta tener problemas. Prefiere no enterarse de ciertas cosas para no tener que hacerles frente. Puede que no sea más que eso. Pero es una pregunta que deberíamos hacernos a nosotros mismos.

—Llegué a pensar que quizá quería mantenerme alejada de otras fiestas para, ya sabes, hacer que la mía fuera más especial. La trae de cabeza. —Sonaba ridículo, ahora que se oía decirlo en voz alta.

Averill asintió con la cabeza.

—Podría tratarse de eso. Al parecer Marianna no ve que haya ninguna necesidad de mostrarte en público antes de que llegue ese momento. —Titubeó—. Tu madre quizá teme que yo tenga pensado un compromiso con alguien del clan. Sobre todo después de que supuestamente te llevara a la Logia Demonai sin decírselo antes.

—Eso fue culpa mía, y lo siento —dijo Raisa, sinceramente—. Ir al Templo del Puente del Sur sin una escolta fue una insensatez por mi parte. La cosa podría haber acabado mucho peor de como acabó.

Nunca habría conocido a Han Alister. No tendría que sentir que le remordía la conciencia porque ahora estuviese muerto.

Averill agitó la mano como diciendo que todo aquello carecía de importancia.

—Tienes que correr riesgos, Raisa. Lo que parece más seguro a corto plazo puede no serlo en última instancia. —Acarició el colgante demonai que colgaba alrededor de su cuello—. ¿Podría ser que tu madre ya tuviera pensado un pretendiente para ti?

Raisa dejó de andar de un lado a otro y se encaró con su padre.

—Le he dicho que no quiero casarme en el futuro inmediato.

Averill se encogió de hombros.

—A veces los monarcas tienen que participar directamente en un compromiso, tanto si es el momento más adecuado para hacerlo como si no. Sé que has oído hablar de matrimonios concertados durante la infancia entre la nobleza, especialmente en el sur. Claro que tú ya no eres ninguna niña, Raisa.

Raisa lo miró con la esperanza de que le estuviera tomando el pelo, pero su padre no podía hablar más en serio.

—Hay toda una serie de cosas que quiero hacer antes de casarme —dijo—. Quiero volver a las logias. Con la guerra en curso, ni siquiera he tenido ocasión de viajar. Me gustaría ir a Tamron, y a We'enhaven, y al reino de Arden, y ver cómo hacen las cosas allí. Quiero ver el Vado de Oden. Quiero navegar hasta el Indio y visitar las Islas Septentrionales.

—Y ser capturada por piratas, sin duda —dijo Averill, levantando la mano con una carcajada—. Te pareces demasiado a mí, hija. Incapaz de estarte quieta durante mucho tiempo. Supongo que tu madre no ha mencionado ningún compromiso, entonces.

Raisa sacudió la cabeza.

—No de manera específica. Parecía estar en contra de que me comprometiera con alguien del sur. Dijo que la situación era demasiado inestable allí, que podía casarme con alguien que perdiera el trono a la semana siguiente. Da igual, dije yo, tengo mi propio trono. Le dije que deberíamos esperar hasta que la guerra hubiera terminado y se haya aclarado todo.

—¿Que respondió ella a eso? —preguntó Averill.

—Bueno... —Raisa hizo memoria—. Parece como si tuviera mucha prisa. Tú ya sabes cómo es mamá. Siempre dice que puede que no le quede mucho tiempo de vida. Quiere verme bien instalada.

Raisa se sintió invadida por una súbita sensación de temor. ¿Realmente tenía intención la Reina de casarla antes de que ella tuviera ocasión de hacer nada?

—Tu madre lleva veinte años siendo una flor muy frágil a punto de marchitarse —dijo Averill rotundamente—. Probablemente nos enterrará a todos. —Parecía inquieto, no obstante.

—Perfecto. Entonces reinaré como una doncella —dijo Raisa, pensando en Hanalea. Había hecho frente a los planes de casarla urdidos por el Consejo de Magos hasta que el Rey Demonio se la llevó por la fuerza—. No necesito casarme para ser coronada. Y, por lo tanto, me casaré con quien yo quiera.

Miró a su padre con el entrecejo fruncido en una mueca de obstinación y él le sonrió, sacudiendo la cabeza. Ambos sabían que era improbable que eso llegara a suceder. Las reinas se casaban por el bien del reino.

—Bueno —dijo Raisa tímidamente, cogiéndole las manos—, supongo que esto es un adiós para unos cuantos días.

—La próxima vez que te vea, serás adulta oficialmente —dijo Averill—. Nombrada heredera al trono del Lobo Gris. Rompiendo corazones a diestro y siniestro, sin duda.

—Perseguida por cada noble ambicioso y todos los segundos hijos entre los doce y los ochenta años —replicó Raisa, con un estremecimiento. Había tenido tantas ganas de que llegara aquella época de su vida: para bailar y flirtear y besar y un sinfín de notas y poemas de amor entregados por amigos de confianza y citas secretas en el jardín. Pero pensándolo bien, ¿a quién habría entregado ella su corazón si pudiera elegir?

Tan sólo a Amon, y eso nunca podría ser.

Alzó la mirada para encontrar a su padre mirándola con pena, como si pudiera leerle los pensamientos.

—Resérvame un baile por lo menos. —La besó en la frente y se fue.

Tras los incidentes en el Puente del Sur y su falta de éxito a la hora de conseguir que Mac Gillen fuera expulsado de la guardia, Edon Byrne había propuesto destinar a Amon a un barrio menos peligroso, donde habría menos oportunidades para que Gillen se vengara.

Amon se negó a cambiar de puesto. A falta de un destino en la guardia personal de Raisa (que llevaba aparejados sus propios riesgos y tentaciones) no había ningún sitio en el que prefiriese estar antes que en las peores calles de la Marca de los Páramos. En vez de asignarle un nuevo destino a su hijo, Edon envió a sus compañeros de clase del Vado de Oden a los barracones del Puente del Sur, para que tuviera a alguien que le cubriera las espaldas.

Era peligroso y desagradable, el tipo de destino que carecía de atractivo y no daba prestigio. Ningún soldado que no fuera un matón o un desalmado quería servir a las órdenes de Mac Gillen. Amon sabía que sus amigos nunca se quejarían de ello a su capitán, pero no pudo evitar sentirse culpable. Trató de abordar el tema con Hallie Talbot, Garret Fry y Mick Bricker cuando estaban solos en los barracones un día, recién acabada la patrulla.

—Oídmeme, siento que hayáis acabado en el Puente del Sur por mi culpa... —comenzó.

Mick se puso la mano alrededor de la oreja.

—¿Qué ha dicho el cabo, Garret? No lo he oído bien.

—Hubiese jurado que ha dicho que lo sentía. —Garret se quitó las botas y los calcetines y empezó a hurgarse la ampolla que le había salido en el dedo gordo del pie.

—Eso me ha parecido, pero he de estar equivocado —dijo Hallie, cortando un trozo de queso de la rueda que había encima de la mesa y quitando un poco de moho con la uña del pulgar.

—Verás, nos encanta este sitio —dijo Mick—. Es lo que podrías llamar una rica experiencia cultural. Conoces a toda clase de gente.

—Gillen echa mano de todas las provisiones, así que aprendes a vivir de tu ingenio. Y le da igual que nunca te duches —dijo Hallie, oliéndose la camisa y torciendo el gesto—. Tenemos que ver cómo no se lleva un barracón, así que aprendemos a hacer las cosas de otra manera.

—Y en el recinto del castillo siempre hay demasiado politiquero —dijo Garret—. Prefiero estar aquí, donde sabes que la gente te apuñalará por la espalda.

—No le des tantas vueltas, cabo —dijo Mick con una sonrisa—. Las palabras «lo siento» no figuran en el vocabulario de la guardia.

Una cosa era cierta: el Puente del Sur era un sitio estupendo para aprender. Amon tenía la impresión de que dos meses allí le habían enseñado más cosas que todo un año en el Vado de Oden. Aunque, para ser justos, seguías un programa académico con un propósito muy distinto. Amon sabía que necesitaría la teoría, la estrategia y la historia que había estudiado en la Casa Wien si llegaba a ser oficial algún día.

En el Mercado de los Harapos y el Puente del Sur aprendió cómo desactivar una situación potencialmente violenta sin desenvainar la espada. Aprendió a mirar la expresión de un hombre y predecir si huiría o plantaría cara, si estaba mintiendo o decía la verdad. Aprendió cómo tranquilizar a una víctima a fin de obtener la información necesaria para seguirle la pista a un ladrón. Cuando se estaba cociendo algo, podía olerlo en el aire.

Amon organizó redes de vecinos que empezaron a confiar en que no los traicionaría si le pasaban información sobre los ladrones que se cebaban en sus propios barrios o se chivaban acerca de una próxima pelea entre pandillas. Los otros ocupantes de los barracones del Puente del Sur —los que eran mínimamente decentes

— descubrieron que no los traicionaría, tampoco, y empezaron a volver la mirada hacia él en busca de algo parecido a un liderazgo.

A grandes rasgos, Amon sentía que su presencia allí estaba sirviendo de algo, a pesar de Mac Gillen.

Una noche, él y su patrulla regresaron a los barracones para encontrar a Edon Byrne esperándoles en la sala de turnos, con la larga mesa cubierta de mapas desplegados. Eran las dos de la madrugada y un rumor de ronquidos llegaba de la habitación contigua. Jak Granero, el cabo de guardia, daba vueltas en torno a la mesa, tan nervioso que sólo le faltaba retorcerse las manos.

—Estoy seguro de que el sargento Gillen querría hablar con usted, si se encontrara aquí —Granero—. Lo que pasa es que no sé por dónde anda ahora.

—Presentad vuestros informes al cabo Granero y dormid un poco —dijo Byrne, despidiendo al pelotón de Amon con un gesto de la mano—. Necesito hablar a solas con el cabo Byrne unos momentos.

Todos siguieron al cabo Granero arrastrando los pies y mirando por encima del hombro, como si esperaran que el capitán Byrne cambiara de parecer y les pidiera que se quedaran.

—Siéntate —dijo el padre de Amon, señalándole una silla. Se le veía cansado e inquieto, y Amon sintió una primera punzada de preocupación.

Se sentó y apoyó las manos en la mesa.

—¿Qué pasa, papá?

—Necesito que me hagan un favor.

¿Qué clase de favor podía querer su padre de Amon?

—Lo que sea.

—Ya sé que... ah... prefieres estar destinado en el Puente del Sur. —La sombra de una sonrisa cruzó rápidamente por sus labios—. Pero necesito que tú y tu trío volváis al recinto y sirváis como guardia personal de la princesa heredera.

Amon frunció el ceño, confuso. Luego miró en derredor, para asegurarse de que nadie les oía.

—Pero... pero yo pensaba que era mejor que mantuviera las distancias después de... de que los Bayar se hubieran quejado. Que... aunque no está pasando nada... la gente podía hablar.

Su padre lo dejó clavado en la silla con una mirada.

—No está pasando nada, ¿verdad?

—No, señor. No está pasando nada. —Amon le sostuvo la mirada a su padre, agudamente consciente de los dos besos que él y Raisa habían intercambiado ya. Por mucho que ella hubiera dado el primer paso en ambas ocasiones, no podía dejar de pensar en ellos.

Su padre lo miró en silencio por unos instantes, y luego dijo:

—Me alegro. La gente hablará, ése es un riesgo que debemos tener presente, pero ha surgido otro, mucho más grande, así que me ocuparé de éste.

—¿A qué te refieres?

—La reina Marianna ha decidido que Averill Demonai y yo vayamos a los Acantilados de Caliza para averiguar si es verdad que han estado teniendo problemas con los piratas —dijo Edon—. Mañana.

Amon seguía sin entender.

—¿Qué tiene que ver eso con la princesa heredera?

—Que no acabo de verlo claro, sencillamente —masculló su padre. Después, tras un largo silencio, añadió—: Ya no tengo la misma conexión con la Reina. Normalmente puedo predecir lo que hará, adivinar en qué está pensando, pero desde hace algún tiempo... no sé. Algo ha cambiado. Casi puedo sentir que quiere quitarnos de en medio.

—¿Por qué iba a querer hacer eso? —Amon se sentía como un tonto de pueblo que sólo supiera hacer una pregunta tras otra, pero se dijo que prefería tener alguna respuesta a imaginarse lo que estaba pasando. Sobre todo cuando se veía obligado a navegar por aguas desconocidas—. Y... si realmente quisiera hacerlo... bueno, es la Reina y con eso está dicho todo.

Su padre se apretó la frente con el dorso de la mano, como si le doliera la cabeza.

—Es que no estoy seguro de si está tomando las... decisiones apropiadas. Puede que tenga buenas razones para hacer lo que está haciendo, pero no acabo de entenderlas. De todas maneras, haré lo que haga falta para proteger el linaje. Y si estoy equivocado, entonces... —Se encogió de hombros.

—En ese caso... Bueno, le has dicho a mi trío que se fuera a la cama —dijo Amon, levantándose del asiento—. ¿Los despierto y les digo que se preparen para partir?

Su padre sacudió la cabeza.

—Hay algo más. Algo importante —murmuró, señalándole el asiento.

Amon volvió a sentarse, reprimiendo un bostezo. Haría lo que su capitán, su padre, quisiera que hiciese. Eso se daba por hecho. Entonces, ¿por qué no se podían ir todos a la cama?

Su padre carraspeó.

—En los clanes, como sabes, hay una Ceremonia de la Onomástica, durante la que los jóvenes son confirmados en su vocación. Entre la plebe de la Marca de los Páramos, las fiestas de la Onomástica marcan la entrada en la edad adulta.

—Claro —dijo Amon, y se sintió tentado de añadir que ya lo sabía, pero no lo hizo.

—Los Byrne tenemos nuestro propio rito de paso —dijo su padre.

—¿Los Byrne? —Amon alzó la mirada hacia el rostro de su padre pensando que estaba de broma, pero no vio el menor rastro de humor en él—. ¿Qué quieres decir?

—Los Byrne tenemos un vínculo especial con las reinas de los Páramos, desde Hanalea. Siempre pasa al mayor de cada generación. A menos que él se niegue a aceptarlo. Entonces pasa al vástago siguiente.

—El capitán de la guardia de la Reina siempre ha sido un Byrne —dijo Amon—. ¿Te refieres a eso?

—Hay una razón para que sea un Byrne —dijo su padre—. Un soldado llamado Byrne murió por Hanalea, cuando el Rey Demonio se la llevó. Después de que hubiera sido liberada, y devuelta al trono, Hanalea hizo saber que a partir de entonces el capitán de su guardia estaría vinculado a la Reina, sangre con sangre, para que así pudiera hacer mejor su trabajo. El hijo de ese soldado fue el primero en quedar vinculado. Y tú descienes de él.

—Ya —dijo Amon, tratando de entender—. Así que tú tienes un... vínculo con Marianna. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—Y mi madre lo tenía con Lisa. Y el padre de ella con Lucia.

—¿Cómo funciona eso exactamente? ¿Prestas un juramento, o...?

—Es más que un juramento. Hay una ceremonia, un ritual de vinculación. Y, después de eso, vuestros destinos quedan unidos. Sirves al linaje de la Reina del Lobo Gris. El vínculo no puede ser roto. No puedes obrar en contra del bien del linaje.

—¿Es magia, entonces? —preguntó Amon, y su padre asintió con la cabeza.

Aquello era más que sorprendente. Amon siempre había tenido a su familia por la menos mágica de cuantas conocía. De hecho, siempre se había sentido prosaico y aburrido cuando estaba en compañía de quienes sí tenían el don de la magia, como los magos, la realeza del clan, o incluso la Reina.

Los Byrne eran honrados, trabajadores, leales y muy de fiar, y nunca se asustaban ante nada. La clase de personas a las que querías tener combatiendo a tu lado o cubriéndote las espaldas o custodiando el tesoro. Pero... ¿mágicos?

Su padre no le quitaba ojo de encima, así que Amon buscó desesperadamente una pregunta que no fuera «¿Estás seguro?».

—¿Tienes poderes mágicos, entonces?

Su padre rió, frotándose el mentón como si se sintiera un poco incómodo.

—Bueno. Digamos que es algo un poco más sutil.

—¿Estás vinculado al linaje, o a una reina en concreto?

—Estás vinculado al linaje, pero, en la práctica, cada capitán sirve a una reina, a menos que esa reina ponga en peligro al linaje de alguna manera. —Se calló y luego añadió, en voz baja—: Tú servirías a Raisa.

Amon se quedó perplejo, un caleidoscopio de imágenes girando vertiginosamente en su cabeza.

¿Cómo había acabado ahí, en ese lugar, preparado para asumir el papel que le había entregado el destino?

Su padre le había dado clases de esgrima y equitación, pero sin poner más empeño en ello que cualquier otro padre. Había pasado muchas horas cerca de los barracones de la guardia y alrededor de los establos en el recinto del castillo, porque su padre estaba destinado allí, y le interesaban los caballos, y le encantaba oír hablar de tácticas y armamento.

Nadie le había dicho nunca «Ve al Vado de Oden y aprende a ser soldado». Pero lo había hecho. Y nadie le había dicho nunca «Ingresa en la guardia de la Reina». Pero lo había hecho. Servir en la guardia era una tradición familiar, aunque él tenía muchos tíos y tías que no lo habían hecho.

Pero siempre, naturalmente, había habido al menos una persona en cada generación que lo había hecho.

Este verano, una vez que hubo sido destinado a la guardia, Amon había considerado la posibilidad de que acabara llegando a capitán, si cumplía con su deber, y permanecía en el cuerpo. Después de todo, había entrado con el grado de cabo, gracias a sus resultados académicos y las recomendaciones de las amistades de su padre. Era un buen espadachín, el mejor de su clase, había destacado en los trabajos de curso, y siempre había sacado muy buenas notas en las operaciones de campo. Todo el mundo decía que había salido a su padre. Y Amon estaba orgulloso de que lo dijeran.

Siempre había dado por sentado, no obstante, que había elegido su propio camino entre toda una serie de posibilidades. Que si hubiera querido ser comerciante, o herrero, o artista como su hermana, habría podido hacerlo. Y ahora resultaba que había estado siguiendo un camino muy angosto, comprometido desde que nació, estrechamente delimitado por la magia y un trato hecho hacía mil años.

—Tienes una alternativa —dijo su padre, rompiendo el hilo de sus pensamientos. Amon lo miró.

—¿Cuál? ¿Lydia se convierte en capitana de la guardia, quizás?

—Es una Byrne —dijo su padre.

Amon pensó en su hermana la soñadora, sentada en la orilla del río con las faldas extendidas alrededor de ella y la cabeza inclinada sobre un boceto al carboncillo. Sacudió la cabeza sin despegar los labios.

—Y si ella no quiere, está Ira —dijo su padre, nombrando a su hermanito de tres años—. Aunque ahora nos hace falta un capitán. Pero tienes primos.

—¿Por qué ahora? —preguntó Amon—. Sólo puede haber un capitán de la guardia, y ése eres tú. —Quizá para cuando llegara el momento en que fuera necesario tomar una decisión, habría tenido tiempo de acostumbrarse a la idea.

—Estoy preocupado por la princesa Raisa. Ahora mismo no tenemos ninguna conexión directa con ella, y mi conexión con la reina Marianna no parece estar funcionando como debería. Si estás dispuesto, vincularte al linaje de Hanalea a través de Raisa te proporcionará una especie de sexto sentido, la capacidad de anticiparte a los problemas, de saber cuándo la princesa corre peligro, de predecir lo que podrían hacer esas reinas impredecibles. Se supone que eso nos otorga cierta influencia sobre ellas, en lo que a su seguridad concierne. —Sonrió irónicamente.

«Como si eso fuera a servir de algo —pensó Amon—. Ellas harán lo que quieran, de todas maneras».

—¿Esto es... permanente, debo entender? —preguntó—. ¿Qué pasa si cambio de

parecer?

—Es permanente —dijo su padre, dando vueltas al anillo de plata con el emblema del Lobo Gris que llevaba en la mano izquierda y que no se quitaba nunca—. No cambiarás de parecer, una vez que se haya hecho. —Hizo una pausa—. No es como si fueras a ingresar en las órdenes. Puedes casarte, tener hijos, todo eso.

Para continuar el linaje.

—¿Y si llega un momento en que hay que elegir entre la familia y la Reina?

—La Reina, por supuesto —dijo su padre, bajando la cabeza.

Por supuesto. Amon ya conocía la respuesta cuando hizo la pregunta. En su fuero interno, siempre había tenido muy claras cuáles eran las prioridades de su padre.

—¿Qué hay del Vado de Oden? ¿Volvería allí o...?

—Ya veremos cómo están las cosas cuando llegue el momento. Podría ser que volvieras allí. Lo que sea mejor para el linaje.

Pero... estaba esa otra cosa en la que Amon había estado evitando pensar. Sus sentimientos hacia Raisa. Incluso ahora, el corazón empezaba a latirle más deprisa cuando pensaba en ella. Las imágenes se sucedían atropelladamente en su mente: Raisa, vestida como un muchacho, con aquella ridícula gorra, entrando desarmada en los barracones del Puente del Sur para salvar a unos cuantos miembros de una pandilla que estaban siendo torturados. Raisa entregando los regalos del día de su onomástica al orador Jemson para dar de comer a los pobres.

Raisa pidiéndole que la ayudara a llegar a ser una reina mejor.

Raisa en el jardín a la luz de las antorchas; los largos mechones de su pelo colgando alrededor de su cara, la barbilla apoyada en el puño, sus verdes ojos tan profundos que habrías podido ahogarte en ellos. Raisa flotando en sus brazos por la pista de baile, la cabeza contra su hombro, su cuerpo perfecto apretado contra el suyo mientras él trataba de controlar el frenético palpitar de su corazón. Y luego estaban aquellos dos besos que ella probablemente había dado sin pensar.

Dos besos que todavía lo despertaban por la noche.

—Papá —dijo, los ojos clavados en la mesa porque no se sentía capaz de sostenerle la mirada a su padre—. El caso es que siento ciertas cosas por Raisa... por la princesa heredera, quiero decir... que no debería sentir. Temo que pueda... que pudiéramos... llegar a hacer algo que... perjudicaría al linaje.

Tragó saliva y alzó la mirada, y vio en el rostro de su padre algo que nunca había esperado ver: comprensión superponiéndose a una profunda pena.

—Amon —dijo—, queremos mucho a las reinas del Lobo Gris. Pero no haremos nada que pueda perjudicar al linaje. Es lo que nos hace fuertes, y también la carga que debemos sobrellevar.

Amon lo miró sin saber qué decir. Luego extendió los brazos a través de la mesa y tomó las manos encallecidas de su padre en las suyas. Pensó en su madre, que había muerto al dar a luz a Ira, y se preguntó si lo habría sabido. Para los criterios de la época, Edon Byrne había sido un buen esposo y un padre atento, fiel al deber y a la

Reina, y sin embargo una figura trágica, un portador de secretos.

«¿Y mi alternativa?», pensó Amon. Si él hubiera dicho que no y le hubiera sucedido algo a Raisa, entonces, ¿qué? ¿Cómo habría podido perdonarse a sí mismo después?

Su padre había dicho que podía elegir, y así era. Podía elegir entre hacer lo correcto y hacer lo que no debía.

—Lo haré —dijo Amon.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro —dijo Amon con un asentimiento de cabeza.

—Entonces vayamos al templo —dijo Edon Byrne, levantándose de su asiento.

Aunque ya eran las cuatro de la madrugada, el orador Jemson los estaba esperando en su estudio, vestido de ceremonia. Por una vez, Amon estaba demasiado distraído por los acontecimientos actuales para pensar en sus errores pasados.

Su padre le había dicho al orador que iban a ir. Su padre había sabido cuál tenía que ser la decisión de Amon.

—Capitán Byrne —dijo el orador gravemente—, y cabo Byrne. Esto es muy poco corriente, presidir la vinculación tanto del padre como del hijo. Normalmente un capitán fallece antes de que sea nombrado el siguiente.

—Vivimos tiempos peligrosos —dijo el capitán Byrne—, y sin embargo el linaje tiene que ser preservado.

—Sí, tiene que ser preservado —dijo Jemson. Miró a Amon—. ¿Ha dado usted su consentimiento a quedar vinculado con el linaje de Hanalea?

—Sí —dijo Amon. De pronto deseó que hubiera podido bañarse antes de acudir allí. Sucio y vestido con su uniforme lleno de manchas tras una noche patrullando el Mercado de los Harapos, se sentía extrañamente indigno.

Como si Jemson hubiera oído sus pensamientos, le tendió un bulto enrollado.

—Quítese la ropa y póngase esto. Luego reúnanse con nosotros en la Capilla de la Dama —dijo, y salió del estudio acompañado por su padre.

¿Quitarse toda la ropa? ¿O sólo el uniforme? Amon no quería cometer errores y, tras pensárselo un poco, acabó quitándose todo. Jemson le había dado una túnica de algodón sin hilar, de la clase que llevaban los acólitos. Amon se sintió raro y expuesto a todas las corrientes de aire bajo aquella voluminosa tienda de tela, como si aún estuviera desnudo.

Recorrió descalzo el cavernoso santuario hasta la recoleta Capilla de la Dama, a la derecha del altar. Estaba consagrada Althea, patrona de los pobres. A diferencia de las capillas privadas del templo en la Marca de los Páramos, con su estatuaria de oro y su mobiliario de mármol, ésta era austera en su simplicidad y, sin embargo, objeto de gran devoción. El sencillo altar de madera relucía de limpieza, y había flores recién cortadas en los jarrones puestos a cada lado de la imagen de la Señora. La fría luz de la luna penetraba por las vidrieras, reflejando sus motivos sobre el suelo.

Jemson y su padre se situaron a ambos extremos de una larga mesa. Unos cuantos

objetos aguardaban encima de ella: un gran cuenco de piedra, un cuchillo de hoja reluciente, un recipiente de piedra, una botellita de cristal, una copa de plata. Amon los miró con recelo.

Jemson le sonrió.

—El papel que va a desempeñar es muy sencillo, realmente, para un rito de semejante importancia. Primero mezclaremos su sangre con la de Hanalea, y luego beberá del resultado. El resto lo esparciremos sobre el suelo de los Páramos, para que usted quede vinculado a la tierra y al Hacedor. Un sacrificio, en cierta forma.

«Estoy soñando —pensó Amon—. Los Byrne no hacen esta clase de cosas». Pensó en su terna, dormida en los barracones. Pensó en Raisa, allá en el castillo de la Marca de los Páramos, ignorante del vínculo que estaba a punto de forjarse entre ambos. ¿Era justo hacerle esto sin su permiso? ¿Y si ella no quería quedar vinculada a él?

Se humedeció los labios con la lengua.

—¿Lo... lo sabrá ella?

—Quizá —dijo el orador—. O puede que permanezca dormida durante todo el proceso.

—¿Realmente tienen sangre de Hanalea aquí? ¿Después de mil años?

—La tomamos de sus descendientes, las reinas de los Páramos. —El orador puso la mano sobre el tapón de la botellita—. Esta es la sangre de la princesa heredera. Pronunciaré unas palabras sobre ella.

Jemson hizo una pausa, como para ver si Amon tenía alguna pregunta más. Luego dijo:

—Descúbrase el brazo, cabo Byrne.

Amon obedeció. Apenas sintió el pinchazo de la hoja, y vio, un poco asombrado, cómo su sangre goteaba dentro del cuenco, formando un pequeño pozo en el fondo.

Jemson levantó la botellita de cristal y dijo algo en la lengua del clan. Amon entendió algunas de las palabras, «Raisa ana’Marianna» y «Hanalea». Jemson le quitó el tapón a la botella y vertió unas cuantas gotas dentro del cuenco. Luego lo levantó y lo agitó para mezclar el contenido. Y recitó un largo conjuro.

Los pensamientos se atropellaban en la mente de Amon, como si reflejaran los movimientos de la mezcla en el cuenco. Apretó el brazo contra el costado para detener el flujo de la sangre, y la sintió filtrarse a través de la tela hasta que pudo notarla en la piel.

El orador dejó el cuenco sobre la mesa, sumergió la copa en él y la levantó, goteando sangre.

—Amon Byrne —dijo después, ahora hablando en la lengua del valle—, del linaje de los Byrne, custodios del linaje de Hanalea, pedimos de ti lo siguiente: que quedes vinculado al linaje de las reinas, y específicamente a la sangre y la descendencia de Raisa ana’Marianna, princesa heredera de los Páramos. Jurarás que su sangre es tu sangre’, que la protegerás a ella y a su linaje hasta que la muerte te

arranque de este mundo. ¿Lo harás?

—Lo haré —dijo Amon, con una voz inesperadamente alta en el silencio de la capilla.

—Entonces bebe para expresarlo.

Amon aceptó la copa y se la llevó a los labios, preparándose para sentir el sabor salado de la sangre. Pero sabía dulce, como el vino del verano. Su sorpresa fue tan grande que estuvo a punto de atragantarse, pero por suerte no llegó a hacerlo. Apuró la copa, y se la devolvió a Jemson.

El efecto fue inmediato, y espectacular, como si le hubieran dado en la cabeza con el plano de una espada. Tuvo que hincar las rodillas en el suelo para no desplomarse. Un abrumador torrente de sensaciones fluyó a través de su ser, llegadas de cualquier lugar del reino donde alguien estuviera pensando en la princesa heredera, o estuviera sucediendo algo que pudiera afectarla en el futuro.

Eran las cuatro de la madrugada, pero Micah Bayar estaba sentado junto a su ventana en el castillo sobre la Dama Gris, sin dejar de pensar en Raisa. Los panaderos de las cocinas reales metían los pasteles en los hornos sin dejar de pensar en la fiesta del día de la onomástica de la princesa heredera, preguntándose si ésta repararía en sus desvelos. Averill Demonai se preparaba para dejar la ciudad, preocupado por tener que separarse de su hija. La mente de la reina Marianna se hallaba enturbiada por la poción de una sanadora, pero aun así su sueño era agitado, porque estaba preocupada por la próxima entrada de su hija en la edad adulta.

—Déjalo fuera —dijo su padre—. Es la única forma.

Amon se llevó las manos a la cabeza y se apretó las sienes para que le hicieran de filtro contra la sensación, concentrándose en aquella habitación de la torre a diez kilómetros de distancia en la que Raisa dormía y soñaba. Su sueño también era agitado, y Amon se sorprendió al descubrir que estaba pensando en él, y que susurraba su nombre mientras dormía.

—Ven —dijo el orador.

Amon se levantó del suelo ayudado por su padre, quien lo sujetó del brazo con mano firme para impedir que perdiera el equilibrio. Jemson abrió el paso con la jofaina en las manos. Entraron en el jardín del claustro, donde los puntitos blancos de las flores que se abrían durante la noche cautivaron la mirada de Amon, al tiempo que lo seducían con su embriagadora fragancia.

—Amon Byrne, te vinculamos a los huesos de las reinas que están enterradas en el suelo de los Páramos. Ahora estás vinculado al reino del mismo modo en que lo estás a las reinas. Lo defenderás como su última morada. Puedes dejar los Páramos, pero éste siempre será tu hogar.

Y vertió la sangre en el suelo.

Fue como si del cuerpo de Amon brotaran largas raíces que se hundieran en el suelo, en un rápido descenso que no tardó en llevarlas hasta la capa freática. Sintió en su boca el sabor de las aguas del Dyrnne, y aspiró el hálito de Hanalea.

Entonces su padre lo abrazó, y el orador sonrió mientras decía:
—Ya está hecho.

Medidas desesperadas

Aunque Pájaro pasaba la mayor parte del tiempo con los guerreros demonai, ella y Han encontraron muchas ocasiones de verse: en la caverna, en el refugio del lago Fantasma y en las riberas del Arroyo de la Vieja. Incluso se encontraron un par de veces en la cabaña de Lucius cuando Han sabía que el anciano estaría fuera pescando.

No hubiera sabido explicar por qué ambos sentían como si necesitaran mantener en secreto su nueva relación. Era como si no les hiciera falta afrontar todos los conflictos que se agitaban a su alrededor siempre que mantuvieran independiente, secuestrada y oculta esa parte de sus vidas. O quizá fuese que ahora toda ella les parecía tan frágil que necesitaba permanecer resguardada, como un brote que pudiera ser pisoteado en cualquier momento.

O quizá, como no tardó en quedar claro, fuera puro instinto de conservación.

Pájaro lo hacía sentirse parte del mundo, como si le importara a alguien, como si ya no fuera tan ajeno a todo ahora que ella lo había elegido. Ojalá no estuviera a punto de irse. Si no fuera por eso, Han podría haberse asentado en la vida del clan, y aceptado la oferta de Willo de enseñarle un oficio.

Con todo, a medida que se aproximaba el momento en que Pájaro partiría hacia la Logia Demonai y Bailarín iría al Vado de Oden, Han empezó a sentirse como si estuviera sentado sobre un banco de arena en el río de los acontecimientos, y éste fuera disipándose rápidamente debajo de él. No tardaría en estar solo, varado en los Pinos de Marisa, mientras todas las amistades que había llegado a hacer en el clan ponían rumbo hacia nuevas aventuras.

Quizá dejaría los Pinos de Marisa e iría a la Logia Demonai con Pájaro. Nunca había estado en un campamento de las Tierras Altas en las Espíritus y, salvo a unos cuantos comerciantes, no conocía a nadie que viviera allí. De todos modos, si iba a ser un exiliado, bien podía echarle una mirada a esa pequeña parte del mundo a la cual tenía acceso.

Sabía que necesitaría pedirle permiso a Willo, como matriarca de los Pinos de Marisa que era, así que fue a verla una mañana cuando ella estaba preparando medicinas en el hogar de la Logia de la Matriarca.

—Tráeme el cuenco azul, Caza Solo —ordenó ella, señalando con un gesto de la mano los estantes donde que guardaba las cosas. Willo nunca te dejaba permanecer cruzado de brazos mientras ella trabajaba.

Han se lo llevó, y Willo echó en su mortero lo que parecían trocitos de tiza amarilla y empezó a machacarlos hasta convertirlos en un polvo brillante.

—Willo, he estado pensando en trasladarme a la Logia Demonai —dijo Han,

sentándose en cuclillas cerca de ella.

La matriarca no dijo nada mientras echaba el polvo amarillo dentro de una copa.

—Ahora hay mucha más actividad comercial con Tamron por esa ruta debido a la guerra en Arden —añadió Han.

—Pásame la hierba de tortuga —dijo ella, sin levantar la vista.

Han bajó las ramas aromáticas que había colgadas debajo de los aleros de la logia y se las tendió. Willo fue desprendiendo las hojas, una por una, y las dejó caer dentro del mortero, dejando caer enérgicamente la mano de mortero encima de cada una.

—Así que... Bueno, podría trabajar con alguno de los comerciantes de allí —dijo Han, inquieto ante la falta de respuesta de ella—. Quizá podrías presentarme.

—Dije que te encontraría trabajo en los Pinos de Marisa —dijo Willo.

—Lo sé. Gracias. Pero se me ha ocurrido que a lo mejor la Logia Demonai...

—No puedes ir con Pájaro.

Han parpadeó, desconcertado. Willo siempre había sabido leer a las personas, pero estaba seguro de haber sido bastante sutil. ¿Era posible que todo el mundo supiera que él y Pájaro se estaban viendo en secreto?

—Tampoco tendría por qué ir con ella. Podría ir solo —dijo—, o con una de las recuas de caballerías.

—No funcionará —dijo Willo, hizo a un lado el mortero y dejó caer las manos sobre su regazo—. Me refiero a lo vuestro.

—¿Qué quieres decir? No estamos... —comenzó, pero la expresión que vio en el rostro de Willo lo obligó a tragarse la mentira—. ¿Por qué no funcionará?

—No estáis hechos el uno para el otro —respondió ella.

—¿Cómo puedes decir eso? —exclamó Han—. Somos amigos desde hace una eternidad.

—Fuisteis amigos cuando erais unos niños. Ahora Pájaro ha sido nombrada guerrera demonai. Tiene que seguir ese camino. Tú tienes que seguir otro.

—No lo entiendo —dijo Han, y era cierto—. ¿No le está permitido tener amigos? ¿O es porque no soy del clan?

Willo lo miró como si aquella conversación le resultara tan poco agradable como a él.

—Es una llamada, los demonai. Tienes que aceptarlo. No es fácil para ninguno de nosotros. Ahora existe una barrera entre Pájaro y Bailarín, también, que no estaba ahí antes. Debido a lo que son.

—La culpa de eso la tiene Reid Demonai —dijo Han. Se levantó del suelo, alzando toda su estatura sobre Willo, y aquello debería haberlo hecho sentirse poderoso, pero no fue así—. Mira, yo creo que la auténtica guerra terminó hace mil años —dijo—. Desde entonces, los demonai han estado viviendo de su reputación. En el fondo no son más que historias y ruido de sables.

—La culpa no es de Reid Demonai —dijo Willo, su voz como seda envuelta en acero—. Es una tradición basada en más de mil años de conflicto entre los magos y

los clanes. Los demonai tienen que mantener a raya a los magos, mediante la fuerza, si es necesario.

—¿Así que ahora les toca enfrentarse a Bailarín? ¿Es que no pueden encontrar a nadie mejor con quien combatir? ¿O lo hacen porque él es un blanco fácil?

Willo tardó tanto rato en responder que Han se encontró desplazando nerviosamente el peso de uno a otro pie.

—Sí, Bailarín es un blanco fácil —dijo finalmente, mientras levantaba la vista hacia él, sus oscuros ojos anegados en una profunda tristeza—. ¿Por qué piensas que he decidido enviarlo al Vado de Oden? Si no lo hago, tarde o temprano lo matarán.

Han se quedó quieto y plantó los pies en el suelo.

—Entonces no puedes dejar que Pájaro se una a los guerreros demonai —dijo—. Haz que se quede aquí.

—Eso no depende de mí —dijo Willo, volviendo a coger la mano de mortero—. Pájaro ha sido llamada, y tú no. No puedes ir con ella. —Levantó la vista hacia él, con una expresión suplicante en la mirada—. ¿Por qué no te quedas aquí conmigo y aprendes los secretos del arte de curar? Ya conoces las plantas, y estarías más cerca de tu madre y tu hermana.

—No tengo madera de sanador —gruñó Han, pensando que a él parecía dársele mucho mejor causar daño que curarlo—. No sé lo que soy, pero seguro que eso no. —Y salió de la logia.

Pájaro tampoco le fue de mucha ayuda. Esa noche, se tumbaron uno junto al otro en la ribera del Arroyo de la Vieja, unidos por sus manos entrelazadas y el recuerdo de los besos que se habían dado. Las ramas filtraban la luz de la luna sobre sus caras. Por una vez, la música del agua del arroyo corriendo sobre las piedras no logró calmar a Han.

—Quiero ir contigo a la Logia Demonai —dijo, sin apartar la mirada del dosel de hojas.

—Ojalá pudieras —dijo ella.

«Quiero ir», había dicho él. No que ojalá pudiera.

Guardó silencio, y ella se apresuró a seguir hablando.

—No será fácil. Reid dice que pasaremos el resto del verano en movimiento, y aprenderé a orientarme y a usar las armas y... y todo lo demás.

—Pero vivirás allí, ¿verdad? Después de que hayas pasado por todo el adiestramiento.

—Viviré allí, pero no estaré muy a menudo. Los guerreros demonai pasan la mayor parte del tiempo patrullando. —Se puso de costado, se apoyó en el codo y le apartó el pelo de la frente. Han resistió el impulso de girar la cara—. Quizá... quizá después de que vea cómo son las cosas, quizá cuando se haya acabado el verano, podrías venir —dijo.

—Quizá —dijo él en un tono que no comprometía a nada—. Ya veremos.

Cerrada esa opción, volvió a centrarse en su plan inicial de ir con Bailarín al Vado

de Oden. Se preguntó cómo podía hacer que eso llegara a suceder, cuando todos los que lo rodeaban parecían estar en contra. Trató de pasar por encima de Willo y fue a hablar con varios plateros en los mercados, a los que preguntó si sabían cómo quitarle las pulseras, y si luego le harían una oferta por el metal en el caso de que pudieran quitárselas.

Los plateros probaron suerte infructuosamente con sus sierras, sus limas y sus cuchillos. Cuando Han les dijo que daba igual que las pulseras salieran dañadas en el proceso, lo intentaron con sus hierros y calentaron el metal, quemándole las muñecas y llenándoselas de ampollas. Han no tendría que haberse preocupado por que las pulseras pudieran salir dañadas. Los plateros no llegaron a ninguna parte, ni siquiera a arañar la superficie del metal, ni siquiera a dañar las runas talladas en él.

La respuesta era siempre la misma. Estaban interesados en la plata, intrigados por ella, de hecho, pero no tenían ni idea de cómo quitarle las pulseras. O de cómo trabajar la plata después, en el caso de que consiguieran quitárselas.

Tras haberle dado muchas vueltas, lo único que se le ocurrió fue ir a recuperar el amuleto que continuaba escondido en el patio del establo y encontrar un comprador para él. No veía razón por la que no pudiera convertir el amuleto en suficientes mozas para dar de comer a su madre y a su hermana, e incluso inscribirse en la casa Wien.

Ninguna razón excepto Lucius, quien le había dicho que se mantuviera alejado de los Bayar.

Pero no necesitaría llevárselo de vuelta a los Bayar. Él conocía a muchos peristas debido a su vida anterior como ladrón. Podía venderlo en el Mercado del Puente del Sur. ¿Cuáles eran las probabilidades de que los Bayar fueran a poner los pies allí alguna vez?

Finalmente optó por hacer oídos sordos a la voz en su cabeza que insistía en que no debía vender algo que no le pertenecía. Que insistía en que, si vendía el amuleto en la Marca de los Páramos, éste podía acabar encontrando el camino de vuelta a sus antiguos dueños.

Además, no había tenido más que mala suerte desde que recogió del suelo el amuleto de la serpiente enroscada alrededor del báculo en las laderas de Hanalea. Quizás era una oportunidad de cambiar su suerte y mejorar en la vida.

La idea fue creciendo poco a poco en la mente de Han, hasta que estuvo convencido de que no tenía elección.

Decidió ponerse en camino hacia la ciudad a última hora de la tarde, razonando que podía llegar allí al amparo de la oscuridad, cuando cambiaban la guardia. Iría directamente al Mercado de los Harapos y recogería el amuleto. Podía estar en el Puente del Sur cuando abrieran los mercados y haber subido un buen trecho por Hanalea mientras los chaquetas azules todavía se estarían quitando las legañas de los ojos.

Se puso la bolsa de las monedas debajo de la camisa, pegada a la piel. Había ganado un poco de dinero trabajando para Willo y Lucius y haciéndole recados a todo

el que estuviese dispuesto a pagarle por ello. Ni mucho menos lo suficiente. Envolvió en una servilleta un poco de trucha ahumada y pan plano y la metió en su zurrón. Finalmente, se puso una gorra para ocultar su pelo claro, con la esperanza de llamar menos la atención. En las montañas iba muy bien, pero en el Valle haría calor de verano.

Pero cuando la gente lo describía, siempre decía «el rubio».

A esa hora del día el camino que llevaba a la Marca de los Páramos se hallaba poco concurrido, con sólo algunos cazadores y comerciantes que volvían a sus casas. Han describió un amplio rodeo en torno al sitio donde vivía Lucius, porque no quería tropezarse con el anciano. Llevaba tiempo sin verlo, y se preguntó si se habría buscado a algún otro chico para que ocupara su puesto. La idea le produjo un poco de dolor.

Pasó por la puerta de la ciudad cuando empezaba a ponerse el sol en compañía de una multitud de acólitos del templo local, todos de su misma edad. Habían estado recogiendo moras en las laderas del Hanalea.

Se mantuvo dentro de los callejones hasta llegar al Puente del Sur. Parecía que las cosas se hubieran calmado un poco, después de todo. Dos chaquetas azules con cara de sueño controlaban cada extremo del puente, y nadie parecía estar buscando a Han Alister.

Lucius le había dicho que se contaba que había muerto, y Han decidió que estar muerto le facilitaba mucho los movimientos por la ciudad.

En cuanto hubo cruzado el puente, recorrió la familiar telaraña del Mercado de los Harapos, en dirección a casa. Todavía no era noche cerrada, aunque el sol se había ocultado detrás de la Puerta del Oeste, y unas cuantas estrellas agujijoneaban el pálido cielo. Tan al norte, los días eran largos a mediados del verano. Todas las actividades que requerían el amparo de la oscuridad quedaban comprimidas dentro de unas cuantas horas.

Han sintió que se le aceleraba el pulso. Él adoraba las noches de verano en la ciudad, cuando la música salía de las puertas abiertas de las tabernas y los vendedores ambulantes asaban salchichas y pescado en las aceras y los borrachos en los callejones no se morían de frío antes del amanecer. Las chicas de vida alegre bromeaban con los chaquetas azules y la gente vivía al límite, dejándose arrastrar por la idea de que podía ocurrir de todo. Y probablemente ocurriría.

La última vez que había estado en casa, el Mercado de los Harapos y el Puente del Sur habían estado insólitamente tranquilos, atemorizados por la serie de asesinatos de sureños. Ahora todo era más como lo recordaba él, cuando iba con los harapientos. Las calles eran más peligrosas, y sin embargo de alguna manera más propicias durante el verano.

Cerca de casa, Han empezó a ver banderas amarillas, clavadas en las puertas o colgadas de las ventanas, que indicaban la presencia de la fiebre, que remitía. Durante el verano, las banderas amarillas brotaban de golpe en ciertos barrios de la ciudad,

como una cosecha de estridentes flores de la muerte o la seta amarilla que crecía a veces en los árboles muertos.

Algunos decían que la fiebre se debía al empeoramiento de la calidad del aire. Willo decía que era la consecuencia de beber agua en malas condiciones. Fuera lo que fuera, se hallaba confinada al Valle. Nunca causaba problemas en las logias de las Tierras Altas.

Cuando llegó al patio del establo, Han alzó la mirada hacia el segundo piso y vio una bandera amarilla metida entre la persiana y el alféizar.

Con el sabor metálico del miedo en la boca, entró en el establo y fue escaleras arriba, subiendo los peldaños de dos en dos. Cuando abrió la puerta de un manotazo, fue recibido por el hedor de todas las enfermedades juntas.

Su hermana yacía sobre su jergón junto al hogar. Aunque hacía un calor asfixiante, el fuego estaba encendido y había una pila de mantas encima de Mari, que no paraba de temblar. Su madre estaba sentada en el suelo al lado del jergón, con la espalda apoyada en la pared. Levantó la cabeza y parpadeó, como si se hubiera quedado dormida.

—Esta mañana se encontraba mejor —dijo—, pero ahora vuelve a tener mucha fiebre. —Habló en tono despreocupado, como si estuviera demasiado cansada para reaccionar ante la súbita aparición de su hijo, después de un mes lejos de casa.

Han cruzó la habitación y se arrodilló junto a la cama de Mari. Le puso la mano en la frente. Estaba ardiendo.

—¿Cuándo hace que está enferma?

Su madre se frotó la frente.

—Hoy es el décimo día.

El décimo día. Era cuando la gente sobrevivía a la fiebre o moría de ella.

—¿Ya come y bebe algo? —Willo decía que una fiebre muy alta secaba el cuerpo por dentro, así que tenías que hacer que los pacientes no pararan de beber. Además, la fiebre producía diarrea.

Su madre sacudió la cabeza.

—No quiere tomar nada cuando le sube la fiebre.

—¿Le estás dando su corteza de sauce? —Los conocimientos sobre los procesos curativos que tenía Han no iban más allá de las plantas que recogía para Willo y otros sanadores.

—Se la he estado dando. —Su madre se miró las manos—. Pero ya no nos queda. —Alzó la mirada hacia él, una chispa de esperanza en los ojos—. ¿Tienes dinero?

—Un poco. ¿Por qué?

—Hay un sanador al final del callejón de la Tripa. La gente dice que puede hacer milagros. Pero cuesta dinero.

Han apartó la mirada de Mari y echó un vistazo a la habitación. Estaba aún más vacía que de costumbre. No había cestas de ropa que lavar, ni rastro de comida, ni nada.

Su madre le puso la mano en el brazo.

—¿Tú llevarías tu ropa sucia a una casa en la que hay fiebre? Además, no podía dejarla sola para ir a hacer las recogidas y devolverlas una vez lavadas.

Al lado de la cama de Mari había un cubo de agua con un cucharón en el interior.

—¿De dónde esta agua? —preguntó Han.

—Del pozo que hay al final de la calle —dijo su madre—. Como siempre.

Han cogió el cubo, vertió el contenido en su segunda mejor olla para cocinar y la puso sobre las llamas.

—Déjala hervir un rato y cuando se haya enfriado puedes usarla para lavar.

—Sé cómo se hace la colada, Hanson Alister —dijo su madre, con algo de su antiguo brío.

—Voy a coger un poco de agua de otro pozo —dijo él. Y así lo hizo, recorriendo a pie los bloques de casas que los separaban de la bomba de agua en la plaza del Alfarero para luego desandar lo andado. Se gastó el dinero que le quedaba en un trocito de corteza de sauce y un poco de sopa de avena para Mari, aunque tuvo que despertar al boticario en el mercado para eso y le costó recibir una buena sarta de improperios.

Para cuando lo hubo llevado todo a casa, estaba a punto de amanecer. Mari bebió un poco de agua limpia y tomó algo de sopa de avena con corteza de sauce, aunque protestó diciendo que no tenía nada de apetito. Después de eso tuvo mejor aspecto y durmió más tranquilamente, y Han intentó convencerse a sí mismo de que el color en sus mejillas sólo era fiebre y de que aquella mejora no era únicamente la pausa antes de que la fiebre volviera con toda su furia.

Ya estaba. Más mala suerte, la peor que hubiese tenido nunca. Tenía que ser el maldito amuleto. Necesitaba librarse de él antes de que muriera alguien.

Necesitaba dinero. Su madre y Mari necesitaban dinero, para pagar a un sanador y para todo lo demás. No podía esperar que siguieran hundidas en la miseria mientras él vivía en relativa comodidad en los Pinos de Marisa, o en cualquier otro sitio al que fuese después. Ahora la guardia ya no andaba tras él, pero eso cambiaría en cuanto vieran el cuerpo ahogado de Han Alister en forma y andando por las calles.

Una vez que su madre y su hermana se hubieron dormido, Han bajó por la escalera, murmurando a los caballos, que había ignorado al subir. Al amparo de la oscuridad, se deslizó hasta la fragua en el patio y levantó la piedra suelta de su nicho. El bulto envuelto en cuero seguía allí donde lo había dejado, y Han pudo sentir el calor que emanaba de él antes de sacarlo.

Con mucho cuidado, quitó el envoltorio hasta revelar el amuleto de la serpiente y el báculo. Una intensa luz brotó de él, iluminando todo el patio como si pretendiera delatar al ladrón que lo había robado. Han se apresuró a envolverlo de nuevo, mirando en derredor para cerciorarse de que nadie se había percatado de aquel súbito resplandor.

Metió el amuleto en su zurrón, se lo colgó al hombro, se caló la gorra hasta las

cejas para ocultarse la cara y partió hacia el mercado del Puente del Sur. Cuando llegó al puente, saludó con un gesto de la cabeza a los chaquetas azules adormilados y volvió a pasar entre el templo y la casa de la guarnición, preguntándose qué pensaría Jemson de su antiguo estudiante, y a quién le estaría dando palizas Mac Gillen actualmente.

El carnicero estaba acabando de subir la persiana de su establecimiento con ayuda de una manivela. Tenía una de las pocas estructuras permanentes que había en el mercado. El vendedor de setas estaba colocando cestas llenas de colmenillas y cabezas de fraile delante de su comercio. Han pasó junto a los dos sin dirigirles la palabra y evitando que su mirada se cruzara con las suyas. En su casa siempre iban al Mercado de los Harapos. Él no conocía a la mayoría de los vendedores del Puente del Sur, lo que le venía muy bien en un día como éste.

Taz Mackney era uno de los vendedores más prósperos del mercado. Su establecimiento era más espacioso de lo habitual y estaba repleto de telas exóticas, fragancias seductoras, raras obras de arte y piedras preciosas, tanto sueltas como incrustadas en joyas. Lo que la mayoría de la gente no sabía era que una gran parte de la prosperidad de Taz derivaba de la venta de artefactos mágicos, muchos de ellos robados, o, al menos, de dudosa procedencia. El Naéming prohibía la compra y la venta de talismanes y amuletos elaborados antes del Quebrantamiento, pero, por el precio adecuado, Taz podía encontrar prácticamente cualquier cosa para un cliente discreto.

Han lo sabía porque le había vendido artículos a Taz en el pasado. No siempre obtenía el mejor precio por ellos, pero le gustaba tratar con él, porque Taz tenía un puesto fijo, a diferencia de muchos de los peristas que operaban en las calles. Taz sabía que los harapientos siempre podían volver a dar con él si los timaba. Y tenía contactos con clientes ricos que podían pagar una buena cantidad de dinero por una pieza rara. Taz disponía de otro establecimiento, éste más prestigioso, ubicado en el perímetro del castillo, que era frecuentado por los representantes de la aristocracia, incluidos los magos.

La campanilla suspendida sobre la puerta tintineó cuando Han entró en el establecimiento. Taz se hallaba sentado al fondo de todo, con la cabeza calva inclinada sobre los libros de contabilidad. Sin levantar la vista, gruñó:

—Todavía no hemos abierto. Vuelva dentro de un rato.

—Como quiera —dijo Han—, pero le advierto que usted se lo pierde. Buscaré a alguien que esté interesado en hacer un buen negocio. Taz levantó la cabeza, dando un respingo.

—¿Pulseras? ¡Por la sangre del demonio! —Se puso en pie con una celeridad asombrosa para alguien de tanto volumen. Miró hacia el exterior a través del escaparate del establecimiento y luego señaló la parte de atrás con un gesto de la cabeza—. Vayamos a la trastienda.

Han lo siguió hasta allí, pasando junto a cuencos llenos de abalorios y estantes en

los que se alineaban botellitas de pociones sobre las que se había acumulado cera oscurecida por el paso del tiempo. Alfombras enrolladas de vivos colores montaban guardia en los rincones, y por todas partes se amontonaban palmatorias, velas y cajitas de rompecabezas.

En cuanto hubo cruzado la puerta del fondo, Taz se refugió detrás del gran escritorio que —Han sabía— albergaba tres cuchillos y una daga de las que usaban los asesinos.

—Oí decir que habías muerto —dijo Taz sin rodeos.

Han asintió con cara de circunstancias.

—Los sureños me dieron el pasaporte —dijo—. Y el caso es que he descubierto que me gusta estar muerto.

Taz rió, con esa sonora carcajada suya que te hacía pensar que no era tan listo como en realidad era.

—Entendido, muchacho. ¿A qué puedo atribuir esta aparición extracorpórea?

A Taz le encantaba usar palabras rebuscadas.

—Tengo un amuleto que a lo mejor podría interesarte —dijo Han.

—Creía que ya no te dedicabas a esa clase de negocios —dijo Taz, entornando los ojos.

Han se encogió de hombros.

—Y así es. Pero éste es un caso especial. Necesito venderlo para un amigo.

—Ah. Un amigo. Claro —dijo Taz, con un nuevo brillo de interés en los ojos. Ya le había comprado algunas piezas raras en el pasado.

—Saldrá bastante caro —le advirtió Han—. No voy a venderlo por nada. Si andas corto de efectivo, sólo tienes que decírmelo.

—Por eso no te preocupes —dijo Taz, como si el dinero careciera de importancia para él—. No obstante, deberías saber que, dada la situación actual del mercado, puede que no esté en posición de hacerte una oferta demasiado generosa. Desgraciadamente, la demanda de la clase de artículos que vendes ha experimentado un marcado descenso durante los últimos meses.

Han metió la mano en su zurrón y sacó el amuleto. Se tomó su tiempo, como parte del juego. Puso el paquete encima de la mesa, y fue apartando el envoltorio de cuero con mucho cuidado.

El resplandor de la piedra cubrió de un verde enfermizo el rostro de Taz. El marchante lo contempló sin decir nada, y luego levantó la vista hacia Han.

—¿De dónde has sacado esto? —susurró.

—Ya te lo he dicho. De un amigo. Ha decidido dejar la magia —dijo Han. Taz extendió impulsivamente la mano hacia el amuleto, pero Han le agarró la muñeca.

—No lo toques —dijo—. Es peligroso.

Taz tragó saliva.

—Ya —dijo, como si su depósito de palabras rebuscadas se hubiera secado de pronto—. Bueno. Es una lástima que sea tan inestable, claro. Eso hará que resulte

más difícil venderlo. —Pensó un momento—. Diez mozas —dijo finalmente—. Lo tomas o lo dejas.

Diez mozas le habrían ido de fábula a Han en aquellos momentos, pero sabía que el marchante se estaba aprovechando de él. Sacudió la cabeza y empezó a envolver de nuevo el amuleto.

Taz lo observó en silencio unos instantes, y entonces dijo:

—Veinticinco.

Han acabó de envolver el amuleto y se lo metió en el zurrón.

—Gracias por tu tiempo, Taz —dijo, apartándose del escritorio.

—¡Espera! —dijo Taz enseguida.

Han se dio la vuelta y esperó.

—Podría entregarte a los chaquetas azules, ¿sabes? Te conviene que lleguemos a un acuerdo. Han se encogió de hombros y pasó la mano por una de las paredes.

—Este sitio podría arder hasta los cimientos, ¿sabes? Quizás incluso contigo dentro. Lo que sería una pena.

Taz carraspeó.

—Creía que ya no te dedicabas a eso.

Han levantó las manos con las palmas hacia arriba.

—Será que lo llevo en la sangre, supongo.

Taz asintió a regañadientes.

—Pulseras, tú siempre has tenido mucha cabeza para los negocios. Eso es raro en alguien tan joven.

Han sonrió.

—Bueno, gracias, Taz. Con eso y cuatro chavos puedo comprarme un bollo de jamón.

—¿Cuánto quieres por ese amuleto?

—Cien mozas, como mínimo. Pero ahora iré a enseñarlo por el mercado y pienso aceptar la mejor oferta que me salga, así que te aconsejaría que no te lo pensaras mucho. —Han procuró imprimir naturalidad a su voz mientras miraba en derredor y pasaba los dedos por un cáliz de plata como si llevara toda la vida metido en el mercado del arte. Jamás había tocado cien mozas con la mano.

—Mira —dijo Taz—, no estoy en posición de adquirirlo a tocateja por la cantidad de dinero que pides, pero puede que tenga clientes que estarían dispuestos a hacer una oferta. Déjame, en consignación, y ya veremos cuál es la respuesta.

Han sacudió la cabeza.

—No puedo. Sólo dispongo de este ejemplar, y tengo unos cuantos marchantes más a los que enseñárselo. Avísame cuando dispongas del dinero.

Estaba claro que Taz no quería ver cómo el amuleto salía por aquella puerta.

—¿Dónde puedo contactar contigo?

—Me alojo en la calle del Adoquín. Encima del establo. Pero el caso es que no voy a estar mucho tiempo en la ciudad. Pasaré a verte pasado mañana.

El Día de la Onomástica II

A la mañana siguiente, Raisa despertó con sensación de cansancio. Había tenido unos sueños de lo más extraños. Parecían estar relacionados con Amon, pero se le escurrían entre los dedos cada vez que trataba de asirlos. Raisa se hizo un ovillo debajo del cobertor, con la esperanza de volver a entrar en ellos, pero su mente funcionaba a toda velocidad y no consiguió reconciliar el sueño.

Era el día de su onomástica. El día en que se la proclamaría oficialmente joven casadera. El día en que se la nombraría oficialmente heredera del trono y empezaría a aprender su futuro papel como reina.

Su vestido estaba colgado en el maniquí, una silueta recortada contra la ventana con los contornos de la persona que, se suponía, tenía que ser ella. Raisa no había hecho ningún anuncio sobre el vestido que deseaba ponerse en su fiesta. Tenía la esperanza de encontrarse con un auténtico estallido de colores, pero imaginaba que predominaría el blanco virginal.

A ella el blanco le quedaba muy mal, uno de los muchos motivos de disensión con su madre. Raisa habría elegido el negro, pero se habría conformado con ir de escarlata o incluso de verde esmeralda, que al menos hacía juego con sus ojos. Había acabado con un vestido de satén color champán lleno de encajes que le dejaba los hombros al descubierto.

Se levantó de la cama dando bostezos y fue a su salita de estar. Magret ya acudía con el desayuno.

—Pensé que dormiríais hasta más tarde, para estar lo más fresca posible esta noche —dijo Magret—. Podría haberos llevado el desayuno a la cama.

Raisa se la quedó mirando. ¿Su nodriza la animaba a dormir hasta tarde para que luego pudiera trasnochar? Aquel verano le estaba deparando una sorpresa tras otra.

—Bueno, ejem, simplemente no podía dormir más.

Rebuscó en las pilas de tarjetas, notas y cartas que llenaban la cesta junto a la puerta.

—¿Alguna noticia de mi padre? —preguntó.

—No, alteza —dijo Magret—. Pero no os preocupéis. Si aún no ha llegado, seguro que está de camino. No se perdería esta noche por nada del mundo.

—Lo sé —dijo Raisa, que no podía dejar de sentirse vagamente inquieta—. ¿Podrías... podrías enviar un mensajero a la Casa Kendall, y decirles que hagan el favor de avisarme en cuanto llegue? —Su padre siempre se alojaba en la Casa Kendall, dentro del perímetro del castillo, cuando perdía el favor de la Reina.

Magret la rodeó con los brazos y le dio palmaditas en la espalda.

—No os preocupéis —dijo—. Sólo son los nervios propios del día de la onomástica. Ésta será una noche que recordaréis toda la vida.

«Hay muchas razones para recordar las cosas —pensó Raisa—. Algunas de ellas son buenas, otras malas».

El resto del día transcurrió en un torbellino de baños, sesiones de peinado, pruebas con el vestido y aplicaciones de maquillaje.

—Probablemente se tarda menos en equipar a un navío para que se haga a la mar —protestó Raisa, cuando las manicuras salieron por la puerta y la peinadora entró por ella.

Y aún no llegaban noticias de la Casa Kendall.

A las seis de la tarde, Raisa fue introducida en su vestido. Caía en largos pliegues sedosos desde un talle muy alto, y los adornos de encaje conferían un aire romántico al airoso vuelo de las mangas. A decir verdad, le gustaba mucho.

Estaba el problema del anillo de Elena. Raisa estaba determinada a llevarlo, pero su madre le había regalado un collar de citrinos, topacios y cuarzo ahumado para el día de su onomástica, colores todos ellos que casaban a la perfección con el vestido que iba a llevar. Raisa separó el anillo de su cadenita y se lo probó en cada dedo. Antes le había parecido grande, pero le sorprendió descubrir que le encajaba perfectamente en el dedo medio. Las largas mangas del vestido lo ocultaban.

A las seis y media, su madre entró en los aposentos para una última inspección antes de la ceremonia de la imposición de nombre. La reina Marianna llevaba un vestido verde oscuro que realzaba el dorado de su pelo y el tono luminoso de su piel. Tanto el collar como la tiara que lucía tenían incrustaciones de esmeraldas.

Aunque llevaba todas sus galas del día de la onomástica, Raisa no pudo evitar sentirse muy poco impresionante comparada con su madre. ¿Cómo sería reinar después de semejante Reina? ¿Pasaría a la historia como la Reina Bajita y Malhumorada que había sucedido a la Reina Dorada?

Su madre la cogió de los codos y la mantuvo a un brazo de distancia.

—Oh, cariño —dijo, los ojos llenos de lágrimas—. Estás preciosa. —Las palabras habrían significado más si no hubiera sonado tan sorprendida—. No puedo creer que este día haya llegado por fin. Has de saber que sólo quiero lo mejor para ti, siempre. ¿Me crees, Raisa?

Ella asintió con la cabeza, recorrida por un nuevo escalofrío de inquietud.

—¿Has visto a papá desde su regreso? —preguntó—. Tiene que entrar del brazo conmigo en el salón, pero todavía no he sabido nada de él.

Su madre frunció el ceño.

—¿De verdad no has sabido nada de él? Y yo que estaba segura de que andaría por aquí.

—Vendrá, eso no lo dudes —dijo Raisa—. Es el día de mi onomástica.

Su madre titubeó.

—Sí, claro, pero recuerda que ya celebraste el momento en las logias. A lo mejor

tu padre ha pensado que ya había cumplido con su obligación.

Raisa la miró, perpleja y sin entender nada, hasta que cayó en la cuenta. Se suponía que su padre la había llevado a la Logia Demonai cuando ella desapareció en el Puente del Sur.

—Tampoco es que tenga ninguna obligación —murmuró—. Pero dijo que vendría. Sé que querrá estar presente. —Hizo una pausa y luego prosiguió atropelladamente—: ¿Por qué tuviste que mandarlo a los Acantilados de Caliza precisamente ahora?

Su madre suspiró sin ocultar su disgusto.

—No quedan tan lejos de aquí, cariño. No debería tener ningún problema para ir y volver a tiempo, y menos disponiendo de cuatro días. Tu coronación es importante, pero los asuntos del reino no pueden quedar en suspenso durante una semana entera a causa de ella. —Sonrió—. No te preocupes. Ahora mismo enviaré un mensajero a la Casa Kendall para que le diga a tu padre que se reúna contigo inmediatamente, sólo para que te quedes tranquila. —La besó en la frente—. Todo irá bien, Raisa, ya lo verás.

Dio media vuelta y salió de la habitación en un frufú de seda.

Pero pasó el tiempo, y llegó el momento de ir al salón, y lord Averill seguía sin aparecer. Raisa se asomó al pasillo y encontró a Hallie Talbot y a Mick Bricker, los amigos que Amon había hecho en la Casa Wien, custodiando la puerta.

Ambos se pusieron firmes.

—Alteza —dijo Mick—. ¿En qué puedo ayudaros?

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó ella, sorprendida.

—Hemos sido destinados a vuestra guardia personal —dijo Hallie, irguiéndose tanto que pareció todavía más alta de lo que era—. Amon... quiero decir, el cabo Byrne también ha sido destinado a ella.

—Oh. Bueno. Me alegro. —Los tres se quedaron incómodamente inmóviles por un instante, y luego Raisa dijo—: Tranquilos, no pasa nada. Sólo estaba... echando una miradita. —Y cerró la puerta.

¿Amon había sido destinado a su guardia personal? ¿A santo de qué venía todo aquello? «Ojalá hubiera acudido en persona», pensó Raisa. Incapaz de estarse quieta, abrió las puertas que daban a la terraza y salió a la cálida noche de verano.

Un rumor de truenos retumbaba en lo alto del Hanalea, del Rissa y del Althea. Grandes pilares de nubes rodaban sobre las cimas, iluminados desde abajo por los resplandores verdes y amarillos de los relámpagos. El aire olía a lluvia, tan cargado de humedad que apenas lo podías respirar, y Raisa sintió que se le erizaba el vello en la nuca.

Magret andaba tan nerviosa como ella. Primero repasó a toda prisa los mensajes acumulados sobre la mesita de la entrada como si pudiera encontrar una nota de Averill que no había sido descubierta hasta entonces. Luego se puso a hacerle retoques de última hora en el vestido, el maquillaje y el peinado, y finalmente se

empeñó en alisarle los encajes hasta que Raisa tuvo que apelar a todo su dominio de sí misma para no chillarle que hiciera el favor de estarse quieta de una vez.

Cada vez que empezaba a hablar, de la boca de la nodriza brotaba una nerviosa cascada de palabras.

—¿Os habéis enterado? El príncipe Gerard de Montaigne está aquí. En plena guerra, se ha presentado en la ciudad, probablemente con la intención de volver a casa llevándose un contrato de matrimonio en el bolsillo. Es el menor de cinco hermanos, así que no sé por qué piensa que la princesa heredera de los Páramos se dignará aunque sólo sea darle la hora. El príncipe Liam, en cambio, es guapísimo, y tiene muy buenos modales. Es el heredero del trono de Tamron, ¿sabéis?

Finalmente, llamaron a la puerta. Raisa corrió a responder pero, naturalmente, Magret se le adelantó.

No era su padre. Era Gavan Bayar, Gran Mago de los Páramos, resplandeciente en negro y plata.

—Milord Bayar —farfulló Magret—. Pensé que... estamos esperando a...

Lord Bayar pasó junto a ella y dedicó una gran reverencia a Raisa.

—Alteza, sois una auténtica visión. Ah, si yo tuviera unos cuantos años menos... —Hizo una pausa, estudiándola con la mirada—. Desgraciadamente, vuestro padre aún no ha vuelto de los Acantilados de Caliza. La Reina me ha pedido que os acompañe hasta el Templo. —Le ofreció el brazo—. Será un honor para mí.

Raisa retrocedió, levantando las manos como para mantenerlo a raya.

—Quizá... todavía venga.

—Todos esperan —dijo lord Bayar—. Es la hora. La Reina requiere vuestra presencia.

Raisa no hizo ademán de tomar el brazo que le ofrecía el mago. Había algo que no encajaba. Todos sus instintos la ponían en guardia.

Hallie y Mick permanecían inmóviles en el umbral, las manos sobre la empuñadura de sus espadas.

—¿Alteza? —dijo Mick, solicitándole instrucciones con la mirada.

Magret se interpuso entre Raisa y lord Bayar, la preocupación visible en cada una de las arrugas de su anciano rostro.

—Su alteza no se encuentra bien —dijo—. Quizá, si esperaseis unos minutos...

Un brillo de ira asomó en los negros ojos de lord Bayar.

—Aparta, vieja —espetó—. No disponemos de unos minutos. La princesa tiene que venir conmigo ahora mismo por orden de la Reina.

—No pasa nada, Magret —dijo Raisa, aunque era evidente que algo no marchaba bien. Hizo una seña con la cabeza a sus guardias—. Descansen. Iré con lord Bayar. Ha sido muy amable al venir a buscarme. Estoy segura de que papá llegará a tiempo para el baile.

Sin prestar atención al brazo que le ofrecía lord Bayar, Raisa se agarró las faldas a cada lado, levantó la barbilla y pasó junto a él para salir al corredor. Mick y Hallie la

siguieron.

Era difícil mantenerse por delante de las largas zancadas de lord Bayar. Finalmente, Raisa dejó que el Gran Mago la cogiera del codo, y sintió la descarga de poder del mago en cuanto la tocó.

Siguieron el camino cubierto que iba desde el castillo hasta la catedral, cruzando el patio que representaba la separación entre la Iglesia y el Estado, entre lo sagrado y lo profano. El tiempo empeoraba por segundos, y el viento agitaba mechones del peinado minuciosamente elaborado en torno al rostro de Raisa. Los cielos parecían a punto de abrirse en cualquier momento. Raisa se preguntó si su padre estaría haciendo frente a la tormenta en algún lugar fuera del perímetro del castillo, tratando de volver a casa en contra de los elementos. Elevó una plegaria al Hacedor para que velara por él.

La nave de la catedral del Templo estaba iluminada con velas y nunca había tenido un aspecto más solemne. El camino que debía seguir Raisa era un largo corredor alfombrado de rojo entre el gentío resplandeciente de la nobleza, todos con el cuello estirado para poder tener su primer vislumbre de la princesa heredera. Raisa se sentía como una novia que entra en el templo del brazo de su padre. Salvo que aquel hombre no era su padre, y que aquella ceremonia no era su boda.

Enseguida supo que la sustitución en el último momento de su padre por lord Bayar no había sido anunciada. Oyó cómo un murmullo se abría paso a través de la multitud y vio una ondulación de cabezas que se volvían, impulsadas por las murmuraciones habituales. ¿Dónde estaba Averill Demonai? ¿Por qué no se hallaba presente y qué significaba todo aquello?

Delante de ella vio a su madre sentada en el sitial de la Reina, con las faldas elegantemente extendidas en derredor y la más pesada corona ceremonial sobre su cabeza. Y, de pie junto a ella, Raisa se sorprendió de ver al padre Jemson, del Templo del Puente del Sur, resplandeciente en su ropaje blanco y dorado. Incluso desde esa distancia, pudo ver la sorpresa en el rostro del orador cuando Raisa entró en la catedral del brazo del Gran Mago.

No pudo evitar sentir una punzada de pena. Su padre se habría hecho cargo de todos los elementos referentes a la fe. Habría sido él quien invitara al orador Jemson a officiar la ceremonia.

Raisa avanzó por la catedral, tratando de ignorar al mago que caminaba junto a ella y esforzándose por mantener el rostro inmovilizado en una máscara de solemnidad mientras el corazón le retumbaba en el pecho. A pesar de esa distracción, unas cuantas imágenes cristalizaron en la periferia de su visión por ejemplo, la sonrisa helada en los labios de su prima Missy Hakkam. Missy estaba de pie al lado de su padre, el apuesto e igualmente insulso Jon. Kip y Keith Klemath se daban de codazos, probablemente cruzando apuestas sobre quién saldría vencedor en la competición por cortejarla durante el baile.

Miphis y Arkeda Mander estaban de pie cerca de la primera fila con Micah Bayar,

una terna de magos. Micah vestía impecablemente, como de costumbre, y estaba arrebatadoramente guapo, como de costumbre, pero se lo veía un poco pálido y tenía un aspecto casi febril, como si le hubiese sentado mal alguna cosa. Sus oscuros ojos siguieron a Raisa hasta el frontal del Templo.

A cada lado del estrado se apostaba una pequeña guardia de honor. Raisa buscó con la mirada al capitán Edon Byrne, que había acompañado a su padre a los Acantilados de Caliza. Se hallaba ausente, también, pero Amon estaba ahí con su uniforme de gala, rígido como un poste, la mano sobre la empuñadura de su espada. Miraba fijamente hacia delante, pero Raisa supo que la había visto.

«He soñado contigo», habría querido decir.

Y, finalmente, se detuvo ante el orador Jemson y su madre. Lord Bayar le soltó el codo y se quedó de pie junto a ella, al lado de su hermana, la princesa Mellony.

Raisa alzó la mirada hacia el orador Jemson, y vio compasión en sus ojos. El orador sonrió, y fue como si ese gesto le diera ánimos y le devolviera la sonrisa. El corazón dejó de latirle tan deprisa y sus temores se apaciguaron. Sería reina, y las reinas dominaban a los magos en los Páramos.

—Amigos, ésta es la estación para las ceremonias del día de la onomástica, y yo ya he presidido muchas. Siempre es un privilegio iniciar a un niño en la edad adulta y dar la bienvenida a un nuevo ciudadano del reino. Pero hoy nos hallamos reunidos aquí para una imposición de nombre muy especial, una que prolonga una tradición que ha perdurado durante un millar de años. Hoy damos nombre a Raisa ana’Marianna, heredera de Hanalea y del trono del Lobo Gris.

La voz del orador Jemson fluyó sobre Raisa, guiándola, mientras ella se consagraba de nuevo al Hacedor, a los Páramos y al linaje de las reinas. Su madre le hizo las Tres Preguntas, y Raisa dio las Tres Respuestas con voz alta y clara para que se la pudiera oír hasta en el último rincón de la catedral.

Luego subió los escalones que llevaban al estrado y se arrodilló ante su madre. La reina Marianna le puso la tiara reluciente en la cabeza y dijo:

—Alzaos, princesa Raisa, heredera del trono del Lobo Gris.

En el exterior de la catedral empezaba a descargar la tormenta. Una oleada de aplausos recorrió la nave, probablemente porque era hora de ir a cenar.

En la cena, Raisa se sentó al lado de la Reina en la mesa de la presidencia. Cuando insistió en que el orador Jemson se acomodara en el asiento del otro extremo, el que le correspondía a su padre (más que nada para evitar que fuera ocupado por lord Bayar), le sorprendió constatar que la Reina accedía de buena gana a su petición. Marianna parecía ansiosa por complacerla, como si quisiera hacer cuanto estuviera en su mano para llenar el vacío dejado por la ausencia de Averill.

Aunque el protocolo dictaba que los príncipes del sur ocuparan una hilera de asientos inmediatamente a continuación de la familia real, Raisa vio que su madre los había sentado a una buena distancia mesa abajo. No sólo eso, sino que los Tomlin se hallaban sentados enfrente de un forastero que a juzgar por lo elaborado de su

indumentaria tenía que ser el ambicioso Gerard Montaigne, el joven príncipe de Arden. Esbelto y con el pelo del color de la arena mojada, tenía los ojos de un azul tan claro que parecían casi incoloros.

Raisa apenas comió, agobiada por el peso combinado de su tiara, su nuevo título y la ausencia de su padre. Tampoco dijo gran cosa, pero el padre Jemson y la reina Marianna y lord Bayar compensaron sobradamente su parquedad. Sus voces repiqueteaban sobre la piel de Raisa como la lluvia sobre una lona, sin que ni una sola de las palabras que decían llegara a penetrarla.

La clave estaba en las expresiones. La Reina parecía nerviosa, su sonrisa forzada y carente de alegría, y lanzaba continuamente miradas ansiosas a Raisa como preocupada por lo que la princesa heredera pudiera hacer. El padre Jemson fingía estar a sus anchas y no paraba de hablar, pero a Raisa le pareció que no se le pasaba nada por alto. Amon Byrne atrajo su mirada varias veces desde su sitio junto a la pared. En un momento dado lo vio levantar una ceja, como para decir «¿Qué está pasando?».

El nerviosismo que se había apoderado de Raisa cedió un tanto en cuanto llegó el momento de bailar. Ya tenía todos los bailes comprometidos, tal como exigía el protocolo, y una vez superado el molesto escollo del tradicional baile padre-hija (simplemente se lo saltaron) fue pasando de mano en mano como una patata caliente real. La velada transcurrió rápidamente en un caleidoscopio de rostros masculinos y brillante plumaje, una cacofonía de halagos y el escozor de las manos de los magos, con los Klemath reapareciendo periódicamente como un mal sueño que se niega a disiparse.

Raisa bailó con el príncipe Gerard Montaigne y lo encontró distante, intenso y condescendiente, una combinación bastante notable en un muchacho que tendría la misma edad que ella. Montaigne no hizo el menor esfuerzo por cortejarla o halagarla siquiera, sino que pasó directamente a la política.

—¿Os importa, princesa —preguntó, con su acento de las llanuras—, que, aunque hijo de rey, sea el menor de cinco hijos?

—Eso depende —dijo Raisa, incapaz de resistirse—. ¿También tenéis hermanas mayores?

Él se la quedó mirando.

—Tengo una hermana mayor —dijo finalmente—. Pero en Arden, la corona se transmite únicamente a través de la línea masculina.

—Ya veo —dijo Raisa—. ¿Así que esperáis casaros con una reina, entonces, para que vuestras hijas puedan disponer de una herencia?

—Bueno... ah... no se me había ocurrido —balbuceó el príncipe—. Lo que sí que pensé fue que podría tener sentido... ah... unir nuestros dos reinos, y nuestros distintos recursos, a través del matrimonio.

—Ya veo. Nuestros dos reinos. Claro. Me parece que no he respondido a vuestra pregunta. ¿Habéis preguntado si me importa que seáis el hijo menor?

—Sí —dijo Gerard Montaigne—. Quería aseguraros que, dada la situación en Arden, esos obstáculos no son imposibles de superar. Si podéis ser paciente, alteza, espero acabar llevando la corona.

—Vuestros cuatro hermanos no me preocupan en lo más mínimo —dijo Raisa—. Aunque me parece que ellos tienen buenas razones para preocuparse por sí mismos. Me sentiría, no obstante, muy preocupada por la sucesión en Arden si pareciese haber alguna probabilidad de que nos casáramos.

Afortunadamente, en ese momento, la pieza llegó a su fin. Raisa dio un paso atrás y liberó sus manos de las del príncipe Gerard, aunque él no pareciera querer soltarlas.

—Gracias por el baile, alteza. Que tengáis un buen viaje de vuelta a casa.

Notó cómo el príncipe le taladraba la espalda con los ojos mientras se alejaba. «Un sureño que tachar de mi lista —pensó—. Me da escalofríos».

Sintió una cierta aprensión cuando el nombre de Micah apareció en su carnet de baile. Raisa se las había ingeniado para rehuirlo desde el día de la onomástica del joven mago. Pero no tendría que haberse preocupado, al parecer. Esta vez, Micah se comportó como un perfecto caballero. Parecía tan distraído, de hecho, tan distante, que Raisa le preguntó, con un tono un poco cortante, en qué estaba pensando, en el preciso instante en que la música dejaba de sonar.

—En nada, alteza —dijo, con una rígida reverencia—. En nada de nada. Es una habilidad que poseo, y resulta de lo más útil. Os la recomiendo. —Y se fue.

Con Amon ya fue otra cosa. Él le apretó las manos tan fuerte que Raisa dejó escapar un chillido de dolor, y entonces Amon se apresuró a aflojar la presión.

—Lo siento —dijo—. ¿Qué está pasando? ¿Dónde está tu padre?

—Esperaba que tú pudieras decírmelo —replicó Raisa—. ¿No sabes nada?

—Un pájaro llegó de los Acantilados de Caliza ayer, con la noticia de que habían emprendido la marcha hacia la Marca de los Páramos ayer por la mañana —dijo Amon—. Esperaba que llegaran anoche. No he vuelto a tener noticias de ellos desde entonces. —Hizo una pausa—. Probablemente sólo se detuvieron a hacer noche en algún sitio. A causa de la tormenta, ya sabes.

El granizo repiqueteaba contra las losetas que cubrían el tejado del templo, y el viento ululaba en torno a las torres. Y con todo...

—Deberían haber llegado mucho antes de que empezara la tormenta —dijo Raisa—. Es que... tengo un mal presentimiento. Una intuición. Ha sucedido algo, o va a suceder, o ambas cosas. —Apoyó la cabeza en el hombro de Amon, estremeciéndose un poco.

—¿Qué podría suceder? —murmuró él, su aliento un cálido cosquilleo en la oreja de Raisa, con la mano firme sobre la espalda de ella mientras la guiaba por la pista de baile—. Estás aquí, en el castillo de la Marca de los Páramos, en plena fiesta del día de tu onomástica, con tu guardia a tu alrededor. —Sonaba como si tratara de convencerse a sí mismo.

—Ésa es otra de las cosas que me tienen preocupada —dijo ella—. Mick y Hallie

dijeron que el capitán Byrne os había destinado a mi guardia personal. Creía que habías dicho que él nunca haría tal cosa.

—Bueno. Decidió, ya que iba a estar fuera, que quizá debiese hacerlo. —Raisa notó que estaba siendo evasivo, y enseguida cambió de tema—. Esa... ejem... intuición... ¿hasta qué punto es fiable? ¿Y hay alguna manera de saber qué o cuándo? —Típico de Amon, siempre tan práctico.

—No lo sé —dijo Raisa, tratando de poner algo de orden en sus sensaciones. Se sentía extrañamente segura, allí, dentro del círculo de los brazos de Amon. Unida a él de un modo en que no lo había estado antes. Pensó que ojalá pudieran quedarse siempre dando vueltas por la pista de baile—. Magret dice que sólo son los nervios propios del día de la onomástica, y puede que tenga razón, pero en los Pinos de Marisa aprendí a confiar en mis instintos. Me sentiría mucho mejor si estuvieran aquí nuestros padres. Me preocupa pensar que pueda haberles pasado algo.

—No podemos hacer nada al respecto, así que ahora concentrémonos en ti —dijo Amon—. Si corres peligro, ¿en qué podría consistir?

Raisa levantó la vista hacia su rostro, temerosa de que estuviera burlándose de ella, pero Amon parecía hablar muy en serio.

—Quizá mi madre quiere casarme con un vejestorio desdentado —dijo en un intento de introducir un poco de humor.

—Los vejestorios desdentados también se merecen tener una oportunidad en el amor —dijo Amon, sonriendo y esquivando el golpe que ella le intentó asestar en la cabeza—. A ver, pensemos. ¿Cuándo serías más vulnerable a... no sé... unos asesinos o unos secuestradores? —prosiguió—. Después de la fiesta, volverás a tu habitación. Tal vez entonces.

Raisa lo cogió de los codos.

—Quédate en mi habitación esta noche, Amon —dijo impulsivamente—. Me sentiría más segura si lo hicieras.

—Raisa, no puedo hacer eso —dijo él.

—Me da igual lo que puedan pensar los demás —insistió ella—. Además, Magret estará allí. Puede ser la carabina.

—Oh, por supuesto —dijo él—. ¿No es la que se quedó dormida en el jardín? —Pensó un momento—. Bueno, tendré que recurrir a los lobos. Podemos...

—¿Qué es eso de los lobos? —lo interrumpió ella.

Amon enrojeció.

—Es el nombre que nos hemos puesto. La manada de lobos. Mis amigos de la Casa Wien y yo.

—Ah. —Raisa asintió con la cabeza, conteniéndose para no sonreír—. Comprendo.

—De todas maneras, sigo estando preocupado por ese túnel que todavía no has clausurado —dijo él significativamente—. Cuando acabe el baile, enviaré a algunos de los lobos a custodiar la puerta de tu habitación. Yo subiré al jardín y montaré

guardia en la entrada del túnel. Con eso tendríamos cubierta esta noche. Y tal vez mañana ya estarán de vuelta nuestros padres.

Con ese problema solventado, continuaron bailando en silencio. Sin embargo, Amon aún parecía inquieto.

—¿Qué pasa? —preguntó Raisa.

—¿Y si no vuelven? Se supone que dentro de una semana tendré que partir hacia el Vado de Oden.

—¿Tan pronto? —Raisa sintió un inicio de pánico—. Pero si el verano ni siquiera ha acabado. Sólo estamos a finales de julio. Dispones de todo agosto y...

—Papá me ha encargado que haga una cosa para él, de camino a la Casa Wien. Pero si no vuelve, no puedo dejarte sola aquí.

—Vendrá, Amon, ambos vendrán. Ya verás que sí.

La música había cesado, indicando que la pieza había llegado a su fin, y ambos fueron frenando de mala gana sus iros por la pista de baile hasta quedarse inmóviles. Amon tenía inclinada la cabeza y entre sus rostros sólo había unos pocos centímetros de distancia, así que Raisa se puso de puntillas y lo besó, con mucha más intención de lo que habría sido apropiado en un lugar tan público.

—Gracias —susurró ella.

—¿Alteza? —La voz con acento provenía de detrás de ella—. Creo que me habéis reservado este baile.

Raisa giró en redondo y vio que se trataba del príncipe Liam Tomlin, de Tamron. El príncipe se inclinó en una reverencia llena de gracia.

—Naturalmente, si ya no os va bien...

—Alteza —dijo Raisa y le hizo una reverencia a su vez, con las mejillas encendidas. Realmente tenía que dejar de perder de vista el mundo con tanta facilidad—. Por supuesto que me va bien. Lo siento. Estaba...

—Distraída —dijo él—. Ya pasa.

Raisa miró por encima del hombro, pero Amon había desaparecido.

El príncipe le cogió la mano y los músicos dieron inicio a un vals, una danza que no planteaba problemas a los meridionales, en deferencia a la pareja real. No habrían tenido que preocuparse, porque el príncipe bailaba con la gracia inconsciente de alguien que se ha criado en una corte.

—No sucede a menudo que deba reservarme un hueco en el carnet de baile de alguien —dijo el príncipe Liam—. Ni arrancar a mi pareja de los brazos de otro. Ved cuán bajo ha llegado a caer la fortuna de los Tomlin.

Sorprendida, Raisa estudió al príncipe buscando señales de arrogancia, pero sólo encontró el buen humor de alguien a quien no le importa reírse de sí mismo. Le cayó bien inmediatamente.

—Claro. Bueno, intento acostumbrarme a la idea de que se me exhiba como si fuera un solomillo recién cortado —dijo.

El príncipe Liam se echó a reír con una carcajada sorprendentemente potente.

—Quizá sois de la opinión de que los príncipes realmente son dueños de sus vidas. Permitidme discrepar. Deambulamos por el escenario, esforzándonos por improvisar, sólo para descubrir que el libreto ya está escrito.

—No siempre —replicó Raisa—. Quiero creer que a veces podemos escribir nuestro propio libreto.

—¿Amáis a vuestro soldado, entonces? —La pregunta fue como una cuchillada entre las costillas, pero Raisa desvió el golpe.

—No me refería al amor —dijo, corrigiéndose a sí misma en silencio. «Bueno, no sólo al amor»—. Seré Reina de los Páramos, tanto de hecho como de nombre. Tengo intención de decidir mi propio destino.

—Sois joven, alteza —dijo el príncipe Liam en un tomo que recordaba a uno de los cínicos ancianos de la corte de los Páramos.

—¿Por qué? ¿Cuántos años tenéis vos? —preguntó Raisa.

—Diecisiete —dijo él.

«Soy casi tan vieja como vos», pensó en decir Raisa. Pero no lo hizo, ya que sonaba a la clase de réplica que se podía esperar de una niña.

—¿Cómo va la caza de esposa? —preguntó—. ¿Alguna perspectiva? Él rió de nuevo.

—Ya me dijeron que no teníais pelos en la lengua.

—¿Sí? ¿Y qué más os dijeron?

—Que sois terca, voluntariosa e inteligente. —La miró a los ojos—. Y que en toda la Tierra Entre las Aguas no hay princesa más hermosa que vos.

No eran más que halagos, pero aun así resultaban agradables al oído.

—¿De veras? No tengo manera de saberlo, ya que nunca he salido de los Páramos —dijo Raisa—. Algún día visitaré Tamron y los otros reinos del sur. ¿Cómo os habéis visto afectados por la guerra en Arden?

—Optamos por ignorarla —dijo Liam, como si le confiara un secreto—. Nos distraemos con fiestas y toda clase de entretenimientos, como si eso fuera a hacerla desaparecer.

—Y, sin embargo, ahora estáis aquí, en busca de una alianza contra los Montaigne —dijo Raisa, agradeciendo que su padre y Amon Byrne se hubieran tomado la molestia de explicarle un par de cosas sobre el mundo verdadero.

Liam agitó una mano cargada de anillos.

—Quizá sólo ando en busca de una esposa rica que pague mis deudas —dijo—. Hemos oído decir que las reinas de los Páramos llevan una existencia muy frugal, que todavía conservan las primeras monedas que se acuñaron con sus imágenes.

La música cesó y el príncipe Liam la llevó fuera de la pista de baile, haciendo una seña a un sirviente para que les llevara algo de beber. Raisa ya no tenía comprometidos más bailes, el príncipe Liam era el último nombre de su lista. Aunque la orquesta seguía tocando (y no dejaría de hacerlo hasta que la princesa heredera abandonara oficialmente la fiesta), Raisa se sorprendió al ver que el salón se hallaba

casi vacío. No se había dado cuenta de que fuera tan tarde. De alguna manera, había logrado pasar por la fiesta del día de su onomástica sin enterarse de ella. Tras tantos meses de tensos preparativos, no pudo evitar sentirse un poco decepcionada.

Volvió a centrar la atención en lo que la rodeaba. El príncipe Liam estaba alzando su copa en un brindis dirigido a ella.

—Por la princesa más hermosa de la Tierra Entre las Aguas. Puedo dar fe de ello, ya que he visto a demasiadas.

Raisa rió. El príncipe Liam podía tener una agenda oculta, pero era encantador.

—Deberíais venir a visitarnos —siguió diciendo—. Tamron carece de la belleza física de los Páramos, pero creo que encontraríais la ciudad muy... seductora. —Sonrió irónicamente—. El verano no es nuestra mejor estación, pero seríais bienvenida en cualquier momento.

Dio un paso hacia ella y puso las manos sobre sus hombros desnudos.

—Llegados a este punto, generalmente sugiero dar un paseo por el jardín. Pero a juzgar por el ruido, sigue lloviendo a cántaros. Quizá... quizás haya otro sitio al que podríamos ir para hablar un rato.

A Raisa se le ocurrió que Liam tal vez fuera el peligro que ella había estado presintiendo últimamente. Pero una clase de peligro muy interesante, después de todo.

Entonces oyó un paso a su espalda y Liam levantó la vista, por encima del hombro de ella, y frunció el ceño.

—Alteza —dijo una voz, y Raisa supo a quién pertenecía antes de volverse.

»Alteza, la Reina requiere vuestra presencia en su salón privado —dijo Micah Bayar—. Me ha pedido que os lleve a su lado.

Raisa lo miró con recelo. ¿Por qué iba a enviar su madre a Micah para que la condujese ante su presencia, después de todo lo que había sucedido ya? Miró alrededor en busca de Amon, pero no lo vio, ni a él ni a ningún otro miembro de su guardia personal. Se preguntó si él ya habría subido al jardín.

Micah se volvió hacia Liam.

—Lo siento, alteza, pero tendréis que excusar a la princesa Raisa. Se está haciendo tarde.

—Sí. Es tarde —dijo Liam, sin ningún rencor. Miró a Raisa y le sonrió—. Princesa Raisa, aún estaré aquí unos cuantos días más antes de volver a Tamron —dijo—. Me alojo en la Casa Kendall. Sin duda podremos continuar nuestra conversación en otro momento. —Le hizo una reverencia y se alejó.

Micah lo siguió con la mirada durante unos instantes, y luego cogió del brazo a Raisa para llevarla fuera del salón de baile.

Ella se soltó de un tirón.

—Ya me sé el camino —dijo, y echó a andar. Micah no tuvo más remedio que seguirla. Estaba harta de que los Bayar la llevaran de un lado a otro.

»¿Qué quiere mi madre? —preguntó, mientras serpenteaban entre los grupos de

invitados que seguían hablando en el corredor—. Llevo horas sin verla. Pensaba que a estas alturas ya se habría ido a acostar.

—Todavía no —dijo Micah. Parecía tenso, como preocupado por algo, y Raisa sospechó que había vuelto a beber.

Por su parte, se había asegurado de limitarse al agua. Tenía por costumbre aprender de la experiencia.

Los corredores fueron quedando desiertos a medida que se aproximaban a los aposentos de la Reina. De forma inconsciente, Raisa evitó los corredores públicos, y se adentró por los más estrechos y privados que utilizaba la familia real. Cuando estaban pasando ante la pequeña biblioteca establecida por su padre, Micah dijo:

—Raisa, concédeme un minuto antes de entrar. Por favor.

Ella se volvió hacia él, temerosa de que fuera a atacarla, pero vio que estaba inmóvil con las manos en los costados, como si hubiera anticipado su preocupación.

—Sólo te pido que me escuches —dijo, señalando la puerta de la biblioteca con un movimiento de la cabeza—. Prometo que no te tocaré —añadió, tirándose de las mangas como si se sintiera incómodo.

Contra todos los dictados del sentido común, Raisa le creyó. Pasados unos instantes, precedió a Micah al interior de la biblioteca y se situó a prudente distancia, interponiendo una mesa entre ellos.

—Quería que supieras que yo no sabía nada del anillo y el collar —dijo—. No caí en la cuenta de que estaban encantados, y que tú te encontrabas... bajo su influencia.

Raisa cruzó los brazos.

—¿Por qué debería creerte?

Él se encogió de hombros.

—Porque, como enseguida verás, carezco de razones para mentirte —dijo.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Qué quieres decir con eso de que enseguida lo veré?

Él hizo como si no hubiera oído la pregunta.

—Y porque me gusta pensar que soy capaz de atraer a una chica por mis propios medios.

—Depende de la chica —dijo Raisa en tono mordaz—. He oído decir que has tenido ciertos éxitos en el pasado.

Él esbozó una sonrisa.

—Cuando... cuando pareciste ponerte tan receptiva, di por sentado que era a causa de mi encanto personal.

—Y a unas cuantas copas de vino.

Él asintió con la cabeza.

—A ellas, también. Puede que eso sea hacer un poco de trampa, pero siempre es jugar más limpio que recurrir a un conjuro de amor. Imagina mi desilusión cuando supe que habías sido hechizada, no por mis besos y mis caricias, sino por un amuleto.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—¿Por qué no me preguntas quién fue el responsable, si no fue cosa mía? —contraatacó él.

—Porque me parece que ya lo sé —dijo ella—. Pero tu padre se encuentra vinculado mágicamente al linaje de las reinas, de eso no cabe duda. ¿Por qué puede permitirse actuar en contra de los intereses de las reinas?

—¿Cómo sabes que lo está haciendo? Actuar en contra de los intereses de las reinas, quiero decir —dijo Micah. Examinó con la mirada los volúmenes del estante más próximo. Pasó la mano por los lomos cubiertos de polvo, se examinó la palma y luego se la limpió en los pantalones. De alguna manera, eso lo hizo parecer muy joven.

—¡Micah, por los huesos de Hanalea! ¿Hechizar a la princesa heredera para obligarla a hacer algo que ella no quiere hacer? Eso es alta traición. ¿Qué esperaba lograr?

—Mi padre está convencido de que pronto estaremos en guerra —dijo Micah—. En cuanto se acabe la guerra civil en Arden.

Era justo lo que había dicho Amon.

—¿Y? ¿Eso qué tiene que ver conmigo?

—Necesitamos estar en condiciones de poder defendernos. Necesitamos deshacernos de todas esas reglas arcaicas que nos han vuelto débiles. Sabes que la Iglesia de Malthus ve la práctica de la magia como una herejía, ¿no? En el sur queman a los magos.

La Iglesia de Malthus tenía la reputación de ser inflexible, rígida y conservadora, de ahí la expresión «avinagrado como un sacerdote de las llanuras». Todo eso Raisa ya lo sabía. Lo que no sabía era su posición con respecto a la práctica de la magia.

—Pues lo que es a mí, algunas de las antiguas reglas me gustan bastante —dijo—. Como las que prohíben recurrir a la traición, por ejemplo. —Se sentía cansada e irritable, confusa por toda aquella conversación, acosada por todos—. Oye, ¿podemos ir de una vez a ver qué es lo que quiere mi madre para que todos podamos irnos a la cama?

Micah se pasó la mano por el pelo.

—Sólo quería que supieras que nada de todo esto ha sido idea mía. Esperaba que pudieras... que lo tendrías presente.

La intuición de Raisa volvió a hacer acto de presencia. ¿Por soltando aquel discurso Micah Bayar, llevándola a ver a la Reina a una hora tan intempestiva? ¿Y si ella no quería ir?

De hecho, no iría. Volvería a su habitación, donde esperaban los lobos de Amon.

Rodeó la mesa con la intención de pasar junto a Micah y salir al corredor. Él tuvo que verle algo en la cara, porque le cortó el paso.

—Vamos —dijo—. Mejor nos damos prisa, porque nos están esperando.

Raisa sacudió la cabeza.

—De hecho, estoy muy cansada, y no me encuentro del todo bien —dijo—.

Preséntale mis disculpas a la Reina, pero creo que será mejor que me vaya a acostar.

Micah suspiró.

—Raisa, lo siento, pero tengo que llevarte. Prometí que no te tocaría, pero lo haré si no me queda otro remedio. Si te hace sentir mejor, ninguno de nosotros tiene elección en esto, ¿verdad?

Raisa lo miró a la cara y vio que hablaba en serio, así que pasó a su lado y echó a andar en dirección a la cámara privada de la Reina. La mente le funcionaba a toda velocidad, tratando de encontrarle algún sentido a todo aquello.

«Ninguno de nosotros tiene elección».

¿Quién estaba dando las órdenes, entonces? ¿Su madre? ¿Gavan Bayar?

El guardia plantado ante la puerta de los apartamentos de la Reina no le sonaba de nada, pero los saludó con una inclinación de cabeza como si los esperasen y se hizo a un lado para que pudieran pasar. Raisa oyó voces, pero en cuanto abrió la puerta empujándola con la mano, la conversación cesó y varias personas volvieron la mirada hacia ellos.

La reina Marianna sonrió, las mejillas sonrojadas por la excitación y el vino. Aún llevaba el impresionante vestido verde que se había puesto para asistir a la cena. Junto a ella, Gavan Bayar, también en su atuendo formal, y la hermana de Micah, con el rostro encendido por... ¿qué? ¿Triunfo? ¿Satisfacción? Y allí, como un orondo pavo perdido entre los zorros, estaba el orador Horas Helecho Rojo, clérigo mayor de la catedral del Templo. Raisa nunca había tenido en mucha estima al orador Helecho Rojo, quien en su opinión dedicaba poquísimos tiempo a cuidar de su rebaño y demasiado a averiguar en qué dirección soplaban los vientos políticos.

Helecho Rojo también parecía haber abusado de la bebida. Su alegría rayaba en lo frenético.

—Y aquí los tenemos —dijo la reina Marianna. Fue hacia ellos y los besó, primero a Raisa y luego a Micah, para luego llevárselos consigo como dos barcasas remisas a dejarse remolcar.

Raisa recorrió la estancia con la mirada. Había sido transformada desde la última vez que la vio. Ahora había flores por todas partes; dos aparatosos arreglos florales de lirios y rosas a cada lado de un altar, y cuencos llenos de flores en todas las mesas, con el parpadeo de miles de velitas entre ellas. El paño del altar lucía un complejo bordado en el que las rosas se entrelazaban con los halcones. A cada lado había una mesita auxiliar con copas y cubiteras con botellas de vino. Caramba, pero si casi parecía un...

—¿Te gusta, cariño? —preguntó la reina Marianna, cogiéndola de las manos mientras le escrutaba rostro con la mirada como si anhelara su aprobación—. Hemos tenido que prepararlo de prisa y corriendo, pero supongo que comprenderás la importancia de la discreción. Sé que quizá no sea exactamente lo que te habías imaginado, pero...

Raisa tenía la boca tan seca que apenas encontró saliva para hablar.

—¿Qué... qué es todo esto? —murmuró.

—Majestad —dijo lord Bayar, sus negros ojos brillando a la luz de las velas—, quizá deberíais explicaros.

—Raisa —dijo la reina Marianna—, ya sabes que hemos estado hablando... acerca... de cuál sería el mejor partido para ti, ahora que has pasado a ser una joven casadera.

Raisa la miró, y luego miró a Gavan Bayar.

—¿Quién ha estado hablando de eso? ¿Tú y yo, o tú y ellos?

—Todos nosotros, naturalmente. Recuerda, estuvimos de acuerdo en que un sureño no sería la mejor elección, con toda la agitación que hay ahora en Arden y Tamron.

—Que yo recuerde, nunca llegamos a estar de acuerdo en eso —replicó Raisa—. La guerra ya no puede durar mucho, y entonces dispondremos de más opciones —añadió, pensando en el príncipe Liam—. Una alianza entre Tamron y los Páramos podría bastar para impedir que Arden llegara a invadirnos, si sabemos elegir el momento adecuado.

Su madre se la quedó mirando como si a Raisa acabara de crecerle otra cabeza provista de una boca moleestamente parlanchina.

—Impedir que llegue a haber una guerra entre Arden y Tamron no tiene por qué convenir a nuestros intereses, alteza —dijo lord Bayar, en lo que era el equivalente verbal a darle unas palma-ditas en la cabeza—. Esa guerra consumiría los recursos de Arden y los mantendría lo bastante entretenidos para que no se les ocurriera pensar en atacarnos.

—Y entre la realeza del clan no hay nadie que parezca apropiado como partido —se apresuró a intervenir Marianna—. Averill es tu padre, y la matriarca de los Pinos de Marisa está soltera con un hijo bastardo.

—Hay primos en los Pinos de Marisa que podrían ser apropiados —dijo Raisa—. Ya veremos lo que tiene que decir al respecto papá, cuando regrese.

—La opinión de tu padre sin duda será... interesante, pero tampoco es que sea particularmente importante —dijo la reina Marianna, disgustada al verla tan poco dispuesta a cooperar—. También necesitamos pensar en el papel que pueden desempeñar los magos en cualquier conflicto futuro y en lo que podríamos necesitar hacer para que nuestros intereses quedaran todavía más estrechamente vinculados a los suyos.

—El Gran Mago está vinculado por la magia a la Reina de los Páramos —dijo Raisa—. Por consiguiente, nuestros intereses ya coinciden. Además, ¿qué tiene ver nuestra relación con los magos con mi matrimonio?

Si no hubiera estado tan cansada, lo habría visto venir. Cuando pensó en ello más tarde, Raisa tuvo que admitir que no había dado una a derechas.

La reina Marianna se irguió cuan alta era, como hacía siempre que esperaba ver más muestras de obstinación por parte de su hija.

—Raisa, te hemos elegido un prometido pensando en el bien del reino y del linaje de las reinas. Te casarás con Micah sul' Bayar.

Por un momento, Raisa estuvo convencida de que no había oído bien. De que su madre bromeaba, de alguna manera, con el ceño fruncido. De que aquello era alguna clase de prueba para determinar su familiaridad con el pacto conocido como el Naéming.

De que aquello no podía estar sucediendo realmente.

Entonces miró a Micah, y vio la verdad en su cara. Aquello era a lo que se había referido él en la biblioteca, cuando dijo que ninguno de los dos tenía elección.

—Pero... pero eso es imposible —dijo con un hilo de voz—. No puedo casarme con un mago. Está prohibido.

—¿Prohibido por quién? —dijo la Reina—. Soy la Reina de los Páramos. Soy la soberana de este reino.

—Prohibido por el Naéming, desde hace mil años —dijo Raisa—. Lo sabes muy bien. Ningún mago se ha casado con una reina de los Páramos desde Hanalea. Y también sabes muy bien lo que sucedió entonces.

—Mi querida muchacha, piensa en todas las oportunidades perdidas, en la plétora de posibilidades —dijo lord Bayar—. La unión de la sangre y la magia hará de nosotros el reino más poderoso de la Tierra Entre las Aguas. ¿Por qué deberían las acciones de un mago descarriado cerrar esa puerta para siempre?

—No me llaméis «muchacha» —dijo Raisa—. Soy la princesa heredera del reino de los Páramos, y os agradeceré que lo recordéis. Y no fueron las acciones de un loco las que dieron lugar al Naéming. Fue el abuso del poder por parte de una dinastía de magos que invadieron y conquistaron los Páramos y esclavizaron a sus legítimos gobernantes.

—Ésa es una manera de verlo, claro —dijo lord Bayar—. En cambio, otros piensan que fue una edad de oro, cuando todas las Tierras Entre las Aguas rendían tributo a los Páramos. Cuando las riquezas de más de siete reinos aflúan a nosotros. Cuando las ricas cosechas de los campos de Arden llenaban nuestros graneros y suministraban los fondos que permitieron construir esta ciudad legendaria.

—La ciudad fue construida antes de que los magos pusieran los pies aquí —dijo Raisa.

—¿Quién os ha estado llenando la cabeza con toda esa información engañosa? —preguntó lord Bayar—. ¿Vuestro padre? ¿Elena Demonai? Los días de los clanes pertenecen al pasado.

Raisa le dio la espalda y se encaró con la Reina.

—Madre, tú sabes que esto no está bien. Sabes que no puedes casarme con un mago. Los clanes irán a la guerra por esto, sabes que lo harán. ¿Quieres que haya una guerra civil aquí como la que se está librando en Arden? ¿Cuán vulnerables nos volverá eso?

—Los arcos y las flechas no pueden protegernos de las máquinas de guerra de

Arden —dijo Marianna—. Necesitamos tener la magia de nuestra parte.

—Ya la tenemos de nuestra parte, o deberíamos tenerla —dijo Raisa, fulminando con la mirada a lord Bayar—. Se supone que el Gran Mago está vinculado a tu persona, y sometido a tu voluntad. ¿Qué ha pasado? ¿La conexión se ha roto, se ha...?

—Micah —dijo lord Bayar, significativamente—, haz el favor de tranquilizar a tu novia para que podamos seguir adelante con esto. Nervios de antes de la boda o no, se está haciendo tarde y quiero volver a Dama Gris antes de que amanezca.

Micah fue hacia ella, las manos extendidas como si se acercara a un gato montés acorralado por cazadores.

—Vamos, Raisa —murmuró—. Acabemos con esto de una vez.

«Casi siento pena por él», pensó Raisa. Recorrió la habitación con la mirada, en busca de alguna vía de escape. Su mirada se posó en Helecho Rojo, que parecía patéticamente fuera de lugar allí, y entonces por fin lo vio todo claro.

—Un momento. ¿Tenéis planeado casarnos esta misma noche?

—Sí —dijo Bayar impacientemente—. Enviaremos a los sureños a sus casas con la noticia. Eso pondrá fin a todo ese hablar de alianzas.

—Madre, no hagas esto —dijo Raisa, con el corazón latiéndole a toda velocidad bajo la suavidad de la seda. Un vestido de boda. Por supuesto—. No quiero casarme con nadie en estos momentos.

—Las reinas de las Tierras Altas nos casamos por el bien del reino —dijo la reina Marianna dulcemente—. Como hizo Hanalea. Como hice yo.

—Pero esto no es bueno para nosotros —insistió Raisa, rodeando una de las mesas auxiliares con Micah detrás de ella.

—¡No me digas lo que es bueno para nosotros! —La reina Marianna se volvió en un torbellino de satén y cogió una copa de vino—. Me paso las noches en vela preguntándome qué va a ser de los Páramos, con la guerra en el sur, los conflictos en el reino, los piratas en el océano, y los espías y asesinos del sur en cada rincón. —Se estremeció y dejó caer unas cuantas gotas de vino sobre el suelo de piedra, rojas como la sangre—. Me preocupo por ti, Raisa, sin nadie que te proteja.

—Tenemos protección —protestó Raisa, perpleja. ¿Qué le pasaba a su madre? Parecía desesperada, al borde del pánico—. El capitán Byrne y la guardia de la Reina.

—El capitán Byrne no puede estar en todas partes —dijo la Reina.

—Cierto —dijo Raisa—. Por ejemplo, ¿dónde está ahora? ¿Y dónde está mi padre? Él tiene que estar presente cuando me case.

Estaba observando a Gavan Bayar mientras decía eso, y vio que se le mudaban las facciones. Tal vez fueran imaginaciones suyas, pero era casi como si él supiera algo acerca de la ausencia de su padre.

Tanto él como el capitán Byrne habían sido enviados lejos de los Páramos justo antes del día de la onomástica de Raisa, cuando sería nombrada formalmente heredera al trono del Lobo Gris, cuando entraría en edad casadera. Como una súbita

punzada debajo del esternón, Raisa ató los cabos sueltos: si tanto la Reina como lord Bayar querían que sucediera, estaría casada antes de que amaneciera.

Mientras ella estaba absorta en aquellas cavilaciones, Micah saltó por encima de unos canapés y la rodeó con los brazos. Manteniéndola prisionera en el círculo de un brazo, se llevó la otra mano al cuello y cerró los dedos sobre el amuleto que llevaba colgado mientras Raisa forcejeaba en un desesperado intento por escapar.

«¿De dónde has sacado eso? —quiso preguntarle—. Eres demasiado joven. Nunca has puesto los pies en el Vado de Oden. No te está permitido tener un amuleto».

Ése era su gran error. Pensar que todos se atenían a las reglas.

Micah musitó unas cuantas palabras en la lengua del norte, con la cabeza baja para acercar los labios al oído de Raisa. Ella sintió el chisporroteo de la magia a través de sus dedos. La descarga le atravesó el cuerpo y le bajó por el brazo izquierdo, sin dejar tras de sí nada que no fuera un tenue cosquilleo en los nervios y un vago deseo de complacer.

Y entonces se acordó. Llevaba el anillo de Elena en la mano izquierda. «Es lo que llamamos un talismán», había dicho Elena. «Proporciona cierta protección contra la Gran Magia».

Era una posibilidad, siempre que ella supiera encontrar alguna manera de aprovecharla. No podía permitir que llegaran a saber de la existencia del anillo, o se lo quitarían al momento. Tendría que seguirles el juego, hacer que pensarán que Micah la había hechizado.

¿Qué conjuro habría utilizado sobre ella? «Tranquiliza a tu novia», había dicho lord Bayar.

Alzó la mirada hacia Micah. Él le estudiaba el rostro, obviamente tratando de determinar si su conjuro había surtido efecto.

Raisa abrió mucho los ojos y procuró asumir una expresión lo más vacua posible.

—Lo siento —dijo—. Me estoy portando como una cría, lo sé. Pero todo esto ha sido tan repentino... —Bajó la vista hacia el suelo, temiendo que Micah pudiera distinguir la furia en sus ojos—. Siempre he soñado que podríamos estar juntos, pero daba por sentado que era imposible.

Hubo una exhalación colectiva a su alrededor, un claro sonido de alivio.

—Yo también —dijo Micah cautelosamente, como si no pudiera acabar de creérselo. Aflojó levemente la presión implacable con que la sujetaba—. No puedo explicarte lo... frustrante que ha sido, todo este anhelar aquello que nunca podría ser mío. —Se inclinó sobre ella y le rozó los labios con los suyos, y Raisa volvió a sentir el escozor de la magia. Resistió el impulso de apartarse.

¿Qué argumento tendría algún peso para su madre? Suponiendo que aún fuera posible llegar hasta ella con argumentos.

—Y el caso es que siempre he soñado con una gran boda, mamá —le dijo, mirándola directamente a los ojos—. Quería que todo el mundo estuviera presente:

mi abuela Elena, mi padre, los clanes ataviados con sus colores, jefes de Estado de toda la Tierra Entre las Aguas. Tendría cuatro damas de honor para que llevaran la cola de mi vestido de novia, e iría por el pasillo andando sobre una alfombra de pétalos de rosa.

—Naturalmente, querida —dijo la Reina, que no podía estar más sorprendida—. Es aquello con lo que sueñan todas las jovencitas. —Excepto, hasta ahora, su hija Raisa.

—Tú tuviste eso, mamá —dijo Raisa en tono de reproche—. Tuviste a quinientas personas en el templo, y las costureras tardaron un año en coser las perlitas a tu vestido. Hubo hogueras en todas las colinas para conmemorarla. El festejo duró seis días y llenaron tres almacenes con los regalos de boda.

La Reina se ruborizó.

—Lo sé, querida. Es algo que nunca olvidaré. Pero...

—Pero yo he de casarme en una de las habitaciones del fondo y ante un solo sacerdote, como si se tratara de algo sórdido —la interrumpió Raisa—. Como si fuera una sirvienta a la que le ha empezado a crecer la barriga. La gente hablará de mí, mamá. Sabes que lo harán. Se preguntarán si realmente estoy casada.

—No se atreverán —dijo la Reina, alisándose las faldas nerviosamente—. Lo prohibiré.

—Podría afectar a la sucesión —dijo Raisa, muy consciente de que tenía a Micah Bayar al lado—. Si tenemos hijos, su legitimidad podría ser cuestionada. —Se volvió y le apretó las manos a Micah—. Yo no podría soportarlo.

—Procedamos, majestad —dijo lord Bayar—. Está abrumada por la emoción, nada más —añadió al tiempo que le lanzaba una mirada furibunda a su hijo, como diciéndole «Prueba algo más».

—Ya sé que debo servir al reino, mamá —dijo Raisa—. Pero ¿por qué tengo que hacerlo a expensas de mis sueños?

—No tenía ni idea de que te sintieras así —dijo la Reina, agobiada ante el conflicto, como le sucedía siempre.

Raisa aprovechó su ventaja.

—Tú eres la Reina. Proclama que Micah y yo vamos a contraer matrimonio, y planeemos una gran boda para el otoño. —Le echó los brazos a la cintura a Micah y apoyó la cabeza en su pecho—. Quiero que todo sea perfecto.

—Majestad, no podemos correr ese riesgo —dijo lord Bayar. Fue hacia la Reina y la cogió de las manos—. Podría suceder cualquier cosa antes de entonces. Podríamos vernos invadidos. La princesa heredera podría ser secuestrada. Necesita un esposo dotado del don que pueda cuidar de ella.

Raisa los observaba por el rabillo del ojo. Sin duda, Bayar estaba vertiendo magia dentro de su madre tal como había hecho antes Micah con ella. Ahora ya no le quedaba ninguna duda de que el mago ejercía una influencia indebida sobre su madre, y lo único que no tenía claro era si ella sería capaz de resistirla.

Recordó la conversación que había mantenido con Elena en el jardín, hacía unos meses. La advertencia que le había hecho su abuela.

La reina Marianna se volvió hacia ella.

—Oh, cariño, no podemos arriesgarnos a esperar —dijo mientras se enjugaba las lágrimas de los ojos—. Ya te lo compensaré de alguna manera. Daremos una recepción como no se ha visto nunca. Invitaremos a todo el mundo. Ya verás.

Entonces Raisa se encontró llorando también, lágrimas de furia y decepción, porque ahora sabía por fin que no podía contar con nadie para que la ayudara.

¿Qué habría hecho Hanalea?

—No pasa nada, Raisa —susurró Micah, dándole torpes palmaditas en la espalda.

Ella tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para no volverse y atizarle un buen puñetazo en su perfecta nariz.

—¿Adónde... adónde iremos después? —preguntó, pensando que aún podía haber alguna salida, alguna manera de evitar que aquello llegara a consumarse—. Podríamos volver a mis apartamentos y...

—Os alojaremos en la Casa de la Aguilera —dijo lord Bayar—. Tenemos un apartamento listo para vos. Luego enviaremos a alguien para que recoja vuestras cosas, y así los futuros esposos podrán disfrutar de un poco de intimidad. —Sonrió con aquella sonrisa de tigre que tenía.

—Muy bien —dijo Raisa, tragando saliva penosamente—, si pensáis que es mejor así. Sólo que... —Sorbió aire por la nariz y se pasó la manga por la cara—. Si mi padre no puede estar presente, me sentiría mucho mejor si pudiera llevar el collar de rosas silvestres que me regaló. Sería más... más como si él estuviera aquí. Ir a buscarlo será cosa de un momento.

—¡Oh, vamos! —estalló lord Bayar, sin poder contener su impaciencia—. El orador Helecho Rojo lleva dos horas esperando en esta habitación. Hagámoslo de una vez, y si luego alguien pregunta por el collar, diremos que lo tuvisteis puesto durante la ceremonia. Disponéis del resto de vuestra vida para llevarlo.

—No —dijo la reina Marianna—. Dejad que la princesa heredera lleve puesto el collar de su padre si eso la ayuda a sentirse más animada. Es lo menos que podemos hacer. Bastante va a sacrificar la pobre por el deber en esto. —Y habló en un tono que no admitía discusión.

Bayar se controló con visible dificultad. El mago estaba olvidando el puesto que le correspondía, cualquiera que fuese éste ahora.

—Faltaría más, majestad. Enviaré a Micah para que traiga el collar.

—Iré yo misma —dijo Raisa—. Es que no estoy segura de dónde lo dejé. Tardaremos menos si voy yo. Enseguida estoy de vuelta. —Intentó soltarse de la presa con que la sujetaba Micah.

—Micah, ve con la princesa heredera y tráenosla de vuelta intacta —dijo lord Bayar—. No la dejes escapar. —Sonrió mientras lo decía, pero sus negros ojos eran duros como ágatas.

Un instante después, los dos avanzaban presurosamente por el corredor, con Micah sujetándola de la muñeca. Le lanzó un poco más de magia, como para reforzar el efecto de las dosis anteriores.

Esta vez Raisa decidió dejar de fingir que no se había dado cuenta.

—No tenía ni idea de que supieras hacer magia, Micah —le dijo—. ¿Dónde aprendiste cómo se hace? ¿Y de dónde has sacado un amuleto?

Él se estremeció, como si Raisa hubiera descifrado algún código secreto.

—Bueno. Tampoco es que sepa mucho. Mi familia tiene algunas... cosas. —Cerró la boca, entonces, como si no debiera haber hablado.

—No me extraña que mamá quiera que nos casemos —dijo Raisa—. Así tendríais ventaja sobre las otras casas de magos, ¿verdad? Ya no os veríais, obligados a ir a mendigarles vuestros amuletos a los clanes.

—Hoy en día, los únicos amuletos que puedes conseguir son temporales. Se desgastan con el pase del tiempo. Así que tienes que volver a acudir a los clanes para restaurarlos, o conseguir otros nuevos. Los clanes se sirven de eso para controlar a los que poseían el don.

—¿Y éstos ya no se desgastan? —preguntó Raisa.

—No he dicho que no se desgasten —musitó Micah, mirando en derredor como si temiera que pudiesen oírlos. Desgraciadamente, los corredores se hallaban desiertos. Era demasiado tarde incluso para los noctámbulos y demasiado temprano para los madrugadores.

—¿De verdad quieres casarte conmigo, Micah? —preguntó Raisa, con auténtica curiosidad. Él le había dicho que no tenían elección. Pero quizá, si veía alguna salida...

Él pareció sopesar con mucho cuidado cada palabra antes de hablar.

—¿Quién no querría casarse con la princesa heredera de los Páramos? —respondió finalmente.

—¿Es eso todo lo que soy para ti? ¿Un título?

Él volvió a reflexionar y, cuando habló, Raisa tuvo la impresión de que no mentía.

—Siempre me has fascinado, Raisa. Supongo que será porque todo aquello que no puedes tener acaba pareciéndote fascinante. Yo siempre he podido tener a cualquier chica excepto a ti. Tú nunca me dejabas pasar una. Siempre decías lo que pensabas. —Esbozó una tímida sonrisa—. Prefiero besarte a acostarme con cualquier otra chica de la corte.

«Extraño elogio», pensó ella.

—Creo que podríamos estar bien juntos. —Continuó él—. En cuanto hayamos pasado por este mal trago.

Subieron por la escalinata, asustando a un gato que dormía en el último peldaño, y giraron a la derecha, pasando ante la puerta tras la que dormía Mellony, en dirección a la suite de habitaciones de Raisa.

Talbot Hardin, uno de los compañeros de clase de Amon, estaba apoyado en la

pared junto a su puerta. Cuando los vio venir, se irguió y se llevó la mano a la empuñadura de la espada mientras sus ojos iban de Micah a Raisa, con cara de no entender nada.

—Espera aquí —le dijo Raisa a Micah—. Sólo será un momento. —Empujó la puerta con la mano.

Después de titubear un instante, Micah hizo como si se dispusiera a seguirla al interior de la habitación, y Hardin se le plantó delante.

—Ya habéis oído a su alteza —dijo—. Esperad aquí. —Y, bendita sea Hanalea, cerró la puerta.

Entonces Micah tuvo que haber hecho ademán de ir a coger su amuleto, porque Raisa oyó el ruido que hizo la espada de Hardin al salir de su vaina.

—No toquéis esa cosa —le oyó decir.

Pudo oír cómo discutían, en tono cada vez más alto. Supuso que ahora contaba con un poco de tiempo. Micah no se alarmaría en exceso. Que él supiera, sólo había un acceso para entrar y salir de la habitación. Ella difícilmente podía saltar desde la ventana, que quedaba a una buena altura por encima del río. Tampoco había dicho nada que pudiera inducirlo a pensar que antes que casarse con él se quitaría la vida arrojándose al vacío.

—¿Alteza? —Magret la miró con cara de sueño desde su asiento junto al fuego. Se había quedado dormida mientras aguardaba su regreso—. ¿Qué hora es? Ya sé que hoy era el día de vuestra onomástica y todo lo demás, pero...

—Magret, ¿tú me quieres? —preguntó Raisa sin aliento.

—¿Qué clase de pregunta es ésa, mi señora? —farfulló Magret—. Pues claro que os...

—Entonces prepárame un poco de ropa para ir a caballo —dijo Raisa—. Al estilo del clan, dentro de unas alforjas, para varios días. Nada elegante. ¡Deprisa! —Mientras hablaba, iba despojándose de la suave seda que estaba destinada a ser su vestido de boda y no lo sería, a poco que ella pudiera evitarlo. Se quitó las zapatillas de baile y las medias y se puso los pantalones que había colgados en el respaldo de un asiento cercano.

—¿Qué pasa? —preguntó Magret, ahora despierta del todo, mientras abría cajones e iba metiendo ropa en dos alforjas.

Después de pensárselo unos instantes, Raisa decidió contar un sucedáneo de la verdad.

—Los Bayar pretenden obligarme a contraer matrimonio con Micah Bayar —dijo, omitiendo el hecho de que la Reina formaba parte de la conspiración.

—Menudo disparate —dijo Magret, sin hacer ningún alto en sus frenéticos preparativos—. No os podéis casar con un mago. Ellos lo saben.

—Quizá lo sepan, pero lo están haciendo de todas maneras. Han hecho venir a un orador para que oficie la ceremonia, y luego tienen intención de llevarme a la Casa de la Aguilera.

—¿Qué? —Magret levantó la voz, y Raisa se apresuró a hacerle gestos para que no chillara.

—Micah está delante de la puerta. Espera a que salga con lo que he venido a recoger.

—No me gustan los magos. Nunca me han gustado. —Magret estaba muy orgullosa del hecho de tener sangre del clan en las venas y, con ella, una suspicacia innata hacia los magos—. No pretenderéis ir con él, ¿verdad?

—Claro que no. Me iré por otra salida. Necesito que lo mantengas fuera el mayor tiempo posible para poder sacarle alguna ventaja.

—Alteza, no quiero ni pensar en que vayáis a descolgaros por el balcón, de verdad. Os romperíais el cuello.

—Hay otra manera. Por el armario. Ya lo verás. —Raisa entró en el armario, sacó sus botas de montar, se sentó en el suelo y se las puso.

—¿Por ahí? —Magret miró dentro del armario, y Raisa casi pudo ver girar los engranajes dentro de su cabeza—. ¿Un túnel, entonces? —Raisa asintió con la cabeza, y Magret dijo—: Siempre he oído decir que había uno, en algún lugar de esta parte del castillo.

—Desemboca en la casa de cristal —dijo Raisa.

A Magret se le iluminaron los ojos.

—Sois igual que ella —dijo.

—¿Que quién?

—Que la reina Hanalea. —Tímidamente, Magret se subió la manga para revelar la parte interior de su antebrazo. En él llevaba el tatuaje de un lobo aullándole a una luna naciente, el emblema de las doncellas de Hanalea—. Pretendían obligarla a contraer matrimonio con un mago, y ella se negó en redondo. «Antes seguir doncella que estar casada con un demonio», dijo.

«Bueno —pensó Raisa—. Esperemos que yo consiga escapar antes de que se me lleven por la fuerza, y no después».

—¿Adónde iréis, alteza? La Reina tiene que ser informada de esto —dijo Magret.

—Lo será, no te preocupes —dijo Raisa, y luego titubeó antes de añadir—: Me temo que lord Bayar tiene hechizada a mi madre. Ella confía en él.

—¡Por todas las reinas! —maldijo Magret—. El muy canalla. Ya sabía yo que esto tenía que acabar mal, alteza. Siempre he dicho que vuestro padre no debería pasar tanto tiempo fuera de casa.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Raisa. La conmovió que su nodriza la creyera, ahora que ella misma empezaba a pensar que había perdido el juicio.

—¿Necesitaréis dinero? —preguntó Magret—. Tengo guardados unos ahorritos.

Raisa besó en la mejilla a su formidable nodriza.

—Ya me las arreglaré. —Levantó el colchón y sacó la bolsita de terciopelo que había permanecido escondida debajo de él—. Mi fondo de reserva para emergencias —dijo. La bolsita contenía el dinero que había ganado trabajando en los mercados

durante el verano. Se suponía que las princesas no ganaban dinero, así que lo había escondido para evitarse discusiones. Se puso la daga en el cinturón y se echó las alforjas a las espaldas.

Alguien aporreó la puerta.

—¡Date prisa, Raisa! —gritó Micah—. Tienes a todo el mundo esperando.

—¡A ver si se está usted callado, joven Bayar! —gritó Magret en respuesta—. ¡Nada de gritar por los pasillos como un marinero borracho! La princesa estará lista cuando esté lista. «Dentro de nada todo el mundo estará despierto», pensó Raisa.

—Gracias, Magret —dijo—. Me voy. Si Micah vuelve a llamar, dile que todavía estamos buscando mi collar. Cuando irrumpa aquí dentro, dile que me fui por el balcón.

Magret arrancó de un tirón las cortinas que rodeaban la cama de Raisa y empezó a rasgarlas en tiras.

—Os haré una cuerda, para que él vaya detrás del rastro equivocado —dijo con expresión sombría.

Cogiendo una antorcha de un aro en la pared, Raisa entró en el armario y se escurrió entre sedas, satenes y terciopelos. Descorrió el panel y entró en el corredor de húmedas paredes de piedra, volviendo a cerrar el panel a su espalda. Rezó para que Amon la estuviera esperando en el jardín. Pero temía que, con la suerte que ella tenía últimamente, se hubiera dado por vencido y se hubiese ido a casa.

Corrió lo más rápido que pudo, los codos chocando con las paredes de piedra en cada giro del camino mientras aguzaba el oído para captar cualquier sonido de persecución a sus espaldas. ¿Cuánto tiempo podría Magret mantener a raya a Micah? ¿Se tragaría él aquel cuento de que había huido por el balcón? Raisa se estremeció sólo de pensar en una persecución por aquel angosto corredor repleto de curvas.

La subida por la estrecha escalerilla que conducía al invernadero fue aterradora, como lo era siempre, y más ahora, con la carga añadida de las alforjas golpeándole los costados. Finalmente, Raisa llegó al final de la escalerilla y empujó la tapa de piedra.

Para su inmenso alivio, alguien agarró la cubierta desde arriba y la hizo a un lado. Entonces el rostro de Amon apareció en la abertura, tenso a causa de la preocupación.

—Es tarde —dijo—. Empezaba a pensar que habías vuelto a tus aposentos y te habías ido a la cama sin decírmelo.

«Pero aun así, te has quedado —pensó Raisa con una oleada de gratitud—. Demos gracias al Hacedor por Amon Byrne».

Amon le agarró las manos y la subió a través la abertura, depositándola sobre el suelo de piedra del invernadero a su lado.

—Me estaba volviendo loco de preocupación aquí arriba. Tenía el presentimiento de que... —Tragó saliva—. Bueno, no importa. ¿Qué está pasando?

Raisa abrió la boca y por ella salió un torrente de palabras, aparentemente sin ton ni son.

—Gavan Bayar le ha echado un hechizo a la Reina. No sé cómo se las habrá arreglado, pero parece como si el vínculo de sometimiento hubiera dejado de surtir efecto. Tienen un alijo de artefactos mágicos anteriores al Quebrantamiento.

—¿Un hechizo? —preguntó Amon cautelosamente—. ¿Qué quiere...?

—Pretende casarme con Micah Bayar —dijo Raisa—. Tienen un sacerdote y todo lo demás. Mamá está de acuerdo. Ya estaría casada, pero insistí en que antes necesitaba volver a mi habitación. No tardarán mucho en darse cuenta de que he huido. —Le cogió la mano, como si pudiera arrastrarlo consigo—. Tenemos que irnos.

—¿Pero...?

—Sí, ya lo sé. No me está permitido casarme con ningún mago. Pero las antiguas reglas no son del agrado de los Bayar. Parece ser que las encuentran demasiado restrictivas. Voy a tener que dejar la ciudad hasta que hayamos podido aclarar todo este embrollo.

«No sólo la ciudad —pensó—. El reino». Tampoco podía buscar refugio entre los clanes. Eso iniciaría una guerra entre sus padres y haría que los Páramos pasaran a ser vulnerables a una invasión del sur.

Amon cogió las alforjas de Raisa y se las echó a la espalda.

—Vamos —dijo—. Tenemos que cruzar el puente levadizo antes de que den la alarma.

Descendieron por una escalera de caracol tras otra, sus pasos increíblemente estruendosos en el silencio de primera hora de la mañana, para cruzarse de vez en cuando con un sirviente de ojos adormilados que le hacía una reverencia a Raisa cuando ella pasaba por su lado. Eso daría que hablar: la princesa heredera escabulléndose por los pasillos de la servidumbre en compañía de un soldado la mañana siguiente a la fiesta del día de su onomástica. Se acordarían de ellos, y los Bayar no tardarían en saber que Raisa no había huido por el balcón, que había sido vista en compañía de Amon Byrne. No se lo deseaba a Amon..., tener por enemigos a los Bayar, pero se alegraba de tenerlo a su lado.

En la planta baja, los corredores eran más anchos y había aún más movimiento. Raisa y Amon se obligaron a ir al paso, para no llamar tanto la atención, aunque Raisa tenía los nervios de punta. Pasaron por la gran sala, donde los peticionarios habían empezado a congregarse con la esperanza de poder ver a la Reina. Algunos de ellos los señalaron con el dedo e intercambiaron susurros, pero la mayoría no reconoció a la princesa heredera con sus pantalones y su túnica.

Cruzaron por el enorme arco que llevaba al puente y pasaron bajo el rastrillo. Raisa dejó un poco de espacio entre ella y Amon, para que no pareciera que iban juntos. Ella podía ser una mujer del clan que volvía de hacer algún recado en el castillo. Amon podía ser un soldado que se dirigía a incorporarse al servicio.

Ya habían cruzado la mitad del río cuando Raisa oyó un clamor de campanas, y las voces de los oficiales de guardia llamándose a gritos los unos a los otros. Con un

estridente chirrido metálico, el rastrillo cayó hasta clavarse en la tierra. Los guardias que holgazaneaban en el otro extremo del puente levantaron la vista con cara de curiosidad.

—¡Cabo Byrne! —exclamó uno de ellos en cuanto vio a Amon—. ¿Qué está pasando?

—Un simulacro, he oído decir —explicó Amon sin detenerse—. Para lucirse ante la realeza sureña, sin duda. Me voy para no tener que sacarles brillo a los metales.

El soldado rió.

—Parecen estar muy nerviosos por algo —dijo, volviendo la mirada hacia el castillo.

—Probablemente algún pobre campesino robó una hogaza de pan de la fiesta de la princesa —dijo Amon, poniendo los ojos en blanco.

En cuanto hubieron abandonado el puente, Amon llevó a Raisa hasta los barracones de la guardia que se alzaban al otro lado del río.

—Vayamos a los establos —dijo—. Necesitaremos caballos.

Estaban cruzando el patio de los establos cuando Raisa oyó un repiqueteo de cascos sobre los adoquines, alguien que entraba en el recinto a toda prisa. Dos jinetes pasaron al galope junto a ellos y detuvieron sus monturas con un brusco tirón de riendas frente a las puertas del primer establo.

—¿Raisa? —Uno de los jinetes desmontó de un salto. Estaba sudoroso y manchado de sangre, con un brazo envuelto en un trozo de lino y una sombra de barba en la cara. El recién llegado fue hacia ella y la estrechó entre sus brazos—. Raisa, alabado sea el Hacedor.

Era su padre.

La alegría se confundió con la sorpresa y la preocupación, haciendo que el corazón de Raisa latiera tan deprisa que por un momento pensó le iba a estallar.

—¡Padre! ¡Estás herido! ¿Qué ha pasado? ¿Dónde has estado?

—Da gracias al capitán Byrne de que sólo esté herido —dijo Averill, señalando al otro jinete con un movimiento de la cabeza—. Nos tendieron una emboscada al oeste de los Acantilados de Caliza. Eran diez hombres armados. Hicieron cuanto pudieron por darnos muerte, pero el capitán Byrne parece tener un tercer ojo. Adivinó que se trataba de una emboscada antes de que hubieran tenido tiempo de rodearnos.

Byrne entregó su caballo al mozo de cuadra. Él también lo había pasado mal. Los hilillos de sangre de una herida que tenía encima del ojo le corrían por la cara, y apoyaba el peso en la pierna derecha al andar.

—Todos llevaban máscara, pero iban en monturas militares, alteza —dijo con expresión sombría—. Las mismas que utilizamos en la guardia.

—Así que podría ser que la guardia haya tomado parte en esto —dijo Amon, directo al grano.

El capitán Byrne titubeó, y luego miró a Raisa y asintió con la cabeza.

—Sí. Podría ser.

—Lo siento, Raisa —dijo su padre—. Mi intención era estar presente para tu ceremonia. Parece ser que alguien tenía otras ideas.

—¿Quién querría matarte? —preguntó Raisa.

—He ahí la cuestión —dijo el capitán Byrne—. Y por qué. Era alguien que sabía que cabalgábamos hacia los Acantilados de Caliza. Pero, después de todo, no hicimos ningún secreto de ello.

Raisa recordó la reacción de lord Bayar cuando ella preguntó por su padre, como si el mago no se sorprendiera de su ausencia. ¿Era posible que hubiera dado orden de que asesinaran a su padre y al capitán Byrne a fin de impedir que interfiriesen con la boda forzada?

Byrne miró a Raisa y a Amon, fijándose en las alforjas y el equipo de montar.

—Pensaba que después de las celebraciones de anoche aún estaríais profundamente dormida. ¿Adónde os dirigíais, cabo Byrne? —Había un filo cortante en su voz, un recordatorio de que había prohibido a su hijo que se lo viese en compañía de la princesa heredera.

Raisa había quedado tan impresionada por la historia de la emboscada en el camino que casi se había olvidado de su propio drama. Ahora un tintineo de cadenas dirigió nuevamente su atención hacia el castillo.

—¡Por los huesos de Hanalea! —exclamó—. Están subiendo el puente levadizo. Tenemos que ponernos en marcha antes de que se den cuenta de que me he ido.

—¿Qué está pasando? —preguntó el capitán Byrne.

Amon le explicó la situación en cuatro escuetas frases.

Byrne se volvió hacia el mozo de cuadra, que no se había alejado mucho.

—Prepara cuatro monturas frescas —dijo—. Dos ensilladas, dos en reata. Con provisiones y petates para acampar. ¡No para mañana! ¡Ahora! —rugió al ver que el mozo tardaba en obedecer. El muchacho se fue a toda prisa.

—¿Irás a los Pinos de Marisa? —preguntó Averill—. Es lo que queda más cerca.

Raisa negó con la cabeza.

—No puedo quedarme con los clanes, eso sigue estando dentro de los límites del reino. Si la Reina exige que regrese, los clanes se negarán, pero ella no lo tolerará. No puede hacerlo. Tenemos que ir al sur, fuera del reino.

Averill asintió.

—Esperarán que vayas a los Pinos de Marisa. Puedes ir al oeste, al Campamento Demonai —dijo—. Y recoger provisiones, ropa y caballos frescos allí. Después cruza la Puerta del Oeste, baja hacia el sur por los Álamos Temblones hasta Tamron, y dirígete al este por el Vado de Oden. Ahora hay muchos enfrentamientos en Arden, así que preferiría que no fueras por allí.

—Lord Demonai, con el debido respeto, no puedo enviar a la princesa fuera del reino sin protección —dijo el capitán Byrne—. La Reina tendría todo el derecho del mundo a exigir mi cabeza.

—Papá, puedo escoltar a Raisa hasta el Vado de Oden —dijo Amon—. De todas

maneras, ya va siendo hora de que volvamos a la Casa Wien. Se esperará que todos los plebeyos de tercero viajen juntos, así que eso no llamaría la atención. La princesa puede viajar como una plebeya de primero. Ella sabe cómo interpretar un papel.

El capitán Byrne frunció el ceño, y su mirada fue de Amon a Raisa y finalmente a Averill.

—Preferiría que alguien más acompañara a la princesa hasta Tamron —dijo—. He encomendado al cabo Byrne una misión para que la lleve a cabo durante el camino de vuelta a la escuela.

Averill le puso la mano en el brazo.

—Edon, creo que el chico quizás haya tenido una buena idea, y eso por dos razones. En primer lugar, la mejor protección para mi hija es pasar desapercibida. Yo he ido al sur como comerciante, recuerda. Podríamos enviar a toda una recua de guardias con ella, pero siempre pueden ser vencidos por un contingente más grande. Hay ejércitos enteros de mercenarios merodeando por los campos.

»En segundo lugar, la Reina no debe saber que hemos tenido algo que ver con esto, en especial tú. Si envías a alguien de la guardia de la Reina con la princesa, Marianna sabrá que has estado involucrado. Y a sus ojos eso es traición. Poca protección podrías ofrecerle a su majestad si estás en la cárcel. Sea lo que sea que quieras que haga Amon, no puede ser más importante que proteger al linaje.

Byrne torció el gesto.

—¿Qué será de vuestras perspectivas matrimoniales, alteza, si se os descubre viajando con una recua de soldados? —preguntó sin rodeos.

—Si me quedo aquí, acabaré casada con un mago —dijo Raisa, con la misma sinceridad que él—. ¿Qué será de mis perspectivas entonces?

El capitán Byrne se volvió hacia Averill, como si prefiriese debatir con él antes que con la princesa heredera.

—De acuerdo, pero ¿qué se va a hacer una vez que haya llegado al Vado de Oden? Su alteza no puede vivir en los barracones. Necesita algún lugar seguro donde alojarse hasta que hayamos podido poner un poco de orden en todo este embrollo.

—¿Por qué no podría alojarme en los barracones? —intervino Raisa—. Allí hay plebeyas, y tampoco sería la primera chica de los Páramos que va a estudiar al Vado de Oden. ¿Por qué no podría ser una estudiante recién ingresada?

El capitán Byrne la miró como si no supiera qué cara poner.

—¡Alteza, eso es imposible! ¿La princesa heredera viviendo con soldados?

—Hanalea era una reina guerrera —dijo Raisa—. Mató al Rey Demonio y condujo un ejército contra el Usurpador siendo apenas un poco mayor que yo.

—Eso fue hace mucho —dijo Byrne—. Hoy en día las reinas son menos... belicosas —concluyó.

—Hay un templo en el Vado de Oden —dijo Averill—. La princesa podría alojarse allí. Bien pensado, puede que todo sea para bien. El Vado de Oden es una encrucijada de ideas. Podríamos difundir la noción de que ha ido allí a estudiar, a

prepararse para ser una reina instruida.

—Será vulnerable a todos los secuestradores, cazadores de fortunas y segundones del reino —contraatacó Byrne.

—La Paz del Vado de Oden la protegerá —dijo Averill—. Incluso con las guerras haciendo estragos por todas partes a su alrededor, lleva más de mil años en vigor.

—Podemos debatir todo esto más tarde —dijo Raisa, volviendo la mirada hacia el castillo, que seguía tan rígidamente cerrado como un corsé de las llanuras—. En cuanto hayan acabado de registrar el castillo, cruzarán el puente. Capitán Byrne, tenga la bondad de decirles a los lobos grises de Amon que se reúnan con su cabo en el Campamento Demonai. El cabo Byrne y yo nos adelantaremos a caballo.

El capitán Byrne la miró un momento sin decir nada, y luego inclinó la cabeza.

—Entendido, alteza —dijo mientras una leve sonrisa se superponía a las líneas de preocupación de su rostro—. Cabo Byrne, un momento, por favor. —Se llevó a un lado a su hijo y ambos mantuvieron una breve e intensa conversación que concluyó con un abrazo.

Mientras ellos hablaban, el mozo de cuadra había llevado fuera las monturas. Raisa se sintió tan complacida como sorprendida al ver que una de ellas era *Resorte*. Desató sus riendas de la barra y se volvió hacia Amon.

—Cabo, ¿me echaríais una mano, si sois tan amable?

Amon la subió a la silla de montar y ajustó los estribos a la menuda figura de Raisa.

Su padre fue hacia él y le estrechó la mano en el doble apretón de un soldado.

—Mantenla a salvo, en todos los aspectos —le dijo a su hijo, mirándolo a los ojos—. Y devuélvenosla.

Amon asintió con la cabeza, y montó su caballo.

—Buen viaje, hija —dijo Averill, con las primeras lágrimas asomando a sus ojos grises.

El capitán Byrne le dio una palmada en la espalda.

—Vayamos al castillo, lord Demonai —dijo con una sonrisa—. Quiero ver qué cara pondrá Gavan Bayar cuando nos vea llegar vivos.

Los dos hombres dieron la vuelta. Raisa hincó los talones en los flancos de *Resorte* y ella y Amon salieron del patio de los establos para entrar en el Camino de las Reinas, llevando consigo sus dos monturas de repuesto. Cuando pasaron por las puertas de la ciudad, Raisa se giró para echar un último vistazo al castillo de la Marca de los Páramos, resplandeciente bajo el sol de mediodía. Volvía a dejarlo atrás, antes de lo que nunca habría creído posible.

El fin de los días

Cuando Han regresó al establo tras visitar los mercados, Mari volvía a tener muchísima fiebre. Parecía consumirle la carne sobre los huesos, porque ahora su hermanita tenía la cara mucho más demacrada que cuando había salido de casa aquella mañana, y la piel se le había puesto de un enfermizo color amarillento. Han ya había visto esos cambios anteriormente. Nunca eran una buena señal.

Así que fue a ver al sanador del callejón de la Tripa y lo convenció de que acudiera, prometiendo pagarle el doble de sus honorarios habituales dentro de un par de días. El hombre acudió, sudoroso y sin dejar de mirar en todas direcciones, sin duda porque conocía la reputación de asesino implacable que se había ganado Pulseras. Le dio a beber a Mari sus hediondas pociones y quemó alguna clase de incienso que llenó la habitación de vapores amarillentos. Tras una hora de estar con él, Han llegó a la conclusión de que no era más que un estafador, pero a su madre le pareció que Mari tenía mejor aspecto después de la visita, y que ya no le costaba tanto respirar.

Al día siguiente, presa de la desesperación, Han salió de la ciudad y subió por el largo sendero que llevaba a los Pinos de Marisa, con la intención de traerse consigo a Willo para que atendiera a Mari. Cuando llegó al campamento, se enteró de que la matriarca había subido a la montaña de Althea para hacer de comadrona en un parto. Pájaro estaba fuera con los demonai y Bailarín había ido con Willo, así que, en conjunto, el viaje fue una pérdida de tiempo. Aquella noche durmió en la Logia de la Matriarca y luego volvió a la Marca de los Páramos, dejándole recado a Willo de que acudiera lo antes posible a casa de su madre.

De nuevo en la ciudad, Han fue directamente a la tienda de Taz en el Mercado del Puente del Sur. Aunque el día ya se aproximaba a su fin, sabía que el tratante dormía en la trastienda del local para no dejar desamparadas sus valiosas mercancías. Han necesitaba dinero lo más deprisa posible y sabía que la guardia no tardaría en volver a seguirle el rastro, con lo que se vería obligado a dejar la ciudad.

Cuando miró por el escaparate de la tienda, vio al tratante de pie detrás de su escritorio, metiendo rápidamente papeles en un zurrón de cuero.

Taz volcó sin querer su taza de té cuando la campanilla de la puerta anunció la entrada de Han en la tienda. Cuando levantó la mirada y lo vio, sonrió nerviosamente.

—¡Pulseras! ¡Dichosos los ojos! —Mascullando juramentos, echó mano de un trapo para secar los papeles que tenía en el escritorio—. ¿Dónde te habías metido? He encontrado un comprador para la talla que me enseñaste. Se muere de ganas de verla. —Taz siempre las llamaba «tallas» o «piezas de arte». Nunca admitía que aquellos

objetos fueran mágicos e ilegales al mismo tiempo.

—¿De veras? —dijo Han. ¿Era su imaginación o el tratante parecía estar extrañamente nervioso?—. ¿Se ha avenido a mi precio mínimo, entonces?

—Sí, sí. Está de acuerdo en abonar esa cantidad, aunque antes quiere echarle una mirada a la pieza, naturalmente. ¿La llevas encima? —Taz observó a Han con los ojos entornados como si pudiera ver resplandecer el amuleto a través de sus ropas. Han sacudió la cabeza.

—No, pero puedo ir a buscarla —dijo, al tiempo que se volvía hacia la puerta.

—No, no —se apresuró a decir Taz—. De hecho, el comprador viene de camino. Una feliz coincidencia, ¿no? El que tú estés aquí y él esté a punto de llegar, quiero decir. —Se humedeció los labios con la lengua.

Han no entendía nada.

—Pero eso no va a servir de nada si no tengo el amuleto —dijo.

—Mi cliente tiene muchas ganas de conocerte —dijo Taz—. Yo recibiré mi comisión, y tú puedes llevarlo a recoger la pieza.

—Prefiero cerrar el trato aquí —dijo Han, que conocía muy bien los riesgos de vender mercancía ilegal en los callejones—. Puedo ir a casa y estar de regreso en cuestión de nada.

—¿Lo has tenido en tu casa todo este tiempo, entonces?

Algo en la voz de Taz hizo que empezaran a sonar las alarmas en el cerebro de Han, que no había llegado a la edad que tenía haciendo oídos sordos a sus instintos.

—¿A qué viene tanto interés por dónde lo tenía? —quiso saber—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, por nada —respondió el tratante, secándose el sudor de la frente con el trapo que había utilizado para limpiar el escritorio—. Es sólo que no se me ocurría dónde podías haberlo tenido escondido.

Antes de que Taz pudiera moverse o decir una palabra más, Han lo tenía atrapado contra la pared con la punta de su cuchillo en la garganta.

—¿Qué le dijiste al comprador, Taz? —preguntó sin levantar la voz.

—N-nada. Sólo... le describí la pieza y él dijo que sonaba como algo que a lo mejor querría comprar. Eso fue todo. Lo juro por la sangre y los huesos de nuestras benditas reinas.

La conversación que habían mantenido durante su visita anterior volvió a la memoria de Han. El tratante le había preguntado dónde podía contactar con él, y Han, como si hubiera nacido ayer, se lo había dicho. El establo en la calle de los Adoquines.

—¿Quién es el comprador? —susurró, sintiendo que un escalofrío de miedo le recorría el cuerpo—. ¿Quién es?

—Un hombre con dinero. Un mago —graznó Taz—. Siempre son magos ricos. Seguro que no lo conoces.

—¿Quién es? —preguntó Han, hincándole el cuchillo en la piel del cuello.

En ese preciso instante, la campanilla sobre la puerta volvió a sonar. Sobresaltado, Han giró la cabeza justo cuando se abría la puerta.

Un hombre apareció en el umbral. La suntuosidad de su vestimenta y la arrogancia de su porte indicaban que era rico. Sus largas estolas, el aura brillante y el amuleto suspendido de una cadena alrededor de su cuello indicaban que era un mago.

Taz vio su oportunidad, y la aprovechó. Saltó hacia un lado, alejándose del cuchillo de Han, y se arrastró a cuatro patas por el suelo en dirección a la puerta de atrás. Inmóvil en el umbral, el mago extendió lánguidamente una mano hacia el amuleto que llevaba al cuello y pronunció una palabra.

Un chorro de llamas brotó de las puntas de sus dedos y envolvió a Taz Mackney. El cuerpo del tratante se convulsionó durante un momento y luego se quedó inmóvil, despidiendo humo. Un hedor a carne quemada llenó la nariz de Han, que resistió el impulso de vomitar.

—Tú tienes que ser Pulseras Alister —dijo el mago, escupiendo su nombre como si tuviera mal sabor—. Hace tiempo que te busco. Eres asombrosamente escurridizo.

Han tragó saliva y trató de mantener la mirada apartada de Taz.

—No te conozco. —«Y tampoco quiero llegar a conocerte», pensó.

—Cierto —dijo el mago—. No nos habíamos encontrado. Pero tienes algo que quiero. Algo que me fue robado.

—Me confundes con otra persona —dijo Han—. Yo no tengo nada tuyo.

—Sí, admito que al principio hubo cierta confusión. Se me dijo que un chico llamado Pincho había robado el amuleto. Imagina mi preocupación cuando, tras un considerable esfuerzo de persuasión por mi parte, y mucho dolor por la de él, me enteré de que el tal Pincho, en realidad, no sabía nada. Que se me había suministrado una información equivocada.

Han sintió que el corazón le latía a trompicones.

—Tú enviaste a los demonios —murmuró—. Los que mataron a los sureños.

El mago se examinó las manos, que despedían poder.

—Asesinos capaces de hacer magia, en realidad, vestidos con capas y envueltos en una ilusión mágica. La histeria puede ser una herramienta muy útil para obligar a una comunidad a entregar a los culpables.

¿Por qué había ido detrás de Pincho aquel mago? ¿Qué podía haber hecho el pobre sureño para atraer la atención de semejante monstruo?

Y entonces el recuerdo ascendió a la superficie, como burbujas de gas abriéndose paso a través de una hoya de barro: aquel día en Hanalea, el encuentro con Micah Bayar cuando Han se había hecho con el amuleto. Bayar le había preguntado quién era y Han le había dicho «Me llaman Pincho, del Puente del Sur».

Había sido una mentira dicha a toda prisa, sin pensar. O una respuesta refleja, quizá, nacida de años de competir ferozmente por hacerse con unos cuantos bloques de casas medio en ruinas.

Horrorizado, Han recordó aquel último encuentro con Pincho, el señor de la calle

arrodillado ante él mientras le ofrecía servirle y le suplicaba que le quitara de encima a los demonios.

Él se había ido de allí sin hacerle caso. Y dos días después habían encontrado el cuerpo ensangrentado de Pincho. Ahora Han sabía que había sido, después de todo, culpa suya: todos los sureños muertos testificarían en su contra cuando le llegara el momento de comparecer ante el Quebrantador.

Que ojalá tardara mucho en llegar.

Calculó con la mirada la distancia que lo separaba de la puerta de atrás. En cuanto a cómo podía llegar hasta allí sin que un chorro de llamas mágicas lo friera por el camino, no tenía ni idea.

—¿Quién eres, de todos modos? —preguntó, con la esperanza de disipar la sospecha que empezaba a crecer en su interior.

—Soy Gavan Bayar —dijo el desconocido—. Lord Bayar para ti.

«Huesos», pensó Han, intentando mantener el rostro lo más inexpresivo posible. No sólo un mago, sino el mismísimo Gran Mago, el lanzahechizos más poderoso de los Páramos. El padre de Micah Bayar.

—Bueno —dijo, tragando la poca saliva que le quedaba en la boca—, tendría que estar loco para robar algo que le perteneciera.

El mago asintió.

—Exactamente. Y eso es lo que ha despertado mi curiosidad acerca de ti, el pensar que quizá pudiera haber algo más de lo que parece a primera vista. —Lo miró de arriba abajo, obviamente nada impresionado por lo que veía—. Está claro que no eres un mago. Careces de aura y, sin embargo, aparentemente puedes manejar el amuleto sin sufrir ningún daño. Además, me interesa mucho tu relación con los clanes, y lo que éstos puedan haber llegado a adivinar acerca del amuleto. Fue una lástima que a mi hijo se le ocurriera experimentar con esa pieza en particular.

«Me va a matar —pensó Han—. De lo contrario no me estaría contando todo esto».

—Oiga, sólo soy una rata de la calle. No sé nada de magia. Tiré esa cosa en un callejón justo después de enseñársela a Taz porque no paraba de echar chispas y temí que fuera a hacerme saltar por los aires. —Dio dos pasos hacia la puerta—. Puedo enseñarle el sitio donde estaba, si quiere. —Una vez en la calle, tendría una posibilidad de escapar.

Bayar levantó la mano para poner fin a la sarta de mentiras.

—He enviado a alguien a recoger el amuleto. Mientras tanto, te llevaré a las mazmorras de la Casa de la Aguilera. En cuanto esté seguro de que te he exprimido hasta dejarte seco, te mataré. —El mago lo dijo como si tal cosa—. Me has causado muchos problemas. Pienso tomarme mi tiempo.

Pero Han sólo podía pensar en algo que acababa de decir Bayar.

—¿Qué quiso decir con eso de que ha enviado a alguien para que recuperara el amuleto? ¿Adónde lo ha enviado?

—Pues a tu casa, naturalmente. Vives encima de un establo, creo. —La voz de Bayar rezumaba desprecio.

Han sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—No está allí —dijo—. Haga que se vayan, ¿quiere? Lo escondí en otro sitio. Se lo puedo enseñar.

—Si lo hiciste, estoy seguro de que me lo contarás todo al respecto —dijo Bayar—. Bueno, mi carruaje está fuera. Sería mucho más civilizado si vinieras sin oponer resistencia, pero recurriré a la fuerza si no hay más remedio. —Bayar sonrió, su rostro frío y duro como el mármol, y Han captó el mensaje: él no era nadie, una mera nada ambulante, y había sido una insensatez por su parte ir contra alguien como Bayar, robar un amuleto de manos de su hijo. Ahora lo pagaría con su familia y su vida. Se hablaría de él en susurros por todo el Puente del Sur y el Mercado de los Harapos, un ejemplo para otros a los que pudiera ocurrírseles hacer enojar a los Bayar en el futuro.

«Es como cualquier otra persona rica y poderosa —pensó Han— hace lo que le viene en gana, fija sus propias reglas, infringe la ley cuando le conviene, y nunca pasa un solo día entre rejas». Pincho estaba muerto por culpa de él, y sin duda muchísimos más. Pincho había sido el enemigo de Han, pero aun así. Su vida habría debido significar algo más.

Han aún tenía el cuchillo en la mano. Echó a andar, arrastrando los pies con la cabeza baja, la viva imagen de la rendición. Cuando pasó junto a Bayar, giró en redondo y hundió la hoja en el costado del mago justo debajo de la caja torácica, empujando la punta hacia arriba y hacia delante.

Bayar gritó y se apartó, dejando a Han con el cuchillo ensangrentado en la mano.

Corrió hacia la puerta. Detrás de él, oyó cómo Bayar mascullaba un conjuro. Las llamas cobraron forma alrededor de los hombros de Han y le bajaron por los brazos, calentando las pulseras de sus muñecas hasta que sintió que le abrasaban la piel antes de disiparse.

En cuanto estuvo fuera de la tienda, Han pasó corriendo junto a un carruaje negro con un tiro de seis caballos que lucían el emblema del halcón encorvado. Huyó a través del mercado, corriendo entre las tiendas y los puestos callejeros, saltando sobre los obstáculos más pequeños, abriéndose paso entre el gentío siempre en dirección al puente.

El Puente del Sur y el Mercado de los Harapos nunca habían parecido estar más alejados entre sí. Era como uno de esos sueños en que los pies se te hunden en el barro mientras intentas huir de un monstruo. Sólo que, en este caso, había monstruos tanto delante como detrás de Han.

Cuando cruzó el puente, tuvo que ir en torno a los grupos de soldados. Parecía que estuvieran buscando a alguien, pero no lo buscaban a él, porque era evidente que estaba huyendo y nadie le dio el alto.

Aún le quedaba una buena distancia por recorrer para llegar a la calle de los

Adoquines cuando vio el resplandor en la oscuridad ante él, un manchón anaranjado que pintaba la capa inferior de las nubes. Han olisqueó el aire. Algo estaba ardiendo, algo de grandes dimensiones que proyectaba chorros de llamas hacia el cielo.

Cuando llegó al final de la calle de los Adoquines, lo vio: el establo ardía, todo él envuelto en llamas, un verdadero infierno. El calor había obligado a huir a los residentes hacia el final de la calle, donde formaban grupitos que contemplaban las llamas con una mezcla de abatimiento e impotencia.

Un círculo de chaquetas azules rodeaba el establo, manteniendo a raya a los aspirantes a héroes. Que de todas maneras tampoco habrían podido acercarse a él. Desde donde estaba, Han podía sentir en la cara el calor abrasador de las llamas.

Algunos de los espectadores habían organizado una brigada de cubos, que hacía llegar agua del pozo de la calle de los Adoquines en lo que representaba toda una proeza de organización para aquel barrio. Pero lo único que podían hacer era mojar los edificios circundantes para evitar que se propagara el incendio.

Han agarró del brazo a uno de los espectadores.

—¿Qué ha pasado?

—Fueron ellos... los malditos chaquetas azules. —Señaló con un movimiento de la cabeza a los soldados que custodiaban el establo en llamas—. Alguien dijo que buscaban a Pulseras Alister, aunque oí decir que había muerto. De todas maneras, hace semanas que no se le ha visto por aquí. Dijeron que vivía en ese establo, y tenía enterrado su tesoro ahí. Los chaquetas azules entraron en el edificio, lo registraron de arriba abajo y luego registraron los otros edificios de la plaza, incluso llegaron a cavar en el suelo. Después prendieron fuego al establo. Ardió como la yesca.

Han le apretó el brazo.

—¿Los guardias sacaron a alguien del edificio? ¿Alguien tuvo tiempo de salir?

El hombre se soltó el brazo y sacudió la cabeza.

—No vi a nadie, pero tampoco me encontraba aquí cuando empezó a arder. No sé si había gente dentro. Podías oír relinchar a los caballos mientras daban coces dentro de los compartimentos. Pero, incluso entonces, ya hacía demasiado calor para que se pudiera llegar hasta ellos.

Han dio un rodeo a la plaza y trató de llegar al establo por la parte de atrás, pero había chaquetas azules por todas partes, y el calor y las llamas lo obligaron nuevamente a retroceder. Se mojó la camisa en la bomba del pozo y se envolvió la cara con ella, resuelto a abrirse paso entre los guardias o morir en el intento.

Estaba pasando ante la entrada del callejón del Carnicero cuando alguien salió de ella.

Era Gata, la cara tiznada de hollín y un maltrecho pañuelo de los harapientos anudado en torno al cuello.

—Es inútil, Pulseras. Se han ido. No puedes ayudarlas. Sólo conseguirás que te atrapen o que te consuman las llamas.

—Me da igual. —Intentó dar un rodeo alrededor de ella, pero alguien lo agarró

por detrás, inmovilizándole los brazos y despojándolo de su cuchillo.

—Déjalo correr, colega —dijo Pedernal, por encima de su hombro. Sus propios harapientos.

—Suéltame, Pedernal —dijo Han, forcejeando para liberarse—. Si fueran tu madre y tu hermana, irías a por ellas.

—Lo he intentado de todas las maneras posibles, antes —dijo Gata con dulzura—. Todos lo hemos hecho. Incluso hemos ido por los tejados antes de que crecieran las llamas.

—Sé dónde estarán —dijo Han—. Puedo llegar hasta ellas. Sé que puedo hacerlo. —Mari estaría acostada en su jergón cerca del hogar. Mamá estaría con ella. Mamá no tenía un pelo de tonta. Las habría envuelto a las dos en mantas mojadas. Estarían muy asustadas, pero...

Gata señaló con la cabeza el fondo del callejón y los harapientos lo llevaron por la fuerza hasta allí, alejándolo de las llamas, mientras Han protestaba, maldecía y daba patadas y puñetazos. Ya le habían obligado a recorrer casi todo el camino hasta el almacén que utilizaban como cuartel general para cuando Han finalmente se dio por vencido. Una vez allí, lo dejaron en un rincón con Pedernal, Mac y Sarie vigilándolo mientras Gata y Polvo hablaban en susurros en el otro.

Han pasó el resto de aquella noche temblando y estremeciéndose, alternando el sudor con un frío helado. Primero pensó que era la conmoción, o la rabia, o quizás un efecto residual de lo que fuese que Gavan Bayar le había hecho con su magia, pero cuando empezó a amanecer comprendió que había pillado la fiebre de Mari.

«Haz que muera», pensó con gratitud y sin ofrecerle ninguna clase de resistencia. Deliró durante un tiempo, nunca supo si horas o días. Cuando despertó, vio el rostro de Willo mirándolo desde arriba con una expresión de pena tan inmensa que quiso hacerla sentir mejor de alguna manera. Ella lo estrechó entre sus brazos y lo meció y le dio corteza de sauce y té de la matriarca, que aparentemente era bueno para la fiebre del verano, porque la de Han desapareció poco después.

Pasó una semana antes de que fuera capaz de levantarse, y para entonces Polvo informó de que los chaquetas azules ya no mostraban ningún interés por los restos del establo y habían pasado a ocuparse de cualesquiera otros crímenes que tuvieran la intención de cometer.

Los harapientos habían custodiado el lugar, impidiendo que los residentes más próximos reclamaran cualquier despojo. Temeroso de lo que pudiera encontrar, pero ya no preocupado por quién pudiera estar observando, Han hurgó entre los cascotes de su antiguo hogar hasta que los encontró: dos cuerpos acurrucados el uno contra el otro, uno grande, uno pequeño, extrañamente perdonados por las llamas, pero muertos de todas formas.

—El humo debió de hacerles perder el conocimiento, Caza Solo —dijo Willo, que apenas se había separado de él durante los últimos siete días—. Probablemente no sufrieron mucho.

Han encontró el dije que había pertenecido a su madre, y el librito de cuentos de Mari, y los guardó en su zurrón. Después de un breve forcejeo mental consigo mismo, sacó el amuleto envuelto en cuero de su escondite en el horno del herrero y también lo dejó caer dentro de su zurrón. Había sacrificado demasiadas cosas por aquel amuleto para dejarlo olvidado ahora.

Willo lo subió a la grupa de un caballo e hicieron el camino de vuelta a los Pinos de Marisa juntos. Una vez allí, Han se tumbó en un banco de la Logia de la Matriarca y durmió durante más de tres días.

La mayoría de esos días Bailarín venía y se sentaba a su lado sin decir gran cosa, limitándose a estar ahí. Eran hermanos en la pena, cada uno llorando sus múltiples pérdidas, cada uno una especie de exiliado. Sólo que Bailarín, al menos, tenía derecho a esperar alguna clase de futuro, aunque no fuera de su agrado. Bailarín, al menos, no tenía que sentirse responsable de la muerte de su familia, de haberse arruinado la vida.

Han intentó culpar a Pájaro por haberlo disuadido de seguirla a la Logia Demonai. Quizá si ella le hubiera permitido ir, él no habría llegado a estar lo bastante desesperado para tratar de vender el amuleto. Quería, estar furioso con Pájaro, pero no ponía el corazón en ello, y cuando ella lo atraía a sus brazos, la distracción era bienvenida.

Los demonai se quedarían hasta después de que Bailarín se hubiera ido al Vado de Oden, pero ese momento estaba cada vez más próximo. Después de eso, Han no veía nada ante él, nada hacia lo que volver la mirada.

Willo, normalmente siempre tan serena, parecía inquieta, casi fuera de sí. Han lo atribuía al comportamiento de Bailarín y a la perspectiva de su marcha forzosa hacia el sur. Y en parte quizá también se debiera a la situación del mismo Han, porque ahora Willo ya no lo trataba igual que antes, casi como si él fuera frágil... o pudiera estallar si ella lo miraba de la forma equivocada.

Algunos días parecía posible que pudiera hacerlo, que la alquimia del dolor y la rabia y la culpa y la frustración fueran a entrar en combustión dentro de él. Su madre y su hermana no habían supuesto ninguna amenaza para Gavan Bayar, Micah Bayar o la maldita Reina de los Páramos.

Han podía fantasear con que era un poderoso señor de la calle, pero en realidad la pequeña brizna de renombre que había conseguido arrebatarles a los ricos era una mera migaja caída de su mesa, algo tan insignificante que apenas podías reparar en ello. Y a cambio de eso había recibido palizas en las calles, había sido arrojado a una celda y había pasado toda su vida acosado.

Les estaría bien empleado si recogía su aljaba, su arco y sus cuchillos y bajaba por el sendero de las Espíritus hasta el centro de la ciudad y les enseñaba lo que se sentía al ser un eterno perseguido.

Willo celebraba largas reuniones con los ancianos en la Logia de los Visitantes ya bien entrada la noche, lo que era sorprendente, porque normalmente dichas reuniones

tenían lugar en la Logia de la Matriarca. Quizá, pensó Han, no querían que él y Bailarín pudieran enterarse de sus deliberaciones. Nunca se le pasó por la cabeza que las reuniones pudieran versar sobre él.

Podía quedarse con Willo y estudiar las artes curativas, ganar un poco de dinero como aprendiz y ver a Pájaro ocasionalmente cuando ella fuera a los Pinos de Marisa. Si, transcurrido un año, quería irse, invertiría el dinero que había ahorrado en pagar la inscripción a la escuela de guerreros en el Vado de Oden. De todas formas era improbable que tuviera que preocuparse por su vejez.

Finalmente, una noche de mucho calor, cuando a Bailarín le faltaba una semana para marcharse, Willo convocó una reunión en la Logia de la Matriarca.

Pájaro y Han salieron de su escondite junto al río, donde habían pasado la tarde antes de darse un chapuzón para quitarse de encima el calor pegajoso del día. Han se había puesto los pantalones del clan que le había hecho Willo y una camisa de algodón. Por una vez, Pájaro prescindió de su atuendo de guerrera demonai. Llevaba una chaqueta de piel de ciervo bordada sin camisa debajo y unas faldas de comerciante. Se había envuelto el tobillo derecho con una sarta de cuentas que le había dado Han, y éste no podía evitar que se le fueran los ojos hacia sus piernas, musculosas y bronceadas por el sol, mientras se movían bajo aquellas faldas de vivos colores. Bajó la vista, preguntándose si Pájaro estaría pendiente del cuerpo de él de la misma manera en que lo estaba él del suyo.

Cuando entraron en la logia, Han se sorprendió al ver que estaba atestada, con muchas caras que no le sonaban de nada. El clan era el lugar ideal para celebrar consejos. Él y Pájaro encontraron un banco junto a la puerta y se sentaron, las manos entrelazadas, sus caderas tocándose en aquel espacio tan reducido. A Han lo complació que ella hubiera elegido sentarse con él en lugar de hacer corro con los otros guerreros demonai cerca del fuego.

Willo dio inicio a la reunión.

—Doy las gracias por acudir a nuestros hermanos de los Pinos de Marisa, así como a aquellos que han hecho el camino desde las logias de Rissa, el Campamento Demonai y las estribaciones.

Han y Pájaro habían estado hablando en susurros, pero él levantó la vista, desconcertado, en cuanto le oyó decir aquello a Willo. Tenía que ser una reunión realmente importante, para que las logias de Rissa y de las estribaciones hubieran enviado representantes.

—Os ruego que compartáis mi fuego y todo lo que puede ofrecer mi logia —dijo Willo. Hubo un murmullo de salutación por parte de los visitantes llegados de otras logias.

Han vio a lord Averill y a Elena Demonai, de pie detrás de Willo. Una vez más, se preguntó si Averill lo recordaría del incidente en el Templo del Puente del Sur. Pero esa noche, Averill parecía tener otras cosas en la cabeza.

—Lord Demonai ha traído noticias del Valle —dijo Willo.

Lord Demonai paseó la mirada por el círculo, y el zumbido de las conversaciones cesó al momento. El patriarca parecía más viejo y cansado que la última vez que lo había visto Han. También tenía aspecto de haber tomado parte en alguna pelea, lo que parecía tan impropio de él que Han no pudo evitar prestar atención.

—Traigo noticias preocupantes, como ha dicho Willo —dijo lord Demonai—. El poder del Gran Mago no hace más que crecer con el paso de los días. Lord Bayar ejerce una enorme influencia sobre la Reina. Tanta, de hecho, que la reina Marianna tiene intención de casar a nuestra hija, Raisa, la princesa heredera, con el hijo de Bayar, el mago en ciernes Micah Bayar.

Esas últimas palabras fueron recibidas con un clamor de protesta y exclamaciones de alarma e incredulidad.

Al lado de Han, Pájaro se irguió y se inclinó hacia delante en un movimiento que hizo que la luz de las antorchas alumbraran los firmes planos de su rostro.

—Eso no puede ser —murmuró.

«Se lo tienen merecido», pensó Han.

—Acepto la culpa por esto —continuó lord Demonai—. Tengo que confesar que no lo vi venir. De hecho, el capitán Byrne y yo fuimos atacados y casi asesinados mientras volvíamos de los Acantilados de Caliza el día de la onomástica de Raisa ana’Marianna.

El comentario suscitó otra tempestad de desaprobación. Han miró a los guerreros demonai. Ellos no se sumaron al cuchicheo, sino que permanecieron alerta y en silencio, y de alguna manera parecieron aún más peligrosos debido a ello.

—No puedo creer que su majestad aprobara nuestros asesinatos —dijo lord Demonai irónicamente—. Pero no debemos subestimar el potencial para la traición de lord Bayar. Tenían intención de casar a la princesa heredera con el joven Bayar el día de su onomástica, mientras el capitán Byrne y yo estábamos ocupados en otros... ah... asuntos. —Hizo una pausa, y luego añadió—: Afortunadamente, la princesa Raisa ha huido al exilio.

Han oyó gritos de «¡Demos gracias al Hacedor!», «¿Dónde está?» y «Nuestra hija Raisa debería buscar refugio aquí, con su familia, en el seno de las logias».

Entonces Elena Demonai dio un paso adelante, su anciano rostro surcado por nuevas arrugas de preocupación.

—Mi nieta se encuentra a salvo por ahora. Creemos que es mejor que no se aloje aquí con nosotros, sino en algún lugar neutral, fuera del reino. Albergar a la princesa aquí, contra los deseos de la Reina, sería una provocación demasiado grande. Esperamos que aún haya una posibilidad de salvar a Marianna. No deseo tener que ir a la guerra contra ella.

Los guerreros demonai, Pájaro incluida, parecían más que dispuestos a ir a la guerra contra la Reina. Personalmente, Han los detestaba a todos: a la Reina, a los magos y a la princesa heredera. Era la guardia de la Reina la que había quemado el establo, y a su madre y a su hermana con él, probablemente siguiendo órdenes del

Gran Mago. Si por él fuera, podían irse todos al Quebrantador.

—Tenemos, sin embargo, que ser realistas y prepararnos para aquello que preferiríamos poder evitar —dijo Elena—. Si han encontrado una forma de quebrar el vínculo entre la Reina y el Gran Mago, cabe la posibilidad de que los Bayar tengan en su poder algunas armas mágicas que fueron hechas antes del Quebrantamiento. No sabemos si siempre las han tenido consigo o si las han adquirido recientemente.

Un coro de voces consternadas hizo vibrar las paredes de la logia. Con un principio de inquietud, Han se inclinó hacia Pájaro y preguntó:

—¿Por qué es tan importante eso?

—Los clanes todavía hacen los amuletos necesarios para canalizar la magia —dijo ella—. Pero hoy en día esos amuletos gozan de una vida limitada. Tienen que ser renovados por un señor o una matriarca del clan, y eso nos proporciona un cierto control sobre el Consejo de Magos. Los amuletos elaborados antes del Quebrantamiento eran extremadamente poderosos. Una vez dados, no se pueden recuperar. Una de las condiciones del Naéming fue que todos esos artefactos se devolvieran a los clanes.

Han pensó en el amuleto escondido bajo el banco sobre el que dormía. ¿Podía ser uno de aquellos amuletos especiales? ¿Era ésa la razón por la que los Bayar estaban tan obsesionados por recuperarlo?

Quizá debiera haberlo tirado al fondo del barranco, como había sugerido Bailarín el día en que lo encontraron.

—Por el momento —dijo Averill—, estamos pidiendo a todos los comerciantes de los clanes que observen una moratoria en el tráfico de amuletos, talismanes y demás artefactos mágicos. No podemos permitir que el Consejo de Magos llegue a hacerse con un arsenal todavía mayor del que ya posee. —Esbozó una media sonrisa—. Sé que esto creará serios contratiempos a muchos de los que dependemos de ese comercio.

—El Consejo de Magos lo verá como una provocación —le susurró Pájaro a Han—. Habrá mucho ruido de sables, especialmente ahora que hay guerra en el sur. Dirán que necesitan un suministro continuo de amuletos para adiestrar a sus jóvenes y defender los Páramos de los sureños. Puede que consigan convencer de ello a la Reina, y sin duda eso tendrá consecuencias para nuestros hermanos que trabajan y comercian en la ciudad.

La discusión pasó a centrarse en las salvaguardas contra la posible violencia en el Valle y las alternativas a los mercados en el Valle para quienes dependían del comercio para sus ingresos.

—Yo seguiré trabajando desde dentro, en la corte, para ejercer toda la influencia que pueda —dijo Averill.

—Estoy preocupada por ti, Averill —dijo Willo—. Ya han intentado asesinarte. El comerciante se encogió de hombros.

—La vida es todo lo larga o lo corta que es —dijo—. El Hacedor me llamará

cuando me llegue la hora.

—Si consiguiéramos persuadir a Marianna de que venga a la Logia Demonai, tal vez podríamos limpiarla del conjuro mágico del que ha sido objeto —dijo Willo.

—Es improbable que podamos persuadir a la Reina mientras Gavan Bayar le murmure al oído —dijo Elena en tono amargo.

Reid Demonai habló por primera vez.

—Podríamos secuestrar a la Reina —dijo— y llevarla a la Logia Demonai nosotros mismos. —Paseó la mirada por la logia como si midiera el temple de su audiencia, y luego añadió—: Si le sucediera alguna desgracia a la Reina, podríamos coronar a la princesa heredera.

—No, Reid Demonai —dijo Elena—. Marianna ana'Lissa es descendiente de Hanalea y Reina de los Páramos por derecho de sangre. Cualquier ataque a su persona no nos traerá más que infortunio.

Reid se encogió de hombros, pero Han supo por su expresión que no había renunciado a la idea.

El consejo llegó a su fin y los asistentes salieron poco a poco, hablando entre ellos en grupos de dos o tres personas. Han sabía que todas las casas para los invitados y todos los círculos en torno a las hogueras estarían a rebosar, con las conversaciones prolongándose hasta bien entrada la noche. Consciente de que el rato que podían pasar juntos no dejaba de menguar, Han se inclinó hacia Pájaro y susurró:

—Bajemos al río otra vez y quedémonos allí un rato. Pero entonces dio un respingo cuando Willo le puso la mano en el hombro. No la había oído acercarse.

—Quédate un poco, Caza Solo. Necesitamos hablar contigo.

—Está bien —dijo Han, preguntándose quiénes podían ser los que necesitaban hablar con él.

Pájaro se levantó del banco, y Han dijo:

—Espérame fuera, ¿quieres? Enseguida habré acabado.

—No esperaré eternamente, Caza al Pájaro —dijo Pájaro con una sonrisa, y se marchó.

Después de que todo el mundo hubiera salido, Averill, Elena, Bailarín y Willo se quedaron, sentados en círculo alrededor del hogar. Bailarín parecía tan perplejo como Han.

Han empezó a sentirse un poco inquieto. La expresión de Willo presagiaba malas noticias. Él no conocía demasiado bien a Elena y a Averill, y siempre les había tenido un poco de miedo. Quizá Willo iba a retirar su oferta de enseñarle las artes curativas. Quizá los ancianos iban a desterrarlo por seguir viendo a Pájaro en un abierto desafío a la advertencia hecha por Willo. Quizá lord Averill quería hacerle algunas preguntas sobre aquella moza a la que había secuestrado en el Templo del Puente del Sur. También podía ser que hubieran descubierto el amuleto escondido bajo el banco en el que dormía.

Entonces, la puerta de la logia se abrió y Lucius Frowsley entró por ella, lo que

posiblemente fue el acontecimiento más sorprendente que pudiera haber sucedido. Han sabía que Lucius comerciaba con los clanes, pero nunca lo había visto en ninguno de sus campamentos anteriormente.

Hoy el anciano no mostraba su aspecto de abandono habitual. Si bien sus pantalones y su camisa se hallaban un poco desgastados por el uso, eran de excelente confección y estaban limpios, e incluso había intentado poner un poco de orden en su pelo. La mirada de sus ojos grises no podía ser más aguda, y Han habría podido jurar que estaba completamente sobrio.

Lo que en sí mismo ya era aterrador.

—¿Lucius? ¿Qué haces aquí?

—Enseguida lo verás, Chico —dijo el anciano con una adusta sonrisa. Parecía casi complacido. Saludó con un gesto de la cabeza a los presentes como si los conociera a todos, y luego se sentó con los demás.

Willo se levantó y fue al centro del semicírculo. Obviamente aquella asamblea improvisada iba a estar a su cargo.

—Caza Solo, quiero empezar solicitando tu perdón —dijo.

Han se la quedó mirando unos instantes, sin saber qué decir.

—¿Por qué? —murmuró finalmente—. ¿Qué es lo que tengo que perdonar? Si te refieres a mamá y a Mari, eso no fue culpa tuya.

—En cierto modo, lo fue —dijo Willo. Lo que no era nada propio de ella, porque normalmente siempre iba al grano. Pero ahora parecía como si no le fuera fácil contar esta historia.

—No —dijo él—. Fue culpa mía. Fui yo quien condujo a la guardia hasta su paradero. Tendría que haberme mantenido alejado de allí. —No mencionó el amuleto. Bailarín sabía de su existencia, al igual que Lucius, pero ninguno de los dos sabía qué había sucedido después ni que él aún lo tenía en su poder.

Han se avergonzaba de haberlo conservado, de haber intentado venderlo. Ésa era la historia que a él no le sería fácil contar.

—Te hemos ocultado un secreto todo este tiempo —dijo Willo—. Por muchas razones. En parte para protegerte. Pero, sobre todo, para proteger a los demás. Pero ahora, por muchas razones, hemos decidido contarte la verdad.

Han no dijo nada. Se quedó sentado en su sitio y esperó, con el corazón temblándole en el pecho como una trucha varada en la ribera del arroyo. Más malas noticias. Sólo podía tratarse de eso.

Willo se puso en pie y le tendió una jarra de té y una taza. Han los miró con cara de tonto, y luego levantó la vista hacia la matriarca.

—Bebe un poco —dijo ella—. Te calmará.

¿Así que necesitaba algo que lo calmara, después de todo, antes de oír aquellas noticias? Han vertió un poco de té en la taza y luego probó cautelosamente el espeso brebaje. La fragancia era familiar, aunque nunca antes la había probado.

Serbal. Protección contra la magia y los conjuros que traían la mala suerte.

Levantó la vista hacia Willo con una mueca de sorpresa, pero ella rehuyó su mirada.

Han bebió un poco más de té. Quizás el serbal tenía propiedades relajantes de las que él nunca había oído hablar. Las plantas eran así. Tenían múltiples usos.

Para su sorpresa, fue Lucius quien habló.

—Chico, ¿recuerdas la historia que te conté junto al arroyo? ¿Sobre Hanalea y Alger Aguabaja? ¿La que no te gustó?

Han asintió, perplejo.

—Bueno, pues era cierta. Hasta la última sílaba. Lo que no te conté fue que, cuando murió Aguabaja, Hanalea estaba encinta. De hecho, iba a tener gemelos.

—¿Qué? —Eso iba en contra de todas las viejas historias. Hanalea era prácticamente una santa. La salvadora de su pueblo. De alguna manera, todas las leyendas se las habían arreglado para pasar por alto lo que pudo suceder entre Hanalea y el demonio después de que éste se la hubiera llevado por la fuerza—. Nunca había oído hablar de eso —dijo.

—Fueron muy pocos los que llegaron a saberlo. Después de que se hubiera dado muerte a Aguabaja, todos estaban demasiado pendientes del Quebrantamiento y sólo pensaban en salvar el mundo. Después de que Hanalea hubiera negociado el Naéming, llevó una vida aislada. ¿Quién hubiera sido capaz de ir a molestarla con todo lo que había tenido que sufrir? Dio a luz a los bebés, un niño y una niña. Luego se casó, discretamente, pero los gemelos fueron sus únicos hijos. —Lucius parecía inexplicablemente triste, como si se tratara de una pérdida personal—. Fue como si rehusara tener descendencia de alguien que no fuera Aguabaja. Su hija, Marguerite, estableció el nuevo linaje de reinas. Afortunadamente, no mostró ninguna señal de poseer dotes mágicas, aunque hay quienes han dicho que el don de la profecía presente en el linaje de Hanalea podría haberse originado en Aguabaja.

—¿Estás diciendo que el linaje de las reinas desciende de la sangre del Rey Demonio? —susurró Han.

—Así es —dijo Elena, casi a la defensiva—. Esa sangre puede estar contaminada, pero la de Hanalea ha sido capaz de imponerse a ella.

Bueno. No era de extrañar que esa historia se hubiera mantenido en secreto. Si era cierta.

—¿Qué fue del chico? —preguntó.

Lucius rio suavemente.

—El chico era todo un problema, porque desde que vino al mundo no cupo duda de que poseía el don. A los pocos que sabían de la existencia del bebé se les hizo saber que le habían dado muerte, y que después fue enterrado en una tumba sin nombre. La semilla del monstruo, ya sabes. Quedó prácticamente olvidado. Pero da la casualidad de que yo sé que el bebé no murió.

—¿Por qué lo dejaron vivir? —preguntó Han. Después de todo lo que había llegado a hacer el Rey Demonio, ¿no les preocupaba que el hijo también se dedicase a hacer al mal?

—Su intención era acabar con él. Se lo entregaron a la matriarca de un clan y le dijeron que lo arrojara al vacío desde lo alto de un acantilado. Se consideraba que eso era un gran honor, en aquellos tiempos. —Lucius levantó la vista hacia Elena, con una expresión de desafío en sus ojos legañosos. Elena le sostuvo la mirada.

Lucius volvió a dirigirse a Han.

—Pero intervino Hanalea. Vestida de comerciante, fue a ver a la matriarca y le suplicó que dejara vivir a su hijo.

Una imagen acudió de pronto a la mente de Han: la de una estatua de mármol en el jardín del Templo del Puente del Sur. Jemson decía que databa del Quebrantamiento y que había sido llevada hasta allí desde nadie sabía dónde, así que tenía que ser muy antigua. Era una imagen de Hanalea vestida de comerciante, una presentación nada habitual. La reina guerrera sostenía a un bebé en un brazo y enarbolaba una espada con el otro, manteniendo a raya a un atacante que no era visible. La llamaban *Hanalea, madre del mundo*. A Han nunca se le había pasado por la cabeza que la escena fuera algo más que simbólica, que pudiera representar un acontecimiento real.

Lucius continuó su historia.

—Los clanes no podían negarle nada a Hanalea, especialmente después de todo lo que había hecho ella, todo aquello por lo que había pasado. Con todo, la matriarca no quería que el bebé anduviera suelto por el mundo, para crecer sin ninguna clase de supervisión. Así que se convocó un consejo, muy secreto y muy reducido, para determinar qué hacer.

Un caos de pensamientos encontrados se agitó en la mente de Han. Ahí estaba, otra historia que contradecía todo lo que había oído antes. Ya no sabía qué creer. Miró a Bailarín, para ver cómo estaba reaccionando su amigo. Petrificado, Bailarín pasaba los dedos por los flecos de sus pantalones como sin darse cuenta. Él nunca le había oído contar una historia a Lucius, nunca había visto cómo podía hacerte vivir lo que contaba.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Han, como queriendo decir «¿De dónde has sacado esta historia? ¿La encontraste en el fondo de una botella de producto?».

—Yo fui el que se casó con Hanalea, después de que muriese Alger —dijo Lucius.

—¿Tú? —exclamó Han, más fuerte de lo que había pretendido. Recorrió el círculo con la mirada y descubrió en cada cara que él y Bailarín eran los únicos a los que no se había hecho partícipes de aquel secreto.

¿Aquel anciano que se bañaba una vez al mes en el mejor de los casos se había casado con una reina? Y no sólo con una reina, sino con la reina que había salvado al mundo. Una beldad legendaria inmortalizada en incontables estatuas, tallas y cuadros.

—Eso es imposible —dijo Han rotundamente—. No te ofendas, Lucius, pero, venga ya... ahora tendrías mil años.

—Cierto, tengo más de mil años, aunque ya hace mucho que dejé de contar el

paso del tiempo —dijo Lucius, con una sonrisa que reveló los huecos entre sus dientes—. Mírame bien, y verás la evidencia de cada uno de esos años. Fui un mago, otrora. El mejor amigo de Alger Aguabaja. Quedé ciego durante el Quebrantamiento. Después de que él muriera, renuncié a mi don a cambio de poder casarme con Hanalea.

Una vez más, la voz de Lucius cambió, y sonó como la de alguien con sangre azul en las venas.

—El consejo que redactó el Naéming me eligió para que llevara conmigo el Recuerdo de aquellos tiempos. Fui maldecido con la verdad, y con la compulsión de contarla. Eso es lo que me mantiene vivo. Así, pase lo que pase políticamente y por mucho, que todos quieran olvidar, hay alguien que recuerda.

Han no pudo evitar pensar que él no habría elegido a un viejo borrachín desaliñado para aquel trabajo, si tan importante era. Elocuente o no, ¿quién lo iba a escuchar?

Entonces se le ocurrió que quizá fuera la carga de llevar consigo una verdad que nadie quería oír lo que había hecho de Lucius un viejo borrachín desaliñado.

—¿Qué se supone que tiene que ver todo esto conmigo y con Bailarín? —preguntó, pensando en Pájaro, que estaría esperando fuera con impaciencia, a menos que ya lo hubiera dejado correr. El mundo estaba lleno de secretos, aparentemente, y él no necesitaba conocerlos todos.

—Ya lo verás —dijo Elena—. Como puedes imaginar, hubo enconados enfrentamientos sobre lo que había que hacer con el hijo del demonio, que podía crecer para convertirse en un mago extremadamente poderoso. Sin embargo, también llevaba en sus venas la sangre de Hanalea. Matarlo era lo más parecido a un regicidio.

»Los guerreros demonai sostenían que había que matar al niño, pese a Hanalea. Pero el pequeño tenía que haber heredado algo del encanto de Alger. Los Aguabaja tenían algo que los hacía muy especiales.

Ahí estaba de nuevo: gente hablando del Rey Demonio como si fuera apuesto, atractivo, alguien de quien una reina podía enamorarse. En lugar de un monstruo sin corazón.

—Además de Hanalea, fue el consorte de Hanalea, Lucius Frowsley, quien argumentó de manera muy persuasiva en favor de que se lo dejara vivir —dijo Elena, mirando a Lucius.

—Puesto que ese niño era hermano de la princesa heredera, y un mago, existía el temor de que pidiera aliarse con el Consejo de Magos. Incluso podía tratar de establecer un linaje de reyes magos, y convertirse en una seria amenaza para las reinas entronizadas —dijo Averill.

»Al final, el consejo de ancianos se decantó por la misericordia. Se tomó la decisión de permitir que el niño viviera, pero apartándolo del cuidado de Hanalea, para someter su don mágico y controlarlo de forma que no fuese aparente. Se ocultó su ascendencia tanto al niño como a todos los demás para impedir que nadie

aprovechase su linaje para sus propios fines. Desde entonces no hemos dejado de vigilar a los descendientes del niño, asegurándonos de que no representan ninguna amenaza para la Reina.

Averill se encogió de hombros.

—¿Fue una buena decisión? Han pasado mil años, y todavía no lo sabemos. Pero los últimos acontecimientos nos han obligado a reconsiderarla. Dada la amenaza que supone Arden, una guerra prolongada entre los magos y los clanes podría significar el fin del reino.

—Durante generaciones, nuestro consejo de ancianos no ha perdido de vista a los descendientes del Rey Demonio —dijo Elena—. La característica mágica ha mantenido su virulencia, pero ha ido apareciendo con una frecuencia cada vez menor, tal vez diluida por la sangre de los que entraron en contacto con ella a través del matrimonio. Ahora mismo, sabemos de la existencia de un descendiente vivo poseedor del don. Un varón.

—¿Y? ¿Iréis tras él y lo mataréis? ¿A causa de su antepasado? —preguntó Han. ¿Era ésa la razón por la que estaban aquí? ¿Esperaban que él y Bailarín les ayudaran con eso?

La pregunta pareció sobresaltar a Averill.

—Ah, no. —Miró a Elena, quien siempre parecía encargarse de responder a las preguntas complicadas.

—Al consejo original se le ocurrió que podía ser ventajoso disponer de un linaje de magos, emparentados con la Reina, que pudieran apoyar al trono en épocas de conflicto. Especialmente en un conflicto con los magos —añadió delicadamente—. Hemos aprendido a través de amargas experiencias que la magia verde tiene sus limitaciones.

«Apuesto a que a los guerreros demonai les encanta esa idea», pensó Han.

—Por consiguiente, hemos pedido que todos los descendientes del Rey Demonio poseedores del don sean acogidos en las logias —dijo Elena—, para que podamos enseñarles los valores de los clanes y, con suerte, unir sus fortunas y sus corazones a los nuestros. Durante generaciones, hemos hecho lo que te acabo de explicar. El secreto se transmite a través de los ancianos del clan. Nunca hemos tenido que revelarlo hasta ahora. Ésa es la razón por la que hemos convocado este consejo. —Señaló al resto de los presentes.

Y entonces acudió a Han, una verdad que hubiera debido ser evidente durante todo ese tiempo a pesar de lo enrevesadas que solían ser las historias del clan.

Era Bailarín, tenía que serlo. Bailarín de Fuego. Un nombre de lo más apropiado para el descendiente de un mago. Bailarín tenía el don, y ahora la magia que había permanecido oculta por tanto tiempo empezaba a aflorar.

Han miró de reojo a su amigo, que parecía estar absorto en sus pensamientos sin haber percibido la revelación que se le acababa de manifestar a él. ¿Lo había sabido Bailarín? ¿Lo había sospechado alguna vez? ¿Realmente era el hijo querido de Willo,

o sólo habían fingido, para que pudiera vivir junto a la matriarca, la mujer más sabia en los Pinos de Marisa?

Bueno, si Bailarín iba a ser su objetivo, Han estaría a su lado, aunque no habría sabido decir qué clase de ayuda podía prestarle a un mago.

Estaba tan sumido en sus cavilaciones que apenas se enteró de que Elena volvía a hablar, con la rica cadencia de la matriarca.

—Este consejo llama a Caza Solo, cuyo nombre de las llanuras es Hanson Alisten.

Hubo un largo momento de silencio mientras Han esperaba a que alguien más respondiera a la convocatoria.

—¿Perdona? —musitó finalmente—. ¿Decías algo?

—Eres tú, Caza Solo —dijo Willo, tomando sus manos en las suyas—. Tú eres el único descendiente vivo de Aguabaja con el don.

—¡No! —exclamó él, apartando las manos—. ¿Qué estás diciendo? No poseo ningún don. Es a Bailarín a quien queréis. —Miró a Bailarín en busca de apoyo, pero el rostro de su amigo tenía la misma expresión que los demás, una combinación de recelo y esperanza.

—Lo posees —dijo Willo—. Cuando naciste, el don se manifestó con tal intensidad que tu madre estuvo a punto de morir en el parto. Os asistí a ambos. Hice acudir a Elena Cennestre.

Han sacudió la cabeza, retrocediendo hasta que su espalda encontró el banco de dormir. Elena se levantó y fue hacia él. Han se sintió acorralado, aunque era bastante más alto que la anciana.

—Yo hice tus brazaletes —dijo Elena, tocando sus pulseras de plata con las puntas de los dedos—. Absorben la magia, tanto la tuya como la de cualquier conjuro que se lance contra ti. Te protegen y también impiden que emplees la magia, accidental o deliberadamente. Los han llevado todos los descendientes de Aguabaja poseedores del don.

Han levantó los brazos y se miró las pulseras como si nunca antes las hubiera visto. Recordó cuando Gavan Bayar le lanzó el hechizo de la mala suerte, y las llamas parecieron ser absorbidas por sus pulseras y desaparecieron dentro de ellas. Recordó cómo los asesinos demonio lo habían atacado con magia en el Puente del Sur, y ésta había parecido resbalar inofensivamente sobre su persona. Cómo, pese a la advertencia de Micah Bayar, él había recogido del suelo el amuleto de la serpiente y el báculo, sintiendo la mordedura de su magia al hacerlo, pero permaneciendo ileso por lo demás. Ese mismo amuleto que había hecho que los sureños salieran despedidos contra la pared del callejón.

Han Alister, señor de la calle con los harapientos, un buscavidas descarriado con sangre en las manos y una cuenta pendiente en el corazón y tantos enemigos que ya no se molestaba en llevar la cuenta, también era un mago que podía lanzar llamas con los dedos y arrojar conjuros de la mala suerte y someter a otros a su voluntad.

Han Alister era el descendiente de un loco que había abusado de una reina y hecho pedazos el mundo. O era el último representante de un amor que había desafiado las convenciones y de las dos personas que habían pagado el terrible precio de hacerlo.

Las palabras de Pincho volvieron a su memoria. «¿Qué tienes de especial? La gente no para de hablar de ti. Cuentan historias. No oigo hablar de otra cosa. Que si Pulseras Alister esto, que si Pulseras Alister aquello. Ni que estuvieras hecho de oro».

Pero él no tenía sangre real. Era hijo de una lavandera y un soldado.

—Tu padre también llevó las pulseras, y tu abuelo —dijo Elena, como si le hubiera leído el pensamiento—. Tu padre pasó un tiempo en el campamento de las estribaciones antes de alistarse en el ejército.

Se calló, y un destello en sus ojos dijo que estaba ocultando un secreto.

—Murió sin llegar a saber nada de su linaje.

—¿Qué le dijisteis a mi madre? —se encontró preguntando Han—. ¿Sabía ella para qué eran las pulseras?

Elena sacudió la cabeza.

—Le dijimos que habías sido poseído por un demonio. Que las pulseras te protegerían. Que no podía decirte la verdad, porque eso te haría vulnerable al mal. — La matriarca dijo todo aquello sin la menor sombra de culpa en la voz.

No era de extrañar que su madre siempre hubiera parecido estar segura de que Han terminaría sucumbiendo a los cánticos de sirena de las calles. Incluso cuando él dejó la mala vida, ella siempre dudó de que la hubiera abandonado realmente, nunca creyó que se hubiera reformado. Esa mentira había sido una barrera entre ellos. En una de las últimas conversaciones que mantuvieron, ella había dicho «Estás maldito, Han Alister, y nunca harás nada bueno».

—Hicimos los arreglos necesarios para acogerte cada verano en los Pinos de Marisa —prosiguió Elena—. Le pagábamos un pequeño estipendio a tu madre.

—¿Así que... pagabais a mi madre para que dejara que me llevarais con vosotros? —dijo Han con un hilo de voz—. ¿Nunca hizo... ninguna pregunta?

¿No habría sido lógico que se preguntara por qué los clanes estaban tan interesados en él?

—Tu madre abrigaba la esperanza de que sacarte de la ciudad sería bueno para ti —dijo Willo—. Esperaba que eso te mantuviese alejado de la vida en las calles, que pudieras aprender un oficio al aire libre. Que te protegería de esa temprana... influencia.

Han se sentía asediado, como nunca antes lo había estado en las logias. Para él siempre habían sido un refugio, un lugar donde estar a salvo. Y todo había sido simplemente otro juego. Willo y Elena y los demás no eran más que estafadores vestidos con el atuendo del clan.

Habían jugado con él, manipulándolo como si fuera un ricacho confiado perdido en las calles del Mercado de los Harapos.

—¿Así que... me llevasteis con vosotros, porque pensabais que podía enloquecer y romper el mundo en pedazos como había hecho Alger Aguabaja? —Han quería sonar tranquilo y distante, como si todo aquello no lo afectara en lo más mínimo, pero le costó mucho evitar que le temblara la voz.

—Alger Aguabaja no estaba loco —masculló Lucius con una firmeza que sobresaltó a Han, que había olvidado que el anciano estaba allí. Miró a los demás con cara de pocos amigos—. Me da igual lo que podáis decir todos.

«Ah —pensó Han con amargura—, eso debería tranquilizarme, porque el viejo loco de Lucius Frowsley acaba de decir que mi antepasado no estaba loco».

—Caza Solo, has sido como un hijo para mí —dijo Willo—. Puede que al principio todo fuese una obligación, pero ahora...

—Tú no eres mi madre —dijo Han, dejándose llevar por aquel rincón frío y malvado que acababa de aparecer dentro de él—. Yo tenía una madre, y ahora está muerta.

Averill, al menos, tuvo la gentileza de parecer avergonzado.

—Lo siento. Sabemos que no es fácil asimilarlo de una vez.

—¿Y a qué viene todo esto exactamente? —preguntó Han, deseoso de acabar de una vez, de escapar de la presencia de toda aquella gente para poder rumiar aquello a solas—. ¿Por qué me lo contáis ahora, después de tanto tiempo?

—Creemos que no había habido un peligro tan grande desde el Quebrantamiento —dijo Willo—. Gavan Bayar representa una grave amenaza para la Reina y el linaje real. El poder del Consejo de Magos crece por momentos, y hace unos días casi consiguieron casar a uno de los suyos con la princesa heredera.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —preguntó Han.

—Te lo hemos contado porque puedes elegir —dijo Elena—. Te dejaremos puestas las pulseras, y puedes seguir prácticamente igual que hasta ahora. Si quieres quedarte en los Pinos de Marisa, Willo te enseñará las artes curativas.

—¿Y el Campamento Demonai? ¿Podría ir allí? —preguntó Han, sabiendo que con esa pregunta ponía a prueba la paciencia de Elena.

—Eso depende —dijo Elena, mirando a Bailarín—, de lo bien que sepamos guardar este secreto. Si llega a saberse que eres un mago, tu vida puede correr peligro en el Campamento Demonai, incluso si llevas las pulseras.

—¿Así que los guerreros demonai no saben la verdad acerca de mí? —preguntó Han, pensando en Pájaro. Y en Reid Demonai.

Elena sacudió la cabeza.

—Y es mejor que no la sepan. Han se masajeó la frente. El té se había enfriado en la taza.

—Has dicho que puedo elegir.

Elena lo miró a los ojos.

—Te quitaremos las pulseras, Caza Solo, con la condición de que vayas a la Casa Wien, en el Vado de Oden, con Bailarín de Fuego y aprendas a controlar y usar este

don que te ha dado el Hacedor. Te patrocinaremos, te suministraremos el amuleto, y correremos con los gastos de tu inscripción y tu alojamiento. Cuando hayas terminado los cursos, volverás aquí y utilizarás tus habilidades en beneficio de los clanes y del verdadero linaje de las reinas de sangre real.

Han se la quedó mirando.

—¿Así que los magos en realidad no tienen nada de malo, siempre que trabajen para vosotros?

Al parecer así era, ya que todos se encogieron de hombros y se miraron sin decir nada.

—¿Por qué yo? —dijo Han—. ¿Por qué no Bailarín? Él es un mago, y no hay muchas probabilidades de que vaya a enfadarse con vosotros.

—Si Gavan Bayar ha sido capaz de romper la atadura que se le impuso cuando fue elevado a la dignidad de Gran Mago, tiene que haber empleado la antigua magia —dijo Averill—. Ahora nuestra mayor preocupación es qué más pueden habernos ocultado los Bayar. Si disponen de acceso a los antiguos amuletos, pueden utilizarlos para ganarse a otros magos. Vamos a necesitar a alguien muy poderoso para hacerles frente. Más poderoso que Bailarín.

—¿Qué os hace pensar que soy tan poderoso? —preguntó Han—. Nunca he hecho nada mágico.

—Te puse las pulseras cuando no eras más que un bebé —dijo Elena. Su expresión decía que había sido una experiencia que no tenía ningún deseo de repetir—. Sé muy bien de lo que eres capaz.

Lucius interrumpió con una estridente risotada.

—Lo que pasa es que todo el mundo sabe lo que podía hacer el joven Alger Aguabaja, Chico —dijo—. Esperan que salgas a tu no sé cuántas veces tatarabuelo. Salvo por el pequeño detalle de querer destruir el mundo, claro. Esperan poder tenerte un poco más controlado.

—Comprendo —dijo Han, aunque no acababa de verlo del todo claro—. Así que buscáis una espada mágica en venta, ¿eh? Un mercenario, vamos.

Elena Demonai sacudió la cabeza.

—Buscamos un campeón. Alguien que se ponga del lado de las logias contra el consejo de Magos en caso de que surja la necesidad. No podemos esperar a ver qué han planeado los Bayar. Necesitas adiestrarte, y eso toma su tiempo.

—Y si me niego, enviaréis a Bailarín contra el Consejo de Magos para que les haga frente él solo.

Elena asintió.

—No tendremos otra elección.

Siguieron hablando sobre Bailarín como si no estuviera presente. Cosa que irritó bastante a Han.

¿Y si le quitaban las pulseras y sus poderes resultaban ser efímeros, una chispa que se consumía casi inmediatamente? Entonces volvería a tener los problemas de

antes, pero sin la protección que le brindaban las pulseras. La próxima vez que Gavan Bayar le lanzara un chorro de llamas, ardería.

Además, había vivido lo suficiente para saber que nunca debías cerrar un trato sin conocer antes todos los detalles.

—¿Qué pasa si me quitáis las pulseras y luego me niego a cumplir con mi parte del acuerdo? —preguntó—. ¿Cómo sabéis que iré al Vado de Oden? ¿Cómo sabéis que me pondré de vuestro lado en contra de los magos, si la cosa llega a ese punto?

—Caza Solo, claro que mantendrás tu palabra —respondió Willo sin vacilar.

Lord Averill levantó la mano.

—No. El chico necesita saberlo. —El patriarca se volvió hacia Han—. Si te quitamos las restricciones y luego no haces lo que prometiste, iremos en tu busca y te mataremos.

«Apuesto a que ese encargo recaerá en Reid Demonai», pensó Han con un hormigueo de inquietud. Aunque siempre había llevado la existencia de un animal acosado, siempre había podido buscar refugio en las logias. Esta vez ese santuario le estaría vedado.

—¿Y si cambio de parecer? ¿Podéis volver a ponerme las pulseras?

Elena sacudió la cabeza.

—La primera vez ya fue bastante difícil. Ahora serás mucho más poderoso de lo que eras entonces. No podré volver a domeñar la magia.

—Tómate unos días para pensártelo —lo apremió Willo—. Puedes acudir a cualquiera de nosotros en busca de consejo.

Como si cualquiera de ellos pudiera convencerlo con unas cuantas palabras. Han tuvo que admitir que la reputación de ser muy buenos comerciantes que tenían las gentes del clan era de lo más merecida.

Sabía lo que habría dicho su madre. «Sigue con las pulseras, quédate con Willo, aprende un oficio, gánate la vida honradamente. Mantente alejado de los Bayar. Juega sobre seguro». Eso era lo que debía hacer.

Pero ¿qué arriesgaba él, realmente? Su madre y su hermana ya habían pagado el precio por sus estúpidos errores. Lo había echado a perder todo. Eso no podía deshacerse.

Claro que la culpa no era únicamente suya. El Gran Mago y la Reina y la guardia también habían tenido su parte de responsabilidad en lo sucedido. Sólo había una forma de hacerles pagar por lo que habían hecho, de obligarlos a valorar un poco más la vida humana, de hacerles ver que él también tenía un lugar en el mundo. Sí, tenía que arriesgarse.

En ese momento le daba igual lo que pudiera llegar a ser de él. Y en el fondo era mejor así, porque si se ponía a pensar en el futuro, le parecía imposible que aquello pudiera salir bien.

Se puso de pie y extendió las manos.

—Me he decidido. Quitádmelas —dijo. Mantuvo los ojos fijos en el rostro de

Bailarín mientras hablaba, y lo que vio en él fue alivio mezclado con pena y preocupación.

—¡Caza Solo, espera un momento! —dijo Willo. Se volvió hacia los demás—. Este chico se ha quedado sin su madre y su hermana este mismo mes. Necesita tiempo para superar el dolor de la pérdida. No deberíamos obligarlo a decidir esto ahora.

—Pero es que no disponemos de mucho tiempo —dijo Elena—. Bailarín partirá hacia el Vado de Oden pasado mañana, y sería menos arriesgado que viajaran juntos. El curso empieza dentro de un mes, y tardarán en llegar allí, eso si no se encuentran con problemas por el camino.

—Es que no quiero que tome una decisión que luego lamentará —dijo Willo.

—Tranquila. Me he decidido —volvió a decir Han, más fuerte—. ¿Quién lo va a hacer? —preguntó, mirando primero a Elena y luego a lord Averill.

—Siéntate —dijo Elena bruscamente. Han se sentó en uno de los bancos para dormir, y ella fue a coger su zurrón y tomó asiento a su lado—. Acercad las antorchas —dijo, y Bailarín y Averill se apresuraron a obedecerla.

Elena rebuscó dentro de su zurrón de piel de ciervo y acabó sacando de él un paquetito. Apartó la envoltura de cuero para dejar al descubierto un juego de delicadas herramientas para trabajar la plata. Cogió un martillito y un pequeño escoplo, puso el brazo de Han encima de sus huesudas rodillas y le hizo una seña a Willo. La matriarca se arrodilló junto a ellos y le agarró la mano derecha a Han, inmovilizándole la muñeca mientras lo miraba a los ojos. Él le sostuvo la mirada, tratando de mantener una expresión lo más impasible que pudo.

Con el martillito y el escoplo, Elena fue dando golpecitos a lo largo de una hilera de runas esculpidas en la plata. Finas grietas aparecieron de pronto junto a toda la hilera, y luego fueron ensanchándose rápidamente a medida que ella proseguía con su labor.

Han empezó a sentir un hormiguelo en la mano, y no estuvo seguro de si se debía a la vibración de los múltiples golpecitos o a la magia que se filtraba a través de las grietas. Willo abrió mucho los ojos, así que quizás ella también lo sentía.

Elena se detuvo de pronto, le cogió la otra mano y empezó a ocuparse de aquella pulsera.

—Es importante que se rompan a la vez —dijo—. De otra manera, el desequilibrio podría matarte.

Han pensó en la de veces que había pedido a los plateros del clan en el mercado que trataran de quitárselas, y se estremeció.

—No te muevas —dijo Elena con una mueca. En unos instantes, la pulsera derecha estuvo igual que la izquierda.

»Ahora romperemos las pulseras —murmuró Elena al tiempo que tragaba aire—. ¿Preparado, Caza Solo?

Conque era así de simple, quitar aquella plata que había llevado puesta desde que

era un bebé. Han asintió con la cabeza, súbitamente temeroso, la boca seca y las palmas sudorosas. ¿Y si lo mataba? El corazón empezó a latirle más deprisa, como si intentara acumular el mayor número de latidos posibles en el mínimo de tiempo.

—Espera —dijo Willo, tendiéndole la taza que acababa de volver a llenar con té de sauce—. Toma. Bebe un poco más. Por si acaso.

Han apuró la taza y la dejó a un lado. Willo volvió a llenarla, como determinada a ahogarlo en un mar de té de serbal antes de que Elena la apartara con un ademán.

La anciana deslizó los pulgares por debajo de las pulseras. Con un rápido movimiento de torsión, las abrió y dejó que cayeran al suelo. Han se miró los brazos. La piel de sus muñecas estaba blanca como el vientre de un pescado allí donde las pulseras habían impedido el paso de la luz del sol.

Entonces el calor hizo erupción de pronto, brotando de lo más profundo de su ser para propagarse por todo su cuerpo. A Han le recordó la vez en que se había bebido una taza entera del producto de Lucius después de que el anciano lo hubiera retado diciéndole que no sería capaz. Las imágenes desfilaban atropelladamente por su cerebro, colisionando detrás de sus ojos. El pelo se le puso de punta y las llamas ondularon sobre su piel. Las chispas que le brotaban del cuerpo dejaron agujeritos en su camisa y le chamuscaron los pantalones. Estiró los brazos, pensando que debía de parecer uno de esos hombres de paja que erigían los clanes para incendiarlos cuando llegaba el momento de la cosecha. ¿Y si prendía fuego a la logia? La habían hecho con madera, después de todo.

Preso del pánico, se llevó a la boca la taza con el té de serbal y la apuró de un trago. Después se levantó del suelo. Fue hacia la puerta dando traspiés y salió al fresco aire nocturno.

—¡Bailarín de Fuego —oyó que gritaba Elena tras él—, no lo pierdas de vista, ayúdalo!

Han se sentía incandescente, iluminado, más ligero de lo que nunca antes se había sentido. Era una llama dentro de una lámpara con forma de cuerpo que amenazaba con disolverse en cualquier momento. Extendió las manos y las vio brillar en la oscuridad, los huesos resplandeciendo a través de la carne.

Entonces Bailarín se las cogió, y eso lo estabilizó de alguna manera.

—Por los huesos de Hanalea —dijo Bailarín—. No puedes darle rienda suelta como si tal cosa. Procura calmarte, o prenderás fuego al campamento. —Le puso algo en las manos—. Toma. Prueba con esto. Canalízalo a través de esto.

Era el amuleto que le habían dado en la ceremonia del día de su onomástica, el Bailarín del clan, rodeado por las llamas.

Han respiró hondo, exhaló muy despacio y se concentró en el amuleto. La magia pareció fluir al interior de la talla a través de sus manos, y los riachuelos de llamas que corrían bajo su piel fueron perdiendo su intensidad hasta quedar reducidos a finos hilillos.

—Gracias —susurró, devolviéndole el amuleto a su amigo.

—He descubierto unas cuantas cosas a base de ensayos y errores —dijo Bailarín—. Puedes almacenar la magia dentro de esas cosas y mantenerla guardada para después.

—¿Eso causará algún problema? —preguntó Han—. El que mi magia esté almacenada en tu amuleto, quiero decir.

Bailarín se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Llevo más de un año trabajando en controlar esto, pero todavía no sé gran cosa. Te enseñaré lo que sé si prometes no prenderme fuego. — Sus labios se curvaron en una sonrisa, la primera que Han le veía a su amigo desde la ceremonia del día de la onomástica—. Algo me dice que los ancianos tienen razón cuando insisten en que eres mucho más poderoso que yo. Quizá se ha ido acumulando en tu interior desde que eras un bebé.

Han se alegró egoístamente de que Bailarín estuviera ahí, de que tuviera a alguien con quien viajar hasta el Vado de Oden, de que no tuviera que tratar de entender todo aquello por sí solo.

—Necesitarás hablar con Elena acerca de tu amuleto —dijo Bailarín—. Ella hará algo especial para ti.

Qué haría para él, se preguntó Han.

Entonces algo le hizo levantar la vista, hacia las sombras bajo los árboles. Pájaro estaba de pie allí, paralizada, con una expresión de horror en el rostro. Y más allá de ella, Reid Demonai, sus apuestas facciones fruncidas en una mueca recelosa, como si acabara de descubrir una serpiente venenosa en la pila de los leños y estuviera intentando decidir cómo matarla.

Y entonces Han se acordó. Le había dicho a Pájaro que lo esperara, que bajarían al río después de la reunión. Ella tenía que haberlo visto cubierto de llamas, tenía que haber oído el cruce de palabras entre él y Bailarín.

—¡Pájaro! —la llamó cuando vio que empezaba a darse la vuelta—. ¡Espera!

Pero Pájaro se desvaneció silenciosamente entre los árboles. Reid siguió mirándolo por un instante, y luego fue tras ella.

Más tarde esa noche, Han estaba tendido sobre su banco de dormir en la Logia de la Matriarca, sin poder conciliar el sueño. Elena le había dado un pequeño amuleto, la efigie de un tejón, para que lo usara hasta que pudiera hacerle uno propio. Descansaba sobre su pecho, debajo de la camisa, pero Han apenas le prestaba atención.

Era agudamente consciente del amuleto con la serpiente y el báculo que permanecía escondido debajo de él. Era como si alguien hubiera encendido una hoguera bajo su banco, y las llamas le abrasaban la piel cualquiera que fuese la posición en la que se tendiera.

Willo todavía estaba fuera, sin duda planeando el futuro de Han con Averill y Elena. Bailarín se había quedado dormido, Han podía oírlo respirar acompasadamente en el otro extremo de la logia.

Cuando oyó que había alguien fuera, primero pensó que era Willo, que regresaba. Pero aquella presencia intrusa se movía furtivamente, deteniéndose de pronto para luego ponerse en marcha de nuevo, y cuando vio movimiento en la entrada de la logia, Han tenía el cuchillo en la mano pero esperanza en el corazón.

—¿Pájaro? —musitó. Quizás ella había vuelto. Quizá todavía podían arreglar las cosas entre ellos dos, hablando. Quizás...

—¿Eres tú, Chico? —respondió una voz que hablaba en susurros. Era Lucius.

—Sí, soy yo —dijo Han, volviendo a tenderse en el banco y deslizando de nuevo el cuchillo debajo de la almohada.

—Se me ocurrió que a lo mejor aún estarías despierto. —Lucius avanzó poco a poco, tanteando el suelo ante él con su bastón hasta que encontró el banco para dormir. Se sentó en el borde, al lado de Han.

—¿Qué quieres? —murmuró Han—. Es tarde.

—Supongo que tienes muchas cosas en que pensar.

—Supongo.

—¿Todavía tienes ese amuleto que le quitaste al joven Bayar? —preguntó Lucius. El anciano trataba de aparentar tranquilidad, pero no dejaba de mover las manos por encima del regazo como hacía cuando estaba disgustado por algo—. No lo perderías en el incendio, ¿verdad?

—Todavía lo tengo —dijo Han—. ¿Qué pasa con él?

—Que deberías aprender a utilizarlo, nada más.

—Lo que debería hacer es tirarlo dentro de una olla de barro —dijo Han—. Desde que recogí del suelo esa cosa no he tenido más que problemas.

—Los problemas irán a tu encuentro de todos modos —dijo Lucius—. Como eso no va a cambiar, es mejor que dispongas de cierta potencia de fuego con la que hacerles frente.

—Elena me va a hacer un amuleto —replicó Han—. ¿Qué hay de malo en eso?

—Elena quiere controlarte, igual que todos los demás, Cualquier amuleto que te dé ella va a ponerte una correa. Ese amuleto que cogiste es tuyo por derecho.

—Oh, claro. Y quizá me convertirá en un demonio como hizo con Alger Aguabaja. Hará que empiece a tener delirios de grandeza. —Estaba provocando a Lucius a propósito. Pero no sabía por qué.

El anciano escupió en el suelo por toda respuesta.

—¿A ti quién te ha dado vela en este entierro, de todas maneras? —quiso saber Han—. Puede que el trato que me ofreció lord Demonai no acabe de gustarme, pero al menos he recibido una oferta. ¿Qué esperas sacar de esto?

—Alger Aguabaja era mi amigo —dijo Lucius—. Tú eres de su sangre. No quiero verte traicionado y asesinado como le sucedió a él.

Con esas palabras, el anciano se levantó del banco y salió arrastrando los pies.

Una semana después, Raisa ana'Marianna, princesa heredera de los Páramos, dejó el Campamento Demonai montada en su yegua, *Resorte*. Lucía los colores verde y marrón de la guardia de la Reina. Con ella cabalgaban Amon Byrne y la docena de plebeyos de tercero que se llamaban a sí mismos los Lobos Grises. Ahora cabalgaban junto a ella como abejas pagadas de sí mismas, las manos sobre las armas mientras lanzaban miradas feroces a la espesura como si eso fuera a evitar que les tendieran una emboscada. Raisa esperaba que se cansaran de tanto teatro antes de llegar a las llanuras.

El palacio bramaba en silencio, si tal cosa es posible. Una vez más, la desaparición de Raisa fue acallada. Presumiblemente, la Reina había optado por no anunciar que había planeado casar a su hija con un mago, y que la princesa había dejado plantado al mago delante del altar.

La guardia había desplegado todos sus efectivos, y estaba registrando la ciudad y sus alrededores en busca de cualquier rastro de la princesa rebelde. Al reunirse con su gabinete, la reina Marianna expresó su temor de que los mismos bandoleros que habían atacado a Averill y al capitán Byrne se hubieran llevado a su hija. Según los informes de Averill, lord Bayar parecía estar impaciente por meter entre rejas a alguien, sólo que no sabía a quién.

Raisa no podía evitar sentirse un poco culpable, pero la sola idea de que ahora podía estar casada con Micah Bayar la ayudaba a sobrellevarlo.

El otoño solía llegar pronto a las Espíritus, y había algo en el aire que anunciaba su proximidad. Las hojas de los álamos temblones oscilaban bajo la brisa del norte, reluciendo con destellos dorados cuya visión daba nuevos ánimos a Raisa. Desde su regreso a la corte, se había sentido como una oveja camino del matarife, empujada implacablemente por un estrecho sendero hacia un lugar al que no quería ir.

Ahora dejaba los Páramos por primera vez, descendiendo hacia las extrañas tierras llanas más allá de la frontera. Raisa era muy consciente de la gravedad de la situación; sabía que corría un gran riesgo, y sin embargo no podía evitar estar impaciente por escapar de los confines de la vida cortesana. Allá en el Vado de Oden podía descubrir cosas que nunca llegaría a conocer en la seguridad del hogar. Volvía a correr aventuras con Amon, sólo que ahora con un nuevo Amon, más intrigante que el anterior y que representaba riesgos de otra clase.

Como atraído por sus pensamientos, Amon acercó su caballo al de ella.

—Tendremos que mantenernos en marcha si queremos llegar a la Puerta del Oeste antes de que oscurezca. Quizá tengamos que comer el almuerzo sobre la silla de montar. No queremos llamar la atención llegando en plena noche.

—Sí, señor —dijo Raisa, tratando de acostumbrarse a tratarle como su oficial superior. Por su parte, Amon parecía encontrar un cierto placer en darle órdenes.

La Puerta del Oeste supondría la primera prueba para el disfraz de Raisa. La

estarían buscando en la frontera con Tamron. Planteárselo era emocionante y aterrador al mismo tiempo.

Amon se había mostrado extrañamente distante y formal durante su estancia en el Campamento Demonai. Casi parecía como si quisiera rehuir cualquier momento a solas con ella. No había habido más besos, pero eso no significaba que no fuera a haberlos en el futuro.

Inclinándose sobre el cuello de su yegua, Raisa le hincó los flancos con las rodillas para ponerla al trote.

Casi en el mismo instante, cientos de leguas hacia el este, Han Alister y Bailarín de Fuego salían del Campamento de los Pinos de Marisa montados en los robustos ponis de las montañas que acostumbraban a usar los clanes. Partieron sin anunciarlo, casi furtivamente, en un momento conocido únicamente por los supervisores de Han entre los clanes. Podían ir en dirección oeste, adentrándose en los Helechos Temblorosos, y luego hacia el sur, a través de Tamron, pero eso los obligaría a pasar muy cerca del Campamento Demonai.

Así que decidieron ir hacia el sur, prefiriendo correr riesgos con los bandidos que merodeaban por los campos y la guerra que hacía estragos en Arden antes que con los guerreros demonai en su propio terreno. Han sintió una punzada de pena cuando pensó en Pájaro. Ella había partido hacia el Campamento Demonai la noche del encuentro entre las logias. Era mucho lo que había quedado por decir entre ellos, y a saber cuándo volvería a verla.

Los clanes habían sido generosos con su nuevo campeón: el poni era un regalo, al igual que la silla de montar y los arreos y la daga, la espada y el arco largo hechos por los artesanos. Han llevaba una preciosa capa nueva para resguardarse de la lluvia y las monedas tintineaban dentro de la bolsa que colgaba de su cinturón.

Bailarín iba igual de bien equipado. Su amigo estaba de buen humor, algo que era raro en él, y no paraba de reír y bromear mientras inventaba nuevos nombres para Han que reflejaban su nueva posición. Nombres como Cazador de Magos, Azote de la Magia o sir Hanson el de los Mil Conjuros, Salvador de los Clanes.

En cualquier caso, Bailarín parecía alegrarse de dejar atrás los Pinos de Marisa y sus susurros. Quizá le resultaría más fácil fingir que nada había cambiado lejos del territorio en el que había crecido.

El amuleto de Elena colgaba de una cadenita de plata en torno al cuello de Han, un cazador con arco delicadamente tallado en jaspe y jade. Pero bajo su túnica, el amuleto de la serpiente y el báculo le crepitaba sobre la piel, absorbiendo incesantemente la magia para almacenarla en su interior.

La pena por todo lo que había perdido era como un cuchillo clavado en el corazón de Han, pero el uso y el paso del tiempo habían embotado su filo hasta el punto de que ahora apenas lo notaba. La culpa ya era otro asunto, pero aprendería a vivir con eso también.

A su espalda quedaba una ciudad que lo había masticado y escupido como un

hueso de melocotón. Ante él estaban las extrañas llanuras del sur, el Vado de Oden y los maestros dueños de las llaves de ese poder que había permanecido aletargado durante tanto tiempo dentro de él.

—Venga, Bailarín —dijo, sintiéndose optimista por primera vez en días—. Veamos si estos ponis son capaces de llevarnos al Campamento del Cazador antes de que se ponga el sol.

Agradecimientos

Para mí es una bendición estar rodeada de personas tan pacientes, en particular mi familia, Rod, Eric y Keith, que se han mostrado más tolerantes cuanto más mostraba mi faceta de autora al borde de la locura:

Amigo o pariente: «¿Cuándo escribe Cinda?»

Sufriente marido: «Todo el tiempo».

Quiero dar las gracias a la gente de los talleres de escritura Hudson Writers y Twinsburg YA Writers, y al grupo de crítica *on line* (y en ocasiones persona a persona), YAckers, especialmente a Kate Tuthill, Debby Garfinkle, Marta Peaslee Levine, Jody Felman y Mary Beth Miller. Diosas, ¡estoy preparada para un nuevo retiro!

Me siento en deuda con los lectores de las primeras versiones del manuscrito, entre ellos Marsha McGregor, Jim Robinson, Eric, Rod y Keith. Vuestras observaciones y sugerencias me animaron a continuar y han hecho que este libro sea mejor de lo que habría sido sin ellas.

Finalmente, por supuesto, deseo agradecer a mi editora, Arianne Lewin, y a mi agente, Christopher Schelling. En este negocio nada empieza a ocurrir hasta que alguien cree en un libro.